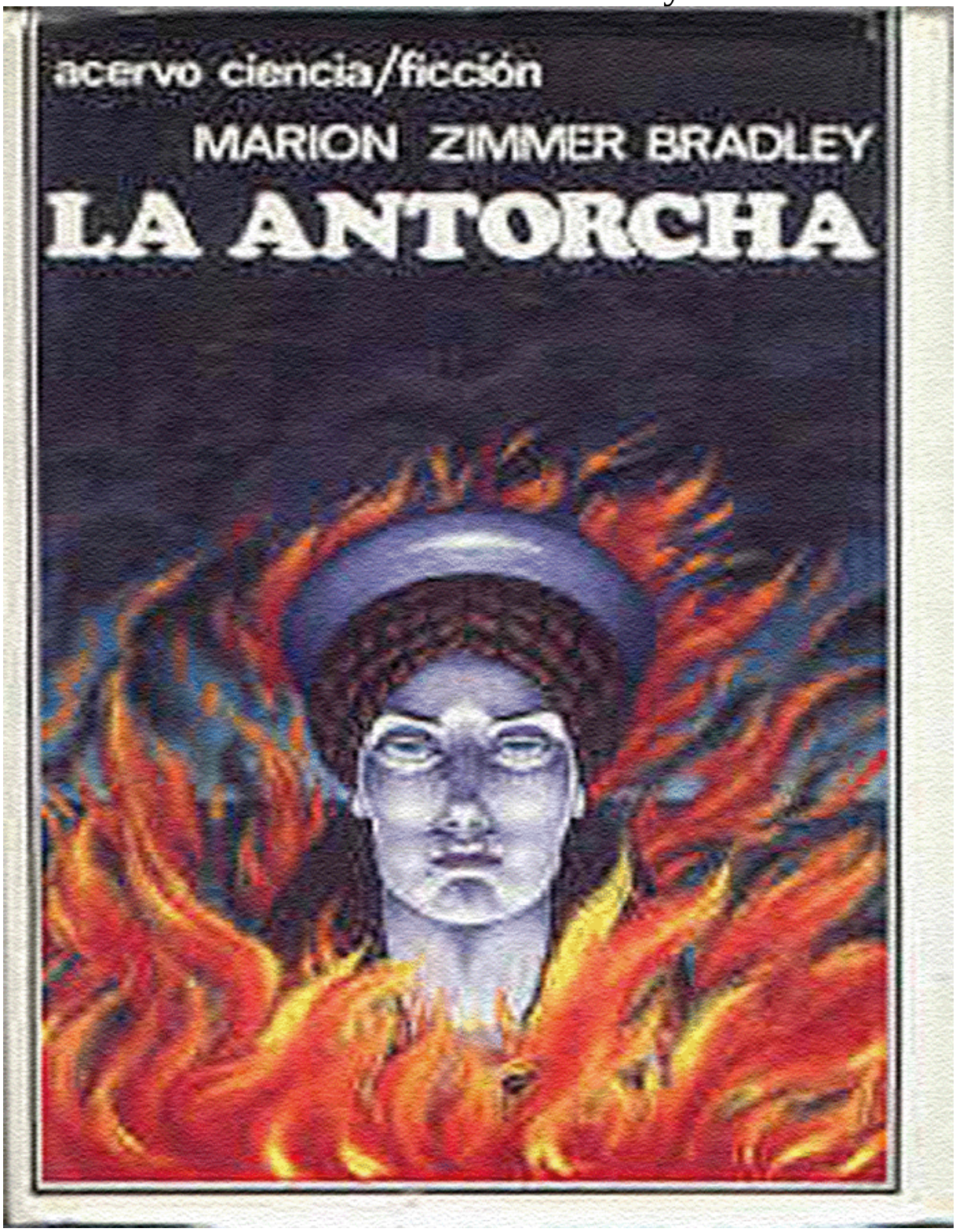
La Antorcha
Marion Zimmer Bradley




LIBROdot.com
http://www.librodot.com

*¡Oh ciudad de Troya! ¡Heroica ciudad de Troya en llamas!*
ROSSETTI
*Antes del nacimiento de Paris, Hécuba, reina de Troya, soñó que había parido una antorcha que arrasaría las murallas de su ciudad.*

# Prólogo

La lluvia había estado cayendo durante todo el día; ora con fuerza, ora debilitándose en algunos aguaceros, pero sin detenerse nunca por completo. Las mujeres trasladaron sus ruecas bajo techado, junto al mar, y los niños se agolparon buscando protección en los voladizos del patio, aventurándose unos minutos entre los chaparrones para chapotear en las pozas de ladrillo y regresar al interior llevando sus embarradas huellas hasta el propio mar. Hacia el ocaso, la más anciana de las mujeres que estaban junto al hogar creyó volverse loca con los chillidos y los chapoteos, los ataques de los pequeños ejércitos, los golpes de las espadas de madera sobre escudos también de madera, los cambios de bando de los contendientes, los gritos de muerto y herido cuando quedaban fuera del juego.

Era demasiada la lluvia que seguía cayendo por la chimenea para que pudiera cocinarse como es debido. Al concluir aquella tarde invernal se encendieron fuegos en los braseros. Cuando la carne y el pan cocidos empezaron a exhalar su aroma, uno tras otro acudieron los niños y se acurrucaron como cachorros hambrientos, husmeando ruidosamente y disputando todavía a media voz. Poco antes de cenar apareció un huésped en la puerta: un vate, un vagabundo cuya lira sujeta a su hombro le aseguraba en todas partes acogida y alojamiento excelentes. Tras haber comido y después de bañarse y ponerse ropa seca, el vate eligió para descansar el lugar reservado al más grato de los huéspedes, cerca del fuego. Empezó a templar su instrumento, acercando la oreja a las clavijas de concha y probando el sonido con un dedo. Luego, sin pedir permiso —también en aquellos días un vate podía hacer cuanto quisiera— tocó un solo y sonoro acorde y declamó:

Cantaré las batallas y a los grandes hombres que las libraron.

A los hombres que aguardaron diez años ante las murallas de Troya, alzadas por gigantes.

Y a los dioses que al fin derribaron aquellas murallas: a Apolo, Señor del Sol, y a Poseidón, el que agita con fuerza la Tierra.

Cantaré la historia de la cólera del poderoso Aquiles, nacido de una diosa y tan fuerte que ningún arma podía abatirle.

Y también la historia de su arrogante orgullo y de aquel combate, en que por tres días pelearon él y el gran Héctor en la planicie, ante las altas murallas de Troya.

Al altivo Héctor y al valiente Aquiles, a los centauros y a las amazonas, a los dioses y a los héroes.

A Odisea y a Eneas, a todos los que lucharon y muñeron en la planicie ante Troya...

—¡No! —exclamó ásperamente la anciana, dejando caer la rueca al tiempo que se ponía en pie—. ¡No lo permitiré! ¡No dejaré que se cante en mi casa tal dislate!

El vate abandonó su mano sobre las cuerdas entre sonidos disonantes; su mirada estaba llena de consternación y de sorpresa pero su tono fue cortés.

—Señora...

—¡Te digo que no consentiré que se canten junto a millar esas estúpidas mentiras! —exclamó con vehemencia.

Los niños mostraron ruidosamente su decepción. Con un gesto imperioso les impuso silencio.

—Vate, aquí comerás y disfrutarás del fuego pero no consentiré que llenes los oídos de los niños con esos mentirosos relatos. No sucedió en modo alguno como dices.

—¿Sí? —inquirió el tañedor, aún cortésmente—. ¿Cómo sabéis eso, señora? Canto la historia tal como la aprendí de mi maestro, tal como se canta en todas partes, desde Creta a la Cólquida...

—Puede que se cante de esa manera desde aquí hasta el mismo fin del mundo —dijo la anciana—, pero no sucedió así en modo alguno.

—¿Cómo sabéis eso? —preguntó el vate.

—Porque yo estaba allí y lo vi todo.

Los niños murmuraron y gritaron.

—Nunca nos dijiste eso, abuela ¿Conociste a Aquiles, a Héctor, a Príamo y a todos aquellos héroes?

—¡Héroes! —exclamó con desdén—. Sí, los conocí. Héctor era hermano mío.

El vate se inclinó hacía adelante y la miró fijamente.

—Ahora sé quien sois —dijo al fin.

Asintió ella, inclinando su cabeza blanca.

—Entonces señora, quizá debáis contar vos misma la historia; y así yo, que sirvo al dios de la verdad, no cantaría mentiras para que todos los hombres las escuchasen.

La anciana calló durante largo tiempo. Al fin contestó:

—No, no puedo revivirlo. —Los niños protestaron, desilusionados—. ¿No tienes otro tema que cantar?

—Tengo muchos —repuso el tañedor—, pero no quiero narrar una historia de la que os burléis, diciendo que es falsa. ¿Por qué no me relatáis la verdad para que pueda cantarla en todas partes?

Ella negó con la cabeza.

—La verdad no es tan maravillosa.

—¿Podéis al menos decirme en dónde se desvía mi relato, para que pueda enmendarlo?

—Hubo un tiempo en que lo hubiera intentado, pero ningún hombre desea saber la verdad. Porque tu relato habla de héroes y de reyes, no de reinas; y de dioses, no de diosas.

—No es cierto —contestó el vate—, pues gran parte de la historia se refiere a la bella Helena, secuestrada por Paris; y a Leda, la madre de Helena, y Clitemnestra, que fue seducida por el gran Zeus, bajo la forma de su esposo el rey...

—Ya sabía yo que no entenderías —lo interrumpió la anciana—. Porque, para empezar, en esta tierra no había reyes sino sólo reinas, las hijas de las diosas, y tomaban consortes donde les placía. Y luego llegaron hasta nuestro país los adoradores de los dioses del cielo, los jinetes, los que empleaban hierro; y cuando las reinas los tomaron como esposos se llamaron reyes a sí mismos y exigieron el derecho de reinar. Y así los dioses y las diosas contendieron y llegó un momento en que llevaron a Troya sus rencillas...

Calló abruptamente.

—Ya es bastante —declaró después—. El mundo ha cambiado. Lo que ahora puedo decirte serviría para que me creyeses una anciana cuya mente desvaría. Ése ha sido siempre mi destino: decir la verdad y nunca ser creída. Así ha sido y así será. Canta lo que te plazca; pero no te burles de mi propia verdad en mi propio hogar. No faltan relatos. Háblanos de Medea, señora de la Cólquida, y del vellocino de oro que Jasón robó de su templo; si es que lo hizo. Yo podría afirmar que la verdad de esa historia es otra, pero no sé cual ni me importa. Hace muchísimos años que no he pisado la Cólquida.

Cogió su rueca y comenzó a hilar.

El vate inclinó la cabeza.

—Sea como decís, Casandra —afirmó—. Todos creíamos que habíais muerto en Troya o en Micenas, poco después.

—Eso te demuestra que, al menos en algunos pasajes, ese relato no dice la verdad —contestó ella en voz baja.

Sigue siendo mi destino: decir siempre la verdad, para que me consideren loca. Aún no me ha perdonado el Señor del Sol...

# LIBRO PRIMERO

## La llamada de Apolo

1

En aquella época del año, la luz retrasaba su marcha hasta muy tarde; pero el último resplandor del ocaso había desaparecido ya por el oeste y las brumas comenzaban a alzarse del mar.

Leda, Señora de Esparta, se levantó del lecho en donde aun estaba su cónyuge, Tíndaro. Como de costumbre, tras yacer con ella, se había sumido en un pesado sueño y no advirtió que abandonaba el lecho ni que, echándose sobre los hombros un ligero chal, salía al patio cercano al recinto de las mujeres. El recinto de las mujeres, pensó con rabia la reina, cuando es mi propio palacio; podría pensarse que soy yo, y no él, la intrusa; que él, y no yo, es quien rige legítimamente Esparta. La Madre Tierra ni siquiera conoce su nombre.

Se mostró bien dispuesta cuando él llegó a solicitar su mano, aunque era un invasor del norte, un adorador del trueno, del roble y de los dioses del cielo, un hombre rudo y cubierto de vello que lucía el odioso y negro hierro en su lanza y su coraza. Y ahora los de su clase estaban por doquier y solicitaban esposas conforme a sus nuevas leyes, como si sus dioses hubiesen arrojado de su trono a la diosa que era dueña de la tierra, de las cosechas y de las gentes. De la mujer que se casaba con uno de estos portadores de hierro esperaban que se le uniera en la adoración a sus dioses y que sólo a ese hombre entregase su cuerpo.

Leda pensó que la diosa castigaría a aquellos hombres por impedir que las mujeres rindieran el debido homenaje a las fuerzas de la vida. Aquellos hombres afirmaban que las diosas estaban sometidas a los dioses, lo que a Leda le parecía una horrible blasfemia y una inversión demencial del orden natural de las cosas. Los hombres carecían de fuerza divina; no concebían ni parían y, sin embargo, de alguna manera, creían poseer un derecho natural al fruto de los cuerpos de sus mujeres, como si yacer con una mujer les diese alguna clase de propiedad, como si los hijos no pertenecieran de modo natural a la mujer cuyo cuerpo los había albergado y nutrido.

Mas Tíndaro era su esposo y ella lo quería; y, como lo amaba, se hallaba incluso dispuesta a tolerar su locura y sus celos y a arriesgarse a la cólera de la Madre Tierra por yacer sólo con él.

Sin embargo deseaba lograr que comprendiera que no debía estar encerrada en el recinto de las mujeres; que, siendo sacerdotisa, tenía que salir y recorrer los campos para asegurarse de que la diosa recibiera los servicios que se le debían; hacerle entender que tenía que ofrecer el don de su fertilidad a todos los hombres, y no sólo a su cónyuge, porque la diosa no podía acceder a que ella limitara sus dones a uno solo aunque se llamara rey a sí mismo.

El gruñido del trueno resonó lejano, como si hubiera salido del mar o como si la Gran Serpiente que causaba los temblores de la tierra estuviera removiéndose en sus profundidades.

Un soplo de viento batió el ligero chal en torno de los hombros de Leda y sus cabellos se agitaron como un pájaro solitario en pleno vuelo. Un tenue relámpago iluminó de repente todo el patio. En el umbral de la puerta distinguió la silueta de su esposo que iba en su busca. Leda sintió miedo. ¿La reprendería por haber abandonado el recinto de las mujeres, incluso a esta hora de la noche?

Pero no habló; se limitó a avanzar hacia ella, y algo en sus pasos y en su forma de andar, le dijo que, a pesar de su figura y sus rasgos familiares, ahora claramente visibles a la luz de la

luna, aquél no era su esposo. Ignoraba cómo resultaba posible tal cosa, pero en torno a sus hombros parecían juguetear rayos fugaces y, al caminar, sus pies golpeaban las losas con el leve sonido de un trueno lejano. Parecía más alto, con la cabeza echada hacia atrás contra la luz que crepitaba en su pelo. Con un estremecimiento que erizó el vello de su cuerpo, Leda supo que uno de los dioses extranjeros se había introducido en su esposo, dirigiéndolo como dirigiría a uno de sus caballos. Y el resplandor de las chispas le dijo que era Zeus del Olimpo, Amo del Trueno, señor del Rayo.

Esto no era nuevo para ella que conocía la sensación del momento en que la diosa llenaba y rebosaba su cuerpo cuando bendecía las cosechas o cuando yacía en el campo invocando el poder divino que hacía crecer el grano. Recordó cómo le parecía hallarse fuera de su propia naturaleza, siendo la diosa quien en realidad oficiaba los ritos, dominando a todos los demás con el poder que emanaba de ella.

Supo que Tíndaro estaba ahora observando desde dentro cómo Zeus, el dueño de su cuerpo, se acercaba a su esposa. Lo supo porque Tíndaro le dijo una vez que, de todos sus dioses, el Señor del Trueno era el de su mayor devoción.

Se apartó. Quizá no captara su presencia y lograra mantenerse oculta hasta que el dios abandonara a su marido. La cabeza que ahora era del dios se movió, y el aleteo luminoso siguió el movimiento de su cabello. Se dio cuenta de que la había visto. Pero no fue la voz de Tíndaro la que habló sino una voz más cálida y profunda, una voz grave que se impuso a los ecos del distante tronar.

—Leda —dijo Zeus Tenante—, ven a mí.

Tendió su mano para tomar la de ella, y obedientemente, dominando su súbito temor interior —¿sería abatida por una centella al contacto de este dios portador del rayo?—, se la entregó. Su carne estaba fría y la mano de Leda se estremeció al tocarla. Cuando le miró, percibió en su rostro la sombra de una sonrisa, por completo diferente del semblante adusto e inflexible de Tíndaro, como si el dios se riese... no, no de ella, sino con ella. La rodeó con el brazo, cubriéndola con el borde de su manto, de modo que pudo percibir su calor. No volvió a hablar mientras la conducía a la estancia que ella había abandonado hacía sólo unos momentos.

Entonces la abrazó con más fuerza, bajó el manto, y pudo sentir el deseo que albergaba.

¿Acaso las leyes que prohíben yacer con cualquier otro hombre incluyen a un dios que ha adoptado la apariencia de mi esposo?, se preguntó desatinadamente. Desde algún lugar, el auténtico Tíndaro debía de estar mirándola, ¿celoso o complacido, de que su esposa fuera objeto de la elección de su dios? No podía saberlo; y por la fuerza con que la estrechaba supo que era inútil resistirse.

Al principio, le había parecido helada su piel desconocida, ahora la sentía cálida, casi febril.

Lo sintió sobre sí. Los relámpagos destellaban alrededor de su rostro y de su cuerpo. Los truenos eran como un eco de los latidos de su corazón. Por un momento le pareció que no era un hombre, que no era humano en absoluto; que se hallaba sola en una alta cima barrida por el viento, rodeada de batientes, alas o de un gran anillo de lenguas de fuego, o como si alguna bestia estuviese dando vueltas en torno a ella hasta atraparla al fin, llenándola de confusión. Batir de alas, truenos...

De repente, todo terminó y fue como si hubiera sucedido hacía mucho tiempo, como un recuerdo borroso o un sueño. Se encontró sola en el lecho, sintiéndose muy pequeña, aterida y abandonada, mientras el dios se erguía ante ella. Se inclinó y la besó con gran ternura. Leda cerró los ojos y, cuando despertó, Tíndaro se hallaba profundamente dormido a su lado. Ni siquiera estaba segura de haber abandonado la cama. Era Tíndaro. Cuando extendió la mano

para cerciorarse, advirtió que su carne estaba caliente y que no existía el más ligero rastro de luminosidad en los cabellos que yacían en la almohada junto a ella.

¿Habría sido sólo un sueño? Cuando aquel pensamiento cruzó por su mente, oyó lejano el retumbar del trueno. Allá donde había ido, el dios no la había abandonado por completo. Y ahora sabía que, por largo que fuese el tiempo en que viviera como esposa de Tíndaro, jamás miraría a su marido a la cara sin buscar allí algún signo del dios que la había visitado bajo tal forma.

La reina Hécuba jamás traspasaba las murallas de Troya sin volver la cabeza para contemplar con orgullo esta ciudadela que se alzaba, terraza tras terraza, sobre la planicie fértil del verde Escamandro, tras el cual se extendía el mar. Siempre se maravillaba de la obra de los dioses que le habían confiado la soberanía de Troya. A ella, la reina, y a Príamo, como su esposo, guerrero y consorte.

Era la madre del príncipe Héctor, su sucesor. Un día sus hijos y sus hijas heredarían la ciudad y las tierras que se desplegaban hasta donde alcanzaban sus ojos.

Incluso si el niño que esperaba fuera una hija, Príamo no tendría motivos de queja. Héctor contaba siete años, edad suficiente para aprender el manejo de las armas. Ya habían encargado al herrero que servía a la casa real su primera armadura. Su hija Polixena había cumplido cuatro años y sería una mujer hermosa, con largos cabellos rojizos como la propia Hécuba; un día sería tan valiosa como cualquier hijo, porque a una hija podían casarla con alguno de los reyes rivales de Príamo y consolidar una firme alianza.

La casa de un rey debe abundar en hijos y en hijas. Las mujeres del palacio le habían dado muchos hijos y pocas hijas. Pero Hécuba, como reina, se hallaba al frente del recinto infantil y era su deber, o mejor su privilegio, indicar la forma en que debía ser educado cada uno de los hijos del rey, nacido de ella o de cualquier otra mujer.

La reina Hécuba era hermosa, alta y de anchos hombros. Llevaba su cabello castaño con reflejos rojos suavemente peinado hacia atrás desde la frente y caía en largos bucles siguiendo la línea de su cuello. Caminaba como la diosa Hera, portando con orgullo el embarazo, ya próximo a su fin. Vestía el corpiño corto y las faldas superpuestas de brillantes rayas que constituían la indumentaria habitual de las mujeres nobles de Troya. En su cuello relucía un collar de oro tan ancho como la palma de la mano.

Mientras avanzaba por una tranquila calle próxima a la plaza del mercado, una mujer de la plebe, morena, baja y pobremente vestida de lino color de tierra, se adelantó a tocar su vientre, murmurando como sorprendida de su propia temeridad:

—¡Una bendición, oh reina!

—No soy yo —replicó Hécuba—, sino la diosa quien te bendice.

Cuando tendió sus manos, sintió sobre ella la sombra de la diosa como una tensión sobre su cabeza, y pudo ver en el rostro de la mujer el reflejo del espanto y el asombro que le produjo tan súbito cambio.

—Que concibas muchos hijos e hijas, para nuestra ciudad. Te ruego que tú también me bendigas —dijo Hécuba, con voz grave.

La mujer alzó los ojos hacia la reina, aunque quizá sólo vio a la diosa y, murmuró:

—Señora, que la fama del príncipe que lleváis en vuestro seno supere incluso a la fama del príncipe Héctor.

—Así sea —murmuró la reina y se preguntó por qué sentía un estremecimiento premonitorio, como si de algún modo, entre los labios de la mujer y sus propios oídos, la bendición se hubiese transmutado en maldición.

Esa sensación debió evidenciarse en su cara porque la doncella que la acompañaba se acercó y le dijo al oído:

—Señora, estáis pálida. ¿Es que el parto ha comenzado?

Tal era la confusión de la reina que por un momento creyó que el extraño sudor helado que le cubría indicaba el inicio del nacimiento. ¿O se trataba sólo del resultado de la breve presencia de la sombra de la diosa? No recordaba que le ocurriera nada semejante durante el embarazo de Héctor, pero entonces era muy joven y apenas consciente del proceso que tenía lugar en su interior.

—No lo sé —contestó—. Es posible.

—Entonces debéis volver al palacio y habrá que informar al rey —dijo la mujer.

Hécuba dudó. No tenía deseos de regresar al interior de las murallas pero, si verdaderamente estaba de parto, era su deber; no sólo respecto al niño y a su esposo, sino también respecto al rey y a todo el pueblo de Troya. Tenía que salvaguardar al príncipe o a la princesa que llevaba en su seno.

—Muy bien, regresaremos a palacio —dijo y se volvió.

Una de las cosas que le molestaban cuando caminaba por la ciudad era la multitud de mujeres y de niños que la seguían siempre, pidiéndole que los bendijera. Desde que su embarazo se hizo visible, le suplicaban la bendición de la fertilidad como si ella pudiera, al igual que la diosa, otorgar el don de tener hijos.

Acompañada de la doncella, pasó bajo las leonas gemelas que guardaban las puertas del palacio de Príamo y cruzó el gran patio que había tras ellas, donde los soldados se adiestraban en el manejo de las armas. Ante la entrada, un centinela alzó su lanza en señal de saludo.

Hécuba observó a los soldados, que luchaban por parejas con armas de punta roma. Sabía de armas tanto como cualquiera de ellos porque había nacido y se había criado en la planicie, hija de una tribu nómada cuyas mujeres cabalgaban y se adiestraban como los hombres de las ciudades en el empleo de la espada y de la lanza. Su mano anhelaba una espada, pero no era costumbre en Troya y, aunque al principio Príamo le permitió manejar armas y ejercitarse con sus soldados, cuando quedó embarazada de Héctor se lo prohibió. En vano le explicó ella que las mujeres de su tribu montaban a caballo y empuñaban las armas hasta pocos días antes de tener a sus hijos; no quiso escucharla.

Las parteras reales le dijeron que con sólo tocar armas afiladas, podría herir a su hijo y quizás a los propietarios de las mismas. El contacto de una mujer, afirmaban, en especial el de una en su situación, inutilizaría el arma para la batalla. Aquello le pareció a Hécuba una solemne necedad, como si a los hombres les asustara la idea de que una mujer pudiera ser lo bastante fuerte para protegerse a sí misma.

—Pero no necesitas protegerte, amor mío —le dijo Príamo—. ¿Qué clase de hombre sería yo si no pudiese tener en seguridad a mi esposa y a mi hijo?

Eso zanjó la cuestión y desde aquel día, Hécuba ni siquiera tocó la empuñadura de un arma. Ahora, al pensar en el peso de una espada en su mano, hizo una mueca, sabiendo que se había debilitado a causa del trabajo doméstico femenino y reblandecido por falta de adiestramiento. Príamo no era tan duro como los reyes argivos que mantenían confinadas a sus mujeres en el interior de sus casas, pero no le complacía que se alejase mucho del palacio. Había crecido con mujeres que siempre estaban bajo techo, y sentía cierto desprecio por las que perdían la blancura de su piel por su afición a permanecer al aire libre.

La reina franqueó una puertecita que la condujo a la fresca penumbra del palacio. Cruzó salas pavimentadas con mármol, percibiendo en el silencio el susurro de sus faldas al rozar con el suelo y el leve sonido de las pisadas de su doméstica tras ella.

En sus soleadas habitaciones, con todas las cortinas descorridas, como ella prefería que estuvieran, sus mujeres se hallaban soleando y aireando la ropa de cama y, cuando cruzaba las puertas, se detenían a saludar.

—La reina está de parto —anunció la doncella—. Llamad a la partera real.

—No, espera. —La voz suave pero enérgica de Hécuba cortó los gritos de excitación—. No hay prisa. Aún no estoy segura. Me siento extraña y no sé a qué atribuir mi malestar, pero eso no significa nada.

—Entonces, señora, si no estáis segura, deberíais permitir que venga —dijo la doméstica para convencerla, y la reina accedió al fin.

Era evidente que no había necesidad de apresurarse. Si estaba de parto, no tardaría en saberse; si no lo estaba, no le perjudicaría hablar con esa mujer. La extraña sensación había pasado como si nunca hubiese existido, y no volvió.

El sol inició su declive, y Hécuba dedicó el resto del día a ayudar a sus mujeres a doblar y guardar los lienzos aireados. Al atardecer Príamo le envió recado de que pasaría la velada con sus hombres; ella cenaría con sus mujeres y se iría al lecho sin esperarlo.

Pensó que, cinco años antes, aquello la habría apenado; no hubiera sido capaz de dormir sin hallarse rodeada por sus brazos fuertes y amorosos. Ahora, sobre todo con el período de gestación tan avanzado, le complacía la perspectiva de tener la cama para ella sola. Incluso cuando cruzó por su mente la idea de que pudiera estar compartiendo el lecho de alguna otra mujer de la corte, quizá con una de las madres de los otros niños reales, no se preocupó; sabía que un rey debe tener muchos hijos y que Héctor se hallaba firme en el favor de su padre.

No se iniciaría el parto aquella noche; así que llamó a sus mujeres para que la acostaran con la debida ceremonia. Por alguna razón, la última imagen que ocupó su mente antes de dormirse fue la de la mujer que aquel día, en la calle, había pedido su bendición.

Poco antes de medianoche, el guardián apostado ante las habitaciones de la reina, que se había adormecido, fue despertado por un terrible grito de desesperación y espanto que pareció llenar todo el palacio. Recobrando plena conciencia de la realidad, el guardián penetró en las habitaciones y llamó hasta que apareció una de las mujeres de la reina.

—¿Qué ha sucedido? ¿Está la reina de parto? ¿Se está quemando algo?

—Un mal augurio —le dijo la mujer—. El peor de los sueños...

Y entonces la reina apareció en el umbral.

—¡Fuego! —gritó y el guardián contempló aterrado la figura habitualmente digna de la reina, con sus largos cabellos cobrizos en desorden que le llegaban a la cintura. La túnica se había soltado del hombro, dejando al descubierto parte de su cuerpo. Nunca había advertido que la reina fuese tan bella.

—¿Qué puedo hacer por vos, señora? —preguntó—. ¿Dónde está el fuego?

Entonces contempló algo sorprendente. En un abrir y cerrar de ojos la reina cambió, y dejó de ser una desconocida asustada para convertirse en la regia dama que él conocía. Su voz aún temblaba de miedo pero consiguió decir suavemente:

—Debe de haber sido un sueño. Un sueño sobre fuego, nada más.

—Contádnoslo, señora —le pidió la doncella, aproximándose a la reina, aunque mantenía la mirada fija en el guardián.

—Vete, no debes estar aquí —le dijo a éste.

—Tengo el deber de asegurarme de que todo está en orden en las habitaciones de las mujeres del rey —declaró con firmeza, clavados los ojos en la cara de nuevo serena de la reina.

—Déjalo, no hace más que cumplir con su deber —le dijo Hécuba a la doncella, con voz aún temblorosa—. Te aseguro, guardián, que sólo fue un mal sueño. He ordenado a las mujeres que revisen todas las estancias. No hay fuego.

—Hemos de enviar a alguien al templo para que venga una sacerdotisa —dijo una mujer que estaba junto a Hécuba—. ¡Debemos saber qué peligro presagia un sueño tan funesto!

Se oyeron unos pasos firmes y la puerta se abrió por completo. El rey de Troya apareció en el umbral. Era un hombre alto y fuerte, en la década de los treinta, de músculos sólidos y hombros anchos, de negro pelo rizado y cuidada barba también negra y rizada. Al momento, exigió en nombre de todos los dioses y de todas las diosas que se le dijera a qué se debía semejante conmoción en su casa.

—Señor... —Los criados retrocedieron cuando Príamo entró a grandes zancadas.

—¿Estás bien, mi señora? —preguntó, y Hécuba bajó los ojos.

—Lamento este revuelo. He tenido un mal sueño.

Príamo hizo un gesto a las mujeres.

—Id y aseguraos de que todo se halla en orden en las estancias de los niños reales —les ordenó.

Las mujeres desaparecieron al instante. Príamo era un hombre de carácter afable, pero no era conveniente ponerse en su camino en las escasas ocasiones en que se mostraba enojado.

—Y tú —ordenó al guardián— ya has oído a la reina. Ve al templo de la Gran Madre, e informa de que la reina ha tenido un sueño de malos presagios, y necesita una sacerdotisa que lo interprete, ¡de inmediato!

El guardián echó a correr escaleras abajo y Hécuba tendió una mano a su esposo.

—¿Es cierto que fue sólo un sueño? —preguntó.

—Sólo un sueño —le contestó, pero bastó su recuerdo para que se estremeciera.

—Cuéntamelo, amor —le pidió mientras la conducía al lecho, se sentaba junto a ella y se inclinaba para tomar sus dedos entre las callosas palmas de sus manos.

—Me siento necia por haber perturbado a todos por una pesadilla.

—No, tenías derecho a hacerlo. ¡Quién sabe! Puede que el sueño te haya sido enviado por algún dios, enemigo tuyo o mío. O por un dios amigo, para advertirte de un desastre. Cuéntamelo.

—Soñé, soñé... —Hécuba tragó saliva, tratando de imponerse a la opresora sensación de miedo—. Soñé que había nacido nuestro hijo, un niño, y que yo yacía contemplando cómo lo fajaban, cuando un dios surgió en la estancia de repente.

—¿Qué dios? —la interrumpió Príamo—. ¿Bajo qué forma?

—¿Cómo podía saberlo? —preguntó a su vez, Hécuba razonablemente—. Conozco pocas cosas de quienes habitan en el Olimpo. Pero estoy segura de no haber ofendido a ninguno de ellos ni de haberles deshonrado.

—Háblame de su apariencia —insistió Príamo.

—Era un joven, lampiño, tan sólo seis o siete años mayor que nuestro Héctor —explicó.

—Entonces tiene que haber sido Kermes, el mensajero de los dioses —dijo Príamo.

—¿Mas por qué iba a acudir a mí un dios de los argivos?

—Las acciones de los dioses no son de nuestra incumbencia. ¿Cómo puedo hacértelo entender? Sigue.

La voz de Hécuba aún temblaba:

—Entonces Kermes, o el dios que fuese, se inclinó sobre la cuna y cogió al recién nacido. —Hécuba estaba blanca y en su frente se veían gotas de sudor, pero se esforzó por estabilizar su voz—. Pero no era un recién nacido, sino... un niño... un niño desnudo que ardía... Quiero decir que le cubrían las llamas y ardía como una antorcha. Y cuando se puso en movimiento, el fuego invadió el castillo, quemándolo todo y extendiéndose a la ciudad... —Estalló en sollozos—. Oh. ¿Qué puede significar?

—Sólo los dioses lo saben con certeza —dijo Príamo, sujetando con fuerza sus manos en las de él.

—En mi sueño el bebé corría por delante del dios... —balbuceó Hécuba—. Un niño recién nacido, que corría ardiendo por el palacio, dejando tras de sí las estancias incendiadas. Luego salió a la ciudad... yo me hallaba en la terraza que la domina, y el fuego se extendió tras su paso de tal modo que toda Troya se llenó de llamas desde la ciudadela a la costa, e incluso el mar se incendió...

—En nombre de Poseidón —masculló Príamo—. ¡Qué presagio tan funesto... para Troya y para todos nosotros!

Permaneció sentado en silencio, frotando con fuerza una mano de Hécuba hasta que un leve ruido en el exterior de la estancia anunció la llegada de la sacerdotisa.

Entró en la habitación y dijo con voz serena y alegre:

—La paz a todos los de esta casa; alegraos, oh Señor y Señora de Troya. Mi nombre es Sarmato. Os traigo las bendiciones de la Santa Madre. ¿Qué servicio puedo prestar a la reina?

Era una mujer alta y de constitución robusta, probablemente aún en edad de tener hijos, aunque entre sus negros cabellos asomaban ya algunas hebras grises.

—Ya veo, reina, que la gran diosa te ha bendecido. ¿Estás enferma o de parto? —le dijo a Hécuba, sonriendo.

—Ni una cosa ni otra —contestó ésta—.¿No te han informado, sacerdotisa? Algún dios me envió un mal sueño.

—Cuéntame —rogó Sarmato—, y no temas. Los dioses nos quieren bien; estoy segura de eso. Así que habla sin temor.

Hécuba volvió a describir su sueño, comenzando a sentir, mientras lo narraba que, ahora que estaba completamente despierta, le parecía más absurdo que horrible. No obstante, se estremeció con el mismo terror que había experimentado en el sueño.

La sacerdotisa escuchaba con el entrecejo levemente fruncido. Cuando Hécuba terminó, dijo:

—¿Estás segura de que no hay nada más?

—Nada que recuerde, señora.

La sacerdotisa, con gesto preocupado, extrajo un puñado de guijarros de una bolsa sujeta a su cintura; se arrodilló en el suelo y los lanzó como si fuesen tabas, estudiando la disposición en que quedaron y mascullando palabras. Repitió la operación dos veces más y después los recogió y los guardó de nuevo en la bolsa.

Entonces alzó sus ojos hacia Hécuba.

—Así te habla el mensajero de los dioses del Olimpo. Llevas un hijo con un destino maligno que destruirá la ciudad de Troya.

Hécuba contuvo la respiración, consternada, pero sintió que los dedos de su esposo apretaban los suyos, fuertes, cálidos y tranquilizadores.

—¿Puede hacerse algo para evitarlo? —preguntó Príamo, ansioso por encontrar una solución.

La sacerdotisa se encogió de hombros.

—Cuando los hombres tratan de sustraerse a su sino, suelen acercarse a él. Los dioses os han enviado una advertencia pero han optado por no manifestar lo que podéis hacer para evitar la desgracia. Tal vez sea mejor no hacer nada.

El semblante de Príamo se oscureció.

—Entonces habrá que abandonar al niño en cuanto nazca.

Hécuba gritó horrorizada:

—¡No! ¡No! No fue más que un sueño, un sueño...

—Un aviso de Hermes —afirmó Príamo con severidad—. Óyeme, abandonarás al niño tan pronto como nazca. —Y añadió la fórmula inflexible que proporcionaba a sus palabras la fuerza de leyes grabadas en piedra—. He dicho. ¡Hágase!

Hécuba se desplomó llorando sobre las almohadas.

—No te causaría esta pena, mi amada, ni a cambio de Troya entera, pero no es posible desoír a los dioses —le dijo Príamo con ternura.

—¡Dioses! —gritó frenética Hécuba—. ¿Qué clase de dios es el que envía engañosas pesadillas para aniquilar a un niño inocente, a un recién nacido en su cuna? Entre mi pueblo un niño es de su madre, y sólo ella, que lo portó durante la mayor parte de un año y lo dio a luz, es quien puede señalar su sino. Si se niega a amamantarlo y a criarlo, sólo a ella le incumbe. ¿Qué derecho tiene un hombre sobre los niños?

No había dicho un simple hombre pero el tono equivalía a esta expresión.

—El derecho de un padre —afirmó adustamente Príamo—. Soy el amo de esta casa y lo que he dicho se hará. ¡Óyeme, mujer!

—No me llames mujer con ese tono —gritó Hécuba—. ¡Soy la reina y no una de tus esclavas o concubinas!

Mas, pese a sus palabras, sabía que Príamo impondría su voluntad. Cuando aceptó casarse con un hombre de los que habitan en ciudades y se arrogan derechos sobre sus mujeres sabía que aceptaba aquello. Príamo se levantó de su lado y entregó una moneda de oro a la sacerdotisa; ésta se inclinó y salió.

Tres días más tarde se inició el parto de Hécuba que concluyó con el nacimiento de gemelos; primero un niño y después una niña, tan semejantes como los capullos de la misma rama de un rosal. Ambos estaban sanos y bien formados y lloraban con vigor, aunque eran tan diminutos que la cabeza del niño cabía en la palma de la mano de Hécuba y la niña era aún más pequeña.

—Mírale, mi señor —dijo con orgullo a Príamo cuando fue a verla—. No es mayor que un gatito. ¿Temes que él haya sido enviado por algún dios para desgracia de Troya?

—Hay algo cierto en lo que dices —reconoció Príamo—. La sangre real es, al fin y al cabo, sangre real y sagrada; es hijo de un rey de Troya... —Reflexionó un instante—. Sin duda bastaría con que se criase lejos de la ciudad. Tengo un viejo servidor en quien puedo confiar, un pastor de las laderas del monte Ida. Velará por el niño. ¿Te satisface?

Hécuba sabía que la alternativa consistía en que el niño fuese abandonado en una montaña. Y era tan pequeño y débil que pronto moriría.

—Sea así entonces, en el nombre de la diosa —admitió con resignación.

Entregó el bebé a Príamo que lo sostuvo torpemente, como persona no acostumbrada a los niños.

—Te reconozco, hijo —dijo el rey, mirando a los ojos del recién nacido.

Hécuba suspiró aliviada. Tras haber reconocido formalmente a su hijo, un padre no podía hacer que lo matasen ni abandonarlo para que muriera.

Habían permitido a Héctor y a Polixena que acudiesen y hablaran con su madre, y Héctor dijo:

—¿Darás a mi hermano un nombre real, padre?

Príamo torció el gesto, pensativo. Luego respondió:

—Alejandro. Así pues que la niña se llame Alejandra.

El rey salió, llevándose consigo a Héctor, y Hécuba guardó en el hueco de su brazo a la niña de negro pelo, juzgando que podía contentarse con saber que su hijo viviría, aunque no fuese ella quien le criara, al tiempo que le quedaba una hija de la que cuidar. Alejandra, se dijo. La llamaré Casandra.

La princesa había permanecido en la estancia con las mujeres y entonces se acercó aún más a Hécuba. Ésta le preguntó:

—¿Te gusta tu hermanita?

—No, es colorada y fea y ni siquiera tan bonita como mi muñeca —contestó Polixena.

—Así son todos los bebés cuando nacen —le dijo Hécuba—. Tú estabas tan colorada y fea como ella; pronto será tan guapa como tú.

La niña frunció el entrecejo.

—¿Por qué quieres otra hija si ya me tienes a mí?

—Porque si tener una hija es bueno, con dos me sentiré por dos veces bendecida.

—Pero padre no cree que dos hijos varones sean mejor que uno —arguyó Polixena.

Hécuba recordó entonces las palabras de la mujer en la calle. En su propia tribu, a los gemelos se los consideraba un mal presagio y siempre eran sacrificados. Si hubiera permanecido con los suyos habría tenido que soportar la muerte de los dos recién nacidos.

A Hécuba aún le quedaba un residuo de miedo supersticioso. ¿En qué habría errado para que le enviaran dos hijos en un solo parto, como si fuese la carnada de un animal? Aquello era lo que las mujeres de su tribu creían que debía hacerse; sin embargo, le habían dicho que la verdadera razón del exterminio de los gemelos era sólo que a una mujer le resultaba casi imposible amamantar dos niños al mismo tiempo. Al menos, sus gemelos no habían sido sacrificados a la pobreza de la tribu. Había sobradas nodrizas en Troya; podría haber mantenido a ambos. Pero Príamo decidió otra cosa. Perdía un hijo... pero, gracias a la diosa, sólo uno, no los dos.

Una de las mujeres murmuró en tono casi inaudible:

—¡Príamo está loco! ¡Enviar lejos de aquí a un hijo y criar a una hija!

Entre mi gente, recordó Hécuba, a una hija no se la valora menos que a un hijo. ¡Si esta pequeña hubiese nacido en mi tribu, podría haberla criado hasta que llegara a convertirse en una guerrera! Pero, de haber nacido en mi tribu, no hubiese vivido. Aquí se la apreciará sólo por la dote cuando la casen, como a mí, con algún rey.

¿Qué sería de su hijo? ¿Viviría siempre como un oscuro pastor? Era, quizá, mejor que la muerte, y puede que lo protegiese el dios que le había enviado el sueño, y en consecuencia era responsable de su destino.

La luz destellaba con hiriente brillantez en el mar y la piedra blanca.

## II

Casandra entornó los ojos y tiró suavemente de la manga de Hécuba.

—¿Por qué vamos hoy al templo, madre? —preguntó.

En realidad no le disgustaba. Para ella constituía toda una aventura salir de las habitaciones de las mujeres y aún más abandonar el palacio. Fuera cual fuese el lugar a que se dirigiera, le complacía salir.

—Hemos de rezar para que el bebé que daré a luz este invierno sea un varón —le contestó Hécuba, en tono bajo.

—¿Por qué, madre? Ya tienes un niño. Creo que deberías querer otra hija; sólo tienes dos. A mí me gustaría contar con otra hermana.

—Estoy segura de eso —dijo la reina, sonriente—, pero tu padre desea otro varón. Los hombres siempre desean hijos, para que cuando crezcan puedan luchar en sus ejércitos y defender la ciudad.

—¿Hay una guerra?

—No, ahora no; siempre existe amenaza de guerra cuando una ciudad es tan rica como Troya.

—Pero si tengo otra hermana, podría ser guerrera, como lo fuiste tú y aprender a manejar las armas y a defender la ciudad tan bien como cualquier muchacho—. Hizo una pausa para analizar la situación—. No creo que Polixena pudiese ser guerrera; es demasiado blanda y tímida. Pero a mí me gustaría.

—Estoy segura de que te gustaría, Casandra; pero eso no es costumbre en Troya. —¿Por qué no?

—¿Qué significa esa pregunta? Las costumbres existen. No es preciso que haya una razón.

Casandra lanzó a su madre una mirada escéptica, pero había aprendido a no replicar cuando empleaba aquel tono de voz. Pensaba para sí que su madre era la mujer más regia y bella del mundo, alta y hermosa con su corpiño corto y su airosa falda, pero ya no estaba segura de que fuera tan sabia como la diosa. En sus seis años de vida, había oído algo semejante casi cada día y lo creía menos cada año. Mas cuando Hécuba hablaba de aquella manera, Casandra sabía que no conseguiría que le diera más explicaciones.

—Cuéntame cosas de cuando eras guerrera, madre. —Soy de la tribu nómada de las amazonas —empezó a decir Hécuba.

Casi siempre parecía dispuesta a hablar de la primera etapa de su vida, sobre todo, pensó Casandra, desde el último embarazo.

—Nuestros padres y hermanos son también jinetes y muy valientes.

—¿Son guerreros?

—No, niña; entre las tribus ecuestres, las mujeres son las guerreras. Los hombres son curanderos y magos. Conocen todas las ramas de la sabiduría y saben de árboles y hierbas.

—¿Podré vivir con ellos cuando sea mayor?

—¿Con los centauros? Claro que no; las mujeres no pueden criarse en la tribu de los hombres.

—No, me refiero a tu tribu, a las amazonas.

—Creo que a tu padre no le gustaría —dijo Hécuba, pensando que aquella hija pequeña y solemne podría haber crecido hasta convertirse en una figura de mando entre los nómadas de donde ella procedía—, pero quizá pueda arreglarse algún día. En mi tribu, un padre sólo tiene autoridad sobre sus hijos varones y es la madre quien decide el destino de una hija. Tendrías que aprender a cabalgar y a manejar las armas.

Tomó entre las suyas la mano pequeña y blanda y pensó que era difícil que aquella mano se convirtiera en la de una guerrera.

—¿Qué templo es ése de allí arriba? —preguntó Casandra, señalando a la más alta de las terrazas que tenían ante ellas e indicando un edificio blanco que resplandecía bajo el sol.

Desde donde se encontraban, Casandra, apoyada en el muro que protegía la tortuosa escalera ascendente, pudo ver abajo los tejados del palacio y las pequeñas figuras de las mujeres que estaban tendiendo la colada, los arbolitos plantados en toneles, los vivos colores de sus ropas y las esteras en donde se tendían para descansar al sol. Más abajo todavía, se distinguían las murallas que se alzaban sobre la planicie.

—Es el templo de Palas Atenea, la más grande de las diosas del pueblo de tu padre.

—¿Es igual que la gran diosa, la que tú llamas Madre Tierra?

—Todas las diosas son una y todos los dioses son uno; pero se muestran a los hombres con diferentes rostros en diferentes ciudades y en diferentes tiempos. Aquí, en Troya, Palas Ateneas es la diosa virgen, porque en su templo, al cuidado de sus doncellas, se guarda el objeto más sagrado que hay en nuestra ciudad. Se le llama Paladio.

Hécuba hizo una pausa, pero Casandra, consciente de que allí había una narración, no despegó los labios y su madre prosiguió con tono evocador:

—Dicen que cuando la diosa Atenea era joven tenía una compañera mortal, la doncella Libia Palas; y que al morir Palas, Atenea se apenó tanto que añadió su nombre al propio y por eso se la conoce como Palas Atenea. Modeló una imagen de su amiga y la colocó en el Templo de Zeus en el Olimpo. En aquel tiempo Erecteo, que era rey en Creta y antepasado de tu padre antes de que su gente viniese a esta parte del mundo, tenía un gran rebaño de un millar de magníficas reses; y Bóreas, el hijo del Viento del Norte, las amaba, y las visitaba bajo la forma de un gran toro blanco; y estas reses sagradas se convirtieron en los toros-dioses de Creta.

—No sabía que los reyes de Creta fuesen antepasados nuestros —dijo Casandra.

—Son muchas las cosas que ignoras —afirmó Hécuba con acento de reproche y Casandra contuvo la respiración. ¿Se habría enfadado su madre hasta el punto de interrumpir el relato? Pero el leve enojo de Hécuba no le impidió continuar.

—Lio, el hijo de Erecteo, vino a estas costas y participó en los Juegos sacros. Fue el vencedor y, como tal, consiguió el premio de cincuenta muchachos y cincuenta muchachas. En vez de convertirlos en sus esclavos, dijo: «Los haré libres y con ellos fundaré una ciudad». Partió en una nave cuyo rumbo dejó a la voluntad de los dioses... y ofreció sacrificios al Viento del Norte para que lo empujase al lugar adecuado donde construir su ciudad, a lo que pretendía llamar Ilion, que es otro de los nombres de la ciudad de Troya.

—¿Le empujó hasta aquí el Viento del Norte? —preguntó Casandra.

—No, fue desviado de su rumbo por un torbellino; y cuando se dirigió a descansar cerca de la desembocadura de nuestro sagrado Escamandro, los dioses enviaron una de aquellas vacas, una bella novilla hija del Viento del

Norte, y una voz llegó hasta Lio, gritando: «¡Sigue a la vaca! ¡Sigue a la vaca!». Dicen que la vaca vagó hasta llegar a la curva del río Escamandro y que allí se tendió; en ese lugar alzó Lio la ciudad de Troya. Una noche oyó otra voz del cielo que le decía: «Conserva la imagen que te entrego; porque mientras Palas more en el seno de tu ciudad, ésta nunca caerá». Al despertar vio la imagen de Palas con una rueca en una mano y una lanza en la otra, como la propia Atenea. Así que, al construir la ciudad, alzó primero ese templo, en el lugar más alto y lo dedicó a Atenea. Era una nueva apariencia de la diosa, una de las grandes figuras del Olimpo, adorada incluso por quienes honran a los dioses del cielo y al Tonante. La convirtió

en patrona de nuestra ciudad. Ella fue quien nos dio las artes del hilado y los dones de la viña y del olivo, el vino y el aceite.

—¿Pero no vamos hoy a su templo, madre?

—No, cariño; aunque la diosa virgen es también patrona del parto y yo debería hacer sacrificios en su honor. Hoy iremos ante Apolo, Señor del Sol. Es además Señor de los Oráculos; mató a la gran Pitón, diosa del averno y se convirtió también en Señor del Averno.

—Dime. ¿Cómo es posible que pudiese matar a la Pitón si se trataba de una diosa?

—Oh, supongo que porque el Señor del Sol es más fuerte que cualquier diosa —dijo su madre mientras subían por la colina que se alzaba en el centro de la ciudad.

Los escalones eran muy altos y Casandra sintió cansancio en sus piernas mientras subía. Una vez que volvió la vista atrás vio que estaban ya muy arriba, tan cerca del templo del dios, que podía distinguir por encima de la muralla de la ciudad los grandes ríos que cruzaban la llanura y se reunían en una gran corriente plateada camino del mar.

Entonces, por un instante, le pareció que la superficie del mar se sombreaba y que veía naves que empañaban el brillo de las olas. Se frotó los ojos y preguntó:

—¿Son ésas las naves de mi padre?

Hécuba se volvió.

—¿Qué naves? Yo no veo nave alguna. ¿Bromeas?

—No, de verdad que las veo. Mira hacia allá, una tiene una vela grisácea... No, era el sol que me daba en los ojos. Ahora no puedo verlas.

Le dolían los ojos y las naves habían desaparecido. ¿O había sido todo una ilusión del resplandor del agua?

Le pareció que la atmósfera estaba muy clara y plagada de puntitos luminosos, como un tenue velo que en cualquier momento podía desgarrarse o descorrerse para permitir la visión de otro mundo más allá de éste. No podía recordar haberla visto así nunca. Sintió, sin saber cómo, que las naves que había contemplado pertenecían a ese otro mundo. Tal vez se tratara de algo que vería algún día. Era demasiado pequeña para pensar cuan extraño resultaba aquello. Su madre se le había adelantado y, por alguna razón, le pareció que la importunaría si tornaba a hablarle de las naves que había visto y que ya no podía ver, se apresuró para alcanzar a la reina, sintiendo el dolor de sus piernas al subir los escalones.

El templo de Apolo Helios, Señor del Sol, estaba a más de la mitad del camino hasta la cumbre de la colina donde se asentaba la gran ciudad de Troya. Más arriba sólo se hallaba el templo de Atenea virgen, pero el de Apolo era el más bello de la ciudad. Había sido construido con deslumbrantes mármoles blancos y altas columnas a ambos lados sobre cimientos de piedra, colocado, como le habían dicho a Casandra más de una vez, por titanes antes incluso de que hubieran nacido los más ancianos de la ciudad. La luz era tan intensa que Casandra se protegió los ojos con las manos. Bueno, si era la casa del dios del Sol, ¿qué podía esperarse excepto una deslumbrante y perpetua luz? En el patio exterior, donde los mercaderes vendían toda clase de cosas, incluyendo animales para los sacrificios, pequeñas imágenes del dios en arcilla, alimentos y bebidas, su madre le compró una raja de melón. Ésta le suavizó la garganta, reseca tras la larga y polvorienta subida. El área protegida por el pórtico del patio siguiente estaba sombreada y fresca. Allí, varios sacerdotes y funcionarios reconocieron a la reina y se acercaron a saludarla.

—Bienvenida, señora —dijo uno de ellos—, y sea también bienvenida la princesita. ¿Os agradaría sentaros aquí y descansar un momento hasta que la sacerdotisa pueda hablaros?

Condujeron a la reina y a la princesa hasta un banco de mármol a la sombra. Por un momento, Casandra permaneció sentada en silencio junto a su madre, contenta de haber

dejado atrás el calor. Terminó su raja de melón y se limpió las manos en la falda. Luego miró a su alrededor en busca de un lugar en donde dejar la cáscara. No le parecía bien tirarla al suelo en presencia de los sacerdotes y sacerdotisas. Junto el banco descubrió un cesto en donde había cáscaras y mondaduras de fruta y puso la suya con las demás.

Después caminó lentamente en torno al recinto, preguntándose qué podría ver allí y cuáles serían las diferencias entre la casa de un dios y la casa de un rey. Ésta desde luego, era sólo la antecámara donde las gentes aguardaban a ser recibidas. Había un lugar como aquél en el palacio, en el cual esperaban quienes deseaban obtener un favor del rey o entregarle un presente. Se preguntó si el dios tendría una alcoba dónde dormiría o se bañaría. Entonces pudo ver, al pasar, la estancia principal, que supuso era el salón de audiencias.

Allí estaba. Los colores con que se hallaba pintado resultaban tan naturales que, por un instante, Casandra no se dio cuenta de que lo que estaba viendo era una estatua. Le pareció razonable que un dios tuviera una altura superior a la de los humanos y que, rígidamente erguido, mostrase una sonrisa distante pero acogedora. Casandra penetró subrepticiamente en la sala, llegó hasta los pies del dios y, por un momento, le pareció oírle hablar. Luego supo que era tan sólo una voz en su mente.

—Casandra —dijo, y parecía perfectamente natural que un dios conociera su nombre sin que se lo hubiese dicho—. ¿Serás mi sacerdotisa?

Ella murmuró, sin saber ni importarle si hablaba en voz alta.

—¿Me necesitas, Apolo?

—Sí, y por eso te llamé —le contestó.

La voz era profunda y matizada, como imaginaba que debía de ser la voz de un dios; y le habían dicho que Helios era también el dios de la música y de las canciones.

—Pero soy sólo una niña, aun no tengo edad para dejar la casa de mi padre.

—Aun así, te ordeno que, cuando llegue el día, recuerdes que me perteneces —dijo la voz.

Durante un momento, las motas de polvo dorado que danzaban en el oblicuo rayo de sol se unieron en una gran banda a través de la cual le pareció que el dios llegaba hasta ella con un ardiente contacto... y entonces, el fulgor desapareció y pudo ver que era sólo una estatua, fría e inmóvil y en manera alguna semejante al Apolo que le había hablado.

Llegó la sacerdotisa conduciendo a su madre hasta la imagen, pero Casandra tiró de la mano de la reina.

—Todo va bien —murmuró con insistencia—. El dios me ha dicho que te otorgará lo que le has pedido.

No tenía idea de cuándo había oído aquello; simplemente sabía que el hijo de su madre era un varón. Y si conocía lo que antes ignoraba, tenía que haber sido el dios quien se lo había dicho y así, aunque no había oído su voz, supo que lo que afirmaba era cierto.

Hécuba la miró escéptica, luego se soltó de su mano y fue con la sacerdotisa hacia la sala interior. Casandra miró a su alrededor.

Junto al altar había un pequeño cesto de mimbre. En su interior Casandra advirtió un cierto movimiento. Al principio pensó que se trataba de gatitos y se preguntó por qué, puesto que no se sacrificaban gatos a los dioses. Observando más de cerca, reparó en que dentro del cesto había dos pequeñas culebras enroscadas. Sabía que las serpientes pertenecían al Apolo del Infierno. Sin detenerse a pensar, tendió los brazos y agarró una serpiente en cada mano, acercándolas a su cara. Las sintió blandas, cálidas, secas y tenuemente escamosas entre sus dedos y no pudo resistirse a besarlas. Se notó extrañamente alborozada y un poco mareada, y su menudo cuerpo comenzó a temblar.

No supo cuánto tiempo permaneció en cuclillas, sosteniendo las serpientes. Ni podría haber revelado lo que le dijeron. Sólo sabía que las escuchó con atención durante todo el tiempo.

Entonces oyó el grito de temor y de enojo de su madre. Sonriendo, alzó hacia la reina su mirada.

—No te preocupes —dijo, advirtiendo la agitación en el rostro de la sacerdotisa que se hallaba tras Hécuba—. El dios me dijo que podía hacerlo.

—Déjalas inmediatamente —le ordenó la sacerdotisa—. No deberías haberlas cogido; te has expuesto a que te muerdan.

Casandra hizo una última caricia a cada una de las serpientes y con cuidado, las devolvió a su cesto. Le pareció que se sentían contrariadas por abandonar su compañía y se inclinó para prometerles que volvería y jugaría con ellas. —Eres una niña mala y desobediente! —exclamó Hécuba mientras Casandra se levantaba. La agarró por un brazo, pellizcándola con fuerza. Casandra le echó hacia atrás, asustada. Jamás había visto a su madre tan enfadada con ella como en aquel momento, y además no comprendía por qué se había irritado tanto. — -No sabes que las serpientes son venenosas? —Pero pertenecen al dios —replicó Casandra—. Él no permitiría que me mordiesen.

—Has tenido mucha suerte —declaró la sacerdotisa, con gesto preocupado.

—¡Tú las coges sin miedo! —exclamó Casandra.

—Pero yo soy sacerdotisa y me han enseñado a manejarlas.

—Apolo dijo que yo sería su sacerdotisa y me aseguró que podía tocarlas —afirmó con voz firme, y la sacerdotisa la miró ceñuda.

—¿Es eso cierto, niña?

—Pues claro que no lo es —terció Hécuba con aspereza— ¡Se lo ha inventado! Siempre se imagina cosas.

Aquello resultaba tan falso y tan injusto que Casandra se echó a llorar. Su madre la aferró de un brazo y la condujo afuera, empujándola con tal vigor por la escalinata que tropezó y a punto estuvo de caerse. Él día parecía haber perdido todo su dorado esplendor. El dios había desaparecido. Ya no era capaz de sentir su presencia y habría llorado más por eso que por el dolor que le producía la mano de su madre en el brazo.

—¿Por qué has dicho tal cosa? —tornó a reñirla Hécuba?—. ¿O es que eres como un bebé a quien no se puede dejar solo veinte minutos sin que haga una trastada? Jugar con las serpientes del templo... ¿Ignoras el daño que podrían haberte causado?

-Pero el dios dijo que no permitiría que me hiriesen declaró obstinadamente Casandra y su madre volvió a pellizcarla, dejándole una magulladura en el brazo.

—¡No debes decir tal cosa!

—Pero es verdad —insistió la niña.

—Tonterías. Si vuelves a decirlo, te pegaré.

Casandra calló. Lo que había sucedido había sucedido.

No deseaba que le pegasen pero conocía la verdad y no podía negarla. ¿Por qué su madre no la creía? Ella siempre decía la verdad.

No soportaba el hecho de que su madre y la sacerdotisa pensasen que había mentido. Y mientras en silencio, ya sin protestar, bajaba los peldaños con la mano cogida con fuerza por la mano más grande de la reina, se aferró al recuerdo del rostro de Apolo, a la voz cordial que había resonado en su mente. Sin que hubiese tenido conciencia de ello, algo en la profundidad de su seno había estado aguardando aquel sonido.

A la siguiente luna llena, Hécuba dio a luz un hijo, que habría de ser el último. Le llamaron Troilo. Casandra, de pie junto al lecho de su madre en la estancia en donde había parido, no mostró sorpresa al ver la cara de su hermano menor. Pero cuando le recordó a su madre que desde el día de la visita al templo sabía que iba a ser un varón, Hécuba dio muestras de incomodidad.

—¿Cómo es posible que te comportaras así? —preguntó enfadada—. ¿Pero realmente crees que te habló el dios? Tratas sólo de darte importancia, y no pienso hacerte caso. Ya no eres tan pequeña para tales niñerías.

Pero Casandra pensó que aquello era importante, que era importante que ella hubiera sabido y que el dios le hubiera hablado. Entonces, ¿es que le hablaba a los bebés? ¿Por qué se enfadaba su madre? Ella sabía que la diosa le hablaba a la reina. La había visto descender sobre Hécuba cuando esta la invocaba en la época de la recolección y a la hora de bendecir.

—Escucha, Casandra —dijo la reina, en tono serio—. El mayor crimen es decir de un dios algo que no sea la verdad. Apolo es el Señor de la Verdad; si invocas falsamente su nombre, te castigará y su ira es terrible.

—Pero estoy diciéndote la verdad; el dios me habló —insistió Casandra, angustiada.

Hécuba suspiró, resignadamente, porque, a fin de cuentas, aquello no era algo inaudito.

—Bueno, supongo que debemos dejarlo todo en sus manos. Pero te advierto de que no hables de esto con nadie más.

Ahora que había otro príncipe en palacio, otro hijo de Príamo y de su reina, toda la ciudad se regocijó. Dejaron a Casandra a su propio albedrío, y ella se preguntó por qué tenía que ser un príncipe mucho más importante que una princesa. Resultaba inútil pedirle a su madre que se lo aclarara. Podía preguntárselo a su hermana mayor, pero Polixena sólo parecía interesada en charlar con las domésticas sobre bellos trajes, joyas y bodas; cosas que a Casandra le aburrían, pero le aseguraban que cuando fuese mayor se preocuparía más de las cosas que eran importantes en la vida de una mujer. A ella le costaba aceptar que aquello fuera importante. Estaba dispuesta a ver bellos trajes y joyas pero no sentía deseo alguno de lucirlos; prefería que lo hicieran Polixena o su madre. Las domésticas de Hécuba la consideraban tan extraña como Casandra a ellas. En una ocasión se negó obstinadamente a entrar en una estancia, gritando «¡Se caerá el techo!». Tres días más tarde se produjo un pequeño terremoto y se desplomó.

A medida que transcurría el tiempo y una estación sustituía a otra, Troilo comenzó a gatear, a caminar y a hablar. Antes de lo que Casandra hubiera esperado, era casi tan alto como ella. Mientras tanto, Polixena superó la talla de su madre y fue iniciada en los Misterios de las mujeres.

Casandra ansiaba que llegara el momento en que también ella fuese reconocida como mujer, aunque, según su criterio, aquello hubiera hecho más juiciosa a Polixena. ¿Le hablaría el dios de nuevo cuando hubiese sido iniciada en los Misterios? Durante todos aquellos años jamás volvió a oír su voz; tal vez tuviera razón su madre y sólo lo había imaginado. Anhelaba escuchar de nuevo aquella voz, aunque sólo fuera para asegurarse de la realidad de la primera vez. Sin embargo, su deseo estaba paliado por cierto temor. Al parecer, convertirse en mujer implicaba un cambio tan notable que le haría perder su propia identidad. Polixena estaba ahora atada a la vida del recinto de las mujeres y se mostraba contenta de que así fuese; ni siquiera parecía molestarle la pérdida de su libertad, y ya no conspiraría más con Casandra para escapar a la ciudad.

Muy pronto Troilo llegó a la edad suficiente para ser enviado a dormir al recinto de los hombres, y ella misma cumplió doce años. Aquel año, su estatura aumentó; y por ciertos

cambios que se produjeron en su cuerpo, supo que pronto sería contada entre las mujeres del palacio y que ya no se le permitiría corretear por donde le placiera.

Obedientemente, Casandra permitió que la vieja ama de su madre la enseñase a hilar y a tejer. Con la ayuda de Hesione, la hermana soltera de su padre, consiguió tejer y confeccionar un vestido para su muñeca de arcilla con la que todavía jugaba. Odiaba aquella tarea que le dejaba los dedos doloridos, pero se sintió orgullosa de su obra una vez terminada.

Compartía entonces en el recinto de las mujeres una estancia con Polixena, que ya había cumplido dieciséis años y estaba en edad de casarse, y con Hesione, una muchacha vivaz que había pasado de los veinte y poseía el rizado pelo negro y los verdes ojos de Príamo. De acuerdo con unas normas de conducta aparentemente descabelladas e impuestas por su madre y por Hesione, Casandra había de permanecer en aquel recinto e ignorar todas las cosas interesantes que pudieran estar pasando en el palacio o en la ciudad. Pero había días en que conseguía sustraerse a la vigilancia de las mujeres y escapaba hacia algunos de sus lugares favoritos.

Una mañana logró deslizarse fuera del palacio y tomó el camino que a través de las calles subía hasta el templo de Apolo.

No sentía deseos de llegar hasta el propio templo ni la impresión de que la hubiese llamado el dios. Se dijo a sí misma que, cuando ese día llegase, lo sabría. Mientras subía, a medio camino de la cuesta, se volvió para mirar el puerto y distinguió las naves. Allí estaban, justamente como el día en que el dios le habló, pero sabía que ahora se trataba de navíos del sur, de los reinos isleños de los aqueos y de Creta. Se dirigían a comerciar con los países hiperbóreos y Casandra pensó, con una excitación casi física, que llegarían a la región del Viento del Norte de cuyo aliento habían nacido los grandes toros-dioses de Creta.

Sintió el anhelo de navegar rumbo al norte con las naves, pero jamás iría. A las mujeres nunca se les permitía ir en una de aquellas grandes naves mercantes que, al pasar por los Estrechos, habían de pagar un tributo al rey Príamo y a Troya. Y mientras contemplaba los barcos, un estremecimiento distinto de cualquier sensación física que hubiese experimentado antes recorrió todo su cuerpo...

Estaba tendida en un rincón de una nave, subiendo y bajando con el movimiento de las olas; presa de náuseas, mareada, exhausta y asustada, magullada y dolorida. Mas cuando alzó los ojos por encima de la gran vela que resplandecía al sol, vio el cielo azul y centelleante por obra del astro de Apolo. El rostro de un hombre se volvió hacia ella. Mostraba una sonrisa salvaje, horrible y triunfal. En un momento de terror se le quedó grabada para siempre en su mente. Casandra nunca había sabido lo que eran el miedo o la afrenta auténticos; sólo había conocido una turbación momentánea ante un suave reproche de su madre o de su padre; ahora supo lo que eran los dos. Con una parte de su mente sabía que jamás había visto a aquel hombre pero se daba cuenta de que nunca en toda su vida olvidaría aquella cara, con su enorme nariz ganchuda como el pico de alguna feroz, ave de presa; sus ojos, que brillaban como los de un halcón, la sonrisa cruel y fiera, el tosco mentón prominente y una negra barba que la llenó de miedo y de pavor.

Fue todo cosa de un instante. Al momento siguiente se hallaba de nuevo sobre los peldaños y veía allá abajo las lejanas naves en el puerto. Mas sabía que un instante antes había estado tendida en una de esas embarcaciones, cautiva. Había percibido la dura cubierta bajo su cuerpo, el viento salino sobre ella, el restallido de la vela y el crujido de las tablas del navío. Sintió de nuevo el terror y el extraño alivio que no podía comprender.

Era incapaz de saber lo que le había sucedido o por qué. Giró sobre sí misma, alzó sus ojos hacia lo alto, en donde se levantaba el blanco templo de Palas Atenea, y suplicó a la diosa virgen que lo que había visto y sentido no fuese más que una especie de pesadilla sin sueño.

¿Sucedería verdaderamente aquello algún día?... ¿Sería ella alguna vez esa magullada cautiva de la nave, presa de aquel hombre de rostro de halcón? No se parecía a ningún troyano que ella hubiese visto...

Rechazó con toda su voluntad aquel helado horror. ¿Pesadilla? ¿Visión? Se volvió y miró hacia tierra adentro, donde se elevaba el alto y sagrado monte Ida. En algún lugar de las laderas de esa montaña... no, lo había soñado, nunca había puesto el pie en las laderas del Ida. Allá arriba estaban las nieves perpetuas y más abajo, los verdes pastizales en donde, según le habían dicho, se criaban las manadas y los numerosos rebaños de su padre al cuidado de los pastores. Se frotó los ojos, con inquietud Si al menos pudiese ver lo que había más allá de su visión...

Ni siquiera años después, cuando todas las cosas relacionadas con el don de la profecía y de la Visión constituían para ella una segunda naturaleza, estuvo Casandra segura de dónde le llegaba el súbito conocimiento de lo que tenía que hacer de inmediato. Nunca afirmó ni creyó que hubiera oído la voz del dios, que la hubiera conocido e identificado como tal. Estaba simplemente allí, en una parte de su ser. Se volvió en redondo y echó a correr hacia el palacio. Al pasar por una calle que le era familiar, miró casi ansiosamente a la fuente; no, aquella agua no estaba lo bastante quieta para lo que necesitaba.

En el patio exterior vio a una de las mujeres de su madre y se ocultó tras una estatua, temiendo que pudieran haber enviado en su busca a aquella doméstica. Ahora, siempre que se escapaba del recinto de las mujeres, se producía un gran alboroto.

¡Qué estupidez! De nada le sirvió a Hesione hallarse dentro, pensó, y no supo lo que aquel pensamiento significaba. Al evocar a Hesione experimentó un súbito pavor y, sin saber por qué, se le ocurrió, que debería prevenirla. ¿Prevenirla? ¿De qué? ¿Por qué? Sería inútil. Lo que tiene que suceder, sucederá. Algo dentro de ella le empujaba a correr hacia Hesione o hacia su madre, o hacia Polixena o el ama, en busca de alguien que pudiera calmar ese terror sin nombre que hacía temblar sus rodillas y contraerse a su estómago. Pero fuera cual fuese su misión resultaba para ella más apremiante que los peligros imaginados o previstos. Aun continuaba acurrucada, oculta tras la columna; pero la mujer había desaparecido. Temí que me viese.

¿Temí? ¡No!¡Desconozco el significado de la palabra! Tras el pavor de aquella visión en el puerto, Casandra sabía que ya no temería nada que fuese menor que aquello. Aun así, no deseaba que la viesen presa de tal apremio; era posible que alguien le impidiese hacer lo que tenía que llevar a cabo. Corrió hacia el recinto de las mujeres y halló un cuenco de barro, lo llenó con agua fresca de la cisterna y se arrodilló ante la vasija.

Contemplando el agua, vio al principio su propio rostro, como en un espejo. Luego, cuando las sombras se agitaron sobre la superficie, supo que estaba contemplando la cara de un muchacho muy parecida a la de ella: los mismos cabellos negros, abundantes y lacios, los mismos ojos hundidos, sombreados por largas y tupidas pestañas. Miraba hacia algo situado más allá de donde estaba ella, hacia algo que Casandra no podía distinguir.

Preocupado por las ovejas, a cada una de las cuales conocía por su nombre, pisando con cuidado, sabiendo en dónde se hallaban y lo que había que hacer con cada una, como si estuviese orientado por una secreta sabiduría. Casandra deseó apasionadamente que se le pudiera confiar a ella una tarea tan responsable e importante como aquella. Permaneció algún tiempo arrodillada junto a la vasija, preguntándose por qué había sido impulsada a verlo, y qué podría significar. No era consciente de su entumecimiento, ni del frío, ni del dolor que provocaba en sus rodillas la inmovilidad de su postura; vigiló con él, compartiendo su disgusto cuando uno de los animales se cayó, su placer ante la luz del sol, alcanzando y rozando con la mente sus temores ocasionales a los lobos y a bestias más grandes y peligrosas... Ella era aquel muchacho desconocido cuyo rostro era como el suyo propio.

Un súbito grito la sacó de esta apasionada, identificación.

—¡Alto! ¡Socorro, fuego, crimen, violación! ¡Socorro!

Por un momento pensó que había sido él quien había gritado; pero no, se trataba de otra clase de sonido, percibido con los oídos físicos y que la arrancó de su trance.

Otra visión pero esta vez ni de dolor ni de miedo. ¿Proceden de un dios? Recobró con un doloroso sobresalto la conciencia del lugar en que se hallaba: en el patio del recinto de las mujeres.

Y de repente olió a humo y el cuenco, cuya agua enturbiada aún contemplaba, se volcó. El agua se derramó por el suelo. La inmovilidad visionaria desapareció con el líquido y Casandra descubrió que podía moverse.

Pasos extraños resonaban sobre las losas. Oyó chillar a su madre y se precipitó por el corredor. Se hallaba vacío, tan sólo le llegaban los gritos de las mujeres. Luego vio a dos hombres con armadura y casco de alto penacho. Eran de gran estatura, mayor que la de su padre o la de Héctor, que aun no había acabado de crecer. Hombres velludos y de apariencia salvaje, bajo cuyos cascos asomaban sus rubios cabellos. Uno de ellos llevaba sobre el hombro a una mujer que chillaba. Con sorpresa y horror, reconoció a la mujer: era su tía Hesione.

Casandra ignoraba por completo lo que había sucedido o por qué; todavía se hallaba a medio camino de vuelta de su visión. Los soldados pasaron junto a ella, corriendo, tan próximos y tan veloces que uno de ellos estuvo a punto de derribarla. Los siguió, con la vaga idea de que podría ayudar a Hesione, pero ya habían desaparecido por la escalinata del palacio. Como si su visión interior continuara, vio a Hesione, aún gritando, llevada por la escalera y a través de la ciudad. Las gentes huían ante los invasores. Era como si la mirada de aquellos hombres poseyese la facultad de la cabeza de Medusa de trocar a los hombres en piedra; no sólo debía evitarse mirar a los aqueos, sino incluso la mirada de ellos.

De la parte baja de la ciudad se alzó un horrible griterío y pareció que todas las mujeres del palacio lo repitieran a coro.

Los gritos prosiguieron durante algún tiempo y luego se extinguieron tras un triste gemido. Casandra fue en busca de su madre, repentinamente asustada y sintiéndose culpable por no haber pensado antes en el peligro que había corrido Hécuba. A lo lejos percibió amortiguado el entrechocar de las armas; oyó los gritos de guerra de los hombres de su padre que combatían a los invasores, ya de retirada hacia las naves. De algún modo, Casandra fue consciente de que aquella lucha era vana.

¿Sucederá a Hesione lo que vi, lo que sentí? ¿La tomará cautiva ese hombre terrible de cara de halcón? ¿ Vi y sentí lo que le pasará?

No sabía si admitir la posibilidad de no tener que sufrir aquello, o avergonzarse de desear que la sustituyera su amada y joven tía.

Llegó a la estancia de su madre. Allí se hallaba Hécuba, pálida como una muerta, con Troilo en su regazo.

—Ya estás aquí, muchacha díscola —dijo una de las domésticas—. Temíamos que también te hubiesen secuestrado los aqueos.

Casandra corrió hacia su madre y se arrodilló a su lado.

—Los vi llevarse a tía Hesione —murmuró—. ¿Qué será de ella?

—La llevarán a su tierra y la tendrán allí hasta que tu padre pague el rescate —dijo Hécuba, enjugándose las lágrimas.

Junto a la puerta, se oyeron los pesados pasos que Casandra siempre asociaba con su padre y Príamo penetró en la estancia. Llevaba la armadura mal colocada, como si se hubiese preparado precipitadamente para la lucha.

Hécuba alzó los ojos y vio, detrás de Príamo, la armada figura de Héctor, un esbelto guerrero de diecinueve años.

—¿Estáis bien los niños y tú? —inquirió el rey—. Hoy tu hijo mayor ha luchado junto a mí como un auténtico guerrero.

—¿Y Hesione? —preguntó Hécuba.

—Desaparecida. Eran demasiados para nosotros y escaparon a las naves antes de que pudiésemos alcanzarlos —contestó Príamo—. Sabes muy bien que nada les importa la mujer; se trata sólo de que, siendo mi hermana, piensan que podrán exigir concesiones y librarse del peaje portuario. Eso es todo.

Dejó a su lado la lanza, con expresión de disgusto.

Hécuba atrajo a Héctor a su lado y comenzó a besarle hasta que él se apartó.

—¡Ya está bien, no soy un pequeño para seguir pegado a tus faldas! —exclamó, irritado.

—¿Quieres que haga traer vino, mi señor? —preguntó Hécuba, dejando al niño y poniéndose en pie con presteza.

Pero Príamo negó con la cabeza.

—No te molestes —dijo—. No debía haber venido a importunarte, pero pensé que te gustaría saber que tu hijo peleó con honor y salió ileso de su primer combate.

Abandonó la estancia y Hécuba dijo entre dientes:

—¡Combate! No pierde tiempo para ir en busca de su última mujer, eso es todo. ¡Y ella le dará vino sin aguar y se pondrá malo! Y por lo que a Hesione se refiere, poco le importa! ¡Mientras que no entorpezcan su preciada navegación, los aqueos pueden atraparnos a su placer a todos!

Casandra sabía muy bien que no era el mejor momento para preguntar nada a su madre. Mas de noche, cuando se reunieron en el gran comedor del palacio (porque Príamo aún mantenía la vieja costumbre de que hombres y mujeres cenasen juntos, en vez de aceptar la nueva que hacía a las mujeres cenar aisladas en su propio recinto; «para que no tengan que aparecer ante hombres extraños», como la justificaban los tiránicos aqueos) aguardó a que el rey estuviese de buen humor, compartiendo su mejor vino con su madre e hiciera una seña a Polixena, a la que siempre mimaba, para que se sentase junto a él. Entonces se levantó, y Príamo, tolerante, le indicó que se aproximase. —¿Qué quieres, Ojos Brillantes?

—Sólo hacerte una pregunta, padre, acerca de algo que hoy vi.

—Si se trata de tía Hesione... —empezó a decir.

—No. ¿Pero crees que los aqueos pedirán un rescate por ella?

—Probablemente, no —repuso Príamo—. Probablemente uno de ésos se casará con ella e intentará así reivindicar unos derechos sobre Troya.

—¡Qué cosa tan terrible! —murmuró Casandra. —No es tan malo, después de todo. Conseguirá un buen marido entre los aqueos y, de tal manera, por este año se evitará una guerra por los derechos de tráfico —explicó Príamo—. De ese modo se producían muchos matrimonios en los viejos tiempos.

—¡Qué horrible! —exclamó tímidamente Polixena—. Yo no querría ir tan lejos para casarme. ¡Y preferiría celebrar mi boda en vez de ser raptada!

—Bueno, estoy seguro de que, más pronto o más tarde, podremos arreglar eso —dijo Príamo con indulgencia—. Está ese pariente de tu madre, el joven Aquiles, de quien se dice

que será un poderoso guerrero... Hécuba movió la cabeza al declarar: —Aquiles ha sido prometido a su prima Deidamia, hija de Licomedes, y no desearía yo que mi hija entrase a formar parte de esa familia.

—Es igual, si ha de ganar fama y gloria... He oído que el muchacho es ya un gran cazador de leones y jabalíes. Me agradaría tenerlo por yerno. —Suspiró—. Bien, habrá tiempo sobrado de pensar en maridos y en bodas para las muchachas. ¿Qué es lo que hoy viste, pequeña Casandra, y acerca de lo cual querías preguntarme?

Incluso cuando las palabras salieron de sus labios, Casandra sintió que debería haber guardado silencio, que lo que había visto en el agua de aquel cuenco no debía ser revelado. Pero su confusión y su ansia de saber eran tan grandes que no pudo evitarlo. Las palabras brotaron:

—Padre, dime quién es el muchacho que tiene una cara exactamente igual que la mía.

Príamo la observó de tal modo, que tembló de terror. Luego alzó la mirada sobre su cabeza y la dirigió hacia Hécuba, diciendo con voz terrible:

—¿Adónde la has llevado?

Hécuba, turbada, respondió a Príamo:

—No la he llevado a parte alguna. No tengo ni la más leve idea de lo que está diciendo.

—Ven aquí, Casandra —dijo Príamo, al tiempo que apartaba a Polixena—, cuéntame más acerca de eso. ¿En dónde viste al muchacho? ¿Estaba en la ciudad?

—No, padre, sólo le vi en el agua de un cuenco. Guarda ovejas en el monte Ida y tiene mi misma apariencia.

Le asustó el abrupto cambio que se produjo en el rostro de su padre.

—¿Y qué hacías tú, mirando en el agua de ese cuenco? —le preguntó.

Se volvió hacia Hécuba con gesto furioso y, por un momento, Casandra temió que golpeara a la reina.

—Esto es obra tuya. Te confío la crianza de mis hijas y he aquí a una de ellas, escrutando en el agua de un cuenco y husmeando en brujerías, oráculos y cosas semejantes...

—¿Pero quién es? —inquirió Casandra.

Su necesidad de respuesta era más grande que su temor.

—¿Y por qué se parece tanto a mí? —volvió a preguntar.

Entonces, su padre bramó palabras ininteligibles y la abofeteó en plena cara, con tal fuerza que perdió el equilibrio y cayó por los escalones del trono, golpeándose la cabeza.

Su madre gritó indignada y se apresuró a recogerla.

—¡Bestia! ¿Qué le has hecho a mi hija?

Príamo fulminó a su mujer con la mirada y se puso en pie, airado. Alzó la mano para golpearla pero Casandra gritó entre sollozos.

—¡No! ¡No pegues a mi madre, que ella no ha hecho nada!

En los límites de su visión percibió que Polixena les observaba con ojos desorbitados pero demasiado asustada para hablar. Y pensó con más desdén que rabia: ¿Se mantendría al margen y dejaría que el rey golpease a nuestra madre?

—¡No fue culpa de madre, que ni siquiera lo sabía! Fue el dios quien me dijo que podía hacerlo. Afirmó que, cuando fuese mayor, sería su sacerdotisa y fue él quien me mostró cómo emplear el cuenco con agua...

—¡Silencio! —ordenó Príamo, que volvió a mirar con ira a Hécuba.

Casandra no lograba entender la causa de que se enfureciera tanto.

—No quiero brujerías en mi palacio, señora. ¿Me oyes? —declaró Príamo-. Envíala lejos de aquí antes de que difunda sus tonterías entre las demás muchachas, perjudicando su educación.

Miró a su alrededor y su ceño se suavizó cuando sus ojos repararon en la sonrisa afectada de Polixena. Luego se clavaron de nuevo en Casandra que aún permanecía encogida, con las manos puestas en su cabeza sangrante. Ahora ella sabía que existía realmente algún secreto respecto al muchacho cuyo rostro había visto.

Las palabras del rey no se referían a Hesione. No le importa. Le basta con que se case con uno de esos invasores que la raptaron. El pensamiento, unido al miedo y a la turbación de la visión (si de esto se había tratado) le hicieron sentir un súbito pavor. Padre no me lo dirá. Bien, entonces se lo preguntaré a Apolo.

Sabe más cosas que padre. Y me dijo que yo había de ser suya; de haberse tratado de mí y no de Hesione, no habría permitido que me llevase aquel hombre. A mi padre le basta con que se case. ¿Consentiría en un matrimonio como ése si tal individuo me robara? Jamás la abandonaría la visión del hombre de rostro rapaz. Mas, para apartarla, cerró los ojos

trató de evocar de nuevo la dorada voz del Señor del Sol, Diciendo: Tú eres mía.

Los cardenales de Casandra aún tenían un tono verdearnarillento. En el cielo matinal se dibujaba una tenue media luna. Se hallaba junto a su madre que guardaba en una bolsa de cuero algunas de sus túnicas con sus sandalias nuevas y un cálido manto invernal.

—Pero aún no es invierno —protestó.

—Hace más frío en la llanura —le explicó Hécuba—. Créeme, cariño, lo necesitarás para cabalgar.

Casandra se apretó contra su madre y dijo casi sollozando:

—No quiero separarme de ti.

—También yo te echaré de menos, pero creo que serás feliz. Me gustaría ir contigo.

—¿Por qué entonces no vienes, madre?

—Tu padre me necesita.

—No, no es cierto —dijo Casandra—. Él tiene sus otras mujeres; puede vivir sin ti.

—Estoy segura de que podría —repuso Hécuba, con una leve mueca—, pero no deseo dejarlo con ellas. No tienen los cuidados que yo tengo con su salud y con su honor. Y además también tu hermano pequeño me necesita.

Casandra no le encontró sentido a eso. Con el Año Nuevo habían enviado a Troilo al recinto de los hombres. Pero si su madre no quería ir, nada podía hacer ella. Pensó que nunca tendría hijos, si eso implicaba renunciar por completo a obrar según su propia voluntad.

Hécuba alzó la cabeza al oír ruido en el patio.

—Creo que ya llegan —dijo y tomó a Casandra de la mano.

Juntas se apresuraron a bajar por la larga escalera.

Muchas de las domésticas se habían congregado para ver a las mujeres que entraban en el patio, montadas en caballos blancos, bayos y negros. Quien las mandaba, una mujer alta de cara morena y pecosa, se dejó caer de su I montura y corrió a abrazar a Hécuba.

—¡Hermana! ¡Qué alegría me da verte!

Hécuba correspondió a su abrazo; y Casandra se asombró al ver a su madre, siempre tan sosegada, riendo y llorando al mismo tiempo. Tras un momento, la alta desconocida la soltó y dijo:

—Estás gorda y blanda por vivir bajo techado. ¡Y tu piel es tan pálida que pareces un fantasma! —¿Tan mal estoy? —replicó Hécuba. La mujer frunció el entrecejo.

—¿Y son éstas tus hijas? ¿También ratones caseros? —preguntó.

—Eso tendrás que averiguarlo tú —contestó Hécuba, indicando a las muchachas que se acercasen—. Esta es Polixena. Tiene ya dieciséis años.

—Parece muy frágil para una vida al aire libre como la nuestra. Creo que quizá la has mantenido encerrada demasiado tiempo, pero haremos por ella lo que podamos y te la devolveremos sana y fuerte.

Polixena se escondió tras su madre y la alta amazona se echó a reír. -¿No?

—No, te llevarás a la pequeña, a Casandra —dijo Hécuba.

—¿La pequeña? ¿Qué edad tiene?

—Doce años —respondió Hécuba—. Ven, Casandra, y saluda a tu pariente Pentesilea, cabeza de nuestra tribu.

Casandra examinó atentamente a la mujer. De más edad que Hécuba, la superaba también en estatura, aunque su madre podía considerarse una mujer alta. Se tocaba con un puntiagudo gorro de piel; bajo el cual, Casandra distinguió los rizos recogidos de unos cabellos rojizos ya canosos. Vestía un corto ropón ajustado; sus piernas, largas y delgadas, asomaban bajo calzas de cuero que le llegaban hasta más abajo de la rodilla. En su cara estrecha abundaban las arrugas. Y su piel estaba no sólo quemada por el sol sino moteada por millares de pecas pardas. A Casandra le pareció más un guerrero que una mujer, pero su rostro se parecía tanto al de Hécuba que no dudó de que fuesen de la misma familia. Sonrió a Casandra, con buen humor. —¿Crees que te gustará venir con nosotras? ¿No estás asustada? Me parece que tu hermana tiene miedo de nuestros caballos —dijo.

—Polixena tiene miedo de todo —contestó Casandra—. Quiere ser lo que mi padre llama una muchacha como es debido.

—¿Y tú no?

—No, si eso significa estar siempre en casa —repuso Casandra, y vio que Pentesilea sonreía—. ¿Cómo se llama tu caballo? ¿Muerde?

—Es una yegua y se llama Corredora. Todavía no me ha mordido —declaró Pentesilea—. Veremos si consigues hacerte amiga de ella.

Casandra se adelantó con osadía y tendió su mano como le habían enseñado a hacer con un perro desconocido para que pudiera percibir su olor. La yegua inclinó su enorme cabeza y resopló. Casandra le frotó los sedosos ollares y observó sus ojos grandes y dulces. Al captar su mirada, comprendió que había encontrado una amiga entre todas aquellas desconocidas. Pentesilea le preguntó: —¿Estás dispuesta a venir con nosotras? —¡Oh, claro! —respondió con entusiasmo. El rostro adusto y alargado de Pentesilea parecía más cordial cuando sonreía.

—¿Crees que podrás aprender a montar? Dulce o no, la yegua le parecía enorme, pero Casandra contestó con valentía:

—Si tú conseguiste aprender y mi madre consiguió aprender, supongo que no hay razón para que no pueda hacerlo yo.

—¿Queréis ir al recinto de las mujeres y tomar algo antes de partir? —ofreció Hécuba.

—Naturalmente, pero siempre que ordenes a alguien que se ocupe de nuestros caballos —dijo Pentesilea.

Hécuba llamó a uno de los sirvientes y le ordenó que llevase a la cuadra el caballo de Pentesilea y los de sus acompañantes. Aquellas dos mujeres vestían de modo semejante al de Pentesilea. Ésta las presentó como Caris y Melissa. Caris era delgada y pálida, casi tan pecosa

como la reina, pero su cabello tenía el color del bronce; el de Melissa, regordeta y de mejillas rosadas, era rizado y castaño. A Casandra le pareció que tendría quince o dieciséis años.

Se preguntó si serían hijas de Pentesilea pero era demasiado tímida para expresarlo.

Al subir al recinto de las mujeres, Casandra se extrañó de que nunca hubiese reparado en lo sombrío que era. Hécuba había llamado a sus domésticas para que trajeran vino y dulces. Mientras las invitadas los probaban, Pentesilea requirió a Casandra y le advirtió:

—Para cabalgar con nosotras, cariño, has de vestir como es debido. Te hemos traído unos calzones. Caris te ayudará a ponértelos. Y para ir a caballo tienes que llevar una capa de abrigo. Cuando se pone el sol, el frío hace acto de presencia rápidamente.

—Mi madre me hizo un manto grueso —dijo Casandra. Y fue con Caris a su habitación para recoger la bolsa con las prendas. Los calzones de cuero le estaban un poco grandes. Se preguntó quien los habría usado antes porque relucían de puros desgastados por los fondillos. Pero le parecieron muy cómodos una vez que se acostumbró a la rigidez del cuero contra sus piernas. Pensó que ahora podría correr como el viento sin pisarse la falda. Estaba metiendo el cinturón de cuero por las tablillas, cuando oyó los pasos de su padre.

—Caramba, cuñada. ¿Has venido a ponerte al frente de mi ejército contra Micenas para rescatar a Hesione? Qué monturas tan espléndidas; las vi en la cuadra. ¡Cómo los caballos inmortales de Poseidón! ¿En dónde los conseguiste? —De Idomeneo, el rey de Creta —contestó Pentesilea—. Nada sabía de Hesione. ¿Qué le ha sucedido?

—Fueron los hombres de Agamenón, llegados de Micenas, o al menos eso creemos —declaró Príamo—. En cualquier caso aqueos, corsarios. Los rumores afirman que Agamenón es un rey malvado y cruel. Ni sus propios hombres le quieren, pero le temen.

—Es un poderoso guerrero —dijo Pentesilea—. Confío en batirme con él algún día. Si no quieres enviar tu ejército a Micenas para rescatar a Hesione, aguarda a que convoque a mis mujeres. Tendrás que proporcionarnos naves, pero yo podría traerte a Hesione con la próxima luna nueva.

—Si fuese posible ir ahora contra los aqueos, no necesitaría de una mujer para que mandase mi ejército —manifestó Príamo, en tono desdeñoso—. Prefiero aguardar y ver qué piden.

—¿Y qué será de Hesione en manos de Agamenón? —preguntó Pentesilea— ¿Vas a abandonarla? ¿Sabes lo que le sucederá entre los aqueos?

—De un modo u otro tendría que hallarle un marido —repuso Príamo—. Esto al menos me ahorra la dote, pues si es Agamenón quien se la ha llevado no tendrá la insolencia de pedirme una dote como botín de guerra.

Pentesilea frunció el entrecejo y también Casandra se asombró de aquellas palabras. Príamo era rico, ¿por qué escatimar una dote?

—Agamenón tiene ya mujer —dijo Pentesilea—. Es Clitemnestra, hija de Leda y de su rey, Tíndaro. Tuvo de Agamenón una hija que ahora debe contar unos siete u ocho años. No puedo creer que estén tan escasos de mujeres en la Acaya como para que tengan que recurrir al rapto... ni que Agamenón precise tanto de una concubina cuando podría tener a la hija de cualquier caudillo de su reino.

—¿Así que se casó la hija de Leda? —El rostro de Príamo se ensombreció por un instante—. ¿Es aquella de la que, según dicen, Afrodita sintió celos por su hermosura y para la que su padre hubo de escoger entre casi cuarenta pretendientes?

—No —respondió Pentesilea—. Tuvo gemelas, lo que es siempre de mal agüero. Una fue Clitemnestra; la otra hija, Helena, era la bella. Agamenón logró embaucar a Leda y a Tíndaro,

los dioses sabrán cómo, para que unieran a Helena con su hermano Menelao en tanto que él se casaba con Clitemnestra.

—No envidio a Menelao —declaró Príamo—. ¡Ay del hombre que tiene una mujer hermosa! —Sonrió distraídamente a Hécuba—. Gracias a los dioses tú nunca me diste esa clase de inquietud. Ni tampoco tus hijas son peligrosamente bellas.

Hécuba observó con frialdad a su esposo. Pentesilea intervino:

—Eso podría ser cuestión de opiniones. Pero por lo que sé de Agamenón, y a menos de que los rumores sean falsos, piensa menos en la belleza de la mujer que en su poder; cree que, merced a las hijas de Leda, podrá reclamar toda Micenas y también Esparta hasta hacerse llamar rey. Y entonces, tratará de conseguir más poder en el Norte... Parece como si tuviese los ojos puestos en la propia Troya.

—Pues yo creo que tratan de obligarme a que pacte con ellos —manifestó Príamo—. Para que les reconozca como reyes. Y eso será cuando Cerbero abra las puertas y deje escapar a todos los muertos del reino de Hades.

—Dudo de que estén buscando oro —dijo Pentesilea—. Ya hay suficiente oro en Micenas; aunque los rumores dicen que Agamenón es un hombre codicioso. A mi parecer, Agamenón te exigirá que le otorgues la posibilidad de comerciar más allá de los estrechos. —Señaló hacia el mar—. Sin el peaje que percibes.

—Jamás —declaró Príamo—. Un dios trajo a mi pueblo hasta aquí, a las orillas del Escamandro, y cualquiera que desee ir más lejos, camino del país del Viento del Norte, tendrá que rendir tributo a los dioses de Troya. —Observó con destemplanza a Pentesilea e inquirió—: ¿Y qué te va a ti en esto? ¿Qué le importa a una mujer el gobierno de los países y el pago de tributos?

—Yo también vivo en tierras donde se atreven a llegar los corsarios aqueos —repuso la reina de las amazonas—, Y si robasen a una de mis mujeres, se lo haría pagar, no sólo en oro o en dotes sino con sangre. Y puesto que tú no les impides que se lleven a tu propia hermana, te lo repito: mis guerreras están a tu servicio si las necesitas.

Príamo se echó a reír, pero mostró los dientes, y Casandra se dio cuenta de que estaba furioso aunque no lo revelaría ante Pentesilea.

—Cuñada, el día en que recurra a unas mujeres, parientes o no, para la defensa de la ciudad, Troya se hallará en un mal aprieto. ¡Ojalá esté muy lejano ese día!

Giró en redondo y vio a Casandra que, con sus calzones de cuero y la pesada capa, regresaba a la estancia.

—Bien. ¿Qué es esto, hija? ¿Muestras tus piernas como si fueses un muchacho? ¿Has decidido convertirte en amazona, Ojos Brillantes?

Sorprendentemente parecía hallarse de buen humor, pero Hécuba intervino al momento.

—Me dijiste, esposo, que la enviara lejos de la ciudad y pensé que la tribu de mi hermana era tan buena para eso como cualquier otro sitio.

—Encontré en ti la mejor de las esposas, vinieras de donde vinieses, y no dudo de que tu hermana sabrá cuidar de ella —manifestó Príamo.

Se inclinó ante Casandra y ella se echó hacia atrás, casi esperando otro golpe; pero él la besó en la frente.

—Sé una buena chica y no olvides que eres una princesa de Troya.

Hécuba tomó a Casandra entre sus brazos y la estrechó con fuerza.

—Te echaré de menos, hija; sé buena y regresa sana y salva, cariño.

Casandra se aferró a su madre, de la que había desaparecido toda aspereza, consciente sólo de que iba a vivir entre extraños. Luego Hécuba la soltó al tiempo que le decía:

—Quiero darte mis propias armas, hija.

Le presentó, guardada en su verde vaina, una espada cuya hoja tenía la forma de la de un árbol y una lanza corta rematada por un pincho metálico. Eran casi demasiado pesadas para que pudiera alzarlas pero, haciendo acopio de todas sus fuerzas y de todo su orgullo, Casandra logró sujetar sus correas al cinturón.

—Eran las mías cuando cabalgaba con las amazonas —dijo Hécuba—. Llévalas con fuerza y honor, hija mía.

Casandra parpadeó para ahuyentar las lágrimas que nacían en sus ojos. Príamo parecía ceñudo, pero Casandra estaba acostumbrada a los gestos de desaprobación de su padre. Con aire retador tomó la mano que le tendía Pentesilea. Al fin y al cabo, la hermana de su madre no podía ser muy distinta de la propia Hécuba.

Cuando las amazonas recogieron sus cabalgaduras en el patio de abajo, Casandra se sintió decepcionada al ver que la alzaban hasta la grupa de Corredora, tras Pentesilea.

—Creí que iba a montar un caballo yo sola —dijo, con labios temblorosos.

—Así será cuando aprendas, hija mía, pero ahora no tenemos tiempo de enseñarte. Queremos estar lejos de esta ciudad antes de que caiga la noche; no nos complace dormir entre murallas ni deseamos acampar en tierras regidas por hombres.

Aquello le pareció lógico a Casandra: sus brazos se aferraron con fuerza a la estrecha cintura de la mujer, y partieron.

Durante los primeros minutos necesitó de todas sus fuerzas y de su entera atención para sostenerse, agitada arriba y abajo por la marcha irregular del caballo sobre las piedras. Luego aprendió a relajar el cuerpo, dejándolo que se acomodara a los movimientos de la cabalgadura. Miró en su torno y contempló la ciudad desde una nueva perspectiva. Tuvo tiempo de volver la cabeza y lanzar una rápida mirada al templo que se levantaba en lo alto de la ciudad; luego dejaron atrás las murallas y empezaron a descender hacia las verdes aguas del Escamandro.

—¿Cómo cruzaremos el río, señora? —preguntó, inclinando su cabeza hacia delante para acercarla al oído de Pentesilea—. ¿Saben nadar los caballos? La mujer se volvió ligeramente.

—Pues claro que saben, pero hoy no necesitarán nadar: hay un vado a una hora de camino aguas arriba.

Con los talones tocó ligeramente los flancos del caballo, y el animal empezó a galopar con tanta rapidez que Casandra hubo de sujetarse con todas sus fuerzas. Las otras mujeres corrían a los lados, y Casandra experimentó en todo su cuerpo un sentimiento de júbilo. Tras Pentesilea se hallaba un poco protegida del viento, pero sus largos cabellos ondeaban tan furiosamente que por un instante se preguntó cómo sería capaz de volverlos a peinar. No importaba; en la excitación de la carrera lo olvidó.

Habían cabalgado durante cierto tiempo, cuando de repente Pentesilea tiró de las riendas de su montura para que se detuviese y lanzó un silbido que fue como el chillido estridente de alguna extraña ave.

De entre la maleza que tenían ante sí emergieron tres caballos montados por amazonas.

—Saludos —dijo una de las recién llegadas—. Ya veo que has vuelto sana y salva de la casa de Príamo; tardaste tanto que empezábamos a inquietarnos. ¿Cómo está tu hermana?

—Bien, pero se ha puesto gorda, vieja y ajada con los partos en la casa del rey —repuso Pentesilea.

—¿Es esa nuestra adoptada, la hija de Hécuba? —preguntó otra de las que acababan de llegar.

—Lo es —contestó Pentesilea, volviendo la cabeza hacia Casandra—. Y si es una verdadera hija de su madre, será más que bienvenida entre nosotras.

Casandra sonrió tímidamente a las recién llegadas, una de las cuales le tendió los brazos y se inclinó para abrazarla.

-—De jóvenes, yo era la amiga más íntima de tu madre __le dijo.

Cabalgaron hacia el fulgor del río Escamandro. Cuando detuvieron los caballos ante el vado, el crepúsculo se estaba aproximando. Antes de ponerse el sol, Casandra distinguió el fugaz centelleo de sus rayos sobre las ondas y las piedras puntiagudas del lecho de aquella parte en donde el río fluía rápido y poco profundo. Se quedó sin aliento cuando la yegua saltó al agua desde la abrupta orilla y de nuevo se le advirtió que se sujetara con fuerza.

—Si caes, no será fácil recogerte antes de que te destroces contra las peñas.

No sintiendo deseo alguno de caer sobre aquellas afiladas piedras, Casandra se aferró con firmeza y pronto la yegua alcanzó la orilla opuesta. Galoparon durante los escasos minutos de luz que aún restaban; luego se detuvieron, colocaron en círculo los caballos y desmontaron.

Casandra contempló fascinada cómo una de las mujeres hacía fuego mientras otra sacaba de sus alforjas una tienda y comenzaba a desplegarla y a montarla. Pronto hirvió en un caldero carne seca que exhalaba un apetitoso olor.

Se sentía tan entumecida que, cuando trató de acercarse al fuego, vaciló como una anciana. Caris se echó a reír y Pentesilea la riñó:

—No te burles de la niña; no ha rechistado y fue una larga cabalgada para alguien que no tiene costumbre de montar a caballo. Tú no eras mejor cuando llegaste. Dale algo que comer.

Caris introdujo un cazo en el guiso y llenó un cuenco de madera que tendió a Casandra.

—Gracias —dijo ésta, metiendo en el cuenco la cuchara de cuerno que le habían dado—. ¿Hay pan, por favor?

—No tenemos —replicó Pentesilea—. Nosotras no cultivamos la tierra, viviendo como vivimos con nuestras tiendas y con nuestros rebaños.

Una de las mujeres vertió algo blanco y espumoso en una taza. Casandra lo probó.

—Es leche de yegua —le explicó la mujer que había dicho llamarse Elaria, y ser amiga de Hécuba.

Casandra la tomó con curiosidad, sin estar segura de que le gustara el sabor o la procedencia, pero, como las otras mujeres bebieron de sus respectivas tazas, supuso que no le haría daño alguno.

Elaria rió con disimulo al observar la mirada de cautelosa repugnancia que mostraba la cara de Casandra.

—Bébetela y crecerás hasta ser tan fuerte y resistente como nuestras yeguas, y hasta tu pelo se volverá más sedoso —le dijo.

Acarició los largos y negros cabellos de Casandra.

—Serás mi hija adoptiva mientras estés con nosotras. En nuestra aldea vivirás en mi tienda. Tengo dos hijas que serán amigas tuyas.

Casandra miró con una cierta ansiedad a Pentesilea pero imaginó que, si aquella mujer era una reina, estaría demasiado ocupada para atender a una chica, aunque se tratase de la hija de su hermana. Y Elaria parecía amable y cordial.

Cuando concluyeron la cena, las mujeres se congregaron en torno de la hoguera. Pentesilea designó a dos para que montaran la guardia.

—¿Por qué tenemos centinelas? ¿Es que hay guerra? —preguntó Casandra, en un susurro.

—No en el sentido que se da en Troya a esa palabra —respondió Elaria en el mismo tono—. Pero aún nos hallamos en tierras regidas por hombres, y las mujeres están siempre en guerra en tales territorios. Muchos, los más, nos consideran como presas legítimas, y a nuestros caballos también.

Una de las mujeres inició una canción; las otras se le unieron. Casandra escuchaba, ignorante de la melodía y del dialecto, pero al cabo de un tiempo canturreó en los coros. Se sintió fatigada y se tendió a descansar, alzando los ojos hacia las grandes estrellas del cielo. Después advirtió que la llevaban en la oscuridad. Se despertó sobresaltada.

—¿En dónde estoy?

—Te quedaste dormida junto al fuego y ahora te llevo a mi tienda —le dijo quedamente Elaria.

Casandra se echó y volvió a dormirse para no despertar hasta que penetró en la tienda la luz del sol. Alguien le había quitado sus calzones de cuero. Tenía rozaduras y magulladuras en sus piernas. Entonces entró Elaria. Alivió su malestar con un ungüento y le entregó unos calzoncillos de lino para que se los pusiera bajo el cuero. Luego tomó un peine y empezó a desenmarañar los largos y sedosos cabellos de Casandra que después trenzó y guardó bajo un puntiagudo gorro de cuero como el que llevaban todas las mujeres. A Casandra se le humedecieron los ojos por los tirones de pelo que tuvo que soportar mientras lo desenredaban, pero no se quejó, y Elaria le dio unos golpecitos en la cabeza en muestra de aprobación.

—Cabalgarás conmigo —le anunció—. Quizás hoy mismo lleguemos a nuestros pastizales y podamos encontrar una yegua para ti con la que enseñarte a montar. Vendrá un día, y no está muy lejano, en que podrás pasar toda una jornada en la silla de montar sin sufrir de fatiga.

El desayuno consistió en un pedazo de carne seca y correosa que seguía masticando cuando se subió al caballo tras Elaria. A medida que cabalgaban, el aspecto de la tierra cambiaba poco a poco. Los fértiles campos de la orilla del río dieron paso a una árida planicie barrida por el viento, que ascendía. Al extremo de la llanura se alzaban montes redondos y pelados de un tono parduzco. En sus laderas se destacaban grandes peñascos y más allá se distinguían altos farallones. Por la falda de uno de esos montes se desplazaban muchos animales. Eran mayores que ovejas. Elaria se volvió para señalárselos.

—Allí están los pastos de nuestros caballos —dijo—. Al caer la noche nos hallaremos en nuestra propia tierra. Pentesilea cabalgaba junto a ellas. —Pero esos caballos no son nuestros —le informó, en voz baja—. Mira hacia allá y verás correr entre ellos a los centauros.

Ahora Casandra los distinguía mejor; los cuerpos velludos y las cabezas barbudas de unos hombres se destacaban entre los caballos. Como todos los niños de las ciudades, Casandra había oído muchos relatos sobre los centauros, seres salvajes e indómitos con cabeza y torso de hombre mientras que de cintura para abajo su cuerpo era el de un equino. Entonces pudo comprender el origen de aquellas antiguas narraciones. Eran hombres de corta talla y tostados por la vida al aire libre; su larga y desordenada cabellera, que les caía por la espalda, daba la impresión de ser las crines de un caballo y el color de sus cuerpos se fundía con el de sus monturas. Sus piernas se arqueaban en torno de los cuellos de los caballos. Hombres de cintura para arriba, caballos de cintura para abajo. Como a muchas niñas, a Casandra le habían dicho de pequeña que robaban mujeres de ciudades y aldeas, y su niñera le había prevenido: «Si no eres buena, te llevarán los centauros».

—¿Nos harán daño, tía? —preguntó, un poco asustada.

—No, no, pues claro que no; mi hijo vive entre ellos —respondió Pentesilea—. Y si pertenecen a la tribu de Quirón son amigos y aliados nuestros.

—Yo creía que las amazonas sólo tenían hijas —dijo Casandra, sorprendida—. ¿Tienes un hijo?

—Sí, pero vive con su padre, como todos nuestros hijos varones —aclaró Pentesilea—. Pero, ¿es que crees que los centauros son monstruos? Mira, sólo son hombres. Jinetes como nosotras.

Sin embargo, cuando se acercaron, Casandra se encogió en su cabalgadura. Los hombres se hallaban casi desnudos y su aspecto no era muy civilizado. Se ocultó tras Elaria para que no la viesen.

—Salve, Señora de las Amazonas —exclamó el jinete que iba en cabeza—. ¿Cómo fue tu estancia en la ciudad de Príamo?

—Bien, como puedes comprobar —contestó Pentesilea—. ¿Qué hay de nuevo entre vosotros?

—Esta mañana encontramos una colmena en un árbol y hemos conseguido un tonel de miel —dijo el hombre, mientras se inclinaba para abrazar a Pentesilea desde su montura—. Tendrás tu parte, si la quieres.

Ella se apartó y dijo:

—El precio de tu miel es siempre demasiado alto. ¿Qué es lo que quieres de nosotras esta vez?

Él se enderezó y cabalgó junto a la amazona, sonriente.

—Puedes prestarme un servicio, si te parece bien. Uno de mis hombres perdió la cabeza por una aldeana, y hace varias lunas se la llevó sin molestarse en solicitar la autorización de su padre. Pero ella no sirve más que para la cama. Ni siquiera es capaz de ordeñar una yegua o de hacer queso, y llora y gime todo el tiempo. Está ya harto de los gimoteos de esa perra y...

—No me pidas que te libre de ella —le interrumpió Pentesilea—. Tampoco serviría para nada en nuestras tiendas.

—Lo que quiero —prosiguió el hombre— es que se la devuelvas a su padre.

Pentesilea lanzó un bufido.

_¿Y enfrentarnos con la ira y las espadas de los hombres de su tribu? ¡Ni mucho menos!

—Lo peor es que esa mujerzuela está preñada —explicó el centauro—. ¿No puedes acogerla hasta que nazca el niño? Creo que se encontraría mejor entre mujeres.

—Si viene con nosotras, sin crear trastornos —dijo Pentesilea— la tendremos hasta que nazca su hijo. Si es niña, nos quedaremos con las dos. Si es un hijo. ¿Lo querrás?

—Pues claro —contestó el hombre—. Y por lo que a la mujer se refiere, una vez que haya parido, puedes quedarte con ella, devolverla a su aldea o, si me apuras, ahogarla.

—Tengo demasiado buen corazón para hacer eso —respondió Pentesilea—. ¿Y por cuánto he de libraros del conflicto que vosotros mismos os habéis creado?

—¿Hace medio tonel de miel?

—Por medio barril de miel —intervino Elaria—, yo misma cuidaré de la mujer, la ayudaré a parir y la devolveré a su aldea.

—Todas lo compartiremos —declaró Pentesilea—. Pero la próxima vez que uno de tus hombres busque mujer, envíalo a nuestras tiendas y, sin duda, alguna de nosotras lo complacerá sin tantos problemas. Cada vez que uno de tus hombres va tras una muchacha de las aldeas, se nos implica a todas las tribus y, de boca en boca, corren historias sobre lo salvajes que somos tanto los hombres como las mujeres.

—No me riñas, señora —dijo el hombre ocultando por un momento la cara tras sus manos—. Ninguno de nosotros es sobrehumano. ¿Y qué es eso que se esconde detrás tu compañera?

Miró a Elaria, y guiñó un ojo a Casandra. Tenía un aspecto tan grotesco con su barbudo rostro torcido tras sus enmarañados pelos, que la muchacha se echó a reír.

—¿Has robado una niña de la ciudad de Príamo?

—En modo alguno —contestó Pentesilea—. Es la hija de mi hermana, que vivirá con nosotras durante algún tiempo.

—Es una muchacha muy bonita —comentó el centauro—. Pronto todos mis hombres estarán peleándose por ella.

Casandra se ruborizó y se ocultó de nuevo tras Elaria. En el palacio de Príamo, hasta su madre reconocía abiertamente que Polixena era la guapa mientras ella era la lista. Casandra se había dicho a sí misma que no le importaba, pero le resultaba agradable pensar que a alguien le parecía bonita.

—Bueno —declaró Pentesilea—. Veamos esa miel y la mujer de la que quieres desembarazarte.

—¿Te quedarás? Estamos asando un cabrito para la cena —dijo el centauro, y Pentesilea miró a sus mujeres.

—Esperábamos dormir esta noche en nuestras tiendas —objetó—, pero ese cabrito huele bien; sería una pena no participar en el banquete.

—¿Por qué no nos quedamos aquí una o dos horas? Aunque no estemos de regreso esta noche, lo estaremos I mañana —dijo Elaria.

Pentesilea se encogió de hombros. —Mis mujeres han respondido por mí; aceptaremos tu hospitalidad con placer... o quizá simplemente con gula.

El centauro hizo una seña y cabalgó hasta la hoguera que ardía en el centro del campamento, y Pentesilea indicó a sus mujeres que lo siguieran. Arrodillada junto al fuego, una mujer joven hacía girar el espetón donde se asaba el cabrito. La grasa que goteaba sobre las llamas olía muy bien y de la crujiente piel se escapaba un siseo. Las amazonas bajaron de sus caballos. Después de un momento, los hombres las imitaron.

Pentesilea se dirigió al lugar en que estaba la mujer que removía el espetón. Casandra advirtió con horror que sus tobillos habían sido perforados y que una cuerda pasada por las heridas impedía que la mujer pudiese dar pasos largos. La reina de las amazonas la miró con amabilidad y le preguntó:

—¿Eres la cautiva?

—Sí, me raptaron de casa de mi padre el verano pasado.

—¿Quieres volver?

—Cuando atravesó mis tobillos juró que me amaría y que cuidaría de mí para siempre. ¿Me abandonará ahora? ¿Podría aceptarme mi padre inválida y preñada de un centauro?

—Él me ha dicho que no eres feliz aquí —declaró Pentesilea—. Si deseas venir con nosotras, podrás vivir en nuestra aldea hasta que nazca el niño y luego regresar a casa de tu padre o ir al lugar que prefieras.

Los sollozos contrajeron el rostro de la mujer. —¿Así? —preguntó, señalando a sus mutilados tobillos. Pentesilea se volvió hacia el jefe de los centauros. —De no estar herida, la aceptaría de buen grado. Pero no puedo devolverla de este modo a su padre. ¿No le bastó a ese hombre raptarla y privarla de su virginidad?

El centauro extendió las manos en gesto de impotencia. —Juró que la querría siempre, para guardarla y amarla, y que temía que ella se escapara.

—Después de tanto tiempo deberías saber cuánto dura esa clase de amor —le increpó la reina de las amazonas—. Rara vez sobrevive a la virginidad. En ocasiones, un amor eterno llega a durar medio año pero nunca resiste un embarazo. ¿Qué podemos hacer ahora con ella? Sabes tan bien como yo que de ese modo no podrá regresar a casa de su padre. Esta vez te has metido en algo de lo que no conseguiremos sacarte.

—Mi hombre estaría dispuesto a pagar por librarse de ella —afirmó el centauro.

—Y lo hará. ¿Cuánto pretende dar? —Una yegua preñada como indemnización a su padre, o como dote, si quiere casarse.

—Quizás gracias a eso consigamos deshacernos de ella "cuando pueda andar de nuevo —dijo Pentesilea—, pero te aseguro que ésta es la última vez que soluciono tus problemas amorosos. Mantén a tus hombres lejos de las aldeanas, y tal vez así mejoremos nuestra fama. Tendrá que ser una buena yegua o no valdrá la pena intentarlo. Husmeó con atención.

—Pero sería una lástima que el cabrito se quemase o se pasara mientras yo te riño. Vamos a comer un poco. ¿Eh? Uno de los centauros tomó un gran cuchillo y comenzó a cortar la carne y la piel crujiente del cabrito. Las mujeres se reunieron y se sentaron en la hierba mientras se repartían los trozos acompañados de vino de una bota y de panales de miel. Casandra comió vorazmente; estaba exhausta de cabalgar. Al cabo de un rato se sintió mareada y se tendió, cerrando los ojos cargados de sueño. En su casa sólo le permitían beber vino muy aguado y ahora experimentaba un cierto malestar. Sin embargo, le parecía que jamás le había sabido tan buena una comida en el interior de las murallas.

Uno de los jóvenes que había cabalgado junto al jefe de los centauros acudió para volver a llenar la copa que aún tenía en su mano. Casandra negó con la cabeza.

—No más, gracias —dijo.

—El Dios del Vino se irritará contigo si rechazas sus dones —afirmó el muchacho—. Bebe, Ojos Brillantes.

Así era como la llamaba su padre las pocas veces en que se mostraba amable con ella. Bebió unos tragos más.

—¡Estoy ya demasiado mareada para subir en el caballo! I

—Descansa entonces —le aconsejó el muchacho.

Y tiró de ella para que se apoyase en su hombro, al tiempo que le pasaba sus brazos alrededor del cuerpo.

Los ojos de Pentesilea captaron la escena.

—¡Déjala! No es para ti. Se trata de la hija de Príamo. Es una princesa de Troya —le dijo al muchacho.

El jefe de los centauros se echó a reír.

—Pues su categoría no es muy inferior a la de ella. Es hijo de un rey.

—Conozco a tus adoptados de sangre real —contestó Pentesilea—. Recuerdo muy bien cuando Teseo nos arrebató a la reina Antíope y la hizo vivir entre murallas hasta que murió. Esta doncella ha sido confiada a mi cuidado y el que la toque tendrá que vérselas conmigo.

El joven se echó a reír y se separó de Casandra.

—Tal vez cuando crezcas, Ojos Brillantes, tu padre me tenga en más consideración que tu pariente; a su tribu no le gustan los hombres, ni el matrimonio.

—Ni a mí tampoco —replicó Casandra, apartándose.

—Es posible, Ojos Brillantes, que cambies de opinión cuando seas mayor —dijo el muchacho.

Se inclinó hacia adelante y la besó en los labios. Casandra se echó hacia atrás y se limpió con fuerza la boca mientras los centauros reían. Observó que la mujer inválida la miraba, ceñuda.

La reina de las amazonas ordenó a sus mujeres que volviesen a los caballos, y con la ayuda de una de ellas cargó sobre el lomo de una montura la prometida miel. Luego cortó la cuerda que trababa los tobillos de la inválida y la ayudó a subir a otro caballo mientras le hablaba en tono amable. La mujer ya no lloraba; iba de buen grado en su compañía. El jefe de los centauros abrazó a Pentesilea cuando montó.

—¿No podemos convencerte para que paséis la noche en nuestras tiendas?

—Otra vez quizás —prometió Pentesilea y le devolvió su abrazo—. Por el momento, adiós.

Casandra se sentía confusa. ¿Eran aquellos hombres y muchachos los terribles centauros de las leyendas? Parecían bastante amistosos. Pero se preguntó qué clase de relaciones mantenían con las amazonas. No las trataban del mismo modo que empleaban los soldados de su padre con las domésticas del palacio. El apuesto muchacho que la había besado se acercó y alzó los ojos hacia ella, sonriendo.

—¿Te veré en la competición de caballos? —le preguntó.

Casandra volvió la cabeza, ruborizándose. No sabía qué decirle. Aquél era el primer chico con quien, a excepción de sus hermanos, había hablado en toda su vida.

Pentesilea hizo un signo a las mujeres para que la siguieran. Casandra advirtió que cabalgaban hacia el interior, hacia donde se alzaba el monte Ida. Recordó la visión que tuvo del muchacho que se parecía a ella y que guardaba rebaños en las laderas de aquel monte.

Puede que guarde rebaños, pero yo voy a aprender a cabalgar, pensó. Aún mareada por el vino al que no estaba acostumbrada, se apoyó en Elaria y se durmió, mecida por el movimiento del caballo.

El mundo era más grande de lo que había creído hasta entonces. Aunque habían cabalgado desde las primeras luces del día hasta que la oscuridad fue tan densa que impedía la visión, a Casandra le parecía que no habían hecho más que avanzar por la planicie. A sus espaldas aún se divisaban las colinas de Troya, no mucho más lejanas que antes. A veces tenía la impresión, en aquel aire límpido, de que podía tender la mano y tocar la deslumbrante cima de la ciudad.

Pocas semanas después Casandra estaba completamente adaptada como si siempre hubiera vivido con las amazonas de la tribu. Desde que amanecía hasta que anochecía apenas ponía los pies en el suelo, e incluso antes de desayunar se hallaba ya a lomos de la alazana que le habían asignado y a la que llamó Viento del Sur. Con las otras muchachas de su edad montaba la guardia en previsión de la llegada de invasores, y por las noches se cuidaba de mantener reunidos a los caballos mientras contemplaba las estrellas.

Quería a Elaria, que cuidaba de ella como de sus propias hijas, una de once y otra de diecisiete años. Adoraba a Pentesilea, aunque la reina de las amazonas rara vez le dirigía la palabra, excepto para interesarse diariamente por su salud y bienestar. Crecía fuerte, bronceada y sana. En el ardiente sol que inundaba la planicie veía el rostro de Apolo, el Señor del Sol, y le parecía vivir bajo su mirada.

Llevaba ya más de una luna en compañía de las amazonas, cuando un día en que la tribu había bajado de los caballos para tomar el frugal almuerzo de fuerte queso de leche de yegua

en un lugar desde donde se veía el ahora lejano monte Ida, se descubrió contando a Pentesilea todo lo referente a su extraña visión.

—Su rostro era tan parecido al mío como si me estuviera viendo a mí misma en el agua —le dijo—. Pero cuando le hablé a mi padre de lo que vi, me golpeó y se enfureció también con mi madre.

Pentesilea se concedió una larga pausa antes de responder, y Casandra se preguntó si iba a repetirse la actitud silenciosa de sus padres. Luego, la mujer dijo lentamente:

—Puedo advertir que tu madre, y en especial tu padre, no quieren hablar de esto, pero no veo razón alguna para que no te digan lo que media Troya sabe. Se trata de tu hermano gemelo, Casandra. Cuando naciste, la Madre Tierra, que es también la Madre Serpiente, envió a mi hermana Hécuba un mal augurio: gemelos. Deberían haberos matado a ambos —terminó con rudeza.

Pero cuando Casandra se echó hacia atrás, con labios temblorosos, se inclinó hacia ella y acarició su cabello.

—Me alegro de que no te mataran —añadió—. Sin duda algún dios puso su mano sobre ti. Tu padre quizá creyó que podía escapar de su destino abandonando al niño; pero como adorador del principio de la paternidad, que es en verdad un culto a la fuerza viril y a la capacidad de engendrar hijos, no se atrevió a renunciar por completo a un hijo, y el niño fue criado en algún lugar lejos del palacio. Tu padre no quiere saber nada de él a causa del mal presagio de su nacimiento; así que se enfureció cuando lo mencionaste. Casandra experimentó un tremendo alivio. Le pareció que toda su vida había caminado sola cuando debería haber tenido a alguien a su lado, muy semejante a ella pero en cierto modo diferente.

—¿No es perverso desear verlo en el agua del cuenco? —Tú no precisas del agua del cuenco —repuso Pentesilea—. Si la diosa te ha proporcionado la visión, sólo necesitas mirar dentro de tu corazón. No me sorprende que estés tan dotada por la divinidad; tu madre poseyó ese don de muchacha y lo perdió al casarse con un habitante de la ciudad.

—Yo creía que la visión... era un don del Señor de Sol —dijo Casandra—. En su templo tuve la primera.

—Quizás —admitió Pentesilea—. Pero recuerda, niña, que antes de que Apolo llegara a regir estas tierras, se hallaba aquí nuestra Madre Caballo..., la Gran Yegua, la Tierra Madre de quien todos procedemos.

Se volvió y, con ademán reverente, colocó sus dos manos sobre la oscura tierra. Casandra imitó su gesto, aunque sólo lo comprendiese a medias. Le pareció que podía sentir una oscura fuerza que se alzaba del suelo y que fluía a través de su cuerpo; era la misma clase de hálito beneficioso que experimentó cuando tuvo en sus manos las serpientes de Apolo. Se preguntó si era desleal con el dios que la había llamado.

—En el templo me dijeron que Apolo mató a Pitón, la gran diosa infernal. ¿Es ésa la Madre Serpiente de la que hablas?

—Ella es la Gran Diosa a la que nadie puede matar porque es inmortal; quizás opte por retraerse en sí misma durante un tiempo, pero existe y existirá siempre —afirmó la reina de las amazonas y Casandra, sintiendo el vigor de la tierra bajo sus manos, tomó sus palabras como una verdad absoluta.

—¿Entonces la Madre Serpiente es la madre del Señor del Sol? —inquirió.

Pentesilea hizo una pausa reverente y le explicó:

—Es la madre tanto de los dioses como de los hombres, la madre de todas las cosas, así que Apolo es su hijo como hijas suyas somos tú y yo.

Entonces... si Apolo quiso matarla. ¿Trataba de matar a su propia madre? Casandra retuvo el aliento al medir toda la maldad del pensamiento. ¿Pero podía ser malvado un dios? Y si ciertos hechos resultaban malvados en los hombres, ¿lo eran también en un dios? ¿Cómo era posible matar a una diosa si como tal poseía la inmortalidad? Aquellas cosas eran misterios y todo su ser se animó de repente con la firme resolución de comprenderlos algún día. Apolo la había llamado y le había confiado sus serpientes; un día la conduciría también hasta el conocimiento de los misterios de la Madre Serpiente.

Las mujeres terminaron su almuerzo y se tendieron sobre el césped para descansar. Casandra no tenía sueño; no estaba acostumbrada a dormir la siesta. Contempló las nubes que cruzaban el cielo y luego las laderas del monte Ida que se erguía muy alto sobre la llanura.

Su hermano gemelo. Le enfureció pensar que todo el mundo lo sabía cuando a ella, a quien importaba más el hecho, se le había ocultado.

Intentó evocar deliberada y conscientemente el estado en que se hallaba cuando vio a su hermano en el agua del cuenco. Arrodillada e inmóvil sobre la hierba, con los ojos puestos en el cielo, la mente en blanco, buscó la cara que había visto una vez y sólo a través de una visión. Por un instante, sus pensamientos de búsqueda se pasaron sobre su propio rostro, y lo vio como si se reflejara en el agua, y el dorado resplandor que en su mente aún asociaba con el rostro y el aliento de Apolo, Señor del Sol.

Luego las facciones ondearon y el rostro fue el de un muchacho. Era su propia cara y sin embargo, de algún modo sutil, no lo era, puesto que estaba marcada por un resentimiento completamente extraño a ella. Supo entonces que había encontrado a su hermano. Se preguntó cómo se llamaría, y si podría verla.

De algún lugar del misterioso lazo que los unía llegó la respuesta: él podría si lo deseaba; pero no tenía razón para buscarla, ni particular interés. ¿Por qué no?, se preguntó Casandra, sin saber aún que había topado con el mayor defecto del carácter de su hermano gemelo: una total falta de

interés por todo lo que no se relacionara consigo mismo o contribuyese de alguna manera a su comodidad y satisfacción.

Por un instante, esto la contundió lo suficiente para que perdiera el hilo de la visión; luego se recogió en sí misma para recobrarlo. Sus sentidos estaban llenos del aroma embriagador del tomillo de las laderas de la montaña, donde la intensa luz y el calor de la presencia del Señor del Sol integraban los aceites fragantes de las hierbas y concentraban su aroma en el aire. Mirando a través de los ojos del muchacho, vio el tosco cepillo en sus manos cuando cepillaba los costados de un gran toro e imprimía suaves ondulaciones a los pelos blancos y relucientes de sus flancos. La bestia era más grande que él. Como Casandra, el muchacho era esbelto y de constitución enjuta, delgado más que musculoso. Sus brazos se hallaban quemados por el sol como los de cualquier pastor, sus dedos estaban encallecidos por el trabajo duro y continuo. Permaneció allí con él, moviendo su brazo con el suyo, dibujando ondas sobre la piel del toro. Y cuando su pelaje quedó bien alisado y brillante, dejó a un lado el cepillo. Introdujo entonces un pincel en un recipiente de pintura que tenía cerca, y doró sus cuernos. Los grandes ojos oscuros del toro se clavaron cariñosos y confiados en los de Casandra, aunque con un rastro de extrañeza. Casandra se preguntó si de algún modo el instinto del animal le decía lo que su hermano ignoraba: que no era sólo su dueño quien se hallaba con él.

Cuando concluyó de peinar al animal y de dorar sus cuernos, Paris (no se preguntó cómo sabía ahora su nombre pero lo conocía como si le fuera propio) dispuso una guirnalda de verdes hojas y de cintas en torno del ancho cuello del animal y retrocedió para contemplar su obra con orgullo. Sin duda, el toro era hermoso, el más bello que ella hubiese visto nunca. Casandra compartía los pensamientos de su hermano, sabía que él podía considerar con

justicia a aquel magnífico animal, a cuyas apariencia y condición había dedicado sus esfuerzos durante todo el año anterior, como el mejor toro de la feria. Ató con cuidado una soga en torno a su cuello y recogió su cayado y una bolsa de cuero en la que guardaba un buen pedazo de pan, unas cuantas lonchas de carne seca y un puñado de aceitunas maduras. Tras atar la bolsa a su cintura, deslizó los pies dentro de las

sandalias. Dio un cariñoso golpecito en el flanco del engalanado toro y comenzó a bajar por la ladera del monte Ida. Con gran sorpresa por su parte, Casandra se halló de vuelta a su propio cuerpo, arrodillado en la planicie entre las amazonas que dormían. El sol había descendido un poco de su cénit y supo que la tribu pronto despertaría y se dispondría a cabalgar.

Había oído que en las islas de los reinos del mar, muy lejos al Sur, al toro se le consideraba sagrado. Había visto en los templos estatuillas de toros sagrados, y alguien le contó la historia de Pasifae, la reina de Creta, de quien Zeus se enamoró. Llegó hasta ella bajo la forma de un gran toro blanco y, según se dice, después Pasifae parió un monstruo con cabeza de toro y cuerpo de hombre. Le llamaron Minotauro y fue el terror de todos los reyes del mar hasta que lo mató el heroico Teseo.

Cuando Casandra era una niña pequeña creía en aquel relato; ahora se preguntó qué habría de verdad, si es que había algo, tras esa historia. Luego de haber conocido la realidad que se ocultaba tras la leyenda de los centauros, le parecía que debía existir una cierta verdad, por oscura que fuese, en el seno de todos aquellos relatos.

Existían hombres deformes que eran bestiales tanto en apariencia como en su actuación; se preguntó si el Minotauro habría sido un individuo semejante, con la marca del disfraz de animal de su padre en el cuerpo o en la mente.

Estaba ansiosa por saber lo que había sido de Paris y de su magnífico toro blanco. A las muchachas, sobre todo a las de palacio, jamás se les permitía acudir a las ferias de ganado que se celebraban por toda la comarca, pero había oído hablar de tales ferias y sentía una gran curiosidad.

Pero las mujeres empezaron a agitarse, y en pocos minutos sus movimientos y sus voces acabaron con la quietud necesaria para permanecer en el estado que le hubiera permitido seguirle. Se puso en pie, un poco pesarosa, y corrió a recoger su yegua.

Una o dos veces, en los dos días que siguieron, captó imágenes fugaces de su hermano que conducía al toro engalanado. Vadeó un río (en donde echó a perder sus sandalias) y después se topó con otros caminantes que como él llevaban reses adornadas. Pero ninguno de los animales era tan espléndido ni bello como el suyo.

La luna se tornó llena e iluminó por completo el cielo desde el ocaso al alba. Durante el día, el sol cegaba y hacía brillar en el aire un polvillo blanco. Soñolienta en su montura mientras las yeguas se movían constantemente, pastando en su cercado, Casandra contempló cómo los remolinos de polvo se alzaban y giraban a través de la hierba antes de disolverse. Y pensó en el inquieto dios Hermes, señor de los vientos, del engaño y de los artificios.

Como en sueños, vio agitarse y temblar a uno de aquellos pequeños torbellinos plateados hasta alzarse y tomar la forma de un hombre. Y de este modo siguió al inquieto y mudable viento de poniente a través de la planicie hasta llegar al pie mismo del monte Ida. Bajo la luz cegadora del sol, un haz de sus rayos se agitó y alteró su resplandor hasta tomar la figura de un hombre pero más alto y más resplandeciente que cualquier hombre, con el rostro de Apolo; y ante los dos dioses caminaba un toro.

Casandra había oído hablar de los toros de Apolo, grandes reses relucientes más bellas que las terrenales. Seguramente ésta era una de ellas; de ancho lomo y cuernos relucientes, que no precisaban de dorados ni de cintas para destellar con la luz. Una de las baladas más antiguas

que cantaban los juglares de la corte de su padre se refería al modo en que Hermes, de niño, robó la sagrada manada de Apolo y luego aplacó su furia construyéndole una lira con la concha de una tortuga. Ahora el brillo de los ojos del toro sagrado y el lustre de su pelaje empañaban el recuerdo del toro que Paris había adornado con tanto afán. No era justo. ¿Cómo podía un toro mortal aventurarse a ser comparado con las reses sagradas de un dios?

Se inclinó hacia adelante, con los ojos cerrados. Había aprendido a dormir sobre el caballo, relajando su cuerpo con los movimientos del animal. Adormilada, su mente se lanzó en pos de su hermano. Tal vez fue la visión del toro de Apolo la que la condujo hasta el que Paris llevó a la feria.

A través de los ojos de su hermano, Casandra contempló el gran número de reses congregadas, y con la mente de él examinó sus defectos y sus virtudes. Aquella vaca tenía flancos demasiado estrechos; esa otra presentaba en su ubre un feo moteado pardo y rosado; este toro tenía los cuernos inclinados y no aptos para guardar la manada; en

aquel otro se destacaba una joroba sobre su cuello. Ni de cerca ni de lejos, pensó Paris con orgullo, se veía una sola res que pudiera compararse con la suya, con el animal que había adornado con tanto esmero y llevado hasta allí. Podía estar seguro de que los honores del día serían para el toro de su padre adoptivo. Éste era el segundo año en que había sido elegido para juzgar el ganado y se sentía ufano de su destreza y orgulloso de la confianza que los pastores, vecinos y compañeros suyos, ponían en él.

Se movió entre las reses, empujando suavemente a alguna hacia adelante para poder examinarla mejor o apartando la vista del animal que no mereciera mayor atención. Había elegido ya la mejor novilla y el mejor ternero y luego, entre murmullos de aclamación, la mejor vaca. Esta era espléndida sin duda, de pálida piel y manchas de un gris tan suave que parecían azules; tenía ojos plácidos y maternales y una ubre tersa y rosada por igual, como el seno de una doncella. Sus cuernos eran pequeños y abiertos y su aliento tenía fragancias de romero.

Ya llegaba el momento de juzgar a los toros. Paris se encaminó con satisfacción hacia Niveo, el de su padre adoptivo, el animal que había cuidado y engalanado con tanto esmero. Tras examinar el ganado durante todo el día, sabía honestamente que no había toro que pudiera comparársele y se sentía autorizado a otorgar el galardón a la res de su padre adoptivo. Ya abría la boca para empezar a hablar cuando reparó en los dos desconocidos y en su toro.

Cuando el más joven (Paris supuso que era el más joven) se dirigió a él, supo que se hallaba en presencia de alguien que, de algún modo, superaba a los mortales. Paris nunca había tenido encuentro semejante, pero el brillo de los ojos del hombre bajo el sombrero y algo en su voz, que parecía llegar de lejos y estando tan cerca, le dijeron que no era un ser corriente. En cambio, Casandra hubiera reconocido en cualquier parte el halo celestial en torno de los dorados rizos de su dios; y quizá sin que Paris tuviera conciencia de ella, parte de la mente de su desconocida hermana penetró en él.

—Extranjeros, acercad ese toro para que pueda verlo. Jamás contemplé animal tan perfecto —dijo, en voz alta.

Paris pensó que quizás el toro tenía algún defecto que no se destacaba, y lo examinó por todos lados. No, las patas eran como columnas de mármol, y hasta agitaba la cola con un aire de nobleza. Los cuernos eran lisos y gruesos, la mirada altiva y, sin embargo amable. El animal soportó incluso que Paris abriera suavemente su boca y apreciara la perfección de sus dientes.

¿Qué derecho tiene un dios a traer a su toro perfecto para que sea juzgado entre hombres mortales?, se preguntó Paris. Bien, era el destino y sería arrogancia inútil alzarse contra él.

Hizo una seña al hombre que sujetaba la soga atada en torno del cuello del toro y le dijo, lanzando una mirada de pesar hacia Niveo:

—Lamento decirlo pero en mi vida he visto un toro tan perfecto. Extranjeros, el premio es vuestro.

La brillante sonrisa del inmortal se disolvió en el sol y, cuando Casandra despertó, oyó una voz que sólo era un eco en su mente: Este hombre es un juez honesto, quizás el indicado para zanjar el reto de Eris. Después, se vio sola en su silla. Paris había desaparecido, situándose fuera del alcance de cualquier llamada de ella. No volvería a verlo hasta que pasara mucho tiempo.

Tan pronto como regresaron a la región de las amazonas, cambió el tiempo. Un día hubo un sol cegador desde el principio de la mañana hasta el crepúsculo; luego, de repente, se sucedieron largas jornadas lluviosas y noches en que la humedad se introducía por todas partes. Montar ya no era un placer sino una tarea molesta. Para Casandra cada día significaba una lucha constante contra el frío y la humedad.

Las amazonas mantenían encendidos los fuegos en sus campamentos; muchas vivían en cuevas, otras en tiendas recubiertas por pesados cueros y alzadas en espesos bosquecillos. Las niñas pequeñas y las mujeres embarazadas permanecían refugiadas allí todo el tiempo, acurrucadas muy cerca de las humeantes hogueras.

A veces, aquella tibieza la tentaba; pero, en la tribu, las muchachas de la edad de Casandra se contaban ya entre las guerreras, así que se cubría con un grueso ropaje de lana aceitada y soportaba la humedad lo mejor que podía. Creció en el transcurso de la lenta estación húmeda. Un día, al desmontar para disfrutar en el campamento de una de las escasas comidas calientes, descubrió que su cuerpo comenzaba a redondearse y que unos senos pequeños surgían bajo sus toscas y amplias vestiduras.

De vez en cuando, mientras cabalgaban, su mente captaba imágenes del muchacho que tenía su mismo rostro. Era rnás alto ahora; la túnica de lana que vestía apenas cubría sus muslos, y Casandra tiritó por afinidad mientras él trataba de protegerse con un manto demasiado corto. Vivía en las laderas del monte, rodeado de sus bestias, y en una ocasión le vio en una fiesta: era uno de los muchachos engalanados que interpretaban una danza. En otra, estando ella en su interior, él se sentó ante un gran fuego tras haber recibido un nuevo y cálido manto y de que le hubieran cortado sus largos cabellos para ofrendarlos en el altar del Señor del Sol. ¿Se hallaba también bajo la protección de Apolo?

Otra vez, por primavera, silencioso entre un grupo de muchachos, contemplaba a varias niñas, algunas más altas que él, interpretando la danza ritual de la Doncella.

Pocas veces pensaba en la vida bajo techo, exceptuando el vago, constante e irritante recuerdo de la época en que vivía confinada en el palacio sin que nunca le permitieran salir. Extrañas sensaciones molestaban su cuerpo, como la aspereza de la lana de la túnica sobre su pecho, tuvo que pedir a una de las mujeres una prenda interior de algodón, más suave. Solucionó el problema en parte, pero no del todo. Continuaba sintiendo molestias durante la mayor parte del tiempo.

Los días menguaban y en el cielo lucía una pálida luna invernal. Los animales vagaban en círculos, sin destino fijo, a la búsqueda de pastos. Después, las yeguas perdieron la leche y los hambrientos equinos iban inquietos de un pastizal ya exhausto a otro que no lo estaba menos.

La desaparición de la leche de las yeguas, principal alimento de las amazonas, significó una disminución de los recursos comestibles, ya escasos, y que los que quedaban tuviesen que ser reservados, según la costumbre, para las mujeres embarazadas y para las niñas más pequeñas. Día tras día, Casandra vivió aguijoneada por el hambre. Guardaba un poco de su comida hasta el momento de ir a dormir para no despertar soñando con las cocinas del palacio de Príamo y el tibio aroma del pan cocido. En los pastizales, mientras cuidaba de los caballos, buscaba sin cesar frutos secos o correosas bayas aún pendientes de los desnudos arbustos: como las demás muchachas, se comía todo lo que encontraba, aceptando el hecho de que casi la mitad de aquello le haría sentirse enferma.

—No podemos quedarnos aquí —decían las mujeres—. ¿A qué aguarda la reina?

—Una indicación de la diosa —respondían otras.

Las más ancianas de la tribu acudieron a Pentesilea, para rogarle iniciar la marcha hacia los pastizales de invierno.

—Sí —les contestó la reina—, tendríamos que habernos ido hace una luna. Pero hay guerra en la comarca. Si nos desplazamos con nuestras hijas y las ancianas, seremos capturadas y esclavizadas. ¿Es eso lo que queréis?

—No, no —protestaron las mujeres—. Bajo tu mandato viviremos libres y, si es preciso, moriremos libres.

Sin embargo, Pentesilea prometió que cuando volviera a haber luna llena solicitaría el consejo de la diosa para conocer su voluntad.

Al verse reflejada en un charco después de una fuerte lluvia, Casandra apenas se reconoció. Su estatura había aumentado y su cuerpo adquirido esbeltez, su rostro y sus manos estaban oscurecidos por el sol implacable, sus rasgos se habían afirmado y eran ya más los de una mujer que los de una muchacha... o quizá los de un muchacho. También vio pecas en su cara, y se preguntó si sus familiares la reconocerían si se presentaba ante ellos sin anunciarse o si, por el contrario, dirían: «¿Quién es esta mujer de las tribus salvajes? Echadla fuera». ¿O tal vez la confundirían con su gemelo exilado?

Pese a la dureza de su vida, no sentía deseo de regresar a Troya; en ocasiones echaba de menos a su madre, pero nunca la vida en la ciudad amurallada.

Una noche, al regresar las muchachas al campamento para cambiar sus ropas por otras secas y compartir la comida que hubiera (por lo común agrias raíces cocidas o algunas duras habas silvestres), se les ordenó que no volvieran a sacar los caballos, que permanecieran reunidas con las ancianas. De todos los ruegos del campamento sólo quedaba una hoguera. Reinaban la oscuridad y el frío.

Apenas había un bocado que llevarse a la boca, y Elaria informó a su ahijada de las órdenes dadas por la reina de que todas ayunasen hasta que la diosa fuera invocada.

—Eso no es nada nuevo —manifestó Casandra—. Creo que en este último mes hemos ayunado lo suficiente para complacer a cualquier diosa. ¿Qué más puede exigirnos?

—Silencio —le ordenó Elaria—. Nunca dejó de velar por nosotras. Aún todas seguimos con vida. Durante muchos años las correrías de los bandidos fueron frecuentes en esta comarca. Cuando lográbamos salir de nuestros pastos habían muerto ya la mitad de las niñas pequeñas. Este año la diosa no se ha llevado ni un bebé, ni siquiera una yegua. —Tanto mejor para ella —comentó Casandra—. No imagino qué utilidad puedan tener para la diosa unas mujeres muertas a no ser que pretenda que la sirvamos en el Más Allá.

Acuciada por el hambre, Casandra se desembarazó de las húmedas prendas de cuero con que había cabalgado y vistió una tosca túnica de lana. Pasó por sus cabellos un peine de madera y luego los trenzó, formando un moño en su nuca. Se sentía cansada y famélica, pero

la ropa seca y el calor del fuego, la confortaron placenteramente. Durante un rato se quedó inmóvil, limitándose a percibir como el calor se extendía por su cuerpo, hasta que una de las mujeres la apartó de allí. En la atmósfera cerrada de la tienda, el humo se extendía cada vez más. Tosió y tosió, y habría vomitado de no tener el estómago tan vacío.

Junto a ella percibía la presión de otros cuerpos, la agitación silenciosa de las mujeres, las muchachas y las niñas; toda la tribu parecía haberse congregado en la oscuridad, a sus espaldas. Las mujeres se acurrucaban en torno del fuego. De algún lugar le llegó el suave golpear de unas manos sobre pieles tensadas en torno de un aro y el resonar de unas semillas secas en calabazas huecas, como un rumor de hojas, como el golpeteo de la lluvia sobre las tiendas. El fuego humeaba oscureciendo la penumbra y Casandra sólo sentía las tibias corrientes de un calor en disminución.

Del oscuro silencio próximo al fuego se alzaron tres de las mujeres más ancianas de la tribu y arrojaron a la hoguera el contenido de un pequeño cesto. De repente, unas hojas secas ardieron, retorciéndose entre espesas y blancas nubes de un humo aromático. Llenó la tienda un perfume dulzón y extraño. Al respirarlo, Casandra sintió que su cabeza flotaba y que intensos colores se movían ante sus ojos, haciéndole olvidar la continua desazón que le producía el hambre.

Pentesilea dijo en la oscuridad:

—Hermanas mías, sé que estáis hambrientas. Pero, ¿acaso no comparto yo vuestra suerte? Quien no se sienta dispuesta a seguir con nosotras, es libre de ir a las aldeas de los hombres donde podrá compartir sus alimentos si yace con ellos. Pero que no traiga a nuestra tribu las hijas que nazcan de esa unión, que las deje esclavas como ella misma eligió ser. Si hay alguna que quiera marcharse, que se vaya, porque no es digna de continuar aquí mientras rogamos a nuestra Doncella Cazadora, que ama la libertad de las mujeres.

Silencio. Ninguna se movió en la tienda rebosante de humo.

—Entonces, hermanas, en nuestra necesidad, roguemos a la diosa que nos socorra.

De nuevo silencio, sólo quebrado por el tamborileo de los dedos. Después, del silencio emergió un aullido largo y aterrador.

¡Ouu... ooooo... ooooo.... ooooooou!

Por un instante, Casandra creyó que algún animal acechaba ante la tienda. Luego distinguió las bocas abiertas de las mujeres, las cabezas inclinadas hacia atrás. El aullido se repitió una y otra vez. Las caras ya no tenían una apariencia del todo humana. Los aullidos proseguían, alzándose y extinguiéndose mientras ellas se mecían y chillaban. Pronto se le unió un seco:

-Yip... yip... yip... yip... yip... yip... yip.

El ruido llenó la tienda. Golpeaba y agitaba sus sentidos; tuvo que utilizar todas sus fuerzas para que no la arrastrara. Había visto a su madre poseída por la diosa, pero jamás presa de un frenesí tan enloquecedor como aquél.

En ese momento, por vez primera en muchas lunas, el

rostro de Hécuba se presentó de repente ante los ojos de Casandra y le pareció oír la dulce voz de su madre:

—No es costumbre...

¡Por qué no?

No hay razón para las costumbres. Existen, simplemente...

No lo creyó entonces ni lo creía ahora. Tenía que existir

alguna razón para que este extraño aullido fuese el camino

indicado para invocar a la Doncella Cazadora. ¿Hemos de

convertirnos en las bestias salvajes que Ella caza?

Pentesilea se alzó, tendiendo sus manos a las mujeres. De un instante a otro, Casandra vio enturbiarse el rostro de la reina y el esplendor de la diosa brilló a través de su piel. Su voz era irreconocible cuando gritó:

—¡No hacia el Sur, por donde vagan las tribus de los hombres! ¡Cabalgad hacia el Este, cruzad los dos ríos! Allí permaneceréis hasta que caigan las estrellas de la primavera.

Tras esto se desplomó hacia adelante. Dos mujeres de la tribu la sostuvieron mientras la acometía un acceso de tos tan violento que acabó en débiles náuseas. Cuando se levantó de nuevo, sin que nadie la ayudase, su rostro había vuelto a ser el de siempre. Preguntó con voz ronca: —¿Nos ha respondido?

Una docena de veces repitieron las palabras que había pronunciado mientras se hallaba poseída.

—¡No hacia el Sur, por donde vagan las tribus de los hombres! ¡Cabalgad hacia el Este, cruzad los dos ríos! Allí permaneceréis hasta que caigan las estrellas de la primavera.

—Partiremos al amanecer, hermanas —anunció Pentesilea, con voz aún débil—. No hay tiempo que perder. No conozco ningún río situado al Este; pero si damos la espalda al Padre Escamandro y cabalgamos hacia el Viento del Este, con seguridad llegaremos hasta allí.

—¿Qué quiso decir la diosa cuando habló de «hasta que caigan las estrellas de la primavera»? —preguntó una de las mujeres.

Pentesilea encogió sus estrechos hombros.

—Lo ignoro, hermanas; la diosa habló pero no explicó sus palabras. Si cumplimos su voluntad, nos lo hará saber.

Cuatro de las mujeres llevaron cestos repletos de raíces retorcidas e hicieron circular botas de vino.

—Festejemos en su nombre, hermanas, y cabalgaremos al amanecer rebosantes de los dones de la diosa —dijo Pentesilea.

Casandra se dio cuenta del esfuerzo que había supuesto guardar aquellos víveres para el banquete invernal. Se precipitó hacia las retorcidas raíces como el animal famélico que sentía ser y bebió su porción de vino.

Cuando los cestos quedaron vacíos y se hubo escurrido la última gota de vino de las botas, reunieron las escasas posesiones de la tribu: las tiendas desmontadas y envueltas, unas cuantas ollas de bronce, un montón de viejos mantos que fueron de antiguas reinas. Casandra aún percibía la cara de la diosa a través y sobre la de Pentesilea y seguía oyendo la curiosa alteración en la voz de su tía. Se preguntó si algún día la diosa le hablaría a través de su voz y de su espíritu.

La tribu de las mujeres dispuso sus caballos en orden de marcha. En cabeza iban Pentesilea y sus guerreras, y las mujeres muy ancianas y las embarazadas en el centro de la columna con las niñas muy pequeñas, rodeadas por las jóvenes más robustas.

Casandra empuñaba una lanza y conocía la forma de emplearla; en consecuencia, ocupó un puesto entre las guerreras jóvenes. Pentesilea la vio y frunció el entrecejo, pero no dijo nada, así que ella interpretó su silencio como aceptación. No sabía si desear enfrentarse a la lucha por vez primera o rezar para que el viaje transcurriera sin incidentes.

Al iniciarse el alba, cuando en el cielo oscuro sólo había una estrella solitaria, Pentesilea dio la señal de marcha. Casandra se estremeció bajo la túnica de lana que había vestido en la ceremonia. Confiaba en que no lloviera durante la primera etapa; había dejado en la tienda sus calzones que fueron enfardados con las bolsas de cuero y los cestos. Su compañera más

íntima, una niña de unos catorce años a quien su madre llamaba «Estrella» y que cabalgaba junto a ella, no ocultaba sus ansias de pelear.

—Un año, cuando yo era pequeña, hubo guerra contra una de las tribus de los centauros, no con la de Quirón, que son amigos nuestros, sino una del interior. Nos acometieron en el preciso instante en que abandonábamos nuestro campamento y trataron de arrebatarnos el mejor de nuestros garañones —le contó Estrella—. Yo apenas pude verles; aún cabalgaba con mi madre. Pero oí chillar a los hombres cuando Pentesilea cargó contra ellos. —¿Vencimos?

—¡Pues claro que vencimos! En caso contrarío, nos habrían llevado a su campamento y quebrado las piernas para que no pudiésemos huir —dijo Estrella.

Casandra recordó entonces a la inválida del campamento de los hombres.

—Pero hicimos la paz con ellos y les prestamos el garañón por un año para mejorar sus yeguadas. Y aquel año accedimos a visitar su aldea en vez de ir a la de Quirón. Pentesilea afirmó que ya estábamos demasiado emparentadas con su gente y que deberíamos dejar pasar unos cuantos años porque no es prudente yacer con los familiares durante muchas generaciones. Aseguró que, cuando se procede así, los bebés nacen débiles y a veces mueren.

Casandra no lo entendió y se lo dijo. Estrella se echó a reír y le advirtió:

—De todas formas, no te dejarán ir. Antes de dirigirte a las aldeas de los hombres has de ser una mujer, no sólo una muchacha.

—Yo soy una mujer —manifestó Casandra—. Hace ya diez lunas que soy apta para concebir.

—Aun así, tienes que ser una guerrera que haya demostrado su valía. Yo soy mujer desde hace un año o más y, sin embargo, aun no me permiten ir a las aldeas de los hombres. Pero no tengo prisa; al fin y al cabo, podría quedarme preñada por nueve lunas y luego parir un varón inútil que habría que entregar a la tribu de su padre —dijo Estrella. —¿Ir a las aldeas de los hombres? ¿Para qué? —preguntó Casandra y Estrella se lo aclaró.

—Me parece que lo has inventado —comentó Casandra—. Mi madre y mi padre jamás harían una cosa así.

Era capaz de entender lo que sucedía entre una yegua y un garañón pero la idea de sus regios padres consagrados a semejante actividad se le antojaba repugnante. No obstante, de mala gana, recordó que siempre que su padre llamaba a su dormitorio a una de las numerosas mujeres del palacio, más pronto o más tarde (las más de las veces pronto) había un nuevo bebé en el palacio y, si era un varón, Príamo acudiría al orfebre y tanto la mujer como su hijo recibirían importantes regalos en forma de anillos, cadenas y copas de oro.

Así que, después de todo, podía ser verdad lo que Estrella le había dicho. Había visto nacer niños, pero su madre le había explicado que no era digno de una princesa prestar atención a la cháchara de las mujeres del palacio. Ahora recordaba ciertas burlas groseras que entonces no entendió y sintió arder sus mejillas. Hécuba le había explicado que la Madre Tierra enviaba los niños a los vientres de las mujeres y ella se había preguntado a veces por qué no le había enviado uno, ya que tanto le gustaban.

—Por eso, quienes viven en las ciudades guardan a sus mujeres encerradas en gineceos —afirmó Estrella—. Se dice que las mujeres de las ciudades son tan lujuriosas que no es posible dejarlas en libertad.

—No es verdad —protestó Casandra, sin saber a ciencia cierta por qué le irritaban tanto aquellas palabras.

—¡Pues claro que lo son! ¿Cómo de otro modo iban a tenerlas encerradas los hombres entre cuatro paredes? Nuestras mujeres no son así —dijo Estrella—. Pero las mujeres de las ciudades son como cabras... Fornican con cualquier hombre que se les acerque. —Sonrió

malignamente y preguntó—: Tú eres de la ciudad ¿no es cierto? ¿Acaso no te encerraron para mantenerte apartada de los hombres?

Casandra oprimió con sus rodillas los flancos de su yegua y se lanzó contra Estrella, aullando de rabia. Ésta le arañó, pero Casandra se aferró a sus bastas trenzas, tratando de desmontarla. Sus cabalgaduras relinchaban y resoplaban mientras ellas peleaban, golpeándose y arañándose entre chillidos. Un codo de Estrella chocó con la nariz de Casandra, que empezó a sangrar al tiempo que sus uñas rastrillaban la mejilla de Estrella.

Entonces aparecieron Pentesilea y Elaria, y separaron a las contendientes. Pentesilea arrancó a Casandra de su silla y la sostuvo bajo su brazo mientras ella se debatía furiosa.

—¡Qué vergüenza, Casandra! ¿Cómo vamos a seguir en paz con las otras tribus si peleamos de ese modo entre nosotras? ¿Así tratas a tus hermanas? ¿Por qué peleabais?

Casandra inclinó la cabeza y no quiso responder. Estrella aún mostraba aquella odiosa sonrisa.

—Le dije que a las mujeres de las ciudades las tienen encerradas porque fornican como cabras —declaró Estrella, burlona—. Y si eso no es cierto, ¿por qué me ha atacado?

—¡Mi madre no es así! ¡Dile que retire eso! —gritó Casandra, llena de furia.

Pentesilea se inclinó aún más sobre ella y le murmuró al oído:

—¿Será tu madre diferente por lo que alguien diga, verdadero o falso?

—No, claro que no. Pero si ella afirma...

—Si ella lo afirma, ¿temes que alguien lo oiga y lo crea? —preguntó Pentesilea alzando una de sus finas cejas—. ¿Por qué otorgarle tal poder sobre ti?

Casandra bajó la cabeza y no respondió. Entonces Pentesilea miró con desdén a Estrella.

—¿Es así como tratas a alguien de tu clan y huésped de la tribu, hermanita?

Se acercó y con sus dedos tocó la arañada y sangrante mejilla de Estrella.

—No te castigaré porque ya has sido castigada. Bien se defendió ella. La próxima vez mostrarás más cortesía con una huésped de nuestra tribu. La buena voluntad de la esposa de Príamo es muy valiosa para nosotras.

Dando la espalda a Estrella, se volvió hacia Casandra a la que todavía sostenía contra su pecho. La muchacha pudo percibir la hilaridad en sus palabras.

—¿Eres lo bastante mayor para cabalgar sola sin meterte en apuros, o debo llevarte delante de mí como si fueses un bebé?

—Puedo cabalgar sola —dijo Casandra, aún enfadada, aunque se sentía agradecida a Pentesilea por haberla defendido.

—Entonces te dejaré de nuevo sobre tu yegua —añadió la reina de las amazonas.

Y, con satisfacción, Casandra volvió a sentir bajo ella el ancho lomo de Viento del Sur. Estrella la miró, arrugó la nariz y Casandra supo que eran de nuevo amigas. Pentesilea volvió a la cabeza de la columna y ordenó que se reanudase la marcha.

Caía una lluvia fina y helada que iba calándolas poco a poco. Casandra trató de proteger su cabeza, cubriéndola con la túnica de lana, pero sus cabellos ya estaban húmedos y lacios. Cabalgaron durante todo el día y prosiguieron la marcha durante la noche. Se preguntó cuándo llegarían a los nuevos pastos. No tenía ni idea del lugar hacia donde se dirigían; se limitaba a avanzar en la húmeda oscuridad, tras la cola del caballo que la precedía.

Cabalgaba en un oscuro sueño y experimentaba unas curiosas sensaciones que acometían su cuerpo y que era incapaz de identificar. Entonces apareció ante sus ojos el resplandor de un fuego y supo que no lo veía con sus propios ojos. En algún lugar, Paris se hallaba sentado ante una hoguera y observaba a una joven esbelta, de largos cabellos rubios que envolvían su

cuello, situada al otro lado del fuego. Vestía la larga y suelta túnica plegada de las mujeres del continente y Casandra percibió el modo en que Paris era incapaz de apartar los ojos de ella y el intenso apetito de su cuerpo, que la turbaron tanto que tuvo que desviar sus ojos del fuego. Entonces se vio cabalgando de nuevo y sintió la humedad de su manto y frías gotas que caían sobre su cuello, que dejaba al descubierto. Aún su cuerpo vibraba con la fuerza de lo que sabía que era deseo, aunque no lo entendiera. Era la primera vez que había sido plenamente consciente de su propio cuerpo... y sin embargo no era su propio cuerpo. La asaltaron el recuerdo de los grandes ojos de la muchacha, la suave curva de su mejilla, la ondulación de sus senos juveniles que alzaban la túnica, de la manera en que todas estas evocaciones suscitaban unas extrañas sensaciones. Como en una revelación, comenzó a asociar todo aquello con las cosas inquietantes que le había dicho Estrella, sintió tristeza y algo que a causa de su inocencia, no pudo identificar como vergüenza.

Hacia la madrugada cesó la lluvia y se desgarraron las oscuras nubes. Asomó la luna, y pudo advertir que atravesaban una cordillera por un estrecho desfiladero rocoso. Bajó los ojos hacia la amplia llanura que se extendía a sus pies, cubierta de árboles pequeños y retorcidos y de bien cuidados campos de labor que deslindaban bajo muros de piedra. Descendieron lentamente por la abrupta ladera y los caballos que abrían marcha redujeron el paso, poco a poco, hasta detenerse. Desenfardaron las tiendas, y la olla, envuelta en húmedos paños, fue colocada en el centro del lugar escogido. Los primeros rayos de un rojo sol atravesaban ya el cañón que habían cruzado por la noche. Enviaron a las muchachas en busca de leña seca. No abundaba tras días de una lluvia que lo había empapado todo pero, bajo los gruesos y retorcidos olivos, Casandra encontró algunos palos.

El sol fue elevándose mientras se asentaban, en un alud de tonos rojos que anunciaban más lluvia. Disfrutaron de su húmedo calor, y secaron sus cabellos y sus ropas. Luego, las mujeres más ancianas se encargaron de vigilar la instalación de una tienda e introdujeron en ella a una mujer a punto de dar a luz; las guerreras encargaron a las jóvenes que llevaran el ganado a pastar y Casandra fue con ellas.

Se hallaba muy cansada y con los ojos ardientes, pero no sentía sueño; una parte de su mente había vuelto a la tienda donde se agrupaban las mujeres, animando a la que estaba de parto, y otra parte continuaba muy lejos, con Paris. Sabía que se hallaba en la ladera, con su ganado, y que sus pensamientos eran para la muchacha cuyo recuerdo le obsesionaba. Conocía su nombre de dulce sonido, Enone, y sabía que Paris se aterraba de tal modo a ese recuerdo que olvidaba lo que debía haber sido más importante para él, la obligación de cuidar del ganado. E incluso antes de que lo advirtiera el propio Paris, oyó (o sintió u olió) la presencia de la muchacha, acercándose furtivamente por entre la espesura de la falda del monte.

Les envolvía el acre olor de los enebros. Casandra apenas supo quién de los dos, Paris o la muchacha, descubrió primero al otro o inició la carrera hasta unirse en un abrazo. La sensación de aquellos besos ansiosos casi la devolvió de golpe a su propio cuerpo y a su propio lugar pero ahora estaba preparada para la experiencia y se aferró a la conciencia de las emociones y sensaciones de él. Después supo que Enone estaba tendida en la mullida hierba mientras Paris, se arrodillaba junto a ella.

Fue repentinamente consciente de que aquel momento no debía ser compartido ni siquiera por una hermana gemela, se apartó de allí y volvió a sentirse sobre su yegua mientras las gotas de lluvia resbalaban por su cara. Anheló el sol de su propia tierra, el brillo del sol de Apolo y, por vez primera desde que se hallaba con las amazonas, se preguntó cuándo regresaría.

Se sintió mal, le quemaban los ojos y la acometieron las náuseas. El recuerdo de lo que había compartido respondía a algunas de las numerosas preguntas que se había formulado en

mente, pero no estaba segura de si había participado en aquella curiosa experiencia como su hermano o corno Enone, si había sido el amante o la amada.

No tenía la certeza de hallarse dentro de su propio cuerpo o de seguir aún tendida en la mullida hierba del monte Ida con su hermano y la muchacha, todavía entrelazados en los arreboles del deseo. Su mente no permanecía dentro de los confines de su cuerpo sino que se extendía mucho más allá; de tal modo que una parte se hallaba allí, en el círculo de los caballos y de las muchachas, y otra alcanzaba la tienda en donde se había arrodillado la parturienta en medio de un corro de mujeres que la observaban, le gritaban lo que tenía que hacer y la animaban. Los dolores del parto parecían acosar ahora a su propio cuerpo inexperto. Se sentía atormentada por la confusión, percibía cómo la sangre abandonaba sus mejillas y oía el jadeo de su propia garganta.

Se volvió con furia; tiró con tal fuerza de las riendas, que su yegua a punto estuvo de dar un traspiés. Clavó entonces sus talones en los ijares de su montura y se lanzó al galope por la planicie como si a través de un violento esfuerzo físico pudiera atraer toda su conciencia a su propio cuerpo. Pentesilea vio cómo se alejaba del campamento y saltó al punto sobre su caballo para lanzarse en pos de ella.

Casandra, semitendida sobre el lomo de su yegua, trataba desesperadamente de encerrarse en sí misma. Advirtió la persecución de que era objeto y espoleó aún más su cabalgadura. Pero el caballo de Pentesilea tenía remos más largos y ella era una amazona mejor; poco a poco se redujo la distancia entre las dos y la reina sobrepasó a la muchacha. Entonces advirtió con horror el enrojecimiento del rostro de Casandra y el pánico que se reflejaba en sus ojos.

Tendió los brazos y agarró a Casandra, haciéndole dejar su montura, sujetándola en la silla ante sí.

Sintió que su frente ardía como si tuviese fiebre. Casi delirante, la muchacha pugnaba por soltarse, y la amazona la retuvo con más fuerza aún.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¿Qué te pasa, Ojos Brillantes? Tienes la frente como si hubieras sufrido una insolación y, sin embargo, hoy no puede decirse que haga calor.

Su voz era cordial pero a Casandra le pareció que se burlaba, y pugnó frenéticamente por soltarse.

—No me pasa nada... Yo no quería... —No te inquietes, niña. Nadie te hará daño, nadie te amenaza —le dijo Pentesilea para tranquilizarla.

Al cabo de un momento, Casandra dejó de luchar y se quedó inerte entre los brazos de la amazona. —Cuéntame.

La muchacha comenzó a hablar atropelladamente. —Yo estaba... con él. Con mi hermano. Y una joven. Y no podía dejar de ver parte alguna del campamento.

—Que la diosa se apiade de ti —murmuró Pentesilea. A la edad de Casandra también ella había poseído el don, o la maldición, de verlo todo. Compartir experiencias para las que la mente o el cuerpo no se hallaban preparados podía significar llegar hasta el borde de la más íntima locura y no siempre era posible volver de allí sin daño. Casandra estaba entre sus brazos, sólo consciente a medias, y Pentesilea no sabía muy bien qué hacer con ella.

Lo más importante era regresar al campamento. Estaban muy lejos de las demás mujeres y de sus caballos, y cabía la posibilidad de que por aquellas soledades merodeasen malhechores desconocidos. En su presente estado, un encuentro de esa clase podía empujar a Casandra más allá de las fronteras de la cordura. Se volvió, sujetando las riendas de la yegua de la muchacha para que las siguiese. Apretó a Casandra contra su pecho y, cuando estuvieron dentro del círculo del campamento, la bajó del caballo y la introdujo en la tienda donde la nueva madre descansaba junto a su bebé dormido. Pentesilea tendió a Casandra sobre una manta y se sentó

junto a ella. Con su firme mano sobre la frente de su sobrina, cubriéndole los ojos, pretendiendo cerrar su mente a toda intrusión.

Los sollozos de Casandra disminuyeron y fue calmándose paulatinamente, volviendo la cara bajo la mano de Pentesilea como si fuera un bebé, apretándose contra ella. Al cabo de un largo rato, la reina de las amazonas le preguntó:

—¿Te sientes mejor ahora?

—Sí, pero... ¿volverá otra vez?

—Probablemente. Es un don de la diosa y debes aprender a vivir con él. Yo poco puedo hacer por ti. Tal vez la Madre Serpiente te ha elegido para que hables en nombre de los dioses; entre nosotras hay sacerdotisas y profetisas.

Quizá cuando llegue el momento de que desciendas bajo tierra y te encuentres frente a ella...

—No lo entiendo —dijo Casandra.

Entonces recordó el momento en que Apolo le habló y le pidió que fuese su sacerdotisa. Se lo contó a Pentesilea y la amazona pareció aliviada.

—¿Con que es eso? Nada sé de tu Señor del Sol, pero me parece extraño que una mujer busque a un dios en lugar de a la Madre Tierra o de a nuestra Madre Serpiente. Es ella quien vive bajo tierra y gobierna todos los reinos de las mujeres... la oscuridad del nacimiento y de la muerte. Tal vez también te llamó y no oíste su voz. Me dijeron que, en ocasiones, así les sucede a las que nacen sacerdotisas y, que si no oyen su llamada, ella las toca con su mano a través de la oscuridad de sueños malignos para que aprenda el modo de escuchar su voz.

Casandra estaba confusa ante aquello; sabía poco de la Madre Serpiente de que le hablaba Pentesilea, pero se acordaba de las bellas serpientes del templo de Apolo y de cuánto había anhelado acariciarlas. Tal vez fuera cierto que también la había llamado la Madre Serpiente y no sólo el deslumbrante y amado Señor del Sol.

Había confiado en que su tía, que tanto sabía de la diosa, le dijera lo qué tenía que hacer para evitar aquellas visiones indeseadas. Entonces comprendió que tenía que dominarse y hallar dentro de sí un medio para cerrar las puertas antes de que las visiones la poseyeran.

—Lo intentaré —dijo—. ¿Hay alguien que sepa de estas cosas?

—Tal vez entre los servidores de los dioses. Eres princesa de dos casas reales, la de las amazonas y la de tu padre. Nada sé de esos dioses pero tiene que llegar un tiempo en que, como cada una de nosotras, desciendas a las profundidades para reunirte con la Madre Serpiente y, como ya te ha llamado, supongo que ese momento está próximo. Tal vez sea cuando regrese la luna. Hablaré con las ancianas para saber lo que dicen de ti.

Quizá, se dijo Casandra, fue por eso por lo que el dios me llamó su servidora. Ella misma había abierto aquellas puertas; no podía quejarse de haber recibido el don solicitado.

Día tras día, la tribu cabalgó bajo terribles vientos y gélidas lluvias. El tiempo se hacía cada vez más frío y por la noche las mujeres se envolvían en todas sus ropas de lana y en sus mantas. Casandra se acurrucaba junto a su yegua, protegiéndose con el calor de su enorme y rozagante cuerpo. De vez en cuando, el cielo se despejaba y cesaba la lluvia. La tribu proseguía su camino hacia el Este; y si las mujeres preguntaban cuándo descansarían y hallarían pastos para sus caballos, Pentesilea, suspirando, se limitaba a decir:

—Primero hemos de cruzar dos ríos, como ordenó la diosa.

La luna había crecido y menguado de nuevo cuando vieron a los primeros seres humanos que encontraban en su éxodo: un pequeño grupo de hombres cubiertos de pieles con pelo, lo que indicó a las mujeres que aun desconocían el arte del curtido.

Aquí hay pastos, pensó Casandra; éste podría ser un buen lugar para que descansara nuestro ganado e incluso para que nos estableciéramos. Pero no con estos hombres...

Aquellos seres rústicos se quedaron atónitos al ver a las mujeres. Pentesilea condujo su caballo hasta ellos.

—¿De quién son estos rebaños? —preguntó, señalando a

las ovejas y las cabras que pastaban en aquella tierra fértil.

—Son nuestros. ¿Qué clase de cabras montáis? —dijo uno de los hombres—. Jamás vimos cabras tan grandes y hermosas.

Pentesilea iba a explicar que no eran cabras sino caballos cuando resolvió que su ignorancia podría resultar ventajosa para la tribu.

—Son las cabras de Poseidón, dios del mar —respondió. El hombre preguntó: —¿Qué es el mar?

—Agua desde aquí hasta el horizonte —contestó ella.

Pareció quedarse sin aliento.

—¡Oh, nosotros nunca vemos más agua que la de charcas fangosas que se secan en verano! ¡No es extraño que sean tan hermosas y gordas!

Luego sonrió socarronamente y preguntó en su rudo lenguaje si a las mujeres les gustaría que su ganado pastara junto al suyo.

—Tal vez por una noche o dos —respondió Pentesilea.

—¿En dónde están vuestros hombres?

—Nosotras no tenemos ninguno: somos libres de los hombres —dijo la amazona—, pero aceptaremos la hospitalidad de tus pastos por esta noche ya que hemos cabalgado durante largo tiempo. Nuestros animales se hallan cansados y les vendrá bien un poco de esa excelente hierba.

—Bienvenidas seáis —declaró otro de los hombres, que parecía un poco más aseado y mejor vestido que los demás.

Mientras desmontaban, Pentesilea advirtió en voz baja a Casandra que fueran cautelosas y que, en vez de dormir, vigilasen a sus caballos incluso durante la noche.

—Porque no confío en estos hombres en absoluto —murmuró—. Creo que en cuanto nos durmamos, o nos crean dormidas, tratarán de robarnos nuestros caballos y quizás de atacarnos.

Los hombres intentaron deslizarse dentro del círculo que formaban las mujeres y de acariciarlas con disimulo. Casandra pensó que, de haber continuado en la ciudad, ignorante de tales maniobras, no habría comprendido lo que estaban haciendo los hombres. Se adelantó con las demás muchachas para empezar a tender las mantas. Trabó las patas de su yegua, al objeto de que no pudiera alejarse mucho durante la noche, se añojo el cinturón de cuero y se tendió en su manta entre Elaria y Estrella.

—Me pregunto hasta dónde tendremos que ir —murmuró Estrella, envolviendo sus delgados hombros en la manta para protegerse de la humedad—. Si no encontramos pronto víveres, las niñas empezarán a morirse.

—Las cosas no están tan mal como crees —le increpó Elaria—. Aun no hemos comenzado a sangrar a los caballos. Podemos vivir de su sangre al menos un mes antes de que empiecen a debilitarse. Una vez, en un año muy malo, subsistimos con la sangre de las yeguas durante dos meses. Murió mi primera hija y estábamos tan cerca de la inanición que cuando fuimos a la aldea de los hombres ninguna quedó preñada al menos casi durante medio año.

—Pues yo me siento tan hambrienta —murmuró Estrella—, que tomaría la sangre de las yeguas o cualquier otra cosa.

-Eso no se hará hasta que Pentesilea lo ordene. —Le advirtió Elaria—. Ella sabe lo que hace.

—No estoy tan segura —masculló Estrella—. Dejarnos

dormir aquí entre todos esos hombres...

—No —repuso Elaria—. Nos advirtió que no durmiéramos.

Lentamente, la luna se asomó por encima de los árboles y fue subiendo. Entonces, a través de sus párpados entornados, Casandra vio oscuras siluetas que se deslizaban por el calvero.

Aguardaba la señal de Pentesilea cuando, de repente, las estrellas de la bóveda celeste desaparecieron tras una negra sombra y sintió el peso de un hombre sobre su cuerpo; unas manos tiraron de sus calzones. Aferró su daga de bronce y luchó por liberarse, pero el hombre la sujetaba contra el suelo. Pateó y mordió la mano que cubría su boca. El hombre aulló (como el perro que era, pensó con rabia) y ella le golpeó con fuerza en la boca con la empuñadura de la daga. Gritó otra vez y un chorro de sangre y de maldiciones brotó de sus labios rotos. Entonces, Casandra consiguió agarrar bien la daga y le asestó una puñalada. Los aullidos del hombre subieron de tono y se derrumbó sobre ella en el mismo instante en que Pentesilea gritaba y se ponían en pie todas las mujeres que estaban en el bosquecillo. Alguien encendió una antorcha en la moribunda hoguera y su resplandor se reflejó en las dagas de bronce que empuñaban los hombres.

—Así que ésta es vuestra hospitalidad.

—¡Ya he eliminado a uno! —gritó Casandra.

Se desembarazó del hombre que gemía en el suelo. Pentesilea corrió hacia allí y le miró.

—Remátalo —dijo—. No dejes que muera lentamente entre dolores.

Pero no quiero matarlo, pensó Casandra, ya no puede hacerme daño y en realidad no me hizo daño alguno. No obstante, conocía la ley de las amazonas: la muerte para cualquier hombre que intentase violar a una de ellas. Y no podía transgredir esa ley. Ante la fría mirada de Pentesilea, Casandra se inclinó contra su voluntad sobre el herido y le atravesó la garganta con su daga. El hombre emitió un estertor y murió.

Casandra, sintiéndose enferma, se incorporó y advirtió entonces la firme mano de Pentesilea sobre su hombro.

—Bien hecho. Ahora eres en verdad una de nuestras guerreras —murmuró, alejándose a grandes zancadas hacia donde estaban los hombres congregados bajo la luz de las antorchas.

—Los dioses decretaron que los huéspedes son sagrados —bramó Pentesilea—. Y sin embargo uno de los vuestros ha pretendido forzar a una de mis doncellas. ¿Qué excusa podéis dar ante tal quebrantamiento de las leyes de la hospitalidad?

—¿Quién oyó hablar nunca de mujeres como vosotras que cabalgan solas? —preguntó el jefe—. Los dioses sólo amparan a esposas honradas y vosotras no lo sois, no pertenecéis a nadie.

—¿Qué dios te dijo eso? —inquirió Pentesilea.

—No necesitamos un dios que nos diga lo que es de razón. Y, como no tenéis maridos, decidimos tomaros y proporcionaros lo que más precisáis, hombres que os cuiden.

—Eso no es lo que precisamos lo que buscamos —dijo la amazona, e hizo un gesto a las mujeres que rodeaban a los hombres con las armas preparadas.

—¡A ellos!

Alzada la daga, Casandra se lanzó hacia adelante como las demás. El hombre al que acometió no hizo un gran esfuerzo para defenderse. Lo derribó y, poniéndole encima una rodilla, acercó la daga a su cuello.

—¡No nos matéis! —gritó el jefe de aquellos individuos—. ¡Nada os haremos!

—\Ahora no —repuso con fiereza Pentesilea—, pero cuando estemos durmiendo y nos creáis indefensas, nos mataréis o nos violaréis!

Pentesilea mantenía la daga contra su garganta.

—¿Juraréis por vuestros propios dioses no acosar nunca más a mujer alguna de nuestra tribu o de cualquier otra si os dejamos con vida?

—No, no juraremos —respondió el jefe—. Los dioses os enviaron y nosotros quisimos tomaros y creo que lo que hicimos bien hecho está.

Pentesilea se encogió de hombros y lo degolló. Los otros aullaron que jurarían, y Pentesilea hizo una señal a las mujeres para que los soltasen. Uno a uno se arrodillaron y juraron lo que se les exigía.

—Pero ni siquiera confío en vuestro juramento —declaró Pentesilea—. No cuando estéis fuera del alcance de nuestras armas.

Ordenó que reuniesen sus bagajes y que ensillaran los caballos para partir al amanecer.

A Casandra le ardían los ojos, tras una noche sin dormir, y le dolía la cabeza. Aún sentía sobre sí las ásperas manos de aquel hombre. Cuando quiso moverse, no pudo; su cuerpo se hallaba rígido, anquilosado. Oyó que alguien pronunciaba su nombre pero el sonido le llegó desde muy lejos.

Pentesilea acudió a su lado y, al contacto de su mano, Casandra se recobró.

—¿Puedes cabalgar? —le preguntó.

Ella asintió, sin hablar, y se alzó hasta la silla. Su madre adoptiva se le acercó y, tras abrazarla, le dijo:

—Te portaste bien, has matado a un hombre y ya eres una guerrera, capaz de luchar por nosotras. Has dejado de ser una niña.

Pentesilea dio la orden de partir y Casandra, tiritando, apremió a su yegua a ponerse en marcha. Se echó la manta por los hombros.

Uf, pensó, huele a muerte.

Cabalgaron de cara a la lluvia fría. Envidió a las mujeres que portaban cerradas vasijas de barro con carbones encendidos en su interior. Marcharon hacia el Este, alejándose cada vez más, bajo un viento cada vez más gélido. Al cabo de un largo rato, el cielo se aclaró hasta adquirir un color gris pálido, pero no a causa de la luz del día. En torno de ella, Casandra oyó gruñir a las mujeres y sintió las punzadas del hambre y del frío.

Al fin Pentesilea dio el alto y las mujeres comenzaron a instalar sus tiendas por vez primera en muchos días. Casandra se aferró a su montura, sin poder prescindir de su calor; el doloroso frío parecía penetrar en cada músculo y en cada hueso de su cuerpo. Poco después ardían hogueras en el centro de la acampada y se dirigió allí para acurrucarse junto a las llamas.

Pentesilea señaló hacia un lugar cercano y las mujeres contemplaron con sorpresa los verdes campos de cereal a medio madurar. Casandra apenas podía dar crédito a sus ojos. ¿Grano en aquella estación?

—Es trigo de invierno —explicó Pentesilea—. Las gentes de aquí siembran antes de las primeras nevadas. Las semillas permanecen a lo largo del invierno bajo la nieve y el cereal

madura antes de la cosecha de cebada. En este clima frío tienen dos cultivos y lo que yo busco es el centeno.

La reina de las amazonas hizo un signo a su sobrina y ésta acudió a su lado.

—¿A qué tierra hemos llegado, tía?

—Este es el país de los tracios —contestó Pentesilea, mientras señalaba—. Y más al Norte se halla la antigua ciudad de Colquis.

Casandra recordó uno de los relatos de su madre.

—¿Dónde Jasón halló el vellocino de oro con la ayuda de la hechicera Medea?

—La misma. Pero ahora hay poco oro, aunque abunda la hechicería.

—¿Vive alguien aquí? —preguntó Casandra.

Le parecía imposible que alguien escogiera un lugar tan desolado para establecerse.

—Los campos de trigo y de centeno no se plantan solos —respondió Pentesilea con tono reprobador—. En donde hay grano hay siempre alguien, hombre o mujer, para sembrarlo. Y aquí hay gente y también caballos.

Su tía señaló hacia el horizonte y Casandra percibió unas motitas, apenas visibles, que se desplazaban. Le parecieron ovejas pero, por el modo en que se movían, pudo advertir que se trataba de caballos. Cuando las bestias se acercaron, Casandra se dio cuenta de que eran muy distintas de las que montaban las amazonas: de corta alzada y tonos sombríos, cuerpo rechoncho y pelaje hirsuto y espeso.

—Los caballos salvajes del Norte; jamás fueron montados ni domados —explicó Pentesilea—. Ningún dios los designó para los hombres o las mujeres. De pertenecer a algún dios o diosa, serían propiedad de Artemisa la Cazadora.

Como impulsada por un espíritu, toda la manada volvió grupas y se alejó. La yegua que la precedía se detuvo un instante, irguiendo la cabeza para observar, con los ollares dilatados y los ojos brillantes, a las mujeres.

—Huelen a nuestro garañón —afirmó Pentesilea—. Es preciso vigilarlo; si capta el rastro de una manada de yeguas, es muy posible que trate de sumarlas a las que tiene y estas bestias no nos servirían para nada. No podríamos alimentarlas ni encontrar pastos suficientes.

—¿Qué vamos a hacer aquí? —preguntó Casandra.

—La diosa es sabia —contestó su tía—. En el país de los tracios se puede traficar y conseguir hierro para reponer nuestras armas. Habrá grano a la venta en la ciudad de Colquis, si no más cerca, y tenemos artículos para cambiar: cueros, sillas, bridas y algunas cosas más. Iremos esta tarde a la aldea y trataremos de adquirir víveres.

Casandra observó el cielo gris y se preguntó cómo se podía distinguir allí la mañana de la tarde. Supuso que Pentesilea tenía algún modo de hacerlo.

Pasado cierto tiempo de aquel mismo día Pentesilea mandó llamar a Casandra y a otra de las muchachas, Evandre, y cabalgó con ellas hasta la aldea que había en medio de los campos de labor. Cuando las mujeres penetraron en la aldea (sólo unas cuantas casas de piedra, redondas y pequeñas, y un edificio central abierto al cielo donde unas mujeres moldeaban recipientes de barro), los habitantes acudieron a verlas.

Muchas de las mujeres llevaban husos con lana o pelo de cabra enrollados a la cintura. Vestían largas y amplias faldas de pelo de cabra, teñidas de verde o de azul; sus cabellos eran oscuros y deslustrados. Algunas llevaban niños en brazos o cogidos a sus faldas.

Con un estremecimiento de terror, Casandra advirtió que muchos de ellos eran extrañamente deformes. Una chiquilla mostraba una grieta en carne viva que se extendía desde el labio hasta su nariz, semejante a una llaga; otro tenía tan sólo el pulgar y un dedo

retorcido que daban a su manecita el aspecto de una garra. Jamás había visto niños así. En Troya, cuando un niño nacía deforme era inmediatamente abandonado en las laderas del monte Ida para que fuera pasto de los lobos o de otras bestias salvajes. Las mujeres y los niños permanecían inmóviles y en silencio pero observaban con curiosidad a las amazonas y a sus caballos.

—¿A dónde vais?

—Hacia el norte, por indicación de nuestra diosa y, ahora, a Colquis —contestó Pentesilea—. Nos gustaría conseguir grano aquí.

—¿Qué tenéis para cambiar?

—Buenos cueros —respondió Pentesilea y las mujeres negaron con la cabeza.

—Hacemos nuestros propios cueros de las pieles de nuestros caballos y de nuestras cabras —dijo una que parecía tener autoridad—. Pero véndenos una docena de tus niñas pequeñas y te daremos todo el grano que puedas llevarte.

Pentesilea palideció de ira.

—Ninguna mujer de nuestra tribu se vende como esclava.

—No las queremos como esclavas —manifestó la mujer—. Las adoptaremos como hijas. Por aquí se ha extendido un mal y han sido muchas las mujeres que han muerto de parto mientras otras están imposibilitadas para traer al mundo niños sanos. Por eso son aquí tan preciadas las mujeres.

La palidez de Pentesilea se acentuó.

—Vuelve y advierte que ninguna mujer debe desmontar en esta aldea ni siquiera un instante ni por ningún motivo, sea cual fuere. Seguiremos adelante —le dijo a Evandre, en tono bajo.

—¿Qué sucede, tía? —preguntó Casandra.

—No debemos tocar su grano. —Luego añadió dirigiéndose a la mujer—: Lamento vuestra enfermedad pero nada podemos hacer por ayudaros. Sin embargo, si queréis libraros de ese mal, segad todos vuestros cereales y quemadlos. No permitid siquiera que sirva para abonar vuestros campos. Traed nuevas semillas de algún lugar del Sur. Examinadlas cuidadosamente a la búsqueda de cualquier rastro de roya; eso es lo que ha emponzoñado los vientres de vuestras mujeres.

Mientras se alejaban de la aldea, Pentesilea, cabalgando por los campos de centeno, se inclinó y recogió algunos de los tallos aún verdes. Los retuvo en la mano y señaló el lugar en donde surgiría el grano.

—Mira —dijo, indicando los hilos purpúreos que brotaban de las puntas de los tallos al tiempo que los acercaba a Casandra—. Huélelo porque, como sacerdotisa, tendrás que reconocerlo allí en donde lo encuentres. No lo pruebes jamás, ni lo comas aunque te estés muriendo de hambre.

Casandra lo olió y apreció un curioso rastro de moho, de légamo, casi un olor a pescado.

—Este centeno envenará a cualquiera que lo coma crudo o incluso si se alimenta con pan de su harina. Y la peor forma de envenenamiento consiste en que mata a los niños en el vientre de su madre y puede acabar durante

años con la fertilidad de una mujer. Es posible que la aldea esté ya condenada. Lástima, sus mujeres son bellas e industriosas y notables sus hilados y tejidos. Además también hacen magníficos cántaros y tazas.

—¿Morirán todos?

—Probablemente serán muchos los que coman el grano envenenado y no mueran; pero en esa aldea no nacerán más niños sanos y, cuando estén ya bastante desesperados para imponer quizás un año de hambre a su pueblo, quizá sea demasiado tarde.

—¿Y los dioses permiten eso? —preguntó Casandra—. ¿Qué diosa puede estar tan enojada para envenenar el grano de la aldea?

—No lo sé, tal vez no sea obra de ninguna diosa —contestó la reina—. Sólo sé que se presenta año tras año, sobre todo cuando ha llovido mucho.

Nunca se le había ocurrido a Casandra dudar de que el grano de los campos creciera gracias a la directa intervención y los cuidados de la Madre Tierra. Ésta era una terrible herejía y la apartó de su mente con tanta rapidez como le fue posible. Se sintió otra vez consciente de su hambre. Llevaba tanto tiempo sin tomar una comida sustanciosa que, a veces, dejaba de sentirla durante días enteros.

Mientras cabalgaban empezaron a ver pequeños animales que entraban y salían de agujeros abiertos en el suelo. Una muchacha de las más jóvenes apuntó rápidamente con su arco y lanzó una flecha de caza, hecha de madera endurecida al fuego en lugar de metal. El animal cayó al momento y se agitó. La arquera desmontó de su pequeño caballo y le dio un golpe en la cabeza. Una nube de flechas siguió a la primera, pero sólo dos acertaron en los blancos. Ante el pensamiento de la liebre asada en un espetón, a Casandra se le hizo la boca agua.

Con un gesto, Pentesilea detuvo la marcha de las amazonas.

—Acamparemos aquí y os prometo que no volveremos a emprender la marcha hasta que hayamos comido algo —dijo—. Guerreras, tomad vuestros arcos y cazad. Por lo que se refiere a las demás, montad las dianas y ejercitaos con vuestras flechas. En estos días de cabalgada hemos descuidado la práctica de nuestras destrezas cazadoras y bélicas. Muchas de estas flechas no alcanzarán su blanco.

En vida de mi madre, con estos recursos, habríamos conseguido liebres suficientes para alimentarnos a todas.

»Sé cuán hambrientas estáis. Yo no me siento mejor que cualquiera de vosotras, y llevo el mismo tiempo sin comer nada sustancioso. Os ruego, hermanas, que si habéis hallado, o robado, un poco de grano o cualquier alimento elaborado con el grano en esa aldea, me lo mostréis antes de comerlo. Ese cereal está maldito y quienes coman pueden abortar o tener un hijo con un solo ojo o con un solo dedo.

Una mujer sacó de entre los pliegues de su túnica una dura y un tanto mohosa hogaza, con gesto desafiante.

—Se la daré a cualquiera que haya pasado de la edad de tener hijos para que pueda comerlo sin peligro —dijo—. No lo he robado, lo cambié por una hebilla vieja.

—Yo me quedaré con esa hogaza a cambio de mi parte en la liebre que maté de un flechazo. Hace ya demasiado tiempo que no pruebo el pan y desde luego no tendré más hijos a quienes pueda hacer daño —dijo una de las mujeres más viejas de la tribu.

La vista del pan despertó el hambre de Casandra hasta el extremo de sentirse tentada a correr el riesgo de un futuro aborto o de dar a luz a un niño malformado, en un lejano futuro, pero no se atrevió a desobedecer a su tía. Otras amazonas aportaron diversos víveres que habían cambiado o robado en la aldea, y casi todos fueron confiscados por Pentesilea, que los arrojó al fuego.

Casandra fue a hacer prácticas de tiro mientras las guerreras experimentadas partían en busca de caza y las mujeres de más edad se dispersaban por la llanura en busca de algo

comestible. Estaba demasiado avanzado el invierno para que quedasen bayas o frutas, pero podía haber en algún sitio raíces o setas comestibles.

El breve día invernal se trocaba ya en penumbra cuando retornaron las cazadoras y pronto las liebres, ya limpias, empezaron a cocer en un caldero con judías silvestres y algunas raíces. En un gran fuego se asaban pedazos de una bestia mayor, ya desollada. Casandra sospechó que se trataba de alguno de los peludos caballos salvajes. Sin embargo, se sentía demasiado hambrienta para que le preocupase su procedencia. Aquella noche al menos llenarían sus estómagos y Pentesilea les prometió que habría comida abundante en Colquis.

—Allí está —dijo Pentesilea—. Ésa es la ciudad de Colquis.

Acostumbrada a las ciclópeas murallas fortificadas de Troya, que se alzaban a gran altura sobre los ríos de la planicie, Casandra no se sintió impresionada al principio por los muros de adobe deslustrados bajo la brumosa luz del sol.

Esta ciudad, pensó, resultaría vulnerable a un ataque desde cualquier sitio. En el año que llevaba con las amazonas había aprendido algo de estrategia, no de un modo formal, sino a través de los relatos de asedios y guerras que había escuchado.

—Es como las ciudades de Egipto y las de los hititas —declaró Pentesilea—. No construyen fortificaciones colosales, ni las necesitan. Tras sus puertas de hierro verás los templos y las estatuas de sus dioses. Son más grandes que los templos y las estatuas de Troya, como las murallas de Troya son mayores que las de Colquis. Según dicen, esta ciudad fue fundada por el antiguo pueblo navegante del lejano Sur pero la gente es distinta de la de cualquier otro pueblo de aquí, como advertirás en cuanto penetremos en la urbe. Parecen extraños sus usos y costumbres. —Se echó a reír y añadió—: Pero supongo que eso es también lo que ellos dirán de nosotras.

De todo lo que se había dicho Casandra sólo había oído puertas de hierro. Poco era lo que había visto de ese metal. Una vez, su padre le mostró un anillo negro, indicándole que era de hierro.

«Es un metal muy caro y demasiado duro para hacer armas —le comentó—. Algún día, cuando la gente sepa más acerca del arte de forjarlo, el hierro podrá ser empleado en los arados. Es mucho más resistente que el bronce.»

Ahora Casandra, al recordarlo, pensó que un pueblo que sabía del hierro lo bastante para forjar unas puertas debía de ser sabio, sin duda.

—¿Y la ciudad no ha sido conquistada gracias a que sus puertas son de hierro? —preguntó.

Pentesilea la miró con cierta sorpresa.

—Lo ignoro —dijo—. Son gente brava pero rara vez se han visto envueltos en una guerra. Supongo que es porque se hallan lejos de las principales regiones comerciales. Pero, a pesar de eso, hasta aquí acudirán desde el fin del mundo en busca de hierro.

—¿Entraremos en la ciudad o acamparemos fuera de las murallas?

—Dormiremos esta noche dentro; su reina es casi una de las nuestras —explicó Pentesilea—. Es hija de la hermana de mi madre.

Así que, pensó Casandra, es pariente de mi madre y mía también.

—¿Y el rey?

—No hay rey —repuso Pentesilea—. Aquí reina Imandra y aún no ha decidido tomar consorte.

Tras la ciudad se alzaban farallones de un rojo herrumbroso que empequeñecían las puertas. El camino que llevaba hasta la urbe se hallaba pavimentado con gigantescas losas y las casas, de arcos y escalinatas de piedra, estaban construidas de troncos y tablas, encaladas y pintadas. No había empedrado en las calles sino que se veían fangosas y holladas. Entre las casas pasaban extrañas bestias de carga, cornudas y peludas, que transportaban grandes fardos y cántaros. Sus dueños las apartaban a palos para dejar pasar la formación casi militar de las amazonas. Casandra, consciente de todos los ojos que la observaban, aferró con fuerza su lanza pese al cansancio de la cabalgada y se irguió sobre su montura, tratando de parecer una guerrera.

La ciudad era muy diferente de Troya. Las mujeres deambulaban libremente por las calles, portando cántaros y cestos en la cabeza. Sus indumentarias eran largas, pesadas y embarazosas, pero a pesar de sus complicadas faldas y de sus ojos pintados parecían fuertes y competentes. Vio también una herrería en donde trabajaba una mujer de cara morena y tiznada de hollín, con gruesos músculos de soldado. Casi desnuda hasta la cintura para soportar el intenso calor, martilleaba sobre una espada. Una mujer joven, casi una niña, manejaba el fuelle. En los meses que había pasado con las amazonas, Casandra había visto a mujeres hacer extrañas cosas, pero aquélla era la más sorprendente de todas.

Quienes montaban guardia en las murallas eran también mujeres, que podían tomarse por amazonas porque se hallaban armadas, lucían petos de bronce y portaban largas lanzas. Mientras las amazonas cruzaban por las calles, las centinelas lanzaron un prolongado alarido de batalla y al momento, aparecieron ante ellas media docena de mujeres con sus lanzas en posición de descanso como signo de paz. La que estaba al frente se adelantó y abrazó a Pentesilea desde su montura.

—Te recibimos jubilosas, Pentesilea, reina de las yeguas —dijo—. La Señora de Colquis te envía sus saludos y te da la bienvenida. Te pide que tus mujeres se instalen dentro de la ciudad, en el campo próximo a la Muralla del Sur y te invita a que acudas al palacio con una amiga o dos, si lo deseas.

La reina de las amazonas transmitió las noticias que la centinela le había dado.

—Y además —declaró la mujer de Colquis—, la reina envía a tus mujeres como regalo dos ovejas y un cesto de pan cocido hoy en los hornos reales; que coman aquí mientras tú te reúnes con la reina en el palacio.

Las amazonas prorrumpieron en un largo vítor ante la idea de aquella comida que durante tanto tiempo les había estado vedada.

Pentesilea cuidó de que acamparan, alzasen sus tiendas y sacrificaran los corderos. Casandra, a su lado mientras ardía en honor de la Cazadora una buena porción de pecina, advirtió que los corderos tenían una apariencia normal, como la de los de Troya. Pentesilea reparó en su mirada y le dijo:

—¿Qué te sucede? ¿Es que esperabas que los corderos de Colquis tuviesen vellocino de oro? Pues no es así. Ni siquiera nacen con él los que forman parte de los rebaños de Apolo. Pero los cólquidos sumergen la lana en los ríos cuyas aguas arrastran pepitas. Y aunque quizás haya menos oro que en tiempos de Jasón, antes de que salgas de Colquis verás tal vellocino de oro. Ahora vistámonos para comer en la mesa de la soberana.

La reina de las amazonas se encaminó a su propia tienda, se despojó de sus ropas de montar y se puso su mejor falda, botas de piel blanca y una túnica que dejaba un pecho al descubierto como allí era costumbre. Y ya que le había dicho que se vistiese lo mejor que pudiera, Casandra

se colocó su traje troyano, que le resultaba demasiado corto y sólo le llegaba a media pantorrilla, y calzó sus sandalias.

Pentesilea cogió de sus alforjas un poco de galena para pintarse los ojos; luego se volvió y le preguntó:

—¿Es ése el único vestido que tienes, niña?

—Eso me temo.

—Pues no te sirve. Has crecido más de lo que pensaba —declaró Pentesilea.

Revolvió en su propio equipaje y sacó un vestido un poco deteriorado de color azafrán pálido.

—Te quedará demasiado grande pero es lo más que puedo hacer por ti.

Casandra se pasó el vestido por la cabeza y lo sujetó con sus viejos alfileres de bronce. Se sintió tan torpe y trabada por las faldas en torno de las rodillas que le costó recordar que antaño llevaba esas prendas todos los días.

Juntas caminaron por una parte de Colquis en donde las calles se hallaban pavimentadas. Hacía tanto tiempo que Casandra no había estado en el interior de una urbe que advirtió que se quedaba boquiabierta como un bárbaro ante los altos edificios.

El palacio había sido construido de un modo que le recordaba al de Troya, con mármol gris de la comarca. Se levantaba sobre una elevación en el centro de la ciudad y ni siquiera un templo alcanzaba mayor altura. Casandra se quedó un poco asombrada, acostumbrada como estaba a que en su tierra las moradas de los hombres nunca fueran tan altas como los templos de los dioses.

Cuando llegaron a la escalinata del palacio, pudieron divisar el mar. Igual que en Troya, pensó Casandra. Pero aquel mar no era de un azul tan intenso como el que recordaba sino de un gris oscuro, aceitoso. Unos hombres cargaban y descargaban calmadamente las naves amarradas en el puerto; no eran piratas ni merodeadores sino comerciantes. Tantos barcos cerca de Troya hubieran sido indicio de un desastre o de una guerra.

Y sin embargo podía verlos ante Troya, tantos barcos que oscurecían el azul del mar...

Con un esfuerzo, tornó al presente. Aquí no existía peligro...

Pentesilea le tocó un brazo.

—¿Qué es eso? ¿Qué viste?

—Naves —murmuró Casandra—. Naves... que amenazaban Troya.

—Sin duda, si Príamo sigue como antes —dijo su tía, en tono seco—. Tu padre ha tratado de conseguir un poder sin ser bastante fuerte para retenerlo y un día ese poder se verá puesto a prueba. Pero no hagamos esperar a la reina Imandra.

A Casandra nunca se le había ocurrido pensar en la política de su padre: mas podía advertir que lo que Pentesilea decía era cierto. Príamo cobraba tributo de todas las naves que pasaban por los estrechos hacia este mar. Hasta entonces, los aqueos lo habían pagado porque representaba un esfuerzo menor que el de reunir una flota para negarse a abonarlo. Observó las puertas de hierro y comprendió que, más pronto o más tarde, significarían un nuevo modo de vida.

Se dijo a sí misma que estaba perdiendo el contacto con la realidad; su padre era fuerte, contaba con numerosos guerreros y aliados. Podría defender perpetuamente Troya. Tal vez llegase un día en que Troya tuviera puertas de hierro como la ciudad de Colquis. Al pasar por los anchos corredores alzaron sus puños, a guisa de saludo, mujeres que montaban guardia con petos de bronce y cascos de cuero con incrustaciones metálicas. Luego penetraron en una estancia de alto techo con claraboya de nefrita translúcida. En el centro se alzaba un elevado sitial de mármol que ocupaba una mujer.

Parecía una guerrera con su peto de plata labrada. Pero por debajo lucía un lujoso vestido de brocado del lejano Sur y una ligera camisa de gasa egipcia, del género al que se conocía como «aire tejido». Sobre su cara lucía una barba postiza dorada y sujeta como una peluca ceremonial: señal, consideró Casandra, de que gobernaba no como mujer sino como rey de la ciudad. Sus caderas estaban rodeadas por un cinturón con incrustaciones de nefrita y del que colgaba una espléndida espada. Calzaba botas de cuero bordado y teñido que le llegaban hasta las pantorrillas. Justo bajo su peto, en torno del talle, mostraba un curioso cinturón que parecía alzarse y descender con su respiración. Cuando estuvieron más cerca, Casandra reparó en que era una serpiente viva.

Al aproximarse, la reina se levantó.

—Te saludo con alegría, prima —dijo—. ¿Han sido acogidas y obsequiadas como merecen tus guerreras? ¿Hay algo más que pueda hacer en tu honor, Pentesilea, reina de las amazonas?

Pentesilea sonrió.

—Hemos hallado una gran acogida, Señora. Dime ahora qué es lo que deseas de nosotras. Porque te conozco desde que éramos niñas y entiendo que cuando, no sólo yo sino todas mis guerreras, reciben tan cordial acogida, no es sólo por cortesía. Basta, Imandra, el parentesco para que yo con mis mujeres me ponga a tu servicio. Di lo que quieres de nosotras.

—Cuan bien me comprendes, Pentesilea. Es verdad que tengo necesidad de guerreras amigas —dijo con voz grave y bien timbrada—. Pero comamos primero. Dime, prima, ¿quién es esta doncella? Me parece demasiado joven para ser una de tus hijas.

—Es la hija de nuestra pariente Hécuba de Troya.

—¡Ah! —Las cejas delicadamente pintadas de Imandra se arquearon con elegancia.

Hizo una señal a una de sus damas y chasqueó con suavidad los dedos. Bastó aquello para que aparecieran varias esclavas llevando bellos platos sobre los que se hallaban los más diversos manjares: asados de vaca y de aves con deliciosas salsas, frutas confitadas, dulces tan elaborados que Casandra no fue capaz de imaginar de qué estaban hechos.

Había pasado hambre durante tanto tiempo que todos aquellos alimentos lograron que se sintiera un poco indispuesta. Comió con frugalidad asado de ave y algunas tortas y luego, ante la insistencia de la reina, probó un sabroso dulce con canela. Reparó en que Pentesilea también comía poco. Cuando retiraron las bandejas y vertieron agua de rosas sobre sus manos, la reina de Colquis dijo:

—Prima, pensé que Hécuba había olvidado hacía largo tiempo sus días de guerrera. ¿Cabalga contigo su hija? Bien, no tengo querella con Príamo de Troya. Bienvenida sea. ¿Es ella quién ha de casarse con Aquiles?

—No, no he oído tal cosa —contestó Pentesilea—. Creo que cuando trate de hallar un esposo para ella, Príamo descubrirá que los dioses la han reclamado para sí.

—Tal vez sea entonces una de sus hermanas —añadió

Imandra con indiferencia—. Si necesitamos de un rey en Colquis, tal vez case a mi propia hija con uno de los hijos de Príamo; tengo una en edad de tomar estado. Cuéntame, hija de Príamo, ¿está ya comprometido en matrimonio tu hermano mayor?

Casandra repuso tímidamente:

—No lo he oído decir, Señora, pero mi padre no me confía sus planes. Es posible que llegara a un acuerdo sobre eso hace muchos años y que nada supiera yo.

—¡Has hablado con honestidad —dijo Imandra—. Cuando vuelvas a Troya, mis enviados irán contigo con objeto de ofrecer a mi hija Andrómaca para un hijo de tu padre; si no es el

mayor, puede ser otro. Tiene cincuenta, me parece, y varios son hijos de tu real madre. ¿No es cierto?

—No creo que sean cincuenta —declaró Casandra—, pero hay muchos.

—Así se hará entonces —manifestó Imandra.

Y al tender su mano a Casandra, la serpiente que rodeaba su cintura comenzó a agitarse. Cuando Casandra tendió su propia mano, el animal acercó su cabeza, seguida de sus anillos; empezó a enroscarse en torno de la muñeca de Casandra, formando un brazalete.

—Le agradas —dijo Imandra—. ¿Te han enseñado a manipular serpientes?

Casandra replicó, recordando las del Templo de Apolo:

—No me son extrañas.

—Ten cuidado; si ésta te mordiese, te pondrías muy enferma —advirtió Imandra.

Casandra no sintió miedo sino una especie de júbilo cuando la serpiente se arrastró a lo largo de su brazo. El seco y suave deslizamiento de sus escamas proporcionó a su cuerpo una sensación estimulante.

—Y ahora, vayamos a las cuestiones serias —manifestó Imandra—, Pentesilea, ¿has visto las naves en el puerto?

—¿Quién dejaría de verlas? Son numerosas.

—Han venido del país de los hiperbóreos cargadas con hierro y estaño —dijo—, que codician diversos reyes como es natural. Puesto que, según afirman, no les vendo el suficiente estaño para su bronce, porque le tengo miedo a las armas que fabricarían con él, cuando la verdad es que no cuento con mucho para mi propio uso y ellos carecen de cualquier cosa que me sea necesaria. Ahora han empezado

a atacar mis caravanas de estaño y a llevárselo sin pagar. En esta ciudad son escasas las fuerzas adiestradas. ¿Qué pedirías a cambio de que tus guerreras protegiesen mis cargamentos de metal?

—Supongo que sería más fácil y más barato venderles lo que desean —dijo Pentesilea, alzando las cejas.

—¿Y permitirles que se armen contra mí? Mejor es que mis herreras hagan armas y que ellos me paguen en oro todas cuantas quieran. Envío un poco de estaño y plomo y también de hierro a los reyes hititas, a los pocos que quedan. También esas caravanas son asaltadas. En esa tarea hay oro para ti y para tus mujeres, si lo queréis.

—Yo puedo defender tus caravanas —manifestó Pentesilea—, pero el precio no será pequeño. Mis mujeres han viajado hasta aquí inducidas por un augurio y no anhelan guerrear; todo lo que desean es retornar a sus propios pastos en primavera.

Casandra perdió el hilo de la conversación; se sentía absorta en la serpiente enroscada en torno a su brazo que se deslizaba por la pechera de su vestido hasta acurrucarse en su seno. Desvió la vista a un lado, hacia una de las esclavas, que realizaba juegos malabares con tres pelotas doradas, y se preguntó cómo conseguía hacerlos. Cuando tornó a prestar atención a lo que estaba sucediendo, Pentesilea e Imandra se abrazaban e Imandra decía:

—Aguardaré a tus guerreras pasado mañana. Para entonces, la caravana estará cargada y las naves habrán zarpado de nuevo hacia las minas secretas de los países septentrionales. Mis guardias os escoltarán hasta el campamento de vuestras mujeres. ¡Qué la diosa te conceda una buena noche y a ti también, mi pequeña pariente! —Entonces tendió su mano—. Mi serpiente me ha abandonado. Te ruego que me la devuelvas.

Casandra. Con desgana, Casandra cogió a la serpiente y ésta empezó a enroscarse en su muñeca. Torpemente, la desenroscó.

—Tienes que volver y jugar con ella de nuevo. Por lo general, si pido a alguien que la sostenga, ella se prepara para morder —dijo Imandra—. Pero se ha comportado contigo como si fueses una sacerdotisa. ¿Volverás?

—Será un placer —murmuró Casandra, mientras Imandra tomaba la serpiente.

El ofidio se deslizó sobre su brazo y acabó por esconderse entre los pliegues del vestido de la reina.

—Entonces te veré otro día, hija de Hécuba. Adiós.

A su regreso, con la escolta de mujeres a dos pasos tras ellas, Casandra pensó que más parecían prisioneras que invitadas a quienes se honra con tal protección. Sin embargo, mientras caminaban entre el gentío de las calles, oyó ruido de peleas y percibió un grito apagado. Consideró entonces que al fin y al cabo era posible que aquella extraña ciudad no fuese muy segura para unas mujeres que no formaban parte de Colquis.

Diez días más tarde, Pentesilea partió a caballo de Colquis con un escogido grupo de amazonas entre las que figuraba Casandra. Acompañarían a la caravana que había cargado el estaño de las naves del puerto y lo llevaban camino del Sur hasta el lejano país de los reyes hititas.

A la mente de Casandra llegaron las palabras de la profecía: «¡Allí permaneceréis hasta que caigan las estrellas de la primavera!». ¿Estaba acaso desobedeciendo su tía el mandato de la diosa? Pero no era el momento de hacerse preguntas. De su hombro colgaba el arco escita formado por dos cuernos y cuya cuerda era una trenza de pelos de cola de caballo. A su costado portaba la corta jabalina de pincho metálico de una guerrera amazona. Cabalgando junto a Estrella, recordó que su amiga ya había librado un combate.

La mañana era apacible. El aire era nítido bajo el pálido sol y unas cuantas nubes se deslizaban por el cielo. Los cascos de los caballos producían un apagado sonido sobre el camino que recorrían, contrapunto al pesado estruendo de los carros, cada uno arrastrado por dos tiros de muías. Sobre tales vehículos se amontonaban haces de grandes lingotes de oscuro metal con vetas brillantes, cubiertos por lienzos negros tan pesados como las velas de una nave.

La noche anterior había vigilado con las demás guerreras la operación de cargar los carros. Al recordar la intensa negrura de los lingotes de hierro y el deslustre de aquellas lupias de estaño, se preguntó por qué sería tan valiosa materia de tan fea apariencia. Con seguridad tenía que haber en las entrañas de la tierra metales suficientes para que todos pudieran utilizarlos. ¿Por qué los hombres, y las mujeres, tenían que pelear por aquello? Si no había bastante para quienes los deseaban, no debía de ser difícil extraer más de las minas. Sin embargo parecía como si la reina Imandra se enorgulleciese de que quedaran desatendidas las demandas de muchas.

El día transcurrió sin acontecimiento alguno. Las amazonas cabalgaban en fila de a una por la gran planicie, al paso que marcaban los traqueteantes carros. Casandra iba junto a una de las herreras de Colquis, hablando con ella acerca de su curioso oficio. Para su sorpresa descubrió que aquella mujer estaba casada y que tenía tres hijos varones ya crecidos.

—¡Y ni una hija a la que transmitir mi oficio!

—¿Por qué no puedes enseñar a tus hijos el oficio de herrero? —le preguntó Casandra.

La mujer la miró con el entrecejo fruncido.

—Creía que vosotras, mujeres de las tribus de las amazonas, lo comprenderíais —dijo—. Ni siquiera criáis a vuestros propios hijos varones, sabiendo lo inútiles que son. Mira, muchacha, el metal es arrancado de las entrañas de la Madre Tierra, ¿cuál sería su ira si cualquier hombre osase tocar y moldear su preciado bien? Tarea de una mujer es trabajarlo

hasta darle la forma adecuada para que los varones lo usen. No hay hombre alguno que pueda desempeñar el oficio de herrero, porque la Madre Tierra no le perdonaría su intromisión.

Si la diosa no quiere que esta mujer enseñe su oficio a sus hijos varones, pensó Casandra. ¿Porqué no le dio hijas? Pero estaba aprendiendo a no expresar todos los pensamientos que cruzaban por su mente.

—Es posible que tenga una hija —comentó.

—¿Cómo? ¿Corriendo de nuevo el riesgo de un parto cuando he vivido casi cuarenta inviernos? —objetó la herrera.

Casandra nada respondió a aquello. Se limitó a espolear a su yegua hasta alcanzar a Estrella. La muchacha, mayor que ella, se limpiaba las uñas con un cuchillito de hueso.

—¿Crees que tendremos que pelear?

—¿Importa algo lo que yo crea? Eso es lo que piensa la Señora, y ella sabe más que yo.

Desairada de nuevo, Casandra se concentró en sí misma. Soplaba un viento frío. Se envolvió en su pesado manto y pensó en los combates. Desde que vivía con las amazonas no había pasado día sin que se le exigiera practicar con el arco, y poseía una cierta destreza con la jabalina e incluso con la espada. Su hermano mayor, Héctor, comenzó a ser adiestrado en el combate desde que tuvo edad suficiente para aferrar una espada. Le hicieron su primera armadura cuando tenía siete años. Su madre, antes de casarse, había sido también guerrera y sin embargo, en Troya, a nadie se le ocurrió que Casandra o su hermana Polixena debieran aprender algo de las armas o de la guerra. Y aunque, como todos los hijos de Príamo, había sido destetada con relatos de héroes y de gloria, veces había en que se le antojaba que la guerra era algo horrible y que mejor era hallarse al margen de ello. Pero si la guerra resultaba algo tan malo para las mujeres, ¿por qué entonces tenía que ser algo bueno para los hombres? Y si constituía algo espléndido y honroso para los hombres, ¿por qué iba a ser inconveniente que las mujeres compartiesen el honor y la gloria?

La única respuesta a la que podía recurrir en su perplejidad era el comentario de Hécuba: No es costumbre.

Pero, ¿por qué?, había preguntado entonces y la única respuesta de su madre fue: Ato hay razón para las costumbres; existen, simplemente.

No lo creía ahora más de lo que lo creyó entonces.

Ensimismada, se descubrió buscando en su interior a su hermano gemelo. Troya y las soleadas laderas del monte Ida parecían muy lejanas. Evocó el día en que él persiguió y alcanzó a Enone y las extrañas y apasionadas sensaciones que su emparejamiento suscitó dentro de ella. Se preguntó en dónde se hallaría en aquel momento y qué estaría haciendo.

Pero, excepto una rápida e indiferente visión de las ovejas y las cabras que pastaban en las laderas del monte Ida, nada había que contemplar. Por lo común, eran los hombres quienes viajaban y las mujeres quienes permanecían en casa. Pero yo estoy aquí, se dijo, lejos, y es mi hermano quien se ha quedado en las laderas de la montaña sagrada. Bueno, ¿por qué no podían ser así las cosas, al menos por una vez?

¿Alcanzaría quizás el rango de heroína en lugar de ser Héctor o Paris quienes cobrasen fama por sus hechos heroicos?

Pero nada sucedía. Los carros traqueteaban lentamente y las amazonas cabalgaban detrás.

Cuando el temprano crepúsculo invernal prolongó las sombras en formas desiguales y cambiantes, las amazonas reunieron sus caballos para acampar, formando un estrecho círculo en torno a los carros. Pentesilea dijo en voz alta lo que todas pensaban.

—Yendo tan protegida la caravana, es posible que no la ataquen; tal vez sólo tengamos un largo y cansado viaje.

—¿No sería eso lo mejor que podría suceder, que nunca nos acometiesen y que la caravana llegase en paz al final de su viaje? —preguntó una de las mujeres—. Entonces esto se resolvería sin lucha...

—No se resolvería en modo alguno —añadió otra—. Sabríamos que ellos continuaban al acecho y que en cuanto se retirase la guardia atacarían de nuevo. Es posible que perdamos aquí todo el invierno. Me gustaría acabar de una vez con esos bandoleros.

—Imandra quiere que aprendan que no deben atacar a las caravanas de Colquis —proclamó con altivez una de las mujeres—. Y esa lección merecerá la pena.

Cocinaron un estofado de carne seca en la hoguera, y se tendieron en círculo en torno de los carros. Muchas de las mujeres, notó Casandra, invitaban a los hombres de los carros a que acudiesen a sus mantas. Se sentía muy sola, pero no se le ocurrió imitarlas. Percibió cómo poco a poco el campamento se sumía en el silencio hasta que ya no se oyó más que el continuo sonido del viento sobre la planicie. Todos dormían.

Daba la impresión de que el día se sucedía a sí mismo una y otra vez. Avanzaban como orugas geómetras contrayéndose sobre una hoja, al ritmo de los pesados carros; y Casandra, mirando hacia atrás sobre la vasta llanura, pensó que, con un buen caballo, podría recorrerse la distancia que las separaba de las puertas de hierro de la ciudad de Colquis y de las naves de su puerto en una sola jornada.

Había perdido la cuenta de aquellos días tediosos que pasaban llenos de monotonía, en los que no se producían más aventuras que la caída de un fardo de un carro, con la consiguiente detención de toda la columna para que los hombres lo devolvieran a su lugar.

Al undécimo o duodécimo día (no había nada con que marcar el tiempo) vio cómo uno de los fardos se desplazaba lentamente hacia atrás bajo el lienzo embreado que cubría toda la carga. Sabía que hubiera debido adelantarse con su caballo y avisar al jefe de la caravana, o al menos al que conducía el carro para que sujetaran mejor el fardo; pero, cuando cayese, al menos quebraría la uniformidad de la jornada. Contó los pasos hasta que perdiera el equilibrio y se precipitase al suelo.

—No puede decirse que sea una aventura —le comentó a Estrella—. Escoltando la caravana, llegaremos al país de los hititas. ¿No habrá nada más interesante que esto?

—Quien sabe —repuso Estrella, encogiéndose de hombros—. Creo que hemos sido engañadas. Se nos prometieron combates y una buena paga. Y hasta ahora sólo hemos conocido esta aburrida marcha. Al menos en el país de los hititas tendremos algo que ver. He oído que allí nunca llueve; todas sus casas son de adobe, así que si alguna vez lloviera fuerte, las casas, los templos, los palacios y todo lo demás se disolvería, y se derrumbaría el Imperio. Pero aquí hay tan poco en que pensar que me siento tentada a invitar a mi lecho a ese apuesto palafrenero. —¡No lo harás!

—¿No? ¿Por qué? ¿Qué tengo que perder? Excepto que está prohibido para una guerrera —dijo Estrella—. Si tuviese un hijo, habría de pasar cuatro años amamantando al mocoso y lavando pañales en vez de pelear y hacerme un nombre.

Casandra estaba asombrada. Su compañera hablaba muy a la ligera de aquellas cosas.

—¿No te has fijado en cómo me mira? —insistió Estrella—. Es guapo y de constitución fuerte. ¿O es que piensas ser una de esas muchachas que hacen voto de castidad en honor de la Doncella Cazadora?

Casandra no había pensado seriamente en eso. Había dado por supuesto que permanecería al menos varios años con las amazonas, que consideraban la castidad como algo normal.

—¿Pero toda tu vida, Casandra? ¿Vivir sola? Eso bien puede estar para una diosa, capaz de tener a cualquier hombre cuando quiera —volvió a insistir Estrella—, pero se dice que

incluso la Doncella mira desde los cielos de vez en cuando y elige a un joven apuesto para compartir su lecho.

—Yo no lo creo —contestó Casandra—. Me parece que los hombres gustan de inventar tales cosas porque no les agrada pensar que una mujer pueda resistírseles; no quieren imaginar ni aun que una diosa pueda optar por la castidad.

—Bueno, pues a mí me parece que tienen razón —declaró Estrella—. Yacer con un hombre es lo que toda mujer desea, sólo que nosotras no nos vemos obligadas a permanecer con un hombre, ni a cuidar de su casa ni a vivir pendientes de sus deseos. Pero sin los hombres no tendríamos hijos. Estoy ansiosa por escoger el primero y, a pesar de todo lo que digas, tengo la seguridad de que no eres diferente de nosotras.

Casandra recordó al tosco pastor que intentó violarla y se sintió mal. Al menos aquí, entre las amazonas, nadie la apremiaría a que se entregase a cualquier hombre a no ser que ella lo decidiera por sí misma. Y no podía imaginar por qué una mujer se decidiría a semejante cosa.

—Para ti es distinto —añadió Estrella—. Eres una princesa de Troya y tu padre dispondrá tu matrimonio con el hombre que quieras: un rey, un príncipe o un héroe. No existe nada semejante en mi futuro.

—Pero si deseas un hombre —dijo Casandra—, ¿por qué cabalgas con las amazonas?

—No pude elegir —le explicó Estrella—. No soy amazona por mi gusto sino porque lo fue mi madre y porque, antes que ella, la madre de mi madre optó por esta vida.

—No puedo concebir vida mejor que ésta —afirmó Casandra.

—Entonces eres muy corta de imaginación —dijo Estrella—. Casi cualquier otra vida que yo pueda imaginar sería mejor que ésta. Prefiero ser una guerrera a ser una aldeana con la pierna quebrada, pero preferiría vivir en una ciudad como Colquis y elegir un marido a ser una guerrera.

Aquél no era el género de vida que Casandra deseaba, y no encontró nada que decir. Tornó a observar el movimiento de los pesados fardos de los carros. Cabalgaba medio dormida en su silla cuando un fuerte grito la hizo estremecerse y el carretero cayó de repente sobre el camino con el cuello atravesado por una flecha.

Pentesilea alertó a sus mujeres y Casandra se desciñó rápidamente el arco, dispuso una flecha y la lanzó contra el más próximo de los hombres harapientos que, de repente, habían invadido la planicie como si hubieran brotado igual que dientes de dragón[1] de la arena. La flecha alcanzó certeramente su blanco y el hombre que más se había aproximado al carretero se desplomó aullando. En el mismo momento, la pesada carga rechinó y se precipitó al sendero pedregoso, aplastando a uno de los atacantes que trataba de subir al carro. El hombre y los lingotes rodaron cuesta abajo. Una de las guerreras desmontó y corrió tras él hasta que logró traspasarlo con su jabalina.

Otro de los asaltantes se aferró a la guarnición de la silla de Casandra y tiró de una de sus piernas. Trató de desembarazarse de una patada pero él, a pesar de eso, consiguió desmontarla. La muchacha pugnó entonces por desenvainar su daga.

Le asestó una cuchillada de abajo a arriba y el hombre cayó sobre ella, sangrando por la boca. Luego le atacó con la jabalina y el enemigo se derrumbó sin vida sobre ella. Mientras se esforzaba por librarse de su peso le llegó una jabalina dirigida a su cuello; levantó la daga para desviarla y sintió un dolor agudo en la mejilla.

La mano de un hombre aferró su codo. Ella lo impulsó hacia atrás con fuerza, contra la boca de su atacante; y recibió en su propia cara un chorro de sangre y un diente. De soslayo pudo ver a muchos hombres que se apoderaban de los fardos de lingotes y los lanzaban al camino. Oyó los gritos de Estrella en alguna parte y el siseo de las flechas lanzadas. Por

doquier resonaba el estridente grito de guerra de las amazonas. Casandra lanzó su jabalina y el hombre que la había atacado cayó muerto al suelo. Tiró del arma para recobrarla y la sacó llena de sangre. A toda prisa empuñó de nuevo el arco y empezó a asaetear a los bandidos,

1. Se refiere a una planta silvestre. (N. del T.)

pero el temor a herir a alguna de sus compañeras acompañaba a cada flecha que lanzaba.

Después acabó todo. Pentesilea corrió hacia el carro, llamando a las mujeres para que se le acercasen. Casandra se apresuró a recobrar su yegua que, para su sorpresa, había resultado indemne pese a las nubes de flechas. El carretero yacía cadáver en el suelo, tendido boca arriba. Estrella estaba medio aplastada bajo su caballo derribado; media docena de las flechas de aquellos hombres habían acabado con la vida del animal. Espantada, Casandra se esforzó en alzar el cuerpo del caballo para liberar a su amiga. Estrella permaneció inmóvil, con la túnica desgarrada, con la parte posterior de la cabeza en un charco de sangre y los ojos muy abiertos y fijos.

Quería un combate, pensó Casandra. Pues bien, ya lo ha tenido. Se inclinó sobre su amiga y cerró sus ojos con suavidad. Entonces reparó en el estado de su mejilla herida. La sangre goteaba de la piel y de la carne rasgadas.

La reina de las amazonas acudió a su lado y se inclinó sobre el cuerpo de Estrella.

—Era demasiado joven para morir —declaró tiernamente la reina de las amazonas—. Pero peleó con bravura. De poco le servirá eso ahora a Estrella, pensó Casandra. Pentesilea la miró directamente a la cara. —Pero estás herida, niña, deja que te cure —le dijo. —No es nada. No me duele —contestó ella, con voz apagada.

—Ya te dolerá —aseguró su tía.

Y la condujo hasta uno de los carros en donde Elaria lavó con vino la mejilla desgarrada y le aplicó después aceite de oliva.

—Ahora eres en verdad una guerrera —afirmó Elaria. Casandra recordó que dijo más o menos lo mismo la noche en que mató al hombre que trató de violarla, pero supuso que el auténtico combate era lo que la convertía realmente en una guerrera. Se sintió orgullosa de su herida, de la marca de su primer combate.

Pentesilea, con la cara manchada de sangre, se inclinó sobre la herida ya limpia y frunció el entrecejo.

—Véndala con cuidado, Elaria, porque de otro modo le quedará una horrible cicatriz y hay que evitarlo a cualquier precio.

—¿Qué importancia tiene eso? —preguntó Casandra débilmente—. La mayoría de las amazonas muestran cicatrices.

La propia Pentesilea tenía un tajo en su mentón del que goteaba sangre. Casandra tocó su mejilla con cuidado.

—Cuando esté curada, apenas se notará. ¿A qué viene tanta preocupación?

—Pareces olvidar, Casandra, que tú no eres una amazona.

—Mi madre fue guerrera —protestó Casandra—. Ella comprenderá lo que es una honrosa cicatriz de guerra.

—Ella ya no es una guerrera —le indicó Pentesilea—. Hace largo tiempo que decidió ser lo que ahora es, que optó por vivir con tu padre, atender a su casa y tener hijos. Así que si tu padre se irrita, y se irritará, créeme, si te devolvemos con tu belleza menguada, tu madre se sentirá muy angustiada. Y su buena voluntad resulta muy valiosa para nosotras. Regresarás a Troya cuando nos dirijamos al Sur en primavera.

—¡No! —protestó Casandra—. Sólo ahora empiezo a ser de alguna utilidad para la tribu en vez de representar una carga. ¿Por qué tengo que volver a ser un ratón casero —pronunció esas palabras desdeñosamente— cuando me he demostrado a mí misma que valgo para luchar?

—Piénsalo, Casandra y sabrás por qué has de irte —le dijo Pentesilea—. Te has convertido en una guerrera, y eso estaría bien si fueses a pasar el resto de tu vida con nosotras. Yo te acogería de buen grado en nuestra tribu, como a una verdadera guerrera y a una verdadera hija. Pero no puede ser. Más pronto o más tarde has de retornar a tu vida en Troya; y por tanto, en beneficio tuyo, será mejor que lo hagas pronto. Has alcanzado edad suficiente para casarte. Es posible que tu padre ya te haya escogido esposo. Yo no debo enviarte cambiada hasta el punto de que no puedas evitar sentirte desgraciada durante toda tu vida si tienes que pasarla entre las murallas de una ciudad.

Casandra sabía que aquello era cierto, pero le parecía que la castigaban por haberse convertido en una de ellas. —No te quedes tan triste, Ojos Brillantes; no voy a devolverte mañana —le dijo su tía, atrayéndola contra su pecho y acariciando sus cabellos—. Permanecerás a nuestro lado al menos una luna más, quizá dos, y regresarás con nosotras a Colquis. No he olvidado la promesa que te hice. La diosa te ha llamado a su servicio, puso su mano sobre ti como sacerdotisa suya; en cualquier caso, no podríamos reclamarte como guerrera nuestra. Antes de que te alejes de nosotras, haremos que seas presentada a Ella.

Casandra aún se sentía burlada; se había esforzado mucho y derrochado valor para conseguir ser aceptada como guerrera amazona, y habían sido ese mismo esfuerzo y ese mismo valor en el combate los que le habían privado del ansiado objetivo.

Estaban poniendo orden en el escenario del combate. Se llevaron los cadáveres de las amazonas para incinerarlos. Además de Estrella habían muerto dos mujeres asaeteadas y una aplastada bajo un caballo al caer. Pentesilea retuvo con suavidad a Casandra cuando ésta intentó ponerse en pie.

—Descansa, estás herida.

—¿Descansar? ¿Qué están haciendo las demás guerreras, heridas o no? ¿Es que no puedo desempeñar el papel de guerrera al menos mientras aún siga entre vosotras? Pentesilea suspiró.

—Como quieras. Tienes derecho a contemplar a los que has enviado al Señor del Otro Mundo.

Rozó con ternura la mejilla herida de la muchacha. Diosa, Madre de las Yeguas, Señora que decide nuestros destinos, pensó, ¿Por qué no enviaste a mi vientre a ésta, a la verdadera hija de mi corazón, en vez de destinarla al de mi hermana, que ha decidido entregarla a la dominación de un hombre? Allí no conocerá la felicidad, y ante ella sólo veo negrura; negrura y la sombra del destino de otro.

Su corazón suspiraba por Casandra como jamás había suspirado por sus propias hijas. Sin embargo comprendía que la hija de Hécuba debía seguir su propio rumbo, que ella no podía cambiarlo y que la Diosa Sombría había puesto su mano sobre la muchacha.

No hay mujer alguna que pueda escapar á su destino, pensó, y es locura tratar de privara la Madre Tierra del sacrificio por ella decidido. Sin embargo, por amor a Casandra, preferiría enviarla a servir abajo a la Madre Tierra que sentenciarla a servir a la Sombría aquí, en tierras mortales.

Casandra contempló sin rastro visible de emoción cómo eran entregadas a las llamas sus compañeras. Luego cuando acamparon aquella noche, y por la insistencia de Pentesilea y Elaria, extendió sus mantas entre ambas.

En su mente se filtró la idea de que se había tomado una decisión sin consultarla. Ahora que lo peor del peligro había pasado, parecían recordar de repente que era una princesa de Troya y que debía ser cuidadosamente protegida. Pero no era ni más ni menos princesa de lo que había sido dos o tres días antes.

Echaba de menos a Estrella, aunque suponía que no habían sido amigas en realidad. Pero en ella yacía un horror soterrado ante el pensamiento de que cada una de las noches del viaje había extendido sus mantas junto a las de la muchacha cuyo cuerpo se había convertido en cenizas tras ser destrozado por los golpes y traspasado por las flechas.

Con un poco menos de suerte y un adversario más diestro, la jabalina que desgarró su mejilla habría atravesado su garganta y su cuerpo hubiera ardido en la pira, aquella noche. Se sentía vagamente culpable y era demasiado nueva en el mundo de la guerra para saber que cada una de las mujeres tendidas a su alrededor compartían sus sentimientos de culpabilidad e inquietud por estar vivas.

Pentesilea había dicho que la diosa había puesto su mano sobre ella como si eso fuera algo normal, y empezó a preguntarse si habría quedado con vida porque la diosa la reservaba para una misión.

Su mejilla desgarrada le escocía con enloquecedora ferocidad, y cuando se llevó la mano a ella para tratar de aliviar la sensación, rascándose o frotándose, un agudo dolor se lo impidió. Removió el manto colocado bajo su cabeza y trató de hallar una postura cómoda para dormir. ¿Qué diosa había puesto la mano sobre ella? Pentesilea le dijo una vez, distraídamente, que todas las diosas eran la misma, aunque cada aldea y cada tribu la designaran con nombres distintos. Eran numerosas: Señora de la Luna, cuyos vaivenes y cambiantes ritmos imponían su apremio sobre cada ser femenino; Madre de las Yeguas, a quien invocaba Pentesilea; la Doncella Cazadora, que protegía a las vírgenes a quienes disparaban con el arco, guardiana de los guerreros; Madre Sombría de Ultratumba; Madre Serpiente del Más Allá... pero ella, pensó Casandra, más confusa a medida que el sueño empezaba a enturbiar su mente, había sido herida por las flechas de Apolo...

Como le sucedía a menudo antes de dormirse, su espíritu percibió el contacto familiar de los pensamientos de su hermano gemelo. Le llegó un soplo de viento de su tierra y por sus sentidos cruzó el aroma a tomillo del monte Ida. La envolvió la oscuridad de una choza de pastor en la que su propio cuerpo jamás había estado. Se preguntó qué le habría parecido la batalla, si la habría considerado como algo normal. No, porque ahora ella, una mujer, lo superaba en experiencia bélica. Advirtió muy próxima la oscura silueta durmiente que reconoció, o sintió, como Enone, la mujer que durante tanto tiempo había sido el centro de sus fantasías, o de las de él. En los últimos meses había logrado acostumbrarse a esa curiosa división de sí misma y de su gemelo hasta no estar segura de cuales eran sus emociones y sensaciones y cuáles las de Paris. ¿Dormía y soñaba ella, o él?

La luz de la luna destacó en el oscuro umbral de la choza una figura femenina que resplandecía tenuemente. Casandra supo que estaba contemplando la imagen de la Señora, una reina majestuosa y deslumbrante; pero el resplandor se desplazó y la luz fluyó entonces del arco de plata cuyas flechas de luz de luna inundaron la estancia.

Era una luz que parecía traspasar el cuerpo de Casandra, o el de él, correr por sus venas y envolverla como si fuese una red, atrayéndola hacia la figura del umbral. Le pareció hallarse de pie ante la Señora y una voz dijo tras su hombro izquierdo:

—Paris, te has mostrado como un juez justo y honesto —Casandra vio por un instante el toro al que Paris otorgó el galardón en la feria—. Juzgarás pues ahora cuál es la más bella entre las diosas.

La contestación de Paris brotó como surgida de los propios labios de Casandra.

—Verdaderamente, la Señora es la más hermosa en todas sus apariencias.

Una risa juvenil resonó junto a su hombro.

—¿Y puedes adorarla con perfecta ecuanimidad en todas las diosas, sin otorgar preferencias a una sobre las otras? ¡Hasta el Padre de los cielos rehuye una imparcialidad tan difícil!

En las manos de Paris cayó algo terso, frío y muy pesado, y una luz dorada brilló sobre su rostro.

—Toma esta manzana y ofrécesela a la diosa más hermosa.

La silueta de la puerta cambió un poco. La luna llena la coronó con un halo y sus vestiduras brillaron como si fueran de mármol pulido. Allí estaba la Reina del Padre de los cielos, Hera, señorial y majestuosa, arraigada en la tierra pero reinando sobre ella.

—Sírveme, Paris, y serás grande. Regirás todos los países conocidos y tuyas serán las riquezas del mundo.

Casandra sintió que Paris inclinaba la cabeza.

—Verdaderamente eres hermosa, Señora, y muy poderosa.

Pero la manzana aún siguió pesando en su mano. Casandra alzó los ojos con cautela, temiendo la ira de la diosa; pero entonces la luna pareció brillar a través de una dorada neblina, centelleando en el casco y en el escudo que la Señora portaba. La luz dorada irradiaba también de ella e incluso la lechuza que estaba sobre su hombro derecho relucía con el reflejo de su gloria.

—Poseerás una gran sabiduría, Paris —declaró Atenea—. Sabes que no puedes gobernar el mundo si antes no logras gobernarte a ti mismo. Te entregaré el autoconocimiento como base de todos los demás saberes. Aprenderás a vivir y a lograr la victoria en todas las batallas.

—Gracias, Señora, pero soy un pastor y no un guerrero. Y aquí no hay guerra. ¿Quién se atrevería a desafiar el poder del rey Príamo?

Casandra creyó percibir una mirada de desdén en el rostro de la Señora, pero luego ésta se acercó tanto a Casandra que hubiera podido tocarla con sólo extender la mano. Su escudo y su casco habían desaparecido, al igual que sus pálidas vestiduras, y la luz brotaba de su cuerpo perfecto. Paris se protegió los ojos con la mano que aún sostenía la manzana.

—Radiante Señora —murmuró.

—Hay otras batallas que un pastor puede ganar con facilidad. ¿Y qué victoria existiría sin el amor y sin una mujer con quien compartirla? Eres hermoso, Paris, y complaces a todos los sentidos.

El aliento de la diosa alcanzó su mejilla y se sintió aturdido como si toda la montaña girase en torno de él. El aire que lo envolvía era tibio. Relucía inmerso en el dorado resplandor de la Señora.

—Eres un hombre con el que cualquier mujer se enorgullecería de casarse, hasta una mujer como Helena de Esparta, la más bella en el mundo —continuó la diosa.

—En verdad, Señora, no existe mujer mortal que comparársete pueda.

Paris miró a los ojos de Afrodita y Casandra tuvo la extraña sensación de que ella y él se fundían, arrastrados por la marea de luz que brotaba de los ojos de la diosa del amor.

—Pero Helena no es del todo una mortal; es hija de Zeus y su madre fue lo bastante hermosa para atraerlo. Es casi tan bella como yo y, por añadidura, dueña de Esparta. Todos los hombres la desean. Todos los reyes, entre los argivos, solicitaron su mano. Eligió a Menelao, pero te aseguro que bastaría con que te dirigiera una sola mirada para que olvidase tal elección. Porque eres hermoso, y la belleza atrae hacia sí.

Casandra pensó en Enone, tendida y hechizada junto a Paris. ¿Qué es lo que él desea de una mujer hermosa? Ya tiene una a su merced. Mas Paris no parecía consciente de la presencia de Enone. La manzana apenas pesaba en su mano cuando se la entregó a la diosa Afrodita y el resplandor dorado brilló como si lo consumiese.

La luz del sol tocó sus ojos cuando Elaria apartó la cortina de la entrada de la tienda.

—¿Cómo te encuentras esta mañana, Ojos Brillantes?

Casandra se estiró levemente, entornando los ojos ante la luz, que no era más que la producida por el sol, sin comparación con el intenso resplandor lunar de las flechas de la diosa. ¿Había sido una visión o sólo un sueño? Y de haber sido sueño, ¿fue suyo o de su hermano? Tres diosas, pero ninguna la Doncella Cazadora. ¿Por qué?

Tal vez a Paris no le interesan las doncellas, pensó con ligereza. Mas tampoco había percibido rastro alguno de la Madre Tierra. ¿Era la Madre Tierra idéntica a Hera? No, porque la Madre Tierra era diosa por derecho propio, no por haberse desposado con un dios, y todas aquellas diosas se definían como esposas o hijas del Padre de los cielos. ¿Eran pues semejantes a las diosas de Troya?

No, no podían serlo, ¿por qué iba a aceptar una diosa ser juzgada por un hombre... o incluso por un dios?

Ninguna de esas diosas es la diosa tal como yo la conozco, la Doncella, la Madre Tierra, la Madre Serpiente. Ni siquiera la Madre de las Yeguas de Pentesilea. Quizás en un país regido por los dioses de los cielos sólo se concebía a las diosas como sirvientes divinas. Aquella idea la dejó aún más perpleja.

No pudo haber sido un sueño mío porque, de haber soñado yo con diosas, habría sido con aquellas a las que adoro y honro. He oído hablar de esas diosas. Mi madre me habló de Atenea y de sus dones de olivas y uvas, pero ésas no son las mías ni tampoco las de las amazonas.

—Casandra, ¿aún sigues durmiendo? —le preguntó Elaria—. Tenemos que regresar a Colquis, y Pentesilea ha preguntado por ti.

—Ya voy —contestó Casandra, poniéndose los calzones.

Cuando estuvo de pie, la tensión del sueño, o de la visión, pareció esfumarse hasta que en su memoria quedó sólo el extraño recuerdo de las diosas extrañas.

La visión ha sido de mi hermano, no mía.

—Di a mi tía que iré —dijo Casandra—. Pero deja que me peine.

—Te ayudaré —le pidió Elaria, arrodillándose junto a ella—. ¿Te duele la cabeza? Se te ha caído el vendaje. Bueno, no te quedará cicatriz; la herida está cerrando muy bien. La diosa ha sido generosa contigo.

Casandra se preguntó: ¿qué diosa?, pero no lo dijo en voz alta. Pocos minutos después, estaba sobre su silla. Cuando emprendieron el largo camino de regreso a Colquis, Casandra vio ante ella, bajo la intensa luz del sol, los rostros y las figuras de las diosas. Pero, ¿qué desean de mi hermano o de mí esas diosas de los aqueos? ¿O qué desean de Troya?

Cabalgando a su paso, libres ya de la traqueteante lentitud de los carros que transportaban el estaño, Pentesilea, Casandra, y las demás que volvían a Colquis dejaron que la caravana prosiguiera su camino hacia el lejano país de los hititas. A Casandra le dolía la cara, y el movimiento de su montura aumentaba su malestar. Se preguntó cuál sería la suerte de las guerreras que continuaban la ruta, y casi deseó haberlas acompañado hacia la desconocida comarca, aunque sólo fuese para compartir con ellas el combate o incluso la muerte. Pero, pensó, no debo quejarme. He viajado lejos de mi hogar más que cualquier otra mujer de Troya, mucho más que mis hermanos y hasta que el propio Príamo.

Cuando emprendieron el regreso a la ciudad, Pentesilea pareció despreocuparse de la posibilidad de que fuesen atacadas. Tal vez no valiera la pena acometer a las amazonas sin el metal que protegían. Casandra se preguntó quien se encargaría de proteger a la siguiente caravana cuando se habían necesitado tantas amazonas para que escoltaran aquélla. Pero sabía que ese asunto no le incumbía.

Ahora que reflexionaba al respecto, advirtió que deseaba conocer mejor la ciudad de Colquis, y el oráculo le había ordenado a Pentesilea que se quedara allí durante algún tiempo. Todo lo que le restaba por hacer era aguardar su regreso a Troya. Entonces comprendió a lo que se refirió su tía cuando le dijo que tendría que volver antes de que resultase penoso llevar la vida habitual de una mujer de Troya. Pero, pensó Casandra, ya es demasiado tarde para eso. Enloqueceré, aprisionada entre las paredes de una casa durante el resto de mi vida.

Luego recordó su visión de las diosas y de su hermano. Con tal don, dispondría siempre de un medio para alejarse de su entorno inmediato y, en consecuencia, sería más afortunada que otras muchas mujeres.

Pero ¿podría sustituir eso a un desplazamiento real? ¿Constituiría simplemente una burla el hecho de que su mente, a diferencia de su cuerpo, fuese capaz?, de escapar de los muros que la aprisionaban?

Sintió deseos de hablar detenidamente sobre esa cuestión con su madre, que había conocido las dos vidas y podía entenderla. Mas ¿estaría dispuesta a hablar de aquello con entera libertad tras haber elegido de una manera irrevocable? ¿Qué era lo que había conseguido su madre a cambio de todo a lo que había renunciado? ¿Volvería a elegir del mismo modo?

Casandra era consciente de que no tendría nunca semejante oportunidad. Para Hécuba era importante parecer poderosa, y nunca admitiría ante Casandra, ni ante nadie, que hubiera errado al elegir.

¿Con qué otra persona podría hablar? ¿Había allí alguien a quien confiar su confusión y. su angustia? No era capaz de pensar en nadie. Resultaba improbable que Pentesilea se prestara a hablar de eso con ella. Casandra estaba segura del cariño de su tía, pero también de que la consideraba una niña, no una igual con la que pudiera expresarse libremente.

Aunque cabalgaban a la mayor velocidad que podían proporcionarles sus monturas, el viaje a Colquis parecía interminable. Al final del primer día llegaron a divisar las altas murallas de la ciudad de puertas férreas, pero aún les quedaba un largo trecho, varios días sobre la silla desde las primeras luces sin más parada que una breve al mediodía para comer el habitual queso, o la cuajada. Al menos aquello era mejor que el hambre sufrida en los pastizales del Sur. Al ocaso del tercer o cuarto día pasaron las fatigadas amazonas bajo las grandes puertas junto a las torres. Lanzaron vítores a los que Casandra trató de unirse, pero al abrir la boca para gritar, sintió el dolor de su herida vendada. Había refrescado y amenazaba lluvia.

Junto a las murallas las aguardaba una mensajera que habló a Pentesilea. Después, ésta llamó a Casandra.

—Tú y yo hemos de ir a palacio, y el resto reunirse con las demás en el campamento.

Casandra se preguntó qué querría de ellas la reina. Trotaron lentamente por las calles empedradas con guijarros, entregaron sus caballos a las puertas del palacio y fueron conducidas ante la presencia real por las mujeres de la reina Imandra.

Las aguardaba en la misma estancia donde las recibió la primera vez. A su lado, recostada sobre una alfombra, había una muchacha de oscuros cabellos, peinados en tirabuzones.

—Te has comportado bien —declaró Imandra, indicándoles que se acercaran; tomó la mano de Pentesilea y puso en su palma un brazalete de hojas de oro labradas, con incrustaciones de nefrita. Casandra jamás había visto nada tan bello.

—No te retendré mucho tiempo —dijo la reina—. Tras tu largo viaje, estarás deseando tomar un baño y cenar. Pero quiero hablar contigo un rato.

—Me complace, prima —repuso Pentesilea.

—Andrómaca —dijo la reina Imandra, volviéndose hacia la muchacha que se hallaba junto a ella—, ésta es tu prima Casandra, hija de Hécuba de Troya. Es la hermana de Héctor, el hombre con quien estás prometida.

La muchacha morena se incorporó hasta sentarse, apartando de su rostro sus largos rizos.

—¿Eres hermana de Héctor? —preguntó, con interés—. Háblame de él. ¿Cómo es?

—Es un pendenciero —contestó Casandra, de inmediato—. Tendrás que mostrarte muy firme con él si no quieres que te trate como a una estera y te pisotee hasta convertirte en un ser tímido y humilde que se limite a asentir perpetuamente a todo lo que diga, como hace mi madre con mi padre.

—Mas eso es lo justo entre marido y mujer —afirmó Andrómaca—. ¿De qué otro modo debe precederse con un hombre?

—Será inútil cuanto le digas, Casandra —intervino la reina Imandra—. Debería haber sido hija de una de tus mujeres de la ciudad. Pretendí que se adiestrara como guerrera, como puedes deducir del nombre que le puse.

—Casandra no entiende el significado del nombre —dijo Pentesilea—. No habla más lengua que la suya propia.

—Es horrible —le explicó Andrómaca—. Mi nombre significa Quien pelea como un hombre ¿Y quién querría pelear como un hombre?

—Yo —respondió Pentesilea—, y además lo hago.

—No quiero ser descortés contigo, tía —dijo Andrómaca—, pero a mí no me gusta pelear en manera alguna. Mi madre no me ha perdonado que no naciera guerrera como

ella, para aportarle todo género de honores con las armas.

—Condenada muchacha —se lamentó Imandra—. Jamás quiso tener nada que ver con armas. Es perezosa y pueril; sólo quiere vivir bajo techado y lucir bonitos vestidos. Y su mente rebosa ya de hombres. Cuando yo tenía su edad apenas sabía de más hombres que mi maestro de armas y sólo quería que se sintiera orgulloso de mí. Cometí el error de dejar que fuese educada por mujeres y en palacio. Debería habértela entregado, Pentesilea, tan pronto como fue capaz de sostenerse sobre un caballo. ¿Qué clase de reina será para Colquis, si sólo le interesa casarse? ¿Y de qué sirve eso?

—¡Oh, madre! —exclamó Andrómaca, irritada—. Tienes que aceptar que no soy como tú. Oyéndote hablar, cualquiera pensaría que en la vida no hay nada más que la guerra, las armas y el gobierno de tu ciudad y, más allá de eso, comercio y naves lejos de las fronteras de tu mundo.

Imandra sonrió y declaró:

—Yo no he hallado nada mejor. ¿Y tú?

—¿Qué me dices del amor? —preguntó Andrómaca—. He oído hablar a mujeres, auténticas mujeres que no pretenden ser guerreras...

Imandra cortó sus palabras, inclinándose y abofeteándola.

—¿Cómo te atreves a decir que «no pretenden» ser guerreras? ¡Yo soy una guerrera y no por eso menos mujer!

Andrómaca sonrió malignamente cuando se llevó una mano a la enrojecida mejilla.

—Los hombres afirman que las mujeres que empuñan las armas y pretenden usarlas, lo hacen porque son incapaces de hilar, de tejer, de hacer tapices y de parir hijos...

—Yo no te encontré debajo de un olivo —la interrumpió Imandra.

—¿Y en dónde está mi padre para corroborarlo? —preguntó la muchacha, con descaro.

Imandra volvió a sonreír.

—¿Qué dicen al respecto nuestras invitadas? Casandra, tú has vivido de ambos modos...

—Por el cíngulo de la Doncella —dijo Casandra—, preferiría ser guerrera a esposa.

—Eso me parece una locura —afirmó Andrómaca—, porque no significó la felicidad para mi madre.

—No me cambiaría por mujer alguna, casada o soltera, de las costas de este mar —dijo Imandra—. Y no sé qué entiendes por felicidad. ¿Quién metió en tu cabeza esas ideas sentimentales?

Pentesilea intervino en la discusión por primera vez.

—Déjala en paz, Imandra. Ya que has decidido que se case, adecuado es que se contente con tal estado. A su edad, una muchacha no sabe lo que quiere ni por qué; sucede también entre las nuestras.

Casandra examinó a la joven de piel suave y mejillas rosadas que tenía a su lado.

—Creo que resultas perfecta tal como eres. Me sería difícil imaginarte de otro modo.

Andrómaca alzó su mano hacia la mejilla vendada de Casandra.

—¿Cómo te lo hiciste, prima?

—No tiene importancia —respondió Casandra—, sólo es un simple rasguño.

Y ante la suave mirada de Andrómaca sintió que en verdad carecía de importancia, un incidente trivial indigno de mención.

Imandra se inclinó hacia adelante y, al hacer ese gesto, Casandra percibió la pequeña cabeza cuadrangular que asomaba de su corpiño. Extendió la mano.

—¿Puedo? —preguntó, en tono suplicante, y la serpiente se deslizó hasta enroscarse en su muñeca. Imandra guió a la serpiente hasta la mano de Casandra.

—¿Te hablará?

Andrómaca la observó, ceñuda.

—¡Uf! ¿Cómo puedes tocar esas cosas? Me horrorizan.

Casandra acercó confiadamente el reptil a su mejilla.

—Qué tontería —dijo—. No me morderá; y aunque me mordiese, no me haría mucho daño.

—No es por miedo a que muerda —explicó Andrómaca—. No está bien, no es normal, la carencia de temor hacia las serpientes. Incluso un mono que hubiese pasado toda su vida en una jaula, sin haber visto jamás una serpiente viva, gritaría y temblaría si le arrojaras un trozo de cuerda, al tomarla por una serpiente. Y creo que la naturaleza humana rechaza a las serpientes.

—Bueno, quizás. Entonces será que no soy normal —le contestó Casandra.

Acercó la cabeza a la serpiente, murmurándole.

—No todo el mundo puede lograr eso, Casandra —dijo Imandra, con amabilidad—. Sólo lo consiguen quienes, como tú, han nacido ligados a los dioses.

—No lo comprendo —dijo Casandra, sintiéndose de malhumor e inclinada a contradecir cualquier cosa que le dijeran.

Acarició la serpiente y añadió:

—La otra noche soñé con las diosas, o quizá tuve una visión. Pero la Madre Serpiente no estaba entre ellas.

—¿Soñaste? Cuéntamelo —dijo Imandra.

Casandra dudó. En parte porque consideraba que revelar su sueño podía debilitar su magia, puesto que tal vez le había sido enviado como un secreto sagrado, no destinado a nadie más. Dirigió una mirada suplicante a Pentesilea porque tampoco quería ofender a la reina que tan generosa se había mostrado con ellas.

—Te aconsejo que se lo cuentes, Casandra —manifestó la reina de las amazonas—. Es una sacerdotisa de la Madre Tierra y quizá pueda explicarte lo que significa para tu destino.

Así animada, Casandra empezó a narrar minuciosamente su visión hasta concluir con la confusión que le causó ver que entre las diosas no aparecían la Doncella, la Madre Tierra y la Madre Serpiente. Imandra escuchó con atención, incluso cuando Casandra, momentáneamente dominada por el recuerdo, dejó que su voz se transformase en un murmullo.

Cuando terminó, Imandra le preguntó, con voz calmada:

—¿Fue ese tu primer encuentro con cualquiera de los inmortales?

—No, Señora; he visto a la Diosa Madre de Troya hablar por boca de mi madre, aunque entonces era muy pequeña. Y una vez... —tragó saliva, inclinó la cabeza y se esforzó por afirmar su voz, sabiendo que de otro modo rompería en sollozos sin saber por qué —... una vez, en su propio templo... Apolo me habló.

Los dedos de Imandra acariciaron su pelo.

—Es lo que pensé la primera vez que hablé contigo; estás llamada a ser sacerdotisa. ¿Sabes lo que eso significa?

Casandra negó con la cabeza y trató de imaginarlo.

—¿Qué debo vivir en el templo y ocuparme de los oráculos y de los ritos?

—No, no es tan sencillo, niña —dijo Imandra—. Significa que debes hallarte entre los hombres y los inmortales para servir de mediadora... No es ésa la vida que yo habría escogido para mi hija.

—¿Pero por qué he sido elegida?

—Pequeña, sólo los que te llamaron conocen la respuesta a esa pregunta —dijo Imandra, añadiendo cariñosamente—: En algunos de nosotros ponen su mano de un modo inconfundible. No nos explican sus motivos. Pero, si tratamos de esquivar su voluntad, tienen medios para obligarnos a servirlos, no lo olvides... Nadie trata de ser elegido; son los dioses quienes nos escogen, no nosotros a ellos.

Sin embargo, pensó Casandra, creo que yo habría escogido este servicio. Al menos no lo acepto contra mi voluntad. La serpiente pareció haberse dormido, enroscada en su brazo. Imandra se inclinó hacia adelante y la recogió, sin despertarla, deslizándola por su vestido como si fuese parte de él.

—Cuando la próxima luna brille en su plenitud, la verás —declaró.

Y Casandra lo tomó como un augurio.

—Sé tan poco de lo que significa ser sacerdotisa —dijo Casandra—. ¿Qué debo hacer?

—Si la diosa te ha llamado, te lo explicará —afirmó Pentesilea—. Y si no te ha llamado, será inútil que te esfuerces en saber. —Golpeó cariñosamente a Casandra en la cabeza. Has de procurarte una serpiente y una vasija para guardarla.

—Preferiría tenerla bajo el vestido, como hace la reina.

—Eso está bien —dijo Pentesilea—, pero cualquier animal debe tener un lugar que considere propio, como refugio suyo.

Casandra lo entendió y, en consecuencia, se dirigió al mercado con su tía en busca de una vasija para su serpiente; mañana, se dijo a sí misma, iré al campo para encontrar una. No le pareció conveniente comprarla en el mercado, aunque suponía que podría hablar con quienes las criaban para el templo. Tal vez consiguiese que Imandra le dijera lo que debía saber.

Recorrió los puestos de los cacharreros del mercado y finalmente halló un recipiente de un tono verdiazul, decorado con animales marinos. En un lado, estaba la imagen de una sacerdotisa que ofrendaba una serpiente a una diosa desconocida. A Casandra le pareció que aquella vasija era la indicada para guardar su serpiente, y la compró con el dinero que Pentesilea le había entregado. Había muchas decoradas de forma parecida y se preguntó si todas estarían destinadas al mismo uso.

Después de ponerse el sol y en compañía de Andrómaca, observó desde la terraza del palacio cómo se encendían una tras otra las luces de la ciudad que se extendía a sus pies.

—No puedes presentarte ante la diosa con calzones de amazona —dijo Andrómaca—. Te prestaré un vestido.

—¿Acaso es estúpida la diosa? —preguntó Casandra un poco molesta—. Soy lo que soy. ¿Crees que puedo engañarla por cambiar de indumentaria?

—Tienes razón, desde luego —contestó Andrómaca, conciliadora—. No es que a la diosa le importe; pero algunos fieles podrían verte y, no comprendiéndolo, sentirse escandalizados.

—Ésa es otra cuestión —admitió Casandra—. Entiendo lo que dices. Llevaré un vestido si tienes la amabilidad de prestármelo.

—Pues claro, hermana —dijo Andrómaca, dudó, y añadió como defendiéndose—. Serás mi hermana si me caso con Héctor; y, cuando llegue a Troya, contaré con una amiga en tu extraña ciudad.

—Sí. —Casandra la tomó del brazo y permanecieron inmóviles en la oscuridad—. Pero Troya no es más extraña que tu ciudad.

—Más extraña para mí, sin embargo —afirmó la muchacha—. Estoy acostumbrada a una que está gobernada por una reina. ¿Es cierto que tu madre Hécuba no gobierna la ciudad?

Casandra lanzó una. risita ante la idea de que Hécuba pudiera mandar a su adusto padre.

—No, no gobierna. ¿Tu madre no tiene marido?

—¿De qué le serviría un marido? Dos o tres veces, desde que murió mi padre, tomó un consorte por una temporada y lo despidió cuando se cansó de él. Eso es legítimo para una reina si siente el deseo de un hombre... al menos en nuestra ciudad.

—¿Y sin embargo tú estás dispuesta a casarte con mi hermano y a someterte a él como se hallan sometidas a sus hombres nuestras mujeres?

—Creo que me gustará —declaró Andrómaca, riéndose, y luego gritó— ¡Oh, mira!

Una brillante luz cruzó el cielo y desapareció al instante.

Otra la siguió sin tardanza, y otra más, tan brillantes que por un momento pareció que la tierra se tambaleaba y el cielo se movía. Una tras otra, las estrellas parecían romper sus amarras y caer. Mientras las dos muchachas las contemplaban, Casandra murmuró:

—... allí permaneceréis hasta que caigan las estrellas de la primavera.

En la oscuridad, una sombra se dividió en dos, y aparecieron en la terraza la reina Imandra y Pentesilea.

—Ah, supuse que estaríais aquí. Ocurre como la diosa nos dijo —declaró Pentesilea, observando el resplandor celestial del que parecían caer las estrellas—. Una lluvia de estrellas fugaces.

—Pero, ¿cómo pueden caer las estrellas? ¿Lo harán todas las del cielo? —preguntó Andrómaca—. ¿Y qué sucederá cuando todas hayan desaparecido?

Pentesilea se echó a reír.

—No temas, muchacha. Son numerosos ya los años en que he visto caer las estrellas; siempre quedan muchas en el cielo —dijo.

—Además —agregó Imandra—, no me imagino qué consecuencias podría tener para la tierra, excepto la desaparición de su luz.

—En una ocasión —explicó Pentesilea—, cuando yo era aún muchacha, cabalgaba con mi madre y su tribu por las llanuras que se extienden al norte de aquí, entre las montañas del hierro, y una cayó cerca de nosotras entre un enorme estruendo y un gran resplandor. Buscamos durante toda la noche, guiándonos por el olor a quemado, y al final hallamos una enorme piedra negra, aún enrojecida. Por eso creen muchos que las estrellas son fuego fundido que al enfriarse se torna roca. Mi madre me legó esta espada, que yo vi forjar con el metal del cielo.

—El hierro del cielo es mejor que el hierro arrancado de la tierra —confirmó Imandra—. Quizá porque no pesa sobre él la maldición de la Madre; no ha sido arrebatado a la tierra sino que es don de los dioses.

—Me gustaría encontrar una estrella caída —murmuró Andrómaca—. Son tan bellas...

Su tono era tan anhelante que Casandra le dijo.

—Me gustaría encontrar una para hacerte el regalo que mereces.

—Así que ya podemos regresar a nuestros propios llanos y pastizales; aun no sé por qué la diosa nos envió hasta aquí —comentó Pentesilea.

—Sea cual fuere la razón —dijo Imandra—, fue para fortuna mía. Tal vez la diosa sabía que te necesitaba aquí. Y si algunas de tus mujeres deciden quedarse y adiestrar a las mujeres de mi guardia, serán bien pagadas.

Alzó la vista hacia el cielo por donde se deslizaban todavía las estrellas fugaces, y murmuró:

—Casandra, quizá la diosa envió estas estrellas como augurio de tu viaje hacia ella. No tuve yo presagio semejante cuando la busqué por los campos para ofrecerme a su servicio —añadió casi con envidia.

—¿A dónde he de ir? —preguntó Casandra—. ¿He de viajar sola?

En la oscuridad, Imandra tocó su mano cariñosamente.

—El viaje es del espíritu, sobrina; no necesitarás dar un solo paso. Y aunque tendrás muchas compañeras, cada candidata viaja sola, como sola se halla siempre el alma ante los dioses.

Los ojos de Casandra estaban deslumbrados por las estrellas fugaces y, en el extraño ambiente de aquella noche, le pareció que las palabras de Imandra poseían un significado más hondo del que expresaban?

—Habladme más del metal del cielo —rogó Andrómaca—. ¿No deberíamos empezar a buscar ya que las estrellas están cayendo a nuestro alrededor? Entonces no necesitaríamos sacarlo de la tierra ni enviar naves para que lo traigan de los países septentrionales.

—Los astrólogos de mi corte profetizaron esta lluvia de estrellas y estarán vigilando desde un campo fuera de la ciudad. Tienen caballos veloces. Por tanto, si una estrella cae cerca, saldrán a buscarla. Sería impiedad dejar que un don de los dioses quedase abandonado o cayera en manos de quienes no lo trataran con la debida reverencia —dijo Imandra.

Le pareció a Casandra que habían caído centenares de estrellas pero, cuando miró al cielo, vio tantas como siempre. Tal vez, pensó, caen unas y surgen otras. El espectáculo empezaba a aburrirla y apartó los ojos del cielo, suspirando.

—Deberías acostarte —le aconsejó Pentesilea—. Mañana serás conducida con las otras que buscan a la diosa en su tierra. Y come bastante antes de dormir porque ayunarás durante todo el día.

—Dormirá en mi alcoba esta noche, madre —anunció Andrómaca—. Le he prometido prestarle un vestido para mañana.

—Has tenido una excelente idea —dijo Imandra—. Id entonces a descansar, muchachas, y no perdáis el tiempo en charlas.

—Te lo prometo —contestó Andrómaca.

Por una escalera oscura condujo a Casandra al interior del palacio. Llevó a su prima a sus habitaciones y llamó a una doméstica para que les preparase el baño y les llevara pan, frutas y vino. Tras haberse bañado y cenado, Andrómaca comentó:

—Mira, aún caen estrellas.

—Y sin duda seguirán cayendo durante toda la noche —comentó Casandra—. A no ser que una entre por la ventana, me parece que ya no nos afecta.

—Supongo que no —dijo Andrómaca—. Si cayese una aquí, podrías conseguir una espada como la de Pentesilea. Yo no siento deseo alguno de tener armas.

—Imagino que tampoco yo las necesitaré puesto que, al parecer, seré sacerdotisa y no guerrera —comentó Casandra, suspirando.

—¿Te gustaría guerrear durante toda tu vida, Casandra?

Casandra le contestó, con los dientes apretados:

—No creo que mis preferencias tengan importancia; mi destino ha sido determinado y nadie puede luchar contra su sino, por muchas que sean las armas con que cuente.

Después de que se acostaran una junto a otra en el lecho de Andrómaca y, cuando incluso la luz intermitente de las estrellas fugaces disminuyó al acercarse el alba, Casandra sintió a través de su inquieto sueño que alguien se hallaba de pie en el umbral de la puerta; se incorporó a medias para murmurar una pregunta, pero aun estaba atrapada por el sueño y no emitió sonido alguno. Pero supo que era Pentesilea quien había entrado silenciosamente en la estancia, y que la observó durante largo tiempo a la luz de la luna y luego tendió la mano para tocar sus cabellos un instante, como si la bendijera. Después desapareció, aunque Casandra no la vio salir, y en la alcoba sólo quedó la luz de la luna.

Empezaba a amanecer cuando una mujer entró en la estancia sin llamar y descorrió por completo las cortinas. Andrómaca metió la cabeza bajo las sábanas para protegerse de la intromisión, pero Casandra se sentó en el lecho y la miró. Era una mujer de Colquis, morena y corpulenta, con la d

osis de seguridad en sí misma que tenían las guerreras de Pentesilea. Vestía un largo traje de lino blanquísimo, sin adorno alguno. En torno a su muñeca se enroscaba una pequeña serpiente verde y Casandra supo que se trataba de una sacerdotisa.

—¿Quién eres? —le preguntó Casandra.

—Mi nombre es Evadne y soy una sacerdotisa enviada para prepararte —contestó—. ¿Eres tú o es tu compañera quien ha de presentarse hoy ante la diosa? ¿O sois las dos?

Andrómaca miró un momento por encima de las sábanas y explicó:

—Yo fui iniciada el año pasado; se trata sólo de mi prima.

Volvió a cerrar los ojos, y se dispuso a dormir de nuevo. Evadne le sonrió a Casandra y luego volvió a su seriedad.

—Verás —dijo—. Todas las mujeres deben servicio a los inmortales, como también todos los hombres. ¿Pretendes servirles cuando te lo pidan o dedicarles toda tu vida?

—Estoy dispuesta a consagrar toda mi vida a ese servicio —afirmó Casandra—, pero ignoro qué exigirá de mí.

Evadne le tendió el vestido que Andrómaca había dejado sobre un banco.

—Pasemos a la estancia inmediata para no molestar a la princesa —dijo.

Cuando estuvieron allí le preguntó:

—Ahora, dime. ¿Por qué quieres ser sacerdotisa?

Casandra volvió a contar lo que le sucedió en el templo de Apolo, hablando sin reparos por vez primera. Aquella mujer conocía a los inmortales y si algún ser vivo podía entenderla, era ella. Evadne le escuchó sin hacer comentario. Al final del relato sonrió.

—El Señor del Sol es un amo celoso —dijo—. Y creo que te ha llamado. Pero aun así, la Madre es dueña de cada mujer y no puedo negarte el derecho de verla.

—Mi madre me dijo que la Madre Serpiente y el Señor del Sol son viejos enemigos, Señora. —El término de respeto afloró a sus labios de un modo natural—. Afirmó que Apolo, Señor del Sol, luchó contra la Madre Serpiente y que la mató. ¿Es eso cierto? ¿Seré desleal al Señor del Sol si sirvo a la Madre?

—Ella es la madre de todo lo nacido y, en consecuencia, jamás podrá morir —respondió Evadne, haciendo un gesto de reverencia—. Por lo que al Señor del Sol se refiere, los inmortales se comprenden entre sí y no ven estas cosas de la manera en que las vemos nosotros. La Madre Tierra, según dicen, tuvo primero su templo donde Apolo construyó su oráculo. Afirman que mientras edificaban su templo, surgió del centro de la tierra una gran serpiente o un dragón y el Señor del Sol, o quizá su sacerdote, mató a la bestia con sus flechas. En consecuencia, las gentes ignorantes aseguraron que el dios se había enfrentado con la Madre Serpiente; pero el Señor del Sol, como todos los demás seres creados, es hijo suyo.

—¿Puedo responder entonces a la llamada de la Madre aunque ya me haya llamado el Señor del Sol?

—Todos los seres creados le deben servicio —manifestó la sacerdotisa, repitiendo su gesto reverente—. No puedo decir más a quien todavía no se ha iniciado. Ahora, me parece, debes arreglarte y reunirte con las demás que te acompañarán en el viaje. Más tarde, si lo deseas, podré contarte algunos relatos referentes a la diosa tal como es aquí adorada.

Casandra se apresuró a obedecer, poniéndose el vestido que Andrómaca había arrojado descuidadamente sobre el banco. Le estaba demasiado largo, cubriéndole los tobillos. Se lo recogió un poco por el cíngulo para poder andar con facilidad. Luego peinó sus cabellos y se los dejó sueltos como le habían dicho que era costumbre entre las vírgenes de la ciudad, aunque le resultaba molesto que los alborotara el viento.

De la calle le llegaban los ruidos de la fiesta. Las mujeres salían de sus casas y corrían, llevando ramas verdes y ramos de flores. Volvió Evadne y la condujo al salón del trono dónde estaban reunidas varias muchachas de su edad. El trono aún se hallaba vacío, cubierto por un paño de oro tejido sobre el que estaba enroscada la gran serpiente de Imandra.

—Mira —cuchicheó una de las chicas—, dicen que la reina es también una sacerdotisa que puede transformarse en serpiente.

—Qué tontería —contestó Casandra—. La reina se halla en otro lugar y ha dejado a la serpiente en el trono como símbolo de su poder.

Pentesilea figuraba entre las mujeres que aguardaban. Casandra se deslizó a su lado y la reina de las amazonas tomó su mano y la apretó; aunque Casandra en realidad no estaba asustada, se alegró por aquel contacto tranquilizador. Imandra se hallaba allí también, entre ellas, pero al principio Casandra no la reconoció porque la reina vestía el traje de sacerdotisa. Aquello le pareció razonable a Casandra; también era costumbre en Troya que la reina fuese la representante mortal de la Gran Diosa.

Le sorprendió no encontrar entre las mujeres a Andrómaca. ¿Por qué no se reunía con las demás sacerdotisas si había sido iniciada el año anterior? Parecía que Andrómaca no estaba muy comprometida con la religión; y se preguntó si ésa era otra de las razones por las que Imandra dudaba sobre la designación de su hija como heredera del trono. Hasta entonces nadie le había hablado sobre eso, pero Casandra se estaba acostumbrando a enterarse de lo que no se decía y a ver lo que no se mostraba.

Imandra hizo un gesto para silenciar a las parlanchinas muchachas, y las sacerdotisas ya iniciadas la rodearon. Casandra advirtió que ella era la mayor de las candidatas a la iniciación; probablemente era costumbre en la ciudad que este acto tuviese lugar a una edad más temprana. Se preguntó si todas aquellas muchachas tendrían que dedicar sus vidas a la diosa o si se trataba sólo de «ofrecer su servicio cuando se le requiriese» que era la alternativa que Evadne le había sugerido. De cualquier modo, parecía que aquél era el paso preliminar e imprescindible en el servicio de los inmortales.

Las mujeres de más edad colocaron a las chicas aún no iniciadas en círculo, con Imandra en el centro. Casandra percibió tras ella, procedente de algún lugar, el sonido de un tambor cuyos ecos suaves e incesantes le llegaban como los latidos de un corazón.

—En esta época del año —entonó Imandra—, celebramos el retorno de la Hija de la Tierra desde las profundidades en donde ha permanecido aprisionada durante los fríos de la estación invernal. Contemplamos su llegada cuando el verde de la primavera se extiende por las tierras baldías, vistiendo los prados y los bosques con la brillantez de las hojas y de las flores.

Silencio, sólo alterado por el resonar de los tambores que batían las mujeres a sus espaldas.

—Aquí nos sentamos en la oscuridad, aguardando el retorno de la Luz. Aquí cada una descenderá a buscar a la Hija de la Tierra por los reinos de las tinieblas. Cada una de nosotras quedará purificada y aprenderá los caminos de la Verdad.

El relato prosiguió monótono, explicando lo sucedido a la Hija de la Tierra y como fue atraída hacia los reinos subterráneos y cómo las serpientes la consolaron y juraron que ninguna de ellas le haría jamás daño. Hasta entonces, Casandra había escuchado sólo fragmentos de aquella historia porque o les era desconocida a las no iniciadas o se estimaba inconveniente que llegara a oídos extraños. Prestó atención, fascinada, aunque le doliera la cabeza a causa del incesante sonido de los tambores que acompañaban a las voces.

Empezó a parecerle que estaba atrapada en un sueño que se prolongaba durante días y días. Sabía que estaba despierta pero nunca del todo consciente. Poco tiempo despues se dio cuenta, sin la más leve idea de cómo o dónde había ocurrido, de que ya no estaban en el salón del trono sino en una cueva grande y oscura. El agua rezumaba de los muros húmedos que se extendían hacia lo alto, formando grandes espacios ecoicos que reproducían las voces y el sonido de los tambores.

De algún lugar le llegaba las distantes notas de un caramillo y la llamaban con una voz que casi reconocía. Entonces sintió (porque la oscuridad era demasiado intensa para ver nada) un cuenco poco profundo, con dibujos en relieve, que pasaba de mano en mano para que bebiese en él cada una de las muchachas. Después no pudo recordar lo que le dijeron cuando le llegó el turno de beber. Hasta que sus labios tocaron el líquido creyó que se trataba de vino.

Su sabor contenía un rastro de amargor que le indujo a pensar en el olor del cereal que Pentesilea le ordenó que recordara. Creyó que su estómago se rebelaría cuando lo tragara, pero dominó el malestar empleando toda la fuerza de su voluntad, y volvió a prestar atención a los tambores. El relato había concluido; y aunque le hubiera ido en ello la vida no habría podido recordar cómo acababa, ni cuál había sido el destino de la Hija de la Tierra.

Poco después, su desorientación aumentó hasta el extremo de sentirse fuera del círculo de mujeres y de la gruta y no tenía ni idea de dónde estaba, ni tampoco se lo planteó. Por su mente cruzó el pensamiento de que aquel líquido debía de ser una especie de droga, pero tampoco se paró a analizarlo. Tocó el frío y húmedo suelo y se sorprendió al advertir que estaba recubierto por las habituales losas. ¿Es que no se había movido? Extraños colores pasaban ante sus ojos y, durante un momento, tuvo la sensación de que estaba caminando por un túnel grande y oscuro.

Comparte con la Hija de la Tierra el descenso hacia la oscuridad, dijo una voz, guiándola desde lejos. Nunca supo si era real o no. Tendrás que renunciar a cada una de las cosas de este mundo que te son más queridas, porque ahora no tienes parte en ellas,

Descubrió que llevaba sus armas; hubiera estado dispuesta a jurar que no las había cogido aquella mañana. A través del sonido de los tambores oyó de nuevo la voz que la guiaba.

Ésta es la primera de las Puertas del Mas Allá. Aquí has de

renunciar a todo lo que te liga a la Tierra y a los reinos de la Luz.

Casandra manipuló desmañadamente el cinto del vestido que le habían prestado y se quitó el enjoyado cinturón que sostenía su espada y su jabalina. Recordó que Hécuba la había exhortado a que las llevara siempre con honor, pero aquello quedaba muy lejos y no tenía relación con aquella oscura estancia. ¿Habría llegado también Pentesilea hasta la tenebrosa entrada y abandonado sus armas ante ella? Advirtió cómo caían al suelo la espada y la lanza, y el sonido metálico de su choque, que se impuso un instante al ruido de los tambores.

¿Por qué se movían tan lentamente sus manos? Pero, ¿se habían movido en realidad? ¿Era todo una ilusión provocada por los tambores y aún seguía acurrucada e inmóvil en el oscuro círculo, incluso cuando avanzaba a largos pasos por el negro túnel, vistiendo el traje largo y desceñido de Andrómaca que ahora ya no la entorpecía?

En algún lugar había un ojo de fuego. ¿Había llamas detrás de él? ¿O estaba contemplando el ojo rasgado de una serpiente?

Observó que no parpadeaba y una voz le exigió:

Ésta es la segunda Puerta del Más Allá, en donde has de renunciar a tus temores y a todo lo que te impida penetrar en este reino como una de aquellas cuyos pies conocen y siguen el Sendero tras mis propias huellas.

El ojo de la serpiente estaba ahora cerrado; éste se movió, acariciando a Casandra, y en un destello de recuerdo, procedente de siglos atrás y quizá de otra vida, se vio acariciando a las serpientes en el templo del Señor del Sol y abrazándolas sin temor. Era como si la escena se repitiera y el ojo se acercara más y más. El mundo se contrajo hasta que sólo quedó oscuridad y el abrazo de la serpiente. El dolor la inundó y llegó a estar segura de que se estaba muriendo, y aceptó la muerte casi con alivio.

Pero no estaba muerta; aún seguía avanzando en soledad a través de la misteriosa negrura. Surgió una voz entre el redoble de los tambores que persistió hasta llenar su cabeza.

Ahora estás en mi reino y ésta es la Puerta tercera y última del Más Allá. Aquí nada tienes más que tu vida, ¿la abandonarás también para servirme?

Casandra pensó, enloquecida: No puedo imaginar de qué le va a servir mi vida, pero he llegado tan lejos que no retrocederé ahora. Tuvo la sensación de haberse expresado en voz alta, pero una parte de su mente le indicó que no había emitido sonido alguno, que sus palabras eran una ilusión, como todo lo demás que le había sucedido en el viaje; si de un viaje se trataba y no de un extraño sueño.

No retrocederé ahora aunque eso me cueste la vida. Lo he dado todo, tómala también, Negra Señora.

Permaneció insensible en la oscuridad, traspasada por el fuego, envuelta en el sonido continuo de unas alas que se batían con rapidez.

¡Diosa, si he de morir por ti, deja al menos que contemple tu rostro!

Se aclaró un poco la negrura. Percibió un pálido remolino del que emergieron lentamente dos negros ojos y un rostro blanquecino. Había visto antes ese rostro, reflejado en una corriente... Era el suyo. Una voz muy cerca de ella le murmuró a través del tamborileo y de las gimientes flautas:

¿Aún no sabes que tú eres yo y que yo soy tú?

Entonces las batientes alas se apoderaron de ella, eclipsándole todo. Alas y oscuros vientos huracanados la llevaban hacia arriba, cada vez más arriba, hacia la luz, afirmando: Pero hay mucho más que saber...

Los vientos la despedazaban; un relámpago reveló los crueles ojos y picos que rajaban y desgarraban; era como si algo extraño fluyese a través de ella, inundándola como una profunda y negra agua, aventando todo pensamiento y toda conciencia. Miró hacia abajo desde una gran altura a alguien que era y al mismo tiempo no era ella misma, y supo que contemplaba el rostro de la diosa. Entonces se quebró su tenue sujeción a la conciencia y, aún aferrándose, cayó en una interminable sima silenciosa de luz cegadora.

Alguien tocaba suavemente su cara.

—Abre los ojos, mi niña.

Casandra se sentía enferma y débil pero abrió los ojos al silencio y al húmedo aire frío. Había vuelto a la gruta. Pero ¿la había abandonado? Su cabeza reposaba en el regazo de Pentesilea; la cara de aquella mujer se hallaba nimbada por tal halo de luz que Casandra se protegió los ojos con las manos.

—Pero tú, ¡tú eres la diosa...! —exclamó.

Luego enmudeció de espanto ante su tía. Le dolían los ojos y volvió a cerrarlos.

—Claro —murmuró la mujer—, y también lo eres tú, mi niña. Nunca lo olvides.

—Pero, ¿qué ha sucedido? ¿Dónde estoy? Yo creí que me hallaba...

Pentesilea, a guisa de advertencia, cubrió rápidamente con una mano los labios de Casandra.

—Silencio, está prohibido hablar del Misterio —dijo—. Pero has llegado muy lejos. La mayoría de las candidatas no pasan de la primera Puerta. Ven. Vamos.

Casandra se levantó, insegura, y su tía la sostuvo.

Habían callado los tambores; sólo quedaba el fuego y un leve gemido. Ahora podía ver quién tocaba la flauta, una mujer delgada, encorvada tras el fuego. Tenía vacía la mirada y oscilaba ligeramente, como si se hallara en trance. Pero, al menos, el fuego y la flauta habían

sido reales. En el círculo del que formaban parte, aún seguían en trance la mitad de las muchachas, cada una vigilada por una sacerdotisa. Quedaban espacios libres en el círculo. Pentesilea le apremió a que cruzara con cuidado, sin tocar a nadie, hacia la entrada de la caverna. Fuera llovía pero, por la luz tenue, pudo advertir que transcurrían las últimas horas del día. Las gotas de lluvia cayeron heladas y limpias sobre su cara. Se sintió mal y poseída de una sed terrible. Trató de recoger con sus manos el agua de lluvia y de sorberla, pero Pentesilea le hizo pasar a través de una puerta, que recordaba vagamente haber visto, y se halló en el salón del trono de Imandra, iluminado por una lámpara, en donde había comenzado su mágico viaje. Aún caminaba cautelosamente como si fuese una frágil jarra llena hasta los bordes de un vino extraño que se derramaría al menor descuido. De algún lugar surgió la reina Imandra que la estrechó con fuerza.

—Bienvenida, hermanita, de los reinos donde la Negra caminó contigo. Tu viaje fue largo pero me complace tu feliz regreso —dijo la reina—. Ahora eres una con todas las que le pertenecemos.

—Cruzó las tres Puertas —informó Pentesilea.

—Lo sé —replicó Imandra—. Pero se demoró demasiado su iniciación. Es sacerdotisa por nacimiento, y ha sido tarde para ella.

Dio un paso atrás y tomó a Casandra por los hombros como pudiera haber hecho su madre.

—Estás pálida, chiquilla. ¿Cómo te encuentras?

—Tengo una sed terrible.

Pero cuando Pentesilea escanció vino, sólo su olor le hizo sentirse mal y pidió agua. Más ligera y fría, alivió su sed a pesar de que, como todo lo que comiera o bebiera en los siguientes días, tenía un penetrante sabor a légamo y a pescado.

—Procura recordar lo que sueñas esta noche; recibirás un mensaje especial de la Hija de la Tierra —le advirtió Imandra.

Luego, dirigiéndose a Pentesilea; preguntó:

—¿Regresarás pronto al Sur ahora que se ha cumplido la palabra?

—En cuanto Casandra sea capaz de cabalgar y Andrómaca esté dispuesta a ir con ella a Troya —respondió la reina de las amazonas.

—Hágase así —admitió Imandra—. Ya he preparado la dote de Andrómaca y tengo listo a su numeroso séquito. Y por lo que se refiere a nuestra sobrina, le reservo un regalo.

El regalo era una serpiente, pequeña y verde y muy parecida a la de Imandra, pero no más larga que su antebrazo y tan delgada como su pulgar. Casandra le dio las gracias, balbuciente.

—Un regalo adecuado de una sacerdotisa a otra, niña —le dijo, en tono bajo—. Procede de un huevo de mis propias serpientes; además, ¿qué otra cosa podría hacer con ella? Andrómaca huiría ante su presencia. Creo que le gustará viajar al Sur en ese bello cuenco y servir contigo en el templo de Troya.

Aquella noche, Casandra permaneció largo tiempo despierta, disturbada por la importancia de lo que podía soñar. Pero en su sueño sólo vio las laderas del monte Ida azotadas por la lluvia y a las tres extrañas diosas que parecían pelearse entre sí, no por ganar el favor de Paris sino por ella y por Troya.

Emprendieron la marcha con carros tan pesados y lentos como los que transportaban el estaño, cargados con los regalos de novia de Andrómaca, con su dote y con obsequios de la reina para sus parientes de Troya, escogidos de entre los tesoros de Colquis: armas de hierro y de bronce, broches y pasadores, vasijas de barro cocido, oro, plata e incluso joyas.

Casandra no era capaz de entender por qué la reina Imandra se hallaba tan ansiosa de aliarse con Troya a través de su hija, y menos imaginar por qué Andrómaca aceptaba, anhelaba, aquel proyecto. Pero si tenía que regresar a Troya prefería llevar consigo algo del ancho mundo que allí había descubierto.

Además había llegado a querer a Andrómaca; y si tenía que separarse de Pentesilea y de las mujeres de la tribu, al menos contaría en Troya con una verdadera amiga, con la que por añadidura estaba emparentada.

El viaje le pareció interminable. Los carros se arrastraban como tortugas por las vastas llanuras. Crecía y menguaba una luna tras otra y no parecían aproximarse a las lejanas montañas. Casandra hubiese querido montar y galopar velozmente con la escolta de las amazonas, dejando que los carros siguieran detrás como mejor pudiesen. Pero Andrómaca no sabía o no quería montar y le molestaba quedarse sola en un carro. Deseaba la compañía de Casandra; así que de mala gana ésta aceptó el confinamiento y viajó con ella, jugando interminables partidas del Sabueso y el Chacal en un tablero de ónice tallado. Tenía además que escuchar el insulso parloteo de su prima sobre vestidos, joyas y adornos para el pelo y qué haría cuando estuviese casada, materia que a Andrómaca le resultaba verdaderamente fascinante (había decidido incluso los nombres de sus tres o cuatro primeros hijos), hasta que Casandra creyó volverse loca.

En su viaje de ida (tenía la impresión de que entonces era muchísimo más joven), Casandra no se dio cuenta de las enormes distancias que habían recorrido; sólo cuando regresó el verano y estuvieron lo bastante cerca para ver las lejanas colinas situadas a espaldas de Troya fue del todo consciente de lo largo que había sido. En Troya, la gente consideraba que Colquis se hallaba a medio mundo de allí. Ahora era suficientemente mayor para tomar en consideración los numerosos meses de viaje; y desde luego, con los carros, tuvieron que desplazarse con más lentitud que si lo hubiera hecho a caballo. No sentía prisa por llegar, puesto que sabía que los muros del recinto de las mujeres la rodearían de nuevo. No obstante sentía curiosidad por saber qué había sucedido en la ciudad durante su ausencia. Una noche, mientras Andrómaca dormía, extendió su espíritu para ver, si no Troya, al menos la mente de su hermano gemelo que no había visitado durante mucho tiempo. Y al cabo de un rato comenzaron a formarse imágenes, al principio pequeñas y remotas y, poco a poco, más grandes y definidas...

Lejos, al Sur en las laderas del monte Ida, donde un joven moreno llamado Paris iba en pos de los toros y de las vacas de su padre adoptivo, apareció en la falda de la montaña, ya bien entrado el otoño, un grupo de jóvenes de elegante apariencia. Paris, siempre alerta a todos los peligros que pudiesen amenazar a su ganado, se les acercó con cautela.

—Saludos, extranjeros. ¿Quiénes sois y en qué puedo serviros?

—Somos los hijos y los servidores del rey Príamo de Troya —contestó uno de ellos—. Hemos venido hasta aquí en busca de un toro, el mejor de la manada, para sacrificarlo en los Juegos Fúnebres de uno de los hijos de Príamo. Muéstranos el mejor.

Paris se sintió un tanto turbado ante la arrogancia de sus maneras, pero su padre adoptivo, Agelao, le había enseñado que los deseos del rey eran ley y no quería que le juzgasen descortés.

—Mi padre es servidor de Príamo —dijo— y todo lo que tenemos se halla a su disposición. Está ahora ausente. Si deseáis aguardar su regreso, él podrá enseñaros lo que tenemos. Si descansáis en mi cabaña al resguardo del calor del sol del mediodía, mi esposa os traerá vino o suero fresco; o, si lo preferís, hidromiel de nuestras propias abejas. Cuando regrese mi padre os enseñará nuestras manadas y podréis escoger el que queráis.

—Gracias; un poco de hidromiel será bien recibido —contestó uno de los recién llegados de la ciudad.

Paris les precedió en el camino hacia la casita donde vivía con Enone, y oyó murmurar al otro:

—Un joven educado. No hubiera imaginado hallar tales modales tan lejos de la ciudad.

Cuando Enone, luminosa y bella, con su túnica y el pelo recogido bajo el pañuelo que se ponía por las mañanas para barrer la casa, les sirvió hidromiel, les oyó cuchichear.

—Pues si en estos parajes abundan ninfas tan encantadoras como ésta no comprendo qué hace hombre alguno en la ciudad —comentó uno de ellos.

Enone miró de soslayo a Paris, como si le preguntara quiénes eran aquellos hombres y qué querían. Pero él sabía poco más que ella y, aunque no deseaba dar explicaciones en su presencia, dijo:

—Estos hombres quieren negociar con mi padre. Agelao retornará antes del mediodía y entonces hablarán con él.

De haber buscado cabras o incluso ovejas, Paris se habría sentido autorizado para tratar con ellas, aunque fuese de animales destinados al sacrificio. Pero el ganado vacuno constituía el orgullo y la alegría de su padre. Por tanto, bebió un poco del hidromiel que le había servido Enone y, tras un momento, preguntó:

—¿Sois los dos hijos del rey Príamo?

—Sí —respondió el mayor—. Yo soy Héctor, el primogénito de Príamo y de su reina Hécuba, y éste es mi hermanastro Deifobo.

La estatura de Héctor era asombrosa, casi una cabeza más alta que Paris que no era hombre de corta talla. Poseía los anchos hombros de un luchador nato y su rostro, de marcados rasgos, era hermoso, con ojos de color castaño sobre unos altos pómulos y una boca y un mentón que revelaban una fuerte voluntad. Lucía al cinto una espada de hierro que Paris envidió, aunque hasta hacía poco tiempo creía que no podría existir arma mejor que la daga de bronce que le dio Agelao como regalo especial cuando durante una tempestad de nieve del invierno anterior consiguió recobrar doce debilitados corderos que de otro modo hubieran perecido.

—Habladme de esos Juegos Fúnebres —dijo al fin. Reparó en el modo en que Héctor miraba a Enone y no le gustó. Pero también advirtió que Enone no prestaba atención a ninguno de los desconocidos. Es mía, pensó; es una mujer buena y modesta y no precisamente de las que se quedan contemplando a los extraños.

Se celebran cada año —explicó Héctor—, y son como cualesquiera otros. Pareces fuerte y atlético, ¿nunca has competido en tales Juegos? Estoy seguro de que podrías conseguir muchos premios.

—Me confundes —dijo Paris—. No soy un noble como vosotros, que pueda dedicarme al ocio; soy un humilde pastor y el servidor de vuestro padre. Los Juegos y cosas semejantes no son para mí.

—Has hablado con modestia —afirmó Héctor—, pero los Juegos se hallan abiertos a cualquier hombre que no haya nacido esclavo. Serías bien recibido. Paris reflexionó. —Has hablado de premios...

—El premio mejor es un trípode con un caldero de bronce —le informó Héctor—. A veces mi padre concede una espada por una proeza especial.

—Me gustaría ese premio para mi madre —dijo Paris—. Tal vez vaya si mi padre me autoriza.

—Ya eres un hombre. Debes de tener quince años o más —comentó Héctor—. Ésa es una edad suficiente para no necesitar permiso.

Cuando Paris le oyó, pensó que así debería ser. Pero jamás había ido ni pensado ir a ningún sitio sin el permiso de Agelao. Advirtió que Héctor le observaba con fijeza, con las cejas arqueadas en gesto interrogativo.

—Me pregunto en dónde te he visto antes —dijo Héctor, mostrando cierto nerviosismo—. Tus ojos... me recuerdan a alguien que debo conocer bien pero no puedo determinarlo.

—A veces acudo al mercado por encargo de mi padre o de mi madre —le aclaró Paris.

Pero Héctor negó con la cabeza. Paris tenía la sensación de que sobre él gravitaba una extraña sombra; de un modo instintivo le desagradaba aquel joven alto. Sin embargo Héctor no lo había ofendido; por el contrarío, lo trataba con impecable cortesía. ¿Por qué era?

Se levantó inquieto y se dirigió a la puerta, para mirar fuera.

—Mi padre adoptivo ha llegado a casa —anunció al cabo de un momento.

Poco después penetró en la estancia un hombre pequeño y delgado, Agelao, que se movía con presteza a pesar de su edad.

—Príncipe Héctor —le saludó, inclinándose—. Me siento honrado. ¿Cómo está mi señor, tu padre? Héctor le explicó lo que quería.

—Es mi hijo quién podrá ayudarte en eso —dijo Agelao—. Él conoce el ganado mejor que yo, pues no en balde es juez en las competiciones de las ferias. Paris, lleva a estos caballeros a los pastos y muéstrales lo mejor que tengamos. Paris eligió el mejor toro de la manada y Héctor se acercó para examinar la cabeza del animal.

—Yo soy un guerrero —declaró—, y sé poco de ganado. ¿Por qué has escogido este toro?

Paris le indicó la anchura de sus paletillas y la magnitud de sus flancos.

—Y su pelaje es suave, sin cicatrices ni imperfecciones, propio para un dios —declaró.

Mas pensó: Resulta demasiado bueno para el sacrificio; debería guardársele como semental Cualquier toro viejo serviría para que le cortasen la cabeza y verter su sangre sobre el altar.

Y este príncipe arrogante llega, hace un gesto y se lleva el mejor ejemplar de una manada que tantos sudores nos ha costado a mi padre y a mi. Pero tiene razón: todo el ganado pertenece a Príamo y nosotros somos sus servidores.

—Sabes más que yo de estas cuestiones —repitió Héctor—. Así que acepto tu palabra de que este toro es el mejor para el sacrificio al Señor del Trueno. Ahora debo conseguir una novilla para la Señora, su consorte.

Al instante, Paris vio en su mente a la diosa hermosa y señorial que le había brindado riqueza y poder. Se preguntó si estaría resentida con él por no haberle ofrecido la manzana. Tal vez le perdonase si escogía para ella el mejor animal de todos.

—Esta novilla —dijo— es la mejor. Fíjate en la suavidad de su pelaje castaño y en su cara blanca. Mira qué bellos son sus ojos, casi parecen humanos.

Héctor golpeó suavemente la paletilla del animal y le pidió una soga.

—No la necesitarás, príncipe —dijo Paris—. Si te llevas al toro, le seguirá como un cachorro.

—Así que las vacas no son diferentes de las mujeres —comentó Héctor, con una grosera risotada—. Gracias y deseo que medites lo de ir a los Juegos. Estoy seguro de que ganarías la mayor parte de los premios. Eres un atleta por naturaleza.

—Y tú muy amable por decirlo, príncipe —contestó Paris, y se quedó mirando mientras emprendían el descenso de la ladera camino de la ciudad.

Aquella tarde, cuando fue con su padre adoptivo a recoger las cabras para ordeñarlas, mencionó la invitación de Héctor. No se hallaba en modo alguno preparado para la respuesta del anciano.

—¡No! Te lo prohíbo. Ni siquiera pienses en eso, hijo mío. ¡A buen seguro que te sucedería algo terrible!

—¿Pero por qué, padre? El príncipe afirmó que no importaba que yo no fuese de noble cuna. ¿Qué mal podría acontecerme? Y me gustaría conseguir el caldero y el trípode para mi madre, que tan buena ha sido conmigo y que no posee cosas semejantes.

—Tu madre no quiere calderos; nosotros sólo deseamos ver aquí a nuestro buen hijo, sano y salvo, en donde nada pueda sucederle.

—¿Qué podría pasarme, padre?

—Me está prohibido decírtelo —repuso el anciano, con gesto serio—. Fuiste siempre para mí un hijo bueno y obediente, y debería bastarte con que te lo indicara.

—Padre, ya no soy un niño —protestó Paris—. Ahora necesito saber la razón por la que no puedo hacer algo. Agelao contrajo la boca en un gesto adusto. —No admitiré imposiciones y no tengo que darte razón alguna. Harás lo que te digo.

Paris había sabido siempre que Agelao no era su verdadero padre y desde que soñó con las diosas empezó a sospechar que su linaje era de más alcurnia de la que se había atrevido a imaginar hasta entonces. Creía que la prohibición de Agelao estaba relacionada con aquello. Pero cuando planteó la pregunta, Agelao se mostró más cerrado que nunca.

—No puedo decirte nada en absoluto —declaró. Tras decir eso, se dirigió a toda prisa a ordeñar las cabras. Paris lo imitó, sin decir más. Pero la rabia lo quemaba por dentro.

¿Acaso no soy más que un bracero al que decir en todo momento a dónde tiene que ir? Incluso un bracero tiene derecho a descansar y mi padre jamás me negó un permiso. Iré a los Juegos. Mi madre, al menos, me perdonará si vuelvo con el caldero y el trípode para ella. Pero si gano el premio y no lo quiere, se lo entregaré a Enone.

Nada dijo al respecto aquella noche. Pero a la mañana siguiente, muy temprano, se vistió su mejor túnica de fiesta (era en realidad basta, aunque su esposa la hubiese tejido con su mejor lana y teñido con zumo de bayas que le proporcionó un suave tono rojo) y fue a despedirse de ella. Enone le miró, con la cara contraída por la angustia.

—Así que te vas. A pesar de la advertencia de tu padre. —No tiene derecho a prohibírmelo —contestó Paris, a la defensiva—. Ni siquiera es mi padre y, por tanto, no es impío desobedecerle.

—De cualquier modo se ha comportado contigo como un padre bueno y amable —le dijo ella, con labios temblorosos—. No está bien lo que haces, Paris. ¿Cuál es el verdadero motivo de que quieras participar en los Juegos? ¿Qué significa el rey Príamo para ti?

—Voy porque ése es mi destino —afirmó acaloradamente—. Porque ya no creo que sea voluntad de los dioses que yo permanezca aquí durante toda mi vida, guardando cabras en la ladera del monte. Venga, muchacha, dame un beso y deséame buena suerte.

Ella se puso de puntillas y lo besó pero le previno: —Te advierto, amor mío, que en este viaje no hay buena fortuna para ti.

—¿Te crees una profetisa? —se burló él—. No me interesan tales augurios.

—Aún así debo informarte —insistió Enone, mientras se arrojaba en sus brazos, llorosa—. Paris, amor mío, te suplico que te quedes.

Se llevó tímidamente la mano al vientre ya hinchado, y

le rogó:

—Hazlo por él ya que no quieres hacerlo por mí.

—Lo mejor que puedo hacer por él es partir y buscar fama y fortuna —le contestó Paris—. Su padre será algo más que un pastor de Príamo.

—¿Qué tiene de malo ser el hijo de un pastor? —inquirió Enone—. Yo me siento orgullosa de ser la esposa de un pastor.

—Si no me das tu bendición, tendré que partir sin ella. ¿O es que me deseas el mal? —dijo Paris, dejando de lado sus palabras.

—Nunca, amor mío —afirmó ella—. Pero tengo el terrible presentimiento de que si te vas no regresarás nunca.

—Ésa es la mayor locura que jamás he oído —dijo Paris.

La besó de nuevo. Ella se aferró a él, quién al fin se liberó cariñosamente de sus manos y partió ladera abajo; pero Paris fue consciente de su mirada hasta que se alejó lo bastante para que ésta no pudiera alcanzarlo.

Poco a poco, Casandra reconoció el lugar en que se hallaba: en la oscuridad del carro y no bajo la clara luz otoñal del monte Ida. Y apenas entrado el verano. Llegarían a Troya quizás en otoño. A su lado, Andrómaca dormía tranquila. Aterida y tensa, Casandra se introdujo bajo las mantas, agradecida por la tibieza que se desprendía del cuerpo de su prima.

Está en Troya. Quizás estará en Troya cuando yo llegue; por fin lo veré. Aquel pensamiento resultaba demasiado excitante para soportarlo. Casandra no volvió a dormir en toda la noche.

Fue Andrómaca y no Casandra la primera en distinguir en la lejanía las altas murallas de Troya. Pareció impresionarse.

—Es realmente más grande que Colquis —dijo. —Ya te lo advertí —le recordó Casandra. —Sí, pero no te creí entonces. No podría creer que ciudad alguna pudiese ser realmente mayor que Colquis. ¿Qué es ese edificio que resplandece en la parte más alta de la ciudad? ¿Se trata del palacio?

—No, es el templo de la Doncella. En Troya,,los lugares más altos se reservan para los inmortales. Y Ella es nuestra patrona, la que nos otorgó el olivo y la vid.

—No es posible que Príamo sea un rey verdaderamente grande —dijo Andrómaca—. En Colquis está prohibido que ninguna casa, incluso la de una diosa, se alce a más altura que el palacio real.

—Y, sin embargo, sé que tu madre es una mujer que respeta a la diosa —comentó Casandra.

Recordó que cuando llegó por primera vez a Colquis, le pareció una blasfemia que hubieran construido tan alta la casa de unos mortales. Sus ojos se apartaron del templo del Señor del Sol con sus tejados dorados, construido en una meseta por encima del palacio, y le señaló este último a Andrómaca.

—No es un edificio muy alto, pero es tan espléndido como cualquiera de Colquis —le dijo.

Ahora que se hallaban realmente cerca de la ciudad, Casandra hizo un somero examen de sus propios sentimientos, como si mordiera con un diente cariado. No sabía qué pensar de su regreso a Troya tras un período de libertad. Se sentía ansiosa de ver a su madre y a su hermana Polixena, y se dio cuenta de que su mente trataba de hallar ese vínculo inmaterial y

confuso que la unía con su hermano gemelo y que a veces parecía más real que su propia identidad.

No volveré a ser encerrada. Luego, lo enmendó un poco: No dejaré que me encierren de nuevo. Nadie puede aprisionarme a no ser que yo acepte ser aprisionada.

Miró a la escolta, que la rodeaba, casi deseando poder regresar con ellas al país de las amazonas. Pentesilea no las acompañaba. Alegó que tras su larga ausencia tenía que poner en orden los asuntos de su tribu. Casandra sabía que de continuar viviendo con las amazonas, habría sido enviada con las otras mujeres en edad fértil a las aldeas de los hombres para aportar prole a la tribu. Pensó que incluso se habría mostrado deseosa de observar la costumbre si ése era el precio que tenía que pagar por permanecer con ellas; mas aquella opción no se le había brindado.

—¿Pero qué sucede? —preguntó Andrómaca—. ¿Hay alguna fiesta?

De las puertas salían largas filas de hombres y mujeres ataviados con sus mejores ropas y de animales engalanados con cintas y flores; pero no podía determinar si los conducían a una feria o al sacrificio. Después distinguió a Héctor y a algunos de sus hermanos, que vestían sólo la sucinta pampanilla con la que participaban en las pruebas atléticas, y supo que se trataba de los Juegos. Éstos no eran para las mujeres, aunque una vez su madre le contó que en tiempos antiguos las mujeres competían en las carreras pedestres, en el lanzamiento de jabalina y en el tiro con arco. Casandra, que era una excelente arquera, deseó que sus senos no se hubieran desarrollado aún para poder pasar por un muchacho y disparar con ellos. Pero si antaño hubiese sido capaz de disfrazarse de tal modo, ya no era posible. Resignada, pensó: Bueno, quizás algún día mi destreza con las armas pueda ser útil a mi ciudad en la guerra, ya que no en los Juegos. Entonces vio, casi al final del desfile, un carro en el que iba su padre, Príamo, un poco encorvado pero aún impresionante. Estuvo a punto de arrojarse del suyo propio e ir a abrazarlo, pero sus cabellos grises la impresionaron.

Tras él, en un carro más pequeño y portadora de la insignia de la diosa, iba su madre. Hécuba no parecía haber cambiado nada. Casandra descendió de su carromato y se adelantó. Se inclinó ante su padre en señal de respeto y luego corrió hacia los brazos de su madre.

—Has llegado en buena hora, querida hija —afirmó Hécuba—. ¡Pero si estás hecha toda una mujer! Difícilmente habría reconocido a mi hijita en esta alta amazona. —Ayudó a Casandra a subir a su carro—. ¿Quién es tu compañera, hija mía?

Casandra miró a Andrómaca que aún seguía sentada en el banco delantero del carromato. Parecía muy sola y fuera de lugar. Éste no era el modo que había imaginado para presentar a su amiga en Troya.

—Es Andrómaca, hija de Imandra, reina de Colquis —dijo lentamente Casandra—. Imandra, nuestra pariente, la envía como esposa de uno de mis hermanos. Trae como dote un carromato cargado de tesoros de Colquis.

Mientras hablaba, sus palabras le parecieron vulgares, como si se refiriesen a una simple cuestión comercial, como si Imandra hubiese enviado a su hija para sobornar a Príamo.

—Ahora veo que se parece a Imandra —comentó Hécuba—. Pero sobre las cuestiones de matrimonio, es tu padre quién decide. De todas formas, es bienvenida aquí como sobrina mía, tanto si se casa como si no.

—Madre —dijo Casandra, sin perder la calma—, tras haber hecho tan largo viaje, Andrómaca no puede ser rechazada. Es la única hija de la reina de Colquis y a mi padre le sobran hijos. Si no destina a alguno de ellos a tal alianza, es que no es tan inteligente como dice su fama.

Se apresuró a ocuparse de Andrómaca, ayudándole a bajar del carromato y presentándola a Príamo y a Hécuba. Ésta la besó y Andrómaca sonrió cuando se inclinó con sumisión ante

ambos. Príamo acarició su mejilla y la condujo a la tribuna junto a él, llamándola hija. Le indicó que se sentara entre Hécuba y él, mientras Casandra se preguntaba la razón de que Andrómaca fuera tan agasajada. —¿Y en dónde está mi hermana Polixena? —preguntó. —Se ha quedado en el palacio, como es adecuado para una muchacha modesta —le explicó Hécuba con cierto tono de desaprobación—. Es natural que no le interese presenciar las competiciones de unos hombres casi desnudos. Perfecto, pensó Casandra, si me quedase alguna duda, ahora sé que estoy de nuevo en mi casa. ¿ Tendré que pasar el resto de mi vida como una muchacha modesta? Aquella perspectiva la deprimió.

Contempló con poco interés la prueba inicial, que era una carrera pedestre, tratando de identificar a aquellos de los hijos de Príamo a quienes conocía de vista. Al momento reconoció a Héctor y a Troilo que, según sus cálculos, ahora debía de tener unos diez años. Al iniciarse la carrera, Héctor se puso en cabeza y no abandonó ese puesto durante la primera vuelta; pero tras él comenzó a ganar poco a poco terreno un joven más delgado y de cabellos oscuros. Lo adelantó casi sin esfuerzo y ganó la competición, tocando la meta un instante antes que la mano extendida de

Héctor.

—¡Magnífica carrera! —gritaron los demás participantes, rodeándolo.

—Querida —dijo Príamo, inclinándose sobre Andrómaca para dirigirse a Hécuba—. No conozco a ese joven, pero si ha podido ganar a Héctor es un atleta valioso. Averigua de quien se trata. ¿Quieres?

—Desde luego —respondió Hécuba. Hizo una seña a un doméstico y, cuando éste se hubo aproximado, le ordenó:

—El rey quiere saber quién es el joven que ha ganado la carrera pedestre. Averígualo.

Casandra protegió sus ojos con la mano para observar al vencedor, pero éste había desaparecido entre el gentío. Los participantes estaban colocando cuerdas en sus arcos. Casandra, que se había convertido en una arquera experta, los contempló fascinada y, de repente, deslumbrada por el sol, se sintió confusa. Se hallaba en el campo, colocando una flecha en la cuerda... Mis padres se irritarán tanto... Después, al dirigir la vista hacia el fuerte brazo desnudo, mucho más musculoso que el suyo, supo lo que había sucedido: sus pensamientos se habían entrelazado de nuevo con los de su hermano gemelo. Ahora sabía por qué le había parecido casi dolorosamente familiar el vencedor de la carrera. Se trataba de su hermano gemelo, Paris. Y, como había previsto ella, lo encontró en Troya a su regreso.

Con esa extraña doble visión, le pareció estar al mismo tiempo en el campo de competición y en la tribuna, contemplar a Príamo como a un desconocido e impresionante anciano por primera vez revestido por la apariencia distante y majestuosa de la realeza y como a su padre. También había otros ancianos cuyos nombres ignoraba... y Paris dedujo acertadamente que eran los consejeros del rey; una mujer ya entrada en años y de mirada dulce que identificó como a la reina; un grupo de niños parlanchines y de trajes de colores vivos que, supuso, eran los hijos menores de Príamo, aun no en edad de participar en los juegos, y algunas bellas muchachas que llamaron su atención por lo distintas que era de Enone. Se preguntó qué estarían haciendo allí; tal vez a las mujeres del palacio se les permitiese presenciar los juegos. Bueno, él les proporcionaría algo que ver. Entonces le hicieron señas de que se acercase para tirar a la diana.

La primera flecha de Paris partió desviada, porque se sentía nervioso, y la segunda voló del blanco.

—Dispara otra vez —dijo Héctor—. No estás acostumbrado a nuestras dianas, pero si puedes lanzar una flecha tan alta y tan lejos seguro que eres capaz de acertar el blanco.

Se lo señaló y le explicó las reglas.

Paris se dispuso a tirar otra vez, muy sorprendido por la cortesía de Héctor. Lanzó su flecha, que esta vez se clavó en el centro de la diana. Los otros arqueros tiraron uno tras otro, pero ni siquiera Héctor pudo mejorar su acierto. Ya no sonreía, su semblante revelaba hosquedad e irritación y Casandra supo que lamentaba su impulso de generosidad.

Continuaron las pruebas y Casandra, retrayéndose con un terrible esfuerzo a su propia mente y a su propio cuerpo, observó interesada y complacida cómo las ganaba todas su hermano gemelo. En la lucha derribó a Deifobo, casi sin dificultad, y cuando Deifobo se levantó y se lanzó contra él, le dejó insensible en el suelo y allí permaneció para no levantarse hasta que concluyeron los Juegos. Lanzó su jabalina más lejos aun que Héctor, sonriendo complacido a quienes gritaban: «Es tan fuerte como Heracles».

Un servidor acudió ante el rey y la reina, y Casandra oyó a su padre preguntar en voz alta:

—¿Dices que el joven desconocido se llama Paris y es hijo adoptivo del pastor Agelao?

Hécuba se tornó tan blanca como un hueso.

—Debería haberlo reconocido; se parece a ti. Pero, ¿cómo hubiera podido pensarlo? Hace tanto, tantísimo tiempo...

Las pruebas ya habían concluido y Príamo hizo un gesto a Paris, el vencedor, para que se acercase. Después se levantó.

—Agelao —gritó—, viejo rufián. ¿En dónde estás? Trajiste a mi hijo.

El anciano servidor se adelantó presuroso, pálido e inquieto. Se inclinó ante el rey y murmuró:

—Yo no le dije que viniese, señor. Lo hizo sin mi permiso, y comprendo bien que estés enojado conmigo... Con los dos.

—No, en absoluto —contestó Príamo de buen humor. Y Casandra vio cómo se relajaban los blancos nudillos de su madre—. Te honra y me honra. La culpa es mía por haber prestado oídos a esas consejas supersticiosas. Sólo puedo darte las gracias, mi viejo amigo.

Se quitó un anillo de oro y lo puso en un dedo de Agelao, deformado por las rudas faenas.

—Mereces un premio mejor que éste, amigo mío, pero por ahora es todo lo que puedo darte. Antes de que retornes a cuidar de tus rebaños te entregaré un don mejor.

Casandra observó atónita cómo su padre, que la derribó de una bofetada tan sólo por preguntar sobre la existencia de su hermano, abrazaba ahora a Paris y le otorgaba todos los premios del día. Hécuba lloraba y se adelantó para estrechar a su hijo perdido.

—Jamás pensé que vería este día —murmuró—. Prometo sacrificar a la diosa una novilla sin mácula.

Héctor frunció el entrecejo al ver a su padre entregar espléndidos regalos a Paris: el trípode prometido (que Paris dijo que pensaba enviar a su madre adoptiva), un manto carmesí con blondas bordadas, tejido por las mujeres de palacio, un bello casco de bronce labrado y una espada de hierro.

—Y desde luego irás a palacio y cenarás con tu madre y conmigo —le anunció, con una amplia sonrisa.

Cuando Príamo se puso en pie, recogiendo su manto sobre el brazo, uno de los ancianos que le rodeaban se acercó y le murmuró algo apresuradamente. Casandra reconoció en aquel hombre a uno de los parásitos del palacio, un sacerdote adivino.

Príamo frunció el entrecejo e hizo un gesto para que se alejase.

—¡No me hables de presagios, viejo cuervo! Basura supersticiosa. Jamás debería haberles prestado atención.

Casandra pudo sentir el asombro, que era casi temor, de Paris ante aquellas palabras. Debía de conocer los presagios que le habían arrojado del palacio y de su linaje... O quizás era la primera vez que tenía noticia de ellos.

Héctor dijo al oído de su padre, aunque lo bastante alto para que lo captara Paris:

—Padre, si los dioses decretaron que es un peligro para Troya...

Príamo le interrumpió:

—¿Los dioses? No, una sacerdotisa, una intérprete de las entrañas de las aves y de los sueños; sólo un estúpido se habría privado de un hijo como éste por semejante necedad. Un rey no escucha los augurios de una parturienta ni sus fantasías...

Casandra se sintió dividida entre la simpatía que experimentaba por aquel hermano gemelo, cuyo miedo e inseguridad sentía como propios, y el terror de su madre. Hubiese deseado dar un paso adelante y atraer sobre sí la ira de su padre; pero antes de que pudiese hablar, los ojos de Príamo se fijaron de nuevo en Andrómaca.

—Y ahora repararé mi antiguo error y llevaré a mi casa al hijo perdido. ¿Qué te parece, Hécuba? ¿Casaremos a Andrómaca con nuestro maravilloso y nuevo hijo?

—No puedes hacer eso, padre —intervino Héctor al tiempo que Casandra percibía la mirada codiciosa de Paris sobre Andrómaca—. Paris ya tiene una esposa; la vi en la casa de Agelao.

—¿Es cierto eso, hijo mío? —preguntó Príamo. Paris pareció desconcertado, pero percibió la amenaza implícita y contestó cortésmente:

—Es verdad; mi esposa es una sacerdotisa del dios del río Escamandro.

—Entonces enviarás por ella, hijo mío, y la presentarás a tu madre —dijo Príamo, luego añadió, volviéndose hacia Héctor—. Y a ti, Héctor, mi primogénito y heredero, te otorgo la mano de la hija de la reina Imandra. Esta noche se formalizará el matrimonio.

—No tan aprisa, no tan aprisa —dijo Hécuba—. La muchacha necesita tiempo para confeccionar sus vestidos nupciales como cualquier otra joven; y las mujeres del palacio también lo necesitan para preparar la fiesta, la más importante en la vida de una mujer.

—Tonterías —declaró Príamo—. Si la novia está dispuesta y zanjada la cuestión de la dote, cualquier vestido servirá para la boda. Las mujeres siempre están preocupándose de cosas triviales.

Todo eso puede ser estúpido, pensó Casandra, pero resulta una grosería por parte de Príamo desdeñarlo. ¿Qué pensaría la reina de Colquis de saber que la boda de su hija se había celebrado apresuradamente tras la clausura de los Juegos? Se inclinó hacia Andrómaca y le murmuró: —No permitas que te apremien de ese modo. ¡Eres una princesa de Colquis, no un manto viejo para ser otorgado como galardón adicional de los Juegos, o como premio de consolación a Héctor por no haberlos ganado!

Andrómaca sonrió y respondió en el mismo tono a Casandra:

—Creo que me gustaría casarme con Héctor antes de que tu padre cambie de opinión otra vez o decida destinarme como premio para otro.

Alzó los ojos y murmuró con una voz débil y tímida que Casandra no conocía, y tan carente de naturalidad que creyó que podría provocar la hilaridad de Príamo:

—Mi señor Príamo... padre de mi esposo... la Señora de Colquis, mi madre la reina, me ha enviado con toda clase de vestidos y de lienzos, así que, si te place, podremos celebrar la boda cuando lo juzgues oportuno.

Príamo se mostró radiante y le dio un suave golpecito en el hombro.

—He aquí una espléndida muchacha —dijo.

Andrómaca se ruborizó y bajó los ojos pudorosamente cuando Héctor se acercó y la observó con detenimiento, como había examinado la novilla que Paris escogió para el sacrificio.

—Me complacerá tomar por esposa a la hija de la reina Imandra.

El largo día estaba próximo a su fin. Ayudaron a Príamo y Hécuba a subir a sus carros para regresar al palacio. Casandra se halló caminando junto a Paris. Se sentía muy angustiada porque no le había dirigido una sola palabra ni dado muestra de reconocer el vínculo que existía entre ambos y que tan importante era para ella. ¿Cómo podía ignorarlo?

Se preguntó si también se hallaría bajo la protección especial del Señor del Sol, puesto que había podido presentarse ante el padre que pensó en dejarle morir y que ahora lo reconocía como hijo y se disponía a situarlo en su legítimo puesto dentro de la familia.

Héctor caminaba muy cerca de Andrómaca. Se volvió y puso su mano en el hombro de Casandra; luego la abrazó con fuerza.

—Vaya, hermana Casandra, qué tostada estás. Claro es que no debería sorprenderme después de todos esos años que has pasado con las amazonas. ¿Por qué no empuñaste tu arco y fuiste al campo a tirar con los arqueros?

—Podría haberlo hecho, no lo dudes —afirmó Andrómaca—. Y habría tenido mejor puntería que tú.

—No lo dudo. No estaba hoy en mi mejor día y preferiría ser vencido por una muchacha que por un advenedizo.

Terminó la frase en voz baja, mirando de soslayo a Paris; después se volvió a Deifobo, que aún tenía puestas las manos en la cabeza, como si le doliese. Dime, hermano, ¿qué vamos a hacer con ése? Ahora salen con la historia que nuestro padre le expulsó porque constituía una amenaza para Troya. ¿Voy a soportar eso porque nuestro padre juzgue oportuno otorgarme una bella esposa?

—Parece que nuestro padre está encantado con él —contestó Deifobo—. Debería haber imitado al rey Pelias cuando encontró a su perdido hijo Jasón; recuerdo que envió a Jasón en busca del vellocino de oro en el remoto fin del mundo...

—Pero ya no hay oro en Colquis —aclaró Andrómaca.

—Entonces debemos encontrar otro camino para desembarazarnos de él —dijo Héctor—. Tal vez podamos lograr que nuestro padre lo envíe a la corte de Agamenón, al objeto de que utilice sus cualidades para convencerlo de que devuelva a Hesione.

—Es una buena idea —comentó Deifobo—. Y si eso falla, podemos enviarle... bueno, a convencer a las sirenas de que le entreguen sus tesoros marinos o a herrar a los centauros allá en donde moren... o a capturarlos para que tiren de nuestros carros de guerra...

—O a cualquier cosa que le lleve a mil leguas de aquí —apostilló Héctor—. Y eso será también en beneficio de nuestro padre, si los dioses decidieron que no es bueno para Troya...

—Desde luego, no lo es para nosotros —declaró Deifobo.

Pero Casandra ya había oído bastante. Se apartó del camino y esperó a que llegara Paris, que iba detrás.

—¡Tú! —exclamó él, mirándola con dureza—. Tú. Creí que eras un sueño.

Y cuando sus ojos se encontraron por primera vez, ella sintió que el vínculo entre ambos se restablecía. ¿Era también consciente él de que sus almas estaban ligadas?

—Pensé que eras un sueño —repitió—. O quizás una pesadilla.

La sequedad de sus palabras fue como un golpe. Casandra había esperado que la abrazara.

—Hermano, ¿sabes que están conspirando contra ti? Nuestros otros hermanos no te quieren en Troya.

Le tendió la mano pero él la rehuyó con brusquedad. —Ya lo sé —le contestó—, ¿Me crees un estúpido? Y a partir de ahora, hermana, guárdate para ti tus pensamientos. ¡Y quédate fuera de los míos!

Casandra se contrajo con dolor ante la forma en que la expulsaba de su mente. Desde que conoció su existencia y el vínculo que los unía había imaginado que, cuando se encontrasen, él la recibiría con júbilo y que se convertiría para Paris en un ser especial y muy querido. Mas se veía rechazada y tachada de intrusa. ¿Es que no advertía que ella era allí la única persona dispuesta a acogerle con un cariño aun más grande que el del propio Príamo? Pero no lloraría ni imploraría su afecto. —Como quieras —dijo—. Nunca fue mi deseo hallarme atada a tí de ese modo. ¿Crees que nuestro padre expulsó al gemelo que no debía?

Se apartó de él y corrió por el sendero hasta reunirse con Andrómaca. Le había sido arrebatado todo el júbilo de su retorno a casa.

A lo largo de la velada, Casandra pensó que aquélla era más una fiesta por la integración de Paris en la familia que por la de la boda de Héctor y Andrómaca; aunque, una vez que Príamo hubo decidido celebrarla, se esforzó cuanto pudo para que nada faltara. Envió a buscar el mejor vino de las bodegas reales y Hécuba acudió a las cocinas a ordenar los manjares más exquisitos que añadir a la cena: frutas, panales de miel y todo género de confituras. Y se reunieron músicos, recitadores, bailarines y acróbatas.

Llamaron a una sacerdotisa del templo de Palas Atenea para que presidiese los sacrificios que eran parte imprescindible de unas bodas reales. Casandra permaneció junto a Andrómaca que, ante la proximidad del hecho, parecía pálida y asustada. Aunque también era posible, pensó Casandra con una ironía que la asombró, que Andrómaca creyera que era el modo en que una mujer verdaderamente recatada debía comportarse en sus nupcias.

Cuando se congregaron en el patio para asistir a los solemnes sacrificios, Andrómaca se inclinó hacia Casandra.

—Creo que los dioses ya han tenido hoy demasiados sacrificios —le dijo, en voz baja—. ¿No crees que estarán aburridos de ver a la gente matando animales en su honor? A mí no me gustaría.

Casandra tuvo que contener una risa que habría sido escandalosa. Pero era cierto; ya se habían llevado a cabo muchas ofrendas en los Juegos. Los contrayentes, juntos, aferraron el cuchillo de los sacrificios. Héctor se inclinó hacia un lado y le murmuró unas palabras a Andrómaca. Ella negó con la cabeza pero él insistió, y fue la certera mano de ella la que atravesó con el cuchillo el cuello de la blanca novilla. Para Casandra, que no había comido desde la mañana, fue como ambrosia el olor de la carne asada.

Al cabo de unos minutos, todos pasaron al interior del palacio. Hécuba envió a las mujeres para que ayudasen a Andrómaca y a Casandra a vestirse de fiesta. Se hallaban en la habitación que Casandra compartía con Polixena cuando eran niñas. Pero ya no era una estancia infantil. Las paredes habían sido pintadas al estilo cretense con murales de seres marinos, extraños y sinuosos calamares, pulpos tentaculares envueltos en algas, nereidas y sirenas. Las mesas eran de madera tallada y estaban llenas de cosméticos y perfumes en frascos de cristal azul, con formas de peces y sirenas. Las cortinas de las ventanas eran de algodón egipcio, teñido de verde, y a través de ellas se filtraba la luz del atardecer onduladamente, logrando un curioso efecto submarino.

El carromato que transportaba los regalos de Colquis había sido descargado, y sus fardos trasladados al palacio. Andrómaca buscó entre todos aquellos cajones un regalo de bodas adecuado para su futuro esposo. La reina envió a Casandra un elegante vestido de gasa

egipcia y Andrómaca halló entre los cofres de Colquis un largo traje de seda, teñido con la inapreciable púrpura de Tiro, y tan fino que podía pasar a través de un anillo.

La reina ordenó también a sus propias doncellas que prepararan bañeras de agua tibia donde bañaron y perfumaron a las dos muchachas. Rizaron sus cabellos con tenacillas calientes, las sentaron luego y pintaron sus caras con cosméticos. Enrojecieron sus labios con un ungüento que olía a manzanas frescas y a miel; luego emplearon polvo de galena egipcia para ennegrecer sus cejas y enmarcar sus ojos y cubrieron sus párpados con una pasta azulada que parecía tiza pero olía como el mejor aceite de oliva. Andrómaca aceptó aquellos cuidados como si toda su vida hubiese estado acostumbrada a tales afeites, pero Casandra bromeó nerviosa mientras la atendían las mujeres.

—Si tuviese cuernos, segura estoy de que los dorarían —dijo—. ¿Acudo invitada a una boda o voy a ser sacrificada?

—Así lo ordenó la reina, señora —declaró una de las domésticas.

Casandra supuso que Hécuba había decidido todos aquellos preparativos para que la princesa de Colquis constatara que no había menos lujo en Troya del que pudiera haber en su remota ciudad.

—Indicó que tú no debías resultar menos elegante que ella misma, y justo es que así sea, porque la vieja canción dice que cada dama es una reina cuando marcha en su carro nupcial. Y así acicalé a Polixena para cada fiesta desde que estuvo en edad de acudir —dijo otra de las domésticas. Frunció el ceño al frotar las manos de Casandra con aceite aromático que olía a lirios y a rosas.

—Tus manos están encallecidas, señora Casandra —dijo, en tono reprobatorio—. Nunca serán tan suaves como las de la princesa, que parecen pétalos de rosa, y son tal y como han de ser las manos de una dama.

—Lo siento, pero nada puedo hacer por evitarlo —contestó Casandra, retorciendo las tan denostadas manos.

Fue en aquel momento cuando comenzó a comprender que ya echaba de menos la vida al aire libre, y también a su cabalgadura. Pentesilea le había entregado una espléndida yegua como regalo de despedida; pero, al final del viaje, Casandra decidió devolvérsela con la escolta de amazonas. Sabía que no se le permitiría montar con libertad y no deseaba ver a su noble compañera recluida en las cuadras o, peor aun, cedida a uno de sus hermanos para que tirase de un carro.

El sol se estaba poniendo y las domésticas encendieron antorchas. Luego colocaron un broche de oro sobre el hombro de la túnica de Casandra y la revistieron con un listado manto nuevo de lana. Andrómaca deslizó sus pies en unas sandalias doradas.

—Y aquí tienes otro par para ti, igual que el de ella —dijo una sirviente, inclinándose para calzar los pies de

Casandra.

—Estarás tan hermosa como la novia —comentó después.

Pero a Casandra le pareció que Andrómaca, con sus espléndidos y negros rizos, era más bella que cualquier mujer de Troya.

Las dos muchachas se apresuraron a bajar. Mas Casandra no podía correr con un calzado tan delicado y tuvo que descender lentamente, peldaño a peldaño, los largos tramos de la escalera.

El gran salón resplandecía de antorchas y de lámparas. Príamo se hallaba ya sentado en su alto trono y se mostraba inquieto por su tardanza. Pero cuando el heraldo anunció a Casandra y a la princesa Andrómaca de Colquis, extendió la mano como señal para que las muchachas

se acercaran. Sentó junto a él a Andrómaca, en el lugar de honor, compartiendo con ella su plato y su copa de oro. Hécuba indicó a Casandra que se sentase a su lado. —Ahora en verdad pareces una princesa de Troya y no una mujer salvaje de las tribus. Estás muy bella —le murmuró.

Casandra pensó que debía de parecer una muñeca pintada, como esas pequeñas efigies que llegaban de Egipto con destino a las tumbas de reinas y de reyes. Ése era el aspecto que tenía Polixena. Pero no protestaría si aquello resultaba del agrado de su madre.

Cuando todos estuvieron sentados, Príamo propuso el primer brindis, alzando su copa.

—Por mi maravilloso y nuevo hijo Paris y por el benévolo destino que nos lo ha devuelto a su madre y a mí como consuelo de nuestra ancianidad.

—Pero padre —protestó Héctor en voz baja—, ¿has olvidado que cuando nació se profetizó que traería el desastre a Troya? Yo era sólo un niño pero lo recuerdo muy bien. Príamo se mostró disgustado y Hécuba estaba a punto de echarse a llorar. Paris no se alteró: Agelao debía de habérselo advertido. Pero era una grosería de Héctor semejante mención en el banquete.

Vestía éste sus mejores ropas, una primorosa túnica con bordados de oro que Casandra reconoció como obra de la propia reina; Paris también había recibido una túnica lujosa y un manto nuevo como el de Casandra, y tenía una espléndida apariencia. Príamo contempló a ambos con satisfacción.

—No, hijo mío, no he olvidado el augurio, que no se me hizo a mí sino a la reina —dijo—. Pero la mano de los dioses me lo ha devuelto y ningún hombre puede oponerse al destino o a la voluntad de los inmortales.

—¿Estás seguro —insistió Héctor— de que han sido los dioses y no es obra de algún hado maligno, afanado en la destrucción de nuestra casa real?

El moreno rostro de Paris se ensombreció aún más, pero Casandra no pudo penetrar en los pensamientos de su hermano gemelo.

—¡Paz, hijo mío! —dijo Príamo, con un adusto gesto de advertencia que hizo encogerse a Casandra—. Sobre este asunto no te escucharé. Si llegase el caso, preferiría ver perecer a Troya entera a que fuera dañado mi apuesto y recién hallado hijo.

Casandra se estremeció. Príamo, que desdeñaba las profecías, acababa de hacer una.

El rey sonrió con benevolencia a Paris, que se hallaba sentado al otro lado de Hécuba con los dedos estrechamente entrelazados con los de ella. El rostro de la reina estaba envuelto en sonrisas, y Casandra experimentó una punzada de dolor, el descubrimiento de Paris significaba la pérdida de la acogida que esperaba de parte de su madre. Se sintió triste y agraviada, pero se dijo a sí misma que Pentesilea había llegado a convertirse en su verdadera madre; entre las amazonas una hija era útil y apreciada, mientras que en Troya una hija era sólo la esperanza del hijo que podía dar a luz.

Príamo apremiaba a Andrómaca a beber cada vez que le pasaba la copa, olvidando que era sólo una muchacha a quien de ordinario no se le permitiría ni se la animaría a beber de ese modo. Casandra podía advertir que su amiga estaba ya un poco embriagada y vacilante. Quizá sea lo mejor, pensó, porque al final de este banquete será enviada sin

riñas al lecho de mi hermano Héctor. Y él ya está también bastante ebrio.

De repente se le ocurrió que se alegraba de que Andrómaca no se hubiera casado con Paris, como habían propuesto al principio; con el vínculo mental entre ellos, era probable que no hubiese podido evitar compartir la consumación del matrimonio. Aquella idea le causó calor y frío, alternativamente. ¿Dónde estaba Enone? ¿Por qué Paris no la había llamado para que asistiese, como esposa suya, a la boda?

Héctor, quizá porque ya estaba embriagado, optó por insistir en su tema.

—Bueno, padre, has decidido honrar a nuestro hermano, ¿no crees que debería permitírsele que se hiciera merecedor del honor que le confieres? Te suplico que, al menos, lo envíes ante los aqueos con una misión, de modo que si la maligna profecía aún tiene vigencia pueda serles traspasada.

—Ésa una buena idea —masculló Príamo, que no tenía la mente clara después de haber bebido tanto vino—. Pero tú no deseas dejarnos ahora, ¿verdad, Paris?

Paris replicó con corrección que él se hallaba a la disposición de su padre y rey.

—Nos ha gustado a todos —afirmó a Héctor, no sin malicia—. ¿Por qué no dejarle pues que ensaye su irresistible encanto ante Agamenón y lo convenza de que libere a Hesione?

—Agamenón —dijo Paris, levantando la vista vivamente—. ¿No es el hermano de ese Menelao que se casó con Helena de Esparta? ¿Y no está a su vez casado con él la hermana de la reina espartana?

—Así es —contestó Héctor—. Cuando los aqueos llegaron del Norte con sus carros, sus caballos y sus dioses tonantes, Leda, la Señora de Esparta, casó con uno de sus reyes; y cuando le dio dos hijas gemelas, se rumoreó que una de ellas había sido concebida por el propio Señor del Trueno.

»Y Helena casó con Menelao, aunque se dice que era tan bella como una diosa y que hubiera podido casarse con cualquier rey desde Tesalia hasta Creta. Según he oído, hubo muchas oposiciones a la boda de Helena, hasta llegar casi al punto de provocar una guerra.

—Tú no eres mal parecida, Andrómaca mía —dijo después, acercándose para examinar su cara con atención—, pero no tan bella como para tenerte prisionera con el fin de que no me envidien ni te codicien todos los hombres.

Tomó su barbilla en las manos.

—Mi señor es muy amable con su humilde esposa —dijo Andrómaca, con una leve sonrisa en la que sólo Casandra descubrió el sarcasmo.

Paris estaba observando a Héctor con tanta atención que Casandra no pudo dejar de advertirlo. ¿Qué estaría pensando? ¿Podría sentir celos de Héctor que no era ni tan apuesto ni tan inteligente como él? Con una esposa tan bella como Enone, difícilmente podría desear a Andrómaca sólo porque fuese una princesa de Colquis. ¿O envidaba a Héctor por ser el mayor y el favorito declarado de su padre? ¿O se hallaba irritado porque, al fin y al cabo, Héctor lo había insultado?

Bebió lentamente el vino de su copa, preguntándose qué sentiría en realidad Andrómaca respecto a su matrimonio. No podía imaginar que le entusiasmase la idea de hallarse casada con un pendenciero como Héctor, pero suponía que a Andrómaca no le desagradaba la perspectiva de convertirse con el tiempo en reina de Troya. Subrepticiamente (su madre siempre le advirtió que no estaba bien mirar con fijeza a los hombres) observó a los que había en el salón, preguntándose si le agradaría casarse con alguno de ellos. Desde luego ninguno de sus hermanos le parecía un buen marido suponiendo que no existiese el vínculo de consanguinidad Héctor era rudo y arrogante, Deifobo, taimado y artero; e incluso Paris, a pesar de sus cualidades, había abandonado ya a Enone. Troilo era sólo un niño, si bien, cabía la posibilidad de que cuando creciese siguiera siendo amable y cariñoso. Recordaba que, entre las amazonas, las jóvenes hablaban sin cesar de muchachos y que también allí había sentido en su corazón el peso de ser diferente. ¿Por qué a ella no le interesaba lo que tan importante era para las demás?

Tenia que existir algo valioso en el matrimonio, puesto que lo ansiaban todas las mujeres. Entonces recordó que la reina Imandra le había dicho que ella era sacerdotisa desde el nacimiento. Al menos ésta constituía una razón válida de la diferencia.

A Casandra se le cerraban los párpados. Hizo un esfuerzo por mantener los ojos abiertos y se irguió en su asiento, deseando que todo concluyera cuanto antes. Llevaba levantada y en camino desde antes de que rompiera el día, y ésta había sido una larga jornada.

Príamo había llamado a Paris a su lado y hablaban de barcos, de la ruta de navegación hasta las islas aqueas y del mejor modo de acercarse a las gentes de Agamenón. Andrómaca se hallaba medio dormida. Casandra pensó que aquélla había sido la fiesta más anodina que había visto, aunque en verdad no había asistido a muchas.

Finalmente Príamo propuso un brindis en honor de los recién casados y pidió antorchas para escoltar a Héctor y a su esposa hasta la cámara nupcial.

Primera entre las mujeres, Hécuba encabezó el cortejo con una flameante antorcha en la mano. Ésta fluctuaba y resaltaba los colores de las paredes al pasar ante ellas. Tras Hécuba, Casandra y Polixena escoltaban a Andrómaca; seguían todas las mujeres del palacio, las concubinas de Príamo, sus hijas, las domésticas y hasta las criadas de las cocinas. El humo de las antorchas irritó los ojos de Casandra. Le pareció que sus llamas se elevaban, que había un terrible fuego al otro lado de aquellos muros, dentro incluso de la cámara nupcial; que conducían a Andrómaca hacia un terrible destino...

Se llevó las manos a los ojos como si quisiera apartar de sí la visión, y comenzó a gritar:

—¡No! ¡No! ¡El fuego! ¡No la hagáis entrar ahí!

—¡Cállate! —Hécuba apretó una de sus muñecas hasta que Casandra se retorció de dolor—. ¿Qué te sucede? ¿Te has vuelto loca?

—¿No puedes oír el estruendo? —le preguntó Casandra—. No, no, allí hay sólo muerte y sangre... Allí hay fuego, rayos, destrucción...

—¡Silencio! —le ordenó Hécuba—. ¿Qué horrible presagio junto al tálamo de una novia! ¿Cómo te atreves a hacer semejante escena?

—Pero no pueden oír, no pueden ver...

Casandra se sintió envuelta en oscuridad, y sólo percibía el fuego a través de aquella negrura. Se tapó los ojos para no verlo. ¿O acaso todo aquello no era más que el humo de las antorchas que distorsionaba su visión?

—¡Qué vergüenza! —Su madre aún la amonestaba mientras tiraba de ella—. Creí que la princesa de Colquis era amiga tuya. ¿Por qué pretendes estropear su noche de bodas con este escándalo? Siempre te mostraste celosa de las personas que acaparaban en cualquier momento la atención de los demás, pero pensé que, al crecer, lo habías superado...

Llevaron a Andrómaca hasta la cámara nupcial. También había sido decorada con seres marinos, tan bien representados que parecían retorcerse y nadar en los muros. Hécuba le había dicho en la cena que varios artesanos de Creta estuvieron pintando las paredes del palacio al estilo de su isla durante un año, y que los muebles tallados constituían un tributo de la reina de Cnoxos.

En la mesa próxima al lecho había una estatuilla de la Madre Tierra. Asomaban sus senos sobre un corpiño apretado, lucía una falda con volantes y aferraba una serpiente en cada mano. Andrómaca murmuró a Casandra mientras las mujeres le despojaban de su traje nupcial y le ponían una camisa de gasa egipcia:

—Mira, es la Madre Serpiente. Me la dio mi madre para que me bendijera esta noche...

Por un instante las oscuras aguas volvieron a inundar el interior de Casandra, amenazando con envolverla y arrastrarla. Se ahogaba de miedo. Sentía ansias de gritar ante el horror y el

pánico que trataban de estrangularla: Fuego, muerte, sangre, condenación para Troya... para todos nosotros...

El rostro de su madre, adusto e irritado, la obligó a controlarse. Abrazó a Andrómaca llena de temor, señaló la estatuilla, mientras que le decía en voz baja:

—Que te bendiga con la fertilidad, hermana.

En aquel momento parecía una niña alta. Sus cabellos, ya cepillados, habían perdido sus bellos tirabuzones y caían sobre sus hombros, sus ojos pintados parecían enormes y oscuros. Casandra, aún sumergida en las oscuras aguas de su visión, se sintió vieja y ajada entre todas aquellas muchachas que jugaban a las bodas sin tener la menor idea de lo que había detrás.

Ahora podía oír los epitalamios de los hombres que acompañaban escaleras arriba a Héctor, hacia su esposa. Andrómaca la abrazó y le dijo en voz muy baja:

—Tú eres aquí la única persona que no me es extraña. Casandra, te lo ruego, deséame felicidad.

Casandra sentía la garganta tan seca que apenas pudo hablar.

Si fuese tan fácil otorgar felicidad como desearla...

A través de sus labios resecos brotaron las palabras:

—Te deseo felicidad, hermana.

Pero no habrá felicidad... sólo perdición y la mayor tristeza de este mundo...

Casi podía oír los gritos de angustia y de dolor entre los alegres cantos de himeneo. Cuando Héctor penetró en la estancia escoltado por sus amigos, los rojos reflejos de las antorchas tiñeron sus caras con el escarlata de la sangre. ¿O sólo iluminaban los huesos de sus rostros, haciendo aparecer las calaveras?

De pie junto al lecho, la sacerdotisa les entregó la copa nupcial. Casandra pensó: Ésa debería haber sido tarea mía. Pero se hallaba presa del terror y supo que jamás habría podido tener el suficiente ánimo para poner la copa en manos de su amiga.

—No muestres esa cara tan desconsolada, hermanita —dijo Héctor, acariciando ligeramente sus cabellos—. Pronto te llegará el turno; en la cena nuestro padre estuvo hablando de que ahora había que encontrarte un marido. ¿Sabes que se te ha ofrecido el hijo del rey Paleo, Aquiles? Nuestro padre afirma que existe una profecía según la cual será el héroe más grande de todos los tiempos. Tal vez un matrimonio con un aqueo zanjaría estas estúpidas guerras, aunque yo preferiría luchar contra Aquiles y ganar la gloria del combate.

Casandra se aferró frenéticamente a los hombros de Héctor.

—Ten cuidado con lo que pides —murmuró—, porque algún dios podría concedértelo. ¡Ruega para que nunca tengas que enfrentarte con Aquiles!

La miró disgustado y retiró las manos de sus hombros.

—Como profetisa, hermana, eres un pájaro de mal agüero; y no me gusta oír tus graznidos en mi noche de bodas. Vete a tu cama y déjanos en la nuestra.

Ella sintió que se retiraban las negras aguas, dejándola vacía, desconsolada y enferma; e ignorante de lo que había estado diciendo.

—Perdóname, no pretendía ofenderte —susurró—. Sabes muy bien que sólo deseo bienes para ti y para nuestra prima de Colquis...

Héctor rozó su frente con los labios.

—Ha sido un largo día y vienes de muy lejos —dijo—. Sólo los ^dioses saben qué locuras aprendiste en Colquis. No es extraño que casi desvaríes por el cansancio. Buenas noches entonces, hermanita y... mira lo que hago con tus presagios. —Tomó la antorcha que había junto a la cama y, rápidamente, la apagó. ¡Qué desaparezcan igual que la llama!

Ella se volvió, insegura, mientras que las restantes mujeres alzaban sus voces en el último epitalamio. Sabía que también ella debería cantar pero sintió que, aunque hubiera estado en juego su propia vida, no hubiese podido emitir una sola nota. Con pasos torpes se apartó del lecho y salió de la cámara nupcial, dirigiéndose apresurada a su propia estancia. Cayó sobre su lecho, sin molestarse siquiera en despojarse de sus galas ni limpiar su rostro de cosméticos. Se sumió en el sueño cuando las oscuras aguas se alzaron otra vez sobre ella, ahogando los últimos ecos de las alegres canciones de himeneo.

Durante muchos días resonaron en el puerto los martillazos y los hachazos a medida que crecía la nave en la basada en donde habían montado la quilla. Y cada noche llegaban al gran salón arpistas para entonar la balada de Jasón y la construcción del Argos.

Durante semanas cargaron provisiones para el viaje, mientras los veleros cosían con sus grandes agujas el enorme lienzo extendido sobre la blanca arena de la playa. Para secar o ahumar toneles de carne, ardieron hogueras noche y día en el patio. Se reunieron cestas de frutas y grandes cántaros de aceite y de vino y muchas armas. Las mujeres tenían la impresión que durante meses todos los herreros del reino habían estado forjando puntas de flecha de bronce, espadas de bronce o de hierro y armas de todas clases.

Docenas de los mejores guerreros de Príamo acompañarían a Paris, no para hacer la guerra sino en previsión de que encontraran piratas al cruzar el Egeo, tanto si se trataba del famoso saqueador Odiseo (que a veces acudía al palacio de Príamo a vender su botín, o tan sólo para pagar el tributo que se exigía a los barcos que cruzaban los estrechos rumbo al Norte) como de cualesquiera otros. Esta expedición, cargada de regalos para Agamenón y otros reyes aqueos, no sería saqueada; la misión, o al menos así lo dijo Príamo, consistiría en negociar un rescate honorable por Hesione.

Casandra observó cómo crecía la nave bajo las manos de sus constructores y deseó apasionadamente navegar en aquella embarcación con Paris y los demás.

Durante dos o tres días, mientras los guerreros se adiestraban en el patio, tomó una de las túnicas cortas de Paris y, enmascarada bajo un casco, se adiestró con ellos en el combate con espada y escudo. La mayoría de los guerreros creyó que quien peleaba era Paris. Como éste aparecía pocas veces en el campo de maniobras, tardó en ser descubierta. Aunque sabía que aquello sólo era una simulación, disfrutó inmensamente y, durante un tiempo considerable, la destreza de sus largos miembros y su fuerza muscular mantuvieron oculta su identidad.

Pero un día combatió contra un amigo de Héctor y fue derribada. El propio Héctor lo presenció y le quitó el casco. Luego, airado, le arrebató la espada de la mano.

—Ahora vete dentro, Casandra, y ocúpate de hilar y de tejer —bramó—. Hay trabajo suficiente para ti en las tareas femeninas. Si vuelvo a sorprenderte disfrazada aquí, te destrozaré con mis propias manos.

—¡Déjala en paz! —gritó Andrómaca, que había observado la escena desde un banquillo.

Estaba confeccionando un rojo cojín para el carro de Héctor y remataba el bordado de oro. Su esposo se volvió hacia ella, enojado.

—¿Sabías que ella estaba aquí, Andrómaca?

—¿Y qué importa que lo supiera o no? —inquirió Andrómaca, con rebeldía— ¡Mi propia madre y también la tuya combatieron como guerreras!

—No es conveniente que mi hermana, o mi esposa, estén en el exterior, a la vista de los soldados —dijo Héctor, malhumorado—. Ve dentro y atiende a tus propios asuntos; y no más confabulaciones con esta maldita marimacho.

—¿Crees que también a mí puedes golpearme? —preguntó Andrómaca con petulancia—. ¡Pues ya sabes lo que conseguirás si lo intentas!

Casandra advirtió atónita el rubor que asomaba en el turbado rostro de su hermano.

El viento fresco agitaba en torno de la cara de Andrómaca sus negros cabellos. Vestía una túnica suelta casi del mismo color que el de su traje nupcial y estaba muy bella. Héctor respondió por fin, en tono tan bajo que Casandra supo que no deseaba que nadie más que su mujer lo oyera, ni siquiera su propia hermana:

—Pudiera ser, esposa. Pero me parece más conveniente que te dirijas al recinto de las mujeres y que te ocupes de tu telar: es mucho el trabajo que te aguarda. Y prefiero que allá estés a que vengas hasta aquí y acabes por imitar a Casandra. Si mis palabras hacen que te sientas mejor, te prometo que no te pegaré esta vez.

Después, en tono normal, dijo dirigiéndose a Casandra:

—Por lo que a ti se refiere, ve y dedícate a tus propios asuntos. De otro modo se lo diré a nuestro padre y quizás él logre hacerse obedecer.

Comprendió ella que le había impresionado la hosquedad que asomaba a su rostro porque añadió más amablemente:

—Vamos, hermanita, ¿crees que yo estaría aquí, adiestrándome hasta el agotamiento con el escudo y la lanza si pudiese permanecer fresco y cómodo dentro de casa? El combate puede parecerte bello cuando se trata tan solo de pelear con lanzas y flechas contra tus amigos y hermanos. —Desnudó su brazo, alzando la manga de su túnica de lana por encima de la cenefa de vivos bordados, y mostró un largo tajo rojizo, aún rezumante en el centro—. Mira todavía me duele cuando muevo el brazo. ¡Las heridas reales que se causan y se reciben, hacen que la guerra no resulte tan atractiva!

Casandra observó la herida que afeaba el terso y musculoso brazo de su hermano y sintió una opresión extraña y enfermiza bajo su diafragma. Titubeó y recordó el instante en que degolló al hombre que intentó violarla. Casi sintió deseos de contárselo; era un guerrero y desde luego lo entendería. Luego le miró a los ojos y supo que no sería así. Nunca, pensó, él vería más allá del hecho de que era una muchacha.

—Alégrate, hermanita, de que fuese sólo yo quien te vio caída —añadió sin aspereza— porque si te hubieses revelado como mujer en el campo de batalla... He visto violar guerreras sin que ningún hombre se opusiera. Si una mujer rechaza la protección que es legítima para esposas y hermanas, no puede esperar otra.

Se caló el casco y se alejó, seguido por las miradas de las dos mujeres, Casandra estaba irritada, sabiendo que se esperaba de ella que se sintiese avergonzada; Andrórnaca contenía la risa. Al cabo de un momento dejó de reprimirla

y rió.

—¡Qué furioso estaba, Casandra! ¡Me habría sentido aterrada de haber sido yo el blanco de su ira! —Se puso el chal sobre los hombros para protegerse del fresco viento—. Vamos, entremos. Tiene razón, y tú lo sabes; si te hubiese descubierto cualquier otro hombre... —Frunció los labios y exclamó, fingiendo estremecerse—: ¡Desde luego habría sucedido algo terrible!

No viendo otra alternativa, Casandra asintió y Andrómaca la tomó del brazo.

Por primera vez en muchos días, Casandra advirtió que la oscuridad profética hacía presa de ella.

Mientras había estado en el campo, empuñando un arma, no fue consciente de lo que la hizo gritar la noche de las bodas. Ahora, a través de esas oscuras aguas, vio a Andrómaca y en torno de ella algo más, envuelto en un frío y terrible fuego de tristeza y terror, pero también de un gran júbilo previo al dolor que le impulsó a poner la mano en el brazo de Andrómaca y preguntarle en voz baja? —¿Esperas un hijo?

Andrómaca sonrió; no, pensó Casandra, destelló. —¿Te lo parece? Aún no estoy segura. Creo que le preguntaré a la reina cómo puedo tener esa seguridad. Ha sido tan amable conmigo tu madre, Casandra. Mi propia madre nunca me comprendió ni aprobó mi conducta, porque yo era blanda y cobarde y no deseaba ser guerrera; pero Hécuba me quiere y creo que se alegrará si espero un hijo.

—Yo estoy completamente segura de eso —opinó Casandra.

Y luego, como sabía que Andrómaca estaba a punto de preguntarle la razón de tal certeza, buscó la manera de explicárselo sin hablarle de las oscuras aguas y de la terrible corona de luego.

—Me pareció por un momento que podía verte con un hijo de Héctor en los brazos.

Andrómaca sonrió sin reservas y, por una vez, Casandra sintió que había proporcionado placer y no miedo con su don indeseado.

En los días que siguieron no volvió a tomar las armas pero acudió con frecuencia, sin que se le reprochara, a ver cómo progresaba la construcción de la nave. Crecía día a día sobre la enorme basada en la arena y casi antes de que el embarazo de Andrómaca resultase visible, estaba ya dispuesta para la botadura. Un toro blanco fue sacrificado en el momento en que se deslizó suavemente por la rampa hasta el agua.

Entonces, Héctor, que se hallaba entre su esposa y Casandra, preguntó:

—Tú que constantemente profetizas sin que nadie te lo solicite. ¿Qué futuro le ves a esta nave?

—Nada veo. Y quizá sea éste el mejor augurio —respondió ella, en voz baja.

Podía distinguir a la nave de retorno con un dorado resplandor, como el del rostro de algún dios y nada más.

—Sin embargo, creo que eres afortunado por no ir en ella, Héctor —añadió.

—Así sea, pues —dijo Héctor.

Paris se acercó para despedirse. Estrechó cordialmente la mano de Héctor y abrazó a Casandra, sonriéndole. Besó a su madre y saltó a bordo de la nave. Toda la familia vio cómo ésta se alejaba del muelle, con la enorme vela hinchada por el viento. Paris se hallaba junto al remo timón, erguido y esbelto; su cara estaba iluminada por el sol poniente. Casandra se soltó del brazo de su madre y se abrió paso entre el gentío que vitoreaba. Se dirigió hacia una mujer alta que permanecía con los ojos clavados en la vela cuyo tamaño había menguado hasta parecer de un barco de juguete.

—Enone —la llamó, reconociéndola por haberla visto con los ojos de Paris. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Por qué no viniste a despedirte de él con el resto de su familia?

—Cuando empecé a amarlo ignoraba que era un príncipe —dijo la muchacha, con su encantadora voz, ligera y musical. —¿Cómo iba a acercarse al rey y a la reina una plebeya como yo cuando estaban despidiendo a su hijo?

Casandra pasó un brazo en torno a los hombros de Enone y le dijo con ternura:

—Debes venir a vivir en el palacio. Eres su esposa y la madre de su hijo, así que te querrán lo mismo que al propio Paris.

Y si no quieren, pensó, tendrán que comportarse como si así fuera, en aras del honor de la familia. ¡Pensar que ha partido sin decirle adiós!

El rostro de Enone estaba cubierto por las lágrimas. Se aterró al brazo de Casandra.

—Dicen que eres profetisa, que puedes ver el futuro —afirmó, entre sollozos—. ¡Dime que volverá! ¡Dime que volverá a mí!

—Oh, pues claro que volverá —dijo Casandra. Volverá, pero no a ti.

Se sentía confusa ante la profundidad de sus propias emociones.

—Permíteme que hable a mi madre de ti —le rogó. Y fue a buscar a Andrómaca para que presenciara su charla con Hécuba.

—¿Cómo se te ha ocurrido, Casandra, llevar a palacio a una campesina? —le preguntó su cuñada, con un suave tono de reproche.

—No es sólo eso; su cuna es tan noble como la nuestra —manifestó Casandra—. Te basta observar sus manos para advertirlo. Su padre es un sacerdote del dios del río Escamandro.

Repitió este argumento a Hécuba, cuyo primer impulso fue decir:

—Desde luego, si espera un hijo de Paris; pero, ¿cómo puedes estar segura de eso, hija?... Debemos cuidar de que se halle bien atendida y de que nada le talle. ¿Crees que es necesario llevarla a palacio?

Sin embargo, cuando conoció a Enone, quedó encantada de su belleza y le destinó unas habitaciones del piso más alto del palacio, con mucha luz y ventilación, desde las que se veía el mar. Estaban vacías y olían a ratones, pero Hécuba dijo:

—Nadie ha usado estas habitaciones desde que murió la madre de Príamo, que vivía aquí. Traeremos artesanos y haremos que las decoren de nuevo para ti, querida, si puedes arreglarte tal como están, por una noche o dos.

Los ojos de Enone, muy abiertos, expresaban su incredulidad.

—Eres demasiado buena conmigo... Esto es harto lujoso para mí...

—No seas tonta —le contestó Hécuba, con brusquedad—. Nada hay demasiado lujoso para la esposa de mi hijo, que pronto me dará un nieto. Llamaremos a los artesanos de Creta que se hallan aquí pintando frescos en algunas casas de la ciudad y decorando vasos y ánforas de aceite. Les enviaré mañana un mensaje.

Cumplió su palabra, y al cabo de dos días acudieron los cretenses a revocar las estancias y a pintar en los muros escenas festivas, grandes toros blancos y los saltos de los danzarines taurinos, con colores reales. Enone se mostró maravillada de la decoración, y se alegró como una niña cuando Hécuba envió a varias domésticas para que la cuidasen.

—No debes hacer esfuerzos excesivos para no perjudicar a mi nieto —la cortó Hécuba cuando ella trató torpemente de darle las gracias.

Andrómaca se mostró también amable con Enone, aunque de un modo desenfadado. Al principio Casandra pasaba largos ratos con ella, confusa ante sus propios sentimientos. Andrómaca pertenecía ya a Héctor y Enone a Paris; ella carecía de amigas íntimas y, si bien Príamo hablaba casi cada día de la necesidad de hallarle un marido, no estaba segura de lo que deseaba ni de lo que respondería si se lo preguntaban, aunque probablemente no tendría esa oportunidad.

No entendía por qué le afectaba tanto la presencia de Enone, aunque suponía que era por haber compartido las emociones de Paris hacia la muchacha cuando la hizo su esposa. Pero si Paris amaba a Enone, ¿por qué se había mostrado dispuesto a abandonarla? Experimentaba un gran deseo de cuidarla y consolarla, y al mismo tiempo de apartarse de ella, cohibida incluso cuando la abrazaba despreocupadamente como es común entre muchachas.

Inquieta y asustada, empezó a rehuir a Enone y eso significó que rehuyó también a Andrómaca; porque las dos jóvenes esposas pasaban ahora mucho tiempo juntas, hablando de los bebés que esperaban y preparando su ropita, que era una actividad que carecía de atractivo para Casandra. Su hermana Polixena, de la que nunca fue amiga, aun no se había casado si bien Príamo negociaba para obtener la mejor alianza posible y ella no pensaba ni hablaba de otra cosa.

Casandra pensaba que cuando Paris volviera, ella se sentiría menos obsesionada con Enone. Pero ignoraba cuando llegaría ese momento. Sola, bajo las estrellas, en la alta terraza del palacio, lanzaba sus pensamientos en busca de su hermano gemelo y no recibía más que la brisa marina y una visión estremecedora de la honda oscuridad del mar, tan real que podía distinguir los guijarros del fondo.

Un día, eligiendo un momento en que Príamo se hallaba de buen humor, acudió a él, e imitando las zalamerías de Polixena, le preguntó con suavidad:

—Por favor, dime, padre, ¿hasta dónde irá Paris y cuánto tiempo tardará en regresar?

—Mira, hija mía. Aquí estamos en la costa de los estrechos —dijo Príamo, sonriendo con indulgencia—. A diez días de navegación rumbo al Sur se encuentra un grupo de islas gobernadas por los aqueos. Si logra evitar los arrecifes de aquí —esbozó un litoral—, puede navegar por el Sur hasta Creta o hacia el Noroeste para llegar a los territorios continentales de los atenienses y de los micénicos. Si ha tenido vientos favorables y no ha padecido tormentas capaces de hacer zozobrar una nave, puede estar de regreso antes de que concluya el verano; pero tiene que negociar y quizá sea invitado por uno o más de los reyes aqueos... como se llaman a sí mismos. Son recién llegados a estas tierras; algunos de esos pueblos arribaron en vida de sus padres. Sus ciudades son nuevas; la nuestra es antigua. Había aquí otra Troya, hija mía, antes de que mis antepasados construyesen nuestra ciudad. —¿De veras?

Logró que su voz fuese suave y llena de admiración como la de Polixena. Él sonrió y le habló de la antigua ciudad cretense que antaño se alzó a no más de un día de navegación a lo largo de la costa.

—En esa ciudad —añadió— había grandes almacenes de vino y de aceite y puede que por eso ardiera cuando el gran Poseidón que agita la tierra hizo levantarse el mar y temblar el suelo. Durante un día y una noche se cernió sobre todo el mundo una gran oscuridad, que por el Sur alcanzó incluso a Egipto. La bella isla de Kallistos se sumió en el mar. Se hundió el templo de la Madre Serpiente, pero quedaron intactos los de Zeus Tenante y de Apolo. Por esa razón ahora se adora menos en las tierras civilizadas a la Madre Serpiente.

—¿Pero cómo sabemos que fueron los dioses quienes hicieron temblar la tierra? —preguntó Casandra—. ¿Enviaron mensajeros para decírnoslo?

—No lo sabemos —repuso Príamo—. Más, ¿quién podía ser sino ellos? Sin dioses no existiría más que el caos. Poseidón es uno de los más grandes dioses de Troya y nosotros le suplicamos que mantenga firme la tierra bajo nuestros pies.

—Que así sea por largo tiempo —murmuró fervorosamente Casandra.

Y como advirtió que la atención de su padre se había desviado hacia su copa de vino, solicitó respetuosamente permiso para retirarse. Príamo se lo otorgó, y ella salió al patio con muchas cosas en que meditar. Si se produjo un gran terremoto (del cual había oído hablar desde niña como acaecido antes del nacimiento de Príamo), quizá fuera razón suficiente para desacreditar el culto de la Madre Tierra, sin más excepción que la de las tribus de las mujeres.

Reinaba gran actividad en el patio. Por todas partes se afanaban los artesanos que estaban pintando los frescos de las habitaciones altas asignadas a Enone; molían nuevos pigmentos y los mezclaban con aceite. Los escribas contaban ánforas de vino recogidas como diezmo de una de las naves amarradas en el puerto; algunos soldados practicaban con las armas. Lejos de la ciudad, Casandra pudo distinguir una nube de polvo que era probablemente Héctor, adiestrando a los caballos de su nuevo carro. Vagó entre los hombres como un fantasma que nadie viera; como si fuese una hechicera y me hubiese tornado invisible, pensó, y se preguntó si sería capaz de conseguirlo realmente y si sería ventajoso para ella hacerlo.

Sin razón alguna, sus ojos se fijaron en un joven que se afanaba en marcar muesas en una tarja y precintaba con cera las cuerdas que mantenían cerradas las grandes ánforas de aceite o

de vino. Cada precinto significaba que la vasija correspondiente estaba destinada a la casa del rey.

Pareció sentirse un poco inquieto bajo el escrutinio a que lo sometía, y miró hacia otro lado. Casandra, ruborizándose, apartó los ojos, puesto que le habían enseñado que era impropio de una doncella mirar fijamente a los jóvenes, mas después se sintió impulsada a mirarlo de nuevo. Aquel muchacho parecía resplandecer. Sus ojos adquirieron un aspecto extraño, casi vacuno; luego se enfocaron, y él se incorporó. Daba la impresión de que su estatura había aumentado cuando estuvo frente a ella. Sí, era en Casandra en quien clavaba los ojos y, en una instantánea revelación, comprendió que el dios estaba en posesión de aquel hombre, porque ella estaba contemplando de nuevo el rostro de Apolo, el Señor del Sol.

Su voz resonó como el trueno y ella se preguntó, con un retazo de conciencia, cómo era posible que los demás continuaran tranquilamente su trabajo.

Casandra, hija de Príamo, ¿me has olvidado? —Nunca, señor —susurró ella.

¿Has olvidado que puse mi mano sobre ti y que te llamé? —Nunca —murmuró ella, de nuevo. Tu lugar se halla en mi templo; ve allí, te lo ordeno. —Iré —contestó ella casi en voz alta, mirando la forma luminosa.

Entonces el despensero cruzó el patio y el joven rieló, ondeó en el sol, y éste nubló los ojos de Casandra...

La visión había desaparecido, y por un momento se preguntó si en efecto se le había ordenado ir al Templo del Señor del Sol. ¿Debería tomar su manto y su serpiente y ascender a la cima de los dioses al instante? Dudó; si en realidad lo había soñado y no había sucedido, ¿qué le diría a los sacerdotes y las sacerdotisas del templo? Con seguridad, existirían castigos para blasfemias de ese género...

No. Era la hija de Príamo, una princesa de Troya y sacerdotisa de la Gran Madre. Puede que estuviese equivocada, pero eso no era una blasfemia, ni algo que debiera quedar ignorado. Silenciosamente, entró en el palacio.

Si no he sido llamada, Señor del Sol, envíame una señal —rogó.

En la gran escalera se encontró con Hécuba, que vestía una bata. Las arrugas de su entrecejo la hacían parecer más vieja.

—Estás ociosa, hija —la censuró Hécuba—. Si no eres capaz de ocuparte en algo, yo te encontraré alguna tarea; a partir de ahora no abandonarás por la mañana el recinto de las mujeres hasta haber hilado y tejido. Dejas que tu hermana haga tu trabajo, y no te avergüenzas. ¿Fue sólo haraganería lo que aprendiste entre las mujeres de mi tribu?

—¡No estoy ociosa! —replicó airada Casandra. ¿Era ésta la señal que había pedido?—. He sido enviada por el dios, que me ha ordenado que acuda a su templo.

El entrecejo de Hécuba se arrugó aún más, y sus ojos se estrecharon.

—Casandra, los dioses eligen a sus sacerdotisas entre la gente común. No llaman a una princesa de Troya.

—¿Me crees de menor valía que cualquier otra? —estalló Casandra—. ¡Desde niña supe que Apolo deseaba que fuese suya, y ahora me ha convocado!

—Oh, Casandra —suspiró Hécuba—, ¿por qué dices semejantes desatinos?

Pero ella ya no la escuchaba. Dio media vuelta y bajó corriendo la escalera, cruzó las grandes puertas y se apresuró a subir la colina camino del templo de Apolo.

Casandra ascendió por los escalones de la calle que atravesaba la ciudad desde la parte más baja a la más alta, casi sin darse cuenta de que las mujeres que vivían en las casas que bordeaban apretadamente la calle de escalones habían salido con gran alboroto de vestidos

teñidos de vivos colores, para contemplar su precipitado ascenso. Los latidos de su corazón la obligaron a disminuir la velocidad y después a detenerse.

Se inclinó, sintiéndose casi enferma. Había sido educada para guardar el decoro ante los desconocidos, oprimió una de las anchas mangas de su vestido contra sus labios, tratando de dominar las náuseas y el agudo dolor de su pecho, y buscó un escalón donde sentarse para recobrar el aliento. No quería aparecer en el umbral del dios como una fugitiva desastrada.

—Princesa —dijo una voz amable y alzó los ojos para ver a una mujer de edad que se inclinaba sobre ella con un tazón de barro en las manos—. Has subido mucho y muy aprisa, con este sol, ¿me permites que te ofrezca agua? ¿O prefieres entrar en mi casa para que te dé un poco de vino frío?

La idea de la fresca sombra del interior resultaba tentadora, pero a Casandra le avergonzaba mostrar o reconocer debilidad.

¿Cómo puede debilitarme el sol? Soy la amada de Apolo... Pero no pronunció estas palabras sino que murmuró unas frases de agradecimiento, antes de llevar el recipiente a sus labios. El agua sabía un poco a cieno y estaba tibia pero le hizo bien a sus labios y a su garganta resecos.

—¿Quieres descansar unos momentos dentro de mi casa, princesa?

—No, gracias —mantenía apartados los ojos—. Me encuentro bien; me sentaré aquí y descansaré un instante.

La luz hería sus ojos. Hizo pantalla con una mano para proporcionarles sombra, miró hacia abajo, al deslumbrante reflejo del puerto. Durante un momento, el sol le nubló la vista; después vio con claridad y estuvo a punto de gritar: «El azul del mar se ha oscurecido con las velas de muchas naves.»

¡Muchas! ¿De dónde procedían?

No eran naves de su padre. Cuando trató de centrar su mirada en una de ellas, dudó de repente de que se hallasen allí. Al cabo de unos pocos momentos, las azules aguas del puerto volvieron a resplandecer vacías, excepto por un viejo navío cretense, portador de pinturas y madera. Había sido sólo una visión, una alucinación. Apartó sus ojos doloridos del engañoso mar, se puso en pie lentamente y reanudó la subida. Mantenía los ojos entrecortados a causa del sol, que resplandecía como fuego sobre las murallas de Troya. Siguió ascendiendo, poco a poco, mientras iba tomando conciencia de que aquella huida era una locura, que no se corre hacia un dios como una cabra escapa del rebaño. Debería haber acudido, pero con la dignidad de una princesa de Troya, acompañada adecuadamente y portadora de las ofrendas precisas para la casa del dios.

Sin embargo, sería un error regresar ahora. A no ser que la falsa visión de las naves le hubiera sido enviada como advertencia... No, ni aun así, no podía retrasar el cumplimiento de su compromiso con el dios.

Remontó la cuesta, acercándose al templo del Señor del Sol.

Un estallido de luz, desencadenado por el resplandor de un relámpago veraniego, atrajo su atención a las alturas, donde se alzaba el templo de Palas Atenea y, de repente, la asaltaron dudas. Había sido iniciada como sacerdotisa de la diosa, enviada al Más Allá en su busca y aceptada por ella. ¿Acaso no fue la Madre Tierra quién la llamó en su temprana niñez y le habló con la voz de la profecía? ¿Estaba entonces mostrándose desleal con la Madre Divina, Doncella y protectora de las doncellas, desdeñándola por el bello Señor del Sol?

Fue presa de un súbito pánico, tan extremado que creyó que iba a vomitar. Luego tragó saliva entre espasmos. Todo su cuerpo rebosaba de un miedo cuyo sabor podía paladear. Oyó fuertes pasos tras ella y, por un momento, el cielo se oscureció sobre su cabeza. Una idea

dominó su mente anegada en las oscuras aguas: tengo que llegar al templo de la Doncella; sólo allí estaré a salvo... Ningún hombre osaría poner sus manos en quien ella protege...

Casandra parpadeó, incrédula. No había peligro, ni llamaradas ni perseguidor. El puerto relucía vacío y azul; en aquella calle sólo había unas cuantas mujeres que observaban su lenta ascensión hacia las grandes puertas del templo de Apolo.

¿Es el dios quién me envía esta locura? Hizo una pausa para recobrar el aliento y cruzó el umbral del templo.

Sintió una súbita ráfaga de viento, como si una mano gigantesca la hubiese empujado hacia el interior. Se arregló maquinalmente el cabello y miró en torno de sí, casi decepcionada de que nadie pareciese haber reparado en ella. ¿Qué esperaba? ¿Qué saliera el propio dios a darme la bienvenida?

Una mujer de cierta edad, con el vestido normal de sacerdotisa, blanca túnica y un velo teñido de azafrán, alzó la cabeza y miró a Casandra. Luego se puso en pie y se dirigió hacia ella.

—Bienvenida seas, hija de Príamo. ¿Llegas en busca de un oráculo, de un augurio o para ofrendar un sacrificio?

—le dijo.

—No, por nada de eso —contestó con firmeza, pero le faltaban palabras para revelar su propósito—. He venido... porque el dios me dijo que viniese... para ser sacerdotisa suya...

Y calló, sintiéndose estúpida. Pero la mujer le sonrió con amabilidad. —Sí, claro. Recuerdo el día en que nos visitaste cuando eras sólo una niña y te mostraste tan satisfecha de estar aquí... Pensé que quizás un día el Señor del Sol te llamaría. Así que pasa y háblame. En primer lugar, ¿qué edad tienes? Me parece que ya eres toda una mujer.

—Mi madre me ha dicho que cumpliré dieciséis años después del solsticio de verano —respondió Casandra mientras entraban.

Recordó la estancia donde había comido sandía mientras su madre aguardaba el oráculo, y le pareció increíble que hubiese cambiado tan poco en tantos años. Se preguntó por las serpientes que vio y acarició entonces. Eran de una especie de corta vida; probablemente haría ya mucho tiempo que murieron. El pensamiento la entristeció. La sacerdotisa le indicó con un gesto que se sentara. —Háblame de ti —le pidió—. Dime lo que te hace pensar que has sido llamada a nuestro templo.

Cuando Casandra hubo concluido su relato, la sacerdotisa dijo:

—Bien, Casandra. Si deseas ser una de nosotras, tendrás que vivir durante un año en el templo para aprender a interpretar los oráculos y los presagios y a hablar con el dios. —Me alegrará vivir en la casa del dios —contestó Casandra, llena de felicidad.

—Entonces debes enviar a una dé las servidoras del templo para que traiga tus cosas; sólo unas cuantas mudas y tal vez un manto de abrigo. Porque llevarás el vestido normal de sacerdotisa. Todas somos aquí hermanas. Y no lucirás joyas ni otra clase de adornos mientras mores en el templo.

—Nada me atraen las joyas —manifestó Casandra—, ni tengo muchas. Pero, ¿por qué no están permitidas?

La mujer sonrió.

—Es una regla del templo e ignoro por qué existe. Quizá sea porque muchas de las gentes que llegan a consultarnos son pobres y, si nos viesen cargadas de joyas, podrían considerar que estábamos enriqueciéndonos con sus ofrendas.

»Me llamo Caris. Es uno de los nombres de la Señora de la Tierra. He morado en la casa del Señor del Sol desde que tenía nueve inviernos, y ya cumplí cuarenta y siete. Vivimos

largo tiempo aquí a no ser que optemos por tener un hijo para el dios y muramos en el parto; pero eso no sucede con frecuencia, puesto que muchos de nuestros hermanos y hermanas son curanderos. ¿Tienes el permiso de tu madre o de tu padre para residir en la casa del dios?

—Creo que mi madre accederá —contestó Casandra—. Por lo que a mi padre se refiere, tiene numerosos hijos e hijas. No creo que le importe si estoy en la casa del dios o en la suya. Nunca he sido una de sus favoritas.

»Pero dime, ¿puedo conservar a mi serpiente en el templo? Fue un regalo de Imandra, reina y sacerdotisa de Colquis y nadie en Troya la estima. Temo que la descuiden en mi ausencia.

—Será bienvenida —manifestó Caris—. Puedes decir que la traigan.

La sacerdotisa llamó entonces a una doméstica, y Casandra le dio instrucciones acerca de qué debería recoger del palacio.

—Y acude a mi madre, la reina Hécuba, y dile que imploro su bendición.

La sirviente se inclinó y partió.

—Y ahora, si lo deseas —añadió Caris—, te mostraré las estancias en donde duermen las vírgenes de Apolo.

Así comenzó la época que Casandra recordaría más tarde como la más feliz y serena de toda su vida. Aprendió a consultar los oráculos, a leer los augurios y a servir al templo con las ofrendas aportadas. Cuidó de las serpientes sagradas y se instruyó en el arte de interpretar los significados de sus movimientos y de su conducta.

Como había previsto, su madre no formuló objeción alguna; envió con la sirviente todo lo solicitado y un mensaje: Di a mi hija Casandra que la bendigo y apruebo lo que hace; dile además que le envío muchos besos y abrazos.

Halló muy pronto amigas en el templo y, al cabo de unos pocos meses, eran numerosos los fieles y orantes que acudían en su busca y que preferían que fuese ella quien aceptara sus ofrendas y quien les diese consejo.

—No comprendo por qué vienen al dios con preguntas tan estúpidas para las que no necesitarían de la palabra de un inmortal sino sólo el preciso sentido común —le dijo un día a un sacerdote, ya anciano.

—Porque muchos de ellos son estúpidos de nacimiento o, peor aún, creen que los dioses no tienen nada mejor que hacer que resolver los asuntos de los hombres —le dijo él—. Yo pienso que los dioses poseen suficientes preocupaciones propias en la tierra de los inmortales para atender a las minucias de los hombres vulgares. Tal vez se ocupen de los reyes y de los héroes pero... —Bajó los ojos y disminuyó el tono de su voz hasta convertirla casi en un murmullo—. Incluso de eso he visto muy pocas pruebas, hija de Príamo.

Casandra se sintió un poco asombrada ante aquella blasfemia, pero consideró que si el sacerdote tenía escasa fe en el dios, más le perjudicaba a él que a otros. Por lo que a sí misma atañía, mientras permaneció en el templo, experimentó una sensación grande y con frecuencia abrumadora de la presencia de su dios, como cuando la llamó por primera vez.

Eso no significaba que su vida en el templo estuviese exenta de cuidados. Algunas de las vírgenes se mostraban manifiestamente envidiosas porque la consideraban favorita de sacerdotes y sacerdotisas mayores, y le hablaban o se referían a ella ante otros con dureza y rencor. Pero nunca había despertado muchas simpatías entre las muchachas de su edad, ni siquiera en su hermana y medio hermanas, excepto entre las amazonas, y se había resignado a tal circunstancia incluso antes de salir de la niñez.

Pero en general, se sentía objeto de cariñosas atenciones. ¿Qué otra cosa podía suceder cuando moraba en la casa del dios? Eran muchas las mujeres del templo que hablaban del

Señor del Sol como otras hablan de un marido o de un amante; en realidad, una de las designaciones habituales de las sacerdotisas era la de «esposas del dios». De una de las mujeres, Filida, se consideraba que había sido realmente esposa del dios: había dado a luz un niño que fue aceptado como hijo de Apolo.

Cuando Casandra lo supo, se sintió incomodada y disgustada ante lo que le pareció una tonta superchería.

¿Es esa muchacha una estúpida, engañada por un vulgar seductor? ¿O había inventado aquello para disimular una aventura prohibida?, se preguntó Casandra; Porque a las vírgenes del dios les estaba vedada toda relación con hombres. Eran cuidadosamente vigiladas y a ninguna se le permitía recibir visitas ni regalos o ver a su padre o a sus hermanos varones excepto en presencia de una de las tutoras que cuidaban y escoltaban a las doncellas del Señor del Sol. Si yo deseara ser la novia de cualquier mortal, pensó, a mi padre le encantaría disponer mi matrimonio. A veces, Casandra pasaba casi toda la noche en vela, escuchando la inconfundible voz del dios cuando le hablaba, un inmortal resplandeciente que era algo más que un simple hombre. Más de una vez soñó que yacía desmayada en los brazos de su dios, un éxtasis sobrenatural que dominaba todos sus sentidos: al oír hablar a otras muchachas (aunque su timidez le impidiera participar en esas confidencias) supo que no era la única favorecida con tales sueños.

En cierta ocasión, cuando una de las muchachas narraba su último sueño, lleno de detalles eróticos, que Casandra consideró producto de su imaginación, le dijo:

—Si tanto sueñas, Esiria, con yacer con un hombre, ¿por qué no llamas a tu padre y le pides que te encuentre un marido? ¿No puedes hallar además otra cosa en que ocupar tus pensamientos y de lo que sea más útil hablar?

—Lo que te pasa es que estás celosa porqué el dios no quiere yacer contigo ni siquiera en un sueño —replicó Esiria—. Y si él lo quisiera, ¿tratarías de negarte? Un extraño escalofrío recorrió a Casandra. —Si quisiera yacer conmigo —declaró—, intentaría asegurarme de que en verdad era el dios y no algún hombre lujurioso, propicio a engañar a una mujer estúpida y crédula o a una muchacha romántica. Sé que hay hombres en este templo que no dudarían en aprovecharse así de alguien. ¿O crees que los sacerdotes son eunucos porque hayan aceptado el voto de castidad?

Esiria no dijo más, y Casandra tampoco; pero al día siguiente, cuando las mujeres acudieron a sacar agua del pozo, buscó a Filida y le pidió que le dejase ver a su hijo. Como cualquier madre, la joven (porque no tenía aún la edad de Casandra) se mostró dispuesta a mostrarle a su niño.

Era, sin duda, muy guapo, con grandes ojos azules y rasgados, y cabellos rubios y rizados que hacían fácil creer la paternidad del Señor del Sol. Casandra lo admiró y lo besó. Luego preguntó a Filida con un tono adecuadamente temeroso:

—¿Cómo supiste que era el dios quien acudía a ti? —Al principio no lo supe —respondió la muchacha—. Creí que era un hombre con la máscara del dios e intenté gritar para llamar a una de las tutoras. Pero luego... ¿Has oído alguna vez la voz del dios, hija de Príamo?

Casandra sintió una opresión en la garganta, al recordar la voz.

—Oí... —Pero no pudo continuar.

—Entonces, si te sucede, lo sabrás —dijo Filida de un modo abrupto.

Casandra miró al bebé de nuevo.

—Qué guapo es. ¿Me lo dejas un momento? —le pidió. —Claro que sí.

El niño se había quedado dormido aunque su boca, como una rosa a medio abrir, se aferraba aún al pecho de la madre. Filida lo separó y lo puso en brazos de Casandra. Se agitó

y gimió pero ella lo acunó un poco, como había visto hacer a su madre, y el niño se calló. Su peso, húmedo y suave, era diferente a todo lo que hasta entonces hubiera sentido. Incluso entre las amazonas jamás tuvo en brazos a un niño tan pequeño. Se inclinó, acercándose a él, y tocó su suave piel con los labios: el tacto era exactamente igual que el de los pétalos de una rosa.

Un inmenso júbilo se apoderó de ella durante un momento; luego tuvo la impresión de que el sol se cubría con una nube y que la envolvía un viento frío, aunque se hallaba sentada en el cálido y luminoso patio, bajo un sol que casi abrasaba y había extendido su velo sobre el bebé para que el sol no dañase sus ojos o quemara su piel. Reconoció la negrura de la visión e, inmóvil, aguardó lo que no podía evitar.

En su esencia era sufrimiento y pesar. De algún modo se había deslizado a través del tiempo y supo que habían transcurrido los años desde aquel sereno instante: el niño que yacía contra su pecho era suyo. Su cabecita era morena y rizada, e incluso cuando un extraño impulso de felicidad brotó de ella, quedó enturbiado por la desesperación, el recuerdo de este mismo momento y una reacción de ira. La visión adquirió tal fuerza que, por un instante, se sintió paralizada; luego supo de nuevo dónde se encontraba. Una vez más había conseguido impedir que la ahogaran las oscuras aguas.

Cuando devolvió el bebé a los brazos de su madre advirtió en los ojos de Filida, muy abiertos e infantiles, algo semejante al terror.

—Parecías tan lejana y extraña, Casandra. Dicen que puedes escrutar en el futuro, ¿qué viste para mi hijo? —le preguntó.

Y como Casandra callaba, volvió a preguntarle.

—¿No habrás lanzado una maldición sobre mi niño?

—No, no, claro que no, pequeña —respondió Casandra.

—¿Lo bendecirás entonces, hija de Príamo?

Casandra hubiera deseado tranquilizarla y, dentro de sí misma, pugnó por llegar hasta la diosa, para tomar de ella el poder de bendecir. Mas, por el contrario, se oyó decir:

—Ay, no puede haber bendición para cualquier hijo de Troya nacido en este infausto año; pero quizás Apolo, su padre, pueda bendecirle aunque a mí me sea imposible.

Se levantó rápidamente y se alejó, seguida por los ojos de una Filida muda y angustiada.

Unos días más tarde llegó un doméstico con regalos para el templo, enviados por la casa del rey Príamo, y un mensaje para Casandra.

—Tu padre y tu madre quieren que acudas a tu casa para asistir a la boda de tu hermana Creusa —le dijo.

—Tendré que solicitar permiso —contestó Casandra.

El permiso le fue otorgado sin problemas, quizá con demasiada facilidad. Casandra sabía que no habría sucedido así en el caso de cualquier otra de las sacerdotisas jóvenes y realmente hubiera deseado que la trataran como a ellas. Pero no podía culpar a los sacerdotes y a las sacerdotisas de que no quisieran ofender al rey de Troya. Sólo insistieron en que, puesto que no era todavía una verdadera sacerdotisa sino que se hallaba en su año de prueba, si deseaba pasar la noche en casa de su padre tenía que ser debidamente acompañada y escoltada por una sacerdotisa mayor. —En tus manos está el poder de conferir ese favor, hija de Príamo. ¿A quién elegirás para acompañarte? —le dijeron.

Casandra no era del todo ignorante respecto a esa clase de intrigas cortesanas; fuera cual fuese la elegida, las demás se sentirían desdeñadas. Optando por una elección que nadie pudiese censurar o envidiar, eligió a Caris que había sido la primera en darle la bienvenida a la casa del dios.

Vistió una de las indumentarias más alegres entre los pocos y sencillos trajes de que disponía y, con su acompañante al lado, cruzó las calles, seguida tan sólo por una de las servidoras del templo.

Caris, que tantos años había vivido en la casa del Señor del Sol, se sintió impresionada cuando se acercaron a la gran ciudadela de Príamo y apenas pronunció una palabra.

Casandra también callaba porque había observado desde las alturas y visto de nuevo las negras naves en el puerto, sin saber si realmente estaban allí o si habrían de llegar algún día.

Cuando penetraron en el patio exterior, Hécuba salió a recibirlas. Casandra se inclinó para abrazar a su madre. Hécuba era una mujer alta pero ahora Casandra la superaba en estatura.

—¡No puedes seguir creciendo más! —exclamó su madre al elevar la mirada hacia su rostro—. ¡Eres más alta, Casandra, que la mayoría de los guerreros! No es posible que a un hombre le guste tenerte cerca...

—¿Qué importa eso, madre? Como no voy a casarme sino que pienso vivir en la casa del dios...

—Cosa que yo nunca aceptaré —dijo Hécuba, con energía—. Quiero ver a tus hijos antes de morir.

Pero nunca los verás, supo de repente Casandra. Con el recuerdo del instante en que tuvo contra sí al hijo de Filida llegó la dolorosa certeza, la amargura, la desesperación, de que antes que pudiera mecer a sus nietos, los ojos de Hécuba se habrían cerrado para siempre.

—No hablemos de eso, madre. Si quieres una boda, ya tienes a Creusa para casarla. Y Polixena es mayor que yo y aún está soltera. Hállale un marido y no te preocupes por mí. Háblame ahora del prometido de Creusa.

—Va a casarse con Eneas, hijo de Anquises —dijo Hécuba—. Es tan apuesto que se le considera verdadero hijo de Afrodita, la nacida de la espuma del mar.

—Diosa de la que nada sé —afirmó Casandra antes de recordar a la más hermosa en el sueño de Paris, la diosa del amor y de la belleza—. Pero si su padre afirma ser el amante de Afrodita, creo que las diosas se hallarán irritadas con él. He de conocer a esa maravilla de hombre.

—Creusa está encantada con él y lo mismo le sucede a tu padre —manifestó Hécuba—. Y en mi juventud yo me habría alegrado de tener un marido semejante. Por favor, no trates de profetizar desgracias en esta boda; impresiona mucho a la gente.

¿Piensa acaso que profetizo por placer?, se dijo Casandra súbitamente irritada. Pero su madre parecía tan preocupada que su rabia se esfumó.

—Desde luego trataré de no ver desastres, si los dioses son benévolos —le dijo, besándola—. Puede que incluso sea capaz de predecir algo bueno.

—Que los dioses lo permitan —murmuró Hécuba piadosamente—. Bien, entremos hija. Te he echado mucho de menos.

Tras haber pasado una luna en la casa del Señor del Sol todo en el palacio le pareció más pequeño y estridente, pero querido y familiar. Andrómaca, que vestía para la ceremonia un lujoso traje teñido de rojo, se apresuró a ir a su encuentro. Su embarazo era ya más que evidente y avanzaba con el paso típico de una mujer en su estado, inclinando el cuerpo hacia atrás para equilibrar el peso. Casandra, al pensar en la hija de Imandra, se sintió entristecida, pero Andrómaca la abrazó llena de júbilo.

—¡Cuánto me alegra verte! ¡Tengo ganas de que te cases, de que vuelvas al palacio para que podamos estar juntas! ¡Fíjate, dentro tan sólo de otra luna, tendré a mi hijo en los brazos!

—¿Dónde está Enone? ¿Acaso no debería hallarse contigo? Entre los invitados a una boda, una mujer embarazada es quien mayor fortuna trae.

—Concluyó su embarazo —dijo Andrómaca—. ¿No lo sabías? Hace cuatro días que dio a luz un hijo de Paris y aún sigue en el lecho. La pobre pasó un mal parto. Tu madre dice que es tan menuda que debería haberlo pensado mejor antes de tener un hijo. Pero cuando le pregunté cómo podría haberlo evitado, no me lo dijo. Afirma que a Héctor no le gustaría. Enone ha llamado a su hijo Corito... Así que si Creusa quiere contar en su boda con una embarazada tendrá que conformarse conmigo.

—Creusa es afortunada, teniéndote entre sus invitadas —manifestó Casandra.

Andrómaca sonrió como un gatito lamiendo crema.

—Confío en que ella piense lo mismo —dijo.

—Voy a ver a Enone —anunció Casandra.

Andrómaca la cogió de la mano y la condujo escalera arriba.

—Mejor será que no vayas —opinó—. Se ha mostrado muy extraña en los últimos días. Cuando iba a verla, no me hablaba. Dice que yo era enemiga de su marido porque Héctor le ha enviado lejos.

Fueron a la sala donde las mujeres vestían a la novia. Era una bella estancia con los murales cretenses de los bailarines taurinos.

—Pero ésta es una de las habitaciones que mi madre cedió a Enone —comentó.

—No quiso quedarse aquí —explicó Andrómaca—. Afirmó que no deseaba tener el mar ante sí durante todo el día, puesto que la separaba de Paris; así que insistió en trasladarse a una sala del otro lado del palacio desde donde se divisa el monte Ida, el lugar del que procede. Pero no te preocupes por eso ahora; ven a ayudar a vestir a la novia.

De abajo llegaban las voces de los hombres que bebían y brindaban por la boda.

Estaban cubriendo a Creusa con un velo bordado. Lo apartó de su rostro y se adelantó para saludar a Andrómaca con una reverencia; luego abrazó con frialdad a Casandra.

—Bienvenida, hermana —dijo.

No era hija de Hécuba sino de la más importante de las concubinas de Príamo. Estrictamente hablando, la etiqueta palaciega prescribía que fuese Casandra la primera que se refiriese al vínculo fraternal, pero en aquel momento no le preocupaba mantener el protocolo. Devolvió el abrazo a Creusa, con cordialidad.

—Que la Madre Tierra y los Resplandecientes te bendigan, hermana —le deseó.

—¿Puedes ver en mí buena fortuna, Casandra, puesto que eres profetisa?

—Lo sabré cuando vea a tu marido —replicó Casandra, sin comprometerse.

—Cuando le hayas visto, creo que me envidiarás —afirmó Creusa.

Casandra sonrió.

—Desde luego espero que así sea, hermana. Mi madre me ha dicho cuan apuesto es.

—Y también es rico y príncipe en su país —afirmó Creusa—. Con seguridad que ninguna mujer puede ser más afortunada que yo.

—No digas tales cosas, no sea que provoques los celos de los inmortales —la reprendió Caris—. Recuerda el destino de la mujer que se jactó de que su hilado era tan fino como el de Palas Atenea. ¡Palas Atenea la convirtió en araña, condenada a hilar para siempre lo que barrerían de sus casas todas las mujeres!

—Vamos, vamos —intervino Andrómaca que era la principal dama de honor de la novia—. Acabemos pronto de vestirla o los hombres estarán borrachos cuando llegue. Casandra, tus dedos son muy ágiles, ¿quieres ponerle las flores en el pelo?

Casandra formó rápidamente una corona con las flores y la sujetó en la cabeza de Creusa.

—Ya está dispuesta. Acompañémosla abajo.

Tomándola de las manos, las mujeres rodearon a la novia, sujetándola al bajar la escalera para que no tropezase y empezara su matrimonio con un paso en falso, el peor de los presagios.

Alzaron sus voces para entonar el más antiguo de los epitalamios, el consagrado a la Madre Tierra, y Casandra se sintió invadida por tanto júbilo y alegría como si fuese su propia boda. Por una vez, pensó, puedo sentirme tan despreocupada como cualquier muchacha. Fue consciente de que las demás no la veían como a una de ellas. ¿Cuál era la diferencia? Mas en esta ocasión tenía una respuesta a esa dolorosa sensación de diversidad. Soy una sacerdotisa y es preciso que no sea como las otras; basta con que de alguna manera logre aparentarlo.

Se hallaban en el umbral de la sala del banquete, cuando oyeron un grito de sorpresa y bienvenida.

—¡Odiseo, viejo tramposo! —exclamó Príamo—. ¡Qué bien sabes escoger el momento de llegar para probar nuestro mejor vino de boda! ¡Ven y bebe, querido amigo!

Casandra tendió la mano y retuvo a Creusa.

—Deja que nuestro padre reciba primero a su invitado.

—¡No quiero en mi boda a ese viejo pirata! —dijo Creusa hoscamente.

—He oído hablar durante toda mi vida de sus historias —murmuró Andrómaca—. Ha llegado navegando más lejos que Jasón y sabe muchos relatos de viajeros. Visitó a mi madre en Colquis y le regaló un peine de nácar que, según dijo, había recibido de una sirena.

—Tal vez te ha traído también un regalo de boda, Creusa —sugirió Casandra—. En cualquier caso, hasta los dioses se deben mostrar hospitalarios. Entremos.

Entonó el primer versículo del himno a la Doncella, siempre cantado en las bodas, y las otras muchachas la siguieron. Príamo alzó los ojos y les hizo una señal para que se acercaran. Casandra vio a un apuesto joven, alto y esbelto, de rizados y brillantes cabellos castaños y con algunas oscuras pecas que adornaban su cara. Por la fastuosa túnica de púrpura que vestía, supuso que debía de tratarse del novio. En aquel momento se aproximaba al trono un hombre de mediana edad, bajo y fornido, de pelo muy rizado, rostro curtido por la intemperie y nariz aguileña, con profundos ojos azules que parecían escrutar inmensas distancias. Imaginó, incluso antes de advertir los signos de reconocimiento en los ojos de Andrómaca, que aquél debía ser el famoso marino y pirata, Odiseo, viejo amigo de su padre.

El marino se volvió y gritó:

—¡Qué ramillete de bellezas, viejo amigo! No todas pueden ser hijas tuyas, ¿o lo son, Príarno? Me parece recordar que a ti te han gustado las mujeres más de lo habitual.

Príamo las atrajo con un gesto de su mano.

Casandra se vio envuelta en un enorme abrazo de oso.

—Tu segunda hija, ¿verdad? ¿Es la novia? Bien, ¿por qué no, en nombre de todos los demonios?

Olía a mar y tenuemente a vino. No pudo sentirse ofendida por el abrazo; había sido cordial y afectuoso como una ráfaga de viento.

—¿Verdad que buscabas una tan bella como ésta, querido Eneas?

Casandra advirtió que los ojos de Eneas se clavaban en ella, apreciando su belleza, y que Creusa parecía a punto de echarse a llorar.

Se apartó suavemente de Odiseo.

—No, señor. Yo no soy para hombre alguno. Soy una virgen de Apolo y satisfecha de serlo —aclaró.

—¡Fuego del infierno! —Su juramento fue enorme como todo lo que había en él—. ¡Qué despilfarro, preciosa! Yo mismo estaría dispuesto a casarme contigo si no fuese porque tengo esposa en Itaca y Hera, mi divinidad protectora, es la diosa de la fidelidad conyugal. Me vería en apuros con ella si rondase a otras mujeres. Y no es que sea muy casto, pero no podría casarme con ninguna otra. Además, lo que tú necesitas es algún joven bien parecido y no una vieja morsa como yo.

Se echó a reír. Con sus enormes bigotes parecía realmente una morsa.

—¿Y es ésta la esposa de Héctor? —preguntó volviéndose hacia Andrómaca—. ¿No te importará, Héctor, que un viejo bese a tu esposa? Es costumbre, ya sabes, en la parte del mundo de que procedo.

Tomó a Andrómaca entre sus brazos y palmeó su abultado vientre.

—No es posible acercarse bastante para darte un verdadero beso, ¿verdad, muchacha? Bueno, otra vez será.

—Traje algunas cosas en mi equipaje: el botín de un barco cretense. Son regalos de boda para tu hija, Príamo, y también para ese espléndido nieto que va á darte dentro de unos días esta joven tan bella. Y como ésta otra no se casará, haré en su nombre donaciones al templo del Señor del Sol.

—En el nombre de Apolo, te las agradezco, señor —dijo Casandra cortésmente, pero Odiseo la obligó a sentarse a su lado.

—Aquí, quédate junto a mí y bebe de mi copa. Eres de las presentes la única sin vínculos y nadie se ofenderá si te cortejo ante tu padre y tu madre.

—Mi hermana Polixena no está casada —dijo Casandra, con un atisbo de malicia.

—No por mucho tiempo —afirmó Odiseo, riendo—, si conozco a tu padre. Polixena es bastante atractiva pero, y que quede entre tú y yo, prefiero a las muchachas con más carne sobre sus huesos. Como tú.

Ella tomó su copa y aguó su vino y, cuando pasaron los domésticos, llenó su plato. Descubrió que simpatizaba con aquel hombre ya entrado en años.

—Y ahora, danos las noticias que tengas, Odiseo —solicitó Príamo—. Además, amigo, necesito tu consejo. Tengo una propuesta para Polixena de Aquiles, el hijo de Peleo, ¿la aceptarías de hallarte en mi lugar? Es noble y he oído que también es valiente...

—Valiente, sí lo es —manifestó Odiseo—, pero se complace en matar. Si yo tuviera una hija, le cortaría el cuello antes de permitir que se casara con ese loco.

—Posee la fuerza de Heracles... —empezó a decir Héctor, como disculpándolo.

—Y muchos de sus defectos —le interrumpió Odiseo—. Como Heracles, no es hombre que convenga a una mujer. Se encapricha con alguna de vez en cuando y es probable que la mate en un momento de locura. Navegué con Heracles... sólo una vez. Con ésa tuve bastante. Me cansé del trato que dispensaba a sus amiguitos y de sus súbitos ataques de rabia. En mi opinión, Aquiles es muy semejante. Hay muchos jóvenes excelentes en Troya e incluso aqueos honorables y apuestos, si es eso lo que deseas para ella. Parece una buena muchacha. Búscale otro. Ése es mi mejor consejo.

Luego gritó a un doméstico y ordenó que trajeran sus cofres al salón. De cada uno de ellos extrajo cosas extrañas y bellas que ofreció pródigamente a Príamo y a sus hijos e hijas. Para Héctor hubo una pequeña copa, no mayor que un puño, de oro batido.

—De la Casa de los Toros en Creta —anunció—. Estuve en las ruinas de lo que fue antaño el Laberinto; los dioses sabrán cómo les pasó por alto a otros saqueadores. —Tal vez algún dios la preservó para ti. —Quizás —admitió Odiseo—. ¿Veis los toros? Hécuba admiró la copa y luego la pasó de mano en mano para que la contemplaran las demás mujeres.

Cuando le llegó el turno a Casandra y vio la fina talla, un toro atrapado en una red minuciosamente cincelada, con unos jóvenes en un carro y una vaca para atraer al toro, exclamó:

—¡Pero esto es un tesoro inapreciable! Deberías guardarlo para tu esposa.

—También llevo cosas muy valiosas para mi esposa y para mi hijo —contestó Odiseo—. No regalo todo lo mejor. Para Andrómaca reservó un peine de oro y para Creusa un espejo de bronce con perlas doradas alrededor.

—Un espejo digno de la propia Afrodita —dijo—. Lo recibí de una ninfa marina. Nos amamos durante toda la noche en su gruta y, cuando al amanecer nos separamos, me lo entregó porque dijo que jamás volvería a mirarse si no era lo bastante bella para retenerme. —Guiñó un ojo y añadió—: Así que embellécete para tu marido ante este espejo. El regalo de Casandra fue un collar de cuentas azules que parecían de vidrio, con forma oblonga y de factura simple, que se cerraba con un sencillo broche de oro.

—Es una fruslería pero creo recordar que a las sacerdotisas no se les permite lucir joyas costosas y esto es bastante sencillo para que puedas llevarlo en recuerdo de un viejo amigo de tu padre.

Emocionada por aquellas palabras, Casandra le besó en la mejilla, gesto que difícilmente se hubiera atrevido a hacer con su propio padre.

—No necesito regalos para recordarte, Odiseo; pero lo llevaré siempre que se me permita. ¿De dónde es?

—De Egipto, el país que gobierna el Faraón y en donde los reyes construyen grandes tumbas junto a las que toda la ciudad de Troya parecería una aldea —explicó.

Estaba ya tan acostumbrada a sus fantásticas historias que no supo durante muchos años que, por una vez, había dicho la verdad.

Una vez entregados los regalos, preguntó a Príamo:

—¿Cuándo vas a otorgarme la libertad en los estrechos para que pueda pasar sin pagar los tributos que te entregan los otros aqueos?

—Eres desde luego distinto de los demás —reconoció Príamo—, y pecaría de ingratitud si después de tantos regalos, te exigiese aún más dinero. Pero no puedo permitir que nadie navegue por mis aguas. El tributo que te impongo es sólo que me digas lo que sucede en las regiones remotas. ¿Hay paz en las islas en donde reinan los aqueos?

—Allí habrá paz, quizá, cuando salga el sol por el Oeste —respondió Odiseo—. Como le sucede a Aquiles, para esos reyes la guerra es el mayor de los placeres. Yo guerreo sólo cuando mi propia tierra y mi gente se hallan amenazados; pero ellos consideran el combate como el pasatiempo mejor de todos... el gran juego al que consagrarían con gusto sus vidas. Me creen cobarde y afeminado por el hecho de que no quiera pelear aunque combata mejor que la mayoría de ellos.

—Durante años han estado tratando de provocarnos para que entráramos en guerra —añadió Príamo—. Pero me esforcé por ignorar sus insultos e incitaciones, incluso cuando secuestraron a mi propia hermana. Tú vives entre los aqueos, amigo mío, ¿lucharás también contra nosotros si ellos nos atacan?

—Intentaré no verme envuelto en semejante contienda —afirmó Odiseo—. Sólo me hallo ligado por un juramento. Cuando se casó la mujer que es ahora reina de Esparta, eran tantos los pretendientes que no estaban dispuestos a ceder ante otro, que parecía que sólo una guerra podría zanjar la cuestión. Entonces fui yo quien propuso un arreglo del que me siento orgulloso.

—¿Qué hiciste? —inquirió Príamo.

Odiseo sonrió.

—Imagínate esto: la mujer quizá más bella que haya llevado el cíngulo de Afrodita y muchos hombres proclamando los regalos que entregarían a su padre y ofreciéndose a luchar por ella, para vencer, conseguir desposarla y recibir Esparta como dote. Entonces, propuse que eligiese ella misma, y que todos se comprometieran bajo juramento a respetar su decisión y a defender al marido que ella determinase.

—¿Y a quién escogió? —preguntó Hécuba.

—A Menelao, hermano de Agamenón, un pobre diablo; pero tal vez ella creyó que era prudente y fuerte como su hermano —explicó Odiseo—. O quizá fue por cariño hacia su hermana, que el año anterior se había casado con Agamenón. Dos hermanas casadas con dos hermanos... Eso crea confusión en una familia, o al menos así me lo parece.

—Pues si Eneas tuviera un hermano, yo estaría dispuesta a casarme con él —murmuró Polixena al oído de Casandra—. Aunque sólo fuese la mitad de apuesto y amable.

—Y yo también —le contestó Casandra, en el mismo tono.

Hécuba les advirtió, con sequedad:

—Muchachas, es una grosería cuchichear. Hablad en voz alta o permaneced calladas. Todo lo que no se puede decir de esa forma no se debe decir de ninguna.

Casandra estaba ya cansada de la rigidez de las normas de cortesía de su madre.

—No me avergüenzo de lo que hablábamos; comentábamos solamente que cualquiera de nosotras dos estaría dispuesta a casarse con un hermano de Eneas con tal de que se le pareciese —dijo, para que todos la oyeran.

Fue premiada por una rápida y ardiente mirada de Eneas, que afirmó sonriente:

—Ay, hija de Príamo, soy el único hijo varón de mi padre; pero me haces desear tener un mellizo o dos para poder compartir con vosotras tres la copa nupcial. ¿Qué opinas, señor? —preguntó, dirigiéndose a Príamo-. ¿Es lícito para mí tener tantas esposas como tienes tú? Si estás dispuesto a casar a tus hijas, de buen grado tomo a las tres, con tal de que Creusa me conceda permiso.

Polixena bajó los ojos y se ruborizó; Casandra se oyó a sí misma reír.

—Prefiero ser la primera y única esposa —dijo Creusa—. Aunque la ley te permita tener tantas como quieras.

—Ya está bien de bromas —intervino Príamo—. Las hijas de un rey, yerno, no están destinadas a ser concubinas.

Eneas sonrió amistosamente.

—No pretendía ofender a tus hijas, señor.

—Lo sé muy bien —contestó Príamo, que estaba un poco bebido—. Ya avanzado un banquete, cuando el vino ha corrido más de lo que sería prudente, pueden perdonarse bromas mucho más indecorosas que ésta. Y ahora quizá sea el momento de que las mujeres se lleven a tu novia antes de que la fiesta se torne demasiado grosera para los oídos de las doncellas.

Hécuba reunió a las mujeres y éstas rodearon a Creusa con sus antorchas. Casandra, que tenía la mejor voz, inició el himno nupcial. Creusa besó a su padre y tendió su mano a Eneas; luego las mujeres la condujeron escaleras arriba. Creusa, que se hallaba cerca de Casandra, le susurró:

—¿Puedes profetizar, buena fortuna para mi matrimonio, hermana?

Casandra oprimió su mano y le respondió también en voz baja:

—Me agrada tu marido, ya me oíste decir que de buena gana me casaría con alguien como él. Tendréis con seguridad toda la buena fortuna que pueda llegar a cualquier matrimonio contraído este año. Veo larga vida y fama para tu marido y para el hijo que le darás.

Andrómaca tocó en el hombro a Casandra y cuchicheó:

—¿Por qué no hiciste tal profecía para mí, Casandra? Somos amigas y te quiero.

Casandra se volvió hacia ella.

—No profetizo lo que deseo, Andrómaca, sino lo que el dios me encarga decir. Si pudiese elegir las profecías, te desearía una vida larga y grandes mercedes, muchos hijos e hijas que os rodeasen a Héctor y a ti en una honrosa ancianidad en el trono de Troya.

Y sólo los dioses saben cuánto hubiera deseado que me hubiese sido enviada esa profecía...

Andrómaca sonrió y tomó la mano de Casandra.

—Tal vez tu buena voluntad llegue a contar más que tus profecías —declaró—. ¿Y puedes penetrar lo suficiente en el futuro para ver cuánto tiempo queda para que nazca el hijo de Héctor... y para saber si será un varón? Mi madre hubiese deseado que diera a luz una hija pero Héctor no habla más que de su hijo, así que yo también quiero un niño. ¿Viviré hasta después del parto para ver su cara?

Con enorme alivio, Casandra oprimió con su mano los finos dedos de su amiga.

—Oh, es un varón —declaró—. Tendrás un hijo hermoso y robusto y vivirás para guiarle hacia la virilidad...

—Tus palabras me proporcionan valor —dijo Andrómaca.

Casandra sintió agarrotada su garganta al recordar los incendios que vio en la boda de Andrómaca. Tal vez, pensó, se tratase de una locura y no de una verdadera profecía; así lo consideró mi madre. Preferiría estar loca a creer, en este sereno lugar y bajo las apacibles estrellas, que el fuego v el desastre caerán sobre todos los que quiero.

—Casandra, otra vez estás sumida en tus ensoñaciones; ven y ayúdanos a desvestir a la novia —le rogó Andrómaca—. No podemos desatar los nudos que hiciste en el pelo de Creusa.

—Voy —dijo Casandra, con presteza.

Y acudió para ayudar a las otras mujeres a preparar a su hermanastra para la llegada de su marido. Con todo su corazón se alegraba de no haber visto para ella un desastre futuro.

Tras todo el ruido y la excitación de la boda, la casa del dios le pareció aún más silenciosa y serena, más aislada de la algarabía de la vida ordinaria. Diez días después de la boda de Creusa, Casandra fue convocada de nuevo al palacio para celebrar el nacimiento del hijo de Héctor y de Andrómaca, primer nieto de Príamo.

—Pero no es el primer nieto de Príamo —dijo Casandra—. Ya ha nacido el hijo de Paris y Enone.

—Puede que así sea —repuso el mensajero—, pero Príamo ha decidido considerar al hijo de Héctor como su primer nieto y, por lo que sé, el rey tiene derecho a designar al que será el segundo en la línea de sucesión tras el príncipe Héctor.

Casandra pensó que era cierto, pero resultaría muy duro para Enone ver cómo se marginaba a su hijo de la misma forma que se marginó a su esposo.

Se había acostumbrado a gozar de la paz y de la calma del templo y le irritaba que se alterasen, pero obtuvo permiso para visitar a Andrómaca. La halló en aquellas espléndidas estancias entre los murales de seres marinos, aún sobre almohadas, con el bebé de carita enrojecida en una cesta de mimbre, a su lado. Parecía sana y dichosa, con buen color en las

mejillas. Casandra se sintió aliviada ya que eran muchas las mujeres que morían de parto o poco después, pero Andrómaca tenía un aspecto excelente.

—¿Qué es esa tontería del hijo de Héctor? —le preguntó medio en broma—. Fuiste tú quien lo llevó durante la mayor parte de un año y quien sufrió los dolores y molestias de darle a luz. ¡Yo le llamaría el hijo de Andrómaca! Andrómaca hizo una mueca y después se echó a reír. —¡Tal vez has escogido bien, consagrándote al dios y renunciando a los hombres! Te aseguro que no tengo prisa alguna en que Héctor vuelva a mi lecho. Se estiman en demasía los gozos de la maternidad. Preferiría dejar pasar unos años antes de probarla de nuevo. ¿Y dicen que las mujeres son demasiado frágiles para manejar armas? ¡Me pregunto qué clase de bravura hubiera mostrado Héctor en esta batalla! —Entonces rió de nuevo—. ¿Puedes imaginártelo? ¡Cambiar todas las costumbres para que los rapsodas reciten baladas sobre la valentía de Hécuba, madre de Héctor! Bien, ¿y por qué no? ¡Ha triunfado en esa batalla al menos una docena de veces, lo que significa que es más valiente de lo que yo espero ser! Nos hablan de las delicias del matrimonio... Se educa a las muchachas para que no piensen en otra cosa; pero a nosotras corresponde descubrir por nuestra cuenta las delicias del parto. Ah, bueno...

Se inclinó un poco, hizo un gesto de dolor al moverse y, con una seña, ordenó a una de las domésticas que le pusiera el bebé en sus brazos. La mirada de felicidad en su cara desmentía las palabras que acababa de pronunciar.

—¡Creo —dijo— que el botín que he obtenido en esta batalla vale más que el saqueo de toda una ciudad!

—También lo creo yo —afirmó Casandra, tocando el puñito del recién nacido—. ¿Cómo se llamará?

—Astiánax —contestó Andrómaca—. Así lo quiere Héctor. ¿Sabes que cuando sea conducido al banquete en que se le impondrá el nombre lo llevarán sobre el escudo de Héctor? ¡Fíjate qué cuna!

Casandra trató de imaginarse al niño en el centro del gran escudo de guerra de Héctor. De repente, se estremeció y se puso rígida, viendo al gran escudo y al niño. ¿Qué edad tenía? ¡Con seguridad demasiado pequeño para ser un guerrero! El cuerpo del niño estaba preparado para su sepelio. Fue como una ola de agua helada pero Andrómaca, sosteniendo satisfecha al bebé contra su pecho, no reparó en lo que le sucedía a Casandra.

Cerró sus ojos con la esperanza de que así desapareciera la terrible visión.

—¿Cómo está Creusa? —preguntó. —Parece feliz; afirma que anhela quedarse embarazada. ¿Debo explicarle las sorpresas que le aguardan?

—No seas cruel —dijo Casandra—. Deja que disfrute de su primera época de felicidad; ya habrá tiempo después para todo lo demás.

—Tienes razón; sobran las brujas que tratan de amargar la dicha de las recién casadas, previniéndolas de lo que les reserva la vida —admitió Andrómaca—. Y a pesar de eso, no renunciaría por nada a mi pequeño.

Enterró sus labios en el suave cuello del bebé y le sopló, extasiada. Como cuando vio a Filida con su hijo, Casandra se sintió emocionada y casi envidiosa. —¿Hay otras noticias?

—Sí. Han avistado la nave de Paris; un mensajero del vigía de la montaña acudió a decírselo al rey —explicó Andrómaca—. Paris es hermano gemelo tuyo pero no creo que se te parezca mucho.

—Según dicen, en apariencia física somos casi iguales —dijo Casandra, con ciertas dudas—. Pero creo que no nos parecemos tanto. Hay quienes creen que es el hombre más apuesto de Troya.

Andrómaca comentó despreocupadamente, apretando la mano de Casandra:

—Desde luego yo no me encuentro entre esas personas; para mí no hay hombre comparable a Héctor, tanto en apariencia como en lo demás.

Aquellas palabras complacieron a Casandra; se sentía responsable de aquel matrimonio y se alegraba de que Andrómaca estuviese realmente satisfecha con su marido. Y tampoco Héctor tenía razón alguna para sentirse descontento.

—Todo el mundo te considera bella —prosiguió Andrómaca—, pero no creo que tus facciones sean adecuadas para un hombre; son demasiado delicadas. No lo recuerdo tan parecido a ti. ¿Resulta afeminado?

—No lo creo, y con seguridad es muy viril puesto que ganó tantas pruebas en los Juegos. Es un espléndido arquero, atleta y luchador y un diablo sobre el carro. Pero tengo la impresión —añadió maliciosamente— de que si compitiéramos en ese terreno, no sería mejor guerrero que yo.

—Mi madre decía —comentó Andrómaca— que tú tienes el alma de un gran guerrero en el cuerpo de un ratón de campo.

Casandra se echó a reír y puso su cara junto a la de Astiánax; sentía como si le hubiese perjudicado dar rienda suelta a sus visiones.

—Que todos los dioses le bendigan. Y a ti también, querida —declaró.

—¿Te quedarás a brindar por su buena fortuna en el banquete de la imposición de su nombre.

—No, creo que no —contestó Casandra—. Vendré, quizás, uno o dos días cuando regrese Paris. Ahora iré a abrazar a mi madre y luego regresaré al templo.

Se despidió de Andrómaca, sabiendo que se sentía más cerca de ella que de Polixena o de cualquiera de sus medio hermanas, y acudió unos instantes a recibir la bendición de Hécuba. Luego se dirigió a las estancias sencillas de la parte posterior del palacio en donde vivía Enone con un par de domésticas, muchachas calladas que habían sido como ella adoradoras del dios del río.

Enone estaba echada en una hamaca, amamantando a su hijo. Casandra la abrazó, consciente de la fragilidad de aquella mujer. Era Enone y no ella, pensó, quien poseía el espíritu de un guerrero en el cuerpo de un ratón de campo. De puro delicada, daba la impresión de que un simple roce la quebraría.

—¿Te encuentras bien, hermana? —le preguntó Casandra, empleando deliberadamente esa palabra.

En realidad, quería más a Enone que a Creusa e incluso que a Polixena. Pero cuando se hallaba cerca de ella experimentaba de nuevo ese impulso inquietante de protegerla y acariciarla. Y como no sabía si tal inclinación respondía a sus propias emociones o a las de Paris, se sentía apocada e incómoda en su presencia.

—Me hubiera gustado venir a verte con ocasión de la boda de Creusa, pero me dijeron que no te hallabas en condiciones de recibir visitas.

—Bueno, ahora que ha nacido el hijo de Andrómaca y el puesto de Héctor está asegurado, ya no tengo que temer por mi hijo —le contestó Enone, sonriendo.

Casandra se quedó atónita.

—Pero a buen seguro no has de temer por él...

—Espero que así sea —dijo Enone—. Pero Héctor consiguió desembarazarse de Paris y no creo que se sienta satisfecho con el nacimiento de su hijo o que tenga razón alguna para quererle.

—Me parece que juzgas mal a Héctor —declaró Casandra—. Nunca se ha mostrado envidioso de Paris... al menos en mi presencia.

Enone se echó a reír.

—Oh, Casandra, no creo que sepas lo que todos valoran tu buena opinión y tu buena voluntad, lo que les hace mostrarte sólo lo mejor de sí mismos. En caso de que Héctor sintiera de ese modo, tú serías la última en saberlo.

Casandra se ruborizó. Para acabar con aquella conversación, tomó al bebé y lo meció en sus brazos.

—Es muy guapo —afirmó—. ¿A quién crees que se parece, a su padre o a ti?

—Aún es pronto para decirlo —repuso Enone—. Espero que se parezca a mi propio padre, y sea sincero y honesto.

Casandra advirtió la decepción en sus palabras. Más intensa quizá de lo que la propia Enone percibía.

—Puede que sea como tú, y entonces nadie podrá poner en duda su bondad.

—Sólo el tiempo dirá cual de los dos tendrá más capacidad para gobernar esta ciudad, el hijo de Héctor o él, pero en verdad me complace que no se vea obligado a soportar semejante carga ni tal destino.

—Enone, nunca envidies el destino del hijo de Héctor —se apresuró a decir Casandra.

—¿Qué has visto? —le preguntó, temerosa—. No, no me lo digas. Oí que profetizaste en la boda de Andrómaca. Yo no deseo tal suerte para mi hijo... para el hijo de Paris.

—Estuve hablando de eso con Andrómaca —le dijo Casandra—. Al menos, entre las amazonas, un hijo puede llevar el nombre de su madre. Héctor sería el hijo de Hécuba...

—Y mi hijo, el hijo de Enone, no el hijo de Paris de la casa de Príamo —dijo Enone—. Sería más justo. Pero en tu ciudad, sólo el hijo de una prostituta lleva el nombre de su madre en lugar del de su padre.

—Nadie tiene derecho a llamarte eso, y puedo atestiguarlo.

Pero sus palabras carecían de valor porque no tenía poder para alterar la realidad. Andrómaca había sido proclamada esposa de Héctor ante toda la ciudad mientras que Enone, si aparecía como esposa de Paris, era sólo en cuanto que ella le había aceptado con la bendición del padre de la propia muchacha.

—¿Quién fue tu madre, Enone?

—Nunca supe su nombre —contestó—. Mi padre me dijo que murió joven. También era sacerdotisa del templo del dios del río.

Sí, las mujeres que paren hijos de dioses son más anónimas incluso que las que dan a luz a los hijos de los hombres. Besó a Enone y prometió enviarle un regalo a su hijo.

En el camino de vuelta al templo del Señor del Sol, Casandra tuvo mucho en que pensar. Si en el mundo había hombres como Eneas, puede que existieran algunos con los que ella estaría dispuesta a casarse.

Una mañana se hallaba en la estancia de Filida, sosteniendo al rubio bebé mientras su madre doblaba una brazada de pañales y mantillas recién lavadas. Le había quitado la faja para que pudiera mover las piernas, sin obstáculos, y sostenía en sus manos los regordetes piececitos mientras admiraba la perfección de sus deditos y uñas, besándolos y acariciándolos con los labios. Le sopló en su blando vientre para hacerle reír y rió con él. En aquel momento, casi deseó tener un hijo propio con el que jugar, aunque en modo alguno le atraían los necesarios preliminares de la maternidad.

Filida se acercó para coger a su hijo, pero Casandra se aferró a él.

—Le gusto —declaró con orgullo—. Parece que me conoce. ¿No crees?

—¿Cómo no va a conocerte? —preguntó Filida—. Siempre estás dispuesta a acariciarle y a mimarle mientras yo me hallo demasiado ocupada para prestarle toda la atención que busca.

Al oír la voz de su madre, el niño empezó a chillar y se volvió hacia ella.

—Tiene hambre —dijo Filida con resignación, al tiempo que empezaba a abrirse la túnica por el cuello—. Y me temo que eso no lo puedes hacer por mí.

—Lo haría si pudiese —contestó Casandra, casi en un susurro.

—Lo sé —admitió Filida, sentándose a amamantar a su hijo.

Mientras la observaba con el niño, sintió a las oscuras aguas de una visión crecer y asentarse.

—¿Por qué no me dices lo que ves, Casandra? —preguntó Filida, observándola con temor.

Casandra calló.

Esta mañana he tenido en mis brazos tres bebés y no he visto futuro para ninguno. ¿Qué significa eso? Puede que sea porque voy a morir y no estaré aquí para verlos crecer hasta hacerse hombres. Si fuera tan sencillo... Si creyese que sólo de eso se trataba, yo misma me lanzaría de las alturas de la ciudad antes de que se hubiese puesto el sol de este día.

Pero aquél no era su destino. Una fatalidad se estaba aproximando a ella, y debía vivir para verla y soportarla.

Se inclinó para besar a Filida y al bebé.

—Todos hemos de soportar nuestro sino: tú, yo y también el niño. Créeme, conocer el propio sino no hace que se soporte con más facilidad —dijo, sin responder a su pregunta.

—No te comprendo —confesó Filida.

—Tampoco yo me comprendo.

Salió y fue al patio del templo desde donde se dominaba el mar. Vio una nave... Sí, Andrómaca había dicho que había sido avistado el barco de Paris.

No era obligación suya dar la bienvenida a Paris a su retorno a la ciudad, pero algo más fuerte que el deber la empujó a bajar.

Cuando descendía por la escalonada calle, vio una comitiva que salía del barco y se preparaba para dirigirse al palacio, y otra que bajaba lentamente del palacio hacia la costa.

Paris conducía su carro. Sin duda, lo había hecho desembarcar antes de que cualquier otra cosa para hacer en la ciudad una entrada impresionante que contrastara con su llegada sin heraldos a los Juegos. En el carro, junto a él, iba una figura femenina cuya identidad ocultaba un largo velo.

¿Había pues logrado Paris que Hesione regresara a Troya? Casandra apresuró un poco el paso de modo que atravesó las puertas de la ciudad justo cuando Paris llegaba ante ellas. Al mismo tiempo, Príamo y Hécuba, en el mejor carro real de ceremonias, se encontraron con él. Héctor, a un paso tras su padre, no parecía muy complacido. Casandra buscó con la mirada a Andrómaca. ¿Cómo iba a perderse su amiga un acontecimiento tan interesante? Alzó los ojos hacia su ventana, y la vio allí con Enone a su lado, cada una con su hijo en brazos. Incluso a tal distancia pudo advertir que Enone se aferraba al alféizar.

Paris bajó del carro y se volvió para ayudar a descender a la mujer velada. Luego hizo una profunda reverencia ante Príamo que le hizo incorporarse y lo abrazó.

—Bienvenido a casa, hijo mío.

Tendió una mano para saludar a la mujer velada que permanecía inmóvil junto al carro.

—¿Has triunfado en tu misión?

—Mucho más de lo que se podía imaginar.

Héctor trató de parecer como satisfecho.

—¿Has traído a Hesione, hermano?

—No —contestó Paris—. Rey y padre mío, te traigo un triunfo mucho mayor que el que me enviaste a buscar.

Acercó a la dama y retiró su velo: Casandra se quedó sin aliento. Aquella mujer era más bella de lo que nadie pudiera imaginar.

Alta y maravillosamente formada, sus cabellos eran tan finos y rubios como el oro mejor batido. Sus facciones parecían esculpidas en mármol cincelado y sus ojos poseían el azul de las profundidades de un cielo tormentoso.

Te presento a Helena de Esparta, que ha consentido en convertirse en mi esposa.

Casandra alzó los ojos hacia la ventana en donde Enone se llevó una mano temblorosa a la boca, luego giró sobre sí misma y desapareció ante el gesto angustiado de Andrómaca. Paris alzó la mirada. Casandra no pudo adivinar si había advertido la rápida desaparición de Enone.

Paris se volvió rápidamente hacia Helena, quién le susurró algo; luego se dirigió de nuevo a Príamo.

—¿Darás, padre, la bienvenida a Troya a mi esposa?

Príamo abrió la boca, pero fue la voz de Hécuba la que se oyó primero.

—Si está aquí por su libre voluntad, bienvenida sea —dijo la reina—. Troya no amparará el robo ni el rapto de mujeres; de otro modo, no seríamos mejores que el hombre malvado que nos arrebató a Hesione. Y hablando de Hesione, ¿dónde está? Tu misión, hijo mío, consistía en devolver a Hesione a nuestra familia; en esto, al menos, parece que fracasaste. ¿Has llegado aquí voluntariamente, Helena?

Helena de Esparta sonrió, y ahuecó sus brillantes cabellos. Largos y sueltos, tal como en Troya sólo las vírgenes los lucían, eran como un velo resplandeciente, apenas más pálido que la diadema de oro que los mantenía alejados de su frente. Vestía una túnica del más fino lino del país de los faraones y ceñía su fino talle un cíngulo de discos de oro batido con incrustaciones de lapislázuli que hacían juego con el color de sus ojos.

Su cuerpo era sólido, con desarrollados senos y de largas piernas cuya forma era apenas perceptible bajo los pliegues transparentes del lino. Cuando habló su voz fue suave y profunda.

—Te ruego, Señora de Troya, que me des la bienvenida y que me acojas aquí; la propia diosa me dio a tu hijo, y ni ella misma podría sentir más amor del que yo siento por él.

—Pero tú tienes ya un marido —dijo Príamo, dudando—. ¿O no es cierto que te casaste con Menelao de Esparta, como nos dijeron?

—La entregaron a él de forma ilegítima —contestó Paris—. Menelao es un usurpador que la tomó por esposa porque ansiaba sus tierras. Esparta pertenece a Helena por derecho materno. Su madre, Leda, la recibió de su madre y ésta de su abuela. Su padre...

—No es mi padre —le interrumpió Helena—. Mi padre fue Zeus Tonante, no ese usurpador que se apoderó de mi ciudad por la fuerza de las armas y se casó con una reina contra la voluntad de ésta.

Príamo aún se mostraba suspicaz.

—Poco sé del Tonante —dijo—. No es adorado en Troya. Y nosotros no somos ladrones de mujeres...

—Mi Señor —dijo Helena, adelantándose hacia Príamo y tomando su mano con un gesto que a Casandra se le antojó osado—, te ruego en nombre de la diosa que me otorgues la

protección y la hospitalidad de Troya. Por amor a tu hijo me he convertido en una exiliada para los aqueos que conquistaron mi país, ¿me devolverás para que sea una proscrita entre ellos?

Príamo contempló aquellos ojos maravillosos y, por vez primera, Casandra advirtió el efecto que Helena ejercía siempre sobre los desconocidos. Fue como si su cara se fundiese. Tragó saliva y tornó a mirarla.

—Eso parece razonable —dijo, pero incluso para pronunciar una frase tan breve tuvo que respirar dos veces—. Jamás se apeló en vano a la hospitalidad de Troya. Es evidente que no podemos devolverla a un marido que la tomó por la fuerza...

Casandra no pudo contenerse por más tiempo. —Al menos en eso, miente —gritó—. ¿No recuerdas que nos dijo Odiseo que ella misma eligó a Menelao de entre más de dos docenas de pretendientes y que hizo jurar a los otros que defenderían al marido escogido contra cualquiera que se negase a aceptar tal elección?

»¡Padre, no escuches a esa mujer! ¡Ella es quien traerá la ruina y el desastre a nuestra ciudad y a nuestro mundo! ¿Qué es lo que en realidad busca aquí?

La bellísima boca de Helena se abrió en un gesto de sorpresa y lanzó un grito. Como el de un animal herido, pensó Casandra, resuelta a no sentir lástima de la reina espartana. Paris miró a Casandra con manifiesta aversión. —Siempre supe que estabas loca —afirmó—. Señora, te ruego que no le hagas caso; es mi hermana gemela, a quien los dioses enviaron la locura y la engañosa creencia de que es una profetisa. No habla más que de ruina y de muerte para Troya, y ahora empezará a imaginar que tú serás la

causa.

Los grandes ojos de Helena continuaron fijos en Casandra.

—¡Qué pena que padezca locura una mujer tan bella!

—Yo la compadezco —dijo Paris—. Pero es preciso que no escuchemos sus desvaríos. ¿No puedes hablar de otra cosa, Casandra? Todos hemos oído antes eso y estamos ya cansados.

Casandra apretó los puños.

—Padre —suplicó—, razona al menos. Tanto si estoy loca como si no lo estoy, ¿qué tiene que ver eso con lo que Paris ha hecho? No puede casarse con esa mujer porque ella ya tiene un marido, escogido por propia voluntad, con quien contrajo nupcias ante docenas de testigos, y Paris tiene una esposa, ¿o has olvidado a Enone? —¿Quién es Enone? —preguntó Helena. —Nadie que deba preocuparte, mi bienamada —dijo Paris, mirando a los ojos de Helena—. Es una sacerdotisa del dios del río de aquí, el Escamandro, y la amé durante cierto tiempo, pero desapareció para siempre de mi mente el día en que por vez primera contemplé tu rostro.

—Es la madre de tu primer hijo, Paris —afirmó Casandra—. ¿Te atreves a negarlo?

—Lo niego —contestó él—. Las sacerdotisas del Escamandro toman amantes en donde les place, ¿cómo sé yo quién es el padre del niño que parió? ¿Por qué crees que no la tomé en matrimonio?

—Aguarda —dijo Hécuba—. Nosotros aceptamos a Enone porque tenía un hijo tuyo...

Enone bien valía para mujer de un pastor, hijo de Agelao, pero no tiene rango bastante para el hijo de Príamo, pensó Casandra.

—Si abandonas a Enone —dijo—, serás un estúpido y un villano. Pero, ante cualquier cosa que él decida hacer, padre, te ruego que no te relaciones con esa mujer espartana. Porque puedo decirte ahora que traerá, al menos, la guerra contra esta ciudad...

—Padre —intervino Paris—, ¿harás más caso a esta loca que a tu hijo? Porque te advierto que, si niegas refugio a la esposa que los dioses me han otorgado, me iré de Troya y jamás regresaré.

—¡No! —gritó Hécuba desolada—. ¡No digas eso, hijo mío! Ya te perdí una vez...

Príamo, con semblante turbado.

—No deseo querellas con el hermano de Menelao —dijo Príamo, que se hallaba turbado—. ¿Qué opinas, Héctor?

Héctor se adelantó y miró a Helena a los ojos. Casandra advirtió angustiada que también él había sucumbido a su belleza. ¿Es que ningún hombre podía conservar la razón después de mirar a Helena?

—Bueno, padre —dijo Héctor—, me parece que ya tienes querellas con Agamenón. ¿Olvidas que aún retiene a Hesione? Y podremos decir que la mantenemos como rehén hasta que nos la devuelvan. ¿Es que sólo somos un país donde esos aqueos pueden robar mujeres y ganado? Te doy la bienvenida a Troya, Helena... hermana. —Tendió su mano y envolvió con sus robustos dedos los delicados de ella—. Y proclamo ante ti que un enemigo de Helena de Esparta es un enemigo de Héctor de Troya y de toda su familia. ¿Te satisface, hermano?

—¡Si la aceptas en esta ciudad, eres tú quién está loco, padre! —gritó Casandra—. ¿No puedes ver siquiera el fuego y la muerte que arrastra tras de sí? ¿Harás que arda toda Troya porque un hombre desleal haya deseado la mujer de otro?

Había decidido mostrarse serena e indiferente, pero cuando sintió que las oscuras aguas la inundaban y alcanzaban su garganta gritó con desesperación: —¡No! ¡No! Te suplico, padre... Príamo subió a su carro.

—He tratado de ser paciente contigo, muchacha, pero ya no me queda más paciencia. Vuelve a la casa del Señor del Sol, que es quien ampara a los dementes, y ruégale que te dé visiones más alegres. Por lo que a mí se refiere, nunca se dirá que Príamo de Troya negó hospitalidad a una mujer que acudió a suplicársela.

—Oh, dioses —clamó Casandra—. ¿Ni siquiera podéis ver? ¿Estáis todos hechizados por esa mujer? ¿No puedes advertir, madre, lo que ha hecho a mi padre y a mis hermanos?

Héctor se adelantó y llevó a Casandra, contra su voluntad, lejos del paso de los carros.

—No te quedes aquí gimiendo —le dijo, con amabilidad—. Cálmate, Ojos Brillantes. Imagina que en realidad estalla la guerra con la turba aquea, ¿crees que no podremos hacer que vuelvan aullando a esos prados de cabras que llaman país? La guerra significaría un desastre, no para Troya sino para nuestros enemigos.

Su voz era cariñosa. Casandra echó hacia atrás la cabeza y lanzó un largo gemido de angustia y desolación.

—Pobre muchacha —dijo Helena, acercándose a ella—. ¿Por qué has decidido odiarme? Eres la hermana de mi marido. Estoy dispuesta a quererte como a una hermana.

.Casandra se apartó con violencia de las manos que le tendía Helena. Sintió que perdería todo control y vomitaría si aquella mujer llegaba a tocarla. Clavó sus ojos acongojados en Príamo.

—¿Por qué no me escuchas? ¿No puedes advertir lo que esto significará? Quienes aquí pugnan no son sólo los hombres sino también los dioses... y ningún hombre puede vivir cuando hay guerra entre los inmortales. ¡Y sin embargo afirmas que estoy loca! ¡Tu locura es peor que la mía, te lo aseguro!

Dio la vuelta y corrió hacia el palacio.

Su corazón latía con fuerza como si hubiese llegado corriendo desde el templo del Señor del Sol; se sentía enferma y temblorosa y le pareció que corría entre llamas que surgían en

torno de ella, envolviendo todo el palacio con olor a quemado, el humo... Cuando la tocaron unas manos, chilló de terror y trató de apartarse. Pero las manos la retuvieron con firmeza y, en un momento, se vio rodeada por unos brazos que expresaban cariño. Miró confusamente a los oscuros ojos de Andrómaca.

—¡Casandra, querida mía!, ¿Qué te aflige?

Casandra salió de repente de la pesadilla pero, aun no del todo consciente de lo que ocurría o del lugar en que se hallaba, sólo pudo mirarla, incapaz de hablar.

—Hermana, estás exhausta; has permanecido demasiado tiempo al sol —dijo Andrómaca.

Volvió a rodearla con sus brazos y la condujo a una estancia fresca y sombría.

—Oh, si sólo se tratase de eso —se lamentó Casandra mientras Andrómaca la tendía sobre los blandos cojines de un banco y acercaba a sus labios una copa de agua fría—. ¿No crees que preferiría estar loca o haber sufrido una insolación si ello significase que no había visto lo que he visto?

—Te creo —respondió Andrómaca—. No pienso que estés loca pero tampoco creo en tus visiones.

—¿Te parece que he inventado una cosa semejante? ¡Cuán malvada me juzgas! —protestó Casandra, indignada.

Andrómaca la retuvo afectuosamente contra ella.

—No, hermana. Creo que los dioses te han atormentado con falsas visiones —declaró—. Nadie puede considerarte lo bastante malvada para simular tales cosas. Pero, querida, atiende a razones. Nuestra ciudad es fuerte y se halla bien defendida; no carecemos de guerreros ni de armas ni, en caso necesario, de aliados; si los aqueos fuesen tan estúpidos como para venir tras esa perra en celo, en vez de decir «Váyase en buena hora esa basura», ¿por qué crees que conseguirían más de Troya que en sus anteriores incursiones?

Casandra era capaz de comprender la sensatez de aquellas palabras, pero acongojada, con el corazón encogido.

—Sí, Héctor dijo algo semejante —murmuró—, pero...

Se oyó gritar de nuevo.

—¡Es que los inmortales están irritados con nosotros!

Pugnó desesperadamente por alzarse sobre las negras aguas.

—Al menos tú sabes que no es más que una perra en celo —dijo al fin.

—Oh, sí, advertí las miradas que lanzaba a Héctor, e incluso a tu padre —manifestó Andrómaca—. Y muy bien puede ser que represente una maldición lanzada contra nuestra ciudad por uno de los inmortales, pero si es voluntad de ellos no podemos evitarlo.

Casandra se agitaba desesperada. Las palabras serenas y la resignación de Andrómaca la llenaban de angustia.

—¿Crees verdaderamente que los dioses se rebajarían a luchar contra una ciudad mortal? ¿Qué razón podrían tener? No somos malvados ni impíos. No hemos irritado a dios alguno.

—Tal vez —dijo Andrómaca—, los dioses no necesiten razones para hacer lo que hacen.

—Si los dioses no son justos —dijo Casandra, llorando—, ¿qué esperanza nos queda?

Como en una llamarada vio el rostro de la bella, de la diosa que había tentado con éxito a Paris.

Te daré la mujer más hermosa del mundo...

Como pensó entonces, volvió a pensar ahora: ¡Pero él ya tiene una mujer!

Alzó su cara hacia Andrómaca.

—¿A dónde fue Enone?

—Lo ignoro; tal vez a cuidar de su hijo...

—No, vio a Paris con Helena y entonces huyó —le informó Casandra—. Iré a buscarla.

—No entiendo por qué la abandona Paris por Helena, por bella que ésta sea —dijo Andrómaca—, a no ser que alguna diosa lo haya ordenado.

—Jamás serviría a una diosa tan injusta —afirmó con amargura Casandra.

Andrómaca se tapó los oídos con las manos.

—No digas eso —imploró—. Es una blasfemia. Todos nos hallamos sometidos a los inmortales...

Casandra alzó la copa que aún no había vaciado y bebió toda el agua; pero sus manos temblaban y casi la derramó.

—Voy a hablar con Enone —dijo, levantándose.

—Sí —le apremió Andrómaca—, ve y dile que la queremos y que jamás aceptaremos a esa espartana en su lugar, aunque fuese la propia Afrodita.

Casandra registró a conciencia el palacio, pero no halló a Enone en parte alguna. Ni volvería a vérsela en la casa de Príamo. Después, cuando oyó al séquito real en la escalera, disponiéndose para la solemne boda de Paris, pensó que, como Enone no estaba allí para oponerse, nadie podría impedirlo. Abandonó el palacio y regresó en silencio al templo del Señor del Sol. No tenía deseos de oír los epitalamios por Helena cuando le habían sido negados a Enone. Habría estado dispuesta a reprobarlos en nombre de cualquier dios si un dios la hubiese hablado. Pero nada sucedió y no sentía deseos de ponerse más en evidencia, proclamando la muerte y el desastre que sólo ella podía ver.

# LIBRO SEGUNDO

## El don de Afrodita

Ni en el templo del Señor del Sol ni en parte alguna, a nadie habló Casandra de Helena o de Paris, pero debería haber sabido que noticias tales jamás quedan ignoradas. Antes de que transcurrieran tres días, la historia de Helena y la profecía de Casandra estaban en todas las lenguas de Troya.

Había quienes, al ver la belleza de Helena creían, o decían creer, que la propia diosa aquea del amor y de la belleza, Afrodita, había llegado a la ciudad. Si le preguntaban al respecto a Casandra sólo respondía que Helena era muy bella, lo suficiente para hacer perder la cabeza a cualquier mortal, y para que en su propio país se la considerara hija de un inmortal.

Ni sabía ni le importaba que alguien creyese aquello. Su única preocupación era ahora Enone. Anhelaba que la muchacha se hubiera limitado a tomar a su hijo y regresado al templo de Escamandro; pero no lo creía. En lo más hondo de su mente, le obsesionaba el miedo a que Enone hubiese optado por sacrificarse ella y por sacrificar a su hijo al dios del río. Si Afrodita era la diosa del amor, ¿por qué no había protegido el amor entre Enone y Paris?

Se preguntó cómo sería esa diosa Afrodita que ponía tales tentaciones en los corazones de los hombres... y también en los de las mujeres. No era sólo que Paris, tras haber elegido mujer, no hubiese podido resistirse a Helena. También Helena, aunque reina de Esparta por derecho materno, había optado por entregarse a Paris, tras haber elegido marido como pocas mujeres aqueas podían hacer. Si yo fuese reina, pensó, preferiría ser como Imandra y reinar sola, sin tomar marido.

Las diosas de Troya y de Colquis eran diosas razonables, que reconocían la primacía de la tierra y de la maternidad, pero esa diosa que lo quebrantaba todo por un capricho al que llamaban amor... No, no era una diosa a la que ella aceptaría servir.

Después, una noche, soñó que se hallaba en un extraño templo ante la diosa aquea, muy parecida a la reina espartana.

¿Así que has asegurado que no me servirás, Casandra de Trova? Sin embargo has entregado tu vida al servicio de los inmortales...

Casandra era casi consciente de que estaba soñando; alzó los ojos hacia la diosa y vio que era aún más bella que Helena de Esparta y, por un momento, le pareció que en la cara de Afrodita se hallaba la belleza semiolvidada de la visión de Apolo. ¿Podía resistirse a la llamada de ese amor?

—He jurado servir a la Madre de Todo —dijo—. Tú no eres ella ni tienes parte en su adoración, porque creo que la niegas.

En la lejanía, sonó una risa que era como un tañido de campanas.

Me servirás al fin, hija de Príamo. Tengo más poder que tú y más que las diosas de vuestras ciudades. Todas las mujeres de aquí me adorarán y tú también lo harás.

—¡No! —gritó Casandra.

Y se despertó con un sobresalto para hallar su estancia vacía, y un rayo de sol tocando la ventana, como un recuerdo de la belleza que había contemplado.

Cuan extraños eran aquellos aqueos. Primero escogían adorar a una diosa del matrimonio que castigaría a cualquier mujer que se desviase del vínculo, y luego elegían a una diosa del

amor apasionado quien tentaba a la mujer para que olvidase los votos que había hecho. Era como si los aqueos temieran y desearan a la vez la infidelidad en sus esposas; o tal vez sólo buscasen una excusa para abandonarlas.

Quizá fuese mejor que un niño perteneciera sólo a su madre. Tal vez el matrimonio y la paternidad no conviniesen a los hombres. Una mujer debe cuidar del bienestar del niño que ha portado en su seno, pero la procreación de los

hijos sobrevenía con harta facilidad para los hombres; y se trocaban en peones para ser empleados en beneficio de sus padres. Quizá Filida había salido al fin y al cabo mejor librada; un dios podía tener tantas esposas como desease y no necesitaba desembarazarse de la antigua cuando eligiera a la nueva.

Este pensamiento recordó a Casandra que tenía unas obligaciones en el templo y que, si bien nunca había jurado servir a Afrodita, había hecho voto de servir al Señor del Sol. Debería bajar y reunirse con las demás sacerdotisas y sacerdotes para la salutación del alba.

Ya estaban congregados allí, desde los venerables y ancianos sacerdotes curanderos a los novicios más jóvenes, y Caris le lanzó una mirada paciente y reprobadora. El sumo sacerdote los miró a todos, y dijo:

—En nombre del Señor del Sol, os pido que acojáis entre nosotros a un recién llegado. Ha servido en el templo de Délos, en la propia isla del Sol. Dad la bienvenida a nuestro hermano a quien llaman Crises.

Le iba bien el nombre de Crises: oro. Era muy alto, casi tanto como Héctor, aunque no tan musculoso ni bien constituido. Sus finos rasgos se hallaban uniformemente cubiertos por tenues pecas; sus rubios cabellos parecían aún más rubios porque estaba bronceado por el sol. Su sonrisa era radiante, y revelaba unos dientes blancos y parejos, y sus ojos eran de un intenso azul oscuro.

Cuando hablaba, su voz resonaba fuerte y vibrante con ecos que recordaban mucho a Casandra los tiempos en que oía la voz del dios. Bien ha escogido al dios a quién servir, pensó. El Señor del Sol podría sentirse celoso de aquel mortal.

—¿A quién corresponde hoy —preguntó Caris— recibir y contar las ofrendas?

Casandra, llamada a sus obligaciones, se sobresaltó.

—A mí —dijo.

—Entonces llevarás a nuestro hermano al patio y le mostrarás cómo se recogen.

Casandra bajó tímidamente los ojos, como si sintiese que Crises podía leer sus pensamientos, harto audaces a su parecer.

—Te doy las gracias por esta acogida —declaró Crises—. ¿Podría sin embargo solicitar de ti un favor, señora?

—Puedes hacerlo —respondió Casandra secamente cuando se hizo obvio que Caris no iba a contestar—. Pero no puedo prometerte nada hasta que no sepa qué deseas.

Él alzó los ojos como si le hablara a todos los presentes.

—Querría que dieseis aquí albergue a mi hija que no tiene madre —dijo al tiempo que hacía una seña para que se acercase una niña hasta entonces casi oculta entre las plantas de un rincón del patio.

Casandra calculó a primera vista que tendría unos once años. Vestía una vieja túnica, que además le estaba pequeña, hasta el extremo de que apenas le cubría las rodillas. Sus cabellos, del mismo y sorprendente tono dorado de los de su padre, le colgaban enmarañados hasta medio pecho.

—He viajado durante mucho tiempo, y es difícil para un hombre solo cuidar adecuadamente de una niña que se hace mujer —se disculpó Crises, siguiendo la mirada de Casandra—. ¿Puede vivir aquí, en el templo del Señor del Sol?

—Desde luego —repuso Caris—, pero es demasiado joven para convertirse en una de las doncellas de Apolo; tiempo tendrá cuando crezca de elegir por sí misma ese camino si lo desea. Mas ahora... Casandra, ¿quieres llevarte a la niña y asegurarte de que sea adecuadamente atendida? —Entonces estaré dos veces agradecido a Casandra —dijo Crises, inclinándose sonriente.

Tratando de no mirar de nuevo a Crises, tendió la mano hacia la niña.

—Ven conmigo, bonita. ¿Tienes hambre? —Sí, pero mi padre dice que no debo pedir nada. —Bien, comerás; nadie se queda con hambre en la casa del dios —afirmó Casandra.

La condujo a su propia estancia, llamó a una sirvienta y pidió que llevaran pan, vino y un cesto de fruta.

—Primero has de tomar un baño y ponerte ropa limpia —dijo, porque la indumentaria de la niña estaba sucia además de rota.

Con la ayuda de una de las tutoras la bañó. Mientras enjabonaba el pequeño cuerpo, reparó en que no era tan niña como parecía. Limpia del polvo de los caminos, poseía la belleza de su padre y Casandra, tras preguntarle su nombre, no se sorprendió al escuchar la respuesta.

—Al nacer, mi madre me puso Helike; pero mi padre siempre me llamó Criseida.

Dorada.

—El nombre te conviene —opinó Casandra—. En especial cuando tu pelo no esté tan enmarañado.

—Supongo que tendré que cortármelo —dijo Criseida.

—Oh no, eso sería una lástima. Es demasiado bello.

Tomó un peine y, con cuidado, deshizo gran parte de la maraña; en dos o tres ocasiones resultó imposible desenredar los cabellos y hubo de cortarlos. Cepillada hasta tornarse suave y reluciente, aquella cabellera dorada caía en bucles sobre los hombros de la niña. Cuando estuvo vestida con el hábito blanco de las novicias, Casandra puso en torno de su cintura un cíngulo de seda de su propiedad. Criseida lo tocó con dedos cuidadosos.

—¡Jamás tuve nada tan bonito!

—Ahora pareces digna de ser una de las vírgenes del Señor del Sol —dijo Casandra—. Le serías grata a Apolo, cosa imposible cuando estabas sucia.

La muchacha parecía a punto de desfallecer de hambre. Sus manos temblaban cuando cogieron el pan y las uvas, como si no hubiera comido nada en varios días, aunque Casandra pudo advertir que trataba de dominarse y mostrar buenos modales. Le dio las gracias con lágrimas en los ojos.

—Mientras viajábamos, mi padre comía a veces en los templos —dijo—. Pero no quería que me viesen desconocidos.

Luego, para que no pareciese que le criticaba, añadió:

—Guardaba algo para mí siempre que podía.

De nuevo contra su voluntad, Casandra se sintió emocionada.

—Si la tutora consiente, podrás dormir en mi estancia y yo cuidaré de ti.

Criseida sonrió con timidez.

—¿Y tendré también obligaciones que cumplir en el templo?

—Así es. Nadie se halla ocioso en la casa del Señor del Sol —le contestó Casandra—. Pero hasta que sepamos en qué eres diestra, te confiaremos tareas que sean adecuadas a tu edad.

Se volvió hacia la tutora.

—Llévala ante Filida —le sugirió—. Y haz que le ayude en el cuidado del niño.

—Sacerdotisa, deseo preguntar al dios qué puedo hacer para casar bien a mi hermana —dijo—. Mi padre ha muerto y yo he pasado muchos años lejos de mi aldea, sirviendo en el ejército del rey.

A Casandra le habían hecho muchas veces preguntas semejantes. Acudió al santuario y la repitió formalmente. No creía que fuese lo bastante importante para que la respondiera el dios; sin embargo, aguardó durante varios minutos por si él tenía algo que decir. Luego retornó al hombre que aguardaba.

—Acude al amigo más antiguo de tu padre y pídele consejo en nombre de la amistad que con él tuvo; y no olvides hacerle un generoso regalo.

El rostro del hombre se iluminó.

—Me siento agradecido al dios por su consejo —declaró.

Casandra asintió ante él, cortésmente, conteniéndose para no decirle: Si hubieras empleado el ingenio que el dios se dignó brindarte, podrías haberte ahorrado el trabajo de venir hasta aquí. Mas como cualquier persona juiciosa pudiera haberte dado semejante respuesta, bien podemos nosotros aceptar tu regalo.

—¿Cómo sabes qué responder? —le preguntó después Crises—. Me resulta difícil creer que un dios se preocupe de semejantes cuestiones.

Casandra le explicó que los sacerdotes habían preparado respuestas adecuadas para las preguntas más comunes.

—Pero no olvides nunca de permanecer en silencio unos momentos, por si el dios tiene otra respuesta que darte. A veces, el dios parece dispuesto a contestar incluso a las preguntas que nos parecen más estúpidas.

Al cabo de un rato llegó otro hombre, portador de una gran cesta de excelentes melones.

—¿Qué debo sembrar este año en mi campo del Sur? —preguntó.

—¿Ha conocido tu tierra un incendio, una inundación o algún otro gran cambio?

—No, señora.

Penetró en el santuario y permaneció sentada durante unos instantes ante la gran imagen del Señor del Sol, recordando cómo creyó que era un hombre vivo la primera vez que le vio de niña. Como el dios no habló, retornó y dijo:

Aún era temprano cuando regresó al patio en donde la aguardaban Caris y Crises. La sacerdotisa estaba ayudándole a contar y ordenar las ofrendas dejadas en el patio del templo durante la noche, ofrendas entregadas como simple muestra de piedad por ciudadanos que no tenían petición especial que hacer. Marcaban las tarjas: una muesca por cada ánfora de aceite o de vino, otra por una bandeja de tortas, otra por un par de pichones en una jaula de mimbre. Casandra les dijo los planes que había hecho respecto a la niña.

—Muy oportunas —convino Caris—. En nada puede perjudicarle que se dedique a mecer al niño, y de ese modo Filida podrá volver a sus obligaciones.

—No sé cómo expresar mi gratitud —dijo Crises—. A un hombre le es casi imposible atender a una niña que está haciéndose mujer. Cuando era más pequeña todo resultaba más sencillo. Ahora que está casi desarrollada debo vigilarla noche y día. Nada ha de temer entre las vírgenes del Señor del Sol.

—Puedes estar seguro de que preservaremos su virginidad —aseguró Caris—. ¿Pero es tan importante precisamente ahora? Yo creí que sólo tenía unos once años.

—Eso creí yo también —dijo Casandra—. Pero cuando la bañé, advertí que era mayor.

Crises reflexionó.

—Su madre murió hace diez años y estoy seguro de que entonces no tenía tres. Hace cuatro meses se hizo mujer y ni siquiera sabía yo qué decirle ante eso. Fue entonces cuando decidí abandonar mi vida vagabunda e instalarme en alguna parte donde pudiera ser convenientemente atendida. Viajando ni siquiera podía alimentarla, y es demasiado bella para dedicarla a mendigar.

—Pobre niña sin madre —dijo Casandra—. Yo cuidaré de ella como si fuese mía.

—¿Tú no tienes hijos, señora?

—No —afirmó Casandra—. Soy una virgen de Apolo.

Sintió que se ruborizaba ante la mirada que le dirigió, y dijo:

—Comienzan a llegar con ofrendas y para consultar al santuario. Debo ir para hablar con ellos.

El primer hombre había llevado como ofrenda una jarra de buen vino.

—Siembra lo mismo que sembraste hace tres años.

No era posible que esa respuesta fuese nociva. Si había estado practicando la rotación de cultivos, como ahora recomendaban la mayoría de los jefes de las aldeas, el consejo no estaría en contradicción con tales usos; y en caso contrario, no empeoraría las cosas. Cuando le dio las gracias, ella sintió la exasperación habitual; ésta era la respuesta más adecuada para cualquier labrador en cualquier año y consideraba que él hubiera debido saberlo, sin necesidad de preguntar. Pero, de cualquier modo, disfrutarían de los melones.

La mañana transcurrió lentamente. Sólo le formularon una pregunta que la obligó a reflexionar unos momentos. Un hombre, que ofrendó un robusto cabrito, dijo que su mujer acababa de parir.

—¿Y quieres dar las gracias al Señor del Sol?

El hombre se agitó, inquieto, como un chiquillo culpable.

—Bien, no exactamente —murmuró—. Deseo saber si el niño es mío o si mi mujer me ha sido infiel.

Aquélla era la pregunta que Casandra más temía. El tiempo que pasó con las amazonas le había enseñado que la suspicacia de un hombre respecto de una mujer significa por lo regular que no se considera merecedor de su atención.

Sin embargo aceptó la ofrenda serenamente y penetró en el santuario. A veces, esta pregunta era respondida en realidad, sin que nadie supiera porqué. Si no estás seguro, abandona de inmediato al niño. Pero esta vez no hubo respuesta; así que ella le proporcionó la que estaba preparada para tales ocasiones.

—Si puedes confiar en tu mujer en otras cosas, no hay razón para que no confíes también en ésta.

El nombre la miró, inmensamente aliviado, y Casandra suspiró y añadió:

—Ve ahora a casa y da gracias a la diosa por haberte dado un hijo. No olvides además disculparte ante tu mujer por haber dudado de ella sin razón.

—Lo haré —prometió.

Viendo que no había ya más solicitantes de consultas, Casandra se volvió hacia Crises.

—A esta hora cerramos el santuario y descansamos hasta que el sol comienza a declinar —le dijo—. Es costumbre tomar un poco de pan y de fruta antes de volver para ver a quiénes han llegado.

Él le dio las gracias y agregó:

—Caris me dijo que eres la segunda hija del rey Príamo y de su reina. Vienes pues de noble cuna y eres tan bella como Afrodita. ¿Por qué sirves aquí, en el santuario, cuando cada príncipe y noble de esta costa y por el Sur hasta Creta te habrá pedido en matrimonio?

—Oh, no tantos ni mucho menos —contestó ella, riendo con nerviosismo-. El Señor del Sol me llamó a su servicio cuando era más pequeña de lo que es ahora tu hija.

Él se mostró escéptico.

—¿Te llamó? ¿Cómo?

—Eres un sacerdote. Con seguridad te habrá hablado —dijo Casandra.

—Nunca tuve tal fortuna —respondió él—. Creo que los inmortales sólo le hablan a los grandes. Mi madre, que era pobre, me consagró a los dioses cuando mi hermano mayor se salvó de las fiebres que asolaron Micenas hace ya bastantes años. Pensó que hacía un buen trato; mi hermano era un guerrero y yo, según dijo, para nada valía.

—Eso no fue justo —declaró Casandra con vehemencia—. Un hijo no es un esclavo.

—Oh, me presté de buena gana —afirmó Crises—. Me faltaban cualidades para convertirme en guerrero.

Casandra rió brevemente.

—Es extraño, con seguridad eres más fuerte que yo, que fui durante cierto tiempo guerrera con las amazonas.

—He oído hablar de esas mujeres —afirmó Crises—. Y me dijeron también que mataban a sus amantes y a sus hijos varones.

—Eso es falso —respondió ella—. Pero allí los hombres viven separados de las mujeres. A los niños varones se les envía con sus padres tan pronto como son destetados.

—¿Y tenías entonces un amante, bella amazona?

—No —contestó quedamente—. Como ya te dije, soy una virgen consagrada al Señor del Sol.

—Es triste que una mujer tan bella se haga vieja sin ser amada.

—No tienes por qué apiadarte de mí. Me siento feliz de no tener amante.

—Por eso me entristezco —dijo Crises—, Eres una princesa bella y amable, como lo prueba tu comportamiento con mi hija. Sin embargo vives sola aquí, dedicas tu tiempo a esos infelices solicitantes y sirves como pudiera hacerlo una doncella de baja cuna...

Súbitamente la atrajo hacia sí y la besó. Sorprendida, trató de apartarle, pero él la retuvo con tanta fuerza que no pudo escapar. Su boca se sintió sorprendida del calor de sus labios.

—No pretendo deshonrarte —murmuró él—. Sería tu amante o tu marido si tú quisieras.

Casandra se apartó frenéticamente y huyó de allí, corriendo por las escaleras como perseguida por demonios. Su corazón latía con fuerza y percibía en sus oídos el sonido de su propia sangre. En la estancia de Filida halló a Criseida que mecía al bebé y le cantaba con voz tenue y agradable. Filida dormía, pero se incorporó en cuanto entró en la habitación.

Casandra había estado dispuesta a contarle todo lo sucedido. Pero al ver a Criseida pensó: Si me quejo de él, lo echarán; y entonces esta niña se hallará de nuevo al albur de los caminos.

—Me duele la cabeza a causa del sol, Filida —se limitó a decir—. ¿Quieres encargarte de mis obligaciones esta tarde y llevar las ofrendas al santuario mientras cuido del niño? Puedo enviar a alguien a buscarte cuando necesite mamar.

Filida accedió de buen grado, afirmando que estaba cansada de permanecer dentro de la casa con el niño y que, en cualquier caso, ya era tiempo de destetarle. Cuando se hubo marchado, Casandra puso al niño a la luz del sol, para que jugara y se sentó a reflexionar sobre lo que le había sucedido.

Comprendió que se había dejado llevar estúpidamente del pánico, puesto que ningún sacerdote de Apolo la habría violado en el santuario del dios.

Era seguro que no pretendió causarle ningún mal. No sintió la repugnancia que experimentó cuando aquel salvaje trató de violarla en la época en que formaba parte del grupo de las amazonas. Si no hubiese escapado, ¿qué habría dicho o hecho él?, Su deseo no era matarlo, pero ¿habría llevado él las cosas demasiado lejos?

En realidad no quería saberlo. Le agradaba Crises y no experimentaba una auténtica furia, sólo una sensación de desamparo. No lo hizo por ella. Sintió dentro de sí la ascensión de las negras aguas y supo que lo ocurrido tampoco era lo que la diosa deseaba para ella.

Durante varios días, Casandra consiguió sustraerse a la obligación de recoger las ofrendas; pero supo por otros que Crises estaba ganando popularidad entre los demás sacerdotes y sacerdotisas. No sólo se hallaba familiarizado con el manejo secreto de las abejas y con el arte de extraer la miel (aunque a ella le habían dicho que en Creta esa tarea estaba vedada a los hombres y permitida sólo a determinadas sacerdotisas), sino que también dominaba muchas de las artes conocidas en Creta y en Egipto.

—Ha viajado hasta Egipto —le reveló Caris—. Allí ha aprendido el arte de hacer signos de cálculo y ha dicho que lo enseñará a quien desee conocerlo. Eso simplificará mucho nuestras cuentas, de modo que podremos saber en un instante lo que hay en los almacenes sin contar siquiera las tarjas.

Otros le hablaron de su cordialidad, de las numerosas narraciones de sus viajes y de su cariño por su hija; así que empezó a sentir que se había comportado como una tonta. El día en que retornó a sus obligaciones ordinarias, penetró en el santuario y encontró allí a Crises dispuesto a trabajar con ella, le dio vergüenza levantar los ojos hasta él.

—Me complace volver a verte, Casandra. ¿Aún sigues enojada conmigo?

Algo en su voz fortaleció su resolución, diciéndole que al menos no había imaginado lo sucedido entre ellos. ¿Por qué tengo que sentirme avergonzada de mirarle a la cara? Nada malo he hecho. Si alguien cometió una trasgresión fue él y no yo.

—No te guardo rencor. Pero te ruego que no vuelvas a tocarme jamás —dijo.

Se sintió molesta consigo misma porque había hablado

como si estuviese pidiendo un favor y no imponiendo su derecho a rechazar unas caricias indeseadas.

—No tengo palabras para decirte cuánto lamento haberte ofendido —enfatizó Crises.

—No hay necesidad de disculpas; no volvamos a hablar de eso —dijo Casandra, apartándose con nerviosismo.

—No —contestó él—. No puedo dejar las cosas como están. Sé que no te merezco; soy sólo un pobre sacerdote y tú la hija de un rey.

—No se trata de tal cosa —afirmó ella—. He jurado no pertenecer a ningún hombre, no ser más que del dios.

Crises se echó a reír. Fue una risa breve y amarga.

—Él nunca te reclamará ni se mostrará celoso.

—Por lo que a eso se refiere, no sería yo la primera...

—Oh, Casandra —la interrumpió, riendo—. ¡Te creo inocente pero a ciencia cierta no lo bastante para dar crédito a esos viejos cuentos!

—No hablemos de tales cuestiones. Pero si es verdad o falsedad que el dios puede reclamar lo que es suyo, no es a ti a quien corresponde decidirlo.

—No digas eso —suplicó—. Jamás en toda mi vida he deseado a una mujer como a ti te deseo, ni creí que la desearía de esta forma hasta que te vi aquí.

—Te creo si así lo dices —asintió Casandra—. Pero aunque sea cierto, no vuelvas a hablarme de ello.

Él inclinó la cabeza.

—Como quieras —dijo—. Ni por todo el mundo te ofendería, princesa; estoy en deuda contigo por la amabilidad que has mostrado con mi hija. Sin embargo, pienso que Afrodita, la dueña del deseo, me ha impulsado a amarte.

—Una diosa como ésa sólo transmite la locura a los hombres y a las mujeres. Jamás amaría a un hombre porque ella me lo ordenase. Yo pertenezco al Señor del Sol. Y no digas más, si no deseas ofenderme.

—Está bien —dijo Crises—. Sólo digo que si niegas el poder a Aquella a quien deben servir todas las mujeres, puede que te castigue.

Esa nueva diosa creada por los hombres, pensó Casandra, para excusar su propia lascivia; no creo en su poder. Luego recordó su sueño pero se encogió de hombros. Lo he tenido demasiado tiempo en mi mente, es como soñar con el trueno cuando se oye la lluvia sobre el tejado.

—Hay adoradores en el templo y hemos de recoger las ofrendas. ¿Me enseñarás ese nuevo método de llevar la cuenta por escrito? He visto las escrituras de Egipto pero son muy complicadas. Una vez, hace años, un anciano que había vivido allí, me explicó que los escribas egipcios deben estudiar toda la vida para aprenderlo.

—Así es —contestó Crises—. Pero los sacerdotes de Egipto tienen una escritura más simple que no resulta difícil de aprender, y el estilo cretense es más sencillo aún porque cada marca no es una imagen o una idea, como sucede en las tumbas de los reyes, sino un sonido, así que puede ser empleado en cualquier lengua.

—¡Qué inteligente! ¿Quién es el dios o el gran hombre que creó ese sistema?

—Lo ignoro —dijo Crises—. Más dicen que el Hermes Olímpico, el dios mensajero que viaja en alas del pensamiento, es el patrón de la escritura.

Extrajo sus tablillas y sus tarjas.

—Te mostraré los signos más simples y cómo escribirlos; luego pueden copiarse en tablas de arcilla, para que cuando se sequen quede una anotación que nunca desaparecerá ni dependerá de la memoria de ningún hombre.

Casandra aprendió en muy poco tiempo. Fue como si algo dentro de ella clamase por ese nuevo conocimiento y lo absorbió como la tierra a la lluvia tras una larga sequía. Aprendió tan bien la escritura cretense que amenazó con llegar a ser más rápida que Crises; entonces, él insistió en que no debía aprender más.

—Es por tu propio bien —dijo—. En Creta ninguna mujer, ni siquiera la reina, puede aprender esta escritura. Los dioses ordenaron que a las mujeres no se les enseñen tales cosas porque dañarían sus mentes, secarían sus vientres y el mundo se tornaría estéril por completo. Cuando se agotan los manantiales sagrados, el mundo padece sed.

—Eso es una estupidez —protestó Casandra—. A mí no me ha dañado.

—¿Cómo puedes saberlo? Ya me has rechazado a mí, y a cualquier amante, ¿acaso no es eso un insulto a la diosa y un signo de que rechazas la feminidad?

—Así que me niegas eso en venganza por no haberte aceptado.

Él pareció ofenderse.

—No me has rechazado sólo a mí, sino también al gran poder de la naturaleza que determinó que la mujer estuviese hecha para el hombre. Sólo las mujeres poseen ese poder sagrado y maravilloso de concebir...

A Casandra le pareció tan ridículo que no consiguió evitar la risa.

—¿Tratas de decirme que antes de que los dioses y las diosas dieran a los hombres sabiduría e instrucción, los hombres podían parir hijos y que al varón se le negó ese poder porque creaba otras cosas? Hasta las amazonas están mejor enteradas. Hacen todo género de cosas vedadas a las mujeres de aquí y sin embargo también paren hijos. —Hijas —dijo él desdeñosamente. —Muchas amazonas han dado a luz hijos hermosos. —Me han dicho que las amazonas matan a sus hijos varones.

—No, les envían a sus padres. Y conocen todas las artes que en tribus de costumbres diferentes se hallan reservadas a los hombres. Por tanto, si a las mujeres de Creta no se les permite leer, nada tiene que ver eso conmigo. No estamos en Creta.

—Una mujer no debería ser capaz de razonar así —protestó Crises—. La vida de la mente destruye la vida del cuerpo.

—Eres más tonto de lo que creía —le replicó Casandra—. Si eso fuese cierto, sería aún más importante mantener a los hombres en la ignorancia para no destruir su capacidad de guerrear. ¿Acaso son eunucos entonces todos los sacerdotes de Creta?

—Piensas demasiado —afirmó Crises tristemente—. Eso te destruirá como mujer.

Los ojos de Casandra relucieron de malicia.

—¿Y me salvaría de tan horrible destino si me entregase a ti? Eres desde luego muy amable, amigo mío, y yo soy muy ingrata por no haber apreciado el gran sacrificio que estás dispuesto a hacer por mí.

—No te burles de estos misterios —dijo Crises, en tono serio—. ¿No crees que, si el dios ha puesto ese deseo en mi corazón es orden suya que te haga mía?

Alzando las cejas con desdén, Casandra contestó:

—Desde el comienzo de los tiempos cada seductor ha hablado de ese modo, y cada madre enseña a su hija a no escuchar tan falsas tonterías. ¿Le dirías a tu propia hija que si algún hombre la desea es deber suyo entregarse?

—Mi hija nada tiene que ver con esto.

—Tu hija tiene todo que ver; mi conducta ha de ser un modelo de su virtud. ¿Querrías que estuviese dispuesta a entregarse al primer hombre que afirmara desearla?

—Desde luego no, pero...

—Entonces eres un hipócrita además de estúpido y mentiroso —declaró Casandra—. Hubo un tiempo en que me agradaste, Crises. No completes la obra de destrucción de toda mi buena voluntad respecto de ti.

Se apartó de él y salió del santuario. Durante todo el tiempo en que habían trabajado juntos no había dejado de importunarla un solo día. Ya no lo soportaría más. Acudiría a Caris, o al sumo sacerdote, y le diría que no iba a trabajar más con Crises, porque él no dejaba de intentar algo que ella no podía permitir.

Resultaría más fácil abandonar el templo. ¿Pero debo dejar que un hombre como ése me aparte de mi camino?

Anochecía. Tratando de aliviar su exasperación, descendió por la colina hacia el recinto donde se albergaban las sacerdotisas. Cuando estaba próxima al edificio, la inquietó un leve ruido. Se volvió y vio dos figuras fundidas en las sombras. Impulsivamente se acercó, y el hombre echó a correr hasta perderse de vista. Casandra no lo había reconocido ni en realidad le importaba. La segunda figura era otra cuestión; Casandra se movió con celeridad y cogió por el brazo a Criseida.

El vestido de la muchacha estaba sucio y desordenado. Su boca se hallaba dilatada e hinchada, su rostro enrojecido y soñoliento. Atónita, Casandra pensó: ¡Pero si es una niña! Sin embargo era evidente lo que habían estado haciendo y que, sin duda, la muchacha había participado voluntariamente.

Hoscamente Criseida se arregló el vestido y se frotó su brazo contra la cara. Casandra estalló al fin.

—¡Desvergonzada! ¿Cómo te has atrevido? ¡Eres una virgen de Apolo!

Retadora, la niña masculló:

—No me mires de ese modo, solterona agria y estéril. ¿Cómo te atreves a censurarme cuando a ti ningún hombre te desea?

—¿Qué cómo me atrevo? —repitió Casandra.

¡Y porque me preocupaba por ella oculté la ofensa de su padre! No hay necesidad de discurrir para saber como ha llegado a esto.

—Pienses lo que pienses de mí, Criseida, de lo que ahora se trata no es de mi conducta sino de la tuya —dijo, con serenidad—. Eso está prohibido a las vírgenes de aquí. Buscaste refugio en el templo del Señor del Sol, y debes por tanto obedecer las reglas que rigen sobre sus doncellas.

Tal vez, pensó, sería más prudente expulsar de la morada del dios a esta hija desvergonzada y a su padre.

—Entra en la casa, Criseida —continuó esforzándose por mostrarse amable—. Cámbiate de vestido y lávate, o no seré yo la única que te increpe.

La muchacha había sido confiada a su cuidado. De algún modo tenía que tratar de que no constituyera una deshonra para la casa del Señor del Sol ni para sí misma. Cuando Criseida estuvo dentro, pensó: Ahora parece como si estuviera a merced de Afrodita. ¿Alegará también Criseida de que se halla bajo la influencia de esa diosa cuya misión consiste en atraer a las mujeres hacia el amor vicioso e ilegítimo? Alzó los ojos al cielo.

—Estamos en tu poder, Apolo —rezó—. Cierto es que presides esta casa y los corazones y las mentes de quienes por juramento te han consagrado sus vidas. No pretendo ser irrespetuosa con ningún inmortal, pero ¿no podrías mantener en orden tu propio lugar y tu propio santuario?

Su pregunta no tuvo respuesta inmediata, pero no la esperaba. Durante varios días evitó presentarse en el santuario, aduciendo enfermedad; parecía como si la casa del Señor del Sol, antaño tan feliz, se hubiese tornado desapacible, porque Crises se hallaba en todas partes. Al fin ascendió hasta la colina en la cima misma de la ciudad y allí ofreció un sacrificio a la Doncella, diosa patrona de Troya. Sus pensamientos eran confusos y se preguntó si al obrar así estaba siendo desleal con Apolo, de quien era sacerdotisa. Pero había sido convocada a presencia de la Madre Tierra y también se le había hecho sacerdotisa de ella.

Cuando ofreció su sacrificio se sintió más tranquila, aunque la diosa no le habló directamente. Volvió a la casa del Señor del Sol, se presentó en la ceremonia del crepúsculo y cuando vio a Crises entre los sacerdotes y él le sonrió, no trató de rehuir su mirada. No era ella quien había hecho algo malo, ¿de qué tenía que sentirse avergonzada?

Aquella noche sus sueños fueron tumultuosos y terribles. Le pareció que una tormenta se cernía sobre Troya y que se hallaba en la parte más alta de la ciudad, en los dominios de la Doncella, buscando de algún modo que cayeran sobre ella los rayos para que no fulminasen a quienes amaba. El Señor Tonante de los aqueos cruzaba sobre las altas murallas, agitando los puños. El que Hace Temblar la Tierra, Señor de Troya, que fue llamado para ser consorte de la Madre Tierra, se afanaba y luchaba por proteger a su ciudad. Había también otros inmortales y, por alguna razón ella, Casandra, los había enfurecido. Pero yo no he hecho nada malo, protestó confusa. Si alguien había cometido una trasgresión era Paris. Llamó al Señor del Sol para que salvase a su ciudad, pero él frunció el entrecejo y ocultó el resplandor de su rostro, diciendo: También me adoran entre los aqueos. Despertó con un grito de terror. Cuando estuvo completamente consciente comprendió lo absurdo del sueño, no había por qué pensar que los dioses, que eran omniscientes, castigarían a una gran ciudad por las estúpidas ofensas de un solo hombre y de una mujer.

Al cabo de un tiempo volvió a dormirse, y de nuevo comenzó a soñar.

Soñó que le estaba dando de mamar al bebé de Filida y experimentó otra vez la mezcla de intensa ternura, de repugnancia y desesperación. Algo iba mal, terriblemente mal. Luchó por recobrar la conciencia. Persistía la presión sobre su seno y una oscura forma se cernió sobre ella, salvo donde la luz de la luna llena resplandecía contra la dorada máscara de Apolo. Pero reconoció la mano que estaba sobre su pecho y abrió la boca para gritar.

La mano se desplazó rápidamente para tapar su boca.

—¡Eres mía, Casandra! —proclamó una voz harto conocida—. ¿Te negarás a tu dios?

Casandra mordió la mano, que se retiró con un grito que nada tenía de divino. Se sentó, poniendo en orden sus ropas.

—Conozco la voz del dios, Crises —bramó con furia—. ¡Y no es tu voz! ¿Crees, blasfemo, que Apolo no puede proteger a los suyos?

Su voz se había alzado considerablemente en la última frase y oyó en el pasillo las voces de otras sacerdotisas que acudían a ver qué pasaba. Saltó de la cama, tratando de llegar hasta la puerta; pero Crises le cerró el paso y la empujó contra la pared. Sus tentativas para retenerla allí, aunque en parte tuvieron éxito, no fueron silenciosas y la estancia se llenó rápidamente de una multitud de mujeres, entre las que estaban Caris, Filida y Criseida. Crises volvió la cabeza para que el grupo de mujeres viese la máscara.

—Dejadnos —dijo con voz grave e impresionante. Al principio Filida pareció quedarse sin aliento al ver la máscara del dios; luego, reconociendo la voz del hombre, miró a Casandra y a él con el horror de haber comprendido. Criseida soltó una risita. Las demás mujeres no sabían qué hacer.

Casandra lo golpeó con fuerza en el estómago y escapó de las manos que intentaban sujetarla.

—¡Vil sacerdote! —dijo con voz entrecortada— ¡Te atreves a emplear la apariencia del dios para dar satisfacción a tu lujuria! ¡Profanas lo que no entiendes!

Temblaba con una mezcla de rabia y de horror. —¡Por la Madre de Todo, que no yacería contigo aunque estuvieses verdaderamente poseído por Apolo!

—¿No lo harías, Casandra? —Un estremecimiento pasó por el cuerpo de Crises y luego inesperada e inconfundiblemente, su voz fue la de Apolo—. Eres mi elegida, ¿crees de verdad que no te protegería de un mortal vicioso y estúpido?

Casandra escuchó el grito de reconocimiento de Filida, pero la negra marea fluyó sobre ella, la cubrió y sintió crecer dentro de sí el empuje de la diosa. Lo último que oyó fue la voz de ésta:

¿Tuya, Sol?¡Me fue confiada incluso antes de que naciese en este mundo mortal ni sintiera tu tacto! No supo más.

Su cuerpo estaba apoyado contra la pared, y sentía cada partícula de su piel como si hubiera sido quemada. Unas uñas se clavaron en su mejilla y continuaron bajando hasta agarrar su túnica por el hombro.

—¡Asesina! —le gritó Criseida junto al oído—. ¡Has matado a mi padre! ¡Te considerabas demasiado para él! ¡Crees que por ser una princesa eres mejor que nosotros! ¡Te comportas como si no fueses ni siquiera humana! Pues claro, no lo eres... eres una bestia y una sucia cobarde...

Casandra abrió los ojos. Crises estaba tendido en el suelo, inmóvil y demudado. Filida se inclinaba sobre él.

—Se pondrá bien, Criseida —dijo para tranquilizarla. —El dios le poseyó. Sólo ha sido eso.

Pero Criseida no la escuchaba.

—¡Es una bruja! ¡Le lanzó un sortilegio maligno! —gritó.

Caris apartó de Casandra a la histérica muchacha y la confió a los brazos de otras dos sacerdotisas.

—¡Sacad de aquí a esta estúpida! —les pidió.

Los gritos de Criseida resonaron mientras la llevaban a la fuerza por el pasillo. Luego quedaron apagados por la distancia.

Casandra sintió que su cuerpo se deslizaba hacia el suelo, pero nada pudo hacer para detenerlo. Tenía los ojos abiertos, mas todo le parecía muy lejano y no por completo real. Sólo una parte de ella se hallaba en su cuerpo; el resto se cernía sobre la escena, viendo cómo Caris y la tutora la recogían y la tendían sobre su cama. Una novicia le llevó una copa de vino. Caris vertió un poco en su garganta. Por unos instantes, la reanimó y la retrajo un poco más a su cuerpo; pero se notaba terrible e insoportablemente fría, como si hubiese perdido la mayor parte de su energía vital. Podía ver que Caris sostenía su mano pero no sentir la presión de los dedos de la sacerdotisa. De repente fue presa de la nostalgia del campamento de las amazonas y de Pentesilea, que había sido para ella más madre de lo que fue o sería Hécuba. Las lágrimas enturbiaron su visión y se deslizaron por sus mejillas.

—Cálmate —le dijo Caris, extendiendo la sábana para cubrirla—. Descansa ahora y no te acongojes. Ya habrá tiempo mañana para hablar de todo esto.

Casandra pudo ver tras Caris cómo Filida recogía reverentemente la máscara de Apolo. Dos sacerdotes llegaron en silencio, hablaron unos instantes con la tutora y después se llevaron de allí a Crises. Tenía los ojos abiertos, pero parecía ofuscado y casi inconsciente.

Los sacerdotes hablaban entre sí cuando pasaron junto a la cama. Casandra captó las palabras «posesión genuina». ¿Más de quién? ¿De Crises o de ella?

Despertó justo antes del amanecer con la sensación de que cada músculo y cada hueso de su cuerpo había sido golpeado. Permaneció inmóvil, reflexionando sobre lo sucedido.

Algo era cierto: Crises, ilícitamente, había portado la máscara del dios y tratado de seducirla. No estaba del todo segura de lo que sucedió después. Recordaba que Criseida la

había insultado a gritos y también la voz de Apolo, imponiéndose al ruido y a la confusión que reinaban en la estancia, y las infaustas palabras que le había lanzado a Crises.

No yacería contigo aunque fueses el propio dios...

¿Había dicho verdaderamente esas palabras a su dios? Crises se las merecía; pero todo su cuerpo se contrajo de pesar ante el pensamiento de que Apolo pudiera habérselas atribuido.

Pero, más allá del miedo o del pesar, conocía ahora la fuente de las negras aguas: la diosa la reclamó como suya. Se había consagrado al dios con la sinceridad plena de su primer amor y sin embargo no era enteramente libre.

Se abrió la puerta y entró Caris, que se inclinó sobre ella con ternura.

—¿Te levantarás, Casandra? Hemos sido convocados todos al santuario para tratar de lo que verdaderamente sucedió aquí anoche.

Caris le llevaba un poco de vino, pan y miel, pero no pudo probar bocado; tenía la garganta agarrotada y sabía que se sentiría mal si trataba de comer.

Caris la ayudó a vestirse y cepilló sus cabellos. Casandra se los recogió descuidadamente en una trenza y la siguió hasta el santuario donde ya se hallaban reunidos los sacerdotes y las sacerdotisas.

Uno de los sacerdotes ancianos, que conocía a Casandra desde su niñez, le dijo:

—Debemos averiguar la verdad de este infortunado acontecimiento. ¿Nos dirás lo que sucedió, hija de Príamo?

—Dormía, y desperté hallando a un hombre en mi estancia. Portaba la máscara del dios pero reconocí la voz de Crises. En otras ocasiones me había pedido que me entregara a él, pero me negué siempre. Alzó su cabeza y miró a Crises a los ojos. ¡Pregúntaselo a ese lascivo blasfemo, a ver si se atreve a negarlo!

El sacerdote inquirió:

—¿Qué tienes que decir, Crises?

Crises miró directamente a Casandra y repuso:

—Nada recuerdo. ¡Sólo que desperté en su estancia y que esa fiera me clavaba sus garras!

—¿No te pusiste deliberadamente la máscara del dios para engañarla?

—¡Ciertamente no! —contestó Crises, en tono indignado—. Apelo al testimonio de Apolo mas dudo de que comparezca para acusarme o para defenderme.

—Miente —declaró Filida—. Conozco la voz del dios. ¡Y juraré que era sólo la voz de Crises! ¡Casandra me había comentado con anterioridad que solicitaba de ella lo que no es legítimo conceder a ningún hombre mortal! Después le oí hablar con la voz del Señor del Sol...

—Todas la oírnos —manifestó Caris—. La cuestión es determinar quién blasfemó, o si fueron los dos o ninguno.

—Afirmo que es culpable de rechazar la palabra de Apolo —dijo Crises—. Blasfemó y en nombre del dios a que ambos servimos...

—Es cierto que invocó a la diosa en la casa de Apolo —dijo Caris—, y eso está prohibido.

—Creo que los dos deberían ser expulsados por haber dado lugar a un escándalo —declaró el anciano sacerdote.

—No veo razón para ser castigada por luchar contra un lascivo sacerdote que habría violado a una mujer consagrada al dios a quien él simulaba servir —objetó Casandra—. Por lo que a la diosa se refiere, yo no busqué su protección. Ella viene y se va como le place. Nada tengo que ver en su contienda con Apolo.

—Apelo a Apolo para que atestigüe... —empezó a decir Crises acaloradamente.

Casandra lo interrumpió con aspereza.

—¿Y qué harías tú, blasfemo, si llegase a responderte?

—Es seguro que no vendrá —contestó Crises, con arrogancia—. Pretendí a Casandra, sí; y sirvo al dios, como ella dice que hace...

—Ten cuidado —dijo Caris secamente, pero Crises se echó a reír.

—¡Correré ese riesgo!

—Debemos protección a Casandra —afirmó Caris—. Las vírgenes del templo se hallan consagradas al dios y no pueden ser presa de un hombre mortal sea sacerdote o cualquier otra cosa; y además, valiéndose de una superchería de tal género.

Se oyeron murmullos en la sala. Casandra se sintió agradecida a Caris por su defensa.

-Tengo algo que preguntar —declaró el anciano sacerdote—. Acércate, hija de Príamo. Te oyeron decir que no te entregarías a él aunque estuviese en verdad poseído por Apolo, ¿sentías lo que decías o hablabas así en razón de tu furia?

—Como el dios no vino a mí, hablaba sólo para rechazar a aquel que me habría violado en nombre de Apolo.

Surgió una luz cegadora y Casandra alzó los ojos para ver el resplandor en el lugar donde había estado Crises.

La profunda y conocida voz resonó hasta en los rincones de la sala.

Casandra...

Era indudablemente la voz del dios. Casandra advirtió que sus rodillas se debilitaban y se deslizó hacia el suelo, sin atreverse a levantar los ojos ni a hablar.

Mi siervo no creía que yo pudiera actuar sobre él de esta forma, pero ahora lo sabe. Conocerá la magnitud de mi poder antes de que pase mucho tiempo. Me encargaré de eso.

La forma resplandeciente se volvió hacia Casandra. Ella tembló e inclinó la cabeza.

Tú, Casandra, a quien yo amaba, tú te entregaste a mi antigua enemiga, aunque yo te había llamado y eres mía. No te liberaré. Pero me has ofendido y te privo de mi don divino de la profecía. ¡Éstas son mis palabras!

La voz estaba llena de tristeza. Casandra, de rodillas e inclinada la cabeza, sintió dentro de sí un estallido de protesta y de resentimiento.

—Señor del Sol, desearía que pudieses —dijo en voz alta—. ¡Nada anhelo tanto como verme libre de ese don que no busqué!

¡Tú también conocerás mi poder!

De súbito la forma desapareció. Casandra, libre del agarre de los inmortales en liza, se desplomó al suelo. Vagamente advirtió que Caris se inclinaba para alzarla. Como si flotase en algún lugar próximo al techo de la sala, vio a Crises caer, con el cuerpo agitado por convulsiones. Sus talones golpeaban el suelo y sus dientes castañeaban de un modo frenético. De sus labios brotó espuma teñida en sangre y un grito espectral vació sus pulmones.

Lo merece, pensó, quién pretendió hablar con el poder de Apolo para engañar a una de las suyas...

Y oyó como un eco de la voz de Apolo.

Me serviré de él en los días venideros...

Temblando de frío, sintió que las oscuras aguas se retiraban y volvió a sí misma como si surgiera a la superficie tras una profunda inmersión. Aún no podía hablar. Los sacerdotes atendían a Crises mientras su propia cabeza descansaba en el regazo de Caris.

Caris la meció cariñosamente.

—No llores, aunque sea terrible la cólera de Apolo, representará para ti un bien verte libre de esa terrible maldición de la presciencia.

¿Cómo podía decirle que no lloraba por la pérdida del don de la profecía ? ¿ O que no era la cólera sino el amor de Apolo lo que temía? No quería ser ella misma un campo de batalla entre los inmortales.

Si Casandra creyó que la reconvención a Crises resolvería algo, estaba equivocada; parecía como si hubiese sido destruida la paz a cambio de nada.

Y no era sólo ella quien se mostraba trastornada. Crises estaba pálido y exhausto. Todavía se le necesitaba en el santuario porque, excepto a ella misma, aun no había enseñado su nuevo método de escritura a alguien que pudiera reemplazar. Había logrado hacerse casi indispensable. La mayoría de los sacerdotes eran ancianos. Con no más de treinta años, él era el único sacerdote de Apolo aún en el apogeo de su vigor.

Cada vez que veía reflejarse el sol en su rubia cabellera recordaba el momento en que le habló con la voz de Apolo. Seguramente, él fue capaz de invocar a Apolo... ¿O fue ella, al clamar contra la impostura, quien hizo aparecer al dios para protegerla de aquel hombre a quien tanto despreciaba? Pero si hubiera sido Apolo, bajo cualquier apariencia terrenal, y ella no se hubiera negado, podría llevar ahora en su seno al hijo del dios. ¿Era eso lo que deseaba? ¿Era ése su destino y lo había rechazado?

De cualquier forma, lo hecho hecho estaba, y podía alegrarse, aunque con cierta amargura, del castigo a la arrogancia de Crises. No es posible burlarse de los inmortales y ahora Crises lo sabía.

Y también yo. Apolo se ha burlado de mí, que hable con reverencia contra lo que se me pareció una blasfemia, un agravio a las elegidas del Señor del Sol. He sido castigada tanto como el pecador.

No la consolaba que Apolo hubiese intervenido; ya se decía (y desde luego la historia se propaló primero por el templo y después por toda la ciudad), que había rechazado al mismo dios y que por eso Apolo la había maldecido. Sólo quienes se hallaban allí aquella noche sabían la verdad y, pensó desesperadamente, ni siquiera ellos conocían toda la verdad.

Creían que Apolo la había privado del don de la profecía. Pero poseía la presciencia desde su infancia y el Señor del Sol no podía quitársela porque no era él quien se lo había otorgado. Sólo se había asegurado de que sus palabras nunca fuesen creídas.

Tampoco le satisfacía ver a Crises considerado con la misma mezcla de temor y reverencia que ella misma. Al menos una vez al día, e incluso dos o tres, era presa de convulsiones y caía al suelo, estremeciéndose y temblando. Ella había visto, aunque no con frecuencia, comportarse de ese modo a hombres, mujeres e incluso niños; por lo general se los consideraba víctimas o favoritos del dios. Casandra empezó a preguntarse si aquello no sería una enfermedad como cualquier otra, pero ¿por qué Crises no había mostrado antes signos de padecerla?

No la complacían estas dudas y preguntas; de cualquier modo, anhelaba su antigua fe infantil. Se veía constantemente obligada a soportar la compañía de Crises. Al cabo de un tiempo comprendió que el episodio los había ligado en las mentes de la mayoría de los sacerdotes y sacerdotisas, como si ella hubiese cometido realmente la acción infame a la que había tratado de inducirla Crises, en vez de ser ambos víctimas de la ira de Apolo. O de su malicia, pensó.

¿Qué más puede hacerme Apolo? Estoy segura de su amor... ¿Mas en qué consiste? ¿Es mejor su amor que su malevolencia? ¿He de agradecerle que no me hiciese también víctima de las convulsiones?

Un día fue llamada al patio por Criseida, a quien se había confiado la misión de llevar mensajes en el interior del santuario.

—Casandra, tienes una visitante. Creo que es la princesa de Colquis.

Acudió al patio y miró en torno hasta distinguir a Andrómaca con su hijo en brazos y vestida como una plebeya. Corrió a abrazarla.

—¿Qué sucede?

—Oh, es algo peor de lo que puedas imaginar —dijo Andrómaca—. Todos están hechizados por la espartana, incluso mi propio esposo. He tratado de repetirle lo que dijiste sobre Helena, y afirma que todas las mujeres se sienten celosas de una belleza, eso es todo. Yo creo que tú eres más hermosa que Helena. ¡Pero nadie lo admite!

—Es como si llevase el cíngulo de Afrodita —dijo Casandra, en tono sombrío.

—Lo que, como todos sabemos, hace que los hombres capaces sólo piensen con sus genitales —añadió Andrómaca con una sonrisa sarcástica—. ¿Pero también impresiona a las mujeres? ¿La consideras tan bella, Casandra?

—Sí —afirmó ésta—. Es tan seductora como la propia diosa. —Se asombró de sus propias palabras, y le murmuró a Andrómaca, casi a modo de disculpa—. Desde la niñez he visto a través de los ojos de Paris.

No dijo más. No podía explicar la extraña intensidad con que siempre había reaccionado ante Enone, ante Helena, ni siquiera a Andrómaca que, criada entre amazonas, probablemente lo hubiera comprendido.

—Algún día —añadió—, te lo diré todo. Mas, ahora, cuéntame lo que sucede.

—¿Ignoras que ha llegado Menelao? —No lo sabía, ¿cómo es?

—No más parecido a Agamenón de lo que yo a Afrodita —contestó Andrómaca—. Llegó, débil e inseguro y pidió que le devolviéramos a Helena. Príamo, riendo, le contestó que quizá, quizá fíjate, la devolveríamos cuando Hesione fuera devuelta a Troya, con una dote como compensación por los años que había permanecido soltera. Menelao contestó que Hesione tiene marido, que la aceptó sin dote, impresionado tal vez por la circunstancia de que fuese hermana del rey de Troya, y que él al menos no robaba esposas a sus maridos.

—Eso debe de haber complacido a mi padre —comentó Casandra, haciendo una mueca.

—Luego —prosiguió Andrómaca—, Menelao afirmó que Hesione no volvería a Troya y sugirió que Príamo enviara a alguien para preguntar a la propia Hesione si quería volver, aunque sin su hijo, puesto que el hijo es un auténtico espartano y pertenece a su marido.

—¿Y cómo reaccionó mi padre ante eso?

—Le dijo a Hécuba que Menelao había caído en su propia trampa. Mandó llamar a Helena y le preguntó en presencia de Menelao si quería regresar con él.

—¿Qué respondió?

—Dijo: No, mi señor, y Menelao se quedó rígido, y la miró como si lo hubiera destrozado. Luego Príamo manifestó: Ahí tienes la respuesta, Menelao.

—¿Qué contestó Menelao?

—Empeoró las cosas, diciendo: ¿Tendrás en cuenta los deseos de esta prostituta infiel? Te aseguro que es mía y que me la llevaré. La agarró por una muñeca y trató de arrastrarla.

—¿Y se la llevó? —preguntó Casandra, pensando que si Menelao había actuado con tal resolución muy bien podía haber impresionado al propio Príamo.

—Oh, no —contestó Andrómaca—, Héctor y Paris se precipitaron a impedírselo. Entonces Príamo dijo: «Agradece a tus dioses, Menelao, que seas mi invitado, porque de otro modo dejaría que mis hijos hiciesen contigo lo que quisieran. Pero ningún invitado mío

recibirá agravio bajo mi techo». Menelao empezó a tartamudear, esta vez de rabia y declaró: «Detén tu lengua, viejo, o te faltará un techo del que yo necesite sacarte». Después le dijo algo sucio a Helena, que no repetiré por respeto a este sagrado recinto —añadió Andrómaca con un gesto supersticioso—. Y lanzó la copa de la que había estado bebiendo al tiempo que afirmaba que no aceptaría hospitalidad de un... un pirata que enviaba a sus hijos a robar mujeres.

Los ojos de Casandra se dilataron. Jamás había visto a nadie desafiar a Príamo, excepto a sus propios hijos.

Andrómaca continuó:

—Entonces Príamo preguntó: ¿No? ¿Cómo conseguís pues esposas los aqueos? Menelao le apostrofó y dijo que no sabía de qué hablaba, llamó a sus servidores y salió de allí a toda prisa, declarando que si Príamo no le escuchaba, quizás escucharía a Agamenón. —Andrómaca se echó a reír—. Entonces Príamo manifestó: Sí, cuando yo era niño a veces decía a alguien que me hostigaba que se lo diría a mi hermano mayor para que le pegara. Paris añadió: En ese caso, Menelao, yo también tengo un hermano mayor. ¿Os gustaría a ti o a tu hermano enfrentaros con Héctor? Después, Menelao abandonó el palacio maldiciendo hasta que subió a su nave.

Abrumada, Casandra apenas oyó las últimas palabras. Pensó: Ya ha ocurrido. Podía ver el puerto ennegrecido por naves extranjeras y el mundo que ella conocía hecho pedazos. Le fue imposible dominarse e interrumpió a Andrómaca, gritando:

—¡Orad a los dioses! ¡Orad y haced sacrificios! ¡Ya dije a mi padre que no se relacionara con la mujer de Esparta!

La voz de Andrómaca fue suave cuando dijo:

—No te inquietes así, Casandra querida.

Así que hasta ella piensa que estoy loca.

—¿Qué te induce a creer que no rechazaremos a los aqueos hasta las islas que ocupan? —razonó Andrómaca—. ¡Una cosa es que consiguieran derrotar a los sencillos pastores y braceros que vivían en esas islas... y otra muy distinta que sean capaces de enfrentarse contra la poderosa Troya! ¡Aguarda a que los aqueos lo comprueben por sí mismos! ¿Vamos a permitir que crean que pueden continuar secuestrando impunemente y castigarnos si los imitamos?

—¿También tú estás ciega, Andrómaca? ¿No consigues ver que Helena es sólo una excusa? Agamenón ha estado tratando desde hace muchos años de hallar una razón para entrar en guerra contra nosotros, y ahora hemos caído en su trampa. Veremos cómo esos portadores de armas de hierro intentarán dominar todas las tierras que se extienden desde aquí hacia el Sur. Reunirá toda la fuerza de esas gentes belicosas para... ¿Más qué importa? —Casandra se dejó caer sobre un banco—. No puedes darte cuenta porque eres como Héctor... ¡Crees que la guerra sólo conduce a la fama y a la gloria!

Andrómaca se arrodilló junto a Casandra y pasó sus brazos en torno de ella.

—No te preocupes —le dijo—. No debería haberte asustado. Tendría que haber sido más prudente.

Casandra casi podía oírla pensar. Pobre muchacha, está loca. Después de todo, Apolo la maldijo.

Era inútil discutir sobre aquello, así que renunció a advertirla y le preguntó:

—¿Qué se sabe de Enone?

—Regresó al monte y se llevó consigo a su hijo —repuso Andrómaca—. Paris hubiera deseado quedarse con el niño, puesto que al fin y al cabo es su primogénito. Pero Enone se

negó a dejarlo alegando que si era su hijo y optaba por reconocerle como tal, ella era su legítima y primera esposa y esa extranjera sólo una segunda esposa o concubina.

—Es lo que merece —dijo Casandra—. Al parecer, Paris carece de honor y decencia. Mi padre debería haberle dejado en el monte Ida con sus corderos, si es que éstos lo soportaban.

Se sentía profundamente desilusionada de su hermano. Hubiese querido que Paris fuera estimado por el pueblo tanto como Héctor: su campeón y su héroe, tanto por su valía y su conducta honrosa como por su aspecto físico.

—He de regresar a palacio; pero, dime, ¿qué podremos hacer si estalla una guerra? —le preguntó Andrómaca.

—Luchar, naturalmente; e incluso puede darse el caso de que tú y yo tengamos que empuñar las armas si se alzan contra nosotros tantos aqueos como pretende Agamenón —dijo Casandra desesperanzada.

Andrómaca la abrazó y partió. Después de que se perdió de vista, Casandra salió por la puerta de la parte más alta del templo de Apolo y emprendió la subida al de Palas Atenea. En el ascenso, el sudor empapó su túnica. Trató en vano de rezar una oración. Pero ninguna brotó de sus labios.

Bajó la vista hacia el puerto, negro de buques como ya tantas veces lo había contemplado. No sabía si las naves se hallaban en realidad allí, pero esta vez no importaba. Si no estaban, pronto estarían.

¡Apolo!¡Señor del Sol bienamado!¡Ya que no puedes arrebatarme el don y privarme de esta presciencia que no deseo, al menos no me condenes a no ser nunca creída!

Llegó al templo de Palas Atenea, en la cima misma de la ciudad, y penetró en el santuario. Al reconocerla como hija de Príamo o como sacerdotisa del Señor del Sol, o quizá por ambas cosas, los guardianes se apartaron a su paso, permitiéndole llegar ante la gran estatua de la diosa que aparecía como una mujer joven con los bucles sueltos y la guirnalda de una virgen.

Doncella, tú que amaste a Troya, tú que nos entregaste los dones inapreciables de la vid y del olivo, tú que estabas aquí antes que esos arrogantes adorantes del trueno y de los dioses celestiales, protege ahora a nuestra ciudad.

Miró hacia las cortinas descorridas de la estancia interior en donde se guardaba, traída de los cielos, la imagen antigua y tosca de Palas y recordó a la diosa de las amazonas.

Ante ti, que eres virgen como la Doncella Cazadora, acude una virgen que ha sufrido la injusticia del Señor del Sol. ¿He de continuar sirviéndole cuando me ha rechazado v escarnecido?

No esperaba en verdad una respuesta, pero en la profundidad de su mente sintió el movimiento ascendente de las negras aguas de la diosa.

Oscuramente confortada, bajó de la colina y acudió al templo para asumir su tarea en la recepción de ofrendas.

Crises se hallaba allí como de costumbre, marcando sus símbolos en tablillas de cera, inscribiendo gran cantidad de cántaros de aceite y de grano, cebada y mijo; ofrendas de vino y panales de miel, liebres, pichones y cabritos. Aún evitaba mirarlo, aunque se decía a sí misma que no era ella quien debería sentirse avergonzada.

Una de las sacerdotisas más jóvenes había dejado caer el cántaro que portaba, que chocó con otro, rompiéndolo de modo que la pegajosa miel que contenía se mezcló con un montón de cebada. Los esfuerzos de la muchacha por remediar el daño no hacían más que agravarlo. Casandra pidió que trajeran una escoba de retama y un recipiente con agua y ella misma se encargó de limpiar el desastre. Estaba ordenando a la muchacha que apartara una jaula de pichones, cuando oyó la voz conocida y odiada.

—No deberías ocuparte en eso, Casandra, que es tarea para una esclava.

—Todos, tanto tú como yo, Crises, somos esclavos ante los inmortales —contestó, Casandra con los ojos puestos en la escoba.

—Una afirmación correcta; pero, ¿cuándo ha dicho la señora Casandra algo que no lo fuese por mucho que le costara a ella o a cualquier otra persona? —dijo Crises—. No podemos continuar así, tú siempre temerosa de mirarme.

Irritada, alzó los ojos y lo miró a la cara, con rabia.

—¿Quién se atreve a decir que yo tema algo?

—Si no es así, ¿por qué tus ojos siempre me rehuyen?

Su voz se hizo cáustica.

—¿Tan bello te estimas como para creer que hallaría placer en mirarte?

—Vamos, Casandra —contestó—, ¿no puede haber paz entre nosotros?

—No siento por ti aversión especial —respondió sin volver a mirarlo—. Mantente lejos de mí y te devolveré la cortesía, si es eso lo que quieres.

—No —dijo Crises—. Ya sabes lo que quiero de ti.

Casandra suspiró.

—Crises, nada quiero de ti, excepto que me dejes en paz. ¿Está bastante claro?

—No —dijo él, aferrando sus manos—. Te deseo, Casandra; tu imagen se halla en mi mente día y noche. Me has hechizado; si no puedes amarme, libérame al menos de tu sortilegio.

—No sé qué decirte. No he lanzado contra ti sortilegio alguno, ¿por qué iba a hacerlo? No te quiero; no me agradas en absoluto y, si de mí dependiera estarías en Creta o en uno de los infiernos o incluso más lejos aún. No sé cómo decirlo con más claridad; pues, si lo supiera, te lo diría. ¿Lo entiendes?

—¿No puedes perdonarme, Casandra? No pretendo tu deshonor. Si tú accedieras, iría a pedirte a tu padre en matrimonio, aunque soy un sacerdote pobre y humilde. Tienes que sentir alguna ternura por mí porque fuiste tierna con mi hija sin madre...

—Como lo sería con un gatito extraviado —lo interrumpió Casandra—. Por última vez te diré que no me casaría contigo aunque fueses el último hombre que hubieran creado los dioses. Si la alternativa fuera permanecer virgen toda mi vida o casarme con un mendigo ciego del mercado o incluso... con un aqueo, la escogería antes que a ti.

Crises dio un paso atrás, con el rostro tan blanco como el mármol de los muros del santuario.

—Algún día lo lamentarás Casandra —masculló, apretando los dientes—. Quizá no sea siempre un sacerdote desamparado.

Sus rasgos parecían contraídos. Se preguntó de repente si habría estado bebiendo vino puro a tan temprana hora del día. Pero el vino que servían en la mesa de los sacerdotes estaba siempre muy aguado. Tampoco mostraba el enrojecimiento que hubiera debido tener en tal caso. Su aliento no delataba el olor, pero de sus ropas parecía desprenderse otro olor extraño. No pudo identificarlo pero supuso que se trataba de alguna medicina que los sacerdotes curanderos le habrían dado para sus convulsiones.

Se volvió para irse, pero él la retuvo, cogiéndole una mano, y la atrajo a sí, apoyándola contra la pared. Presionó su cuerpo con fuerza contra el suyo y, con su mano libre trató de desnudarla, oprimiendo su boca contra la de Casandra.

—Me has enloquecido —dijo con voz entrecortada—. ¡Y nadie puede culpar a un hombre por castigar a una mujer que lo ha empujado al frenesí!

Casandra luchaba por desasirse y habría gritado, si hubiera podido. Finalmente, consiguió morderle en un labio. Él se echó hacia atrás, y entonces Casandra le dio un empujón. Crises cayó al suelo. Ella se tambaleó cuando la agarró de nuevo, hasta que logró soltarse, con violencia. Intentó incorporarse y ella le dio una patada en las costillas. Entonces huyó del santuario y no dejó de correr hasta que estuvo segura en su propia habitación.

Casandra soñaba con un incendio que barría la colina de Troya en dirección al palacio cuando despertó entre el olor del humo y un clamor de voces, procedente de las estancias del templo del Señor del Sol. Era la parte más oscura de la noche, cuando la luna se ha puesto y desaparecen las estrellas. Tomó un manto, que se echó sobre la corta túnica con la que dormía, y corrió hacia el patio.

Abajo, en el puerto, se veían las tenues luces de las naves y las antorchas, presumiblemente portadas por manos humanas, que ascendían por la colina.

Todo lo que pudo pensar fue: Ya ha ocurrido. Gritó, y entonces oyó el estruendo de la alarma, el terrible sonido de la gran matraca de la ciudadela de Príamo. Era la señal para que las mujeres, los niños y los ancianos se refugiasen en la fortaleza, y para convocar a los soldados. Se quedó contemplando las luces que se movían por la ciudad a sus pies, y escuchando el entrechocar de las armas; y al final, las fuertes voces de los oficiales, enviando a los hombres a sus puestos.

Alguien tiró suavemente de su manga y, al volverse, halló a Criseida junto a ella.

—¿Qué ocurre, Casandra?

—Los aqueos han llegado, como preveíamos —dijo, sorprendida de su propia tranquilidad—. Hemos de prepararnos para buscar refugio en la ciudadela.

—Mi padre...

—Déjalo, niña; él tendrá que ir con los soldados. Ve y vístete rápidamente.

—Pero su enfermedad...

—Si los aqueos lo atrapan, tendrá algo peor. Date prisa niña.

Tomó a Criseida de la mano y la llevó al interior. Con toda celeridad, le puso una gruesa túnica que la protegiese del frío de la noche, sujetó su manto y ató sandalias en sus pies. Tan pronto como Criseida estuvo lista, acudieron al patio. Caris congregaba a las mujeres en torno de ella, diciéndoles que se dirigiesen hacia la entrada principal del palacio.

Casandra, sin soltar de la mano a la joven, descendió sin demora la escalonada calle. Parecía un error ir hacia las antorchas y el ruido de las armas; seguramente los aqueos nunca llegarían a un lugar tan alto. Lo que buscaban se hallaba en el palacio, no en el templo. Podía oír los estremece-dores gritos de guerra y la potente voz de Héctor llamando a sus hombres.

Las demás mujeres se agolpaban en torno de ellas cuando Casandra se abrió camino hacia las puertas del palacio. Guardias y soldados apremiaban a las mujeres a que entraran al tiempo que cada uno recogía una lanza de un gran montón que se hallaba junto a la entrada de la armería.

Casandra pensó en tomar una lanza e ir con los soldados, pero Héctor se enfurecería. De cualquier manera puede que llegue un tiempo en que no desprecie mi destreza con las armas. Por el momento, decidió permanecer junto a las mujeres. Constituían un grupo desaliñado, la mayoría a medio vestir, habiendo sido arrancadas abruptamente del sueño. Muchas no se habían preocupado de ponerse una túnica y cubrían su cuerpo con una manta, como también cubrían a sus hijos. Los pequeños chillaban y se debatían en los brazos de madres o nodrizas. Casandra y las demás sacerdotisas de Apolo eran casi las únicas que estaban convenientemente preparadas para aparecer en público y que mantenían la compostura. La

mayoría de las otras tenían los rostros bañados en lágrimas, y gritaban en demanda de una explicación o de una ayuda.

También Helena guardaba su dignidad entre aquellas mujeres histéricas. Cada bucle de sus cabellos se hallaba en su sitio y parecía como si acabara de abandonar los cuidados de la doméstica tras un baño. Daba la mano a un niño de cinco o seis años, correctamente vestido y peinado; y aunque oprimía con sus manitas los dedos de su madre, su cara estaba limpia y no lloraba.

Examinó la estancia con mirada serena que se encontró con la de Casandra. Entonces atravesó la sala, abriéndose paso con calma por entre la multitud de mujeres que gemían, y se detuvo ante ella.

—Te recuerdo —dijo—. Eres la hermana gemela de mi esposo. Es bueno ver a alguien que no ha perdido la cabeza a causa del miedo. ¿Por qué no lloras y gritas como las demás?

—No lo sé —contestó Casandra—. Tal vez no me asusto con facilidad, y quizá prefiera no gritar hasta que me sienta herida.

Helena sonrió.

—Ah, bien. ¡Qué estúpidas son la mayoría de las mujeres! ¿Crees que hay peligro?

—¿Por qué me lo preguntas? Supongo que no habrán olvidado decirte que estoy loca.

—No tienes la apariencia de una enajenada —opinó Helena—. En cualquier caso, siempre prefiero juzgar las cosas por mí misma.

Casandra frunció levemente el entrecejo y se volvió. No quería que le agradase aquella mujer ni encontrar algo admirable en ella. Bastante malo era ya que cuando la mirase viera algo de lo que Paris veía.

—Entonces podrás juzgar por ti misma si hay peligro —dijo, con voz seca—. Sólo sé que me despertó la matraca del vigía y bajé hasta aquí, obedeciendo la llamada. Como vi naves aqueas en el puerto, supongo que es algo que tiene relación contigo y así, aunque a nosotras nos invada el temor, no existe razón para que lo compartas.

—¿Eso crees? —preguntó Helena—. Agamenón no es muy amigo mío. Su propósito sería devolverme a Menelao, y es seguro que se quedaría para comprobar que no escapaba indemne.

Aquel niño tan extraordinariamente arreglado que se aferraba a la mano de Helena parecía cansado. Helena lo advirtió y lo miró con cariño. Casandra no supo por qué le sorprendía aquello. ¿Es que la espartana no podía ser una madre tierna y solícita?

—¿Qué edad tiene tu hijo?

—Cumplirá cinco años en el solsticio de verano —repuso Helena.

Hizo una señal a una mujer delgada y de aire aristocrático que vestía la falda larga y el corpiño escotado de las cretenses y ésta se acercó, cruzando la atestada sala.

—Etra, por favor, ¿quieres llevarte a Nikos para que duerma en algún sitio?

Besó al niño, que se aferraba a ella, y le dijo tiernamente:

—Ahora vete a dormir como un niño bueno.

Se fue sin protestar, caminando sumiso junto a la mujer.

—¿Es hijo de Menelao? —preguntó Casandra.

—Tal vez es esa tu forma de decirlo —contestó Helena en tono indiferente—. Yo digo que es mi hijo. En cualquier caso no quise dejarlo con su padre. No me agrada la forma en que trata a los niños. A mi hija Hermione no le perjudicará ser su precioso juguete dorado. Pero lo único en que pensaba Menelao era en hacer a Nikos a su imagen o, peor aún, a imagen de su

maravilloso hermano. He alejado a Nikos porque, alguien dijo por descuido cerca de él que, si su padre nos capturaba, nos mataría a los dos. Y Etra tiene también motivos para temer.

—Etra más parece una reina que una doméstica —opinó Casandra.

—Es una reina —afirmó Helena—. Madre de Teseo. Él me la envió. Creo que por alguna razón se enfrentaron. Etra prefiere permanecer conmigo y trata a mi hijo como si fuese su nieto, lo que no haría con el hijo de Antiope, princesa de las amazonas.

—Ahora que el niño está protegido —agregó—, me gustaría averiguar qué está pasando.

—No hay peligro aquí, por ahora —afirmó Casandra—. Creo que hubiera sido más cuerdo dejar arriba a las mujeres del templo del dios. Con toda seguridad, los invasores no ascenderán más allá de la entrada del palacio.

Salió junto a Helena al patio, desde donde se dominaba toda Troya y el puerto.

El sol acababa de salir. Casandra podía ver a los hombres que luchaban en la ciudad.

—Mira —dijo Helena—. Tus soldados troyanos, bajo el mando de Héctor, les han cerrado el paso hacia el palacio; y ahora los aqueos están saqueando y quemando la parte baja de la ciudad. Esa es una de las naves de Agamenón y creo que Menelao se halla con él.

El tono indiferente con que hablaba Helena fascinaba a Casandra. ¿Es que no sentía nada en absoluto por su anterior marido?

Las llamas se alzaban ahora de las casas situadas junto al mar y de los edificios aún más alejados; casas humildes, de muros de troncos y de tablas. Las construcciones que se alzaban sobre la colina eran de piedra y no había modo de hacerlas arder, pero los soldados aqueos entraban en ellas y se llevaban cuanto podían hallar.

—No encontrarán grandes tesoros ni botín ahí abajo —afirmó Casandra, y Helena asintió.

Se inclinaron sobre la balaustrada, para ver mejor a los hombres. Casandra reconoció a uno de los aqueos, un gigante que sobresalía de entre los demás casi por una cabeza. A la luz del sol naciente la cimera de su casco brillaba como si estuviese bañada en oro. Era uno de los que entraron en el palacio y se llevaron a Hesione, que forcejeaba por escapar. Eso sucedió... ¿Cuándo? ¿Hacía quizá siete años? Pero aun se estremeció al recordarlo y sintió que su estómago se contraía.

—Ése es Agamenón —dijo Helena. —Sí, lo sé —contestó Casandra, en un murmullo. —Fíjate, Héctor y sus hombres tratan de cortarles la retirada a la nave. ¿Crees que la quemarán?

—Lo intentarán —afirmó Casandra mientras contemplaba a los soldados tróvanos que se esforzaban por aislar al jefe aqueo, obligándole a combatir a cada paso en su camino de vuelta al buque. El sol había ascendido y su reflejo en el mar les impedía ver más. Casandra se volvió, protegiéndose los ojos.

—Vayamos adentro. Hace frío. No está en manos de Agamenón decidir el destino de Héctor —afirmó.

Volvieron a la estancia en donde las demás mujeres parecían más calmadas. Los niños se habían dormido sobre las mantas, y media docena de comadronas se congregaban en torno de Creusa, quien trataba de convencerlas de que se hallaba bien y que no iba a iniciar el parto sólo para que se distrajeran aquella noche.

Hécuba, envuelta en su manto más viejo, que se había echado sobre un ajado vestido de diario, había encontrado unos restos de lana y hacía girar maquinalmente una rueca. Por la irregularidad del hilo, Casandra supuso que sólo trataba de pasar el tiempo.

—Oh, estáis aquí, muchachas... Me estaba preguntando dónde habríais ido. ¿Qué pasa allá abajo, hija? Tus ojos ven más que los míos. ¿Qué decías de Héctor, Casandra?

—Dije que Héctor no se enfrentará con su destino a manos de Agamenón.

—Espero que no —dijo Hécuba, en tono que mostraba irritación—. ¡Bien hará ese gigantón aqueo en rehuir a nuestro Héctor!

Algunas de las mujeres habían salido a la terraza, y Casandra las oyó lanzar vítores.

—¡Se van, ya han vuelto a su nave y zarpan! ¡Los aqueos se han ido!

—Y no pueden haber conseguido gran botín en las casas de la costa; unos cuantos sacos de aceitunas y algunas cabras quizá. Estás a salvo, Helena —dijo Hécuba.

—Oh, seguro que volverán —afirmó Helena y Casandra, que había estado a punto de decir lo mismo, se preguntó cómo lo sabía.

Aquella mujer aquea no era ninguna estúpida, y eso contristó a Casandra. Lo último que deseaba era simpatizar con Helena o respetarla. Pero no podía evitarlo.

Criseida se acercó a Casandra, y le murmuró:

—Caris ha dicho que podemos volver al templo, ¿estás dispuesta?

—No, querida. Me quedaré un poco más con mi madre, mis hermanas y las esposas de mis hermanos, si Caris me lo permite —dijo Casandra—. Regresaré en cuanto pueda.

—Siempre te dejan hacer lo que quieres —afirmó Criseida con envidia—. Estoy segura de que no te censurarían si decidieses no volver.

Hécuba oyó aquellas palabras, pero era demasiado bondadosa para captar malicia en la voz de la joven.

—Han sido muy amables, permitiendo que estés aquí para ayudarnos. No olvides, Casandra, decir a Caris lo que se lo agradezco. Supongo que con todas estas gentes en palacio debo hallar el modo de que desayunen. ¿Me ayudarás, Casandra, ya que tus obligaciones en el templo no te reclaman de inmediato?

—Desde luego, madre —contestó Casandra.

Helena se brindó alegremente.

—Y yo también.

Casandra se asombró al ver que Hécuba daba a Helena un afectuoso cachete en la mejilla.

—Iré a hablar con Caris —dijo, y se alejó rápidamente.

—Como es natural, debes quedarte puesto que tu madre te necesita al estar Creusa embarazada y Andrómaca aún dándole el pecho al niño —afirmó Caris—. No te preocupes, Casandra; Quédate el tiempo que tu madre precise.

—¿Qué es eso? —preguntó Andrómaca, temblando, cuando resonó un golpe en la puerta.

Otras mujeres también temblaron y gritaron de miedo.

—No seáis tan tontas —les dijo Helena, frunciendo el entrecejo—. Hemos visto partir a los aqueos.

Fue y abrió la puerta por completo, su rostro se iluminó, aumentando su belleza y Casandra supo quién estaba allí incluso antes de ver a su hermano gemelo.

—¡Paris!

—Quería asegurarme de que el niño y tú estabais bien —dijo él, mirando a su alrededor en busca del niño—. ¿No le habrás dejado abajo mientras te refugiabas aquí?

—Pues claro que no. Duerme por allí, en brazos de Etra —dijo Helena, y Paris sonrió.

Una sonrisa, pensó Casandra, que no debería haber mostrado fuera de su propia alcoba.

—¿Sentiste miedo, querida?

—No cuando me di cuenta de que estábamos tan bien protegidas —murmuró, y él apretó su mano.

—Le dije a Héctor que viniera conmigo para asegurarnos de que nuestras esposas y nuestros hijos estaban a salvo —explicó Paris—. Pero se hallaba demasiado ocupado en ordenar vino y víveres para la guardia de palacio.

—Héctor jamás descuidaría sus deberes con sus hombres —dijo secamente Andrómaca—. Ni yo desearía que lo hiciese.

¿ Y qué está haciendo aquí Paris entre las mujeres en un momento como éste? Casandra sabía que Héctor se estaba comportando como debía, pero tampoco ignoraba que en aquel instante cada mujer de Troya le envidiaba a Helena su marido.

—¿Estaba Menelao allí? —preguntó ella en voz baja.

—Si estaba, no lo vi —dijo Paris—. Ya te previne que era demasiado cobarde para venir. Y ahora nos hemos desembarazado de Agamenón.

—No lo creas —estalló Casandra—. Volverá casi antes de haber tenido tiempo para reunir a sus hombres, y la próxima vez no te librarás de él tan fácilmente.

Paris la miró con amable indulgencia.

—¿Todavía sigues profetizando catástrofes? ¡Pobre muchacha! Eres como un rapsoda que sólo conoce un poema y lo repite en cualquier sitio a que va —afirmó—. Pero siento que estés asustada por esos buitres aqueos. Esperemos que ya hayamos visto lo peor de ellos.

También yo. Él ignora cuánto lo deseo.

—Debo ir y ayudar a nuestra madre a preparar un desayuno para todas estas mujeres —dijo alejándose.

Parecía una incongruencia que a causa del terror y la confusión se celebrara una fiesta; pero los hombres también lo estaban festejando. Celebraban que Agamenón hubiera sido rechazado, al menos por el momento.

—Preferiría quedarme contigo —declaró Paris—. Pero si no voy a reunirme con Héctor y los hombres, nunca dejarían de reprochármelo. Perdóname, amor mío.

Besó la mano de Helena y se alejó a buen paso. Casandra permaneció inmóvil hasta que la llamó Andrómaca para que le ayudara a preparar el desayuno destinado a los inesperados huéspedes del palacio.

Aquél fue sólo el primero de los ataques. Durante el resto del invierno, le pareció a Casandra que, cada vez que miraba hacia el puerto, veía allí naves aqueas, y generalmente sus ocupantes estaban luchando en las calles. Con el tiempo, la mayoría de los objetos de valor fueron trasladados a la ciudadela del palacio o incluso más lejos, a la casa del Señor del Sol. La ciudad se hallaba sometida a un constante asedio.

En una ocasión, los aqueos se deslizaron en torno de la ciudad, lanzándose hacia el monte Ida, y antes de que pudiera reunirse el ejército, capturaron todas las cabezas de ganado vacuno de Príamo y la mayor parte de sus ovejas. Por entonces, Casandra cumplía con sus obligaciones en el templo y, cuando registraba la entrada de las ánforas de aceite, advertía que la cantidad, si no la calidad, de las ofrendas había disminuido. En un momento determinado, se sintió dominada por un acceso de rabia, dolor y desesperación tan súbitos que lanzó un fuerte aullido de dolor. No pudo comprender qué desgracia había acaecido hasta que reconoció el carácter peculiar de la intensa emoción que siempre sentía al entrar en comunicación íntima con la mente de su hermano; ella, o mejor dicho él, se hallaba en la ladera del monte y ante sí, envuelto en un enjambre de moscas que zumbaban, estaba tendido el cadáver de Agelao, el anciano pastor.

—Debe de haber tratado de interponerse, solitario y frágil, entre los rebaños de Príamo y los soldados de Agamenón —masculló Paris.

Y aunque Casandra sólo había visto fugazmente al anciano en los Juegos que le abrieron a Paris las puertas de la ciudad, experimentó toda la tristeza y la furia de su hermano.

—No tenía ningún otro hijo. Yo debería haberme quedado con él para protegerlo en su ancianidad —dijo Paris al fin, extendiendo con cariño su rico manto sobre el cadáver. Ante estas palabras, Casandra fue capaz de separarse de su hermano lo suficiente para pensar: ¡Ojalá te hubieras quedado con él! ¡Mejor habría sido para ti, para Agelao, para Enone... y también para Troya!

Paris llevó el cadáver a Troya y Príamo otorgó al anciano el funeral de un héroe (en realidad había muerto como un héroe al defender los rebaños del rey) con banquetes y juegos. Unos cuantos extranjeros que se hallaban en la plaza del mercado el día del primer ataque, también fueron honrosamente enterrados en el templo de Mermes, dios de los viajeros y de los extranjeros. Pero no hubo nadie que reclamara sus cuerpos, ni plañideras, ni ritos que excedieran de los imprescindibles para aplacar a sus airados espíritus. El viejo pastor era el primer ciudadano de Troya que moría en aquella guerra y Paris, al menos, nunca lo olvidaría. Se cortó los cabellos en señal de duelo; y cuando Casandra volvió a verle en la fiesta de la imposición del nombre a la primogénita de Creusa, apenas reconoció a su hermano gemelo.

—¿Era necesario? Sólo se trataba de un sirviente —le dijo Casandra—, aunque anciano y honesto. Pero incluso así...

—Era mi padre adoptivo —afirmó Paris—. No conocí otro durante toda mi niñez.

Sus ojos estaban enrojecidos por el llanto. Ella no imaginaba que fuese capaz de sentir tanto dolor.

—Que los dioses me olviden si olvido honrar como debo su memoria.

—No pretendía decirte que no mereciese tu duelo —le aclaró Casandra.

Y en aquel momento lo sintió más hermano suyo de lo que nunca había sido. Siempre había compartido sus sentimientos involuntariamente, más sólo ahora empezaba a conocerlo como quien era, con sus defectos y también con sus virtudes, y a comprenderlo un poco.

Aun estaban uno junto al otro cuando resonó de nuevo la alarma y les llegó del exterior la algarabía de las mujeres y niños que acudían presurosos a refugiarse en la ciudadela. Casandra fue a atender a las mujeres que llevaban en brazos niños ya crecidos, mientras Paris, de mal talante, iba por sus armas para reunirse en las murallas con los hombres de Héctor. Junto a las puertas de la ciudad había una escalera que ascendía por el interior de la gran muralla y allí se congregaron los hombres. Casandra, observándolos, consideró que tanto su hermano como ella se hubieran sentido mejor de haber podido cambiar de puesto.

Estuvo todo el día ocupada, contribuyendo a distraer a las mujeres y a los niños y a mantenerlos tranquilos. El confinamiento propiciaba las querellas, y se preguntó si los hombres de fuera no tendrían una tarea más fácil, con un blanco al que disparar. Pensó que sería un placer apuntar a alguno de aquellos condenados mocosos, pero procuró calmarse y considerar que los niños no hacían más que comportarse como niños. Cuan malvada soy al sentirme encolerizada con estos pequeños inocentes. Sin embargo, admitió ante sí misma que le gustaría coger a algunos de ellos y zarandearlos hasta que el entrechocar de sus pequeños dientes resonará en sus cabezas.

Criseida se comportaba muy bien. Había reunido a varios chiquillos y los entretenía con juegos ruidosos. Desde luego era exactamente lo que debía hacer una buena muchacha de su edad. Lo había organizado tan bien que todas las mujeres la mimaban y la elogiaban. Pero al cabo de un rato dejó a los niños y se dirigió a lo lato de la muralla del palacio donde se hallaba Casandra. Esta vez los agresores no se habían contentado con atacar la parte baja de la ciudad sino que combatían en las calles que conducían al palacio, abriéndose camino hacia los

graneros y tesoros de Príamo. Casandra pensó que pronto tendrían que fortificar aquellas murallas y abandonar a los aqueos la ciudad.

Si al menos tuviese mi arco. Me falta práctica pero aun podría rechazar a algunos antes de que se aproximaran al palacio.

Paciencia, ya llegará ese día. Por un momento, Casandra creyó que alguien había hablado. Entonces Criseida le tocó el brazo.

—¿Quiénes son los jefes de los aqueos? ¿Conoces a alguno de ellos?

—Sí. Quien los manda es Agamenón, ese gigante de negra barba.

Como siempre, la repugnancia que le causaba la visión de aquel hombre contrajo su estómago. Pero Criseida lo observaba con manifiesta admiración.

—¡Qué fuerte es y qué apuesto! Es una lástima que no sea nuestro aliado en vez de nuestro enemigo.

Tratando de no mostrar su disgusto y su repulsión, Casandra le preguntó:

—¿Piensas en algo que no sea en los hombres?

—No con frecuencia —repuso Criseida jovialmente—. ¿En qué otra cosa debe pensar una mujer?

—Pero tú eres una de las vírgenes consagradas a Apolo...

—No para siempre —declaró Criseida—. Ni tampoco fui a cabalgar con las amazonas ni me comprometí a odiar a los hombres. Soy una mujer. No pedí que los dioses me hicieran así. Pero dado que soy de este modo, tanto si lo deseo como si no, ¿por qué no iba a complacerme con eso?

—Ser una mujer no significa comportarse como una prostituta —declaró Casandra, irritada.

—No creo que tú conozcas la diferencia —dijo Criseida—. Preferirías ser un hombre, ¿no es cierto? Me parece que, si las leyes lo permitiesen, tomarías esposa.

Casandra estuvo a punto de responder duramente, pero se dominó. Tal vez Criseida tenía razón.

—Todos hemos olvidado al pobre Agelao y su pira —dijo, con sequedad— Debe de haberse consumido ya. Es preciso guardar honrosamente sus huesos en una urna. Iré. Paris es mi hermano y yo desempeñaré su papel en esta última muestra de respeto por su padre adoptivo.

Los ataques prosiguieron durante el resto del invierno y el comienzo de la primavera, día tras día. Príamo estableció campamentos en cada una de las colinas más altas al Sur de la ciudad para que sus vigías pudieran divisar a las naves cuando se acercaran y encender hogueras que diesen la alarma. Así que los aqueos, al desembarcar, no hallaban más que paredes desnudas y cimas bien defendidas y todos sus esfuerzos resultaban baldíos.

Luego los hombres de Príamo aprovecharon una larga temporada de lluvias para reparar las murallas exteriores y reforzar las grandes puertas y, cuando los aqueos trataron de atravesarlas y abrirse camino hasta las calles altas de Troya, no lo lograron. La parte baja de la ciudad era un laberinto de callejuelas escalonadas y sinuoso, donde los defensores podían abatir fácilmente a los asaltantes.

—Están descubriendo que esta ciudad no era la fruta madura que imaginaban conseguir con tanta facilidad —comentó Eneas, en tono sarcástico, contemplando desde las murallas del palacio las calles de abajo atestadas de aqueos que iban y venían.

Incluso Héctor, por una vez, había accedido a utilizar las murallas como defensa; y la mayoría de las mujeres de la ciudad habían acudido a observar la frustración de los asaltantes.

Allí estaban Andrómaca con su hijo, que comenzaba a andar y Creusa con su hija envuelta en su mantón. Tales alarmas se habían hecho tan frecuentes que Hécuba ya no se molestaba, en proporcionar el desayuno a sus indeseados huéspedes, tras una noche de luchas. Pero cuando Héctor distribuía puñados de grano y redomas de aceite entre sus combatientes, la regla era que cada mujer que acompañase a su marido podía reclamar una parte similar.

Casandra observó la distribución de las raciones. —Diles que devuelvan las redomas —le advirtió. —Esas redomas no valen gran cosa, ¿por qué ser mezquinos? —protestó Héctor.

—No se trata de mezquindad. Los alfareros van a luchar con el resto de los hombres. Si esto dura mucho tiempo no habrá suficientes redomas para cada día de combate.

Héctor dio la orden y nadie se quejó. Los silos de Troya estaban rebosantes y por el momento no escaseaban los víveres. Casandra participaba diariamente con las demás mujeres del palacio de Príamo en la tarea de rellenar las redomas y de preparar las raciones de vino. Incluso al final del invierno abundaban los cereales en los graneros de la ciudadela; pero Héctor comenzaba a sentirse preocupado.

—¿Cómo vamos a sembrar en primavera si nos atacan todos los días? —preguntó una noche en el palacio durante la cena.

—Seguramente no lo harán durante la siembra —dijo Andrómaca—. En mi país de origen todas las guerras se suspendían durante la siembra y la recolección para honrar a los dioses.

—Pero esos aqueos no temen a la Madre —dijo Eneas—. Y quizá no honren a nuestros dioses.

—¿Mas no son todos uno los inmortales? —preguntó Casandra.

—Tú lo sabes y yo lo sé —manifestó Eneas—. Cosa muy distinta es que lo sepan los aqueos. Por lo que he oído, no me sorprendería mucho que considerasen la guerra más importante que cualquier dios. No te preocupes por eso, Casandra. Es cuestión de hombres.

—Pero si entran más padecerán las mujeres que los hombres —le contestó.

Él pareció sorprendido por un momento. —La verdad es que así sucede. Jamás lo había pensado. Un hombre sólo se enfrenta con una muerte honrosa pero las mujeres han de sufrir la violación, la captura, la esclavitud... Pero, la guerra no es para las mujeres sino para los hombres. Me pregunto cómo podría una mujer dirigir esta guerra.

—Una mujer se habría esforzado por no provocarla —dijo Casandra, con gran amargura—. Si los aqueos anhelaban el oro y las riquezas de Troya, tendrían que venir contra nosotros sabiendo que no luchaban por honor sino por codicia, que los dioses odian.

—Recuerda, Casandra, que hay hombres que conciben esta guerra como un gran campo de juego, como una liza en donde los premios sólo son coronas de laurel y honores. —Héctor participa en cada batalla como si fuese a ganar un caldero de bronce y un blanco toro de cuernos dorados —convino ella.

—No estás equivocada —dijo Eneas—. Héctor no es vanidoso ni temerario. Se trata únicamente de que debemos vivir conforme a las reglas del dios que elegimos, y Héctor eligió al dios de las batallas. Pero su dios no es mi dios; la guerra puede ser parte de mi vida pero nunca será lo más importante. —Tocó suavemente su mejilla—. Pareces cansada, hermana y no deberías estarlo. La reina tiene muchas mujeres y cualquiera de ellas podría encargarse de esas pequeñas tareas. Creo que los dioses te han reservado algo más importante y puede que nosotros, los hombres, necesitemos de tus peculiares dones antes de que concluya la guerra, sea cual fuere el final que los dioses han decidido que tenga.

Se alejó, deteniéndose junto a su esposa. Le vio inclinarse sobre el mantón, tocando la carita de la niña con un dedo; dijo algo, se echó a reír y fue a reunirse con sus hombres.

Cuan diferente es de Crises, pensó Casandra, viéndole bajar por la colina. En su boda dije que si mi padre me hubiese hallado tal marido, me habría sentido feliz.

En toda mi vida, y soy casi la única mujer de mi edad en la corte de Príamo que aún no se ha casado, no he conocido a hombre alguno con el que deseara unirme en matrimonio. Con la excepción de éste, que es el marido de mi hermana y el padre de su hija.

Enderezó su cansada espalda y se inclinó de nuevo para reanudar la faena de llenar de aceite las redomas.

—Casandra, estás derramando el aceite. No llenes tanto el cucharón —le avisó Creusa, que había acudido a sentarse a su lado—. ¿Qué te decía mi marido durante tanto rato?

—Me preguntaba cómo dirigiría yo esta guerra si fuese soldado —contestó Casandra, con toda veracidad.

Pero Creusa se echó a reír.

—Bueno, no me lo digas si no lo deseas —dijo desdeñosamente—. No soy de la clase de mujeres que sienten celos en cuanto su marido cruza dos palabras con otra.

—Te he dicho la verdad, Creusa; ésa fue una de las cosas que hablamos. Además, nos preguntábamos qué deberíamos hacer si los aqueos no observan la tregua habitual para la siembra.

—Ah, supongo que fue porque eres una sacerdotisa y sabes de tales cosas —dijo Creusa—. Pero ni siquiera Agamenón podría ser tan impío, ¿verdad?

Y como Casandra no respondió de inmediato, le preguntó:

—Tú, que eres sibila, deberías saberlo. ¿Lo sabrás? Casandra no podía determinarlo pero declaró: —Creo que no. Ignoro lo que hacen o cómo sirven a sus dioses.

Pero no bastaba con ser una profetisa; más tarde, todo aquel primer año de la guerra se trocó en su mente con un torbellino de fuegos, ataques, hombres que aullaban, quemados vivos por las flechas incendiarias. Una mujer cometió la necedad de penetrar en el campamento aqueo y fue violada por una docena de hombres. La hallaron delirando entre gritos. Las sacerdotisas curanderas del templo del Señor del Sol se esforzaron por salvarla pero, el primer día en que pareció lo bastante restablecida como para que la dejaran sola un momento se lanzó desde lo alto de la muralla de la ciudadela. Alguien de cuna demasiado humilde para rehuir la tarea tuvo que descender y recoger su cuerpo destrozado y desfigurado de las piedras de abajo.

Pocos días antes de que comenzara la siembra, los sacerdotes y las sacerdotisas despertaron una mañana con las alegres notas de una trompeta que ascendían desde el palacio, y descubrieron el puerto sin naves. Los aqueos se habían marchado, dejando sólo sucia y hollada, una larga y negra faja de playa donde estuvieron sus tiendas.

Hubo júbilo en la ciudad, incluso cuando los hombres de Héctor tuvieron que ir a limpiar la suciedad y recoger los desperdicios. También bajó su hijo, el pequeño Astiánax. Travieso y parlanchín, era adorado por los soldados; a cada minuto traía cualquier objeto abandonado que le parecía un tesoro: la reluciente hebilla de bronce de un arnés, un pedazo de peine de madera, un fragmento de pergamino en el que alguien había dibujado un tosco plano de la ciudad. Casandra se lo arrebató pese a sus protestas y lo estudió durante largo tiempo, preguntándose qué enemigo de Troya habría trazado aquel plano.

—¡Devuélvemelo! —gritó Astiánax, intentando quitárselo.

—No, pequeño. Tu abuelo tiene que ver esto —le dijo Casandra.

—¿Ver qué? —preguntó Héctor, arrancando de sus manos el pergamino y devolviéndoselo al niño.

Pero Casandra se inclinó y le tomó de nuevo sin hacer caso de los gritos airados del pequeño.

—¿Qué te sucede, Casandra? Dáselo. Ya se han ido. No hay razón alguna para preocuparse de la basura que han dejado —dijo Héctor, y dirigiéndose al niño—. Si no lloras más, hijo, te llevaré en mi carro.

—No tardarán mucho en volver —dijo Casandra—. ¿Crees que renunciarían a la ventaja que esto les proporciona?

—Estás dejándote llevar por tu imaginación —afirmó Héctor—. ¿Qué quieres hacer con eso?

Señaló ella los símbolos que le eran familiares pero que no podía leer por completo.

—Los hizo alguien de Creta, y yo pensaba que los cretenses eran aliados nuestros. Tengo que enseñárselo... —Entonces lo pensó mejor y añadió—: Entre las mujeres de Helena hay una nativa de allí; se lo mostraré a Etra.

Si alguna mujer conocía aquella extraña forma de escritura, tenía que ser ella que era reina, y sacerdotisa.

—Bien, haz lo que te plazca —le concedió Héctor, encogiéndose de hombros—. Nunca vi a mujer alguna tan preocupada por algo semejante.

Pero Etra lo miró sin entenderlo, y dijo que había visto tales símbolos en Creta pero que nunca le enseñaron a leerlos.

—Ni siquiera soy capaz de imaginar quién podría trazarlos —declaró—. Tal vez lo sepa Crises.

Pero a Casandra le avergonzaba explicar a aquella mujer tan digna por qué no deseaba hablar con el sacerdote.

No obstante al final, decidió mostrarle el pergamino a Caris y explicarle la situación. Esta conocía la causa de su temor y repugnancia hacia Crises, y accedió a acompañarla a consultar con él.

Crises examinó los signos con atención, frunciendo el entrecejo y moviendo los labios mientras que con el dedo índice seguía sus trazos. Luego alzó los ojos.

—Sólo se trata de un plano de la ciudad —dijo—. Pero han inscrito unos nombres. ¿Los ves? Aquí se muestran las estancias de la reina, los graneros, el gran comedor, están señaladas las diferentes partes del palacio. ¡Fíjate! Aquí está el templo de Apolo, y aquí el de Palas Atenea.

—Es lo que pensaba —dijo Casandra—. ¿Puedes decirme quién lo trazó?

—No lo sé, pero no fue un amigo de Troya. Sólo puedo decir que es probable que tampoco haya sido un cretense —aventuró Crises—. Porque en Creta enseñan a hacer las letras un poco distintas.

Casandra pensó que podía haber llegado a tales conclusiones sin ayuda. Luego le llevó el pergamino a Príamo, quien le prestó escasa atención aunque comprendió de qué se trataba.

—No creo que haya una docena de hombres fuera de Troya que puedan dibujar esto; con tal pergamino, sería muy fácil hallar cualquier lugar en Troya —dijo—. Sólo sería capaz de hacerlo alguien que conociera muy bien el palacio y la ciudad y no logro imaginar que sea alguno de los nuestros. Sólo... —Príamo dudó y después negó con la cabeza—. No, es amigo jurado mío y ha sido invitado en mi casa. No puedo creer que nos haya traicionado.

—¿Quién, padre? —preguntó.

Pero Príamo, moviendo aún la cabeza, dijo:

—No. Sólo... no.

—¿Odiseo? —inquirió ella.

—¿Crees que mi viejo amigo podría ser tan falso?

Casandra no quería pensar eso de Odiseo pero la posibilidad estaba allí.

—En la guerra los hombres, padre, olvidan otros juramentos —dijo.

—Es posible. Pero me prometió que no se dejaría arrastrar a esta contienda —afirmó Príamo—. No le acusaré sin haberlo escuchado. Tus pensamientos están llenos de veneno, Casandra.

—Padre, no fui yo quien pensó tal cosa —se excusó—. Me limité a preguntarte en quién pensabas.

—Pues estoy seguro de que mancillé a mi viejo amigo con semejante idea —dijo Príamo—. Y aguardaré hasta preguntarle directamente si esto es obra suya.

En su corazón Casandra estaba segura. Odiseo, así había oído, estaba lleno de tales habilidades y tretas. Pero tampoco ella deseaba pensar que había traicionado su vieja amistad con Príamo y con Troya.

No tuvieron que aguardar mucho tiempo. Aún no habían transcurrido diez días desde la partida de los aqueos, cuando fue avistada la nave de Odiseo. Casandra había ido al palacio para visitar a Creusa y preparar una pócima curativa para su hija, que sufría fiebre estival, y después fue convocada a la gran sala. Eneas acudió a saludarla al momento, la abrazó corno de costumbre y la besó en la mejilla.

—¿Está bien la niña, hermana?

—Oh sí; no le ocurre gran cosa. Preferiría hacer una poción para curar la ansiedad de Creusa. Cada vez que cambia el viento cree que la pequeña padece una enfermedad mortal. Al menos Andrómaca ha aprendido ya que los niños tienen pequeños trastornos y que es mejor no medicarlos en exceso; suelen mejorar sin ayuda y, cuando así no sucede, hay tiempo suficiente para llamar a un curandero.

—Me alivia escuchar eso; pero debes ser paciente con Creusa, hermana. Es joven y se trata de su primera hija. Ven y come algo —dijo Eneas, conduciéndola hacia adelante.

Odiseo se levantó del asiento reservado al invitado, junto a Príamo, y se acercó a Casandra. La abrazó con tal fuerza que ella se contrajo; luego le dio un sonoro beso.

—Aquí está mi guapísima novia —dijo—, ¿Qué has estado haciendo todos estos meses de guerra? Traigo un regalo para ti: una sarta de cuentas de ámbar que hace juego con tus ojos brillantes. No he conocido a nadie que tuviese unos ojos de ese amarillo con un toque de rojo en el fondo.

Extrajo un collar de entre los pliegues de su túnica y se lo puso. Casandra suspiró, se lo quitó y, tomándolo en sus manos, lo examinó con atención, observando casi codiciosamente las brillantes cuentas.

—Te lo agradezco. Es muy bonito, pero no me permitirán usarlo. ¿Crees que puedo entregarlo como ofrenda al Señor del Sol?

Odiseo recogió el collar, frunciendo el entrecejo.

—Te va muy bien, y el Señor del Sol, aunque no tengo querella con él —hizo un gesto piadoso—, no necesita de tales dones.

Miró en torno a sí y sus ojos se detuvieron en Helena, sentada con modestia junto a Paris.

Ella dijo con su amable voz: —Querido y viejo amigo, yo guardaré el collar de Casandra y se lo devolveré en cuanto me lo pida.

Su embarazo era ya visible, pero Casandra advirtió que la hacía aún más bella. Andrómaca se había mostrado fuerte y animosa durante su preñez, pero su cara se tornó pálida y

abotargada. Creusa se sintió mal durante todo el embarazo, incapaz de retener ningún alimento, hasta el punto de parecer una rata arrastrando un melón robado. Helena le recordaba la estatua de una diosa encinta que había visto en Colquis; o a Afrodita, si la diosa del amor consintiera en quedarse en ese estado.

Helena tomó el collar de manos de Odiseo. —¿Quién sabe, hermana? —dijo, dirigiéndose a Casandra con gentileza—. Puede que no estés toda tu vida al servicio del Señor del Sol. Te doy mi palabra de que este collar será tuyo en cuanto lo reclames.

Contra su voluntad, Casandra se sintió animada por la radiante presencia de Helena. Le dijo, con más cordialidad de la que pretendía: —Gracias, hermana. Helena oprimió su mano y le sonrió. Príamo las interrumpió sin ceremonias. —Bien está eso de tenerte aquí como invitado mío y de que regales collares a las muchachas, Odiseo, pero dime, ¿no estaba tu nave entre las de los atacantes y no te hallabas tú entre los enemigos ante las murallas? Creí que habías prometido que no te dejarías arrastrar por esos aqueos a una guerra contra mí.

—Cierto es, viejo amigo —declaró Odiseo, sonriente y vaciando de un trago su copa.

Polixena se apresuró a llenarla y él le sonrió, casi con malicia.

—Ojalá siguiese soltero, bella niña, porque entonces tu padre podría haberme concedido tu mano, aunque tenga edad bastante para ser tu abuelo y no sea dado a buscar novias tan jóvenes. Así Agamenón no me habría jugado la mala pasada de enfrentarme contra viejas amistades. Príamo se mostró cortésmente escéptico. —Confieso, amigo mío, que no entiendo —dijo. —Bueno —empezó Odiseo y Casandra pensó que, verdadera o falsa, la historia que contase tenía que ser interesante—. Recordarás que me hallaba con los pretendientes de Helena cuando se casó con Menelao. Supongo que Helena me habrá perdonado que no fuese yo uno de esos pretendientes porque sólo quería estar casado con Penélope, hija de Icario.

Helena sonrió.

—Que los dioses de la verdad te perdonen tan completamente como yo, amigo mío. Me hubiera gustado conseguir un marido que me fuese tan fiel como le eres tú a Penélope.

Odiseo prosiguió:

—Y cuando todos los pretendientes reñían, fui yo quien concibió el compromiso que permitió acabar con tal situación: que Helena escogiera por sí misma y que todos nosotros jurásemos defender contra cualquier contendiente al marido por ella elegido. Así que, al estallar esta guerra, me vi cogido en mi propia trampa. Agamenón me mandó llamar para que cumpliera el juramento prestado en favor de Menelao.

Príamo lanzó una mirada desdeñosa, aunque Casandra pudo advertir que su padre no estaba en realidad irritado; quería conocer el resto de la historia.

—¿Y qué fue de tu juramento con tu anfitrión y amigo?

—Hice cuanto pude por honrarlo, Príamo, te lo aseguro —afirmó el viejo marino—. Ya he visto bastante del mundo. Deseaba quedarme en casa y cuidar de mis propias tierras. Por tanto, hice que Penélope enviase un mensaje en el que decía que me hallaba enfermo y que no podía ir; que había perdido el juicio, convirtiéndome en un pobre loco. Y cuando acudió Agamenón, me calé un gorro viejo, uncí un caballo y un buey y empecé a arar un campo de cardos. ¿Y sabes lo que ese... —titubeó—... bien, hay damas presentes, lo que Agamenón hizo?

Dio al nombre la entonación de una obscenidad y miró en torno para comprobar el efecto de su relato en la atenta audiencia.

—Pues cogió a mi pequeño Telémaco, que entonces andaba a gatas y era, Héctor, como tu Astiánax, y lo puso delante de las bestias, justo por donde tenía que arar. ¿Qué iba a hacer yo? ¿Seguir arando en línea recta hasta alcanzar al niño? Naturalmente, desvié a los animales y

Agamenón, riéndose a mandíbula batiente, me dijo: ¡Vamos, viejo zorro, no estás más loco que yo! Y exigió que cumpliera mi juramento de defender a Menelao. Así que vine, pero créeme, fui yo quien les envió a sus casas para la siembra. Volverán después, he acudido para advertiros a todos.

Príamo había reído tanto como cualquiera. Entonces se serenó y dijo:

—Comprendo, Odiseo, que no podías hacer otra cosa que la que hiciste. Pese a todo sigues siendo amigo mío.

—Lo soy —afirmó Odiseo, y se sirvió pescado y pan.

—Y que siempre lo seas —concluyó Príamo—, como yo lo soy de ti.

Casandra contrajo los ojos, observando a Odiseo como si buscase la Visión. Por mucho que lo intentó, vio sólo a un viejo inofensivo, desgarrado entre antiguas amistades y vecinos incómodos con los que debía mantenerse en paz para seguridad de su propia familia. Sí, sería amigo de ellos mientras le resultase provechoso. A menos de que, sagaz o incluso alevosamente, pudiese sacar partido de la situación para hacer un buen chiste o contar un buen relato. A eso no se resistiría nunca Odiseo en aras de ninguna amistad.

Acabó rápidamente su propia comida y, levantándose, pidió a su padre permiso para retirarse. Él se lo otorgó con aire distraído; besó a su madre y a Andrómaca, alzó en sus brazos al pequeño Astiánax y le besó también, aunque éste se resistió y dijo que era demasiado mayor para que le besaran. Después abandonó la sala.

Al cabo de un minuto advirtió que alguien la seguía. Creyendo que sería una de sus hermanas, deseosa de hacer a una sacerdotisa una pregunta demasiado íntima para formularla en presencia de los hombres, se detuvo a esperar. Entonces la rodearon unos brazos fuertes y viriles y, por un momento, permaneció en los brazos de Eneas hasta que se apartó, contra su voluntad.

—Eneas, no. Eres el marido de mi hermana. —A Creusa no le importaría —susurró Eneas—. Desde que nació nuestra hija, me rehuye cada vez que acudo a su lecho. No me desea, te lo juro. Le agradaría que encontrase amor en otra parte.

—No lo hallarás en mí —dijo entristecida Casandra—. También yo he hecho un juramento. Me he consagrado al Señor del Sol y haría falta un hombre más bravo que tú para contender con él por una mujer.

—Pues me enfrentaré a él si tú quieres, Casandra. Por ti arrostraría incluso su ira.

—Calla —dijo, poniéndole los dedos en la boca—. No digas eso. No lo escucharé. Pero debo confesarte que si los dos fuésemos libres, gustosa te aceptaría como marido o como amante, como tú prefirieses. Mas he visto la ira de Apolo y no la provocaría conscientemente contra ningún hombre; en especial, contra ti, a quien bien podría haber amado.

Mientras hablaba, sus dedos se deslizaban cariñosamente por los labios de él casi sin que se diese cuenta.

—No quieran los dioses —dijo piadosamente Eneas—, que me enfrente con ninguno de ellos a menos de que tú lo exijas de mí. Si estás satisfecha con pertenecer al Señor del Sol y a nadie más... —Retrocedió un paso—. Sea como quieres. Lo juro por el propio Apolo. —Besó con respeto la delicada mano de ella—. Seré siempre tu fiel amigo y hermano, si necesitas mi ayuda, juro que la tendrás frente a cualquier hombre o ante cualquier dios.

—Te lo agradezco. Siempre seré tu amiga y tu hermana, pase lo que pase —dijo Casandra, conmovida.

La tomó cariñosamente de los hombros.

—Querida, no pareces feliz. ¿Estás de veras contenta en el templo de Apolo?

—Si lo estuviese —contestó en un murmullo—, habría huido de ti antes de que llegásemos a esto.

Se apartó de él y salió del palacio. Su corazón aún latía con tanta fuerza que pensó que Eneas debía de estar oyéndola. Mientras subía la larga colina hacia el templo del Señor del Sol, las lágrimas contenidas oprimían sus ojos.

No quiero ser infiel a mis votos. Juré ser de Apolo y él fue quien me abandonó. Jamás lo traicionaré con hombre mortal alguno, y sin embargo ese blasfemo sacerdote me ha difamado en el templo. Por culpa suya parezco profanada a los ojos de todos cuando soy inocente de cualquier pecado.

¿Sería que la diosa a la que sirvió durante el tiempo que estuvo con las amazonas se había puesto de parte de un hombre contra la que fue consagrada sacerdotisa suya? ¿O se trataba tan sólo de que un dios, cuando se enfrentaban un hombre y una mujer, jamás se ponía del lado de ésta, fueran cuales fuesen sus derechos? Ella pertenecía al dios como si se hubiese casado con cualquier hombre mortal.

Pero tanto Crises como yo pertenecemos a Apolo y, en consecuencia, tendríamos que ser iguales a sus ojos.

Franqueó las grandes puertas de bronce y el vigilante nocturno se inclinó reverente. —Llegas tarde, princesa.

—He estado en el palacio, con mi padre y mi madre —dijo ella—. Buenas noches. —Buenas noches, princesa.

Se dirigió hacia las estancias de la parte posterior donde dormían las mujeres. Se quitó las sandalias y el vestido y se acostó, preparándose para el sueño.

Aún le dolían los ojos y, cuando relajó los músculos de su rostro, las lágrimas inundaron sus mejillas. Volvió a su memoria el abrazo de Eneas y, por un momento, se recreó con aquel recuerdo. Si quisiera, podría arrebatárselo a su hermana y Creusa ni siquiera se enfadaría con ella, satisfecha de verse libre de sus obligaciones maritales...

¿A quién dañaría si se entregaba a Eneas? ¿Debía olvidarse de sus votos puesto que ningún bien había recibido de su consagración? ¿O era que esa diosa extranjera del amor ilícito lo había enviado para tentarla? Después, ante sus ojos, el rostro de Eneas se perdió en la deslumbrante evocación de la faz del Señor del Sol y de la suave e inolvidable música de su voz cuando decía Casandra...

Mientras se deslizaba hacia el sueño, se preguntó cómo era posible que una mujer prefiriese un simple hombre a un dios. Tal vez fuera mejor permanecer olvidada o ignorada por el Señor del Sol que ser amada o deseada por cualquier hombre mortal.

Comenzó a rumorearse por toda la ciudad que los aqueos habían renunciado a sus propósitos y que no volverían. Casandra sabía bien que no era cierto, porque aún había ocasiones en que al mirar a la ciudad desde el templo, la veía envuelta en llamas. De este modo conocía que el don de la presciencia no la había abandonado.

Pero de nada le servía a ella ni a ningún otro; cuando hablaba de sus visiones, nadie la escuchaba. Sin embargo, Apolo, sea lo que fuere lo que me has quitado, día llegará en que recuerden lo que dije y sepan que no mentí.

A veces pensaba: Esto es sólo una maldición. Puesto que nadie cree lo que digo, ¿por qué debo sufrir con ese conocimiento y ser incapaz de transmitirlo? Mas, tras orar para que le fuese retirada la presciencia, se decía: ¡Oh, no! Mucho peor sería ir a ciegas e ignorar lo que los Hados han decidido.

Pero si éste es el destino de todos los hombres, ¿cómo podían soportarlo?

Día tras día, los mares continuaron libres de navíos de guerra y de corsarios. Llegaban otros barcos, rumbo al Norte, hacia Colquis y 3\ país del Viento del Norte, que pagaban su tributo a Troya. Y, desde Colquis, la reina Imandra enviaba regalos y saludos a su hija, y también a Casandra.

Una mañana, Casandra halló a su serpiente muerta en su cuenco, y este hecho fue para ella el peor de los presagios. Últimamente había tenido poco tiempo para dedicárselo a aquel animal, y se culpó por no haber advertido que se hallaba enfermo. Pidió permiso para enterrar a la serpiente en el recinto del templo. Cuando lo hubo hecho, Caris la mandó llamar y le encargó que cuidase de todos los ofidios del templo de Apolo.

—¿Por qué? —preguntó Casandra—. No soy la más indicada. Cuidé del mío tan mal que enfermó y murió.

—¿Sabes por qué te confiamos esa tarea? Porque no eres feliz, Casandra. ¿Nos crees ciegos? Te quiero, te queremos todos. —Como Casandra hizo un gesto de protesta, añadió—: No, ésta es la verdad. ¿Crees que no somos conscientes de lo que te ha hecho Crises? Si tuviésemos libertad para expulsarlo, serían muchos los que lo habrían hecho. De este modo tenemos una excusa para confiarte una tarea en la que no precises encontrarte con él cada día y a cada hora.

Mas seguía sin comprender por qué no eran libres para expulsarlo del templo. Había intentado violar a una virgen del dios. Aquello era un enigma que no podía descifrar, ni tampoco conseguir de Caris una explicación. Era evidente que carecían incluso de libertad para explicar por qué tenía Crises ese poder sobre ellos.

Había una anciana sacerdotisa en el templo que sabía mucho de serpientes. Más vieja que Hécuba, superaba a ésta al menos en los años que Hécuba llevaba a su hija. Casandra, dispuesta a que las demás serpientes del templo no corrieran la suerte de la suya, pasó muchas horas con aquella anciana. Tenía los cabellos blancos, y ya escasos, y los ojos hundidos. Sufría parálisis senil y sus manos temblaban tanto que era incapaz de sostener ni la cuchara para alimentarse; este mal fue lo que determinó que se la relevara del cuidado de las serpientes.

Casandra dedicaba todo su tiempo a la anciana, la atendía y alimentaba y, cuando la sacerdotisa tenía tuerzas bastantes para hablar, aprendía todo lo referente a culebras y serpientes, incluso de especies que ya no se guardaban en el templo. A veces, Casandra pensaba que le gustaría hacer un largo viaje, sólo para dotar al templo de Apolo de las más extrañas clases de estos animales: las que vivían en los lejanos desiertos del Sur, o de las llamadas pitón, tan gruesas como el cuerpo de un niño y capaces de tragarse un cabrito e incluso una oveja entera. Casandra no estaba por completo segura de la existencia del animal, pero le gustaba oír los relatos de la anciana, y se hubiera pasado los días enteros escuchándolos.

Tras echar la comida a las serpientes había poco que hacer, excepto atender a Melianta. Casandra escuchaba y se entregaba a sus ensoñaciones, recordando el momento en que compareció en el Más Allá ante la diosa en su advocación de Madre Serpiente y preguntándose de dónde procedía la historia de la muerte de la Pitón a manos de Apolo. El año estaba avanzado; unas tardías lluvias invernales caían mansamente sobre el mar y en las ramas desnudas de los árboles se veían pequeñas protuberancias de donde surgirían las hojas. Un día, en que estaba en la parte más alta del templo del Sol, oyó un lejano y estridente grito. —Mira, las cigüeñas vuelan de nuevo hacia el Norte. Me pregunto, pensó, hacia qué lejanas tierras se dirigen, más allá del país del Viento del Norte.

Pero sus compañeras tenían cosas más prácticas en que . pensar.

—Pronto llegará la fiesta de la siembra de primavera —dijo Criseida con un brillo ávido en los ojos—. Estoy cansada de vivir siempre entre mujeres.

Casandra se sintió golpeada por el miedo; seguramente los aqueos retornarían con la primavera. La última luna del invierno creció y menguó, y llegaron días grises de suaves lluvias. Poco después de que las cigüeñas emprendieran el vuelo hacia el Norte, las nubes disminuyeron y una estrecha luna creciente apareció en el cielo anunciando la llegada de la primavera y de la fiesta de la siembra.

El primer día después de la luna nueva. Casandra fue llamada a palacio por su madre. La encontró con sus mujeres, haciendo los preparativos para los ritos de la siembra. Una sacerdotisa de la Madre Tierra se hallaba allí, supervisando la tarea.

Casandra no sabía lo que iba a decir hasta que se oyó pronunciar estas palabras:

—¿Estáis organizando la tiesta para que puedan divertirse los aqueos? A te mía que celebrar ahora una fiesta es sólo invitarlos a que vengan y nos expolien.

La sacerdotisa, una mujer de cierta edad a la que Casandra no conocía bien, le contestó despreciativamente.

—¿Qué puedes ofrecernos como alternativa Casandra? ¿No querrás que dejemos de sembrar el grano?

—Oh, ya sé que hay que plantar el grano —dijo Casandra casi con furia—. Pero, ¿es preciso llamar la atención con una tiesta?

—¿Es que esperas disfrutar de los regalos de la diosa sin honrarla? —le preguntó la sacerdotisa.

Casandra, sin apenas saber qué decir, deseó gritar. Si la diosa es tan grande y benevolente, pensó, seguramente nos daría el grano sin exigir tanto. ¿Es la diosa Tierra una vieja mujer del mercado para regatear con nosotros: tanto grano por tantos himnos v danzas? Como no podía decir aquello, no dijo nada en absoluto; pero sabía que había provocado la desaprobación de la sacerdotisa.

—¿Qué tiene que ver la fiesta contigo, que optaste por permanecer virgen en el templo del Señor del Sol y no pagar su tributo a la diosa? —le preguntó, con gesto hosco.

—No fue por mi elección —respondió sumisamente—. El Señor del Sol me llamó y la diosa Tierra no se opuso. Si hubiera exigido de mí que la sirviese, la habría obedecido.

¿ Y por qué no tendió su arco para salvarme de Apolo? ¿No soy más que un huidizo animal entre las pendencias de esos dioses?

Pero la sacerdotisa estaba aún enojada con ella, y daba la impresión de aguardar una respuesta más concreta.

—Aunque también yo me alimento por su bondad, no veo razón por la que una fiesta pueda inutilizar una siembra. Porque si los aqueos vienen a acabar con nuestra fiesta poco será lo que obtengamos de ella.

—¿Estás diciéndome que los aqueos no rinden homenaje a la diosa?

—Sólo digo que temo su impiedad —afirmó Casandra—. Si crees que rinden homenaje a la diosa, ¿por qué no le pides a uno de sus devotos o envías a un mensajero para que negocie una tregua y se comprometan a no perturbar los rituales de la Madre Tierra?

Y se me censura por ese miedo como si la impiedad fuese mía. Debería aprender a estar callada.

Se inclinó en silencio ante la sacerdotisa, una vez formulada su advertencia. No se hallaba obligada a decir más. Su madre había estado observándola en silencio, y Casandra cruzó la estancia para reunirse con ella. —¿No puedes comprender mi temor, madre? —Confío en la

bondad de la diosa. Con seguridad es capaz de levantar su mano y golpear a esos aqueos —declaró Hécuba con tono de reproche—. Estás llena de miedo, Casandra.

—Tú has servido a la Madre Tierra todos estos años, ¿alzó alguna vez la mano para protegerte?

Su madre la miró profundamente disgustada y dijo: —No corresponde a las mujeres hacer tales preguntas. Tú, que eres sacerdotisa, deberías saberlo y no formularlas. Los dioses no son remisos en castigar a quienes se pronuncian en contra o dudan de ellos.

Debería haber sido yo quien dijese eso, pensó Casandra. He vivido en el templo del Señor del Sol y he visto cómo golpea..., y cómo protege a los suyos. Suspiró y no dijo más. Su madre dijo amablemente:

—No estoy regañándote, Casandra. Pero si no has hallado la felicidad en el templo del Señor del Sol deberías volver con nosotros. No acabo de convencerme de que sea bueno para una muchacha de tu edad continuar siendo doncella. Si vuelves a la casa de Príamo, tu padre te hallará un marido. Me complacería verte casada y con un hijo en los brazos. Y así se acabarían todos esos malignos sueños y profecías que te atormentan.

Pese al tono tierno de su madre, Casandra sintió una oleada de ira tan grande que a punto estuvo de ahogarla. Ah, esel remedio para todas las cosas que van mal en las mujeres. Si una mujer es desgraciada, si comete un error o si no hace lo que todo el mundo quiere que haga, entonces convendría que tomase un marido y, si tenía un hijo, ésa sería la panacea para todos sus males.

—¿También tú, madre? ¿Hubieras sido tan rápida en decidir qué era lo que me convenía cuando cabalgabas con Pentesilea y sus mujeres? ¿Me hubieses dado un marido, o habrías cuidado de que quedase preñada, justamente para que no dijera la verdad y aterrase a la gente?

Hécuba se sintió consternada ante su airado tono. Golpeó con suavidad los agarrotados dedos de Casandra y los acarició, tratando de relajarlos.

—No te irrites, querida mía. No sé por qué estás siempre tan enojada. Sólo deseo que seas feliz, mi niña.

—Me irrito por hallarme rodeada de estúpidos —afirmó Casandra— y lo único que me propones es que me convierta en uno de ellos.

Se levantó y abandonó con rapidez la estancia. Su madre quedó desesperada. Y, sin embargo, hubo un tiempo en que era fuerte y sabía bastarse a sí misma; Casandra tenía armas para investigarlo. ¿Y por qué había permitido que su madre se desviase de la cuestión esencial que era el peligro para la siembra? Hécuba había preferido sustituirlo por el viejo tema del matrimonio, como si una mujer casada ganase automáticamente en sabiduría. Ciertamente, Andrómaca no era más juiciosa tras su matrimonio con Héctor, ni Creusa por haberse casado con Eneas.

¡Si creyese que podía conseguir tan favorable cambio no sólo estaría dispuesta, sino que anhelaría casarme!

Un poco antes de que rompiera el día, Casandra oyó el tañido de las campanas y el ruido de la agitación que se es-

taba produciendo en la ciudad. Cuando levantó la cabeza, una oleada de malestar se apoderó de ella; tuvo la impresión de que la quietud de la habitación se quebraba con gritos y estruendo de armas. Oh, no, pensó, dejándose caer sobre la almohada y cubriéndose la cabeza con la manta. Permaneció inmóvil unos minutos. Se había prometido que si acaecía una catástrofe, ella estaría lejos cuando sucediese; ya la había anunciado y eso era suficiente.

Fuera de la estancia continuaban los sonidos de la fiesta. Pronto acudieron a llamarla, y al final se levantó, se vistió y fue a cuidar de las serpientes del templo. Casi había esperado que en un día de tan siniestros presagios las hallaría dentro de sus recipientes y agujeros, pero parecían comportarse como siempre. Fue a buscar comida a las cocinas y sirvió a la anciana Melianta pan empapado en vino aguado. Cuando concluyó todo lo que pudo hacer, miró por encima del muro y vio a centenares de mujeres que salían por las puertas de Troya camino de las fértiles tierras situadas entre los ríos. No se engalanó con su ropa de fiesta ni se detuvo a ponerse una guirnalda, sólo se arregló y recogió sus negros cabellos para que no le cayeran sobre los ojos; luego abandonó el templo. En el camino de bajada reconoció una figura de cabello dorado rojizo, que caminaba delante de ella. Se apresuró a alcanzar a la mujer.

—¿Qué haces aquí, Enone? ¿No hay campos que sembrar en el monte Ida, hermana?

Animada por sus palabras, Enone le sonrió afectuosamente pero no respondió y, al cabo de un momento, Casandra supo, como si Enone se lo hubiese dicho, que deseaba ver a Paris, aunque fuera un momento. Casandra no podía darle aliento ni esperanza, así que alzó sus manos hacia el niño que cabalgaba sobre los hombros de su madre.

—¡Cuánto ha crecido! ¿No pesa demasiado para que lo lleves de esa manera?

—Sus ojos son oscuros y cada vez se parece más a su padre —dijo Enone, sin responder a la pregunta de Casandra.

En verdad, los ojos del niño, de un azul nebuloso como los de tantos bebés, se habían oscurecido hasta adquirir un brillante color castaño muy parecido al de los ojos de Paris o de la propia Casandra.

Él no se lo merece, pensó Casandra, tan irritada que le era difícil hablar. Y como no podía increpar a Enone por su esperanza absurda y vana, dijo airadamente:

—Vete a tu casa, Enone y cuida de la siembra en el monte Ida. Nada conseguirás de esta fiesta. Los dioses se hallan enojados con Troya. Paris no acudirá; es sólo para las mujeres. Creí que conocerías lo bastante bien nuestras costumbres para saber eso.

—Aún así, si es preciso, acudiré y oraré con las demás para disipar la ira de la Madre Tierra —le contestó Enone.

Casandra comprendió que nada de lo que le dijese podía cambiar su propósito.

—Deja que te lleve el niño —le rogó, y extendió los brazos hacia el chiquillo.

Pesaba mucho, pero había brindado su ayuda y no retiraría su oferta. Pensó que era una lástima que Paris no pudiera llevar a su propio hijo. Luego, entre las mujeres que bajaban del palacio, distinguió a su madre y a Andrómaca con Astiánax, el hijo de Héctor, lo bastante crecido ya para caminar junto a su madre, agarrado a su falda.

La niña de Creusa, aún pequeña, iba envuelta en el mantón que cubría los brazos de su madre. Polixena encabezaba el grupo de las hijas de Príamo, todas vestidas con la tradicional túnica de fiesta de las doncellas, adornada con largas cintas que flotaban por impulso de la brisa. Vieron a Casandra, la saludaron con la mano y ella no quiso incurrir en la grosería de no devolverles el saludo. Ya que no aplazaban la fiesta o la celebraban calladamente, de un modo que no atrajera la catástrofe que ella había previsto, debían disfrutar mientras les fuese posible. En lo alto de la colina alguien había empezado a cantar el primero de los himnos de la sementera:

Trae el grano, por el invierno oculto, Tráelo con canciones, banquetes y júbilo...

Otras mujeres se unieron a la que cantaba. Casandra percibió la voz sonora y dulce de Creusa y luego las de las demás, pero cuando trató de cantar sintió que se ahogaba, y su voz no brotó.

—Mira —dijo Enone, señalando—. Los hombres se hallan en la muralla, observándonos.

—Allí está tu padre, mi niño —añadió, intentando dirigir la atención del niño hacia donde se encontraba Paris revestido de su brillante armadura que reflejaba como flechas los rayos de un pálido sol.

El niño se giró en los brazos de Casandra, tratando de ver lo que su madre le indicaba. Pesaba lo bastante para hacerle perder el equilibrio, y Casandra estuvo a punto de caer.

—Mejor será que yo le lleve —dijo Enone, y Casandra no se opuso.

Podía ver el rojo penacho del casco de Héctor, la deslumbrante armadura de Príamo y a Eneas, más alto que ningún otro hombre.

Ya habían llegado a los campos, que estaban preparados desde hacía varios días. Las mujeres se detuvieron y se despojaron de sus sandalias porque ningún pie calzado podía hollar en este rito el pecho de la Madre Tierra. Hécuba, que vestía una túnica escarlata, alzó las manos para la invocación, después se detuvo e indicó a Andrómaca que se acercase; la joven, que lucía un vestido purpúreo de Colquis, se adelantó para ocupar su puesto.

Casandra lo entendió. Hécuba era ya vieja, y aunque había parido diecisiete hijos de los que más de la mitad sobrevivieron al quinto año, espléndido signo del favor de la Madre Tierra, había pasado de la edad de tener hijos y el rito debía ser oficiado por una mujer fértil, por una madre. Durante los últimos años, aquello no se había tenido demasiado en cuenta; pero ahora que el grano iba a ser indispensable para la supervivencia de la ciudad, no debía correrse el riesgo de que una mujer esterilizada por la edad afrentara a la Madre Tierra por su presencia en el más grande de los rituales.

Andrómaca hizo un gesto, y todas las vírgenes y las demás mujeres que jamás habían dado a luz a un hijo con vida abandonaron las tierras labradas. Casandra se despidió con un ademán, de Enone y se dirigió hacia la cerca de piedras y el seto de espinos y matas que bordeaban el campo. Distaban de ser estériles; podía percibir en su interior los sonidos de pequeños insectos, grillos y escarabajos. En las lindes del campo crecían además muchas hierbas y plantas cuya utilidad empezaba ella a conocer. Reparó en una estrecha hoja, indicada para curar las erupciones cutáneas de los niños y de los animales pequeños, y se inclinó para arrancarla, murmurando una oración de gracias a la diosa por su generosidad incluso fuera de las tierras a ella consagradas.

Ahora que las mujeres estaban en los campos, bajaban los hombres. El rey Príamo, padre de su abuelo, que sólo llevaba sobre sí una pampanilla, bellamente teñida de púrpura y un collar de piedras del mismo color, tomó entre sus manos el arado de madera y lo alzó en el aire. Los vítores que brotaron fueron ensordecedores. Con sus propias manos unció un blanco asno a las varas del arado. Casandra sabía que este animal, por el que se había pagado un alto precio, había sido escogido entre todas las bestias de Troya para que arase el rey porque no tenía mácula.

Príamo hundió la reja en la tierra, y de nuevo estallaron los vítores cuando abrió un oscuro surco de arcilla fértil en la superficie reseca por el sol. Las voces de las mujeres se alzaron otra vez para entonar un nuevo himno. Cuando Casandra era muy pequeña le dijeron que los cánticos estaban destinados a ahogar los gritos de la Madre Tierra al ser así violada. Durante su estancia con las amazonas, éstas le enseñaron otra teoría. La Madre Tierra daba alimento a sus hijos por su libre voluntad y los himnos eran sólo de alabanza y gratitud; pero incluso ahora tuvo que reprimir un estremecimiento cuando el arado penetró.

Entonces, todas las mujeres fértiles de la ciudad penetraron en el campo. Se despojaron de las ropas que cubrían la parte superior de sus cuerpos, e hicieron gestos simbólicos de dar su leche a la tierra que aguardaba, para nutrir los campos. Más de la mitad se hallaba encinta, desde muchachas muy jóvenes con vientres hinchados por su primera preñez y senos

pequeños a mujeres de la edad de Hécuba que habían tenido un hijo cada una durante casi una generación.

Casandra se unió al grito que se elevó hacia los cielos:

Madre Tierra, nutre a tus hijos, te suplicamos.

Entregaron cestos de simiente a todas las mujeres fértiles y éstas comenzaron a avanzar, diseminando el grano. Príamo aró con apresurada rudeza hasta el final del campo, tropezó y cayó al suelo cuan largo era, manchando su vestidura. Aquel funesto presagio levantó murmullos. Príamo fue atendido y trasladado cuidadosamente hasta donde se hallaban los demás hombres que rodeaban el campo, contemplando la siembra. El sol se hallaba alto y lanzaba con fuerza sus deslumbrantes rayos.

—Tal vez a la tierra no le importa lo que hagamos o dejemos de hacer —dijo un hombre fuerte y tosco que Casandra no conocía—. Yo he estado en lugares de infieles, y crece el cereal lo mismo que aquí.

—Cállate, Ayax; no necesitamos que nos expongas tus estúpidas ideas —dijo una voz profunda y fuerte que Casandra identificó como la de Eneas—. Tanto si están relacionadas con los dioses como si no, así han de hacerse las cosas por decoro y por costumbre. Y además, ¿qué puede perjudicar?

El trueno resonó a lo lejos y las nubes corrieron a ocultar el sol.

Casandra advirtió que los insectos del seto guardaban silencio. Después, algunas gotas de lluvia cayeron sobre las secas ramas de los matorrales y, en unos momentos, los leves vestidos de las mujeres se pegaban a sus cuerpos.

—¡Gracias te damos, Madre Tierra, que nos envías la lluvia para nutrirnos! —gritaron.

Los himnos concluyeron cuando arreció la lluvia. Las mujeres acabaron de arrojar las últimas simientes y todas, incluyendo a las niñas pequeñas y a las ancianas y estériles, se precipitaron al campo para presenciar el enterramiento del último grano. Casandra había empezado a correr para reunirse con Enone cuando una oscura ola surgió ante sus ojos. Se detuvo, insegura, con la impresión de que el suelo había temblado bajo sus pies.

Después se oyó un grito de guerra y vio a hombres de negras vestiduras que penetraban corriendo en el campo, gritando y aullando. Uno provisto de armadura se apoderó de Enone y, echándosela al hombro, corrió hacia la oscura línea de naves que había surgido mientras todos los ojos estaban puestos en el arado y en la sementera.

Conforme a una antigua costumbre, los troyanos no habían llevado armas al campo. Los más de ellos se precipitaban ahora hacia la muralla de la ciudad en donde las habían dejado. Paris fue uno de los primeros en reaparecer sobre la muralla, lanzando flecha tras flecha contra la turba de soldados extranjeros. El hombre que llevaba a Enone cayó entre convulsiones, alcanzado en el corazón, y Enone se liberó de él. Llovieron más flechas y venablos, que alcanzaron a muchos aqueos; la mayoría de los que se habían apoderado de mujeres las soltaron y consiguieron llegar a las naves antes de ser blanco de la nube de flechas. Enone se acercó a Hécuba y miró a su alrededor, buscando a su hijo. Al hallarle sin daño, se integró en el grupo de mujeres que rodeaban a la reina. Casandra aún permanecía escondida tras el seto. Vio a Helena junto a Enone y se preguntó qué podrían decirse, si es que algo se decían, las dos esposas de Paris. También advirtió que el cuerpo escultural de Helena se hallaba claramente desfigurado por el embarazo.

Se preguntó si también lo habría visto Menelao. De ser así, con seguridad regresaría a su tierra y dejaría a Helena con Paris; no seguiría luchando por conseguir a la madre del hijo de otro hombre.

Eligiendo cuidadosamente el momento, Casandra abandonó el seto y atravesó el campo corriendo. Llegó sin aliento hasta el grupo de la reina y se situó junto a Enone. Todas las mujeres observaban temerosas a los aqueos que se retiraban a sus naves. Distinguió la alta y rostrada figura de Agamenón; no era un monstruo, sólo un hombre, más rudo, más fuerte y más cruel que la mayoría, pero el verlo helaba la sangre en las venas.

Hécuba miraba a su alrededor y contaba a sus mujeres.

—¿Estáis todas aquí? ¿Han capturado a alguna?

Varias sacerdotisas del templo del Señor del Sol se arracimaban junto a las mujeres de Hécuba. Filida las contaba con discreción.

—¿En dónde está Criseida? —gritó de repente—. ¿No se hallaba contigo, Casandra? Creí haberla visto a tu lado.

—Sí, estaba conmigo; quizás aún siga en el seto. ¿Quieres que vuelva y la busque? Me parece que todos... esos han vuelto a sus naves.

—No —respondió Filida, con firmeza—. No debes correr ningún riesgo. Recuerda que eres hija de Príamo y supondrías una gran presa para cualquiera de los invasores. Quédate junto a tu madre —le recomendó al tiempo que la reina se acercaba y cogía a Casandra de la mano.

—¿Te encuentras bien? Estaba preocupada por ti —dijo Hécuba—. ¿Cómo sabías que nos atacarían?

—Lo consideré probable —repuso Casandra—, y así fue.

—Pero no han logrado cautivar a nadie —afirmó

Hécuba—. Han tenido que volver con las manos vacías.

—No, no hemos salido indemnes —declaró Casandra—. Se llevaron a una de las vírgenes del templo de Apolo.

—¡Oh, qué horrible! —dijo Hécuba, suspirando.

Casandra pensó que la pérdida no era grande. La muchacha había sido desde el principio fuente de preocupaciones, y no estaba segura de que fuese virgen.

Se sintió agradecida por el hecho de que el ataque hubiese causado tan escaso daño. Decidió buscar a Helena y preguntarle cuándo nacería su hijo.

Una vez más le pareció que Helena se hallaba bajo el hechizo de la diosa; incluso en la fase de embarazo más avanzada, se mostraba bella y deslumbrante. Y no eran sólo los ojos de Paris los que la seguían como la noche al crepúsculo.

Helena sonrió a Casandra con tal afecto que ésta casi sintió debilitarse sus rodillas. Era preciso que conservase el favor de la diosa. Sin él, las mujeres podrían haber hecho allí pedazos a la reina espartana. Después de todo, ella había traído sobre los hombres de Troya los peligros de esta guerra. Pero yo no tengo marido ni amante, pensó Casandra, por quien deba temer. Helena la abrazó y ella le devolvió el saludo con la misma cordialidad

Es extraño; cuando llegó a Troya supliqué a mi padre y a mi madre que no se relacionasen con ella. Ahora la quiero bien y, si trataran de expulsarla, yo sería la primera en hablar en su defensa. ¿Es eso la voluntad de la diosa a la que encarna? ¿La sirvo yo con mi amistad hacia Helena? No, ahora preñada, debe buscar la protección de la Madre Tierra. —¿Para cuándo esperas el niño? —Para la recolección de otoño.

—Y es hijo de Paris. Entonces quizá Menelao parta y acepte que te quedes aquí —sugirió Casandra. Helena sonrió cínicamente.

—Si él dijera eso, nadie le escucharía. Vamos, Casandra, sabes tan bien como yo que mi cuerpo y mi adulterio son sólo un pretexto para esta guerra. Agamenón ha buscado durante

años una excusa adecuada para atacar Troya. Si esta noche tratase yo de volver a Menelao, amparándome en la oscuridad, te apuesto cualquier cosa a que encontrarían mi cadáver colgado de la muralla y que los aqueos seguirían luchando con el pretexto de vengarme.

Aquello era tan verosímil que Casandra no se molesto en comentarlo.

—Muchas veces he pensado que hubiera hecho mejor en consagrar mi virginidad a la Doncella Luna —dijo Helena—. Incluso ahora me siento tentada de ir a su templo y abjurar para siempre de los hombres. ¿Crees que me aceptaría?

—¿Cómo puedo saberlo? —repuso Casandra, dudando.

—Bueno, eres sacerdotisa...

—Todo lo que sé es que ella nunca rechaza a la mujer que acude en su busca —afirmó—. Pero me parece que tu destino es convertirte en símbolo de la rivalidad entre los hombres, y nadie puede oponerse a su destino.

—Resultaría demasiado bueno para ser cierto, supongo, que lograra encontrar a la diosa, y bajo su protección desviar el curso de mi destino —dijo Helena—. ¿Pero cómo sé que ha sido un dios el que ha determinado ese destino y no que me he visto complicada en las estratagemas de dos hombres implacables a quienes nada importan los dioses?

—Creo que eso pertenece a la clase de cosas de las que nadie puede saber nada —dijo Casandra—. Sin embargo, advierto en este asunto la mano de algún dios. Sé cómo Paris se vio empujado a buscarte.

—¿Pretendes decir entonces que la presente guerra entre Troya y mi pueblo fue decidida por los inmortales? —preguntó Helena—. ¿Por qué? Quiero decir. ¿Por qué tuve que ser yo y no otra?

—Si supiera eso, sería entonces la sibila más favorecida por los dioses. Sólo puedo imaginar que la diosa que te otorgó tal belleza debió de hacerlo con ese propósito.

—Pero aún pregunto: ¿por qué tuve que ser yo?

—Pregunta todo lo que quieras —dijo Casandra—. Y si recibes una respuesta, ven y compártela conmigo.

Soñó que los dioses estaban enfurecidos con la ciudad y que luchaban en el cielo que cubría Troya. Allí sus lanzas chocaban con ruido de truenos y el centelleo de sus grandes espadas era como el rayo. Cuando despertó, llovía intensamente y sintió un soterrado dolor en los ojos.

Aunque nunca lo hubiera sospechado, echaba de menos a Criseida. Había llegado a acostumbrarse a la compañía de la muchacha y no podía dejar de pensar una y otra vez en la suerte que habría corrido en el campamento de los aqueos. Después de todo, llevaban varios meses sin sus propias mujeres. Aunque sabía que algunas de las mujeres de la ciudad cruzaban las murallas para ir a vender sus cuerpos en el campamento costero, no suponía que fuese lo mismo. Sin embargo, cuando empezaba a apiadarse de Criseida, se dio cuenta de que eso era exactamente lo que ella quería. Había pasado varios meses mirando a los extranjeros desde la muralla.

Casandra la apartó de sus pensamientos, se puso un vestido y fue a cuidar de las serpientes y de la anciana sacerdotisa.

Cuando entró en la estancia destinada a la anciana y a las serpientes, la halló desordenada. Dos o tres estatuas habían caído y yacían rotas en el suelo. No se veía ni una sola serpiente en ninguna parte. Las llamó; había oído decir que las serpientes eran sordas, pero no estaba segura de que fuera verdad y nada malo iba a ocurrir si las llamaba. De la sala adyacente le llegó la voz débil de Melianta.

—¿Eres tú, Casandra, hija de Príamo? —preguntó. Casandra se dirigió, sin perder un momento, a la oscura habitación interior donde yacía la anciana sobre un jergón. —¿Qué te sucede, Melianta? ¿Estás enferma? —No —contestó la sacerdotisa—. Me estoy muriendo. En la escasa luz, Casandra vio que su cara estaban aún más arrugada que de costumbre. Sus ojos estaban nebulosos, velados de blanco.

—No es preciso que llames a las serpientes porque se han ido todas. Nos han abandonado y se han retirado a las profundidades de la tierra. Las que aún siguen aquí, yacen muertas en sus recipientes. Compruébalo por ti misma.

Casandra fue a comprobarlo y vio varios vasos intactos. Dentro, las serpientes se hallaban heladas e inmóviles. Volvió adonde se encontraba la anciana sacerdotisa para preguntarle qué había sucedido.

—¿No has oído esta noche la ira de El que Hace Temblar la Tierra? No sólo los cuencos sino todas mis estatuas están rotas.

—No, nada oí, pero tuve malos sueños acerca de la ira ¿e los dioses —dijo Casandra—. ¿Es la Madre Serpiente la que está enojada con nosotros?

—No —contestó desdeñosamente la anciana sacerdotisa—. No castigaría a sus serpientes para revelar su ira hacia nosotros. Por el contrario, nos fulminaría por el bien de sus ofidios. Sea cual fuere el dios que ha hecho esto, nada tiene que ver con la Madre Serpiente.

La vieja parecía tan agitada que Casandra se dispuso a atenderla.

—¿Quieres pan y vino, señora?

—No soy capaz de pensar en tales cosas en momentos como éstos. Ponme mis ropas de sacerdotisa y pinta mi cara. Luego llévame al sol en el patio para que pueda contemplar una vez más el rostro de aquél a quien consagré mi vida.

Casandra hizo lo que le pedía y le puso las recargadas vestiduras de lino teñido de un fuerte color azafrán. Encontró un tarro de cosmético y, tal como quería la anciana, con gestos inseguros pintó de un rojo brillante sus mejillas y sus labios, aunque la pareció que adquiría un aspecto grotesco. Después se agachó para tomarla en brazos y la llevó al intenso sol del patio donde la acomodó sobre varios cojines. La anciana, exhausta, yacía tendida boca arriba y Casandra pudo advertir cómo se extinguía el pulso en la vena azul que le atravesaba la sien. Su respiración era un estertor ronco y fatigado.

—¿No quieres que llame a un curandero?

—No, ya es demasiado tarde para eso —dijo Melianta—. Me alegra no vivir para ver los días que aguardan a Troya. Pero tú fuiste buena con mis serpientes y con mi aliento moribundo oraré para que, de algún modo, consigas escapar a lo que los Hados le han reservado a esta desdichada ciudad.

Cerró los ojos un instante y Casandra se inclinó hacia ella para comprobar si aún respiraba. Melianta alzó una mano temblorosa.

—Acércate, hija mía, no puedo ver tu cara —dijo—. Sin embargo, brilla ante mí como una estrella. El Sol no te ha abandonado.

Entonces la besó con sus arrugados labios y, abriendo los ojos, gritó:

—¡Apolo, Señor del Sol! ¡Déjame ver tu faz resplandeciente!

Sufrió un violento temblor, se dejó caer en los cojines y Casandra supo que había muerto.

Ahora podía dejarla sola, así que corrió en busca de Caris para informarla de lo sucedido.

—Era la más vieja de todas nosotras —dijo ésta—. Cuando llegué al templo, con sólo nueve años ella ya era vieja. Sentí anoche a El que Hace Temblar la Tierra y debería haber ido

a verla, pero de nada le hubiera servido. Bien, ahora hemos de enterrarla como corresponde a una sacerdotisa de Apolo.

Ordenó a varías mujeres que hicieran guirnaldas de flores y pasteles de miel y vino.

—No debemos llorar cuando una de las nuestras se encamina a los reinos eternos —reprendió a las que sollozaban—. Nos congratulamos porque, tras una larga vida de servicio, la Madre Serpiente se la ha llevado.

»Y ellas —señaló a las serpientes muertas en sus cuencos—, sus pequeñas amigas, la han precedido para darle la bienvenida en esos reinos. Allí podrá verlas de nuevo y jugar con ellas como siempre le gustó hacer.

Dos días más tarde, Casandra oyó la alarma que anunciaba un ataque de los aqueos y vio a los hombres de Troya, entre ellos a su hermano Paris, correr para hacer frente a los invasores. Se sorprendió al advertir cuan trivial empezaba a antojársele no sólo a ella sino aparentemente a toda la ciudad. A excepción de los combatientes, nadie parecía prestar gran atención a los ataques. No se alteraba en manera alguna la fluida rutina del tiempo y, desde la muralla, podía ver a las mujeres yendo con toda tranquilidad a las fuentes para llenar de agua sus cántaros.

Había sin embargo alguien no combatiente todavía interesado en las acciones de los aqueos. Crises contemplaba la lucha con gesto desdeñoso. Como no quería relacionarse para nada con él, Casandra se dirigió sin decir nada a las habitaciones de las vírgenes. El pueblo de Troya, pensó, comienza a considerar a los aqueos sin más preocupación de la

que te causaría una súbita granizada. ¿No pueden advertir que nos destruirán? Pero supongo que nadie es capaz de vivir durante mucho tiempo en estado de terror. Yo sentiría sin duda la misma calma de no haber tenido las visiones que me trastornaron.

Poco después, llegó a su presencia un mensajero de la ciudad para decirle que Helena estaba de parto y deseaba verla. Tras la muerte de Melianta, eran escasas o nulas sus obligaciones en el templo del Señor del Sol y, en consecuencia, no se molestó en solicitar permiso para ir a palacio. Halló a su madre y a sus hermanas, excepto Andrómaca, reunidas en las habitaciones de Helena.

Preguntó por Andrómaca y se le dijo que se había llevado a su habitación a todos los niños pequeños para narrarles cuentos y darles dulces para entretenerlos.

—Porque si hay algo que no necesitamos aquí son chiquillos alborotando —dijo Creusa.

A Casandra le pareció razonable. Se preguntó si era bondad por parte de Andrómaca encargarse de los niños o si no quería revivir su propio parto, presenciando otro. La cuestión no tenía relevancia; en cualquier caso era preciso hacer aquello y no importaban los motivos de Andrómaca.

La habitación de la parturienta se hallaba repleta de mujeres, que más servían de estorbo que de ayuda. Pero la costumbre exigía que hubiese testigos en un nacimiento real. Casandra se preguntó si entre los aqueos se haría otro tanto, y decidió preguntárselo a Helena cuando tuviera ocasión. Sin embargo, por el momento, Helena estaba rodeada de numerosas comadronas, de domésticas afanadas en rizar sus cabellos o en mostrarle vestidos y joyas para que eligiera lo que después quería ponerse, de sacerdotisas que le entregaban amuletos o entonaban himnos para el caso, de cocineras con golosinas y bebidas para tentar su apetito, que Casandra no pudo acercarse a la cama. Decidió aguardar a que Helena preguntara por ella.

Creusa había llevado una lira y, sentada en un rincón, la tocaba. Tras el rumor de las palabras se escuchaba una serena melodía. Al cabo de un rato Helena reparó en Casandra y le hizo señas para que se acercara.

—Ven y siéntate a mi lado, hermana. Esto es como una fiesta... y supongo que, para la mayoría de ellas, de eso se trata.

—Como una boda —declaró Casandra—. Una gran diversión para todos menos para los más interesados. Lo único que nos falta son unas cuantas acróbatas y danzarinas y alguien que, a cambio de unas monedas, nos enseñase un conejo de dos cabezas y comiera fuego y espadas...

—Estoy segura de que si lo indicara, Hécuba me los traería —dijo Helena, alzando las cejas en gesto resignado. Casandra advirtió que, incluso en circunstancias tales, se mostraba encantadora.

—Al menos acróbatas y danzarinas —opinó Casandra—. Príamo tiene varias en palacio. No estoy segura de que pudiera proporcionarte un conejo de dos cabezas.

—Vamos, Casandra, nuestra regia madre no haría eso. Ofendería a su dignidad darse por enterada de la existencia de las danzarinas y flautistas de Príamo —intervino Creusa entre dos acordes.

Casandra se echó a reír.

—No lo creas. Tarea de Hécuba es vigilar lo que come todo el que vive bajo este techo. Es probable que controle las aceitunas que cena cada una, y sepa a quién le gusta la miel y las tortas y cuáles tienen el suficiente cuidado para no quedar encinta.

—Sin duda, una acróbata estaría un año sin trabajo si se quedase —dijo Helena—. En Micenas yo tenía dos muchachas, hermanas, que solían acudir a bailar ante mí.

Era la primera vez, por lo que recordaba Casandra, que hablaba de su antigua casa.

—Ninguna muchacha que trabaje desea cargar con el peso del embarazo y del parto. Eso es para mujeres ociosas... como nosotras.

—Quizá seamos nosotras quienes más trabajamos —dijo Casandra—. Mi madre dio a luz y amamantó diecisiete hijos.

Helena se estremeció.

—Pues hasta los veintitrés años yo sólo he tenido a Hermione y a Nikos. Soy afortunada —declaró.

Entonces, su rostro se contrajo y guardó silencio por unos momentos.

—Éste ha sido terrible —dijo—. Creo que ya no tardará mucho.

Miró en torno de sí.

—¿Necesitas algo? —le preguntó Casandra.

Helena negó con la cabeza. Parecía entristecida. Se siente sola aquí, pensó Casandra. Entre tantas mujeres no cuenta con una verdadera amiga de su propia tierra.

—¿Dónde está Etra?

—Ha vuelto a Creta. Yo no quería ser también la causa de su exilio —repuso Helena al tiempo que tendía la mano hacia Casandra, se la apretó con fuerza.

—¿Te quedarás conmigo, hermosa? No conozco a estas mujeres y no confío en ellas —le susurró Helena.

Con su mano libre, Creusa empujó una banqueta hacia ellas. Casandra se sentó, arreglando sus engorrosas vestiduras. Advirtió que ahora Helena se veía pálida y demacrada. Percibió que no poseída en aquel momento por su diosa, parecía una mujer insignificante cuya belleza residía en sus cabellos claros. Le caían en espléndidas bandas, enmarcando su cara sudorosa. Sus ojos se mostraban cansados y un poco enrojecidos. Permaneció a su lado, dejando que oprimiese su mano. Creusa tocaba en tono bajo, y daba la impresión de que la música le proporcionaba cierta ayuda, aunque, quizá de todas formas, hubiera tenido un parto fácil.

Casandra sentía curiosidad pero le gustaba hacer preguntas; aquella experiencia le era ajena por completo.

Cuando el sol de la tarde penetró en la estancia, Hécuba despidió a todas las mujeres, con la excepción de dos comadronas expertas, una doméstica para los recados y una sacerdotisa portadora de numerosos amuletos que distribuía alrededor de la cama. Hubiera deseado alejar de allí también a Casandra.

—Eres doncella —le dijo—. Este lugar no es adecuado para ti.

Pero Helena se aterró a su mano.

—Es mi amiga, madre. Y no sólo es doncella sino sacerdotisa. Ninguna estancia de mujer está vedada para una sacerdotisa de la Madre.

—¿Has traído contigo a las serpientes sagradas? —preguntó Hécuba.

—No, todas las que había en el templo murieron en el terremoto.

La sacerdotisa, que introducía un amuleto bajo los senos de Helena mientras mascullaba un sortilegio, alzó la cabeza para decir:

—No menciones aquí malos augurios. —No puedo advertir por qué la muerte de las serpientes del templo de Apolo ha de ser un presagio, bueno o malo, para mi hijo —dijo Helena—. Apolo no es mi dios; ni para bien ni para mal tengo relación con él. Por lo que se refiere a la Madre Serpiente, tampoco es mi diosa.

La mirada de la sacerdotisa se cruzó con la de Casandra, y la mujer hizo un signo contra la mala suerte. Casandra opinaba como Helena. Estaba habituada a ver como cualquier acontecimiento fortuito se consideraba un presagio, pero pensaba que era absurdo.

La sacerdotisa fue a calentar un cuenco de agua en el brasero, y la estancia se llenó del olor a hierbas medicinales que echó al agua. Poco antes del ocaso, Helena alumbró a un niño pequeño y arrugado al que llamó Binomos.

Hécuba observó al diminuto bebé que se retorcía, y su rostro reveló un leve gesto de preocupación.

—¿Cuánto tiempo llevas entre nosotros, Helena? Es pequeño... jamás vi un bebé de gestación completa de ese tamaño. No pesa más que un pollo de asar.

—Tampoco yo pesé mucho —manifestó Casandra—, según me has dicho en numerosas ocasiones. Es probable que toda esta agitación y esta inquietud, la interrupción de la fiesta, el terremoto... hayan adelantado el parto unos días o unas semanas. ¿Importa eso si es fuerte y sano?

—Sólo quiere asegurarse de que se trata del hijo de su propio hijo —le murmuró Helena—. Puedo haberme comportado con ligereza, pero no hasta ese extremo. Sabía que estaba embarazada de Paris antes de que huyésemos de la casa de Agamenón. Pero no sé cómo decírselo sin escandalizarla.

Casandra sonrió pero no pudo servirle de ayuda.

—Creo que tendrá los mismos ojos que su padre —dijo Creusa, cogiendo en brazos al niño—. Los recién nacidos que después tendrán ojos oscuros, poseen un azul más nebuloso que aquellos que los tendrán claros.

Casandra quedó sorprendida. Nunca hubiera esperado tal ayuda de su media hermana. De niña, Creusa siempre había tenido la habilidad de empeorar las situaciones difíciles y una tendencia a la histeria cuando se sentía ignorada. Tal vez su matrimonio con Eneas le había proporcionado más sensatez de la que podía esperarse.

Se oyeron pasos en la puerta y Casandra, reconociéndolos, acudió a recibir a Paris.

—Hermano, has tenido otro hijo —le comunicó.

—He tenido un hijo —la corrigió Paris—. Y si profetizas algo malo de él, Casandra, machacaré los huesos de tu rostro de tal modo que la gente huya de ti como de Medusa.

—No te atrevas a amenazarla —gritó Helena—. Tu hermana es amiga mía.

Casandra tomó al niño en sus brazos y le besó.

—No he recibido profecía alguna para este niño —dijo después—. Es fuerte y sano. No es a mí a quien corresponde decir cuál será su destino cuando crezca.

Le entregó el niño a Paris. Se inclinó sobre Helena y tras eso, se echó el velo sobre la cara.

—¿Te vas, hermana? —preguntó Helena—. Esperaba que cenarías con nosotras puesto que Paris no ha de quedarse en el recinto de las mujeres.

—No. Tengo que ir al mercado —contestó Casandra—. ¿No lo oíste? Perdimos todas nuestras serpientes en el terremoto. Las que no murieron, nos abandonaron; se sumieron en las profundidades de la tierra y no volverán. El templo de Apolo no puede carecer de sierpes. He de sustituirlas.

—¡Qué cosa tan extraña! —exclamó Creusa—. ¿Qué crees que significa?

Contra su voluntad, porque no deseaba asustarlas ni enojar a Paris o a su madre por hablar de lo que no querían oír, Casandra contestó:

—Creo que los dioses están irritados con la ciudad. No es éste el primer augurio funesto que hemos recibido.

Paris se echó a reír.

—No hace falta que estén irritados para que las serpientes se hundan en las profundidades tras un temblor de tierra; es su modo natural de proceder. Vi muchas veces cómo lo hacían en las montañas. Pero siento la pérdida de tus animales. —Apoyó levemente la mano sobre un brazo de Casandra—. Ve al mercado, hermana, y elige con cuidado. Tal vez tus nuevas serpientes te sean más fieles.

—Que así me lo otorguen los dioses —dijo Casandra con fervor, saliendo de la estancia.

Decidió detenerse unos instantes para visitar a Andrómaca antes de abandonar el palacio.

—¡Casandra! —exclamó ésta, complacida al verla—. Ignoraba que estuvieses aquí. ¿Te llamaron para el parto?

—Sí —contestó Casandra, abrazando a su amiga—, Helena ha tenido un niño y los dos están bien.

—Ya oí que el recién nacido era varón —dijo Andrómaca—. Me informó la niñera cuando vino a llevarse a los chiquillos. Pero... —sonrió maliciosamente—. ¿Dices que Helena, no Paris, ha tenido un niño? ¡Qué vergüenza, Casandra, que des a entender semejante cosa!

—¡Qué vergüenza, Andrómaca, que des tal sentido a mis palabras! —le contestó Casandra—. ¿Quién fue tu padre? Sabes muy bien que viví entre las amazonas el tiempo suficiente para considerar a un niño como de su madre... sobre todo cuando acabo de verlo nacer. Si Paris lo hubiera dado a luz...

Las dos mujeres se abrazaron riendo.

—Me gustaría que hubiera sido él —declaró Andrómaca—. ¡Y bien que se lo merecería!

Casandra sintió un súbito estremecimiento. Vio ante sí una imagen de Paris yaciendo, entre convulsiones de dolor, en el jergón de la cabaña que había compartido con Enone. Ésta se inclinaba sobre él y le enjugaba el sudor de su frente con un lienzo. A su lado, en el suelo, había un peto dorado.

—¡Casandra! —Andrómaca la cogió por los hombros, la condujo hasta una banqueta y la obligó a bajar la cabeza hasta colocarla entre las rodillas—. ¡Qué estúpida he sido,

obligándote a permanecer de pie cuando sin duda no has comido nada desde el alba! Ten la cabeza baja hasta que pase el mareo y haré que te traigan algo de comer.

Se dirigió a la puerta y llamó a una criada. Luego llenó una copa del vino de la jarra que había sobre una mesa situada en un rincón de la estancia.

—Bebe esto —le ordenó—. Y come mientras tanto frutos secos.

Le tendió un plato y Casandra tomó un puñado de pasas. Se llevó una a la boca y obligó a sus mandíbulas a masticarla.

—Por una vez, los niños no se comieron todo lo que estaba en su campo de visión.

—Visión —suspiró Casandra—. Me gustaría no tenerla. —Ahora te traerán pan y carne de las cocinas —dijo Andrómaca—. Eso te confortará. Después de cada visión importante, mi madre solía comer carne roja muy caliente y todo el pan que podía tragar. Estoy segura de que las sacerdotisas no ayunarían antes de sus rituales si eso no contribuyese a su presciencia.

—Sin duda —admitió Casandra—. Y, en cierto modo, el parto es un ritual.

—Lo es —declaró Andrómaca con calor—. ¿Lo pasó mal Helena?

Casandra negó con la cabeza.

—Será una prerrogativa —Andrómaca hizo una mueca—. Bueno, supongo que si Afrodita la empuja a tomar amantes, lo menos que puede hacer es proporcionarle el arte de parir hijos con facilidad. Y hablando de niños... ¿Viste a Enone y a su hijo en la sementera?

—Igual que tú —dijo Casandra—. Vino para ver a Paris aunque fuera un momento y de lejos. Me temo que todavía lo quiere.

—De poco va a servirle —afirmó Andrómaca.

Entró una doméstica con comida. Cuando se fue, Casandra dijo:

—Enone era amiga mía. Me siento culpable al sentir simpatía por Helena. Y ahora Paris olvida incluso que tuvo un hijo de Enone.

—Creo que todo el mundo quiere a Helena —declaró Andrómaca—. El propio Príamo jamás se muestra malhumorado con ella. Y eso que es un experto en trucos y zalamerías de las mujeres y no se deja seducir con facilidad. Por lo que atañe a Paris... Bien, ¿qué se podía esperar? Si tiene en su lecho a la diosa del amor, ¿cómo va a inclinarse ante una sacerdotisa del río? ¿Y cómo reaccionaría la diosa si la prefiriese?

Casandra se estremeció.

—No me gusta esa diosa aquea —dijo—. Ojalá no ponga nunca sus manos sobre mí.

Andrómaca adoptó una expresión seria.

—Yo te lo desearía —afirmó—. Sentiría que nunca llegases a saber qué es el amor.

—¿Qué te hace pensar que no lo sé? —preguntó Casandra, con curiosidad—. Amo a mis hermanos y a mi madre, a mis serpientes, a mi dios...

Andrómaca sonrió con cierta tristeza.

—Soy afortunada —dijo— porque mi amor es por el hombre que me fue entregado como marido y no puedo imaginar querer a otro. Por lo que he hablado con Helena, creo que ése fue su caso hasta que la diosa puso su mano sobre ella. A partir de entonces, sólo se sintió capaz de pensar en Paris.

—Entonces ese amor debe de ser una maldición y no un don —opinó Casandra—. Ruego que nunca caiga sobre mí.

Andrómaca la abrazó cariñosamente.

—Ten cuidado con lo que pides, Casandra. Yo deseaba partir de Colquis y tener un marido honorable y de gran renombre. Y esos deseos me trajeron hasta aquí, lejos de mi madre, a una ciudad en el otro extremo del mundo y en estos negros tiempos.

Tomó un poco de la sal que había en la bandeja junto a la carne y la lanzó al aire al tiempo que mascullaba una palabra. Casandra, que no pudo oírla, por estar ocupada en cortar una pequeña loncha de carne asada y colocarla sobre un trozo de pan, charco las cejas sorprendida.

—Rogaré por ti —dijo Andrómaca—. Para que tus peticiones sean escuchadas solamente del modo en que te beneficien.

Casandra abrazó a su amiga.

—No sé si los dioses atienden tales ruegos... Pero te quedo agradecida.

Cuando hubo terminado de cenar con Andrómaca y ayudado a acostar a Astiánax, abandonó el palacio. Deambulaba entre los puestos en penumbra del mercado vespertino, cuando se dio cuenta de que había olvidado preguntar a Andrómaca qué podía significar el hecho de que las serpientes abandonaran el templo. Entonces le vino a la memoria que Andrómaca no quería ni siquiera oír nombrar a las serpientes.

Decidió que, antes de comprar ni una sola para el Señor del Sol, debía recabar información de todas las sacerdotisas que pudiese hallar sobre cualquier mujer u hombre versado en la materia, ya fuera un sacerdote o una sacerdotisa de la Madre Serpiente o de Pitón. Seguramente en la gran ciudad de Troya tenía que existir alguien que supiera de tales cuestiones.

Desde el ataque del día de la sementera, Crises se hallaba sumido en una profunda depresión; descuidaba las obligaciones que se le habían asignado en el templo y pasaba largos ratos en el alto baluarte que dominaba el campamento aqueo.

—Por favor, ve y dile que baje —pidió Caris a Casandra—. Le agradas y quizá puedas persuadirlo de que su vida no ha terminado.

—No es agrado lo que siente por mí —objetó Casandra.

Pero tuvo compasión por él y más tarde, aquel mismo día, fue a buscarlo a tan alto lugar.

—La cena está dispuesta, y te aguardan —le dijo.

—Gracias, Casandra pero no tengo hambre.

No se había bañado ni afeitado desde el ataque. Se hallaba desarreglado y sucio, y olía a hierbas extrañas.

—¿Cómo voy a comer y a dormir tranquilamente cuando se han llevado a mi hija? No puedo soportar el pensamiento de que mi pobre niña está ahí abajo entre esos salvajes soldados.

—No mejorarás su suerte ayunando y descuidando tu persona —le contestó Casandra, con desdén—. ¿O es que crees que el verte con ese aspecto ablandará el corazón de los aqueos?

—No, pero puede que se ablande el corazón de algún dios —declaró, con una sorprendente sinceridad en la voz.

—¿Lo crees de veras?

—Tal vez no —dijo, y lanzó un suspiro tan profundo que pareció salir de las entrañas de su cuerpo—. Pero no tengo ánimo para comer ni para descansar estando ella allí.

—Pero no habrá sido entregada a los soldados —afirmó Casandra—. Será un botín precioso para uno de los caudillos, quizás incluso para el propio Agamenón.

—¿Crees que eso me consuela?

Parecía desesperado. Ella hubiera tratado de animarlo pero ante sus ojos surgió una oleada de negrura y, por un momento, no supo en dónde se hallaba ni lo que había estado diciendo.

—¿Por qué guardé su virginidad con tanto celo durante todos esos años sólo para traerla hasta aquí? ¡Podía haberla vendido en un prostíbulo! —dijo él. Casandra se irritó.

—Se la vendiste a Apolo, a cambio de una vida cómoda para ti. Por lo que a la muchacha se refiere, cuando la virginidad no mora en el alma, es inútil guardar el cuerpo. Si deseas la protección o la venganza de Apolo, en nada puedo ayudarte. Sólo me cabe decir que es improbable que él intervenga cuando te has revelado ante todos nosotros inútil o indigno. Si deseas su ayuda, o su misericordia, debes primero servirle bien; no es posible chalanear con un dios.

Casandra contempló desde el baluarte la niebla marina que envolvía el campamento de los aqueos a sus pies. Había llegado al extremo de odiar el mar a causa de aquella negra fila de naves que había junto a la playa. Crises se volvió hacia ella con tal furia que tuvo miedo de que la golpeara. Después se contuvo, hundiéndose de nuevo en su apatía.

—Tienes razón —dijo lentamente—. Acudiré a la cena, pero primero me bañaré y me arreglaré para tener el porte exigido a un sacerdote del Señor del Sol.

—Haces bien, hermano —afirmó Casandra.

Entonces vio en sus ojos un brillo que hubiera preferido no encontrar allí y, maldiciéndose a sí misma por su momentáneo impulso de simpatía, se alejó de él.

A primera hora de la mañana siguiente llamaron a su puerta y, cuando fue a abrir, encontró a uno de los sacerdotes más jóvenes, que hacía las veces de mensajero, dentro del templo de Apolo.

—¿Eres la hija de Príamo? —le preguntó, con respeto—. Te buscan en la sala de la entrada. Hay allí un hombre que afirma ser tu tío y dice que tiene que hablar contigo de inmediato.

Casandra se envolvió en su manto, preguntándose de qué o de quién podía tratarse. No conocía a ninguno de los hermanos de su padre y, desde luego, Hécuba no tenía ninguno. Tardíamente pensó en la posibilidad de una estratagema y cuando, dentro ya de la estancia, vio a tres hombres con mantos argivos, retrocedió dispuesta a gritar en demanda de socorro.

—Soy yo, Casandra —dijo una voz conocida, y su dueño echó hacia atrás la capucha que ocultaba su rostro.

—¡Odiseo!

—No tan alto, niña, ¿es que quieres que nos maten a todos? He de ver a tu padre y, tal como están las cosas, no podía desembarcar entre esos aqueos y abrirme paso a través de ellos hasta llegar a las puertas de Troya. Me hubieran linchado. Mi nave se halla oculta en una caleta que descubrí cuando vivía con los piratas. Al amparo de la niebla, desembarqué anoche. Tengo que hablar con Príamo para ver si existe un modo honroso de poner fin a esta guerra. Pensé que quizás en este templo podría arbitrarse algún medio.

—Pero no es posible que salgas por la puerta del recinto y bajes hasta el palacio —dijo Casandra—. Estoy segura de que hay ojos y oídos aqueos en el mercado e incluso aquí, en el templo del Señor del Sol, peregrinos, espías que se hacen pasar por fieles adoradores. Serías reconocido al instante. Déjame pensar un poco, por si se me ocurre algo. Tratándose de ti, estoy segura de que mi padre prescindirá del voto que ha hecho de no hablar con ningún argivo, pero ¿quiénes son tus compañeros?

—Descúbrete, Aquiles —dijo Odiseo, y el joven que había a su lado se echó hacia atrás la capucha.

No era demasiado alto, pero poseía la constitución musculosa de un luchador. Los cabellos le llegaban a los hombros. Aún no tenía edad suficiente para que se los hubiesen cortado en los ritos de la virilidad. Era de un rubio muy claro, casi plateado. Sus facciones eran muy definidas y fieras. Pero fueron sus ojos lo que más impresionó a Casandra, los ojos acerados de un ave de presa.

Aquiles le habló a Odiseo:

—Prometiste traerme a esta guerra con mis soldados y ahora hablas de evitarla, como si fuese honroso rehuir una guerra. Ésas son palabras femeninas, no de un hombre. ¡Y no quiero oírlas más!

—Tranquilízate, Aquiles —le aconsejó el otro joven, que era más alto y esbelto, con músculos de corredor o de gimnasta. Representaba más edad que Aquiles, quizás unos veinte años—. Hay más cosas en la guerra que el honor y la gloria, y Odiseo actúa guiado por los dioses. Si quieres lucha, no te faltará, ya que nunca escasea en la vida de cualquier hombre. No es preciso que nos precipitemos a la des-

trucción. No hay que considerar la guerra como una diversión. —Sonrió a Casandra y añadió, mirando con afecto a Odiseo—. Así es como este pirata marrullero consiguió traerle hasta aquí.

—¿Cómo te atreves a llamarme marrullero, Patroclo? —dijo Odiseo, en tono ofendido— Hera, Madre de la Sabiduría, fue mi guía en cada paso. Permíteme que te lo cuente, Casandra.

—Con placer —declaró ella—. Pero estaréis hambrientos y cansados. Aguardad a que pida que os traigan el desayuno y podrás explicármelo mientras coméis.

Llamó a una doméstica para que le sirviese pan, aceite de oliva y vino. Odiseo narró lo prometido:

—Cuando Menelao nos convocó a todos para que cumpliéramos nuestro juramento de luchar por Helena, previ esta guerra, y otros como yo. Tetis, sacerdotisa de Zeus To-nante...

—Mi madre —lo interrumpió Aquiles, en voz baja.

—Tetis trató de saber por las profecías cuál sería la suerte de su hijo y las profecías señalaron...

—Estoy harto de profecías y de cuentos de viejas —masculló Aquiles—. Son un puro dislate. Quiero a mi madre pero, en lo que asuntos de guerra se refiere, no es más lista que las demás mujeres.

—Aquiles, si dejases de interrumpirme, ya habría acabado el relato —dijo Odiseo, mojando con parsimonia pan en el aceite—. Tetis, que es casi tan sabia como la Madre Tierra, leyó los presagios y éstos le dijeron que si su amado hijo combatía en esta guerra, podría morir. Para eso no hace falta más presciencia de la que exige predecir nieve en el monte Ida durante el invierno. Pero para ayudarle a escapar de su destino, lo vistió con ropas de mujer y lo ocultó entre las numerosas hijas de Licomedes, rey de Sciros...

—¡Bonita muchacha debía de parecer! —exclamó Patroclo—. ¡Con unos hombros como los suyos! Me habría gustado ver a esta preciosidad con el cabello rizado y sujeto con cintas...

Aquiles propinó a su amigo un fuerte puñetazo entre los omóplatos que le hizo caer de rodillas.

—¡Bien, ya te has reído bastante, amigo mío; menciónalo de nuevo y podrás ir a reír a los infiernos! —gruñó—. ¡Ni siquiera a ti te lo consiento!

—No peleéis, muchachos —declaró Odiseo, con insólita dulzura—. Basta una broma infausta para separar a unos amigos jurados. Sea como fuere, yo también recurrí a los presagios y mi diosa me dijo que el destino de Aquiles era participar en esta guerra. Pero creí que quizá se habría tornado cobarde con su educación femenina. Así que reuní muchos

regalos para las hijas del rey y los esparcí ante las muchachas: vestidos, sedas y cintas. Mas entre tales regalos oculté una espada y un escudo; y mientras ellas disputaban por todas aquellas cosas, Aquiles empuñó la espada. En consecuencia, lo traje.

Casandra se echó a reír.

—Bravo, Odiseo —dijo— pero tu prueba no era del todo fiable. Yo también he portado armas. Cabalgué con las amazonas y, de haber estado entre las hijas del rey, habría hecho exactamente lo mismo. No hace falta ser un héroe para sentirse desesperadamente harta de los chismorrees en las estancias de las mujeres. Aquiles rió con desprecio.

—Pentesilea dijo una vez que sólo quienes odian y temen la guerra son capaces de enfrentarse a ella con eficacia —dijo ella.

—Una mujer —comentó Aquiles desdeñosamente—, ¿qué puede saber de la guerra una mujer?

—Tanto como tú... —empezó a decir Casandra, pero Odiseo, que parecía muy cansado, la interrumpió. —¿Nos ayudarás, Casandra?

—En todo lo que esté en mi mano —repuso—. Deja que vaya a advertir a mi padre para que esté dispuesto a encontrarse contigo esta noche.

—Eres una buena chica —afirmó Odiseo, abrazándola. Ella le abrazó también, y besó su correosa mejilla. Luego, sorprendida de su propia audacia, se disculpó:

—Bueno, dijiste que eras mi tío. Es natural, pues, lo que he hecho.

Patroclo se echó a reír.

—Yo también seré tío tuyo, Casandra, si me besas de ese modo —dijo.

Aquiles frunció el entrecejo, y Casandra se ruborizó. —Odiseo —dijo—, es un viejo amigo al que conozco desde que era niña. No beso a ningún hombre que sea más joven que mi padre.

—Déjala, Patroclo; es una virgen consagrada a Apolo —intervino Odiseo—. Te conozco. Cuando veas a su hermano Paris, la olvidarás; son tan semejantes como dos gotas de agua.

—¿Un hombre con su belleza? Me gustaría verlo —afirmó Patroclo.

—Ah ¿se trata de ese Paris? ¿De ese cobarde tan guapo? —preguntó Aquiles, con aspereza.

—¿Cobarde, Paris? —se asombró Casandra.

—Lo vi ayer en la muralla, cuando Odiseo me desembarcó con mis soldados, antes de que por la noche y sin que me viesen volviera a reunirme con él en el lugar donde había ocultado su nave. Y entonces me dije: Estos troyanos son cobardes; se quedan en las murallas como si fuesen mujeres y lanzan sus flechas en vez de acudir a batirse con la espada.

Todo lo que Casandra se le ocurrió responder ante tales palabras fue:

—El arco es el arma preferida de Apolo. —Pues, a pesar de eso, sigue siendo el arma de un cobarde —afirmó Aquiles.

Ésa es su forma de ver el mundo, limitándolo a combates v honor —pensó ella—. Es posible que, si viviese lo suficiente, cambiara de manera de pensar. Pero los hombres que ven el mundo de ese modo no viven tiempo bastante para cambiar tal criterio. Casi podría decirse que es una lástima, pero quizás el mundo mejoraría sin tales hombres.

Los visitantes de Casandra aguardaron entonces a que ella hablase. Les sugirió que permanecieran ocultos durante el calor del día. Luego, al amparo de la noche, los conduciría al palacio de Príamo.

—No me gusta eso —dijo Aquiles—. No me parece bien deslizarme en la oscuridad. No temo a ningún troyano ni a la horda de hijos y soldados de Príamo. Lucharé contra ellos hasta llegar al palacio y cuando salga de allí.

—Calla, loco —lo amonestó Patroclo, dándole un afectuoso golpe en un hombro—. Nadie duda de tu valor, ¿por qué entonces has de perder el tiempo en escaramuzas cuando puedes aguardar a la gran batalla y desafiar a cualquiera de los caudillos de los ejércitos de Príamo? Tienes bastantes guerreros ante ti, Aquiles. No seas impaciente. —Sonrió y puso su brazo sobre el de su amigo.

¿Puede considerarse a éste el más grande de los guerreros, pensó Casandra, un chiquillo entusiasmado con el nuevo juguete de su espada y de su refulgente armadura?

¿Y depende la supervivencia de Troya y de nuestro mundo de semejante niño loco?

Cerró la puerta y los dejó dentro de la sala, rogándoles que permaneciesen ocultos. El sol ya se hallaba alto. Casandra se cubrió la cabeza con un chal y descendió de la colina camino del palacio. Pocas veces había buscado deliberadamente encontrarse con su padre, y podía contar con los dedos de una sola mano las veces en que había estado a solas con él.

Odiseo no lo creerá, pensó, pero a mi, hija de Príamo, me cuesta más llegar a su presencia de lo que le costaría a él mismo.

Finalmente acudió a un viejo doméstico, quien le dijo que su padre estaba examinando las armas distribuidas a los soldados ya que aquel día los aqueos habían optado por no atacar.

—Después de eso, princesa, irá al baño con sus hijos mayores y más tarde, probablemente, beberá vino en sus estancias. Estoy seguro de que si acudes a él entonces, te recibirá de buen grado.

Pasó las horas que mediaban hasta la ocasión, en la estancia de Creusa, jugando con su niña. Creusa la informó sobre la hora que solían regresar los hombres y entonces acudió a las habitaciones de su padre, con la esperanza y el temor de encontrar allí a su madre. Le resultaría difícil explicar su misión ante Hécuba, que no estimaría adecuado que una mujer tomase parte activa en la guerra. Aunque si esta ciudad cae en poder de los aqueos, pensó Casandra desesperada, sufrirá tanto como cualquier otro y más que la mayoría.

Encontró a Príamo sólo con su armero, quien le mostraba algunos nuevos venablos. Se volvió para espetarle con irritación:

—¿Qué haces aquí, Casandra? Si querías hablar conmigo, deberías habérselo dicho a tu madre y yo te habría recibido en el recinto de las mujeres.

Ella no se molestó en protestar.

—Sea como fuere, padre, ¿me escucharás ahora que estoy aquí? ¿Hablarías con Odiseo si eso contribuyese a poner fin a esta guerra?

—Para eso tendría que hablar con el propio Agamenón —respondió Príamo—. Pero entre las naves invasoras no he visto la de Odiseo.

—No, se halla oculta en una ensenada secreta —le informó Casandra—. Odiseo se encuentra ahora en el templo del Señor del Sol y quiere hablar contigo esta noche. ¿Puedo traerle, en compañía de Aquiles a palacio a la hora de la cena?

—¿También a Aquiles? ¿No esconderás también bajo tus faldas a Agamenón y a Menelao, acechando para acometernos traicioneramente?

—No, padre. Se trata tan sólo de Odiseo, de Aquiles y de su amigo. Odiseo ha de presentarse mañana a los jefes aqueos, pero primero quería tratar contigo en aras de vuestra vieja amistad.

—Cierto. Fue un buen amigo durante muchos años —dijo Príamo pensativamente—. Que venga, y también Aquiles y su compañero... He oído que jamás da un paso sin él.

—Se lo diré, padre —prometió Casandra. Y se marchó antes de que Príamo pudiera hacerle más preguntas o cambiar de opinión. No se molestó en informar a su madre ni a ninguna de las mujeres del palacio. Allí había siempre comida bastante a la hora de la cena para una docena más de bocas y la idea misma de albergar a Aquiles aterraría a las domésticas.

Regresó muy cansada al templo del Señor del Sol. Sólo se concedió tiempo para vestir sus mejores ropas y ponerse el collar de cerámica azul que le regaló Odiseo. Después se dirigió a la sala donde los había dejado. Patroclo le sonrió con simpatía, pero Aquiles iba y venía con impaciencia por la estancia y Odiseo parecía también inquieto e impaciente. —Ya te dije, Aquiles, que no podíamos irrumpir sin más en el palacio de Príamo. No pasaríamos más allá del cuerpo de guardia. Y aunque consiguiésemos abrirnos paso no seríamos recibidos con la cortesía debida a unos embajadores. Y eso resulta crucial para nuestra misión. Confía en Casandra: ella conseguirá que nos reciba.

—No confío en ninguna mujer —declaró con hosquedad Aquiles—. Por lo que sé, ésta podría tendernos una trampa y llamar a los soldados troyanos para que nos capturaran.

—Ya te dije que estaba bien dispuesta hacia nosotros.. Aquí la tienes —dijo Odiseo—. ¿Qué tal te ha ido, Casandra?

—Bastante bien —contestó—. Mi padre os recibirá a los tres a la hora de la cena.

Y ahora, pensó, el problema estriba en conseguir que vayan desde aquí a la gran sala de Príamo sin que les descubran los espías que pueden estar en la ciudad.

—Los tres debéis vestir mantos de los sacerdotes de Apolo —les aconsejó—. A nadie le extrañaría ni se preguntaría la razón de que Príamo os llamase.

Le proporcionó a Odiseo un enorme manto que lo hacía irreconocible. Aquiles se resistió un poco a disfrazarse.

—¡Como si tuviera miedo de cualquier troyano, desde un simple sacerdote al propio Héctor!

—¡Dioses poderosos! ¿Es que este hombre no sabe pensar en otra cosa? —preguntó Casandra.

—Ya está bien, Aquiles —intervino Odiseo—. Cuando te incorporé a esta misión, juraste por tu sagrado linaje que me obedecerías en todo; ahora te ordeno que vistas ese disfraz. Cumple tu promesa.

Protestando, Aquiles se envolvió en el manto y Patroclo le cubrió la cabeza con el capuchón.

—Te reconocerían por tus cabellos. Mantenlos cubiertos —le apremió mientras se envolvía en el tercer manto, ocultando su cara.

—¿Pero realmente van así los sacerdotes de Apolo con esta temperatura, Casandra? ¡Pensarán que los tres sufrimos dolor de muelas!

Ella no pudo contener la risa.

—¿A quién le importa lo que piensen? Lo que hacen los sacerdotes, bien está. Es posible que crean que participáis en algún asunto misterioso, pero nadie os preguntará nada ni os pedirá que les mostréis los rostros. Y eso es lo único que interesa. Venid por aquí. Saldremos por una puerta que se usa poco. Es mejor que todo el mundo crea que se trata de tres sacerdotes en una misión que no desean que se conozca.

Aquiles aún seguía protestando en voz baja, pero Casandra no le prestó atención. Los condujo hacia abajo, al amparo de la creciente oscuridad del crepúsculo. Aún no estaba muy avanzado el año y éste llegaba a horas tempranas.

Ardían antorchas al pie de las escaleras del palacio y la gran sala rebosaba de luz. Príamo se hallaba sentado en su trono pero bajó unos escalones y saludó ceremoniosamente a los tres hombres. Ignoró a Casandra, que se deslizó hacia su lugar habitual, cerca de Hécuba, desde donde podría ver y oír bien.

Su madre le golpeó cariñosamente la mano. —No sabía que te tendríamos aquí esta noche —le murmuró—. ¿Es ése Aquiles? Parece bastante distinguido para ser un aqueo, pero mi padre solía decir que la distinción está en los hechos. ¿Tan joven es o sólo tiene ese aire de chiquillo porque está recién afeitado?

—Lo ignoro, madre, pero yo diría que aún es demasiado joven para los ritos aqueos de la virilidad; tendrá dieciséis o a lo sumo diecisiete años.

—¿Y ese muchacho tan guapo es el más grande de sus guerreros?

—Eso dicen. Yo no lo he visto luchar pero me han contado que, cuando lo hace, se halla poseído por su dios de la guerra —cuchicheó Casandra.

Odiseo se acercó para besar la mano de Hécuba en señal de homenaje.

—Y todas tus hijas están más bellas que nunca —comentó—. ¿No se halla hoy en la mesa la encantadora Helena?

—Aún sigue en cama tras el parto —le informó Hécuba—. Y además no es muy proclive a cenar con hombres que no sean de la familia.

—Todos perdemos con eso —afirmó Odiseo—. Pero supongo que debe permitírsele que mantenga las costumbres de su propio pueblo, si ése es su deseo. ¿Ha tenido, pues, un hijo?

—Oh, sí, precioso. No es grande, pero parece fuerte y sano. Cualquier abuela me envidiaría —declaró Hécuba, llena de satisfacción.

—De haberlo sabido, habría traído un regalo para el pequeño —dijo Odiseo, sonriendo—. Pero tal vez lo que aquí nos ha traído esta noche, si concluye como esperamos, sea mejor regalo para todos nuestros hijos que cualquier sarta de piedras preciosas.

Hizo una inclinación y volvió a su sitio cuando las criadas empezaron a entrar con el vino y las bandejas de comida.

La costumbre exigía que se diera prioridad a saciar el hambre de los invitados. Sólo cuando retiraron el cabrito y las aves asadas, el pescado hervido, las grandes roscas de pan y las frutas con miel, y el anfitrión y los invitados empezaron a entretenerse con nueces y vino, se volvió deliberadamente Príamo hacia Odiseo y le dijo:

—Siempre es un placer tenerte invitado a mi mesa, Odiseo. Pero creo que esta noche no has venido sólo a compartir mi comida, ¿qué otro objeto te ha traído hasta aquí en compañía de tus amigos del país y de las islas de los argivos?

Aquiles cenó en abundancia, pero se mostraba inquieto. Se había levantado y deambuló por la sala, examinando algunas armas antiguas colgadas en los muros. Se mostró especialmente interesado por un hacha de doble hoja, provista de un mango cuya longitud doblaba la talla de un hombre. Parecía ansioso por descolgarla y probarla.

—¿Es ésta, Príamo, una auténtica hacha de guerra o se trata de una reliquia de los titanes?

De niña, a Casandra, le habían contado extraños relatos de los combates de los titanes en los que desempeñaron un importante papel las armas de esa clase. Se había preguntado numerosas veces por su veracidad, pero jamás se atrevió a investigarlo. Supuso que sería necesario ser alguien como Aquiles para formular tal pregunta a su padre y obtener una respuesta.

—No lo sé —dijo—. Por su tamaño, podría ser una reliquia de la guerra contra los titanes, pero no puedo asegurarlo.

—No es un arma, al menos no para un combate entre mortales, ni incluso entre titanes —dijo Hécuba, con seguridad—. Se trata de un objeto ritual del Templo del Hacha de Doble Filo en el país de los minoicos, traído hasta aquí después de que el gran santuario fuese anegado por el mar. Existen hachas tales de tamaño no superior a mi dedo pero hay muchas como ésta e incluso, según me han dicho, mayores. Nadie sabe su verdadera utilidad, ni siquiera en Cnosos, pero una vez me contaron que los sacerdotes las empleaban en los sacrificios, cercenando de un solo tajo la cabeza de un toro.

Aquiles examinó con atención la enorme hacha, como si intentase averiguar si podía ser empleada de ese modo, porque el mango medía más del doble de su estatura.

—Ese templo tuvo que contar con unos sacerdotes desmesuradamente altos —comentó—. Si no titanes, al menos cíclopes. No creo que ni siquiera vuestro Héctor pudiera cercenar en un sacrificio la cabeza de un hombre o de un toro con un hacha así.

Héctor descendió de su asiento y se acercó a Aquiles para estudiar el arma.

—Siempre he querido probar qué podía hacer con un hacha semejante —afirmó—. Pero cuando era muy joven, me dijeron que sería un sacrilegio empuñarla. Ahora soy mayor y si existe un dios que pueda ofenderse, no le conozco.

Alzó la vista hacia Príamo, solicitando su permiso.

—¿Podemos, padre?

—No veo nada malo en eso —repuso el rey—. Ningún dios lo ha prohibido. Si es sagrada a cualquier dios, éste se halla en su templo hundido, a cien brazas de profundidad. Aunque se ofendiera, dudo de que ahora pudiera o quisiera castigarte. Haz como te plazca.

—Es un sacrilegio —intervino Hécuba, indignada—. La hoja está consagrada a la Madre Tierra.

Pero su voz no se alzó lo bastante para que la oyesen Príamo o Héctor.

Éste arrastró un banco hasta colocarlo bajo la enorme hacha. Pese a sus musculosos brazos, hubo de hacer tres intentos antes de alzarla de los ganchos que la sujetaban. La aferró por la mitad del largo mango y saltó del banco, sujetándola con las dos manos. La enarboló, haciéndola girar por encima de su cabeza.

Aquiles saltó, hacia adelante pero Héctor le gritó:

—¡Atrás! ¡Retírate!

El hacha giraba con rapidez creciente sobre su cabeza.

—¡El toro para el sacrificio! —gritó Héctor.

—Déjamela ahora a mí —solicitó Aquiles.

—No seas necio —dijo Héctor secamente—. Estoy seguro de que eres fuerte, muchacho, pero te quebrarás o te romperás los tendones si tratas siquiera de levantarla. Eres nuestro invitado y no querría que te lastimases.

—¿Cómo te atreves, troyano, a llamarme muchacho en ese tono? Te demostraré que soy más fuerte que tú y que puedo alzar cualquier cosa que tú alces —gritó Aquiles, aferrando el hacha.

Pero mientras que Héctor había tenido que bajarla, Aquiles estaba obligado a levantarla del suelo. Acudió Patroclo y lo amonestó con voz susurrante. Mas Aquiles lo apartó con gesto brusco. Sus manos eran demasiado grandes para su talla. Las aferró con fuerza en torno del mango e intentó abrazarla. Se marcaron las venas de su frente. Se detuvo para escupir sobre sus manos, al objeto de conseguir mejor sujeción, y probó de nuevo. Lentamente elevó el hacha hasta mantenerla en equilibrio sobre su cabeza, con los brazos extendidos. Entonces, empezó a girarla, describiendo grandes círculos en el aire, que producían un ruido silbante.

Brotaron vítores de la mesa principal a los que se unieron pronto los de todos los hijos de Príamo, y Héctor, generosamente, inició una ovación.

—¿Qué dios te dotó de semejante fuerza? —le preguntó, añadiendo antes de que le respondiera—. ¡No dudo de que seas más fuerte que yo! Desearía medirme contigo en una lucha amistosa porque prefiero ser tu amigo a tu enemigo, aqueo.

Los labios de Aquiles se contrajeron en un gesto burlón pero Odiseo intervino:

—Por esto, Príamo, traje esta noche a los dos jóvenes. Si Aquiles no entra en combate, aún podrás hacer la paz con los aqueos. Así lo han afirmado los oráculos.

—También yo preferiría tenerlo como amigo a contarle entre mis enemigos —aseguró Príamo—. ¿Tendremos que luchar, joven? Voy a hacerte un ofrecimiento: cásate con aquella de mis hijas que prefieras y serás heredero de esta ciudad con los mismos derechos que Héctor cuando yo muera. El pueblo escogerá libremente a su rey entre Héctor y tú. ¿Evitarás esta terrible guerra, convirtiéndote en hijo y heredero mío? Porque si no te unes a ellos, los aqueos se retirarán.

—¿Incluso Agamenón y Menelao? —inquirió Hécuba.

—Menelao sabe que Helena no le quiere —dijo Paris calmadamente—. Se someterá al destino y a Afrodita, sabiendo que es por voluntad de la diosa del amor.

—Y Agamenón ha tenido malos presagios —afirmó Odiseo—. Luchará, si ésa es la voluntad de los dioses, pero en Aulida, donde su ilota halló una calma chicha, le persuadieron para que ofreciese a su primogénita en sacrificio a los vientos. Era su favorita; considera que el precio fue demasiado alto, y su mujer no se lo ha perdonado. Creo que se retiraría con gusto de esta guerra si pudiera hacerlo sin merma de su prestigio. Esta profecía acerca de Aquiles le proporcionaría una excusa perfecta y podríamos conseguir la paz. Y Aquiles gobernará Troya con Héctor en vez de perecer ambos en combate.

—¡No temo morir en la batalla! —dijo Aquiles, irritado—. Pero quizá podría ganar renombre al ser designado como rey de Troya. Por lo que a tus hijas se refiere, rey Príamo... —Se interrumpió y buscó a Casandra con la mirada—. ¿Podría ser ésa?

Casandra se disponía a protestar, pero Príamo respondió:

—No puedo darte a ésa en matrimonio. Ha sido consagrada Virgen de Apolo. El Señor del Sol la reclamó. ¿Contenderías con Apolo?

—En manera alguna —contestó Aquiles, con un devoto estremecimiento.

Volvió a dirigir su mirada hacia el banco en donde se hallaban sentadas las mujeres y caminó hacia ellas hasta inclinarse ante Andrómaca.

—Ésta es sin duda la más bella —dijo.

—¡No! ¡Es mi esposa y la madre de mi hijo! —gritó Héctor.

La boca de Aquiles se contrajo en su mueca peculiar, ocultando los labios.

—¿Quieres que luchemos por ella?

—De ningún modo. Es la hija de la reina de Colquis —contestó Héctor.

—Vamos, vamos —intervino Odiseo, un poco turbado—. Esta guerra comenzó por una esposa robada; no podemos seguir por ese camino. Aquiles, elige a una de las hijas vírgenes de Príamo, a una que esté en disposición de casarse. Polixena, que es tan bella como la reina espartana.

—El ofrecimiento no ha sido sincero —afirmó Aquiles con despecho—. He elegido no una, sino dos veces y ambas me han sido negadas. ¿Por qué no luchar limpiamente por tu esposa?

Héctor se echó a reír.

—Combatiré contigo por algo que sea razonable, pero no arriesgaré a mi esposa. Ella no merece eso de mí —dijo.

—Bonita oferta entonces la de Príamo —declaró Aquiles en un estallido de rabia—. Olvidadla entonces. Lucharé contra vosotros en el campo de batalla y, cuando haya tomado la ciudad, tomaré a tu esposa, Héctor.

Éste se adelantó con gesto amenazador.

—¡Tendrás que matarme a mí primero!

—De acuerdo, así lo haré si es preciso —repuso Aquiles—. Y estoy seguro de que ella me preferirá.

Andrómaca se inclinó hacia Héctor y le murmuró unas palabras. Su marido puso una mano sobre su hombro cariñosamente, mientras decía:

—Si ese día ha de llegar, yo no puedo impedírtelo. Pero tal batalla será larga.

—Ha sido ordenado por los dioses que yo participe en la guerra —manifestó Aquiles—. Y Troya caerá.

—¿Rechazas entonces mi ofrecimiento, Aquiles? —preguntó Príamo.

—Así es. Prefiero ser tu enemigo a tu aliado, anciano. Y yo mismo tomaré esta ciudad y la gobernaré sin tu ayuda ni la de Héctor... y con una, dos o tres de tus hijas, si me place.

—Mi hermana Casandra es una sibila, y me atrevo a decir que puede profetizar mejor que tú —dijo Héctor y, volviéndose hacia Casandra, le preguntó—: En nombre de Apolo, hermana, ¿se apoderará de Troya este gallo enano y pendenciero?

Casandra se sintió irritada contra Héctor por atraer sobre ella la atención de todos.

—Así dicen los dioses: Aquiles ganará renombre en Troya. Mas ten cuidado, Aquiles, porque cuando salgas de Troya esta noche jamás volverás a entrar, ni tendrás posibilidad de gobernarla.

Del airado rostro de Aquiles había desaparecido todo rastro de cortesía.

—También nosotros tenemos profetisas —masculló—. Por la moneda más mezquina te darán una docena de profecías, la derrota o el triunfo, lo que quieras. Mi propia madre es una gran profetisa y prefiero escucharla a ella que a cualquier troyana de Apolo.

Desenvainó su espada.

—Aquí y ahora, Héctor —gritó—. Te arrebataré el reino de Troya. ¿Por qué perder el tiempo en una guerra?

Patroclo sujetó sus brazos y se esforzó por girarlos hacia la espalda.

—¡Tu anfitrión es sagrado! —le gritó.

Y Héctor dio unas pasos hacia adelante.

—Pelearía con él aquí y ahora si lo quiere —dijo—. Pero es huésped de mi padre.

—Llévatelo de aquí, Odiseo; lo recibí porque tú me lo pediste —intervino Príamo.

Odiseo se le acercó para abrazarlo:

—Perdóname, viejo amigo, que haya traído a tu palacio a este salvaje. Lo lamento con todo mi corazón —dijo.

—Hiciste lo que te pareció mejor para todos nosotros, Odiseo —afirmó Hécuba—. Con guerra o sin ella, siempre serás bienvenido aquí. Confío en que llegue un día en que puedas volver sin esconderte.

Él se inclinó y besó su mano.

—Hécuba —dijo—, que Hera sea testigo de que no te deseo más que bienes. Y si un día llega en que pueda hacerte un gran favor, ruego para que ella me muestre cómo he de proceder.

—Así lo quieran los dioses —contestó ella, sonriéndole con afecto.

Casandra sintió un temblor. Hubiera deseado gritarle algo a su madre, pero había pasado el momento. Odiseo se envolvió en su manto. Aquiles y Patroclo abandonaban ya apresuradamente la sala, seguidos por la mirada enfurecida de Héctor. Casandra se estremeció porque le pareció que la luz de las antorchas había adquirido el color de la sangre y que, como un halo sangriento, rodeaba los rubios cabellos de Aquiles.

Cuando los aqueos hubieran salido, Príamo hizo la señal a Casandra para que se acercase.

—Recibí a esos hombres —dijo con voz irritado—, porque tú me lo pediste. Ya no eres una amazona; no vuelvas nunca a tratar de hablar conmigo de tales materias.

Casandra inclinó la cabeza. Le pareció que de su padre emanaba el olor de la sangre y de la carroña, y que tanto él corno ella se hallaban sumergidos en sangre hasta los tobillos. ¿Cómo era posible que él no viese ni oliera la sangre? Además le había ordenado que no volviese a hablarle de la guerra.

Nunca. No mientras yo viva. Ni después.

Durante los días que siguieron, Casandra observó desde las alturas del templo la llegada de los soldados de Aquiles. Los llamaban mirmidones, hormigas, y desde aquella altura, eso le parecieron tan numerosos y oscuros como insectos que bulleran por la playa. Por el momento, sin embargo, no parecía que tuvieran intenciones de dirigirse hacia la ciudad sino que iban y venían por la llanura, corriendo y ejercitándose en maniobras militares. La figura de Aquiles resultaba claramente visible entre ellos, destacando no sólo por su manto purpúreo sino también por el color rubio plateado de su cabello y la arrogancia de su porte.

Pocos días después, bajó a visitar a su madre. Le preocupó ver que se habían acentuado las arrugas de su rostro. Cuando se aproximaba a las habitaciones de la reina, se extrañó al oír los gritos de una trifulca. No entendía las palabras pero percibió con claridad que salían de bocas de mujeres. Cuando llegaba junto al gran telar, situado en la sala principal, oyó el ruido de una fuerte bofetada y un grito ahogado. Luego la voz de Hécuba dijo:

—¡Jamás!

—Entonces, iré sin tu permiso —afirmó una voz joven—. Y sin tu bendición, señora.

Las mujeres callaron al reconocer a Casandra y se apartaron para dejarle paso. Parecía como si se hubiesen reunido todas las domésticas del palacio en torno de Hécuba, que llevaba un vestido viejo. Sus cabellos, en vez de estar peinados en su corona habitual, le caían en mechones lacios y grises. Una de las costureras, una muchacha cuyo nombre ignoraba Casandra aunque había admirado a menudo la pericia de sus trabajos, anunció:

—¡Aquí está la princesa! Es sacerdotisa y sabrá qué decirle.

Casandra penetró en el círculo de mujeres que, excepto por un murmullo o dos, guardaban silencio.

—¿Qué sucede, madre? —preguntó—. ¿Qué pasa aquí? Una joven, con la mejilla enrojecida por la bofetada, se levantó con gesto orgulloso para hablar. Era esbelta y bella, poseedora de sedosos cabellos de color castaño que le llegaban casi hasta la cintura, porque el incidente se había producido mientras se peinaba. Sus grandes ojos oscuros quedaban a la sombra de largas pestañas.

—El dios me ha hablado, y yo he elegido a mi señor —afirmó.

—Esta estúpida muchacha —explicó Hécuba—, esta niña necia, se ha empecinado... ¡Oh, casi me avergüenza decírtelo! Que una mujer sea capaz de degradarse hasta tal punto, de

rebajarse hasta ese extremo... No es una doméstica ni una esclava sino una mujer de buena cuna, una de mis mejores bordadoras y siempre la he tratado como a una hija aquí en el palacio. No le faltaba de nada...

—Bien, dime qué ha hecho —demandó Casandra—. ¿Ha abierto las puertas de la ciudad para que entrasen los aqueos?

—No, aún no ha llegado a eso —reconoció Hécuba.

—Está loca —afirmó Creusa—. En el banquete de hace unos días puso sus ojos en Aquiles y, desde entonces, no habla de otra cosa: de lo fuerte que es, de su destreza con las armas, de lo bello que parece, si es que un hombre puede ser bello, y ahora se le ha metido en la cabeza la idea de bajar y ofrecerse...

—¿A los aqueos? —preguntó Casandra, consternada.

—No —repuso quedamente la muchacha, cuyos ojos relucían—. A mi señor Aquiles.

—Ni siquiera el rey Príamo te enviaría a él como esclava —afirmó Casandra.

—No puede ser esclavitud porque le amo —dijo la muchacha—. Desde la primera vez que puse los ojos en él supe que no podría existir para mí otro hombre en el mundo.

—Mi madre tiene razón. Has perdido el juicio —manifestó Casandra—. ¿No comprendes que es una bestia, que es un bruto? No piensa en nada más que en la guerra; sólo obtiene placer matando. Y desde luego en su vida no hay sitio para ninguna mujer, ni para el amor de una mujer. Si ama a alguien, es a Patroclo, su compañero de armas.

—Estás equivocada —dijo la mujer—. Me amará.

—Pues si así fuera, sería lo peor que podría acontecerte —afirmó Casandra—. Te aseguro que ese hombre está trastornado, que su mente se halla emponzoñada por un vehemente anhelo de muerte.

—No, reparé en que me miraba —dijo la joven—. ¿Cómo se te ocurre decir tal cosa? Es el hombre más apuesto que jamás crearon los dioses; semejante belleza debe significar también bondad. Sus ojos...

Con un estremecimiento, Casandra recordó a la mujer de la aldea de los centauros, con los tobillos atravesados por una cuerda y defendiendo su mutilación como un acto de amor. Era inútil razonar con alguien en semejante estado.

Sin embargo, debía intentarlo aunque sólo fuese porque las dos eran mujeres y por tanto hermanas.

—Tú... ¿Cómo te llamas? —empezó por decirle.

—Briseida —respondió Hécuba—. Es una tracia.

—Escúchame, Briseida —dijo Casandra—. ¿No puedes siquiera advertir que estás engañándote? Eso es un loco capricho que ha metido en tu cabeza algún demonio, no un dios. Has inventado un hombre en tus sueños y lo has llamado Aquiles. ¿Crees en verdad que si te dejásemos ir y llegases hasta los aqueos significarías para él algo más que una prostituta o que una esclava?

—No creo que pudiera amarlo tanto sin despertar algún amor a cambio —afirmó Briseida.

Creusa se adelantó y la sacudió.

—¡Escúchanos, loca! ¡Esa clase de amor no es más que la fantasía de una muchacha estúpida! Si deseas un varón, hablaré con mi padre y él dispondrá un matrimonio para ti. Aquí hay soldados y caudillos de todo el mundo. Y tu padre es un hombre respetado en su propio país; el mío te hallará un marido adecuado.

—Pero no deseo un marido adecuado —protestó Briseida—. Yo sólo deseo a Aquiles; le amo. Estás celosa porque el amor no llegó hasta ti de ese modo. De haber sido así, sabrías que

no puedo hacer otra cosa. No hay nada en el mundo que me importe, a excepción de Aquiles. No puedo comer ni dormir pensando en él, en sus ojos, en sus manos...

El mismo tono de voz con que hablaba convenció a Casandra de que era inútil tratar de persuadir a aquella mujer.

—Dejadla sola —dijo, desesperanzada—. Ésta es una fiebre semejante a la de Paris por Helena, una maldición de su diosa del amor. Recobrará el sentido tan pronto como le haya hecho suyo, mas para entonces ya será demasiado tarde.

—Con tal de que sea mío, nada me importa lo que pueda sucederme después —dijo Briseida, y Hécuba enjugó las lágrimas de sus ojos.

—¡Pobre niña! —exclamó—. No puedo impedírtelo. Ve, si quieres, y paga las consecuencias de tu locura. Mandaré un recado a Príamo y te enviaremos en una litera con un mensaje que indique que eres un regalo para Aquiles y que si se digna aceptarte y no te arroja a la soldadesca para revelar su desdén por nuestros obsequios...

Por un instante la muchacha palideció, pero luego dijo: —Me querrá en cuanto vea lo que le quiero. Y si así fuere, tanto peor para ti, pensó Casandra. Pero se abstuvo de pronunciar en voz alta aquellas palabras.

Observó cómo las mujeres vestían y engalanaban a Briseida. Hécuba incluso le puso al cuello un collar de oro. Cuando estuvo dispuesta, Casandra casi la envidió, puesto que parecía completamente feliz.

Las mujeres sueñan con esa clase de amor. Y luego llega la cuerda que atraviesa los tobillos, la esclavitud, la degradación. Debería hallarme en su lugar, pensó Casandra. Aquiles me pidió y estoy segura de que me hubiera recibido conforme a mi rango. Luego, mientras durmiese, una daga en su cuello v quizás el final de esta guerra. El gran Aquiles vencido no por un héroe sino por una mujer, por su propia pasión, aunque ningún guerrero de Troya conseguiría derrotarlo.

¿Acaso está esa mujer cumpliendo mi propio destino? No. A veces los dioses pueden darnos lo que a otro pertenece, como a Paris la mujer de Menelao. Pero a nadie le es dado vivir el destino de otro.

Confío en que así sea. Lo creo. Porque, de no ser cierto, jamás sabría cómo soportar mi culpa.

Varios días después, Casandra volvió a bajar al palacio de Príamo y halló a Helena en el patio, observando el campamento aqueo. Su hijo Binomos jugaba cerca de ella y Casandra, contando mentalmente, calculó que Helena llevaba con ellos casi dos años. Ya resultaba difícil imaginar sin ella el recinto de las mujeres, o que hubo un tiempo en que no existía la guerra.

Hace tres años, pensó, yo cabalgaba con las amazonas. Y deseó hallarse de nuevo en la planicie, libre de la ciudad y de los muros de palacio.

¿Abandonaría el templo del Señor del Sol? Me ha olvidado. Ya no me habla. No soy más que otra mujer. Pero a quien quiero es a un dios, no a un hombre... Supongo que será mejor amar a un dios que a un hombre como Paris o como Aquiles...

Se acordó de Briseida y buscó con la mirada la tienda de Aquiles. Cerca de ella, pudo distinguir los paramentos de llamativos colores de la litera en la que Hécuba envió a la muchacha. Y junto a la entrada de la tienda reparó en la figura esbelta y erguida del guerrero y en la silueta más pequeña, envuelta en telas de colores vivos, de una mujer. ¿Briseida? Así que al menos no había desdeñado el regalo, no la había arrojado a la soldadesca. Casandra se preguntó si se sentiría feliz y satisfecha.

—Al menos tiene lo que más deseaba —dijo Helena, aproximándose al muro y señalando a la muchacha envuelta en velos de color azafranado—. Hay, pues, al menos una mujer en Troya que ha hecho lo que más anhelaba.

—Como tú. ¿No es cierto, Helena?

—No lo sé —contestó Helena—. Quiero a Paris... Al menos bajo la bendición de la diosa del amor, le quería. Pero cuando ella no está conmigo, no lo sé.

También ella sólo ama conforme a la voluntad de un dios... ¿Por qué se entrometen en nuestras vidas los dioses? ¿Es que no tienen bastante con sus reinos divinos y han de venir a mezclarse en las vidas de los hombres y de las mujeres mortales? Pero se limitó a preguntarle:

—¿Crees que atacarán hoy?

—Así lo deseo. Los hombres se aburren encerrados tras las murallas —dijo Helena—. Si los aqueos no nos atacan en uno o dos días, nuestros soldados saldrán y atacarán a los aqueos, simplemente para ocupar el tiempo. ¿Qué te sucede, Casandra? Te has puesto pálida.

—Se me ocurrió —contestó Casandra, hablando con dificultad—, que si esta guerra se prolonga mucho, ningún niño de Troya sobrevivirá para convertirse en guerrero.

—Bueno, yo preferiría que mis hijos fuesen cualquier otra cosa en lugar de esa —afirmó Helena—. Como Odiseo quizá, para que vivieran pacíficamente en su país natal y fueran jueces prudentes de su pueblo. ¿Qué desearías para tu hijo, Casandra, si lo tuvieses?

Jamás había pensado en eso.

—No lo sé —dijo—. Cualquier dedicación que le hiciese feliz. Guerrero, rey, sacerdote, labriego o pastor... Todo menos esclavo de los aqueos.

Helena se volvió hacia su hijo y le tendió los brazos. Él acudió corriendo hacia ellos.

—Antes de que éste naciera, aún yo tenía poder, y a menudo pensé en ejercerlo para detener esta guerra —dijo, pensativa—. Se me ocurrió entonces la posibilidad de bajar furtivamente hasta el campamento y buscar a Menelao. Creo que habría aceptado la idea de regresar a casa y cuando no hubiese más por lo que luchar, o al menos pretexto alguno para el combate, los aqueos habrían tenido que dar la vuelta y retornar a nuestras propias islas. Pero ahora ya no me aceptaría con el hijo de otro hombre en mis brazos.

—Déjalo aquí entonces. Su padre cuidará de él y yo también lo haré, si es eso lo que en verdad deseas.

Tras haber pronunciado estas palabras comprendió que Helena era casi la única persona en Troya con quien podía hablar en esos días. Su madre ya no la comprendía, ni tampoco sus hermanas. Echaría de menos a Helena si ésta regresara a tierras de Esparta.

Helena frunció el entrecejo, y luego preguntó: —¿Por qué tendría yo que renunciar a mi hijo sólo porque Menelao sea un estúpido? —Al cabo de un instante añadió—: A decir verdad, Casandra, y de no ser que te halles bajo el sortilegio de Afrodita, no existe mucha diferencia entre un hombre y otro, pero no es tan fácil prescindir de los hijos. No soy responsable de esta guerra y creo que Agamenón la habría iniciado tarde o temprano, independientemente de lo que yo hiciese o dejara de hacer. —Suspiró y apoyó su cabeza en el hombro de Casandra—. Hermana, no soy tan valiente como creía ser. Me sería posible, con un gran esfuerzo de voluntad, volver a Menelao e incluso dejar a Paris; pero no me siento capaz?, de abandonar a mi hijo.

Recogió al pequeño, que se apoyaba en su rodilla, y lo oprimió contra su corazón.

—¿Abandonar a tu hijo? ¿Y por qué tendrías que hacerlo? —preguntó Andrómaca que, en compañía de Creusa, se acercaba a la muralla justo a tiempo de oír las últimas palabras—. Ninguna mujer se sentiría capaz de abandonar al hijo que ha parido o, en caso contrario, no sería mejor que una prostituta.

—Me alegra oírte decirlo —dijo Helena—. Trataba de convencerme a mí misma de que mi obligación era volver con Menelao...

—Ni siquiera debes pensar en semejante cosa —declaró Andrómaca, abrazando a Helena—. Ahora nos perteneces y no permitiremos que vayas con los aqueos que están ahí abajo. Ni aunque Príamo, Paris y todos los hombres quisieran que fueses, y no lo quieren. Los dioses te han enviado a nosotros, y te protegeremos, ¿no es cierto, Creusa? —añadió, dirigiéndose a la otra mujer.

—La diosa te ha bendecido y no dejaremos que te vayas —dijo ésta.

Helena sonrió levemente.

—Es bueno escuchar esas palabras. Durante toda mi vida, los hombres se han mostrado amables conmigo, pero las mujeres nunca; es bueno poder consideraros como amigas.

—Eres demasiado bella para despertar simpatía entre las mujeres, pero llevas aquí dos años y, a diferencia de otras bellezas, no has hecho intento alguno de seducir a nuestros maridos —dijo Andrómaca.

—¿Por qué iba a hacer eso? Tengo un marido de más, ¿por qué habría de precisar a los vuestros? —preguntó Helena, bromeando—. No siento gran amor por Troya. Me gustaría ver más del mundo, pero las mujeres no pueden viajar.

Siempre que Casandra oía a cualquiera decir: Las mujeres no pueden... sentía deseos de demostrar lo contrario.

—Pero yo estoy a punto de emprender un viaje, por voluntad de mi dios, y puedes venir conmigo si lo deseas. Me sería grato contar con tu compañía.

—También a mí ir en la tuya; mas, lo repito, no puedo dejar a un niño tan pequeño —repuso Helena—. ¿A dónde vas y por qué?

—A Colquis, a ver a la reina Imandra y a adquirir conocimientos sobre las serpientes —dijo Casandra—. Hace una luna que las nuestras murieron o huyeron del templo. Y no quiero reemplazarlas hasta hallarme segura de que no fue por culpa de algo que hice o que dejé de hacer.

Les refirió lo sucedido, y Andrómaca mostró añoranza.

—Lleva mis mejores saludos a mi madre; y dile que estoy felizmente casada y que he tenido un hijo de Héctor.

—¿Por qué no vienes conmigo y la saludas tú misma? Tu hijo es ya lo bastante mayor para quedarse con Hécuba y con su padre.

—Me gustaría ir —dijo Andrómaca—. Si me lo hubieses dicho hace un mes... pero ahora estoy encinta. Quizás esta vez sea una hija que se convierta en guerrera de Troya.

—¿Una guerrera?

—¿Por qué no? Tú lo eres, Casandra, y antes que tú lo fue tu madre.

—¿No oíste lo que dijo Paris cuando quise acudir con mi arco a las murallas? —preguntó Casandra, disgustada—. Podría disparar ahora, y matar a Aquiles, y acabar con esta guerra sin que Helena tuviera que alejarse de nosotros. Pero eso no complacería a los hombres; ellos no quieren que acabe esta guerra.

—No —dijo Andrómaca—. Quieren ganarla. Héctor se ha reservado a Aquiles para sí, y nunca aceptará ningún otro modo de poner fin a los combates. ¿Puedes decirme cuándo sucederá eso y cuánto tiempo más hemos de seguir guerreando?

Casandra sonrió maliciosamente.

—Héctor me ha prohibido que profetice catástrofes —dijo—. Y créeme, nada tengo que decir.

—Quizá sea conveniente que viajes a Colquis —aventuró Helena—. Casandra, amiga mía, también los dioses me han hablado y nada me han dicho de ningún desastre.

—Entonces, tal vez sea que tus dioses dicen la verdad y los míos mienten —aceptó Casandra—. Nada me complacería tanto como regresar para enterarme de que Aquiles había muerto a manos de Héctor, y que todos los demás se habían alejado para siempre.

Pero no será así, no puede ser así...

Casandra creyó que, una vez tomada la decisión de viajar a Colquis, sólo tendría que obtener permiso de los sacerdotes y sacerdotisas superiores, recoger las ropas que deseara llevarse consigo, escoger a una persona que la acompañase (o tal vez dos) y ponerse en marcha.

Pero no resultó tan fácil: Se le recordó que existía un estado de guerra oficial entre los aqueos y Troya; por tanto, habían de hacerse los oportunos arreglos, mediante prolijos mensajes enviados de templo en templo, para que viajara bajo la Paz de Apolo, como mujer y sacerdotisa sin vinculación con ninguno de los bandos contendientes. Se le dio a entender que aquello encerraba una gran dificultad, puesto que se trataba de una hija de Príamo, estrechamente emparentada con los principales combatientes de la guerra. Mucho antes de que hubieran podido obtenerse los salvoconductos y permisos oficiales, Casandra estaba ya cansada de todo el asunto y arrepentida de haber tenido la idea de hacer el viaje. Al final hubo de formular un juramento sagrado por todos los dioses de los que había oído hablar, y por algunos cuya existencia ignoraba, de que no transmitiera mensaje de ninguno de los dos bandos en relación con la guerra; y, tras esto, se la declaró mensajera oficial de Apolo, autorizada para viajar donde quisiera.

Crises deseaba acompañarla, y Casandra sintió cierta compasión por él. Aún seguía lamentando la suerte de su hija en el campamento aqueo, y saber que Agamenón la había elegido como amante no mitigó su pena. Pero aunque Crises juró a Casandra que guardaría su virginidad como si se tratase de su propia hija, ella no confió en su juramento y se negó a admitir su compañía. Como era un sacerdote dé Apolo muy respetado, al principio pareció que no se permitiría a Casandra viajar sin que la escoltara. Pero finalmente recurrió a Caris y le dijo que estaba decidida a encanecer entre las murallas antes de dar un solo paso con aquel hombre y la cuestión quedó zanjada.

Entonces, Príamo quiso darle mensajes para sus numerosos amigos, establecidos a lo largo del camino que había de recorrer, y ella tuvo que jurar que se trataban de cuestiones familiares o religiosas sin relación alguna con la guerra. Era comprensible la razón de aquella exigencia, porque solía ocurrir que los viajeros bajo la inmunidad religiosa se aprovecharan de ésta para espiar en un bando o en otro. Y, por último, su madre se negó a dejarla partir sin las debidas damas de compañía; así que Casandra, que hubiese preferido viajar sola o con una compañera, preferiblemente una amazona como Pentesilea, tuvo que aceptar la presencia de las dos más ancianas y pacatas domésticas de Hécuba, Kara y Adrea, y prometer que en el camino compartiría el lecho con ellas.

¿Qué es lo que cree? se preguntó. Si deseara entregarme al libertinaje, ciertamente no tendría por qué ir al otro extremo del mundo y recurrir al duro suelo, tras cabalgar una /ornada, cuando sería más fácil en mi propia habitación.

Pero sabía que su madre era así y que nada podía hacer para cambiarla; por tanto, aceptó la elección de las acompañantes que había hecho Hécuba.

—Porque si me niego —le dijo a Filida, cuando al fin pareció que había superado todos los obstáculos y partiría al día siguiente—, pensaría que pretendo escapar a su vigilancia; y no se le ocurrirá otra razón para explicarlo, excepto que me propongo comportarme

libertinamente. ¿Qué hay en las mujeres, Filida, que las induce a sospechar tales cosas de sus semejantes?

—La experiencia —contestó Filida, suspirando—. ¿Acaso no me dijiste que hacías vigilar a Criseida noche y día y que ni aun así hubieras podido certificar su inocencia?

Casandra sabía que era cierto, pero se irritó. Se acordó de Estrella cuando afirmaba que las mujeres de las ciudades eran tan lascivas que tenían que ser encerradas entre cuatro paredes.

Las mujeres, pensó, excepto las amazonas, pasan el tiempo sentadas y pensando a quien aman, sólo porgue no tienen otra cosa en qué ocupar sus mentes. Si contaran con un rebaño de ovejas o con una recua de caballos que cuidar, se hallarían mucho mejor. Pero eso no salvó a Enone de marchitarse en el sufrimiento, cuando Paris la abandonó.

Yació despierta buena parte de 1a. noche, meditando sobre la misteriosa emoción que transformaba a mujeres, por lo demás juiciosas, en estúpidas capaces tan sólo de pensar en los hombres que les habían inspirado amor.

Se había decidido que partiría al iniciarse el alba. Se levantó en cuanto empezó a clarear el cielo y tomó un poco de pan y una copa de vino aguado. Al principio había proyectado viajar en un caballo rápido, pero sus acompañantes eran demasiado viejas y sosegadas para tal cosa. Así que tuvo que optar por un tranquilo y viejo asno y hacer que llevaran en sillas de manos a las otras dos mujeres. Los porteadores y asistentes que casi podían considerarse guardianes, eran jóvenes sirvientes del templo de Apolo.

Confiaba en salir sin ser vista pero, cuando se aproximó a las puertas, vio que había reunido allí un pequeño grupo: Crises, Filida y varios más que deseaban decirle adiós.

Filida la abrazó, la besó y le deseó un viaje agradable y un regreso sin incidentes. Crises se adelantó y también la abrazó, aunque contra la voluntad de Casandra.

—Vuelve pronto con nosotros, sana y salva, querida —murmuró con los labios muy próximos a su oído—. Te echaré de menos más de lo que puedo expresarte. Dime que te acordarás de mí.

Casandra pensó: Te echaré de menos como de menos se echa un dolor de muelas, pero tuvo la cortesía de decir:

—Que los dioses te conserven con salud y te devuelvan a Criseida.

Mientras lo decía, se dio cuenta de que no le deseaba mal alguno, pero que le gustaría que hallase una esposa y dejara de acosarla. Luego arreó al asno y se marchó.

Antes de abandonar la costa tenían que pasar junto a las naves aqueas. Allí se pondría a prueba por vez primera la eficacia de la tregua de Apolo.

Ante el campamento surgió un centinela que - dio la alerta. Uno de los capitanes, perfectamente revestido de dorada armadura, se acercó a la comitiva.

—¿Quién pretende pasar? ¿Acaso el rey troyano que intenta huir de la ciudad y del asedio? —empezó a gritarles.

—No hay tal —replicaron los guardias—. La dama es una sacerdotisa de Apolo y viaja bajo su compromiso de paz.

—Ah, ¿sí? —dijo el capitán.

Y miró a Casandra a la cara de un modo tan directo e insolente que, por primera vez en su vida, comprendió la razón de la costumbre que imponía a las mujeres aqueas el uso de velos.

—¿Conque se trata de una sacerdotisa? ¿De Afrodita? Lo bastante hermosa para serlo.

—No, es una de las vírgenes consagradas al Señor del Sol —aclaró el jefe de la guardia—. Y está vedada a cualquier hombre.

—¿Así que es una virgen? ¡Qué despilfarro! —exclamó el capitán con pesar—. Pero haría falta un hombre más bravo que yo para enfrentarse con Apolo por una de sus vírgenes.

—¿Y qué bellezas se ocultan en esas sillas de manos? —preguntó, descorriendo las cortinas.

Casandra estaba ya cansada de ocultarse tras su guardia.

—Dos de las domésticas de mi madre —dijo—. Para cuidar de mí y garantizar que ningún hombre me ofenda.

—Están seguras conmigo y me atrevería a decir que con cualquier hombre —contestó el soldado, cerrando con presteza las cortinas.

—Siento que las damas no merezcan tu aprobación —declaro Casandra—, mas son, señor, para conveniencia mía y no para la tuya. Yo pertenezco a Apolo, no a ti, así que te ruego que me dejes pasar.

—¿A dónde vas? ¿Y qué asunto tiene Apolo fuera de su templo?

—Voy a Colquis —afirmó—. Y viajo en misión del dios. Busco a alguien que sepa lo bastante de serpientes para que las suyas estén debidamente atendidas en su templo. —¿Y una mujer como tú piensa ir sola tan lejos? Si fueses hija mía, no lo consentiría, pero supongo que el dios sabe que lo que a él pertenece se halla seguro en cualquier parte. Pasa, señora y que Apolo te guarde. Dame su bendición, te lo ruego —añadió, con gesto reverente.

Esto era lo último que hubiese podido esperar, pero extendió las manos en gesto de bendición.

—Que Apolo te bendiga y te guarde, señor —dijo. Después reanudó su camino.

Aún seguía viendo las cimas de las murallas de Troya; había olvidado lo lento que sería el viaje. Aquella noche, y varias más acamparon a la vista de la ciudad y despertaron contemplando el resplandor de los rayos del sol sobre el templo de Apolo. Recordó su viaje con las amazonas, y apenas podía creer que desde entonces hubiese permanecido prisionera tras las murallas de su ciudad. Troya, su hogar y su prisión, ¿volvería a verla?

En el largo período transcurrido desde el momento en que decidió hacer el viaje hasta que se puso en marcha, había tenido tiempo suficiente para hacer los preparativos y, en consecuencia, había podido encargar que le hiciesen ¿os tiendas: una, ligera, de lino aceitado y otra de cuero, como las usadas por las amazonas en épocas de lluvia. Durante los primeros días, las temperaturas fueron agradables, bajo las estrellas, el interior de la tienda se hallaba bastante fresco. Sin embargo, las dos acompañantes, interpretando de forma literal las instrucciones de su madre, hacían que tendiera sus mantas entre las de ellas. Casandra, que siempre tuvo mal dormir, permanecía a veces despierta durante horas, sintiendo cómo se clavaba en sus caderas, a través de la estera de la tienda, cada piedra o cada prominencia del suelo, sin atreverse a cambiar de postura por temor a molestar a una u otra de sus acompañantes. Mas podía escuchar el viento y sentir la fría brisa de afuera y, al menos aquello, era diferente del viento inmutable de las alturas de Troya.

Día tras día, la pequeña caravana avanzaba con lentitud por la gran planicie. Se cruzaron con pocos viajeros en su camino, a excepción de una larga hilera de carretas que llevaban hierro hacia Troya. Cuando quienes la dirigían supieron que la ciudad estaba asediada, dudaron entre ir hacia el Norte, hasta Tracia, o regresar a Colquis.

—Porque los aqueos no trafican con metales —afirmó el jefe—. Prefieren su propia clase de armas, y lo más probable es que no nos dejen entrar en la ciudad. Entonces tendríamos que regresar sin haber sacado beneficio alguno de nuestros esfuerzos, y hasta es posible que los aqueos se apoderasen de toda la caravana.

Casandra consideró lo último como muy probable.

—¿Sabes quiénes de los aqueos están allí?

—Aquiles, hijo de Peleo; Agamenón, rey de Micenas y Menelao de Esparta, Odiseo...

—Eso es diferente —declaró el jefe de la caravana—. Podemos traficar con Odiseo como traficaríamos con Príamo; se trata de un hombre honesto y de un comerciante honrado.

Alzó la voz para que le oyesen sus carreteros.

—Parece, amigos, que a fin de cuentas, iremos a Troya.

Y después, como era de esperar, quiso saber qué hacía ella, viajando sin su familia y, cuando se lo explicó, le dijo lo que esperaba que le dijera; si fueses hija mía, no te lo habría permitido.

—Pero supongo que tu padre sabe lo que hace —concluyó, dubitativo.

Casandra no estimó necesario hacerle saber que no había solicitado el permiso de Príamo y, por tanto éste no había tenido la oportunidad de otorgarlo o negarlo.

—¿Quieres que lleve algún mensaje tuyo a Troya?

—Sólo que hagas saber en el templo del Señor del Sol que me encuentro bien. Ellos se encargarán de transmitir el recado a mi madre y a mi padre.

Y con mutuas expresiones de buena voluntad y bendiciones se separaron, desplazándose lentamente por la gran planicie como dos corrientes que van en direcciones opuestas. Pasadas varias noches más, la comitiva cruzaría las fronteras del país de los centauros.

—¿Los centauros? —preguntó Adrea, una de sus acompañantes.

—¡Dioses, los centauros! —exclamó Kara, la otra.

—Así es; viven en este país y hemos de cruzar su territorio. Es casi inevitable que encontremos a uno o más de sus grupos nómadas.

A aquellas mujeres se les había imbuido las antiguas consejas acerca de tales seres.

—¿Y no tienes miedo de los centauros, Casandra?

—Ninguno —contestó.

Supuso que era una respuesta poco femenina. Kara la miró como si se ofendiera por el hecho de que una mujer no se asustara de lo que a ella le causaba tanto pánico. Casandra emitió un suspiro y apuró el vino de su copa.

—Hemos de acabar este vino —dijo—. Está empezando a agriarse y no soportará el calor. Podremos conseguir más en la próxima aldea, dentro de un día o quizá de dos.

Y el resto de la conversación trató de temas mucho más banales...

Tal como Casandra había dicho, vieron a los centauros a hora muy temprana del día siguiente. Al principio, cabalgando sobre un interminable mar de hierba, Casandra no pudo distinguirlos; luego, muy lejos, en el límite de su visión, percibió movimientos y sombras y, por último, una, pequeña silueta... no, dos... no, tres, a caballo, oscuras contra el dorado ondear de las hierbas. Entonces, pareció que habían captado el avance de su pequeña caravana y se congregaron para deliberar. Durante un momento, ella pensó que huirían. Luego volvieron grupas, encaminándose hacia los tróvanos.

Casandra hizo que su asno se detuviera, pero no dio muestra alguna de tener propósitos de retroceder. Sabía desde hacía tiempo que nunca se debía dar ocasión a un centauro de pensar que se le temía, pues de otra manera se aprovecharía de la situación.

Dijo en voz baja, a través de las cortinas de la litera donde iban las domésticas.

—¿Queríais ver a un centauro? Ahí tenéis uno.

—Yo no he dicho eso —respondió Adrea.

No obstante, adelantó la cabeza y miró entre las cortinas. Kara la imitó.

—¡Qué hombrecillos tan feos y extraños! —exclamó—. Y también desvergonzados. Van desnudos como animales.

—¿Por qué iban a llevar ropas cuando no hay nadie que les vea ni se preocupe de su atuendo? Tienen vestiduras que suelen ponerse cuando van a las ciudades —dijo Casandra, mientras observaba al grupo que se acercaba.

El primero entre ellos era un individuo encorvado y de cabellos grises. Sus piernas parecían aún más cortas y arqueadas que las del resto. Lucía un collar de dientes de león. Por achacoso y viejo que estuviese, Casandra le reconoció.

—Quirón —dijo. Y él se inclinó sobre su montura.

—Te saludo, sobrina de Pentesilea. La vez anterior que te encontramos teníamos miel silvestre. Ahora nuestra tribu es pobre. Son demasiados los viajeros que atraviesan esta planicie; ahuyentan la caza, pisotean las plantas de los campos. Nuestras cabras apenas tienen leche para sus cabritos. Pasamos mucha hambre.

—Viajamos hacia Colquis —dijo Casandra—. ¿Puedes mostrarnos el camino?

—Me placerá hacerlo, si es lo que deseas —contestó, con su rudo acento, el viejo centauro—. Pero, ¿por qué os alejáis de Troya? Parece que el mundo entero va hacia esa guerra; si no para luchar, al menos para vender algo a los combatientes de un lado o de otro.

Aquello era tan cierto que resultaba innecesario comentarlo.

Antes de salir de Troya, había pedido en las cocinas media docena de hogazas de pan, sabiendo que los centauros ni cultivaban ni molían los cereales y que constituían un lujo para ellos. Cuando las desenvolvió y se las entregó, Casandra dedujo del brillo de los ojos que padecían auténtica hambre.

—La hija de Príamo es generosa —dijo el hombrecillo—. ¿Participa tu marido en las grandes batallas ante Troya? Si es así, le regalaré flechas mágicas que acabarán con sus enemigos, aunque no les alcancen en una parte vital.

—No tengo marido —dijo ella—. Estoy consagrada al Señor del Sol y no tendré a nadie más que a él. No necesito ninguna de tus flechas emponzoñadas con veneno extraído de los sapos.

Durante un momento, el hombre pequeño la miró ceñudo, luego se echó hacia atrás, estalló en una gran carcajada e hizo algo, que Casandra no pudo captar, que obligó a su caballo a encabritarse para recobrar luego su postura normal.

—Jo, jo, jo —rió, entre dientes—. La hija de Príamo es lista y buena; ningún hombre de los míos le causará daño, ni a ella ni a quienes le acompañan, cuando atraviesen mi país. ¡Ni siquiera a esas viejas que observan con lascivia a mis hombres detrás de las cortinas! Pero, si no te hacen falta esos viejos sapos, dáselos a mis hombres; ya no sirven para bang-bang —acompañó esas sílabas carentes de sentido con un gesto obsceno que se lo proporcionaba claramente—. Mas podemos cocerlas para hacer veneno de flechas.

Casandra se esforzó por mantener su expresión imperturbable.

—De ninguna manera. No quiero ir sin mis mujeres; son buenas conmigo, y no viajaría por tu país con mujeres jóvenes y guapas.

—Eres lista —afirmó mientras hacía girar a su caballo y se alejaba rápidamente.

Casandra alzó la mano para indicarle que no había terminado su parlamento, y el centauro volvió grupas y se acercó.

—¿Sabe el sabio jefe del pueblo de los caballos en donde pastan este verano las yeguas de las mujeres de Pentesilea?

El hizo un gesto y le dio una rápida explicación en su jerga, como no la obligaba a apartarse mucho de su camino, Casandra decidió que iría hasta allí. Se despidió cortésmente de Quirón, que había empezado a compartir con sus hombres las hogazas y que mostraba ya migas en torno de su boca.

Tras otro largo día de marcha en la dirección que le había indicado el centauro, distinguió en la distancia una figura ecuestre. La desconocida era portadora de un arco como el que las mujeres de Pentesilea llevaban siempre atravesado a la espalda. Casandra le hizo señas y la mujer se aproximó.

—¿Quién se atreve a penetrar en nuestro país con una escolta de hombres?

—Soy Casandra, hija de Príamo de Troya, y busco a mi tía, la amazona Pentesilea —respondió.

La mujer, que lucía el ropón de cuero y los calzones de las amazonas y llevaba recogidos en un moño los cabellos largos, ásperos y negros, la observó con suspicacia, y al fin dijo:

—Te recuerdo de cuando eras niña, princesa. No puedo abandonar a mis yeguas... —Con un ademán indicó a los flacos animales que, dispersos, pastaban la hierba rala—. Además, no es mi misión convocar a la reina. Pero enviaré una señal para indicar que se la busca y, si quiere, vendrá.

Desmontó y encendió una pequeña hoguera, después arrojó algo a las llamas que produjo grandes nubes de humo. Entonces cubrió la hoguera y la destapó, una y otra vez, lanzando sucesivas nubes de humo en grupos de a tres.

Al cabo de algún tiempo, Casandra vio una alta silueta a caballo que se acercaba cruzando la planicie. Cuando estuvo más próxima, reconoció a su tía.

Al acercarse el caballo de Pentesilea, Casandra pudo advertir la expresión de sorpresa en la cara de la amazona. Al cabo de un momento comprendió que su tía no la había reconocido. Cuando dejó a Pentesilea era aún una muchacha muy joven; ahora, mayor, vestida y ataviada como una princesa, como una sacerdotisa, le resultaba por completo desconocida.

La llamó por su nombre y añadió:

—¿No me reconoces, tía?

—¡Casandra!

El seco y tostado rostro de Pentesilea se relajó pero siguió pareciéndole avejentado. Llegó, desmontó y abrazó a Casandra con cariño.

—¿Qué te trae por aquí, niña?

—Verte, tía.

La última vez que la había visto, Pentesilea parecía joven y tuerte. Ahora Casandra se preguntó cuántos años tendría en realidad. Su cara se hallaba surcada por centenares de diminutas arrugas, que se concentraban alrededor de la boca y de los ojos. Siempre había sido delgada pero ahora estaba flaca sin paliativos, Casandra pensó si las amazonas pasarían hambre como los centauros.

—¿Cómo va esa guerra de Troya? —le preguntó—. ¿Pasarás la noche con nosotras y nos lo contarás?

—Con mucho gusto —contestó Casandra—. Y podremos hablar de esa guerra, aunque ya esté cansada de ella.

Ordenó a los porteadores que siguiesen a la amazona y ella marchó junto a Pentesilea hasta una cueva que se abría en una ladera. En el interior, había una media docena de mujeres, casi todas de cierta edad, y varias niñas. Cuando las dejó eran al menos cincuenta. Ahora no se veían bebés ni mujeres jóvenes en edad de parir.

Pentesilea advirtió la expresión de su mirada y explicó:

—Elaria y otras cinco se hallan en la aldea de los hombres. Me asustaba que fueran pero supe que tenía que dejarlas ir o nunca me hubiera atrevido a permitírselo en el futuro. Pero... ¿ignoras pues lo que sucedió? Entonces nuestra vergüenza no ha llegado aún a oídos de Troya...

—Nada he sabido, tía.

—Ven y siéntate. Hablaremos mientras comemos —sonrió y husmeó apreciativamente—. Desde hace muchas lunas no sabemos lo que es comer bien. Gracias.

A la comida de las amazonas se había añadido carne seca y pan de las provisiones de Casandra.

—De cualquier modo —dijo Pentesilea—, no estamos tan mal como los centauros. Mueren de inanición y pronto habrán desaparecido. ¿Has hallado a alguno de ellos?

Casandra le narró su encuentro con Quirón y Pentesilea hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, siempre podemos confiar en él y en sus hombres. En nombre de la diosa, deseo... —se interrumpió—. El año pasado acordamos ir a una de las aldeas de los hombres. Hicimos un trato para intercambiar peroles, caballos y también algunas de nuestras cabras lecheras. Pues bien, fuimos como de costumbre y todo pareció desarrollarse bien. Transcurrieron dos lunas; algunas de las nuestras ya estaban preñadas y nos hallábamos dispuestas a partir. Nos rogaron que permaneciésemos otro mes, y aceptamos. Cuando por fin nos disponíamos a marchar, organizaron un banquete de despedida y nos obsequiaron con un vino nuevo. Dormimos profundamente y, al despertar nos vimos atadas y amordazadas. El vino estaba drogado. Nos dijeron que no podíamos abandonarles, que habían decidido vivir como los hombres de las ciudades, con mujeres que les atendieran durante todo el año y compartieran sus lechos y sus vidas...

Hizo una pausa, temblando de indignación y de tristeza.

—Cada animal tiene su propio tiempo para aparearse, intentamos recordárselo, pero no quisieron escucharnos —prosiguió—. Así que les respondimos que lo consideraríamos si nos dejaban ir. Entonces afirmaron que teníamos que prepararles una comida porque los hombres de las ciudades tienen mujeres que cocinan para ellos y atienden a sus necesidades. ¡Obligaron incluso a ir al lecho a algunas de las mujeres que ya estaban preñadas!

»De modo que les preparamos la comida. Puedes imaginarte de qué clase —sonrió con fiereza—. Pero algunas mujeres mostraron oposición a que quitásemos la vida a los padres de sus hijos. Sólo la Madre Tierra sabe de dónde habían sacado tales ideas. En consecuencia, varios de ellos estaban prevenidos. Mientras vomitaban y defecaban, nos dispusimos a marchar. Pero hubo quienes nos obligaron a pelear. Bien, no pudimos matarlos a todos y perdimos a muchas de las nuestras; las traidoras se quedaron allí y no volvieron con nosotras.

—¿Que se quedaron con los hombres que os habían hecho tal cosa?

—Sí, afirmaron que estaban cansadas de luchar y del pastoreo —contestó Pentesilea con desdén—. Se acostarán con los hombres a cambio de la comida, sin más dignidad que las prostitutas de vuestras ciudades. Es una perversión de esos aqueos, que afirman incluso que nuestra Madre Tierra no es más que la esposa de Zeus Tonante...

—¡Qué blasfemia! —exclamó Casandra—. ¿Ocurrió lo que me has referido con los hombres de la tribu de Quirón?

—No, en ellos podemos confiar. Se aterran, como nosotras, a las viejas costumbres —afirmó Pentesilea—. Pero cuando este año Elaria condujo a las mujeres a la aldea de los hombres, les obligamos a prestar juramento de que no quebrantarían las costumbres y dejarían

con nosotras a todos los niños lactantes. Nos ocultamos en cuevas porque, ausentes nuestras mujeres más jóvenes y fuertes, no tenemos guerreras para guardar nuestros animales...

A Casandra no se le ocurrió nada que decir. Era el final de una clase de vida que había persistido miles de años en aquellas llanuras, ¿mas qué cabía hacer? Le preguntó:

—¿Ha habido sequía? Quirón me dijo que era difícil encontrar alimentos.

—También eso. Algunas tribus, demasiado codiciosas, crían más caballos de los que puede mantener la llanura, para cambiarlos luego por ropas, peroles y cualquier otra cosa. De este modo, quienes tratamos bien a la tierra nos estamos muriendo. La Madre Tierra no ha extendido su mano para castigarlos. No sé... quizá ya no hay dioses que se preocupen de lo que los hombres hagan...

Su cara agostada revelaba su fatiga.

—No lo entiendo —dijo Adrea—. ¿Por qué te preocupa tanto que algunas mujeres hayan decidido vivir como las de las ciudades? Así conoceréis una existencia desahogada, con maridos que cuiden de vosotras y de vuestros caballos; podréis criar a vuestros hijos como lo hacéis con vuestras hijas, sin necesidad de dedicar todo el tiempo a combatir para defenderos. Muchas, muchísimas mujeres viven así y no les parece mal. ¿Crees que son ellas las equivocadas? ¿Por qué queréis vivir separadas de los hombres? ¿No sois mujeres como las demás?

Pentesilea suspiró pero, en lugar de la rápida respuesta desdeñosa que había esperado Casandra, reflexionó durante un momento. Casandra tuvo la sensación de que realmente deseaba que la comprendiera aquella vieja de la ciudad que de tal modo desaprobaba su modo de existencia.

—Ha sido costumbre nuestra vivir libres entre las de nuestra propia clase —contestó al fin—. A mí no me agrada morar tras paredes. ¿Y por qué sólo las mujeres tienen que hilar, tejer y cocinar? ¿No visten ropas los hombres? Pues que se las hagan. Y los hombres comen. ¿Por qué han de cocinar las mujeres todo lo comestible? En sus propias aldeas, los hombres cocinan cuando no hay mujeres que lo hagan. ¿Por qué han de vivir las mujeres como esclavas de los hombres?

—A mí no me parece esclavitud —protestó la doméstica—, sino justo intercambio. ¿Te parece entonces que los hombres son esclavos de las mujeres cuando cuidan de los caballos y de las cabras?

Pentesilea replicó apasionadamente:

—Pero las mujeres hacen tales cosas como si con eso compensaran a los hombres por compartir sus lechos y engendrar a sus hijos. Como las prostitutas que se venden a sí mismas en vuestras ciudades. ¿No podéis advertir la diferencia? ¿Por qué han de vivir las mujeres con los hombres cuando pueden cuidar de sus propios rebaños, alimentarse de sus propios huertos y vivir libres?

—Mas si una mujer desea tener hijos, necesita a un hombre. Incluso tú, reina Pentesilea...

—¿Puedo preguntaros, sin que os ofendáis, por qué no os casasteis? —la interrumpió ésta.

Kara fue la primera en responder:

—De buena gana lo habría hecho, pero prometí que permanecería con la reina Hécuba mientras ella aceptara mi compañía. No echo de menos el matrimonio; en mi regazo nacieron sus niños y participé en su crianza. Y, como Casandra, nunca conocí a un hombre al que amara lo bastante para separarme de mi querida señora.

—Te admiro por tu actitud —declaró Pentesilea—. ¿Y tú, Adrea?

—Yo nunca he sido ni bella ni rica; en consecuencia, ningún hombre me pretendió —respondió la anciana—. Y ahora ese tiempo ya quedó atrás. Así que sirvo a mi reina y a sus

hijas, acompañando incluso a Casandra por estas soledades dejadas de la mano de la diosa en donde moran centauros y otras gentes salvajes...

—De modo que, al margen de la simple iniquidad, existen otras razones por las que una mujer puede decidir no casarse —añadió Pentesilea—. Si está bien en ti no haberte casado por lealtad a tu reina, ¿por qué no había de permanecer Casandra leal a su dios?

—No es que no se case —declaró Adrea—, sino que no quiere casarse. ¿Cómo es posible comprender a una mujer como ella?

Aquello fue demasiado para Casandra. Estalló con palabras que había estado conteniendo durante días.

—No he pedido vuestra comprensión como tampoco solicité vuestra compañía. No os invité a venir conmigo y bien podéis regresar, si queréis, a Troya en donde viviréis rodeadas de auténticas mujeres. Yo viajaré hasta Colquis con mis parientes y su escolta —afirmó acaloradamente—. Y no necesito vuestra protección.

—En realidad —dijo Adrea con suficiencia—, te conozco desde que eres un bebé y lo que digo no es más de lo que diría tu propia madre y sólo por tu propio bien... Pentesilea intervino conciliadora:

—Os ruego que no disputéis; tenéis un largo camino ante vosotras. Casandra, mi querida niña, aunque pudiese viajar contigo hasta Colquis, mi compañía no te serviría de protección. Ruego que el nombre de Príamo y la Paz de Apolo sirvan al efecto. Tal vez sea por culpa de esta guerra, o quizá se deba a la propagación de las costumbres aqueas ahora, pero se ha derrumbado el mundo minoico. Ni siquiera me has dicho por qué vas a Colquis. ¿Es sólo por tu antigua amistad con la reina, o tal vez Príamo ha decidido buscar aliados incluso tan lejos?

Explicó a Pentesilea lo sucedido en el seísmo y la desaparición de las serpientes del templo, y la amazona palideció ante el presagio.

—Aun así confiaré en el Señor del Sol —dijo Casandra—. No tengo a nadie más en quien depositar mi fe y si puedo llegar sana y salva a Colquis, sin más **salvaguardia** que su bendición, lo consideraré como signo de que persiste su buena voluntad hacia mí.

—Entonces que él te bendiga y te guíe —declaró Pentesilea—, y que la propia Madre Serpiente te acoja y te dé su bendición en Colquis... y en todas partes, querida mía.

Poco después se retiraron a descansar, pero Casandra permaneció despierta durante largo tiempo.

Cuando por fin se durmió, sus sueños estuvieron cargados de inquietud. Buscaba un arma perdida, un arco quizá, pero siempre que creía haberla encontrado no era la que deseaba sino que estaba rota, o le faltaba la cuerda, o cualquier otra cosa imprescindible para su uso.

¿Qué le estaban diciendo los dioses? Era una sacerdotisa; le habían enseñado que todos los sueños constituían mensajes de ellos. Si pudiese averiguar lo que significaban... Él hecho de que no fuera capaz de entenderlo indicaban tan sólo, como sospechaba desde hacía mucho tiempo, que no era digna de recibir el favor del Señor del Sol, que él se había apartado de ella. Esforzándose al máximo, sólo pudo deducir que se trataba de un augurio poco claro que le indicaba que fuera cual fuese el propósito de su viaje, no lo conseguiría.

Por la mañana, Pentesilea entregó regalos para ella y sus domésticas, entre ellas, nuevas sillas de montar y un cálido traje de piel de caballo.

—Lo necesitarás, créeme, al cruzar la gran llanura —declaró—. En los últimos tiempos, los inviernos han sido más duros y puede que allá todavía encuentres nieve.

Al abrazarla para despedirse, Casandra sintió deseos de llorar.

—¿Cuándo volveremos a vernos, tía?

—Cuando quieran los dioses. Si fuese voluntad de la Madre Tierra que acabe mis días en una ciudad, iré a Troya y moriré allí; te lo prometo, hija mía. No creo que tu madre rechazase a la última de sus hermanas ni que Príamo me cerrase su puerta. Tal vez debería ir con mis guerreras y tratar de hacer huir a algunos aqueos.

—Cuando ese día llegue, yo pelearé a tu lado —le prometió Casandra.

Pero mientras la abrazaba con ternura, Pentesilea dijo:

—Ése no es tu destino en la vida, querida mía, no hagas promesas que no podrás cumplir.

Y se alejó de ellas, cabalgando sin volver la vista atrás.

El invierno continuó durante mucho tiempo en la gran llanura. Cuatro días después de la noche que pasaron con Pentesilea y el resto de las amazonas, se oscureció el cielo y comenzó a caer la nieve tan copiosamente que Casandra se preguntó cómo podría seguir su comitiva el sendero tan estrecho y mal trazado. Nevó a lo largo de la jornada y de toda la siguiente. Aunque continuaron su marcha, no hallaron signo alguno de vida humana. Sólo una vez, muy lejos a través de la nevada, vieron recortarse contra el horizonte a un vigilante centauro pero, cuando le hicieron señales, él hizo volver la grupa a su caballo y se alejó al galope.

No le sorprendió a Casandra. Por lo que le había dicho Pentesilea, sabía que los habitantes de la gran planicie, nunca predispuestos a confiar en extraños, se hallaban ahora aún menos inclinados al respecto. Por fortuna, no había necesitado traficar con ellos para obtener víveres u otros artículos. Día tras día, cruzaron lentamente la gran llanura. Los cascos de sus caballerías hollaban el mojado terreno donde antes había hierba congelada. La nieve no era bastante espesa para constituir un peligro y las monótonas lluvias jamás suficientes para deshelar más que unos centímetros del suelo. La gran estepa se hallaba vacía y estéril; encontraron escasos alimentos con los que complementar sus desabridas raciones de viaje. Casandra se sentía cansada de avanzar por tierras desiertas, bajo un cielo interminable que parecía tan gris y adusto como los rostros de sus acompañantes.

Los días se sucedieron hoscos mientras la luna menguaba hasta desaparecer y luego volvía a agrandarse. ¿Cuánto tiempo duraría aquel invierno? Luego, una noche, tras una visión fugaz de la luna llena entre jirones de nubes, percibió el ruido del viento que aumentaba y de una intensa lluvia que parecía que iba a arrasar la tierra.

La nueva mañana alumbró un paisaje transformado. Por todas partes corrían riachuelos sobre las superficies de la pradera, reflejando un sol intenso y nuevo. Por doquier se veía hierbas, mecidas por vientos tibios y suaves. Pronto la temperatura aumentó, obligando a Casandra a sustituir su traje de piel de caballo por una túnica ligera.

Llegaron a una aldea en uno de esos días de primavera.

Apenas era más que un pequeño grupo de redondas cabañas de piedras. Pero, a su alrededor, se extendían campos de verde trigo invernal que había dejado al descubierto el rápido deshielo. Casandra se acordó de la aldea enferma con tantos niños deformes, que conoció años atrás durante su viaje en compañía de las amazonas. Pero si éste era el mismo poblado tenía que haber sobrevivido de algún modo al terrible mal, porque los niños que vio parecían fuertes y sanos. Más tarde, sin embargo, vio a un muchacho con tan sólo dos dedos en una mano. Llevaban ocho o diez días sin percibir rastro de presencia humana; y cuando la mujer que gobernaba aquella aldea acudió a recibirles, también parecía satisfecha de verles.

—El invierno se ha prolongado mucho tiempo en esta tierra —afirmó—. Y no hemos visto en toda la estación más que a un pequeño grupo de centauros, tan debilitados por el hambre que no hicieron intento alguno de capturar a nuestras mujeres, limitándose a pedirnos cualquier clase de alimentos.

—Qué suerte tan triste —comentó Casandra, pero la mujer hizo un gesto desdeñoso.

—Eres sacerdotisa; supongo que es misión tuya compadecerte incluso de gentes semejantes. Pero nos aterrorizaron con harta frecuencia para que pudiéramos experimentar otro sentimiento que no fuese el de satisfacción cuando los vimos en semejante estado. Con suerte, todos morirán de inanición y no será preciso que volvamos a temerles. ¿Lleváis metales o armas con que traficar? En estos días nadie pasa por aquí para eso. Todos los metales de que se dispone van hacia la guerra de Troya y nada podemos conseguir nosotros.

—Lo siento, no poseo más armas que las propias —contestó Casandra—. Pero compraremos algunos de vuestros cántaros si aún los hacéis.

Sacaron las vasijas, que fueron detenidamente examinadas. Oscureció mientras los miembros de la comitiva de Casandra se ocupaban de eso, y la mujer que gobernaba la aldea los invitó a cenar a su mesa y a continuar el trueque por la mañana. Puso a su disposición algunas cabañas de piedra y les sirvió la cena en la cabaña central. La comida fue parca: carne que parecía de algún roedor, guisada con bellotas amargas e insípidas asclepias. Pero al menos estaba recién hecha. Casandra, recordando el cereal venenoso, se sentía poco inclinada a comer aquello, pero se dijo a sí misma que no tenía por qué preocuparse. Aunque siga siendo fértil, pensó, no estoy casada ni es probable que me case. Y, en cualquier caso, mientras estas domésticas duerman a mi lado, es poco probable que quede embarazada.

Si esta aldea no se ha recobrado de algún modo del mal que sufría, desaparecerá cuando mueran quienes la habitan.

Pocos días después, divisaron las puertas de hierro de Colquis, tan altas e impresionantes como siempre. Casandra prescindió de su ropa de montar para vestir sus mejores prendas trovarías, teñidas en vivos colores, e hizo que una de las domésticas arreglara sus cabellos, trenzándolos en el complicado peinado que lucía en el templo del Señor del Sol. Al menos, la reina Imandra la vería como una princesa de Troya y no como una mendiga vagabunda.

Fueron recibidos en las puertas de hierro de la ciudad como enviados de Troya y se les anunció que se alojarían en palacio. Casandra, tras decir que primero debía orar en el templo del Señor del Sol, acudió al gran santuario, situado en el centro de la ciudad, y sacrificó un par de pichones al Apolo del Gran Arco. Después, la condujeron al palacio, a unas lujosas estancias donde la aguardaban varias doncellas y tenían preparado el baño. En la larga operación de bañarse, o mejor de ser bañada, pensó que durante el largo viaje casi había llegado a olvidar aquellas comodidades. Disfrutó del agua caliente, de los aceites tragantes, del masaje ligero de los cepillos y las suaves manos de las mujeres. Luego la vistieron con espléndidas ropas que le había enviado su anfitriona y la condujeron al salón de audiencias de la reina Imandra.

Esperaba que la reina Imandra hubiera envejecido. Ella misma ya no era la muchacha casi adolescente que llegó allí por vez primera, tímida y tartamudeante, junto a Pentesilea. Pero el cambio era mayor del que pudiera haber imaginado. De haber encontrado a aquella mujer en cualquier lugar que no fuese el salón del trono, nunca la hubiera conocido como a la orgullosa descendiente de Medea.

Imandra había engordado mucho. Resultaba más imponente que ridícula, cubierta de oro por todas partes, pero había dejado de adornar su oronda humanidad con los anillos de sus serpientes vivas. Sus mejillas y labios estaban pintados de rojo y lucía las sutiles prendas teñidas que, por los caminos de Oriente, llegaban del país de los faraones. Sus cabellos aparecían como siempre, recamados de joyas. Entre todo aquel esplendor, sólo sus ojos oscuros y alegres, casi perdidos entre los pliegues de carne, parecían los de siempre.

Cuando Casandra penetró en la sala y se detuvo para hacer el saludo ritual, Imandra se levantó del trono y caminó, balanceándose como un pato, hacia ella.

—No, querida, no quiero que se postre mi pariente —dijo, sujetando a Casandra para abrazarla afectuosamente.

El perfume que la envolvió era tan familiar como sus ojos.

—Me siento más alegre de lo que pueda manifestar, hija de Príamo. ¡Qué viaje tan largo has hecho! Me traes sin duda noticias de mi hija...

—De tu hija y de tu nieto. Andrómaca ya es madre y pronto lo será... No, ahora ya habrá tenido otro hijo si todo ha ido bien —contestó Casandra ante una Imandra radiante de satisfacción.

—Lo sabía, lo sabía. ¿No te dije, querido, que había pasado tiempo suficiente para que fuese abuela si mi hija había sabido cumplir con su deber? —preguntó, dirigiéndose a un joven apuesto, vestido con ropajes dorados, como un atleta o el vencedor de unos Juegos, y que había estado sentado cerca de ella. Mañana he de mirar en el charco de tinta y trataré de ver a su hijo y si le ha ido bien a ella.

Tomó las manos de Casandra y la condujo hasta una mesa alta, sentándose entre ella y el joven lujosamente ataviado.

—Cuéntame ahora todo lo sucedido en Troya desde que te separaste de mí, llevándote mi más preciado tesoro. Y qué te ha conducido tan lejos de tu familia.

—Quizá Casandra —dijo el joven—, ha venido a implorar nuestra ayuda en esa guerra contra los aqueos.

—No si ha viajado al amparo de la tregua de Apolo —afirmó la reina Imandra—. Sé algo de eso, muchacho.

Después, se dirigió a Casandra.

—Aun así, no es preciso que rompas tu promesa si es que la has hecho. No hace falta que me lo pidas; enviaré a Príamo todos los soldados que pueda hallar, hombres o mujeres, y también tantos carros con metales y armas como me sea posible.

—Eres más que generosa —dijo Casandra. Le explicó su misión, e Imandra sonrió y la besó. —Mis sacerdotisas y cuidadoras de serpientes serán consultadas mañana temprano, o el primer día que indiquen como propicio para tales cosas —dijo—. No es necesario que te diga que todos los conocimientos que pueda haber en esta ciudad se hallan a tu disposición y a la disposición del Apolo troyano. Estarás en libertad de hablar con ellas en cualquier momento, pero has de prometerme que tu visita será larga.

—Eres muy bondadosa, reina —declaró Casandra. Se sentía cansada a causa del viaje, y en aquel momento sólo deseaba una larga estancia en Colquis.

—En modo alguno —contestó Imandra—. ¿Acaso no somos compañeras en el sacerdocio y tú la más próxima a mi hija en parentesco? Y mis adivinos afirman que lo que llevo ahora en mi seno será otra hija y me parece un buen presagio que estés aquí para el nacimiento.

Casandra no había captado el menor indicio de que la reina estuviese embarazada; sin embargo, de haber pensado en tal posibilidad, habría llegado a la conclusión de que Imandra era demasiado vieja para concebir. Pero ahora que la observaba con más atención, reparó en que la reina se hallaba en los inicios del embarazo. Tras haberlo advertido, felicitó a Imandra por su estado y le preguntó: —¿Será ésta entonces la heredera de Colquis en lugar de Andrómaca?

—Lo será. A Andrómaca no le interesa, como te habrás dado cuenta, la dignidad real— replicó Imandra—. Y no resulta difícil que una mujer olvide los asuntos propios de una reina cuando es feliz. ¿No te he dicho eso antes, Agón? —Sin duda, mi reina —contestó el joven apuesto. Cuando sus ojos se posaron en su favorito, la ancha cara de Imandra se iluminó con una sonrisa que Casandra sólo hubiese podido calificar de boba. Al comprender de repente

cómo estaban las cosas, Casandra quedó asombrada. ¿La independiente Imandra, reina de Colquis, sometida a un guapo muchacho no mayor que su hija? Y lo estaba ciertamente; el mismo tono de su voz lo revelaba. Él compartía su plato y su copa de vino, y ella buscaba los mejores manjares para ofrecérselos.

Cuando hubieron cenado, Casandra mandó llevar a su presencia los cofres que habían transportado desde Troya, y sacó los regalos que enviaba Andrómaca a su madre: paramentos bordados, paños ricamente teñidos e incluso espadas y cuchillos de bronce, de espléndida factura. Con un gesto de indiferencia, la reina entregó varias de estas armas a su consorte.

—Pero no me digas que quieres ir a pelear en Troya —le dijo—. Te necesito a mi lado para que me ayudes a educar a nuestra hija, y aún más si se equivocan los adivinos y se trata de un niño.

—Jamás pensaría en dejarte, no para luchar en un lejano país —contestó él—. Si Agamenón o cualquiera de quienes le siguen viniese a conquistar Colquis, sería otra cuestión.

Imandra se volvió hacia Casandra.

—Háblame de esa guerra y de la reina espartana —dijo—. Por lejos que estemos, sé naturalmente algo acerca de su familia. ¿Qué clase de persona es para, haber desencadenado una guerra semejante?

Casandra habló lentamente:

—No esperaba que me agradase ni que pudiera respetarla. Pero así es. Me parece que los dioses la trataron con dureza cuando la pusieron en el camino de mi hermano Paris.

—Ella tenía derecho a tomar un consorte —dijo Imandra, sonriendo maliciosamente al joven Agón—. ¡Pero erró al no repudiar a Menelao o sacrificado! Es preciso proceder con orden en las cosas. La equivocación de Helena, recuérdalo, no consistió en haber tomado un amante; estaba en su perfecto derecho y nadie podía negárselo. Su madre era legítima reina de Micenas y Helena había de reinar en Esparta. Su delito, y verdaderamente delito fue en una reina, consistió en permitir que Menelao se apoderase de Esparta. Eso enturbió la cuestión. ¿Permitirán que reine su hija después de ella? Aseguraría que no; Hermione es demasiado joven para ser consciente de su condición regia. Esos salvajes aqueos que tratan de introducir el concepto de reyes en nuestro mundo civilizado, y que hablan de la

paternidad como si los hombres crearan la vida. Sólo la diosa alienta la vida en sus hijos. Y, sin embargo, algunos de esos hombres llevan su arrogancia al extremo de afirmar que la mujer es tan sólo un horno en el que se cuecen los hijos de ellos, de ellos. ¿Has oído nunca mayor estupidez? Ése Agamenón... ¡Maldito sea por todas las diosas y furias!

—Es el caudillo de los ejércitos aqueos de la propia Micenas — aseguró Casandra.

—Sí. ¿Sabes que se casó con la hermana de Helena, que sucedió a su madre en Micenas? Clitemnestra era la mayor de las gemelas y muy bella, pero no podía compararse con Helena. Tenía una hija, Ingenia, consagrada a la Madre Serpiente y, naturalmente, custodio del santuario y suma sacerdotisa desde que era niña. Pues bien, cuando empezó esta guerra, Agamenón, como había jurado ayudar en todo a su hermano, hubo de dejar Micenas y temió que Clitemnestra lo reemplazase como consorte. A ella le irritó que se hubiese atrevido a prestar semejante juramento sin su permiso, y lo amenazó con compartir el lecho con su primo Egisto, si la dejaba. Agamenón la amenazó a su vez con separarla de Orestes, hijo de ambos. Ella le dijo que podría hacer lo que quisiera con el muchacho, pero que si pervertía a cualquiera de sus hijos con sus malvados dioses, lo echaría tras echarlo a él. Así que Agamenón hizo á Orestes sacerdote de Poseidón (creo que era Poseidón, el dios Caballo). Y lo envió a que se criara entre los centauros. Cuando los ejércitos de Agamenón se congregaron para embarcar hacia Troya, quedaron detenidos por falta de vientos propicios. Entonces, le pidió a Clitemnestra que enviara a su hija Ingenia, para que oficiara los

sacrificios a los vientos y Ingenia fue, como sacerdotisa, y él la sacrificó, siguiendo instrucciones de falsos oráculos. En consecuencia, Clitemnestra no podría tomar consorte porque su hija menor era demasiado joven para sucedería. He oído que esa hija menor, Electra, abandonó la religión de la Madre Tierra. ¿Quién la podría censurar? De haberse convertido en sacerdotisa como su hermana Ingenia, también se hubiese expuesto a la muerte. Pero Clitemnestra juró venganza, y un día Agamenón se enfrentará con la ira de la Madre Tierra. No lo dudes, morirá. Los dioses no pueden ser burlados de esa forma.

—O sea que todo se limita a si la tierra ha de ser regida por reyes o por reinas.

—¿De qué otra cosa podría tratarse? ¿Por qué han de regir los hombres en el hogar o en la ciudad donde las mujeres lo han hecho desde que la Madre Tierra alentó por vez primera la vida? Eran mejores las viejas costumbres, cuando el rey tenía que morir todos los años por su pueblo y no se planteaba la posibilidad de que un hombre pudiese imponer a su hijo como sucesor. Durante miles de años, hasta que llegaron esos salvajes aqueos para cambiar nuestras costumbres, ésa fue la regla de nuestra vida.

»Y después, ¿quién sabe? Quizá se produjo una guerra y un rey fue demasiado diestro como caudillo para que lo mataran; o alguna mujer estúpida como yo misma no quiso perder a su joven amante. —Se volvió para mirar con cariño a Agón—. Entonces arribaron a caballo esas gentes con los primeros reyes, y alzaron a sus arrogantes dioses e incluso al Señor del Sol, que proclamó haber matado a la Madre Serpiente. —Imanara bostezó—. El mundo está cambiando, te lo aseguro... pero por culpa de las mujeres que no mantuvieron a los hombres en su sitio.

—¿Crees que eso es la causa de la guerra? —preguntó Casandra.

—Querida mía, estoy segura —afirmó la reina—. Jamás habría podido suceder en Colquis.

Pocos días más tarde, Casandra, que ocupaba, en el recinto del palacio asignado a las hijas de la realeza, la misma estancia desde la que una noche contemplaron Andrómaca y ella las estrellas fugaces, fue despertada por la propia Imandra.

—Querida, la suma sacerdotisa del templo de la Madre Serpiente se muestra dispuesta a recibirte.

Casandra despertó a sus domésticas e hizo que la vistieran con una sencilla túnica blanca, propia de una suplicante.

—Eres una princesa de Troya y por añadidura sacerdotisa —protestó Adrea—. Deberías comparecer ante ella como igual.

—Pero trato de obtener la sabiduría que ella posee y yo no tengo —alegó Casandra—. Parece más adecuado que me presente humildemente, impetrando su ayuda.

La doméstica resopló, pero la reina Imandra dijo: —Me parece que obras cuerdamente, Casandra. Cuando me convoca, incluso yo acudo a ella con humildad.

Casandra suspiró aliviada y se ató las flexibles sandalias. Le desagradaba mucho lucir los ostentosos trajes de corte y que la vistieran como a una princesa.

Aunque el sol no se hallaba muy alto en el cielo, ya habían desaparecido las nubes matinales y el calor caía con fuerza sobre su cabeza y sus hombros, aunque éstos estuvieran protegidos por la túnica. Le pareció que recorría un largo camino a través de la ciudad, y sus pies estaban cansados cuando al fin ascendió hasta el santuario por los enormes peldaños tallados por los titanes.

El interior, para alivio de Casandra, estaba oscuro y fresco, y se oía lejano el agradable sonido del agua al caer. Una silenciosa sirviente vestida de negro la condujo a un patio

enlosado y sombreado, en cuyo extremo opuesto se alzaba un alto trono ceremonial que ocupaba una anciana de blancos cabellos, alta y gruesa.

—La sacerdotisa Arikia —murmuró Imandra. Avanzaron lentamente. Al principio, Casandra pensó que había una serpiente viva enroscada en la dorada diadema de la sacerdotisa. Luego comprendió que era sólo una reproducción muy perfecta de barro moldeado y pintado, o quizá de madera tallada. La sacerdotisa vestía una túnica sin mangas de un paño purpúreo, estampado con dibujos que hacían recordar a las escamas de las serpientes. En torno a su cintura si se hallaba enroscada una sierpe viva, la más grande que Casandra hubiese visto nunca, tan gruesa como uno de los brazos de la voluminosa sacerdotisa. La serpiente daba dos vueltas alrededor de la cintura de Arikia y la anciana sostenía en su mano la cabeza del ofidio, acariciándola perezosamente bajo su mandíbula inferior.

Declaró con una voz suave que sin embargo parecía impregnada de autoridad:

—Te saludo, reina Imandra. ¿Es ésta la princesa troyana de quien me hablaste?

—Lo es, señora —contestó Imandra—. Casandra, hija de la reina Hécuba de Troya.

Casandra sintió que se clavaban en ella los ojos de la anciana sacerdotisa, tan oscuros e imperturbables como los de la serpiente.

—¿Y qué deseas de mí, Casandra de Troya?

Casandra se sintió impulsada a arrodillarse ante la anciana.

—He venido de mi tierra para aprender de ti o, para ser más precisa, de la Madre Serpiente —dijo.

—Pues dime lo que buscas —solicitó la anciana sacerdotisa—. Por ti, hija de Hécuba, haré todo cuanto esté en mi poder.

Así animada, Casandra le refirió la muerte o la desaparición de las serpientes del templo del Señor del Sol, y su deseo de no reemplazarlas hasta que supiera más del modo de cuidarlas. La anciana sonrió sin dejar de acariciar a la enorme serpiente bajo el mentón, o en el lugar donde hubiera estado si lo hubiese tenido.

—Debería llamar a mis sacerdotisas para que te conocieran —dijo al fin—. Porque en toda Colquis no puedo hallar a una sola mujer que quiera aprender esta ciencia. Y tú has venido desde Troya para obtenerla de mí. Dime ahora, Casandra, ¿prestarás la debida reverencia a la Madre Serpiente mientras te halles en su templo?

—Lo juro, señora.

Arikia sonrió y le tendió la mano.

—Así sea —dijo—. Te acepto. Puedes quedarte aquí y, mientras vivas entre nosotras, nada de nuestra ancestral sabiduría se te ocultará. Déjala con nosotras, Imandra.

—Y tú también puedes irte —añadió, lanzando una iría mirada sobre Adrea—. Ella no necesitará de doméstica alguna en el templo de la Madre; la asistencia que precise le será prestada por sacerdotisas.

—Prometí a su madre, mi señora, que no me apartaría de su lado ni un solo día mientras estuviese en tierras extranjeras —afirmó Adrea, con voz fina.

—No puedo censurarte por eso, hija —le respondió Arikia amablemente—. ¿Pero de verdad crees que precisa tu vigilancia cuando se halla en manos de la Gran Madre?

—Supongo que no, mi señora, puesto que tú lo dices. ¿En dónde podría hallarse más segura que en las manos de la gran diosa? Pero no puedo romper la promesa que hice a la reina Hécuba —dijo Adrea, como forzada a ello.

—Aun así, creo que debes dejarla al cuidado de la diosa y mío. Pero puedes venir con frecuencia y hablar con ella a solas para confirmar por ti misma que se halla segura y que permanece aquí por su libre voluntad.

—¿Debe alojarse en el templo, Arikia? —preguntó Imandra—. Yo preferiría tenerla en el palacio como huésped, y ella podría asistir a todas las ceremonias del templo que tú juzgaras convenientes.

—No, eso no serviría; tiene que morar entre nosotras y aprender a vivir con nosotras y con nuestras serpientes —afirmó Arikia—. ¿Te disgusta, Casandra?

—En absoluto —dijo Casandra—. Reverencio a Imandra como pariente de mi madre y amiga mía, pero anhelo morar en el templo de la Madre como conviene a una sacerdotisa.

Imandra y Adrea la abrazaron y se despidieron. Cuando se hubieron marchado, la anciana sacerdotisa, que había observado las atentas miradas de Casandra a la serpiente, aún enroscada e inmóvil en torno de su cuerpo, le preguntó:

—¿Le tienes miedo a las sierpes, Casandra?

—Ninguno, señora —y añadió impulsivamente—: ésta es muy bella.

—Es una verdadera matriarca entre las sierpes —afirmó Arikia— ¿Te gustaría cogerla?

—Desde luego, si acude a mí —contestó Casandra, aunque jamás había manejado una serpiente tan grande—. Supongo que no es venenosa.

—¿No puedes advertirlo con sólo mirarla? Bien, ésa es una de las primeras cosas que he de enseñarte. Pero, ésta no lo es. No me aventuraría a tener así una serpiente venenosa. No suelen mostrar tan buen temperamento. Y casi nunca son tan grandes.

Arikia apartó de su cuerpo la cola de la gran serpiente.

—Mira, así puedes desenroscarla puesto que le es imposible apretarse contra mi cuerpo mientras la sostengo de este modo. Extiende tu mano y deja que te huela.

Casandra obedeció, sin inmutarse cuando se le acercó la enorme cabeza y luego la lengua buida salió y entró en la boca, tocando apenas su mano. Después la serpiente se movió, deslizándose tan flexiblemente como la seda a lo largo del brazo de la anciana sacerdotisa y más tarde por los hombros de Casandra hasta enroscarse en torno de su cintura. La gran cabeza cuneiforme se alzó hasta el rostro de Casandra; ésta la tomó en su mano y empezó a frotarla suavemente bajo la mandíbula inferior. Le sorprendió advertir toda la tensión que escapaba del cuerpo de la serpiente cuando su enorme peso gravitó sobre ella.

—Bien... le gustas —dijo Arikia—. De poco serviría que te aceptase aquí en caso contrario. Pero de cualquier modo, si se asusta o se sobresalta mientras la sostienes, es posible que te muerda. ¿Sabes qué hacer en tal caso?

La vieja Melianta se lo había enseñado en el templo del Señor del Sol.

—Sí, no asustarla más ni tratar de librarme de ella, sino procurar la ayuda de alguien que la desenrosque, empezando por la cola —dijo Casandra al tiempo que extendía su mano y mostraba las pequeñas cicatrices que le dejó una mordida de serpiente cuando fue ayudante de Melianta. Arikia sonrió.

—Bien, ¿qué deseas entonces aprender de nosotras?

—Oh, muchísimas cosas —contestó ansiosamente Casandra—. Quiero saber cómo hallar y recoger serpientes en los campos, cómo incubar sus huevos y cómo adiestrarlas para que vengan y vayan, según se les ordene, cómo alimentarlas y cuidarlas para que vivan largo tiempo y cómo ganar su confianza y mantenerlas satisfechas de manera que no escapen.

La anciana rió entre dientes, tendiendo su mano para rodear la cabeza de la enorme serpiente.

—Creo que podemos enseñarte todas esas cosas. Ahora será mejor que me la devuelvas. Yo estoy acostumbrada a su peso y no creo que una muchacha tan delgada como tú pueda sostenerla durante mucho rato. Tienes que comer bien v ponerte gruesa como yo, o como Imandra, antes de poder ser más verdaderamente una sacerdotisa de la Madre Serpiente. Puede que llegue el día en que te sientes y la muestres ante la gente; a ella le gusta exhibirse, o así parece. Una cosa más: algunas muchachas son demasiado blandas de corazón o demasiado sentimentales con los animales pequeños, tales como palomas, ratones y conejos, destinados a alimentar a las serpientes, ¿te inquietará eso?

—En absoluto. No fui yo sino los dioses quienes determinaron que algunos animales se alimenten de seres vivos. No los creé y no me incumbe decir con qué deberían alimentarse —contestó Casandra.

Había oído una vez a Melianta decir aquello a una muchacha del templo demasiado escrupulosa para servir ratones vivos a las serpientes.

—De acuerdo —dijo Arikia—. Tenemos que hallarte una habitación y una sacerdotisa que te atienda, y hacer saber al resto que vives aquí. Eres una princesa de Troya y confío en que no te parezca todo demasiado pequeño y humilde para ti.

—Oh, no —dijo Casandra—. Anhelo ser una de vosotras. Arikia la abrazó con cariño y la condujo al interior de la casa de la Madre Serpiente.

Comenzó entonces para Casandra una época completamente distinta a cualquier otra de su vida. Como era sacerdotisa, no hubo de pasar previamente por ordalías y pruebas fatigosas aunque, al igual que las más jóvenes (muchas de las sacerdotisas del templo eran ancianas y débiles porque escaseaban las muchachas que optasen por servir a la Madre Serpiente), se le asignaron obligaciones tales como la de cuidar de los animales que se criaban para alimentar a las serpientes, la limpieza de vasijas y la aceptación de las ofrendas al templo, de las que también había que llevar la cuenta. Fue bien acogida por todas y tratada conforme a su rango. La propia reina Imandra no era objeto de mayor deferencia, y pronto Arikia llegó a quererla como si fuera hija suya.

En muchos aspectos, su estancia en el templo de la Madre Serpiente fue como la de los primeros años en el templo del Señor del Sol, pero con una gran diferencia: sólo mujeres se consagraban a la Madre Serpiente y no conoció problemas semejantes a los que le planteó Crises. Los únicos hombres que había en la Casa de la Serpiente eran esclavos, y ninguno se habría atrevido a insinuarse a una sacerdotisa.

Aprendió todo lo que aquellas mujeres pudieron enseñarle sobre serpientes y culebras. Pronto supo cómo distinguir las venenosas de las inofensivas, y cómo domesticar y manejar a las que siendo inofensivas parecían venenosas, de modo tal que cualquiera que la viese pudiera creer que estaba desafiando a la muerte. No sentía miedo ni incluso de las más grandes y pronto se destacó entre quienes las cuidaban. Con frecuencia, cuando la gran matriarca de las serpientes era transportada en procesión, Casandra era una de las escogidas para llevarla.

Nada de lo relativo al mundo de los ofidios se le escapaba: cómo hallar y capturar culebras salvajes, cómo bañarlas y cuidarlas mientras cambiaban de piel. Incubó incluso una, llevando el huevo en su pecho durante más de un mes. Por esto se le otorgó el título honorífico de Madre Culebra, tan ansiado por las sacerdotisas.

Pocas veces se acordaba de Troya. Esporádicamente, llegaban a Colquis, tergiversadas por el largo viaje, noticias de la guerra. Idomeneo de Creta y los reyes minoicos se convirtieron en aliados de Troya; la mayoría de los del continente se alinearon con los aqueos. Los isleños, por obra de las alianzas creadas cuando aún gobernaba los mares Atlas, apoyaron a Príamo y a las diosas de Troya y de Colquis.

A veces, durante la luna llena, Casandra encendía un fuego mágico y, a su luz, observaba el agua de un cuenco. Así supo que Andrómaca había dado a Héctor un segundo varón, que murió antes de que cicatrizase el cordón umbilical. Aquella noche deseó estar en Troya para poder consolar a su apenada amiga.

También supo que Helena había dado gemelos a Paris, hecho que no le resultó del todo sorprendente, puesto que Paris era gemelo y también lo era Helena. Pensó que si ella misma tuviese hijos le podría ocurrir lo mismo, quizá dos hijas. Los de Helena eran niños fuertes y sanos, aunque carecían de la belleza de sus padres, y se desarrollaron con tanta rapidez que andaban antes de cumplir un año.

Antes de que el primer año de vida transcurriera para los hijos pequeños de Paris, Príamo sufrió una caída durante una escaramuza en la costa. Y, durante la convalecencia sufrió un ataque que le dejó contraído y paralizado el lado derecho del rostro y, a partir de entonces, cojeó del pie derecho. Sin que nadie se extrañase, designó a Héctor jefe de sus ejércitos. Los soldados, aunque le eran leales y vitoreaban a Príamo en las raras ocasiones en que aparecía ante ellos, adoraban a Héctor como si fuese el propio Ares. El tiempo transcurría en Colquis sin sobresaltos. Casandra era siempre bien acogida en el palacio, e Imandra la mandaba llamar a menudo; la mayor parte de las veces sólo para disfrutar de su compañía, aunque otras lo hacía para que mirase en el agua del cuenco y le dijera cómo se desarrollaba la guerra o dónde se encontraban las amazonas, para asegurarse de que a Pentesilea y a su grupo no les iban las cosas demasiado mal. Como sus días estaban ocupados en el estudio y el cumplimiento de sus obligaciones, Casandra se sorprendió al descubrir que llevaba ausente de Troya más de un año. Entre las mujeres, un nacimiento era invariablemente ocasión de fiesta y casi siempre había alguna que daba a luz en el palacio. Pero las mujeres consagradas a la Madre no se casaban y la mayoría hacían solemne voto de castidad, de modo que no había nacimientos en el templo. Se preguntó cuándo tendría su hijo la reina.

Pronto oyó en la ciudad que Imandra saldría a bendecir a sus súbditos en nombre de la Madre Tierra. Casandra tenía un vago recuerdo, que se remontaba a su primera infancia, de que Hécuba hizo eso antes de que naciera Troilo. En Troya constituía tan sólo una antigua costumbre, evocada a medias y observada sin formalismos; siempre que la reina se mostraba en las calles, las mujeres se precipitaban hacia ella, solicitando su bendición. En Colquis, donde se mantenían los hábitos conforme a los antiguos ritos, no le sorprendió a Casandra descubrir que se trataba de una procesión solemne. Pero con toda seguridad la habían demorado en exceso y el parto debía de ser inminente. Imandra no caminaría por las calles sino que sería conducida en una litera. Arikia, representante terrenal de la Madre Serpiente, la acompañaría, adornada de pies a cabeza con las serpientes de la sabiduría, de tal manera que todas las mujeres de la ciudad podrían obtener la bendición no sólo de la reina embarazada sino también de la Madre Serpiente.

—¿Mas por qué tan tarde? ¿Es que quieren que comience en la calle el parto de la reina?

—Ya sucedió antes —repuso Arikia—. No sería el primer hijo de una reina de Colquis que naciera en las calles de la ciudad; habrá numerosas comadronas palaciegas en la procesión. Pero los adivinos regios han escogido este día como propicio; y es evidente que cuanto más próximo esté el parto de Imandra, mayor bendición puede conferir ella.

—Sí, claro.

Casandra podía entenderlo. Era la mañana de la procesión y, junto con las demás sacerdotisas, Casandra ayudaba a vestir y engalanar a Arikia, enroscando la serpiente matriarca en torno de su cintura y dos sierpes más pequeñas alrededor de sus brazos. Resultaría fatigoso para la mujer porque había de sostener en alto a los ofidios para que la gente pudiera verlos. Casandra hubiera deseado, por ser más joven y más fuerte, poder reemplazar a la anciana. Así lo dijo, pero Arikia sólo le respondió:

—Resulta aún más difícil para la reina, querida mía; está tan gruesa como un pitón que se hubiese tragado a una vaca. Tal vez en la próxima ocasión. Imandra es una vieja amiga y me alegra participar en su procesión. Se ha mostrado por añadidura más que amable contigo. Un poco más de púrpura en mi mejilla izquierda, por favor, y algo de polvo de hierbas para que arda en el brasero; a las serpientes les gusta y causan menos problemas cuando pueden olerlo. ¿Irás conmigo, Casandra? Puedes alimentar el brasero y estar preparada para quitarme las serpientes pequeñas si se muestran inquietas. No es probable pero todo puede suceder.

Casandra sabía que éste era un privilegio del que se mostrarían envidiosas otras sacerdotisas del templo pero al que condescenderían por tratarse de una princesa de Troya. Por tanto, fue a ponerse su mejor traje de ceremonia, se enroscó en los brazos dos o tres de las serpientes más pequeñas y se colocó otras dos alrededor de la frente, formando una corona. Así dispuesta y pensando que su corona era digna de adornar la frente de la legendaria, salió a la calle y cuando alzaron a Arikia hasta la alta litera, permitió que la alzaran tras ella.

Hacía frío; un fuerte viento soplaba a través de las calles entre los altos edificios y todas las hojas habían desaparecido de árboles y matorrales. Se sentó, sosteniendo en alto sus serpientes para que las mujeres pudiesen verlas con claridad. La silla de manos de Imandra iba delante. Casandra podía distinguir la silueta de la reina, visiblemente deformada por el avanzado estado de su embarazo. Los cabellos, le caían sueltos por la espalda. Las calles rebosaban de mujeres, muchas de ellas preñadas, que se precipitaban hacia las literas, empujando a los guardianes mientras tendían los brazos para impetrar la bendición.

El viento la dejó aterida. La alegró sentir el agradable peso de las serpientes, que parecían adormecidas. Como a mí, tampoco les agrada el frío, pensó con nostalgia del cálido sol de su tierra.

Casi se sumió en un trance, observando la alta figura de Imandra en su silla, envuelta en la magia poderosa y la fascinación de la diosa. Las mujeres corrían, alzaban sus manos, clamando por la fertilidad, en busca de la buena fortuna que representaba tocar a la reina preñada, encarnación de la diosa. Sosteniendo como una autómata las serpientes, oyó a las mujeres gritar los nombres de Imandra, de la Madre Tierra, de Arikia y de la Madre Serpiente. Luego, oyó que alguien decía desde algún lugar entre el gentío:

—¡Mirad, es la sacerdotisa troyana, la amada de Apolo!

Aquello despertó súbitamente su conciencia. ¿Seguía siendo cierto? ¿O había sido olvidada por Apolo? Quizá ya era tiempo de regresar a Troya, a su propio pueblo y a sus propios dioses; sirviendo a la diosa, las mujeres eran aquí más libres. Pero, ¿de qué valía esa libertad si había de morar para siempre entre extranjeros? Entonces su corazón se conmovió; aquí era amada y tenía muchas amigas, ¿podría soportar abandonarlas y regresar a una ciudad en donde se esperaba de las mujeres que viviesen sometidas a sus maridos y a sus hermanos?

El sol cobró más fuerza. Se echó un velo sobre la cabeza y mojó su pañuelo en un cuenco de agua para humedecer las cabezas de las serpientes.

—Pronto, pequeñas —murmuró—, concluirá todo y volveréis a un lugar fresco y sombrío.

Una de las serpientes trataba de deslizarse hacia la oscuridad del interior de su vestido.

Los porteadores redujeron la marcha y luego se detuvieron. Las servidoras bajaron con cuidado y no sin dificultad a Imandra. Con pasos torpes, la reina se dirigió hacia la litera en donde se sentaban las sacerdotisas rodeadas por sus serpientes.

—Casandra, amiga mía, ¿acudirás esta tarde a palacio y mirarás para mí el agua de tu cuenco?

—Con placer. Tan pronto como haya cumplido con mis deberes y si Arikia me concede permiso —contestó, mirando a la suma sacerdotisa, que le sonrió, asintiendo a la petición que aún no le había formulado.

En el templo de la Madre Serpiente ayudó a los porteadores a instalar a Arikia en su cama en una estancia en penumbra. Luego, contribuyó a la tarea de desenroscar las serpientes y bañarlas en la fuente del patio interior. Tras comer un poco de fruta y pan, vistió una túnica sencilla y salió otra vez cuando transcurrían las primeras horas de la tarde. El ambiente estaba ahora un poco más templado, porque el sol se hallaba en la plenitud de su fuerza. Las calles estaban repletas de gente, pero nadie pudo reconocer en aquella muchacha morena y delgada que vestía un traje humilde a la sacerdotisa que, con sus mejores galas y coronada de serpientes, había sido llevada por toda la ciudad.

Las domésticas de la reina condujeron a Casandra a las estancias reales. Allí había una temperatura agradable gracias al fuego de la chimenea. Imandra estaba tendida en una hamaca, con el cabello en desorden. Su enorme cuerpo descansaba sobre almohadones. Ya no poseía la fascinación de la diosa y parecía cansada; su rostro debía de estar pálido bajo los afeites que cubrían sus mejillas.

Tendría que haber mantenido a Andrómaca aquí, en Colquis, en vez de enviarla a Troya. Y además no debería haberse expuesto a los riesgos de un parto tardío, pensó Casandra, sorprendiéndose a sí misma. Ahora necesita una hija para que la suceda en Colquis.

Como si le hubiese llegado algún atisbo de los pensamientos de Casandra, la reina abrió sus ojos.

—Ah, hija, has venido para hacerme compañía. Me alegro. Creo que la pequeña puede nacer hoy —dijo, poniéndose una mano sobre el vientre—. Pero al menos concluyó la procesión y no ha sido preciso dar a luz a una reina en las calles. Pronto llamaré a las mujeres del palacio. Se enfadarán si no lo hago; tienen derecho a su fiesta. ¿Cuántos años tienes, Casandra?

Trató de calcularlo. En Troya no se llevaba la cuenta de la edad de una mujer después de alcanzar la pubertad.

—Creo que tendré diecinueve o veinte este verano —respondió—. Mi madre me dijo que nací cerca del solsticio de verano.

—Un año más que Andrómaca —observó Imandra—. Y me dijiste que el primogénito de Andrómaca tiene ya edad suficiente para haber recibido su primer casco de bronce y las lecciones iniciales de esgrima. Creo que no conozco a mujer alguna de tu edad que no esté casada. A veces pienso que mi hija deberías haberlo sido tú, puesto que te acomodas a las viejas costumbres de Colquis y Andrómaca parece feliz en Troya, aunque sea como esposa sumisa de Héctor. —Sus labios se fruncieron ligeramente, casi desdeñosamente—. Pero tú que eres hija de Príamo y troyana, ¿deseas permanecer toda la vida soltera, querida mía?

—Ése es mi propósito —contestó Casandra—. Estoy consagrada a Apolo.

—Pero renuncias a todo lo que hace a la vida digna de ser vivida —dijo Imandra, suspirando.

Frunció el ceño y permaneció inmóvil durante algún tiempo. Luego añadió:

—¿Mirarás en el agua del cuenco y permitirás que esta vieja ponga de nuevo sus ojos en el hijo de su hija? Casandra vaciló.

—Tal vez ahora deberías centrar tus pensamientos en la hija que va a nacer. Has de ahorrar toda tu fuerza y energía hasta que se encuentre segura entre nosotras.

—Hablas como una sacerdotisa, y las sacerdotisas dicen tonterías —declaró enojada Imandra—. No soy una niña de quince años en su primer parto. Soy una mujer madura y una reina, y no menos sacerdotisa que tú, Casandra de Troya.

—No trataba de sugerirte... —empezó a decir Casandra, a la defensiva.

—Oh, sí, lo dijiste, no lo niegues —replicó Imandra—. Haz lo que te pido, Casandra. Si no quieres, otras lo harán aunque no haya muchas que vean tan lejos ni tan bien.

Todo lo que Imandra afirmaba era cierto y Casandra lo sabía.

—Muy bien —accedió, añadiendo mentalmente, vieja testaruda—. Llama a tus mujeres y diles que te preparen para el parto. No me culpes si lo que revelo te causa dolor o pena. No soy más que el mensajero, las alas del ave que aporta tales nuevas.

Se arrodilló, disponiéndose para encender el fuego mágico del sortilegio de la visión.

Llegaron las mujeres de Imandra a cumplir su cometido. Entre ellas estaban las dos domésticas de Casandra que acudieron a saludarla y le preguntaron en voz baja para que la reina no pudiera oírlas:

—¿Vamos a quedarnos para siempre en esta ciudad extranjera, princesa? ¿Cuándo regresaremos a Troya?

—Cuando la reina Imandra me autorice —dijo Casandra—. No la abandonaré mientras me necesite.

—¿Cómo puede necesitarte más que tu propia madre? ¿Crees verdaderamente que la reina Hécuba no ansia tu presencia?

—Tenéis mi permiso para regresar a Troya siempre que deseéis —repuso con indiferencia Casandra—. Esta misma noche, si os place. Pero yo he hecho una promesa a Imandra y no la romperé.

Se levantó y, con pasos rápidos, se dirigió a la alta cama en donde las mujeres habían colocado a la reina para que descansase hasta que llegara el momento de ponerla en la silla paritoria. Lentamente, la estancia se llenó de mujeres del palacio que habían acudido a presenciar el nacimiento real.

—Me pregunto —musitó Imandra, con inquietud—, si alguna vez la Madre Tierra se equivoca al enviar un bebé a un vientre. Por lo que de ella sé, a Hécuba le habría parecido Andrómaca una hija perfecta y tú siempre estuviste incómoda en Troya.

Se aferró a la mano de Casandra.

—No me dejes —le rogó—. Los dioses demorarán la visión hasta que nuestros ojos estén preparados para ver.

—No sé cuáles pudieron ser los propósitos de la diosa al enviarme al vientre de Hécuba de Troya y no al de Imandra de Colquis —dijo Casandra, acercando su mejilla a la de su tía—: pero, cualesquiera que hayan sido, te quiero y te respeto como si en verdad fueses mi madre.

—Te creo —dijo Imandra, volviendo la cara para besar a Casandra—.

Si la diosa me lleva hoy, cosa que puede suceder a cualquier mujer en un momento como éste, prométeme que te quedarás en Colquis y educarás a mi hija conforme a las viejas costumbres.

—Vamos, no debes hablar de muerte. Vivirás muchos, muchísimos años y verás a tu hija con sus propios hijos e hijas en sus rodillas —afirmó Casandra.

Una de las servidoras le entregó una copa de vino y una bandeja de pasteles de miel. Bebió el vino distraídamente y apartó a un lado los pasteles.

—Déjame que mire por ti en el cuenco —dijo.

Se arrodilló de nuevo sobre las losas junto al fuego mágico, concentrando su mente en el día en que el primer hijo de Andrómaca, en el rostro, pálido y tenso de Héctor que contemplaba a la pequeña criatura...

Unas sombras se agitaron en el agua hasta detenerse en el rostro de Héctor... El rojo penacho se desdibujó, envuelto en un limo aún más rojo... Casandra se sobresaltó cuando un

súbito dolor traspasó su corazón ¡Héctor! ¿Había muerto ya o estaba viendo lo que habría de ocurrir? ¡Cuándo una ciudad se hallaba en guerra, resultaba más que probable que el jefe del ejército, que siempre luchaba a la vanguardia de sus hombres, cayera a manos de... en las ensangrentadas manos de Aquiles!... Ese rostro desdeñoso, bello y pálido, bello y maligno... La nieve corrió sobre la superficie del agua y Casandra supo que lo que contemplaba era lo que había de llegar en años futuros. ¿Pero en que año? No tenía modo de averiguarlo.

Imandra, con los ojos clavados en el rostro de Casandra, como si tratase desesperadamente de compartir su visión.

—¿Qué has visto? —le preguntó.

—La muerte de Héctor en batalla —murmuró Casandra—. Mas para un guerrero no existe otro final y sabíamos desde hace largo tiempo que eso tendría que ocurrir, pero aún no, quizá dentro de muchos años...

—Y el niño —murmuró Imandra—. ¡Háblame del niño!

—La última vez que lo vi se hallaba sano y estaba bien desarrollado; ya tenía una espada de madera y un casco de juguete —dijo Casandra, quien no quería mirar de nuevo y contemplar un desastre que, por alguna razón, esperaba ver—. Los presagios señalan que esta noche no es propicia para la visión, Imandra. Te ruego que me excuses si no vuelvo a mirar.

—Haz lo que quieras —contestó Imandra, pero en su cara se dibujó un gesto de decepción—. Moriría contenta sólo con poder ver al hijo de mi hija aunque fuese a través de tus ojos y no de los míos...

Un revoloteo cromático corrió sobre la superficie del agua: luces de fuegos, llamas en las puertas de Troya... y recordó la voz burlona de Paris.

Siempre repites la misma cantinela, Casandra, fuego y catástrofes para Troya. Y la cantas sea oportuno o no, como un rapsoda que sólo conoce un poema...

Sí, sé que Troya ha de perecer pero aún... Te ruego que me dejes mirar un poco más...

Las llamas se extinguieron; surgió un resplandor, la brillante luz del sol que se reflejaba en las blancas murallas de Troya... fundiéndose con el rostro sombrío y airado de Crises, contraído en un gesto de dolor.

Apolo, Señor del Sol, si veo todo esto a tu luz, ¿por qué no me muestras más que lo que ya conozco?

Entonces todo se convirtió en un intenso destello, como si estuviese contemplando directamente la cara del sol. Tuvo la impresión de que Crises se agrandaba y vio el halo deslumbrante del dios, y supo quién recorría ahora las murallas y los baluartes de Troya con terrible ira, su luminoso arco disparaba flechas doradas... al azar. Las flechas de Apolo se dirigían tanto contra los aqueos como contra los troyanos.

Casandra gritó, cubriéndose el rostro con las manos. La visión se enturbió y se disolvió hasta desaparecer.

—No contra nosotros —gimió—. No contra tu propio pueblo, Señor del Sol; no tu ira, no las flechas de Apolo...

Todas la rodearon, sacudiéndola; trataron de levantarla y llevaron vino a sus labios.

—¿Qué viste? Intenta decírnoslo, Casandra. —No, no —gritó ella, esforzándose para que su voz no se trocara en un aullido—. ¡Tenemos que irnos de inmediato! ¡Tenemos que regresar a Troya!

Pero el horror heló su corazón cuando pensó en las interminables leguas de viaje entre Colquis y su tierra.

—¡Tenemos que irnos ahora mismo! Tenemos que partir al rayar el día o incluso esta noche —repitió, tendiendo las manos hacia sus domésticas que la sujetaban—. Tenemos que irnos... no podemos perder un momento...

Se puso en pie, temblando, y se acercó a Imandra.

—Los dioses me reclaman en Troya, te ruego que me otorgues permiso para partir —le suplicó, arrodillándose junto a ella.

—¿Irte ahora? —preguntó Imandra con la mente y el cuerpo concentrados en los dolores del parto que la llenaban y mirándola sin comprender—. No, te lo prohíbo. Prometiste permanecer conmigo...

Desesperada, Casandra advirtió que no podía imponer sus propias necesidades sobre las de aquella mujer dominada por el más imperioso de los apremios. Estaba obligada a esperar. Se enjugó las lágrimas que hasta entonces había ignorado, aunque corrían por sus mejillas, y volvió su atención a Imandra.

—¿Viste al hijo de Andrómaca? —le preguntó ésta, en tono suplicante.

—No —contestó dulcemente Casandra, apartando de su mente la imagen del cuerpo destrozado del niño ante las murallas de Troya.

... Había visto eso antes...

—No, esta noche los dioses no me dieron tal visión —añadió—. Sólo contemplé lo mal que iban las cosas en la ciudad.

El mar ennegrecido por las naves aqueas, las murallas de Troya bajo el acoso hormigueante de los ejércitos de Aquiles... Muros que se desploman, llamas que se alzan... No, aún no... no es la destrucción final, todavía no... pero es peor, las terribles flechas de la ira de Apolo, volando tanto contra aqueos como contra troyanos...

Una de las mujeres inició uno de los himnos tradicionales de natalicio, y fue seguida por otras tras un confuso momento de duda.

¿Cómo podían cantar y comportarse como en cualquier otra fiesta de mujeres? Pero ellas no habían visto la sangre, ni las llamas ni las flechas del dios airado. Casandra se sumó al canto, animando al alma expectante de la niña a que penetrara en el cuerpo que le había sido preparado, para que la diosa liberase a ese cuerpo del vientre que lo aprisionaba. Los himnos sucedieron a los himnos y después algunas de las sacerdotisas interpretaron la extraña danza del Mundo del Más Acá. La noche transcurrió lentamente y cuando, ya próxima el alba, empezó a palidecer el cielo, la reina, con un grito de triunfo, dio a luz. La primera de las comadronas del palacio, en cuyas manos había nacido la criatura, la aulló, gritando:

—¡Es una niña! ¡Una hija fuerte y sana! ¡Una pequeña reina de Colquis!

Las mujeres iniciaron un himno triunfal de bienvenida, llevándola a la niña hasta la ventana para levantarla hacia el sol naciente. La pasaron de mano en mano para que cada mujer pudiera sostener y besar a la recién nacida. La reina Imandra pidió al fin:

—Dádmela. Quiero comprobar que es en verdad sana y fuerte.

—Aguarda un momento. Primero hemos de envolverla para que no se enfríe —dijo una de las comadronas del palacio mientras la abrigaba con uno de los chales de la reina.

Luego, ya lavada, la puso en manos de Imandra y la reina acercó tiernamente su cara contra la mejilla de la pequeña.

—Ah, cuánto tiempo te aguardé, hija mía. Es cómo parir a mi propia nieta. No sé de mujer alguna que haya tenido un hijo a mi edad y haya sobrevivido y, sin embargo, me siento tan fuerte y segura como cuando pusieron en mis brazos a Andrómaca.

Desenvolvió a la niña tan nerviosamente como todas las madres, contando cada uno de los dedos de sus manos y de sus pies, volviendo a contarlos por si había cometido algún error, para besar después cada uno, como tributo especial.

—Es bonita —dijo, sonriendo satisfecha, cuando hubo acabado de besuquear al bebé.

Se sacó de uno de los dedos una costosa sortija y se la entregó a la comadrona principal del palacio.

—Esto, además de tu salario que te pagará mi chambelán.

La comadrona agradeció el regalo con frases entrecortadas y se retiró, abrumada por tanta generosidad.

—Le impondremos un nombre el primer día que sea propicio —continuó diciendo Imandra—. Hasta entonces será mi pequeña perla... puesto que es tan tersa y rosada como una de las perlas que los buceadores de las islas arrancan al mar de sus profundidades. Y la llamaré Perla, mi princesita perla.

Todas las mujeres coincidieron en declarar que era un nombre bonito y adecuado. Sería el que le darían hasta que la princesa recibiese de las sacerdotisas un nombre oficial y constituiría su apelativo familiar durante toda su vida.

La reina Imandra hizo una señal a Casandra para que se acercase.

—Tus ojos están enrojecidos, Casandra, y no pareces regocijarte con nosotras. ¿Has visto algún presagio funesto para mi hija y por eso no compartes nuestra alegría?

Casandra se encogió. Tal como temía, no había sido capaz de ocultar su aflicción a la mirada aguda de Imandra.

—No, reina, en verdad me regocijo de tu felicidad —dijo, mientras se inclinaba para besar a la princesita— y no puedo expresarte cuan grande es mi satisfacción por el hecho de que te encuentres bien. Pero mis ojos están siempre enrojecidos cuando duermo tan poco como esta noche. Y... —titubeó— los dioses me han enviado un presagio infausto sobre Troya. Me necesitan allí. Te suplico, reina, que me des permiso para partir al instante, camino de mi casa.

Imandra pareció ofenderse, pero el dolor que se reflejaba en el rostro de Casandra mitigó su irritación.

—¿Con este tiempo? Se acerca el invierno y el viaje sería terrible. Esperaba que te quedases para ayudarme a educar a mi hija. Tuve escasa fortuna en la educación de Andrómaca para que me sucediera como reina. Mi fe en oráculos y augurios no es grande; sin embargo, nada puedo negarte el día en que la diosa me ha enviado a esta preciosa hija. Pero no es mi permiso el que debes conseguir sino el de la Madre Serpiente. Es a ella, no a mí, a quien te hallas consagrada. Y has de esperar al menos hasta que pueda yo reunir los regalos que habré de enviar a Troya, para Andrómaca y su hijo, para mi prima Hécuba y, naturalmente, para ti, mi querida hija.

Casandra sabía que se le exigiría esto y se dijo a sí misma que la catástrofe que había previsto quizá no fuese tan inminente para que un día o incluso una semana de retraso significaran diferencia alguna. No era posible ignorar los imperativos del parentesco y de la cortesía respecto de alguien que había sido tan buena con ella como la reina Imandra. Pero su corazón se rebeló; todo lo que la retenía lejos de Troya le parecía ahora odioso. Estaba segura de que Arikia la reprendería por su deslealtad, pero no tenía

en su mano otro recurso honorable. Le habían entregado generosamente sus conocimientos y su amistad; al fin y al cabo no podía escapar de Colquis como una ladrona.

Así que sacó fuerzas de flaqueza y fue a solicitar el permiso de la Sacerdotisa de la Serpiente.

Durante la noche y el largo día que le siguió, mientras preparaban carros, bestias, regalos y todo lo que precisaría en su largo viaje hasta Troya, Casandra tuvo tiempo de recobrar un cierto grado de serenidad aunque sólo fuera porque no podía vivir tan llena de angustia y terror. Sabía bien que los dioses la habían llamado a Troya para que se cumpliera su destino, fuera cual fuese, pero no consideró que podría evitarlo quedándose en Colquis; la Historia rebosaba de relatos sobre aquellos que egoístamente creyeron sustraerse a su destino, incumpliendo alguna obligación, y que de un modo inevitable atrajeron sobre sí ese mismo destino que tanto temían.

Puede que la visión no significara una catástrofe; puede incluso que significase que Apolo no toleraría la guerra, tal como estaba librándose. Quizá los obligaría a concertar cualquier clase de pacto y todo se arreglaría.

Así que al final, aun lamentando sinceramente partir de Colquis y perder la libertad y los honores que allí había conocido, se puso en marcha tres mañanas después, contenta, o al menos sin pesar, de hallarse otra vez en camino.

El viaje comenzó antes que el alba. Las tres mujeres iban en un sólido carro, tirado por muías que les había proporcionado la reina Imandra. Cuando el vehículo empezó a traquetear por la ciudad, la oscuridad era completa, sin más luz que las chispas de una forja en donde trabajaba una corpulenta herrera. Adrea y Kara se mostraban francamente jubilosas por volver a su tierra, aunque hablaban con terror del largo viaje que les aguardaba, de los peligros de bandidos y centauros, así como de los caminos cubiertos de nieve y vigilados por salvajes atracadores, hombres o mujeres, que podían creerlas portadoras de tesoros o para quienes sus víveres y sus ropas fuesen riqueza suficiente. Casandra iba en silencio; añorando ya a sus amigas del templo de la Madre Serpiente, tanto mujeres como reptiles, y se sentía pesarosa de haber dejado a Imandra. Era improbable que volvieran a encontrarse en este mundo.

Cuando atravesaron las puertas de hierro de Colquis, caían algunos copos de nieve y el cielo se mostraba gris y desapacible. Aumentó la luz, pero no apareció el sol, y Casandra lanzó una mirada postrera a las altas puertas de la ciudad que brillaban rojizas bajo el alba grisácea.

No podía haber muchas mujeres de su edad que hubieran hecho dos viajes como aquél y, si era capaz de recorrer tal distancia un par de veces, ¿por qué no tres o más? Quizá la aguardaban aún muchas aventuras y, aunque fuera de regreso a Troya, no había necesidad de sentir la opresión de las murallas de su ciudad, hasta no hallarse tras ellas.

La primera noche, cuando como de costumbre se prepararon sus mujeres y ella para acostarse, Adrea preguntó: —¿Vas a dormir, princesa, con esa cosa en tu lecho? Casandra pasó la mano sobre los anillos de la serpiente, tibia y suave.

—Por supuesto. Soy su madre. La incubé con el calor de mi propio cuerpo y ha dormido en mi seno todas las noches de su vida. Además hace frío a estas horas; moriría si no le diese calor.

—Mucho haría y mucho he hecho por la hija de tu madre, pero no compartiré mi lecho con una culebra —dijo Adrea—. ¿No puede dormir junto al fuego, en un cajón o en un recipiente?

—No, no puede —dijo Casandra, rebosante de secreta satisfacción—. Te aseguro que no te morderá y que es mejor compañera de cama que un niño, porque no mojará ni manchará las sábanas como es probable que hiciera un bebé. Nunca dormirás con criatura más limpia. —Acarició a la serpiente y añadió—: No tienes por qué preocuparte; permanecerá a mi lado. Estoy segura de que tiene más miedo de ti que tú de ella.

—No —dijo suplicante Adrea—. No, por favor, Casandra. No puedo hacerlo. No puedo dormir con una serpiente.

—¿Cómo te atreves a hablar de ese modo? Es una de las criaturas de la diosa, igual que tú, Adrea. Tú no serás tan tonta, ¿verdad, Kara?

—Tampoco yo pienso acostarme con ninguna viscosa serpiente. Seguro que se deslizaría por encima de mí en cuanto me durmiese —afirmó ésta.

—Ni siquiera muerde, y no te haría daño aunque lo intentase —le dijo Casandra, enojada—. Aún no le han salido los dientes.

Se tendió, acariciando distraídamente con un dedo la pequeña cabeza de la serpiente.

—Si tuvieras el juicio que los dioses han dado a una gallina —añadió después—, y te forzaras a tocarla, comprobarías que no es viscosa en absoluto, al menos no más que un ave. Es muy suave y tersa y está tibia.

Envuelta en su mano, se la acercó a Adrea pero la mujer retrocedió, chillando. Casandra se echó sobre sus almohadas.

—Bueno, estoy cansada y voy a dormir aunque vosotras dos seáis tan estúpidas como para hacerlo en el frío piso del carro. Haceos las camas en donde os plazca pero apagad la lámpara y durmamos en nombre de la diosa, de cualquier diosa.

Pronto perdieron de vista a Colquis. Avanzaban entre colinas redondeadas y pasaron por diferentes aldeas. Los días se hacían cada vez más fríos y caía una nieve fina que se fundía en el suelo.

Una mañana que se habían puesto en marcha antes de la salida del sol, Casandra oyó un extraño e insistente gemido.

—¿Qué es eso? Parece un niño y, a juzgar por el sonido, un bebé. ¿Qué hace un bebé en estas soledades en donde únicamente puede haber lobos y quizás osos? —dijo a sus acompañantes.

Bajó del carro y miró por los alrededores entre los copos de nieve que caían para hallar el origen del sonido. Al cabo de un rato, vio en la ladera un bulto de burda tela de lana que contenía a una niña pequeña y bien constituida, cuyo cordón umbilical aun no había cicatrizado. Una negra pelusa cubría su cabeza.

—¡No la toques, princesa! —dijo Adrea—. Es sólo un bebé abandonado por alguna mujer de las aldeas, una prostituta que no puede criar a su hija o alguna madre que tiene demasiadas.

Casandra se inclinó y alzó a la niña. Estaba helada a pesar de los paños que la envolvían pero aún pateaba con fuerza. Al apretarla contra su pecho, se calmó un poco y cesaron sus gemidos. Comenzó a retorcerse buscando donde mamar.

—Ea, ea —dijo Casandra, meciéndola—. Yo nada tengo para ti, pobre niña. Pero estoy segura de que algo podremos encontrarte.

—¿Por qué tenemos que hacerlo? —preguntó Adrea, horrorizada—. ¿No pensarás en quedarte con ella, princesa? —Te parecería bien que me casase para tener un hijo —dijo Casandra—. Pues ahora puedo tener uno sin quebrantar mi juramento de castidad ni sufrir los dolores del parto. ¿Cómo no iba a aceptar a esta hija que la diosa me envía directamente?

La niña entró en calor y se quedó dormida en los brazos de Casandra.

—No cabe duda de que es un hecho virtuoso salvar la vida de un niño —añadió.

Había pronunciado tales palabras para burlarse de Adrea, pero empezaba a meditar en todos los problemas que se le plantearían cuando la mujer le dijo:

—¿Cómo vas a alimentarla, princesa? No tiene edad suficiente para masticar y habrías de hallar en alguna parte una nodriza y llevártela contigo a Troya.

—No, eso no es necesario —contestó Casandra, tras reflexionar un momento—. Ve a esa aldea de allí. Busca una cabra que esté criando y que tenga mucha leche. A los bebés les gusta la leche de cabra.

El rostro de Adrea expresó la disconformidad que sentía.

—Ve ahora mismo —le ordenó—. Esa leche nos vendrá bien a todas. O quédate con mi serpiente mientras yo voy... Ante la alternativa, Adrea se apresuró a ir a la aldea y volvió con una cabra joven, blanca y negra, que parecía sana y fuerte y que, desde el primer instante, aturdió a todos con sus balidos. Ninguna de las domésticas sabía ordeñar a una cabra pero Casandra les mostró cómo habían de proceder y, cuando consiguieron llenar un cuenco, ella alimentó al bebé, mojando un dedo en la leche. La niña chupó con entusiasmo y luego volvió a dormirse en sus brazos, aún aterrada al dedo. Casandra hizo tiras de un trapo para formar un cabestrillo. De esa manera podría llevarla colgada cuando cabalgara en el asno, sujeta a su cuello como los hijos de las amazonas. Decidió que, de momento, la llamaría «Miel» porque lavada, caliente y bien alimentada exhalaba un suave olor que recordaba el de la miel silvestre.

Al menos la distraería durante el largo viaje hasta Troya. Y cuando allí llegase, si no quería tener una niña a la que criar, se la cedería a la reina o a uno de los templos; las niñas resultaban siempre útiles en todos los hogares para la interminable y necesaria tarea de hilar y tejer.

Al principio, Adrea y Kara hacían comentarios sobre la niña abandonada, pero pronto discutieron por llevar a Miel en su regazo durante los largos trayectos en el carro, cantándole y contándole cuentos que su escasa edad no le permitía entender. Fue desarrollándose rolliza y hermosa. Peinaron su pelo rizado y le hicieron vestidos con sus propias ropas. Pronto pareció decidir quién era su madre. Las mujeres se mostraban cariñosas con ella, pero siempre intentaba dejarlas cuando Casandra le tendía los brazos; aunque le estuvieran dando una comida de su gusto. En las tediosas etapas del viaje dormía acurrucada en la parte trasera del carro con la serpiente de Casandra enroscada a su lado; y a menudo quería tenerla sobre su propio vestido. Cuando las mujeres protestaron, Casandra se limitó a reír.

—Ved, posee más sentido que vosotras; no tiene miedo de una de las criaturas de la diosa. Ha nacido para ser sacerdotisa y lo sabe.

Los días pasaban lentos y tediosos. Cuando llegaron a la gran llanura doblaron la vigilancia ante la eventualidad de que apareciesen bandas de centauros. Casandra deseaba encontrarse con ellos. Sentía debilidad por las tribus ecuestres, pero tanto las domésticas como la escolta y los carreteros confiaban evitar semejantes encuentros. Mas no hallaron ninguno. Una tarde, dentro de una zanja, vieron un caballo muerto. Aferrado al animal, estaba el cadáver retorcido de su jinete cuyos huesos casi eran visibles bajo la piel, indicándoles que aquel pobre hombre había muerto de hambre v de trío. El corazón de Casandra se conmovió de compasión por él, aunque su carretero y las domésticas afirmaron que había encontrado lo que se merecía y desearon a todos sus congéneres un destino semejante.

Otra tarde, cuando se disponían a acampar, Casandra distinguió a lo lejos a un pequeño grupo de jinetes, formado por un hombre macilento y deformado por años sobre el caballo y media docena de los que parecían ser niños pero eran probablemente muchachos en quienes la desnutrición había retrasado el desarrollo. Casandra no hubiera podido asegurarlo, pero le pareció que el hombre era Quirón. Les hizo señas y los llamó en su propia lengua, mas no se acercaron. Se limitaron a cabalgar lentamente en torno del campamento, demasiado lejos para que los distinguieran con claridad o para oír lo que decían.

—Será mejor que montemos una guardia —dijo uno de los carreteros—. Si no lo hacemos quizá cuando durmamos se aproximen para asesinarnos y robarnos. Nunca se puede confiar en un centauro.

—Eso no es cierto —afirmó Casandra—. No nos harán nada. Nos temen más de lo que nosotros a ellos.

—Habría que acabar con todos —intervino Kara—. No son hombres civilizados.

—Están hambrientos, eso es lo que ocurre —dijo Casandra—. Saben que tenemos víveres y animales; sólo nuestra cabra les proporcionaría la mejor comida que han conocido en todo este año, pero no nos atacarán.

Pese a la reprobación de sus domésticas y de la escolta, se mostró dispuesta a darles algunos víveres y, durante algún tiempo, trató de atraerlos hacia el campamento, pero ellos se mantuvieron a una prudente distancia, cabalgando alrededor, y no se acercaron. Por tanto, se dispusieron a pasar la noche protegidos por un par de centinelas. Casandra permaneció despierta, pensando en los centauros que se hallaban sobre sus monturas en la oscuridad. A la mañana siguiente, les dejó unas hogazas de pan de cebada y algunas viandas en una vasija rajada que los viajeros pensaban abandonar.

Cuando se alejaban del lugar en que habían acampado advirtió que los centauros se aproximaban a él; al menos conseguirían algunos víveres que retrasarían su muerte por inanición. Para Miel, pensó, serán sólo una leyenda, v todos le dirán cuan **malvados** eran. Pero también son poseedores de una sabiduría y una forma de vida que nunca volveremos a encontrar. ¿Será ése también el destino de las amazonas?

Después de haber visto a los centauros, el camino le pareció más largo y vacío; día tras día avanzaron por la enorme planicie, sin cruzarse con viajero alguno, y no se diferenciaban unos de otros más que por el crecer y el menguar de la luna, por los cambios del buen tiempo a las nevadas. Al pasar por las comarcas en donde había esperado hallar tribus de amazonas no encontraron jinetes de ningún tipo, ni hombres ni mujeres. ¿Habían perecido las amazonas o fueron secuestradas para servir en las aldeas de los hombres? Le hubiera gustado enviar un mensaje a Pentesilea pero no sabía cómo hacérselo llegar y ni siquiera si aún vivía. Intentó verla en el agua de su cuenco pero no lo consiguió.

La estepa se hallaba cubierta por una espesa capa de nieve y reinaba un intenso frío. Casandra temió por las vidas de sus serpientes. Miel y ella, envueltas en mantas y calentadas por un brasero, compartían su calor con las serpientes. A veces, la nieve era tan espesa que el carro no podía avanzar y habían de permanecer detenidos un día entero, sin luz, poco calor y sólo comida fría. Tenían además que guardar la cabra en el carro para preservarla de la nieve.

Con el paso de los meses, Miel cambió. Había veces en que Casandra tenía la impresión de que crecía entre el alba y el ocaso. Cada día aprendía o le sucedía algo nuevo que fascinaba a su madre adoptiva. Poco después de la aparición de los centauros, le salió su primer diente; luego aprendió a beber leche en una taza y, al cabo de escaso tiempo, comía pan mojado en leche o papillas que tomaba con cuchara. Antes de lo que Casandra había esperado, tenía ya todos los dientes y cogía y masticaba lo que podía alcanzar del plato de cualquiera. Ya no se podía dejar en el suelo durante las paradas nocturnas porque se escapaba a gatas y desaparecía rápidamente, complaciéndose en que la llamaran y buscasen. Finalmente llegó un tiempo, por fortuna después que hubieran pasado las peores nevadas, en que tuvieron que vigilarla de continuo para que no se bajase del carro, incluso en marcha; y pronto corrió por lo alrededores en cada parada que hacían. Casandra pensaba que no era una niña especialmente guapa pero sí fuerte y robusta, hasta el extremo de que jamás se ponía enferma y rara vez se mostró inquieta ni siquiera durante la dentición.

Con el paso del tiempo y tras haber recorrido una larga distancia, llegaron a una comarca con mejores caminos y encontraron numerosos viajeros. Parecía como si todo el mundo se encaminase a Troya con armas y los más diversos artículos para vender a los troyanos, o a los aqueos; parecía también que los aqueos bloqueaban ahora todas las rutas que por tierra o por mar llegaban a Troya. Y al fin un día vieron la silueta familiar del monte Ida y comenzaron a avanzar a lo largo del Escamandro hacia la ciudad. Cuando tuvieron ésta a la vista, a Casandra le pareció que había surgido otra población al pie de las grandes murallas, una dispersa ciudad de cobertizos, tiendas y albergues y que el mar estaba ennegrecido por las naves que llenaban el puerto. De allí procedía un intenso hedor como si las aguas se hallasen contaminadas; las calles de esta nueva urbe estaban obstruidas por carromatos y carros de guerra y, tan pronto como la escolta de Casandra condujo el vehículo a las proximidades de aquella aglomeración, soldados aqueos, con armaduras que le recordaban a las de los hombres de Aquiles, se acercaron para inquirir qué venía a hacer allí.

Su escolta no logró hacerse entender; así que Casandra, que hablaba un poco mejor la lengua de ellos, bajó del carro con Miel colgada a los hombros y les explicó que era la hija de Príamo que regresaba de un largo viaje a Colquis. Esta noticia, que Casandra no supuso que les resultaría tan sorprendente, fue de boca en boca; siendo por último opinión general que el jefe de las tropas debía oírla de sus labios.

Imaginó que se referían a Aquiles, pero en su lugar se presentó el joven moreno, más alto y fuerte, que conoció como compañero de Aquiles. Era Patroclo, se dirigió a ella con cierta cortesía, mayor en cualquier caso de la que recordaba en el propio Aquiles.

—Así que afirmas ser hija del viejo rey. Aguarda un minuto. Hay aquí una muchacha en la tienda de Agamenón que se crió en el palacio de la ciudad, o al menos eso dice. Aquí hay una mujer e las tiendas de Agamenón, ella podrá aclararnos eres o no eres quien aseguras ser. Espera aquí.

Tras esto, se alejó.

Miel le pesaba demasiado, y Casandra pidió a uno de los hombres de su escolta que la bajara.

—Quédate cerca de mí —le ordenó.

. Suponía que ninguno de aquellos soldados infringiría daño a un niño, como no fuese en el frenesí del combate, pero no tenía tal seguridad y no confiaba bastante en los aqueos para poner a prueba semejante teoría.

Al cabo de cierto tiempo, Patroclo regresó con una mujer velada. Ésta se echó entonces el velo hacia atrás.

—Sí, es la hija de Príamo —afirmó.

Casandra se sintió asombrada y entristecida al reconocer a Criseida en aquella muchacha.

Pese a todo, le alivió saber que Criseida estaba viva y bien.

—Querida Criseida —le dijo—. He estado preocupada por ti y sé cuan angustiado se ha sentido tu padre.

Criseida parecía ahora más alta y corpulenta, pero aún resultaba sorprendente el tono dorado de sus cabellos que le había dado nombre.

Patroclo hablaba con uno de los soldados. Daban la impresión de estar discutiendo sobre si retenerla para obtener un rescate o para cambiarla por alguno de los aqueos prisioneros.

—No puedes hacer tal cosa —le dijo el que mandaba la escolta de Casandra—. Es una sacerdotisa de Apolo y viaja bajo la tregua del dios.

—Ah, ¿sí? —dijo Patroclo—. Quizá podamos entonces silenciar a ese sacerdote de Apolo que nunca deja de quejarse a Agamenón o a quien le escuche. Nuestros propios sacerdotes

continúan exigiendo que hagamos ofrendas a Apolo; tal vez deberíamos consultar con ella acerca del sacrificio adecuado. —Se volvió hacia Casandra y le preguntó: ¿Harías un sacrificio a Apolo en nuestro nombre?

—Recuerdo muy bien la suerte de la última sacerdotisa que Agamenón envió para hacer sacrificios en vuestro nombre —contestó ella—. Sé quién y qué debería ser sacrificado.

Casandra pudo advertir en sus rostros que la respuesta no les había complacido en modo alguno.

Criseida se dirigió a ella por vez?, primera, y le dijo:

—No deberías hablar así de Agamenón.

—No es amigo mío ni de mi familia. Ni tengo con él deber alguno como huésped, puesto que no lo es. Hablaré de él como me plazca. ¿Por qué te muestras tan deferente con su persona?

—Porque es mi señor y el hombre más poderoso entre los aqueos —contestó Criseida—. Harás bien en evitar irritarle. Aquí todos estamos sometidos a su poder.

—¿Quieres que cuando regrese a la ciudad haga gestiones para obtener tu libertad?

Criseida negó con la cabeza, y dijo desdeñosamente:

—Nada te he pedido. Mi padre ha estado invocando a Apolo para lograr mi retorno, pero el poder del dios carece de importancia aquí comparado con el de Agamenón. Además, prefiero ser de un hombre que de un dios.

Entonces Casandra recordó su terrible visión. Se dio cuenta de que estaba temblando; entonces miró a Patroclo y le dijo:

—No has sido descortés conmigo, así que te daré una información valiosa. He visto las terribles flechas de Apolo cayendo en esta ciudad, tanto sobre los tróvanos como sobre los aqueos.

Percibió que su voz subía de tono hasta convertirse en grito y el calor y el resplandor, que tan bien conocía, del Señor del Sol.

—¡Ten cuidado con su ira, cuidado con la ira de Apolo! No provoques sus mortales flechas!

Patroclo pareció impresionarse un poco, pero la miró con gesto adusto.

—Sí, he oído que eres una sibila —dijo—. Escúchame, mujer. No temo a tu Apolo troyano, pero es siempre imprudencia provocar a los dioses de otro. Me siento inclinado a

dejarte marchar. Nuestros sacerdotes dirán probablemente lo mismo y no me place contender con mujeres. Mas al propio Aquiles corresponde tomar la decisión final.

Se dirigió a un muchacho que estaba observándolos y le ordenó que corriera a avisar al jefe.

Alrededor del carro se había congregado un considerable gentío que miraba a las domésticas. Patroclo alzó los ojos hacia las dos viejas y preguntó a Casandra:

—¿Quiénes son estas mujeres?

—Servidoras de mi madre, mis domésticas.

—¿Y también ellas son sacerdotisas consagradas a Apolo?

—No, no lo son; pero se hallan bajo mi protección y la del dios. —Comenzó a sentirse incómoda ante el modo que la observaban. Recogió a Miel, que andaba a gatas entre sus pies, y la sostuvo en brazos.

—No tenemos en nuestro campamento mujeres bastantes para desempeñar las tareas femeninas. No pugnaré por ti con el Apolo troyano pero estas mujeres son mis legítimas prisioneras —dijo Patroclo, tras una pausa.

Se dirigió al carro y cogió a Kara de un brazo.

—Baja, anciana señora. Tú te quedas aquí.

Se desembarazó de él con un gesto furioso.

—Quítame las manos de encima, sucia bestia aquea.

Deliberadamente, Patroclo alzó la mano y la abofeteó, sin mucha fuerza, en la boca.

—No he comprendido del todo lo que has dicho pero ésta es tu primera lección, vieja. Entre nosotros no se habla de ese modo a los hombres. Entra allí; encontrarás algunas ropas que remendar. Si lo haces bien, puede que te demos de comer.

—¡Ya te dije que estas mujeres se hallaban bajo mi protección y la del Señor del Sol! ¡Déjala en paz... o cuidado con la ira del dios! —exclamó Casandra.

—Y yo te dije —contestó Patroclo—, que nada me importa tu Apolo troyano. Honraré su tregua hasta el punto de no agraviar a su profetisa, pero estas mujeres son prisioneras mías y nada puedes hacer para impedirlo.

Casandra advirtió que entre el gentío había bastantes mujeres, ninguna de las cuales parecía sorprendida por las palabras o las acciones de Patroclo. Kara gritó y empezó a correr hacia las puertas de Troya. Patroclo hizo una señal a uno de los soldados para que la atrapara.

—Tú, que hablas su lengua, repítele lo que digo —le ordenó a Criseida—. Nadie la ofenderá si trabaja bien. Que, a su vez, se entere la hija de Príamo, puesto que tampoco ella parece entender mis palabras.

Criseida empezó a repetir a Kara lo que había dicho Patroclo, pero Casandra la interrumpió:

—Di al capitán aqueo que entiendo muy bien lo que dice, pero que estas mujeres son sirvientas mías y se hallan como yo bajo la protección de Apolo. No puede arrebatármelas.

—¿Crees, princesa, que vas a impedírmelo? —replicó el hombre al tiempo que arrastraba a Adrea fuera del carro—. Vamos con ésta, también es demasiado vieja para el lecho pero apuesto a que sabe cocinar. Aquiles ha estado diciendo que busca a alguien para atender a la mujer que guarda en su tienda. Llevádsela a Briseida.

Uno de los hombres que lo rodeaban, preguntó:

—¿Qué hacemos con la niña? Parece sana y fuerte... ¿La cojo?

—Dioses de ultratumba, no —repuso Patroclo—. Aún se meará encima. ¿O es que piensas que nos quedaremos en Troya el tiempo suficiente para poder llevarla al lecho? Olvídate de ella.

—Agradece que te hallas bajo la protección de Apolo —dijo después, dirigiéndose a Casandra—. Te sugiero que montes en tu carro y sigas tu camino. Pero no todavía —hizo una seña a sus hombres y les ordenó—: sacad del carro los víveres y todo lo que pueda sernos de utilidad.

Los soldados se subieron al carro y comenzaron a descargar las provisiones. Casandra permaneció en silencio, puesto que sabía que no iban a escucharla. Al cabo de un tiempo, tal como sabía que ocurriría, se apoderaron de las mantas enrolladas y comenzaron a extenderlas en el suelo. Entonces, uno de los soldados saltó hacia atrás y lanzó un grito cuando la mayor de las serpientes se desenroscó ante él. Empuñó su lanza pero Casandra le gritó en su propia lengua:

—¡No! ¡Está consagrada a Apolo, no te atrevas a tocarla!

El hombre siguió retrocediendo, tan pálido como un muerto. Casandra, durante el tiempo pasado en Colquis, había olvidado el terror que producían tales animales en las islas. Entonces se introdujo una mano en el escote e impulsó la culebra para que saliera deslizándose lentamente. Rodeó su cintura y se extendió por su brazo mientras que, uno a uno, los soldados fueron retrocediendo, presas de un supersticioso terror.

—¡Mirad esto! ¡Ved lo que ha hecho con sus brujerías!

—No seáis estúpidos —les dijo Patroclo—. También en nuestra tierra enseñan a las sacerdotisas a cuidar a las serpientes. No pongáis ni una mano sobre ella.

—No las queremos aquí. Vete —ordenó a Casandra—, y llévate a tus malditos animales.

Casandra comprendió que no sacaría más partido de la situación. Kara y Adrea, arrodilladas, lloraban. Se acercó a ellas y les dijo en voz baja:

—No os asustéis; haced lo que os dicen y no provoquéis su furia. Pero, lo juro por Apolo, conseguiré rescataros.

No sentía gran cariño por ninguna de las domésticas, pero se hallaban bajo su protección y su madre las quería.

Ahora pudo ver la razón para la ira de Apolo. Hablaría de inmediato con sus sacerdotes.

Mientras el carro traqueteaba acercándose a las murallas de Troya, Casandra comprendió que los centinelas de los baluartes tenían que haber visto todo lo sucedido. El paso de un carro no debía de ser un hecho anómalo, ya que en otro caso habrían intervenido, al menos lanzando flechas contra el campamento aqueo. Los viajeros mejor informados y con mercancías destinadas a Troya sabrían sin duda que era mejor aproximarse a la ciudad por el lado opuesto al mar, como ella debería haber hecho.

Conservaba las serpientes destinadas al templo del Señor del Sol. Estaba ilesa y los aqueos no habían amenazado seriamente a Miel. Las cosas podrían haber sido peores. Pero notó que había crecido el grado de hostilidad; debería haber pensado antes en informarse de cómo se desarrollaba la guerra.

Ante las puertas, la detuvo un soldado troyano armado y, al cabo de un momento, reconoció en él a Deifobo, hijo de Príamo y de una de las mujeres de su palacio.

Se inclinó ante ella.

—La calle principal es demasiado pendiente para el carro, princesa. Tendrás que dar un rodeo para entrar por el otro lado. Pero te abriré la puerta pequeña que hay junto a la grande. Ésta se halla ahora siempre cerrada por temor a que irrumpan los aqueos. No podrán

forzarla... a no ser que algún dios, Poseidón quizá, decida romperla —añadió rápidamente, haciendo un gesto contra la mala suerte.

—Ojalá esté lejano ese día —deseó Casandra—. ¿Puedes hallar a alguien que lleve el carro al templo de Apolo? Porta serpientes para la casa del Señor del Sol y no deben asustarse ni coger trío.

—Enviaré de inmediato un mensajero al templo —le prometió cortésmente Deifobo—. ¿Irás directamente a palacio, hermana?

—Sí, ansió ver a mi madre —replicó Casandra—. ¿Supongo que estará bien?

—¿La reina Hécuba? Oh, sí; aunque, como todos nosotros, no ha rejuvenecido —contestó Deifobo.

—¿Y nuestro padre? ¿Cómo está de salud? Oí que había tenido una enfermedad...

—¿Se extendió tanto la noticia como para llegar a Colquis? Fue fulminado por el dios; se halla lisiado y tiene contraído un lado de la cara —le informó el joven oficial—. Y ahora el príncipe Héctor manda los ejércitos de Troya.

—Sí, eso he sabido —dijo Casandra—. Pero en el largo camino desde Colquis no tuve noticias de ninguna clase, ni el trayecto fue propicio para la visión. Temí que hubiese muerto desde entonces.

—No, me alegra decirte que, aunque más viejo, se halla bastante bien para asomarse cada día a la muralla y ver lo que sucede —dijo Deifobo—. Mientras Príamo reine, Héctor no se mostrará demasiado temerario.

»Aquiles —hizo un gesto desdeñoso hacia el campamento aqueo— trata siempre de provocar a Héctor para que luche con él en solitario, pero mi hermano tiene demasiado juicio para aceptar. Además todos conocemos la sucia jugarreta que le hizo Agamenón a su propia hija, así que no es probable que observaran las reglas de ese tipo de combate. Es probable que se precipitaran contra él diez o más. Sólo se puede confiar en un aqueo teniendo un total control sobre él; y así dicen que, si un aqueo te besa, cuenta después los dientes porque esos ladrones bastardos te robarán alguno. Mas he visto que te han dejado pasar sin **daño...**

—Ilesa pero he sufrido sus latrocinios —contestó Casandra—. Y si no me robaron más fue por temor a las serpientes de Apolo. No por reverencia al dios sino por miedo a las propias serpientes. Me han arrebatado a las dos domésticas que me cedió mi madre, que no eran sirvientas de Apolo sino mías o, en realidad, de Hécuba.

Deilobo se acercó y le puso una mano sobre el hombro, cariñosamente.

—No temas, hermana, conseguiremos devolverte a tus sirvientas. Pero permíteme que avise al templo del Señor del Sol para que acudan hombres de allí a descargar tu carro, y te busque una escolta hasta el palacio. No está bien que una princesa camine sola por la ciudad. Mejor aún, déjame que mande a buscar al palacio una silla de manos. Es lo que Andrómaca emplea cuando va a saludar a Héctor antes de que comience el combate.

Casandra hubiese querido protestar y decir que era capaz de ir andando. Pero Miel pesaba demasiado en sus brazos y accedió a utilizar la silla.

Poco después, aparecieron los sirvientes con la indumentaria característica del templo de Apolo y Casandra les dio minuciosas instrucciones acerca de las serpientes, prometiéndoles que ella misma iría a supervisar esa tarea en cuanto hubiera saludado a sus padres. Luego Deifobo la condujo por la puerta lateral a un pequeño cuerpo de guardia. Allí le preparó un refresco mientras aguardaba la silla que había de llevarla al palacio.

Se había desacostumbrado al fuerte resplandor del sol y a su intenso calor, pareciéndole excesivo incluso en la estación presente. Pronto se sintió acalorada, además de inquieta por Kara y Adrea.

Miel andaba a gatas por el recinto. Casandra reparó en que estaba ensuciándose la túnica y en que sus rodillas ya estaban negras, pero se sentía demasiado fatigada para impedir que continuase.

Deifobo llamó su atención hacia una pequeña escalera abierta en el muro, que subía por el interior del baluarte.

—¿Quieres echar una mirada desde lo alto de la muralla? Podrás ver todo lo que se extiende desde aquí hasta el campamento aqueo. Nuestro padre, Príamo, acudirá ahora a observar. Viene todos los días —dijo Deifobo—. Oigo a su guardia.

Volvió los ojos hacia Miel.

—La niña estará aquí segura. Es lo bastante mayor para que nadie la pise sin darse cuenta.

Tomó un venablo que había apoyado junto al muro y se lo llevó consigo.

—Eso es, así no podrá hacerse daño con nada. Vamos.

Casandra le siguió por los escalones de la estrecha escalera. Cuando él llegó arriba se volvió para darle la mano. Era cierto: desde allí podía llegar con la mirada hasta el campamento aqueo. Deifobo le señaló una tienda grande y adornada que era la de Agamenón; otra más pequeña pero aún más adornada, que correspondía a Aquiles y a Patroclo; y el recinto de Odiseo que parecía como si hubiese trasladado a tierra un camarote de su nave.

—Y hay muchas más. Afuera se hallan gran número de naves cerca de aquí, que pertenecen a los aqueos; hay un poeta que está versificando los hechos —declaró—. De darle crédito parecería como si cada héroe del continente se hubiese alzado en ayuda de Agamenón y de los suyos. Nuestros aliados son también muchos, pero no creo que eso te interese.

—No especialmente —confesó Casandra—. Ya oí en Colquis bastante acerca de ambos bandos.

—Colquis —dijo pensativo—. Pensando en eso, Colquis no se ha alineado con ninguno de los contendientes. ¿Porqué su rey no ha enviado soldados en favor de Troya?

—Porque Colquis no tiene rey —le informó Casandra—. Colquis se halla regida por una reina y este año último estuvo embarazada; su hija, y heredera, nació días antes de que yo partiera.

—¿No hay rey y gobierna una mujer? Parece una extraña forma de regir una ciudad.

Antes de que tuviera tiempo de decir algo más, lo interrumpió el ruido de unos soldados que se acercaban y Príamo, acompañado de varios de sus oficiales, a muchos de los cuales reconoció Casandra como hijos de sus mujeres del palacio, llegó a lo alto de la muralla.

Por fortuna, estaba prevenida por la visión; de otro modo sólo hubiera podido reconocer a su padre por el rico manto que vestía. De mediana edad, había sido un hombre sano y robusto; ahora lo veía como a un anciano, de piel terrosa y arrugada, con la cara contraída, un párpado caído sobre el ojo y la boca torcida por un lado. Hablaba lentamente y con dificultad.

—¿Qué sucede esta mañana en el campamento aqueo?

—le preguntó a Deifobo—. ¿Están interceptando otra vez envíos de armas? Si así es, tendremos que fundir nuestras espadas para hacer otras nuevas. Necesitamos un par de carros cargados con hierro de Colquis pero hemos de preparar una escolta especial o hallar el medio de sobornar a alguien... —Se interrumpió para censurarle—, ¿Cuántas veces te he dicho que no quiero aquí mujeres a no ser que esté presente la propia reina para asegurarse de que saben comportarse? Conoces tan bien como yo qué clase de mujeres llegan hasta aquí para solazar a los soldados...

—No, padre. No es culpa de Deifobo —contestó Casandra—. Él me brindó una protección contra el sol y una vista de la muralla, después de que los aqueos se apoderaron de mi carro...

No concluyó lo que estaba diciendo, pero no era preciso. Príamo la había reconocido.

—¡Así que has vuelto, Casandra, como un mal presagio! —exclamó—. Creí que estabas resuelta a pasar el resto de tu vida en Colquis, y tendría una mujer menos de la que preocuparme si cayese esta ciudad. Pero tu madre te echaba de menos,.

Se acercó a ella y, ceremoniosamente, la besó en la frente.

—¿Quieres decir que los aqueos osaron quebrantar la tregua de Apolo? —preguntó después.

Cuando era pequeña, a Casandra le parecía aterradora la ira de Príamo; ahora la veía reducida a simple mal genio, como el de un hombre pueril y mimado.

—No importa, padre, nadie ha sido herido y las propiedades de Apolo, incluyéndome a mí supongo, se hallan a salvo —le contestó cariñosamente—. Tan pronto como llegue mi silla de manos, iré a tranquilizar a mi madre.

—Pareces fuerte y sana, ¿por qué necesitas una silla para ir hasta allí? —preguntó malhumorado.

La guerra no transcurre según su deseo, tradujo para sí misma, y dijo humildemente.

—Sí, padre, estoy segura de que tienes razón.

—Tu silla te aguarda —anunció Deifobo, y Casandra la vio acercarse a la muralla por la parte que daba a la ciudad.

Bajó las escaleras y recogió a Miel, deseando encontrar la posibilidad de lavar a la niña y darle de comer antes de presentarla a su madre; pero allí no tenía recursos a mano.

Ella misma estaba desarreglada tras el largo viaje y el tiempo que había pasado en el polvoriento campamento de los aqueos, así como de llevar en sus brazos a la niña ya sucia; pero tampoco podía poner remedio a aquello ¿ Y porqué habría de vestir mis mejores galas y lavar mis manos y mi cara para presentarme ante mi madre?, se preguntó. Pero cuando fue conducida a presencia de la reina Hécuba y advirtió su mirada de desaprobación, lo supo.

—¡Bien, Casandra! ¡Mi querida, mi queridísima hija! —exclamó Hécuba, mientras se acercaba a abrazarla.

Pero se detuvo y dio un paso atrás, con un leve gesto de consternación en el rostro.

—¿Cómo te has descuidado así, querida mía? —le preguntó—. Tu vestido está hecho una lástima y tus cabellos...

—Madre, tras mi encuentro de esta mañana con los aqueos, puedo considerarme afortunada con que me dejasen un vestido con el que presentarme ante ti —le dijo Casandra, sonriendo—. Temo que los regalos que te traía de parte de tu prima Imandra se han quedado en el campamento de los aqueos.

Hécuba pareció profundamente angustiada:

—¿No te... ofendieron?

—Nadie me violó, si es eso lo que quieres saber —contestó, riendo.

—¿Cómo puedes tomar a bromas tales cosas? —le preguntó su madre.

Casandra le dijo, besándola:

—¿Qué otra cosa puedo hacer? Son estúpidos, todos ellos; pero también hay en Troya bastante estupidez.

Los ojos de Hécuba repararon en la niña que llevaba Casandra en brazos.

—¿Cómo? ¿Pero qué es esto? Una niña, y tan pequeña... su pelo... rizado como tú cuando tenías su edad... ¿qué ha ocurrido?...

—Oh, no, madre —se apresuró a responder Casandra—. No es mía, o mejor dicho, no la di a luz. Es una niña abandonada.

Hécuba aún se mostraba escéptica y Casandra suspiró. ¿Por qué estaba siempre dispuesta a pensar mal de ella?

—¿Crees que me resultaría fácil hallar a un hombre dispuesto a compartir mi cama, ocupada por una serpiente, aunque sea tan pequeña como ésta? —le preguntó.

Metió la mano en su vestido para extraer la que siempre llevaba allí enroscada durante el día.

—¡Una culebra... y en tu propio seno! —exclamó Hécuba, un poco asustada.

—Es más hija mía que la niña —le dijo Casandra, riendo—. Porque yo misma la incubé. Pero cualquiera de los que me acompañaron puede decirte que hallé a Miel en la ladera de una colina durante una nevada, abandonada para que muriese por una madre que decidió que ese año no criaría a una niña.

Hécuba se acercó y examinó atentamente a la criatura.

—Ahora que la observo bien, no se parece a ti.

—Ya te lo dije.

—Es cierto. Siento haberlo sospechado. No hubiera deseado creer...

Quizá no lo desearas, pero lo habrías creído, pensó Casandra.

Mas después su madre hizo la pregunta que había estado temiendo.

—¿Dónde están Kara y Adrea?

—En las tiendas de Agamenón y de Aquiles, pero no por su gusto —contestó.

Le explicó lo que les había sucedido.

—Así que tendremos que pactar el pago de un rescate o quizá canjearlas por prisioneros aqueos.

—¿Un canje? ¿Por qué hemos de tener tratos con los aqueos? —inquirió una voz familiar.

Y Andrómaca penetró en la estancia.

—¡Oh, Casandra! ¡Mi querida hermana! —corrió a abrazarla, ignorando la suciedad de su vestido—. ¡Así que has vuelto! ¡Sabía que no nos traicionarías quedándote en Colquis todo el tiempo que durase la guerra! ¡Qué niña tan encantadora! —exclamó al fijarse en Miel—. ¿Es tuya? Oh, no, ¿pero qué estoy diciendo?

Luego reparó en la culebra y retrocedió un poco.

—Así que continúas con tu vieja afición a jugar con serpientes! Debería haberlo recordado —añadió.

Al ver la culebra, Miel tendió las manos hacia el animal. Casandra, riéndose, permitió que el ofidio se enroscara en torno de la cintura de la niña. Andrómaca no pudo reprimir un gesto de miedo pero el placer que experimentaba la niña no dejaba lugar a dudas.

—¿Por qué no un gatito, Casandra? —sugirió Hécuba—. Sería mucho más conveniente para ella.

Casandra tornó a reír.

—Se complace con los animales que le dejo. Ya la verás con nuestra matriarca de las serpientes, una que es casi tan grande como ella.

—¿No tienes miedo? Las serpientes no tienen muy buena vista y una de ellas podría confundirse y tragársela —dijo Andrómaca.

—Conocen a los suyos. Miel las ha alimentado con pichones y conejos. Pero, madre, éste no es un tema de conversación propio de tus habitaciones.

—¿La culebra... o la niña? —le preguntó Hécuba, riendo. —Ambas —contestó Casandra, abrazando de nuevo a su madre—. Permíteme que llame a alguien para que se la lleve, la bañe, la vista de limpio y le dé de comer. Entonces tendrá mejor aspecto; y además no ha comido nada desde esta mañana temprano.

Entonces, mirando a Hécuba para comprobar su aquiescencia, llamó a una doméstica para que se llevase a la niña y la serpiente al templo del Señor del Sol.

—Temo que yo misma debo ir allí en seguida —añadió—. Aunque estoy segura de que les complacerá autorizarme a presentar mis respetos a mi madre y a mi familia y también me gustaría ver a los hijos de Helena.

—Ah, los hijos de Helena —dijo Hécuba, con amargura—. En el ejército aqueo dicen bromeando que Helena está constituyendo un ejército para Troya.

—Lo que no puedo hacer yo por Héctor —se quedó Andrómaca, con los ojos llenos de lágrimas—. Pero esa aquea, en cuanto ha parido, se queda de nuevo encinta.

—Qué cosas dices —protestó Hécuba—. Has tenido mala suerte al abortar. Eso es todo. Has dado a Héctor un hijo espléndido y cualquier hombre en el ejército conoce su nombre y le admira. ¿Qué más quieres?

—Nada —dijo Andrómaca—. Hablando entre mujeres, os confesaré que me alegra no quedarme embarazada cada uno o dos años. Le he dicho a Héctor que si quiere tener cincuenta hijos como su padre, debe conseguirlos de la misma forma que él lo hizo. Pero hasta ahora sólo desea compartir mi lecho, e incluso rechazó a una de las aqueas capturadas. Quizá no me gusten los niños tanto como a Helena, pero me agradaría tener una hija antes de hacerme demasiado vieja. A propósito de hijas, Casandra, ¿sabes que Creusa ha puesto tu nombre a su segunda hija?

—No, no lo sabía —contestó, preguntándose si la idea habría sido de Creusa o de Eneas.

—Y ahora, antes de que te vayas, háblame de mi madre.

Casandra informó a Andrómaca del nacimiento de la heredera de Colquis y Andrómaca suspiró.

—Desearía poder ir a Colquis para que Héctor reinase allí; quizá pueda arreglarse cuando concluya esta condenada guerra.

—Imandra considera que debe educar a su pequeña hija Perla para ser reina —afirmó Casandra—. Y Héctor no se contentaría con sentarse al pie del trono, como hace el consorte de tu madre, entreteniéndose en cazar y pescar en compañía de sus amigos.

Andrómaca suspiró de nuevo.

—Tal vez no, pero se acostumbraría, supongo, como yo me he acostumbrado a estar encerrada y a hilar hasta tener callos en los dedos —dijo en tono de queja—. Ahora que has regresado, Casandra, tal vez podamos organizar algunas excursiones fuera de las murallas...

—Si los aqueos lo permiten...

—O si se cansan de aguardar ante las murallas y de lanzar piedras a los guardias —dijo Andrómaca—. Eso es aproximadamente todo lo que han hecho en los últimos meses; aunque una o dos veces trataron de asaltar los baluartes e incluso trajeron escaleras de extraordinaria longitud. Pero a Héctor se le ocurrió la idea de vaciar sobre sus cabezas el enorme caldero en donde hervía la sopa para la cena de sus guardias y bajaron mucho más aprisa de lo que habían subido, te lo aseguro. —Se rió de buena gana—. Ahora siempre tienen allí un caldero donde hierve algo, y pueden considerarse afortunados los asaltantes si sólo es la sopa. La última vez fue aceite, y desde entonces no han vuelto a intentarlo. ¡Qué gritos salieron aquella noche del campamento aqueo! Todos sus sacerdotes curanderos cantaron y ofrecieron

sacrificios a Apolo hasta después del amanecer. ¡Eso les enseñará a no trepar sigilosamente por las murallas cuando crean dormidos a los centinelas!

—No llevas armas ahora pero te encuentro muy beligerante —comentó Casandra.

—Tengo un hijo al que proteger —alegó Andrómaca, y Casandra recordó que ella misma se había sentido dispuesta a matar cuando los soldados amenazaron a Miel.

—Y yo muchos pero todos en edad de defenderse a sí mismos —dijo Hécuba—. Ahora, dime, Casandra, ¿hallaste a mi hermana Pentesilea cuando atravesaste la comarca de las amazonas?

—Sólo la vi en el viaje de ida —contestó.

Le habló a su madre de su encuentro con las amazonas y de cuántas habían sido las mujeres que optaron por instalarse en las aldeas con los hombres. Luego, con más viveza, la informó de los centauros hambrientos que vio en el viaje de regreso y de que no había percibido rastro alguno de las mujeres de las tribus.

—Que la diosa la acompañe —declaró Hécuba fervorosamente—. No he tenido sensación de que estuviese muerta, y creo que lo hubiera sabido. Estuvimos tan unidas como si fuésemos gemelas, aunque ella sea cuatro años más joven que yo. Espero que venga a pasar en Troya los últimos días de su vida.

—Que ese tiempo esté aún lejos —deseo Casandra—. Me dijo que, si la suerte de la guerra nos era desesperadamente adversa, vendría y acabaría sus días en Troya.

Con un extraño fluctuar de la luz, como si una nube hubiera por delante del sol, vio a Pentesilea cruzar a caballo las puertas de Troya... ¿Triunfante o derrotada? No pudo averiguarlo; la visión desapareció y hablaron de otras cosas.

Al fin se puso en pie.

—Aquí sentada como una vieja charlatana entre mujeres —dijo—, cuando tengo tantas cosas que hacer en el templo del Señor del Sol—. Pero ha sido agradable hablar v descansar, y comentar cosas de mujeres como la crianza de los niños, pensó. En tiempos había considerado que aquello debía de resultar muy tedioso, pero ahora que tenía una niña comenzaba a comprender que era interesante. Pero no hablar de otra cosa durante toda la vida...

—No vuelves todos los días de un viaje tan largo —dijo Andrómaca—. Helena querrá verte y mostrarte a sus niños... y Creusa también a la que lleva tu nombre. Se parece más a Polixena que a ti, pelirroja y de ojos azules; y es tan guapa como si Afrodita hubiera dejado en su cuna el

don de la belleza. Se casará con un príncipe si esta guerra nos deja a algunos con vida para poder pensar en matrimonios.

—No creo que nadie diga de mi pequeña que es guapa —dijo Casandra—. Pero supongo que a una madre tiene que parecerle encantadora el más insignificante de sus hijos. En cualquier caso, si los dioses me lo permiten, pretendo enviarla a Pentesilea para que la eduque como a una guerrera. Aún me entristece no haberlo sido yo.

—Oh, no puedes sentir eso, Casandra —protestó Hécuba, despidiéndose de ella con un abrazo.

—¿Por qué no? Madre, si cualquiera de los regalos de Imandra se ha librado del expolio de los aqueos, te lo enviaré en el momento en que sea descargado el carro —le prometió antes de marcharse.

Andrómaca manifestó que la acompañaría parte del camino.

—Salgo muy pocas veces, y a Héctor le preocupa mucho que vaya sola. Pero no puede negarme que acompañe a su propia hermana —dijo mostrando descontento—. A menudo paseo con Helena, mas hoy no ha venido. Paris recibió una pequeña herida en el último

combate. Nada importante, pero sí suficiente para proporcionarle una excusa que le permita quedarse en casa a que lo cuiden. En otras circunstancias, estoy segura de que habría acudido a saludarte.

Tras de un corto recorrido se separaron. Andrómaca regresó cuesta abajo al palacio y Casandra prosiguió cuesta arriba hacia el templo del Señor del Sol.

Había empezado a cruzar el patio para comprobar el estado de las serpientes, cuando encontró a Crises. Parecía cansado y avejentado. Había nuevas arrugas en su rostro y mechones plateados y mates en sus cabellos rubios. Era difícil admitir que era el mismo hombre que tiempo atrás fue considerado casi tan hermoso como Apolo por personas de aquel mismo templo.

La reconoció al punto y gritó a guisa de saludo:

—¡Casandra! Todos te hemos echado de menos.

Corrió a abrazarla. Durante un momento, se sintió impulsada a retroceder, pero no resultaba desagradable ver una cara familiar y saberse tan bien recibida; en consecuencia le permitió el abrazo, pero poco después lo la-

mentó y consiguió desviar la cara de manera que sólo pudo besarle en el mentón.

Se desembarazó de él rápidamente, y se situó fuera de su alcance.

—Parece que te ha ido bien en mi ausencia —observó—. Tienes buen aspecto.

Por nada del mundo le habría dicho que fue su cara en una revelación lo que adelantó su regreso a Troya.

—Pero no es cierto —dijo él—. No volveré a recobrar la salud ni la alegría hasta que los dioses decidan devolverme a mi propia hija deshonrada.

—Crises, ¿no son ya casi tres años los que lleva Criseida en el campamento de los aqueos?

. —Como si fuera toda una vida —dijo él apasionadamente—. Penaré, protestaré y gritaré a los dioses...

—Grita, entonces. Pero no esperes que te oigan. Penas por tu propio orgullo y no por tu hija —afirmó Casandra, con dureza—. Yo la vi esta mañana en el campamento aqueo; parece estar bien, feliz y contenta, y cuando le pregunté si debería gestionar un canje, me contestó que me ocupase de mis propios asuntos. Creo que verdaderamente se halla satisfecha con ser la mujer de Agamenón, aunque no pueda ser su reina.

El rostro de Crises se nubló de ira.

—Ten cuidado, Casandra, lo dices para herirme, pero no creo una palabra de todo eso.

—¿Por qué iba a querer herirte? Eres mi amigo y tu hija fue como mi propia hija. Piensa sólo en su felicidad, Crises, y déjala en donde está. Te lo advierto, si persistes en tu actitud atraerás la ira de los dioses sobre nuestra ciudad.

El rostro de Crises se contrajo de rabia.

—¿Y crees que voy a admitir que quieres mi bien de buena fe? Nada te importo yo... yo que tanto te he amado...

—Oh, Crises —dijo Casandra, tendiendo hacia él las manos con absoluta sinceridad—. Por favor, por favor, no vuelvas a hablar de eso otra vez. ¿Por qué has de pensar que te quiero mal sólo porque no te desee?

—¿Qué harías entonces si me quisieras mal? Ya has destruido toda la ternura que pudiera existir en mi corazón...

—Si tal ternura ha quedado destruida, ¿por qué dices que es culpa mía? ¿No puede un hombre considerar a una mujer a no ser que ella esté dispuesta a yacer con él? —preguntó Casandra—. Te hablo con el corazón en la mano, Crises; no insistas.

—Tú quieres ver a mi hija deshonrada y a Apolo insultado...

—En nombre de todos los dioses, Crises, la cuestión no es lo que tú sientas sino lo que siente tu hija —dijo, con exasperación, recordando la mirada orgullosa de Criseida cuando Patroclo le ordenó que tradujera sus palabras.

Pero no deseaba excitar aún más la ira de Crises y agravar así la situación. Ya era suficiente con aquello. Le habló con toda la cordialidad de que disponía.

—Si no me crees. ¿Por qué no bajas al campamento de los aqueos, que respetarán en su sacerdote a la tregua de Apolo, y preguntas a tu hija si se siente desgraciada? Te juro que si desea abandonar a Agamenón, acudiré a Príamo y no pararé hasta conseguir que la liberen o la canjeen. Pero si es feliz con Agamenón y él con ella... Créeme, no es su prisionera; recurrieron a ella para que hiciese de intérprete cuando me privaron de mis domésticas, que realmente no querían quedarse en el campamento de los aqueos. Mas te lo prometo: si Criseida desea volver, haré todo lo que esté en mi mano ante el rey y la reina.

—Pero la deshonra... mi hija, concubina de Agamenón...

—¿No puedes darte cuenta de que no eres razonable? ¿Por qué resulta tan deshonroso que sea la mujer de Agamenón? Y si eso hace que te estremezcas de vergüenza, ¿por qué entonces te muestras tan ansioso de convencerme de que en nada me dañaría ser la tuya? ¿Es diferente para tu hija que para la hija de Príamo? —le preguntó con aspereza, ya con la paciencia perdida.

Ahora él estaba auténticamente furioso y aquello complació a Casandra; eso significaba que no tendría que temer que intentase abrazarla.

—¿Cómo te atreves a mencionar a mi hija, comparándola contigo? —le preguntó—. A ti no te importa lo que a ella le suceda, mientras puedas seguir comportándote de modo antinatural y rehusar entregarte, para humillar a un hombre...

—¿Humillarte? ¿Es eso lo que piensas? —le dijo, ya cansada—. Crises, hay centenares de mujeres en el mundo que se te entregarían gustosas, ¿por qué has elegido a una, quizás a la única, que no te desea?

_No fue mi voluntad desearte —repuso, fulminándola con la mirada—. Tampoco lo es no sentir deseo por ninguna otra. Me has embrujado, por un perverso afán de humillarme. Yo... Se detuvo, tragó saliva y prosiguió: ¿Crees, hechicera, que no he tratado de romper el sortilegio con que me has atrapado?

Durante un momento Casandra casi se apiadó de él. —Crises, si estás bajo una maldición, alguien, que no yo, la habrá lanzado. Lo juro por la Madre Serpiente, la Madre Tierra, y por el mismo Apolo, a quienes adoro. No traje mal sobre ti ni te deseo mal alguno y suplicaré a cualquier dios que te libre de ese sortilegio. No quiero someterte a mi poder y bendeciría tu virilidad con tal de que hallaras otra mujer con quien ejercerla.

—¿Así que persistes en tu actitud? Aun sabiendo lo que me ocurre te niegas a complacerme.

—Crises —clamó—. Ya está bien. Me aguardan arriba y debo comparecer ante Caris y las sacerdotisas. Te deseo que pases bien el resto de la tarde.

Le volvió la espalda, pero él masculló: —Te arrepentirás de esto, Casandra; aunque me cueste la vida, te juro que lo lamentarás. .

Viajé hasta Colquis y volví, para escapar del acoso de este hombre, y al regresar no lo encuentro mejor que lo dejé; por el contrario, su ira ha crecido durante estos dos años.

¿Era voluntad tuya, Apolo, que me entregase a este hombre que tanto me disgusta? Y se preguntó, casi espantada de sus propios pensamientos. ¿Me habría entregado a Crises si Apolo me lo hubiera pedido?

Pero él no se lo había pedido. Y Crises... era siempre fuente de aflicciones. ¿Debía ser ella partícipe de tal pesadumbre?

Permaneció despierta gran parte de la noche, reviviendo mentalmente su disputa, con Crises, preguntándose qué debería haberle dicho. Con seguridad, él habría acabado por ver claro si ella hubiera sabido hallar las palabras oportunas.

Por último, aceptó que aquel hombre era incapaz de razonar en su actual estado. ¿Le ocurría lo mismo a cualquier hombre en lo que a una mujer atañía? Ciertamente, Paris no mostró mucho juicio respecto a Helena... teniendo ya una mujer virtuosa y bella que le había dado un hijo; y, según había oído, eso era lo que los hombres más deseaban.

Pera aquello no sólo le ocurría a los hombres; también las mujeres parecían perder la razón en lo relacionado con los hombres. Incluso la reina Imandra, fuerte e independiente; y Hécuba, que se crió como una amazona, revelaron escaso juicio en esos asuntos. Y por lo que se refiere a Briseida o a Criseida, pensó Casandra casi con desdén, son como cachorrillos, que alzan las cuatro patas al aire en cuanto los acaricia su amo.

Tal vez la cuestión no sea por qué lo hacen, sino por qué yo no siento deseo de hacerlo.

Cambió de postura en la cama para dejar sitio a la serpiente que se enroscaba lentamente en torno de su brazo. Mejor era dormir en una cama que sobre el duro piso del carro. Antes de abandonarse al sueño, se recordó a sí misma que tenía que examinarlo para ver si algunos de los regalos de Imandra, les habían pasado inadvertidos a los soldados aqueos. Su miedo a las serpientes podía haberles impedido explorar todos los rincones del carro.

Despertó al amanecer. Miel jugaba a los pies de la cama, dejando que la serpiente se ciñera a su cintura y luego pasase a sus brazos. Bañó a la niña, le dio el desayuno y se dirigió a la parte más alta del templo desde donde se podía ver los primeros rayos tocando las cimas de Troya. Pensó en ir aquel día al templo de la Doncella y saludar a las amigas que entre las sacerdotisas tenía y quizás hacer una oferta en agradecimiento por haber vuelto a Troya sin daño. Pero antes de tener la oportunidad de poner en práctica sus planes, reparó en Crises entre los sacerdotes congregados para saludar el alba.

Tenía un aspecto todavía peor que la noche precedente. Tenía el rostro abotargado y los ojos enrojecidos como si no hubiera dormido en absoluto, Pobre hombre, pensó, no debería vejarlo ni esperar que se mostrara razonable, estando sumergido en tal angustia. No tiene sentido que padezca así. ¿Pero cuándo le sirvió la lógica a alguien para dejar de sufrir?

Caris estaba hablando con él. Luego vio que ésta señalaba a varios de los sacerdotes presentes, uno tras otro, diciendo:

—Tú, tú y tú; no, tú no; de ti no podemos prescindir. Cuando Casandra se aproximó, Caris le indicó que se acercara aún más.

—He sabido por Crises que ayer viste a su hija en el campamento argivo, cuando lo atravesaste. ¿Estás segura de que se trataba de Criseida? Han transcurrido algunos años y era aún una niña en desarrollo cuando... se ausentó.

—Cuando cruelmente nos la arrebataron, querrás decir —añadió Crises fuera de sí.

—Sí, estoy segura —contestó Casandra—. Aunque no la hubiese identificado, ella me reconoció; se dirigió a mí por mi nombre y me previno para que no irritase a Agamenón.

—¿Y dijiste eso a su padre?

—Sí, pero la noticia le enfureció —declaró Casandra—. Llegó a acusarme de haberla inventado para atormentarlo.

—Sabes que siempre guardó resentimientos contra mí —afirmó Crises.

—Si quisiera inventar una historia para irritar a Crises, sería mejor que ésa —dijo Casandra—. Te lo aseguro, sucedió exactamente como he dicho.

—Entonces será mejor que les acompañes al campamento aqueo —decidió Caris—. Está resuelto a ir y a exigir en nombre de Apolo que le devuelvan a su hija. También ellos tienen sacerdotes del Señor del Sol y observan su tregua.

Como era lo que ella le había sugerido que hiciera, no se sorprendió excepto porque podía haber adoptado esa decisión meses o años atrás. Pero supuso que primero había agotado todos los recursos, fueran cuales fuesen éstos. Fueron unas tres docenas de sacerdotes, con las túnicas y tocados ceremoniales, los que al fin se pusieron en marcha por las largas calles y llegaron ante las puertas de Troya. La guardia no se mostró dispuesta a dejarles pasar pero cuando Crises explicó que deseaban parlamentar con Agamenón para pactar en nombre de Apolo el retorno de una prisionera, la guardia envió un heraldo para que concertase la cita. Aguardaron bajo el fuerte sol durante casi una hora hasta que vieron acercarse con paso resuelto a un hombre alto y robusto, de abundante cabello negro y rizado.

Casandra había estado ya tan cerca de Agamenón como en aquel momento y, como entonces, se sintió poseída por el horror y la repulsión. Bajó los ojos al suelo y no volvió a alzarlos, confiando en que no repararía en ella.

Él no la miró. Contempló belicosamente a Crises y le dijo:

—¿Qué quieres? No soy sacerdote de Apolo; si pretendes concertar una tregua para una celebración o algo semejante, tendrás que tratar con mis sacerdotes, no conmigo.

Crises se adelantó. Era más alto que Agamenón. Su apostura imponía, aunque sus cabellos se hubiesen descolorido, y sus rasgos se marcaban intensamente. Su voz sonó fuerte y profunda.

—Si eres Agamenón de Micenas, entonces es contigo con quien debo hablar. Yo soy Crises, sacerdote de Apolo, y tú retienes a mi hija prisionera en tu campamento; fue capturada hace tres años en la sementera de primavera.

—¿Cómo? —preguntó Agamenón—. ¿Y cuál de mis hombres tiene a esa mujer?

—Agamenón, su nombre es Criseida y creo que eres tú quien la tiene. En nombre de Apolo, me declaro dispuesto a pagar el rescate que sea conveniente y acostumbrado. Y si no quieres liberarla, te pido que me pagues su dote y que la veamos casada con las formalidades de rigor.

—Así que era eso —dijo Agamenón—. Me preguntaba lo que querríais todos vosotros, tan ceremoniosamente ataviados. Bien, Crises, sacerdote de Apolo, escúchame. Estoy resuelto a conservarla y, por lo que al matrimonio se refiere, no me es posible porque tengo ya una esposa. —Tras decir eso, lanzó una carcajada sarcástica—. Por tanto os sugiero, a ti y a tus amigos, que volváis a Troya sin tardanza, antes de que decida destinar a varias mujeres más al campamento. —Sus ojos barrieron las filas de sacerdotes y sacerdotisas—. La mayoría de vuestras mujeres parecen demasiado viejas para la cama. Sólo he visto a una adecuada para eso. Pero podríamos emplear a las otras como cocineras y lavanderas.

—¿Persistes en este insulto a Apolo? ¿Continúas insultando a su sumo sacerdote? —preguntó Crises.

Agamenón contestó lentamente, como si le hablara a un niño a o un tonto:

—Atiéndeme bien, sacerdote. Yo adoro a Zeus Tenante y Al Que Hace Temblar la Tierra, Poseidón, Señor de los Caballos. No interferiré en los asuntos de Apolo; no es mi dios. Pero, del mismo modo, tu Apolo hará bien en no inmiscuirse en mis asuntos. Esa mujer que hay en mi tienda es mía y no renunciaré a ella ni pagaré su dote. Esto es todo lo que tengo que decirte. Y ahora, vete. Dominando su furia, Crises contestó: —Agamenón, lanzo mi maldición sobre ti. Eres un hombre que has quebrantado las sagradas leyes y ningún hijo tuyo honrará tu tumba. Si no temes mi maldición, teme a la de Apolo, porque es su anatema lo que lanzo sobre tu pueblo y no saldrás indemne. Proclamo que sus flechas caerán sobre vosotros.

—Proclama cuanto te plazca —dijo Agamenón—. Ya he conocido antes la rabia de mis enemigos y, entre todos los sonidos, ése es el más grato a mi corazón. En cuanto a tu Señor del Sol, desafío su maldición; que lance su ira contra nosotros. Ahora salid de mi campamento o diré a mis arqueros que se ejerciten con vosotros como blanco.

—Así sea, rey —repuso Crises—. Ya verás cuánto tiempo puedes seguir burlándote de la maldición de Apolo.

—Agamenón, ¿quieres que mate a este insolente troyano? —gritó un arquero.

—No, no lo hagas —dijo Agamenón con su profunda y matizada voz—. Es un sacerdote, no un guerrero. Yo no mato mujeres, ni niños, ni eunucos, ni cabras, ni sacerdotes. Las risotadas de las filas de arqueros privaron a la retirada de Crises de gran parte de su dignidad, pero su paso fue firme, y no volvió la vista atrás. Uno tras otro, los sacerdotes y las sacerdotisas lo siguieron. Casandra mantuvo la mirada baja mas, por alguna razón, pudo sentir clavados en ella los ojos de Agamenón. Puede que sólo fuese por ser la más joven de las mujeres que participaban en la comitiva, ya que la mayoría de las sacerdotisas elegidas pasaban de los cincuenta años, pero quizás era por algo más. Sólo sabía que no quería enfrentarse a la mirada de Agamenón.

¡Y Criseida vino a este hombre... voluntariamente!

Ascendieron a través de la ciudad hasta llegar a la plataforma del templo del Señor del Sol desde la que se dominaba la llanura que se extendía ante Troya. Crises había desaparecido. Cuando compareció de nuevo ante los sacerdotes, llevaba la máscara dorada del dios y portaba el arco ritual. De repente pareció que su estatura había aumentado y adquirido una extraña dignidad. Los ojos de todos los aqueos que había abajo se alzaron hacia donde él se erguía. Crises levantó su arco y gritó:

—¡Ay de vosotros, que habéis ofendido a mi sacerdote!

Casandra comprendió quién se hallaba tras la máscara. La voz, fuerte, resonante, sobrehumana, se extendió por toda Troya y llegó hasta los confines del campamento aqueo.

Ésta es mi ciudad, aqueos. Y de ello os prevengo.

Mi maldición y mis flechas caerán sobre cada uno de vosotros.

Si a mi sacerdote no devolvéis la que tan ilegítimamente le arrebatasteis.

¡Guardaos de mi maldición y de mis flechas!, os lo aviso, ¡caudillos impíos!

Incluso Casandra, familiarizada con la voz del dios, se sintió paralizada por el terror. Era incapaz de mover un músculo o de pronunciar una sola palabra.

El ser que a la vez era y no era Crises, lanzó de inmediato tres flechas al aire. Una cayó directamente sobre la tienda de Agamenón, otra ante la tienda de Aquiles y la tercera en el mismo centro del campamento. Observó la escena, paralizada por el miedo, como si antes la hubiera presenciado. Era como si se hallase muy lejos y un grueso muro de cristal o la magnitud de un océano ondeara ante ella, apartándola de lo que veía y oía.

¡La maldición de Apolo! ¡Ha caído sobre nosotros. Oh Señor del Sol!

¿Era esta maldición sólo para los aqueos?

Pero si los aqueos están malditos, pensó, de algún modo nosotros lo pagaremos porque nos hallamos a su merced. Me pregunto si Príamo lo comprende. Pero si no él, segura estoy de que lo entiende Héctor.

Entonces, poco a poco, comenzó a ser consciente de lo que sucedía a su alrededor. El resplandor del mediodía, la luz que reflejaban las murallas de la ciudad, la llanura que se extendía allá abajo, las risas y las burlas de los aqueos, que parecían creer que aquello era una pantomima y no se les ocurriría considerar que podía haber sido el propio Apolo quien lanzara la maldición contra su pueblo y contra su ejército.

¿O lo he soñado?

Fuera cual fuere la verdad, ella tenía deberes que cumplir. Entró en el templo e inició la tarea de aceptar y contar las ofrendas. Al cabo de una hora de contar y marcar ánforas de aceite y hogazas de pan de trigo se sintió como si nunca se hubiera alejado de Troya.

Trabajó hasta el atardecer. Cuando hubo concluido con las ofrendas, acudió a atender a las serpientes y a ver qué lugares se les habían destinado. Luego fue a hablar con Caris, la decana de las sacerdotisas, y le dijo que ella sola no podía cuidar de tantas serpientes si tenía que desempeñar otras obligaciones. Pidió que le enviaran a alguien para que aprendiera a atenderlas y todo el saber necesario para ello. Caris le preguntó si Filida le parecía adecuada.

—Sí, siempre ha sido amiga mía —replicó Casandra. Caris la mandó llamar y le preguntó si aceptaba la tarea.

—Te enseñaré todo lo que aprendí en Colquis —le dijo Casandra.

Filida se mostró complacida.

—Si trabajamos juntas, nuestros hijos podrán crecer como hermano y hermana —afirmó—. Fui yo quien bañó a tu pequeña ayer y le dio su cena. Es muy lista y algún día será también muy bella.

Casandra sospechó que Filida había dicho aquello para halagarla pero no le disgustó en manera alguna. Cuando todo hubo sido acordado, salieron de nuevo para observar el campamento aqueo. Había menguado la intensidad del sol y el calor del día y se había levantado un leve viento. Podían ver alzarse el polvo en el campamento aqueo y las siluetas de muchos hombres, algunos vestidos con las túnicas blancas de los servidores de Apolo.

—Así que no se sienten tan despreocupados como quisieron dan a entender —comentó Filida.

No había formado parte de la comitiva que fue al campamento, pero sabía todo lo sucedido, y Casandra pudo advertir que no se le había pasado por alto ningún detalle.

—Mira —dijo—, están celebrando ritos para purificar el campamento y apaciguar al Señor del Sol.

—Deben hacerlo, puesto que han desdeñado su maldición —contestó Casandra.

—No creo que los soldados lo hayan hecho —opinó Filida—. Me parece que fue sólo Agamenón y sabemos ya que es un descreído.

—¿Qué están haciendo?

—Encienden fuegos para purificar los campos —explicó Filida.

Luego se contrajo ante el gran gemido de duelo que se alzó del campamento aqueo. Habían sacado un cadáver de una de las tiendas y lo arrojaron a las llamas.

Se hallaban demasiado lejos para que pudieran entender las palabras que gritaban en su desesperación, pero nunca habían oído gritos semejantes.

—¡Hay peste en su campamento! —exclamó Filida, en tono asustado.

—¡Ésa es entonces la maldición del Señor del Sol! —afirmó Casandra.

Cada mañana y durante los diez días que siguieron, pudieron ver cómo eran quemados los cadáveres de las víctimas de la peste, en el campamento. Después del tercer día, empezaron a trasladarlos hasta la costa y los quemaban allí, por miedo al contagio. Casandra, que había visto el polvo, la suciedad y el desorden del campamento, no se sorprendió de que se hubiese producido una epidemia, aunque no tomaba a la ligera la maldición del Señor del Sol y sabía que los aqueos creían en ella. Al amanecer, a mediodía y al ocaso, Crises aparecía en los baluartes de Troya, cubierto con la máscara de Apolo y portador de su arco. Siempre que surgía se alzaba en el campamento aqueo un clamor de voces que imploraban piedad.

Príamo ordenó que cada soldado y cada ciudadano de Troya compareciese todas las mañanas ante los sacerdotes de Apolo y que cualquiera que mostrase signos de la enfermedad quedara confinado a solas en su propia casa. Aquella medida aisló a algunos que padecían un enfriamiento y a uno o dos hombres que no habían andado con cuidado en sus incursiones por el distrito de las mujeres. Cerró dos o tres burdeles y también un sucio mercado, pero no se advertían hasta entonces rastros de la peste en el interior del recinto amurallado. Fijó una fecha para las oraciones y los sacrificios en honor de Apolo, implorándole que siguiese evitando su maldición a la ciudad. Pero cuando Crises solicitó audiencia y pidió a Príamo que exigiera el retorno de Criseida, éste le replicó secamente:

—Has llamado a un dios en tu ayuda y, si eso no es bastante, ¿qué más crees que podría hacer un mortal aunque sea rey de Troya?

—¿Quieres decir que no harás nada por ayudarme?

—¿Qué me importa a mí lo que le ocurra a tu condenada hija? Habría podido sentir la compasión que siente un padre por otro si me hubieras pedido socorro hace tres años, cuando te la arrebataron. Pero no has recurrido hasta hoy. No puedo creer que estés tan necesitado de ayuda, a no ser que lo que pretendas sea jactarte de que el rey de Troya es aliado tuyo —dijo Príamo.

—Si hice caer la maldición de Apolo sobre el campamento argivo, bien puedo maldecir a Troya... —amenazó Crises.

Príamo alzó una mano para detenerle.

—¡No! —tronó—. ¡Ni una palabra! ¡Juro por el propio Apolo que si levantas un dedo o profieres una sola sílaba para maldecir a Troya, yo mismo te lanzaré al campamento aqueo desde el más alto baluarte de la ciudad!

—Como quieras, rey —dijo Crises.

Se inclinó profundamente y se volvió para marcharse. Príamo, todavía enfurecido, lo miró con desprecio mientras se alejaba.

—¡Ese hombre es demasiado orgulloso! ¿Oísteis cómo amenazaba con maldecir a la propia Troya? —le comentó a sus consejeros reunidos en el salón del trono—. ¡Si vuelve a solicitar audiencia, decidle que no tengo tiempo para hablar con él!

A Casandra no le disgustó el desenlace de la entrevista. Aún conservaba en el fondo de su mente un viejo temor: que Crises, como una vez había amenazado, acudiera a Príamo para solicitarla en matrimonio y que su padre pudiera otorgársela, incluso con renuencia, porque deseaba para ella el matrimonio, cualquiera que fuese, y no encontraba razón para rechazar a un sacerdote de Apolo, respetable en apariencia. Ahora que sabía que a Príamo le desagradaba Crises casi tanto como a ella, respiró aliviada.

Durante diez días vieron cómo asolaba la peste el campamento aqueo. Al décimo, los soldados sacaron a un magnífico caballo blanco y lo sacrificaron a Apolo. Poco tiempo después, un mensajero portador del báculo serpentado del Señor del Sol acudió a la ciudad y solicitó una tregua con el objeto de hablar con los sacerdotes.

—Una delegación bajará al campamento —se le dijo. Crises, desde luego, la encabezaba. Casandra no preguntó si podía acompañarles. Simplemente se puso sus atavíos de ceremonia y se unió discretamente con ellos.

Agamenón, Aquiles y otros varios caudillos, entre los que Casandra reconoció a Odiseo y a Patroclo, se alineaban tras los sacerdotes de Apolo. El sumo sacerdote de los aqueos, un hombre esbelto y vigoroso, con aspecto de atleta, se acercó a Crises.

—Parece —dijo—, que los inmortales se hallan irritados con nosotros. Te pregunto, compañero, si aceptarías regalos nuestros.

—Deseo que devuelvan a mi hija, o que se case como es debido con el hombre que se la llevó cuando era una inocente doncella...

Agamenón lanzó un bufido; pero al parecer había aceptado que los sacerdotes hablaran en su nombre.

—No cabe esperar —empezó a decir el sacerdote—, que el rey de Micenas acepte casarse con una prisionera de guerra, sobre todo teniendo ya una reina.

—Muy bien —dijo Crises—. Si no se casa con mi hija, deseo que se me la devuelva, debidamente dotada ya que no es virgen y, sin dote, no podré hallarle un marido.

Los sacerdotes conferenciaron unos instantes. Finalmente manifestaron:

—Supón que te ofrecemos la posibilidad de que escojas entre las mujeres de todas las ciudades que hemos saqueado en la comarca, doncella por doncella.

—¿Creéis que soy un libertino? —preguntó Crises con voz vibrante de indignación—. Soy un padre agraviado y recurro a Apolo para que compense el mal que se me ha infringido.

—Bien, Agamenón —dijo el sacerdote argivo—, creo que no existe alternativa; debemos obrar con justicia y devolver a este hombre su hija.

Agamenón irguió cuan alto era y cruzó los brazos.

—¡Nunca! Esa muchacha es mía.

—No lo es —aseguró el sacerdote—. La raptaste durante una tregua, en la siembra de primavera, y por tal impiedad la Madre Tierra se halla enojada.

—Ninguna mujer, ni siquiera una diosa puede decirme lo que he de hacer —contestó Agamenón.

Casandra advirtió un visible temblor en las filas de los hombres y que Odiseo se mostraba particularmente enfadado.

—Los inmortales —dijo Odiseo—, odian el gran orgullo que sólo a ellos corresponde, Agamenón. Vamos, devuelve a la muchacha y paga a su padre la legítima dote.

—Si renuncio a la muchacha... —Agamenón consideró la posibilidad, por primera vez, al notar que los otros caudillos le miraban con ira—. Si renuncio a la muchacha —repitió—. ¿Por qué vosotros podéis quedaros con el botín que habéis conseguido, y reíros de mí? Eh, Aquiles, ¿renunciarás a la mujer que tienes en tu tienda si yo me veo obligado a renunciar a la mía?

Aquiles bramó:

—No fui tan estúpido como para robarla a un sacerdote de Apolo —bramó Aquiles—. Mi mujer vino a mí porque yo le gustaba más que cualquiera de los hijos de Príamo que hay tras las murallas de Troya. Y puesto que acudí a Troya por complacerte, Agamenón, cuando por derecho debería estar luchando del lado de mis parientes tróvanos, no veo por qué debes mezclar en esto a mi mujer. Es una buena muchacha; acudió a mí por su libre voluntad y es diestra en todos los oficios femeninos. He pensado en llevármela a mi tierra, si es que regreso de esta guerra, y hacerla mi esposa, puesto que no tuve que casarme como tú con una reina vieja para conseguir el gobierno de su ciudad.

Agamenón apretó los dientes. Casandra percibió cuánto se esforzaba por dominarse.

—Por lo que a mi reina se refiere —afirmó—, te recuerdo que es la hermana gemela de esa Helena a quien se considera lo bastante hermosa para que su pérdida fuera la causa del inicio de esta guerra. ¿Vale menos por ser la legítima reina de una gran ciudad? Me ha dado nobles hijos, y va se ha hablado bastante de ella.

—Sí, bastante —repuso el sumo sacerdote—. Agamenón, juraste que harías todo lo que fuese necesario para librarnos de esta peste, así que hemos resuelto que esa muchacha, Criseida, sea devuelta a su padre. Entre todos nosotros reuniremos la dote que solicita.

Agamenón apretó los puños y sus mandíbulas se cerraron con tal fuerza que Casandra se preguntó si estallarían sus dientes.

—¿Me obligáis a eso —clamó—, a pesar de lo que he hecho por vosotros? Bien merecido os estaría si os replicara: «Buscad a otro para que mande vuestros ejércitos». Tú, Menelao, ¿estás con esos que pretenden robármela?

Un hombre de cabellos castaños, constitución menuda y pequeña y rizada barba, se agitó inquieto antes de declarar:

—Prefiero no sufrir la ira de Apolo por tu impiedad, o por tu mala fortuna o tus malos modos, al llevarte a una muchacha a la que habrías debido no tocar.

—¿Cómo iba yo a saber que el padre de la condenada muchacha era un sacerdote o a preocuparme de ello de haberlo sabido? ¿No creerás que pasamos el tiempo hablando de su padre? —dijo Agamenón, lleno de furia.

La sacerdotisa que estaba tras Casandra apretó los labios para reprimir la risa y murmuró quedamente:

—No hay duda de que no lo pasa aprendiendo buenos modales.

Entonces le tocó a Casandra el turno de apretar la boca para contener la risa. Agamenón volvió la cabeza hacia las dos mujeres y pareció irritarse aún más.

—Muy bien —declaró—. Dado que todos vosotros os habéis puesto de acuerdo para dejar que me roben, tomad a la chica y malditos seáis. Pero he de ser compensado con la mujer que hay en la tienda de Aquiles.

Aquiles salió de entre las filas aqueas.

—¡No! ¡Antes tendrás que pasar sobre mi cadáver!

—gritó.

—Supongo que, si insistes, podría encargarme de eso —contestó Agamenón—. Patroclo, ¿no puedes controlar a este muchacho salvaje? Apenas tiene edad suficiente para tomar parte en los asuntos de los hombres. Vamos, Aquiles, ¿para qué necesitas a tu edad una mujer? Te enviaré el cajón de juguetes que he reunido para mi propio hijo.

Los ojos de Casandra se estrecharon. Agamenón no debería haber dicho eso; Aquiles es joven pero no lo bastante para ser vilipendiado de tal manera sin que estalle su ira. El sumo sacerdote de los tróvanos preguntó: —Crises, ¿tienes un manto para Criseida? Con la peste que aquí reina no puede llevarse nada; lo que vista ha de ser quemado antes de cruzar las puertas de Troya y habrá que cortarle los cabellos.

Crises mostró una larga túnica y un manto. —Quemad todas las ropas que ellos le dieron —dijo—. Pero, ¿es preciso cortar sus cabellos?

—Lo siento. Es el único modo de asegurarse de que no llevará la peste consigo —contestó el sacerdote.

Agamenón volvió de su tienda acompañado por Criseida, y Crises se adelantó a abrazarla. Pero el sumo sacerdote lo detuvo.

—Que antes la desnuden las mujeres y que entregue sus vestidos para que los quemen —dijo.

Caris y Casandra se acercaron a ella. Las otras mujeres formaron un círculo a su alrededor para ocultarla de las miradas mientras era despojada de su túnica y de su manto aqueos que

cayeron al suelo. Con dignidad, Criseida las ignoró. Pero cuando Caris deshizo su peinado y sacó un cuchillo para cortar sus cabellos, dio un paso atrás.

—No, lo he soportado todo pero no toleraré la humillación de que me privéis de mis cabellos. ¡No creo necesitar purificación ni arrepentimiento! Caris le dijo amablemente.

—Es sólo por miedo al mal. Vas de un lugar apestado a otro que hasta ahora se halla libre de la epidemia.

—No tengo la peste ni he estado cerca de nadie que la haya tenido —contestó Criseida llorando—. ¡No cortéis mis cabellos!

—Lo siento; hemos de hacerlo —declaró Caris al tiempo que se apoderaba de la larga mata de pelo y la segaba a la altura de la nuca.

Criseida sollozaba inconsolablemente.

—¡Oh, mirad lo que habéis hecho! ¡Qué aspecto tan grotesco tendré para burla y mofa de todos! ¡Siempre me odiaste, Casandra! Y ahora has conseguido esto...

—¡Qué muchacha tan estúpida! —exclamó Caris, con brusquedad—. Hemos hecho lo que los sacerdotes nos pidieron, nada más. No censures a Casandra. Echó sobre los hombros de Criseida la túnica que Crises había llevado.

—No tengo broche; tendrás que sujetarla tú misma con las manos.

—No —repuso Criseida con hosquedad—. Si no tienes un broche, poco me importa que se caiga el vestido.

Caris se encogió de hombros.

—Si quieres que eso ocurra ante todos los soldados aqueos, haz lo que quieras pero podrías disgustar a tu padre. En atención a él, sujeta tu vestido para que no padezca tu modestia.

Hizo a las mujeres seña de que abrieran un hueco en el círculo, para que Criseida pudiera reunirse con su padre. Agamenón dio un paso hacia ella pero Odiseo le retuvo, hablándole con precipitación en voz baja.

El día que siguió el regreso de Criseida a Troya, Casandra fue llamada a cenar en palacio con sus padres y supuso que Príamo deseaba saber cómo se habían desarrollado las negociaciones. Junto al rey y la reina se hallaban Creusa y Eneas, Héctor y Andrómaca, con su pequeño, y Helena y Paris con sus hijos. Nikos, un niño muy guapo, era un año mayor que el hijo de Héctor; los gemelos corrían por allí, pero sin provocar gran alboroto. Cada uno tenía su propia niñera que lo mantenía dominado hasta cierto punto.

A Casandra le pareció extraño que los años de guerra hubiesen aportado tan escasos cambios al comedor del palacio. Las pinturas de las paredes estaban un poco desvaídas y agrietadas y supuso que los servidores que hubieran debido restaurarlas tenían otras obligaciones o estaban enrolados en el ejército. Había manjares muy diversos, incluyendo pescado fresco, aunque éste desde luego no abundaba. Andrómaca la informó de que los aqueos habían contaminado el puerto y, por tanto los peces no se acercaban a la costa y no era posible que los brotes de pesca rompieran el bloqueo de los soldados enemigos.

—Y cuanto un barco lo consigue —añadió—, los aqueos suelen capturarlo y conducirlo a la costa y se quedan con las mejores capturas.

Pero abundaba las frutas, el pan de cebada y la miel. Y

el vino de uvas de parras que crecían por toda la ciudad.

Príamo insistió en que Casandra repitiera cada palabra pronunciada en las negociaciones. Movió la cabeza con enojo cuando supo de la arrogancia de Agamenón.

—No he visto que se hayan producido más víctimas de la peste en el campamento aqueo, y quieran los dioses que no haya ninguna en nuestra ciudad. Así que la muchacha ha vuelto con nosotros. ¿Qué hará ahora su padre con ella? —No lo sé. No se lo he preguntado —dijo Casandra, pensando: ni tengo intención de hacerlo ni me importa—. Supongo que con la dote que le dieron los aqueos le hallará un marido. Parecían ansiosos de aplacar al Señor del Sol. ¿Quién podría censurarles tras la peste?

—Creo que ninguno de los caudillos aqueos se contagió de la epidemia.

—Ninguno que yo sepa —declaró Eneas—. Desde luego ni Agamenón ni Aquiles la han padecido. Pero estuvieron a punto de enfrentarse cuando Criseida abandonó el campamento. Al final Agamenón se fue a su tienda y Aquiles a la suya: parece que hubo una disputa... —La hubo —afirmó Casandra.

Y les contó cómo había insistido Agamenón en que, si le quitaban a su mujer, tendría que ser compensado con Briseida, y cómo reaccionó Aquiles.

—Eso explica lo que vi después, aunque entonces ignoraba su significado —dijo Eneas—. Varios soldados de Agamenón fueron a la tienda de Aquiles y hubo una cierta pelea entre ellos y los hombres de Aquiles. Entonces se presentó Odiseo y les habló durante largo tiempo. Después, los soldados de Aquiles comenzaron a arrancar gallardetes y paramentos. Parecía como si se dispusieran a marcharse. —Así lo quieran los dioses —deseó Héctor—. Agamenón es un enemigo honorable, pero Aquiles está loco. Prefiero pelear con hombres cuerdos.

Casandra tenía en su regazo a su tocaya, la hija de Creusa.

—No creo que esté cuerdo hombre alguno que participe en esta guerra -afirmó.

—Todos sabemos lo que piensas, Casandra —dijo Héctor—. Y estamos cansados de oírlo.

—¿Crees de veras que podemos ganar esta guerra, Héctor? Si los dioses se hallan irritados con Troya...

—No he visto signo alguno de su ira —dijo él—. Y me parece que, al menos Apolo, se halla irritado con los aqueos. Si se marcha Aquiles, no temo a los demás. Combatiremos y venceremos honrosamente y luego concertaremos un acuerdo y viviremos en paz con ellos, si somos afortunados, el resto de nuestras vidas.

—¿Y cuál será nuestra situación? —preguntó Paris.

Se hallaba sentado junto a Helena que con una cuchara de hueso daba fruta machacada a uno de los gemelos. Parecía serena y tranquila; encantadora, pero sin rastro de la misteriosa belleza que mostraba cuando se hallaba poseída por Afrodita.

—Si la paz se produce —dijo Andrómaca—, también la habrá para ti y tanto vosotros como vuestros hijos podréis vivir como queráis.

—Sin guerra será un mundo tedioso —declaró Héctor, bostezando.

—Ya he tenido más guerra de la que deseaba. Tiene que haber cosas mejores que hacer en la vida —disintió Paris.

—Hablas como nuestra hermana —dijo Héctor—. Pero la paz llegará, nos guste o no; si todo lo demás falla, tras la paz de la tumba, llegarán los combates y las exhortaciones al honor.

Casandra dijo maliciosamente.

—Parece un cielo especialmente concebido por el dios de Aquiles.

—Que ese cielo no sea entonces para mí —dijo Paris—. Ya he luchado aquí bastante. No quiero seguir luchando en la otra vida.

—Quieres decir que no elegirías pasar así tu vida de ultratumba —aclaró Héctor—. No estoy seguro de que se nos permita elegir.

En aquel momento se oyó un gran alboroto. Los niños habían estado jugando en el extremo de la sala y de allí llegaba el ruido de entrechocar de espadas de madera y de gritos infantiles. Héctor y Paris vieron que el pequeño Astiánax y el hijo de Helena, Nikos, se estaban arrastrando por el suelo, luchando y golpeándose el uno al otro, y gritando de forma incoherente, con las caras enrojecidas y cubiertas de lágrimas.

Helena y Andrómaca se apresuraron hacia sus hijos y cuando volvieron con un niño gimoteante bajo el brazo cada una, Héctor indicó que los dejaran en el suelo.

—Vamos, ¿qué es todo esto? '¿No hay ya bastante guerra ante las murallas para que la tengamos también a la hora de cenar? Astiánax, Nikos es nuestro invitado en Troya; un huésped tiene derecho a nuestra hospitalidad. ¿Por qué le pegabas?

—Porque es un cobarde como su padre —declaró Astiánax, lanzándole un puñetazo a los ojos.

Nikos le contestó con una patada en la espinilla, y Astiánax murmuró:

—Tú lo dijiste, padre.

Héctor se esforzó para mantener el gesto impasible. —No, Astiánax, dije que su padre, Menelao, era un enemigo honorable. Paris no es su padre, ya lo sabes. Y además dijera lo que dijese, hay siempre una tregua para la cena —afirmó, levantando la voz porque los niños volvían a gritar—. Si el propio Agamenón llegase ante esta mesa, yo estaría obligado como hombre de honor a alimentarlo si tenía hambre. El primer deber que tenemos con los dioses es la hospitalidad. ¿Me oyes? —Sí —susurró Astiánax. Héctor se volvió hacia Helena.

—Te ruego que a la hora de la cena, y por respeto a mi padre y a mi madre, impongas orden a tu hijo o le envíes con su niñera.

—Lo intentaré —dijo ella.

Pareció que Paris iba a estallar, pero no se atrevió a contradecir a Héctor. Nadie osaba hacerlo en aquellos días.

Casandra concentró su atención en las frutas confitadas

que habían puesto en su plato al final de la cena, después le

preguntó a Príamo:

—¿Existe algún indicio de que las domésticas de mi madre puedan ser canjeadas o liberadas?

—Aún no —gruñó Príamo—. ¡La hija de ese condenado sacerdote, que es una mala pécora aunque Apolo esté de su lado, ha sido la causa de que se paralizaran todas las demás negociaciones! Cuando podamos, lo intentaremos de nuevo, pero temo que por ahora no existe esperanza.

Creusa se levantó, acunando a su niña.

—He de llevarla a la cama —anunció, dirigiéndose a todos—. ¿Vienes conmigo, Helena?

Casandra también se levantó.

—Y yo me despido. Madre, padre, buenas noches y gracias. He cenado ciertamente mejor en vuestra mesa que en el refectorio de las sacerdotisas.

—No veo por qué tiene que ser así —dijo Príamo con voz pastosa—. Allí se recibe lo mejor.

—Con tu permiso, señor —dijo Eneas—. Acompañaré a Casandra. Es tarde y puede encontrarse con algún indeseable, ahora que los hombres mejores están en el ejército.

—Te lo agradezco, cuñado, pero en realidad no es necesario.

—Deja que vaya contigo —le ordenó Hécuba, con firmeza—. Así me sentiré más tranquila. Polixena no ha estado aquí esta noche porque en el templo de la Doncella no podían prescindir de un hombre para que la escoltase.

—¿Cómo? ¿Dónde se halla Polixena? —preguntó Casandra.

No había notado la ausencia de su hermana, dada la poca relación que mantenían.

—Sirve a la diosa Doncella. Es una larga historia —dijo Hécuba, en un tono que indicaba que fuera larga o corta la historia, no tenía intención de contarla en aquel momento.

Casandra besó a su madre y a los niños y dejó que Eneas, en vez de una doméstica, la envolviese en su manto. Héctor se levantó también, abrazó a su esposa y a su hijo y, en la puerta del palacio, se despidió de Eneas y de Casandra.

—Estás más guapa que cuando fuiste a Colquis —le dijo amablemente—. Hay una balada que canta tu belleza como digna del amor de Apolo. Si quisieras, tengo la seguridad de que nuestro padre podría encontrarte un marido, sin todas las tonterías que llevaron a Polixena al templo de la Doncella.

—No, querido hermano. Me siento feliz en el templo del Señor del Sol.

No obstante, lo abrazó cariñosamente, conociendo que su intención era buena.

La oscuridad no era muy intensa cuando ascendieron por las escalonadas calles que conducían al templo, la luna estaba alta, redonda y brillante. Eneas se detuvo para observar la llanura donde acampaba el ejército argivo.

—Si Agamenón y Aquiles no hubiesen disputado, esta noche hubiera sido imprudente que Héctor cenase en su casa con su familia —dijo Eneas—. Por lo general, en estos tres últimos años y en las noches de luna llena, nos han atacado desde el mar. Pero, mira, todo está oscuro allá abajo, excepto la tienda de Aquiles, en donde, me imagino, aún siguen discutiendo mientras beben vino.

—Eneas, ¿qué le ha sucedido a Polixena?

—Oh, dioses. No conozco la historia completa; nadie la conoce. Aquiles... Bueno, Príamo la ofreció a Aquiles, confiando en sembrar la discordia en el campo aqueo. Tu padre, después de eso, empezó a decir que era tan bella como Helena de Esparta y que se la otorgaría al más poderoso...

—¿Qué? ¿Polixena tan bella como Helena? ¿Es que está perdiendo la vista mi padre?

—Supongo que intentaba crearles problemas a los aqueos; la ofreció al rey de Creta...

—¿A Idomeneo? Pero si oí que se había puesto del lado de los aqueos con Agamenón. Fue una traición, naturalmente; los minoicos son parientes y aliados nuestros desde antes de que se hundiera la tierra de los atlantes.

—Puede que así sea; de cualquier modo, Príamo la ofreció como esposa a muchos de los isleños, mas todos los que deseaban aceptarla eran aliados de los aqueos. Y al final Polixena se rebeló...

—¿Que se rebeló? Pero si Polixena hizo siempre lo que le mandaban —se asombró Casandra.

—Y así era; pero dijo que se sentía como un cántaro pregonado en el mercado; un cántaro rajado que nadie quisiera comprar. Y se consagró al servicio de la diosa Doncella. Allí está desde entonces. Príamo se enfureció con ella más que contigo cuando fuiste a servir al Señor del Sol.

—Es lógico —repuso Casandra—. Desde muy pequeña, mi padre siempre me consideró una rebelde. Pero cuando Polixena lo desobedeció debió de sentir lo que sentiría un niño a quien su conejito le mordiese.

—Sí, creo que fue algo semejante. Tu madre se mostró muy abatida.

—No me extraña. Nuestra madre nos educó para que pensáramos por nosotras mismas y luego se espanta y se disgusta cuando lo hacemos. Me alegra que mi hermana supiera decidir.

Avanzaron en silencio por la calle escalonada. De repente, Casandra tropezó en la oscuridad y Eneas la sostuvo.

—¡Ten cuidado! —le advirtió— ¡Una caída desde aquí sería terrible!

Su brazo la ceñía. No llevaba armadura, sólo la túnica y el manto, y Casandra sintió su cuerpo contra el de ella, cálido y fuerte. Se dejó llevar unos cuantos pasos; pero cuando intentó soltarse, él rodeó con más fuerza aún su cintura e inclinó el rostro para besarla. En la oscuridad sus labios se encontraron.

—No —dijo, suplicante, echándose hacia atrás—. No, Eneas. Tú no.

No la soltó al instante pero alzó la cabeza y dijo quedamente:

—Te deseé desde la primera vez que puse los ojos en ti. Y creo que no te resultó del todo desagradable.

—Si todo hubiera sido distinto... pero he hecho voto de castidad y eres el marido de mi hermana.

—No por voluntad propia, ni por la de Creusa —afirmó Eneas en voz baja—. Nos casamos por voluntad de mi padre y del vuestro.

—Aun así, hecho está —dijo Casandra—. Yo no soy Helena, para abandonar un compromiso de honor...

Pero dejó que su cabeza descansara sobre su fuerte brazo. Se sentía débil, como si sus piernas fuesen incapaces de sostenerla.

—Creo que se habla demasiado del honor y del deber. ¿Por qué tenía Helena que seguir siendo fiel a Menelao? Se casó con él sin pensar en su felicidad. ¿Nos traen a este mundo sólo para cumplir una obligación respecto de nuestras familias? ¿Acaso los dioses no nos otorgan la vida para que la vivamos por nosotros mismos en bien de nuestros propios corazones, mentes y almas?

—Si piensas así —dijo Casandra, que sintió frío al apartarse de Eneas—. ¿Por qué aceptaste tu matrimonio con ella?

—Entonces era más joven —respondió Eneas—, y durante toda mi vida había estado oyendo que mi deber exigía que me casara con la princesa que escogieran para mí. Además, por aquella época aún creía que una mujer no se diferenciaba mucho de otra.

—¿Y no es así?

—No —se precipitó a negar—. No, en absoluto, Creusa es una buena mujer, pero tú y ella sois tan distintas como el vino y el agua de una fuente. Nada puedo decir contra la madre de mis hijos, pero en aquel tiempo aún no había conocido ninguna mujer que me interesara, que despertara mi amor, con quien pudiese hablar de igual a igual y considerar como compañera. Casandra, te lo juro, si antes de casarme con Creusa hubiese tenido la oportunidad de hablar varias veces contigo, habría dicho a Príamo y a mi padre que no me casaría con ninguna otra mujer del mundo... que serías mi esposa o que permanecería célibe hasta la tumba.

Casandra se sintió aturdida.

—No es posible que sientas eso. Estás burlándote de mí.

—¿Por qué habría de hacerlo? —preguntó—. Yo no... Yo no... quiero destrozar mi vida ni perturbar tu serenidad o herir a Creusa, pero pienso que la diosa del amor, que tan cruel treta jugó a Paris, ha querido también sembrar la discordia en mi camino y consideré que, por una vez, debía decirte lo que sentía.

Casandra extendió una mano, sin saber apenas lo que estaba haciendo, y tocó la suya. Él la sujetó con fuerza.

—La primera vez que te vi, Casandra, sentada entre las muchachas, en actitud modesta y con los ojos bajos, supe de inmediato que era a ti a quién quería y que debía levantarme y proclamarlo ante Príamo y mi padre...

Aquella idea hizo sonreír a Casandra.

—¿Y qué habría dicho Creusa entonces?

—No debería haber permitido que nadie decidiera mi destino —continuó Eneas—. Era mi vida la que estaba en juego. Dime Casandra, ¿me habrías aceptado por marido? Si hubiese rechazado a Creusa y te hubiera pedido como esposa... como premio por luchar en favor de Troya...

El corazón de Casandra latía tan alocadamente como hablaba Eneas.

—No lo sé —contestó al fin—. Pero ya es demasiado tarde para pensar en qué hubiera podido decir o hacer.

—No tiene por qué ser demasiado tarde.

La estrechó entre sus brazos. Ella no supo que estaba llorando hasta que un dedo de Eneas enjugó una lágrima.

—No llores, Casandra. No quiero hacerte desgraciada. pero no puedo soportar el pensamiento de que habiendo descubierto que sólo a ti te amo, jamás habrá nada entre nosotros.

Su abrazo fue tan fuerte, tan apremiante, que el mundo dejó de existir. Ella se ahogaba, se angustiaba sintiendo que se disolvía en la nada; incapaz de pensar. Sin embargo, después de un tiempo corto que pareció demasiado largo, se irguió de nuevo, se afirmó sobre sus pies y se secó los ojos con el vestido. Así que era esto.

Sabía que su voz temblaba cuando dijo:

—Eres el marido de mi hermana; eres mi hermano.

—¡Por mi antepasada inmortal! ¿Crees que no he pensado en eso hasta la saciedad? —murmuró él—. Sólo te ruego que no te enojes conmigo.

—No —dijo ella, y le sonó tan tontamente inadecuado en aquel momento que, sin poderlo evitar, se echó a reír—. No, no estoy enfadada contigo, Eneas.

La encerró de nuevo en un abrazo que ella no pudo ni quiso rehuir. Pero esta vez existía también cautela en Eneas, como si se esforzase por no herirla o asustarla.

—Dime que me quieres, Casandra —le susurró.

—Oh, dioses —dijo ella en el mismo tono—, ¿tienes que preguntarlo?

—No. No tengo que preguntarlo pero necesito oírtelo decir. No creo que pueda seguir viviendo si no lo oigo.

De repente, Casandra se sintió rebosante de la más increíble sensación de generosidad. Estaba en su mano dar algo que él deseaba mucho.

—Te quiero —le dijo—. Creo... creo que te quiero desde que te vi por primera vez.

Y lo sintió satisfecho junto a ella como si fuera así como siempre había querido estar. Sólo sus manos estaban unidas, pero aquel contacto era más íntimo que un abrazo. Casandra hubiese querido que la estrechara de nuevo pero era consciente de que si se lo permitía, ella y sólo ella sería responsable de lo que sucediese.

—Eneas... —dijo, con ternura.

—¿Qué, Casandra?

—Creo —murmuró con una sensación de inmenso asombro—, creo que sólo deseaba oírme a mí misma pronunciar tu nombre.

La rodeó con sus brazos suavemente, como si temiera que el más ligero roce la quebrantase.

—Amor mío. No sé... no estoy seguro de lo que deseo, pero no es seducirte y llevarte a mi lecho; eso puedo conseguirlo de cualquiera, en cualquier momento. Te quiero Casandra. Deseo decírtelo, intentar que comprendas...

—Te comprendo —dijo ella, oprimiendo su mano.

Sobre los dos, la luna desprendía tanta luz que Casandra podía ver la cara de él como si fuese de día.

—Mira —señaló Eneas—, han apagado todos los fuegos en el campamento aqueo. Es ya muy tarde. Debes de estar cansada. Tendríamos que despedirnos.

Era tarde. Casandra se apartó un poco de él, sintiendo frío lejos de sus brazos, y le tendió una mano. Se inclinó hacia ella pero no volvió a besarla.

—Buenas noches, amor mío, y que la diosa te proteja. Me quedaré aquí hasta que te halles segura tras las puertas del templo del Señor del Sol.

Casandra subió sola los últimos escalones y llamó a la puerta, que se abrió desde dentro.

—Ah, princesa Casandra —dijo uno de los servidores al verla—. ¿Vuelves de cenar con tus padres en el palacio? ¿Viniste sola?

—No, me escoltó Eneas —contestó.

El joven asomó la cabeza.

—¿Quieres, Eneas, una antorcha encendida para el regreso?

—No, gracias —dijo cortésmente Eneas—, La luna está muy clara. —Luego, se inclinó ante Casandra—. Buenas noches, hermana y señora.

—Buenas noches —dijo ella.

Y cuando ya no podía oírla murmuró:

—Buenas noches, amor mío.

Se espantó de sí misma. Había jurado, sin saber lo que hacía, que jamás serviría a la diosa Afrodita ni sucumbiría a esa clase de pasión.

Y ahora era como cualquier servidora de la diosa aquea.

Los soldados de Aquiles estaban cargando sus naves; evidentemente, las querellas no se habían solucionado en el campamento aqueo. Uno de los informadores favoritos de Príamo, una anciana que vendía tortas en el campamento aqueo y que regresaba diariamente a la ciudad en busca de más provisiones (y para tener una larga charla con el capitán de la guardia), anunció que Aquiles no se había movido de su tienda. Patroclo había intentado convencer a los soldados de que no partieran, sin mucho éxito.

Según ella, Patroclo era querido por todos los soldados, pero éstos consideraban que debían lealtad a Aquiles y que si él había decidido renunciar a la lucha, también ellos debían abandonarla.

Mediada la mañana, Casandra fue a la muralla para verlo por sí misma, junto a las demás mujeres de la casa de Príamo: Hécuba, Andrómaca, Helena y Creusa.

Escucharon el informe de la anciana de las tortas y se preguntaron lo que aquello significaría para la causa aquea.

—No mucho —dijo Paris, que mandaba la guardia aquel día—. Aquiles es un maníaco de la guerra, pero Agamenón y Odiseo son los cerebros de la campaña. Aquiles es grandioso en

un combate singular, y desde luego conduce endemoniadamente su carro: esos mirmidones lo seguirían en una carga hasta más allá del fin del mundo.

—Qué lástima que no podamos persuadirle para que lo haga —murmuró Creusa—. Eso resolvería la mayor parte de nuestros problemas... con Aquiles al menos. ¿Conoce alguien a algún inmortal que adoptara la forma de Aquiles y arrastrase a sus hombres en una misión urgente hasta el otro lado del mundo, o los convenciera de que se les necesita en su patria?

—La cuestión es —declaró Paris, ignorándola—, que Aquiles no tiene nada más en su favor: le enloquece matar. No sabe una maldita palabra de estrategia ni de tácticas bélicas. Perder a Aquiles en esta guerra, verlo regresar a su casa como un niño que dice ya no juego más, no significa un gran golpe para los aqueos. Sería mucho peor para ellos, o mejor para nosotros, si perdieran a Agamenón, a Odiseo o incluso a Menelao.

—Qué pena que no se nos ocurra alguna argucia para desembarazarnos de uno de ellos —dijo Hécuba.

—Está a punto de ocurrir —dijo Paris—. Esta disputa entre Aquiles y Agamenón supone que tendrán que perder a uno o a otro. La ausencia de Aquiles angustia a los soldados, puesto que es su ídolo; pero los caudillos saben que no podrían prescindir de Agamenón sin poner en peligro la campaña..¿Por qué creéis que le han permitido apoderarse de la mujer de Aquiles? Saben cuan importante es Agamenón para el éxito de la guerra. ¿Por qué creéis que Aquiles está tan irritado? Porque se le ha demostrado muy claramente que para nadie es tan importante como Agamenón.

—Algo sucede allá abajo —avisó Helena—. Mirad, ahí va Agamenón, con Menelao tras él como de costumbre, y con su heraldo.

Casandra había visto antes al heraldo: un joven alto, quizá demasiado enteco para ser muy eficaz con la espada y el escudo, pero con una espléndida voz de bajo que llegaba hasta los confines del campamento. Lástima de voz, dijo en una ocasión Crises. Y desde luego habría sido un rapsoda o un cantante espléndido.

Ahora Agamenón le daba órdenes. El heraldo cruzó a grandes zancadas el campamento y se dirigió hacia la muralla. Paris tomó su alto escudo ondulado, se ajustó el casco en la cabeza y se asomó.

—¡Paris, hijo de Príamo! —gritó el heraldo.

—Yo soy —contestó Paris, cuya voz parecía débil e insegura tras aquellos tonos resonantes y modulados—. ¿Qué quieres? Si Agamenón tiene un mensaje para mí, ¿por qué no viene hasta la muralla, en vez de enviarte a ti a quien no puedo legítimamente matar?

Prosiguió, riendo:

—¿Cuándo levantarán la veda de los heraldos? Creo que deberían ser exterminados, como los centauros.

—Paris, hijo de Príamo, traigo para ti un mensaje de Menelao de Esparta, hermano de Agamenón, Señor de Micenas...

—Sé perfectamente quién es Menelao —le interrumpió Paris—. No necesitas explicarlo, ni enumerar todos los motivos de animosidad de uno contra otro.

—Oh, deja que ese pobre hombre transmita su mensaje, Paris —dijo Helena con voz que se oyó claramente—. Estás poniendo nervioso al muchacho, que trata de hablar como un guerrero, ya que no puede luchar como si lo fuese. Si continúas así, podría mojar su túnica y piensa cuan turbado se sentiría ante tantas mujeres.

—Bien, si traes un mensaje de Menelao, suéltalo ya —repuso Paris.

El heraldo, enrojeciendo, hizo un visible esfuerzo por recobrarse.

—Escucha las palabras de Menelao, Señor de Esparta: «Paris, hijo de Príamo, mi disputa es contigo, no con Príamo ni con la gran ciudad de Troya. Te propongo ahora que zanjemos esta guerra en un combate singular ante todos los soldados congregados, tróvanos y aqueos. Si me matas o me rindo, tuyos serán Helena y todos mis bienes que están en tu posesión; y mis hombres, incluyendo a mi hermano Agamenón, se comprometerán a no continuar la lucha, ni a vengarme, sino a tomar sus naves y alejarse de Troya para siempre, con lo que de ese modo concluirá la contienda. Pero si te mato o te rindes, Helena me será entregada con todos sus bienes y nosotros tomaremos su casa sin reclamar otra cosa de Troya. ¿Qué dices? ¿Cuál es tu respuesta?»

Paris se irguió en toda su estatura y declaró:

—Di a Menelao que he escuchado su ofrecimiento y que consultaré con el rey Príamo y con Héctor, jefe de los ejércitos troyanos. Porque creo que los motivos de esta guerra no se limitan a Helena. Pero si mi padre y mi hermano desean zanjarla de este modo, accederé a pelear.

Surgieron vítores de ambos lados cuando Paris se retiró, dirigiéndose al rincón desde donde las mujeres habían presenciado la escena. Helena se puso en pie y, sin decir palabra, lo besó.

—¿Qué intenciones esconde todo esto? —dijo Paris—. Menelao sabe tan bien como yo que en esta guerra se ventila algo más que la suerte de Helena. ¿Cómo habrá logrado Agamenón convencerlo para que dé tal paso? ¿O se trata de un ardid para que yo abandone la muralla?

—Pienso que Menéalo siente rencor bastante para hacerlo pero carece del ingenio para tramarlo —opinó Helena.

—¿Cuál creéis que será la respuesta de Príamo? —inquirió Paris—. ¿Y la de Héctor? Probablemente Héctor considerará beneficiosa la oportunidad de apartarme de su camino, para dirigir la guerra como le plazca.

—Te equivocas con tu hermano, muchacho —declaró Hécuba.

—Ojalá pienses siempre así, madre —contestó Paris—. Y ojalá también esté yo siempre en disposición de discutirlo.

—El meollo de la cuestión es que no puedes pelear con Menelao —dijo Casandra.

—¿Por qué no? ¿O es que piensas que le temo? —Si no le temes, eres más estúpido de lo que yo creía —afirmó Andrómaca.

—Pero a Héctor le gustará tanto acabar la guerra con un combate singular, que probablemente hará que Paris acepte; pero sólo con la condición de que la lucha sea entre Agamenón y él —aseguró Casandra.

—Bueno, podría brindarse a luchar contra Menelao en mi lugar —dijo Paris—. Le prestaré mi manto y todos los soldados lo confundirán conmigo.

—No hagamos más conjeturas sobre lo que Héctor piense, pregúntaselo porque ahí viene —dijo Andrómaca. Héctor y sus guerreros avanzaban por las calles de Trova, camino de la puerta. Eran unos ciento cincuenta soldados bien armados y otros que tiraban del carro de guerra de Héctor por las calles escalonadas para situarlo ante las puertas, donde engancharían los caballos, para que subiera a él y lo condujera. En cuanto los divisó sobre la muralla, les gritó:

—¿Qué ha sucedido? He oído gritos en las calles... Hécuba le informó rápidamente del reto de Menelao, y Héctor hizo un gesto de preocupación.

—Es probablemente lo mejor que pueden hacer ahora que Aquiles se retira. ¿Vas a luchar con él, Paris?

—Prefiero no hacerlo —confesó—. No confío en él para enfrentarme en combate singular. Creo que lo más probable sería que tratara de tenderme una emboscada o de que me abatiesen una docena de arqueros. Héctor lo miró con severidad.

—Maldita sea, Paris. Nunca sé si hablas como un cobarde o con sentido común.

—No creo que exista mucha diferencia —dijo Paris—.

Sin embargo deduzco de tus palabras que deseas que salga v luche con él.

—¿Es que existe algún problema?

Y por la expresión de Héctor, Casandra advirtió que era incapaz de entender por qué Paris no estaba ansioso de pelear.

—Pues sí —declaró Paris—. Si le mato, todos partirán y nunca tendrás oportunidad de enfrentarte con Agamenón o con Aquiles. Eso te privaría de diversión. ¿No es cierto?

—¿Y si te mata?

—Trato de no pensar en tal posibilidad. Dudo de que eso fuera un impedimento para tu afición. Pero ellos se regocijarían sin duda mientras se llevaran a Helena y todo lo que les gustara de Troya. Y, como he dicho, podría no ser la clase de lucha limpia que tú te sentirías obligado a aceptar si Aquiles te retase.

—Helena —dijo Héctor—. Tú conoces a Menelao mejor que nosotros, ¿crees que cumplirá su palabra?

Ella se encogió de hombros.

—Creo que sí —dijo—. Dudo de que fuese capaz de concebir una trampa. Desde luego no tengo idea de lo que pueda haber planeado Agamenón; ésa es una cuestión diferente por completo.

—Bien, Paris; a ti corresponde decidir —lo apremió Héctor—. No puedo obligarte a luchar; mas, por otro lado, no quiero ser responsable del rechazo del desafío.

Paris miró hacia abajo donde Menelao iba y venía ante la muralla, envuelto en su manto de púrpura.

—Helena, ¿deseas que acepte? ¿Deseas que luche por ti?

—Héctor no te dejará en paz hasta que lo hagas; por tanto, creo que será mejor que te decidas. Pero hemos de encontrar una vía de escape para ti. Tal vez podamos convencer a algún inmortal para que intervenga.

—¿Cómo harás eso? —preguntó él.

—Mejor será que lo ignores. Mas no creo que la diosa del Amor y de la Belleza me trajera hasta aquí para ser devuelta vergonzosamente a mi tierra tras el carro de Agamenón. Mientras pelees, presta atención. De un modo o de otro echaremos una escala por la muralla. Y si la diosa te otorga un momento para que la subas, bien, no dejes pasar la oportunidad a no ser que Menelao esté ya muerto a tus pies.

Paris se encogió de hombros, se asomó a la muralla y gritó a Menelao que se reuniría con él pasada una hora, si él lo deseaba.

Entonces, se puso su armadura y bajó al campo con Héctor. Cuando le vieron en el carro, los aqueos prorrumpieron en un clamor.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Casandra, acercándose a Helena.

Ésta aferró las manos de Casandra.

—Eres su hermana gemela y además sacerdotisa —dijo—. Únete a mí ahora en los cánticos y oraciones para que la Nacida del Mar nos envíe una de sus nieblas marinas.

Hécuba, te lo ruego; si amas a tu hijo, haz que traigan una escala de fuertes cuerdas. No podemos pedir a la diosa lo que cualquier cordelero haría por una moneda de cobre.

Hécuba envió a un mensajero en busca de una escala de cuerda y, cuando la tuvo, Helena acudió con Casandra hasta el borde mismo de la muralla, observando a Paris y a Menelao que se aprestaban a combatir mientras sus heraldos intercambiaban insultos.

Menelao y Paris medían cuidadosamente el campo, marcando el círculo en el que no podría penetrar ningún soldado de ambos ejércitos mientras uno de los contendientes conservara la vida. Concluida la tarea, se inclinaron ceremoniosamente. Sonó una trompeta y empezaron a luchar.

—¡Cantad! —apremió Helena— ¡Rezad! ¡Rogad a la diosa que nos envíe una de sus nieblas marinas!

Las mujeres iniciaron un cántico. Casandra estaba tan atenta a las fintas de los hombres que blandían sus espadas que apenas podía pronunciar las palabras de la oración. El combate pareció muy igualado al principio. Paris era más alto y de brazo más largo pero, aunque la inactividad revelaba haber hecho mella en Menelao, éste se movía con la celeridad de una mangosta. Describían círculos uno en torno del otro, intercambiaban golpes, midiendo cuidadosamente la destreza del adversario pero sin comprometerse seriamente.

A Casandra le dolían los ojos. ¿Era a causa del polvo que el combate levantaba, o se estaba elevando un remolino de niebla de la costa? No podía estar segura. Helena se adelantó al borde de la muralla y dejó caer la escala. Para mayor seguridad la había sujetado a las piedras del muro. Entonces se irguió en toda su estatura.

—¡Menelao! —gritó.

Él miró hacia arriba un momento, deteniéndose en mitad de una estocada. Helena desató lentamente el cuello de su túnica y dejó que se deslizara descubriendo la parte superior de su cuerpo.

Mientras permanecía así inmóvil, a Casandra le pareció que el aire se llenaba de pequeñas y luminosas chispas doradas como si el velo entre los dos mundos se hiciera más sutil. Helena, envuelta en ese dorado resplandor, parecía haber ganado más altura y majestad, y un brillo procedente de su interior que la dotaba de una belleza sobrehumana. Ya no era una mujer sino la diosa quien se alzaba en la muralla.

Menelao se quedó inmóvil, como si sus pies hubiesen echado raíces en la tierra.

No era ése el caso de Paris. Cuando sus ojos contemplaron a Helena bajo la forma de la diosa, escapó a la carrera hacia el pie de la muralla. De las filas de los aqueos surgió un terrible grito de espanto y admiración. Paris llegó a lo alto de la muralla y retiró la escala. Con los ojos de todos fijos en Helena, o en la diosa, Casandra comprendió que no era probable que nadie lo hubiese visto subir por la escala.

Helena continuó inmóvil. Su cuerpo irradiaba luz. Luego, en un abrir y cerrar de ojos, el espejismo, si espejismo había sido, se esfumó y sólo quedó Helena, con el rostro un poco quemado por el sol, sujetándose la túnica. Se acercó a Paris y le dijo:

—Estás herido.

—No es nada serio.

Tenía los ojos dilatados, pero de la franja roja que se veía justo en el borde de su coselete de cuero empezó a gotear sangre.

—Ven conmigo, te curaré.

Y se alejó con él.

Ahora llegaban gritos del campamento aqueo:

—¡Paris! ¿Dónde se ha ido ese cobarde?

Pero entre aquellos gritos se oían también otros:

—¡La diosa! ¡Se apareció ante nosotros en la muralla! ¡La Bella, la Nacida de la Espuma del Mar!

El carro de Héctor atravesó rápidamente las puertas, de regreso a la ciudad. Un minuto después subía a grandes zancadas por la escalera del interior de la muralla. Miró en torno y preguntó:

—¿En dónde se halla?

Hécuba dijo con voz vibrante:

—¿No viste cómo se lo llevaba la diosa?

—Eso es lo que dicen en el bando aqueo —declaró Héctor—. Y cuando pregunté al conductor de mi carro, me juró que había visto a Afrodita descender de la muralla, tender su manto sobre Paris y llevárselo. Por lo que a mí atañe, no sé lo que vi. Quizá sólo el resplandor del sol en mis ojos. ¿Dónde está Helena?

—Cuando la diosa trajo a Paris hasta aquí, vio que sangraba y le llevó a sus habitaciones para vendar las heridas —contestó Andrómaca—. Ahora se encontrarán probablemente en el baño.

—No lo dudo —gruñó Héctor—, pero si las diosas tenían que intervenir, hubiera deseado se esperaran hasta que las cosas hubieran quedado debidamente zanjadas. Si la diosa vino para salvar a Paris, llevándoselo, bien podía haberse llevado a Menelao, y también a Helena, de regreso a Esparta. Ya que es capaz de una cosa, tiene que serlo de la otra. Y advertid, inmortales, que no cometo la impiedad de negar que pudiera hacerlo. ¿Qué viste, Casandra? ¿Vas a contarme otro cuento acerca de la diosa, atrayéndolo desde la muralla?

Por un momento Casandra se sintió satisfecha. Héctor recurría a ella como a testigo digno de crédito.

—En modo alguno. Pero me pareció como si Menelao hubiese tenido una especie de visión. Dejó de luchar y se quedó inmóvil, contemplando fijamente la muralla. Entonces, Paris escapó para salvar su vida.

—Es ya demasiado tarde hoy para ninguna clase de combate —dijo Héctor, suspirando—. No resta sino esperar. Pero, si intervino la diosa aunque fuese proporcionando a Menelao una visión, nadie puede censurar a Paris.

Mas no parecía plenamente convencido.

# LIBRO TERCERO

## La maldición de Poseidón

Al anochecer todos los soldados de los dos ejércitos y la mayoría de los habitantes de la ciudad conocían ya la historia que desde luego creció de boca en boca.

Según la mayor parte de los testigos, la diosa había aparecido en la muralla de la ciudad y había arrebatado a Paris de debajo de la espada misma de Menelao, librándolo de un golpe mortal; en otra versión, Menelao había abierto a Paris del mentón a la pelvis de una sola estocada y la diosa le había sanado. Puso en sus heridas néctar y ambrosía y le trasladó a la alcoba de Helena.

Cuando le preguntaron, Casandra respondió que no estaba segura de lo que había visto; que el sol le daba en los ojos.

Estaba segura de que la diosa había intervenido de algún modo. No sabía bien como, pero tenía el convencimiento absoluto de que, al menos durante un momento, Helena había adquirido su apariencia. Después de todo, no habría sido la primera vez.

Durante dos días no se habló en la ciudad de otra cosa que no fuese el duelo y la supuesta intervención de Afrodita. Héctor y Eneas volvieron de los consejos diciendo que los aqueos insistían en que Menelao había ganado el desafío puesto que Paris había huido y herido además.

—¿Qué les respondisteis? —inquirió ansiosamente Príamo.

—¿Qué crees? Les dijimos que resultaba obvio que Paris había ganado puesto que la diosa había intervenido para salvar su vida —contestó Héctor.

Casandra, que había estado observando desde las murallas durante gran parte del día, mientras recordaba su propio adiestramiento bélico y pensaba que podría batirse tan bien como la mayoría de los soldados aqueos o como cualquiera de los tróvanos, preguntó:

—¿Qué es lo que sucedió esta tarde? Vi a dos soldados que no conozco dispuestos para el combate y, antes de iniciarlo, uno de ellos comenzó a desarmarse y desnudarse hasta quedar tan sólo con su pampanilla. ¿Es que decidieron forcejear en vez de batirse con espadas?

Eneas se echó a reír.

—Oh, no —contestó—. ¿Conoces a Glauco el tracio?

—He hablado con él —dijo Helena—. Era el piloto de una de las naves que nos trajeron aquí.

—Pues salió y desafió a cualquier aqueo a luchar contra él, y Diómedes aceptó. Así que empezaron a gritar su linaje para averiguar si podían enfrentarse honrosamente en combate singular, y antes de que llegaran a sus bisabuelos descubrieron que eran primos.

—Así que decidieron no luchar, ¿verdad? —preguntó Casandra.

—¿No lo viste? —preguntó a su vez Eneas.

—No, me llamaron del templo. Una de las serpientes grandes está a punto de cambiar de piel y necesita muchos cuidados. En ese tiempo las serpientes se quedan ciegas y no pueden ser atendidas por extraños —explicó Casandra.

—Acordaron que debían combatir en aras del honor, pero decidieron intercambiar las armaduras. Diómedes afirmó que la suya de diario no era lo bastante buena para que el regalo

fuese digno. Así que envió a buscar a su nave una preciada armadura en plata con incrustaciones de oro. En consecuencia, Glauco hubo de llegar a un acuerdo con sus compañeros para que le proporcionasen un regalo de igual valor. Parecían un par de viejos en un mercado de objetos de segunda mano, regateando sobre el valor de alguna baratija, y aquello se alargó... y al final lucharon con sus viejas armaduras, colgando las otras dos para que fuesen admiradas.

—¿Quién venció? —preguntó Helena.

—Lo ignoro. Creo que se asestaron uno o dos golpes y, como se hizo de noche, se abrazaron, se dieron las gracias por tan preciados regalos y se fueron a cenar.

Héctor se echó a reír.

—Imagino que ninguno se impuso al otro, pero así pasaron la tarde. Desde luego no teníamos nada mejor que hacer; hasta que los consejeros de ambos bandos hayan decidido si fue Paris o Menelao quien ganó el duelo, todo lo demás es un puro entretenimiento. Glauco y Diómedes deberían haber librado un combate cuerpo a cuerpo, sin armas. Al menos habríamos podido apostar. Tentado estuve de desafiar a Ayax el Mayor a una de esas peleas. Es el hombre más corpulento del campo aqueo. Ignoro si sabe luchar...

—Sabe —dijo el joven Troilo—. Ganó la corona de laurel en lucha en sus Juegos de los Sacrificios.

—Entonces lo retaré —afirmó Héctor.

—Cuida de que no te dé en la cara con un codo; su especialidad es romper dientes —le previno Troilo.

En la cena, Héctor preguntó a Príamo:

—¿Qué sucederá si el Consejo decide que Menelao no ganó?

Príamo se encogió de hombros.

—Nada —dijo—. Los aqueos se negarán a aceptar la decisión y la guerra proseguirá. No quieren zanjar la cuestión. No renunciarán hasta derribar las murallas de Troya y saquear la ciudad.

—Padre, hablas como Casandra.

—No —dijo Príamo—. Sé lo que piensa Casandra.

Mas, por una vez, Casandra levantó los ojos, golpeados de nuevo por aquel terrible pavor, y la visión de Troya en llamas que se alzaba entre ella y el mundo de los vivos. Príamo le sonrió cariñosamente, como si tratase de disipar sus temores.

—Con frecuencia la he oído decir que nos destruirán. Pero no es lo que va a suceder —añadió.

—¿No pueden romper las murallas de Troya, padre? —preguntó Paris.

—No, a no ser que convenzan a Poseidón de que les auxilie con un terremoto —afirmó Príamo.

Ahora Casandra lo sentía por todo su cuerpo; las murallas caerían ante la ira de Poseidón, ante su terremoto. Debería haber sabido siempre que los nimios esfuerzos de los hombres no podrían romper las murallas de Troya; sólo un dios conseguiría que se desplomase la alta ciudadela.

—Si eso crees deberíamos hacer sacrificios en honor de Poseidón lo antes posible —dijo Héctor— porque él es el único dios que puede socorrernos.

—Sí —dijo Casandra rápidamente—. ¡Ofrezcámosle sacrificios a Poseidón y ruguémosle que apoye nuestra causa! ¿No es uno de los dioses guardianes de Troya?

Ignoraba lo que iba a añadir hasta que irrumpió en su mente como un grito de angustia:

—¡Paris! ¡Tú..., cuídate del terremoto! ¡Haz sacrificios a Poseidón! ¡Implórale!, porque él te destruirá... destruirá... destruirá...

Logró callarse mediante un gran esfuerzo físico, llevándose las manos a los labios. Príamo la miró, lleno de irritación y disgusto.

—¡Ya está bien, Casandra! —exigió—. ¡En la propia mesa de tu madre! ¿No puedes siquiera aclarar qué dios va a destruir la ciudad? En verdad pienso que tienes que estar loca.

Ella no pudo hablar; el nudo que sentía en su garganta era tan grande que precisaba de todas sus fuerzas para respirar. Tragó saliva y sintió las lágrimas corriendo por su cara. Helena se acercó y le enjugó el rostro con su velo. La ternura de aquel gesto desarmó a Casandra hasta tal punto que sólo fue capaz de mirar a la esposa de su hermano y murmurar:

—Es a ti a quien destruirá.

—Mi pobre niña —dijo Hécuba—. Los dioses aún te acosan con tales visiones. Déjala, Helena, ya que nada puedes hacer por ella. Casandra, vuelve al templo, reúnete con tus compañeras. Estoy segura de que los sacerdotes tendrán algún remedio para los posesos.

—No vuelvas a profetizar aquí, Casandra. Así lo ordeno y así tiene que ser —dijo Príamo.

Incapaz de controlar los sollozos, Casandra se levantó, salió corriendo de la sala, y huyó a través de las calles. Al cabo de un rato, advirtió el sonido de unos pasos que la seguían en la subida, y luego sintió unas manos que se apoyaban en ella con cariño, forzándola a detenerse.

—¿Qué te sucede, Casandra? —preguntó una voz masculina.

Presa del pánico, intentó liberarse de aquellas manos, pero al advertir que se trataba de Eneas, se serenó, aunque permaneció callada.

—¿No puedes decírmelo? —le preguntó—. ¿Qué te pasa?

—Ya sabes que dicen que estoy loca —contestó en voz baja.

—Ni por un instante lo he creído —dijo Eneas—. Quizá te halles atormentada por un dios, pero distas mucho de la locura.

—Ignoro la diferencia. Y no puedo callar cuando me llega la visión. He de expresarla...

Percibió que el temblor de su propia voz hacía sus palabras casi incomprensibles.

—Tal vez todos aquellos que ven más allá que el resto de la gente sean considerados locos por quienes son incapaces de captar algo más lejano que el desayuno del día siguiente —dijo Eneas, pasando un brazo en torno a sus hombros—. Cuando huiste corriendo, temí por ti, temí que cayeses y te hirieras. Ni por un momento consideré la posibilidad de que hubieras perdido la cabeza. Tampoco entiendo la razón de que te juzguen loca por advertir a nuestro pueblo de que los dioses ansían nuestra ruina. Incluso a mí, desde que llegué a Troya, me pareció que nos hallamos bajo la sombra de uno o más inmortales llenos de ira, y en cada viento creo oler el peligro de la destrucción.

La besó tiernamente en la mejilla.

—¿Puedes decirme ahora qué has visto? —preguntó a continuación.

Ella le miró a los ojos, súbitamente llena de confianza.

—He visto que sobrevivirás al peligro. Te he visto abandonar Troya vivo y sin daño.

Él le palmeó el hombro, con cariño.

—No hay duda de que es bueno saber eso. Pero no es lo que te preguntaba. Vamos, deja que te acompañe hasta el templo del Señor del Sol.

Ascendieron en silencio durante unos momentos. Luego él añadió:

—¿Sientes verdaderamente que no existe en esta guerra esperanza para Troya?

—Lo supe cuando Paris trajo a Helena. Y, créeme, no hay ruindad en lo que digo. He llegado a querer mucho a Helena, como si fuese mi propia hermana de sangre. Lo supe cuando Paris cruzó bajo las puertas de Troya para acudir a los Juegos; Héctor estuvo acertado al desear enviarle lejos, aunque sus razones fueran erróneas, Héctor temía que Paris tratara de convertirse en rey, pero ése no era el peligro...

Eneas acarició su mejilla.

—No comparto tu visión, Casandra, pero confío en ti; hablas sinceramente. Puede que yerres pero no por ruindad o por locura. Y si eso es lo que ves, puedes estar segura de que los dioses te lo transmiten para que lo digas.

Habían llegado ya a las puertas del templo.

—Cuando hables, siempre te escucharé, te lo prometo —dijo, abrazándola.

—Creo que fueron algunos inmortales quienes iniciaron esta guerra, pero que Afrodita tenía la oportunidad de ayudarnos o de destruirnos; y ahora parece que no se trata de ellos, sino que es la rivalidad entre otros dioses lo que nos amenaza. Cuando mi padre afirmó que ningún mortal podía derribar las murallas de Troya, supe que tenía razón. No pereceremos a manos de los aqueos sino de los dioses, e ignoro por qué ellos quieren destruir nuestra ciudad.

—Tal vez los dioses no necesitan razones para sus actos —opinó Eneas.

—Es lo que estoy empezando a temer —dijo Casandra.

El clima de Troya era mucho más cálido que el de Colquis; las serpientes que Casandra trajo de la ciudad de la reina Imandra se mostraban aquí más activas y ella tenía que dedicar gran parte de su tiempo a atenderlas.

Por esta razón, no se enteró de inmediato que el Consejo determinó que ni Paris ni Menelao habían ganado el duelo y que se proclamaría una tregua mientras seguía considerándose la cuestión. Casandra comprendió que esta decisión carecía de relevancia; ambas partes se hallaban resueltas a continuar la lucha, así que prestó escasa atención al asunto. Aún seguía ocupada con las serpientes cuando le llegaron noticias de que se habían reanudado las hostilidades. Más tarde alguien le dijo que la tregua se había roto cuando uno de los capitanes argivos, quien afirmaría después que lo había impulsado la diosa Doncella, lanzó una flecha contra Príamo, agujereó su mejor traje y estuvo a punto de matarlo.

Pocos días después, en la protección de la muralla, contempló junto a las demás mujeres del palacio cómo se congregaban las fuerzas de Héctor, tanto las de carros como los infantes armados. Oyó decir a las mujeres que Eneas había aceptado un desafío de Diómedes, el aqueo que había luchado con Glauco.

Creusa no tomó muy en serio la noticia.

—No he oído que Diómedes sea un guerrero del que preocuparse —comentó—. ¿Qué había sido aquel intercambio de regalos sino una excusa para sustituir la pelea por la charla?

—Yo no tendría eso muy en cuenta —dijo Helena—. Es evidente que ese día ambos bromeaban, pero he visto a Diómedes cuando estaba realmente dispuesto a combatir y creo que quizá sea más fuerte que Eneas.

—¿Tratas de asustarme? —preguntó Creusa—. ¿Estás celosa?

—Querida, créeme —dijo Helena—. No tengo interés en más marido que en el propio.

—¿En cuál? —inquirió Creusa, en tono impertinente—. Hay dos que afirman serlo y nadie habla en Troya de ninguna otra mujer.

—No es mía la culpa de que no tengan nada que hacer, excepto ocuparse de los asuntos de la familia real —contestó Helena—. Dime, ¿hay alguna mujer en Troya que afirme que le he dicho una sola palabra a su marido que no pueda repetirse ante mi madre y la suya?

—No digo eso —murmuró Creusa—. Pero, al parecer, te gusta exhibirte ante todos los hombres como la diosa...

—Entonces tu agravio proviene de ella, no de mí, Creusa; no me culpes de lo que la diosa haga.

—Supongo que no... —empezó a decir Creusa, pero Casandra la interrumpió.

—No seas tonta, Creusa. ¿No es ya bastante malo que los hombres estén en guerra? Si las mujeres empezamos también a pelear entre nosotras no quedará en Troya ni un ápice de sentido común.

—Si los dioses y las diosas están disputando, ¿cómo podremos quedarnos al margen de la disputa? —preguntó Andrómaca—. Creo que tal vez a los dioses les complazca vernos luchar, como les complace luchar entre sí. Sé que el mayor placer de Héctor es el combate, y que lloraría si esta guerra acabase mañana.

—Lo que me inquieta es que parece propiciarla —afirmó Helena—. Cualquiera pensaría que se halla poseído por Ares. Casandra, tú que eres sacerdotisa, ¿es verdad que los hombres pueden ser poseídos por sus dioses? Ella pensó en Crises y dijo:

—Es cierto, pero ignoro cómo o por qué sucede. Creo que no basta que lo deseen. Helena, yo te he visto eclipsada por la diosa. ¿Cómo pudo suceder?

—No me digas que deseas mostrarte como Afrodita —dijo Helena, riendo—. Creí que eras enemiga suya. Casandra hizo un gesto piadoso.

—Lejos de mí la idea de ser enemiga de ningún inmortal —declaró—. No la sirvo porque me parece que la Bella no es una diosa como son la Madre Tierra y la Madre Serpiente, e incluso la Doncella.

—¿Cuándo una diosa no es una diosa? —inquirió Helena con una extraña sonrisa—. Me parece que no te entiendo, Casandra.

—Quiero decir que las diosas de vuestras gentes aqueas son diferentes de las de nuestro pueblo —afirmó Casandra—. Vuestra diosa Doncella, la guerrera, Atenea, es la clase de diosa que un hombre hubiese inventado, porque dicen que no nació de mujer sino que surgió armada de la cabeza y de la mente de Zeus. Y sin embargo, pese a sus armas, es una muchacha con todas las virtudes domésticas que la harían ser una buena esposa de cualquier dios. Atiende a sus hilados y tejidos y es patrona de la vid y del olivo. ¿Acaso no crearía un hombre una doncella guerrera como ésa, valiente y virtuosa, pero sumisa al más grande de los dioses? Y vuestra Hera es como nuestra diosa Tierra pero, los aqueos la llaman sólo esposa de Zeus Omnipotente y afirman que le está sometida en todo mientras que la Madre Tierra es todopoderosa por sí misma. Ella alumbra todas las cosas, pero sus hijos y sus amantes van y vienen, y ella los acepta según su voluntad; cuando el dios de la Muerte se apoderó de su hija, ella paralizó por completo a la Tierra, de modo que nadie parió ni dio fruto...

—Mas nosotros tenemos también una diosa de la Tierra —puntualizó Helena—. Demeter. Dicen que cuando Hades se apoderó de su hija, ella provocó un invierno de frío y oscuridad terribles, y consiguió que Zeus ordenara que la muchacha tuera devuelta a su madre...

—Exactamente —la interrumpió Andrómaca—. Aseguran que hasta la Madre Tierra se halla plegada a la obediencia de ese gran Zeus. Pero tal cosa no tiene sentido. ¿Por qué había de estar sometida a hombre o dios alguno la diosa Tierra, que es todopoderosa y anterior a todo?

—Si vais a discutir acerca de cuál de los dioses es más poderoso —dijo Helena—, también hay que considerar que la fuerza del amor puede alterar las vidas de los hombres, y también de las mujeres, y cegarlos para todo lo demás...

—Creando el desorden y el aniquilamiento, querrás decir —declaró Casandra.

—Hablas de ese modo, Casandra, sólo porque nunca te has visto bajo el dominio de Afrodita —observó Andrómaca—. Si la desafías, ella te lo hará pagar.

Bien cierto era. Casandra evocó el espantoso conflicto que sintió en brazos de Eneas. Ignoras que ella ya me hace sufrir. Pero no podía hablar de aquello ante ninguna de las mujeres presentes.

—Lejos de mí tal propósito —manifestó Casandra—. No desafío a nadie, especialmente a ningún inmortal.

Sin embargo, mientras hablaba, recordó el momento en que Crises le dijo que su reto constituía una provocación al propio Apolo. ¿Era cierto o se trataba tan sólo de que el sacerdote sentía el rencor que cualquier hombre experimenta hacia una mujer que no había satisfecho su lascivia? Y ella... aunque sólo fuese en un sueño... había desafiado el poder de Afrodita.

—Incluso dicen de Apolo —continuó, un poco temerosa de ofender al dios con sus palabras —que mató a la Madre Serpiente y que le arrebató su Poder. Mas todos los hombres consideran malvado a aquel que mata a la mujer que le dio el ser, ¿podrían los inmortales aceptar en un dios lo que se considera perversión en cualquier hombre? Si lo que dicen es cierto, Apolo no sería dios sino el peor de los demonios, lo que con seguridad no es.

—Y por lo que se refiere a la Madre Tierra, que hizo que en todo un año no hubiera flores, ni frutos, ni cosechas

serpientes como pudiera. Ésta había acostado a su hijo y a Miel ambos abrazados a una inquieta serpiente. Cuando Casandra se inclinó para acariciar a los niños, su mente estaba llena de imágenes de techos que se desplomaban. Ordenó que llevaran sus camas al patio donde nada los aplastaría.

Luego corrió hasta allí, y gritó:

—¡Oh, Apolo! ¡Aparta la mano de tu hermano que agita la tierra! ¡Las serpientes me han transmitido tu aviso; permite que todos tus servidores lo escuchen!

Acudieron muchos al oírlo.

—¿Qué sucede? —preguntó Crises—. ¿Estás enferma? ¿Te ha fulminado la mano del dios?

Casandra trató de dominar el insoportable temblor de su cuerpo. Se esforzó por hablar de un modo racional, incluso por pronunciar bien las palabras.

—Las serpientes del templo del Señor del Sol me lo han anunciado —gritó, sabiendo que parecía estar enloquecida, o algo peor—. Como hicieron cuando murió Melianta, se muestran inquietas y tratan de escapar. Antes de que llegue la mañana se agitará la tierra. Todo lo que sea valioso ha de ser puesto a buen recaudo y nadie debe dormir esta noche bajo un techo si no quiere perecer.

—Está loca —afirmó Crises—. Sabemos que desde hace muchos años delira profetizando.

—No importa —dijo uno de los sacerdotes más ancianos—. Sea lo que sea o ignore de los dioses, en Colquis aprendió todo lo referente a las serpientes de una mujer versada en tal arte. Si éstas le han transmitido el presagio...

—El augurio ha sido formulado; no podemos desoírlo —decidió Caris—. Hagamos lo que dice o pagaremos las consecuencias. Por lo que a mí se refiere, prepararé mi lecho bajo el cielo que, al menos por ahora, no caerá sobre nosotros.

Ya había oscurecido, se repartieron antorchas y las sacerdotisas pusieron manos a la tarea de retirar del exterior todo lo que peligrase si caían piedras o se desplomaban los muros. Crises aún protestaba. Le convenía, pensó ella, que se creyese que nada de lo que ella decía era cierto.

Corrió hacia la entrada.

—Abrid las puertas —gritó—. ¡He de ir a alertar a las gentes de la ciudad y al palacio de Príamo!

—dijo Helena—; el año en que la isla de los atlantes se hundió en el océano (según contaba el padre del padre de mi madre), se sucedieron grandes terremotos e inmensas nubes de cenizas ocultaron el sol, y no hubo verano, porque se conmovieron los cimientos mismos de la tierra, ¿quién podría imaginar que aquello fuese obra de un dios? No sería sorprendente que los hombres se sintieran traicionados por la Madre Tierra y trataran de poner fin a sus desvaríos, imponiéndole un amo que la obligara a servir a los hombres como debía...

—No lo creo —le interrumpió Creusa, con nerviosismo—. De poco sirve cuestionar aquí la conducta de los inmortales. No se presentan a los hombres para responder ante ellos de sus acciones. Puede que decidan castigarnos por esto.

—¡Oh, qué tontería! —exclamó Casandra—. Si fueran tan estúpidos y celosos de su poder, ¿por qué iba a **servirlos** nadie?

—Y tú, que juraste servir a los dioses, ¿no les temes? —preguntó Andrómaca.

—Temo a los dioses —afirmó Casandra—, pero no a las caricaturas que de ellos hacen los hombres.

En el templo del Señor del Sol, las serpientes parecían comportarse de forma extraña, y así lo dijo Filida cuando Casandra acudió a verlas. Algunas se ocultaban y no salían siquiera para comer o bañarse. Otras se mostraban pasivas y aletargadas. Mientras pasaba de una a otra, tratando de averiguar el motivo que las perturbaba, recordó el terremoto del día en que murió Melianta. ¿Era aquello un aviso de un golpe similar de la mano de Poseidón?

Debería enviar un mensaje al palacio, pensó. Pero la última vez que expresó un augurio ante sus habitantes fue objeto de burlas e improperios y Príamo le prohibió que volviese a profetizar. No me creerán mientras sólo sea un presagio. Y entonces supo, sin sombra de duda, que no debía negarse a escuchar la voz que le enviaba el augurio. No porque ella fuera capaz de hacer algo para detener la mano de cualquier dios que desencadenase el terremoto, sino porque parte de lo peor de su furia podía ser paliado. Aturdida, tomó un manto y le gritó a Filida que atendiese a las

—¡No! —ordenó Crises—. ¡Detenedla!

Se acercó a Casandra y trató de cogerla por los brazos, para impedir por la fuerza que abandonase el templo.

—Si ha de darse aviso, haced sonar la alarma; así las gentes saldrán de sus casas sin que nadie les diga que todos hemos sido castigados por los dioses y que nos sentimos agitados sin otra razón que los sueños de una estúpida muchacha.

—¡Ay de ti si me tocas! ¡Voy a advertirles, como los dioses decidieron!

Sus gritos le impresionaron tanto que saltó, y ella se precipitó hacia la puerta antes de que hiciese un nuevo intento de detenerla. Cuando estuvo en la calle proclamó, forzando al máximo su voz:

—¡Oíd! ¡Las serpientes del Apolo han transmitido el augurio! ¡La tierra temblará! ¡Protégeos como podáis! ¡Que nadie duerma bajo un techo que puede derrumbarse sobre su cabeza!

Al oírla, las gentes salieron a las puertas de sus casas. Empujada por un terrible apremio, prosiguió su carrera, repitiendo una y otra vez su presagio. Oyó voces y gritos tras ella. Algunos decían:

—¡Escuchad el augurio de la sacerdotisa de Apolo!

Pero otros protestaban.

—Fue maldecida por el dios, ¿por qué habíamos de creerla?

Era como si estuviera invadida por el fuego, ardiendo con el calor del presagio que aullaba y llameaba en su seno. Bajó frenéticamente por las calles, aullando su augurio mil veces. Cuando recobró la conciencia de su entorno, vio que se hallaba en el patio exterior del palacio, y que la garganta le dolía. Más de una docena de personas del palacio la contemplaban. Roncamente, reiteró su advertencia:

—Que nadie duerma bajo un techo; el dios agitará la tierra y los edificios caerán... caerán... Helena, tus hijos... Paris...

Lo cogió por los hombros y él la rechazó con violencia.

—¡Estoy cansado de esto! ¡Bastantes augurios malos has proferido ya! ¡Te juro, Casandra, que te haré callar con mis propias manos!

Y sus manos se cerraron en torno de su cuello. Empezó a perder la conciencia de lo que sucedía y, casi con alivio, percibió que la oscuridad que la rodeaba se transformaba en un inmenso estallido luminoso, dentro de su cabeza.

Le dolía la garganta. Se llevó una mano al cuello, con esfuerzo.

—Sigue echada, y bebe un poco —le dijo una voz amable.

Probó el vino, tosió y se atragantó pero la copa permaneció ante, ella hasta que volvió a beber. Se despejó su mente. Se hallaba tendida sobre las losas y sentía su cabeza como si hubiera sido rota por un hacha.

Eneas se inclinó sobre ella y le dijo:

—Ya pasó todo. Paris trató de ahogarte, pero Héctor y yo lo detuvimos. De llamar loco a alguien...

—Pero tengo que hablar con él —insistió—. Se trata de sus hijos, de Helena...

—Lo siento —dijo Eneas—. Príamo ha ordenado a todos los del palacio que se acuesten. Afirma que los has trastornado demasiadas veces, y ha prohibido a todos que te escuchen. Pero, si te sirve de consuelo, he ordenado a Creusa que duerma en el patio con su bebé, y me parece que Héctor también te ha hecho caso porque dice que, tanto si conoces como si ignoras el proceder de los dioses, conoces el proceder de las serpientes. Ahora bebe un poco más y deja que te acompañe al templo del Señor del Sol. O, si lo prefieres, puedes quedarte aquí y compartir el lecho con Creusa y su bebé.

Sintió ganas de llorar ante el amor que se percibía en su voz. Sabía que era eso, y no una gran creencia en su augurio, lo que determinaba su conducta. Se puso en pie, sintiendo como si cada uno de los huesos de su cuerpo hubiese sido golpeado con un garrote.

—Tengo que volver —dijo—, para estar con los del templo, las serpientes, mi niña...

—Ah, sí. Creusa me contó que tenías una niña pequeña, una expósita supongo.

—Sí, eso es, pero ¿cómo lo sabías?

—Te conozco demasiado bien para imaginar que fueses capaz de deshonrar a tu familia teniendo un hijo fuera de un matrimonio honorable.

Y ella pensó: Ni siquiera mi madre confía tanto en mí.

—¿Me acompañas, pues?

—Será un placer —dijo él—. Pero saliste sin tu manto. Déjame que busque uno para que no te enfríes.

Le entregó un pesado manto que había visto llevar a veces a Creusa, y ella se lo puso. La noche se había tornado tría y Casandra, aún envuelta en el manto, tiritó, no tanto por la baja temperatura como por algún peligro sutil que captaba en el aire. Era como si pudiese oír los gruñidos de la misma tierra de abajo de la superficie. En su mente y en su corazón sentía una

opresión insoportable. Apenas pudo reunir fuerzas y voluntad para poner un pie delante del otro, y se apoyó en el brazo de Eneas. Luego, cuando él se inclinó para besarla, se apartó.

—No, no lo hagas —le rogó—. Deberías volver... tienes una mujer y unas hijas de quienes preocuparte si sobreviene...

—No recuerdes eso —le pidió y la atrajo más hacia sí.

Al cabo de un momento, dijo:

—Te quiero, Casandra.

La acarició suavemente del modo que tanto la inquietaba, y ella le rehuyó. Eneas añadió en voz baja.

—Amor mío. Ojalá tuviese derecho para enfrentarme con Paris por haberte agredido. Pero, si vuelve a hacerlo, descubrirá que es lo más peligroso que ha hecho nunca. Él no tiene ninguna autoridad sobre ti.

—No se da cuenta de eso —dijo ella.

Habían llegado ante las grandes puertas de bronce del templo, mas Casandra no entró. Por el contrario, se sentó sobre un muro bajo.

—No tengo marido —dijo—, por tanto, mi hermano se cree en el derecho de dirigirme. Supongo que, para los que no ven ni oyen lo que hago, mi profecía debe de parecerles locura. Tratan de protegerse contra ella negándose a creerla. Yo me siento tan dispuesta como cualquiera a ignorar lo que no quiero saber.

—Sí, me he dado cuenta —afirmó Eneas cariñosa e intencionadamente.

Se acercó aún más. Ella permitió que la besara pero suspiró, expresando cansancio, y Eneas se apartó.

—Volveremos a hablar de esto mañana —dijo— quizás...

—Si hay un mañana —dijo Casandra, tan fatigada que Eneas parpadeó sorprendido.

—Si no llegase ese mañana, lamentaría incluso más allá de la muerte no haber conocido tu amor —afirmó con tanto apasionamiento que ella sintió que su corazón se contraía como si una mano lo oprimiera.

—Creo que yo también lo lamentaría. Pero estoy tan cansada...

Y se echó a llorar.

—Entonces, amor mío, oremos para que haya mañana.

Mientras Casandra le veía alejarse, sintió el peso del mundo tembloroso, como si estuviese a punto de quebrarse y caer sobre su cabeza vacilante.

Dentro del templo, todos dormían en los patios, envueltos en mantas. Reinaba la tranquilidad, pero sentía violentas palpitaciones en su cabeza, que le hacían sentirse como si a cada paso fuese engullida por inmensas olas. Subió al patio de las serpientes. Allí dormían los niños. Se tendió junto a Miel y la tomó en sus brazos. Imaginó a la tierra como un gigantesco ofidio enroscado en la cintura de la Madre Serpiente, a quien se imaginaba como una mujer enorme y majestuosa, parecida a la reina Imanara. Tenía la impresión de que el suelo se mecía suavemente bajo ella y, cuando se sumió en el sueño casi confió en que aquellos anillos la sujetarían también a ella.

Por el contrario, tuvo la sensación de que se deslizaba a través de acres y campos de nubes, y una gran extensión de cielo; y al final llegó sin ser vista, a una gran montaña. Supo que se hallaba sola en la cumbre del monte prohibido en donde se reunían los dioses de los aqueos y oyó el lejano sonido del trueno cuando hablaron. Vio a Zeus Tenante como un hombre alto e imponente, en la plenitud de su vida, con una gran barba grisácea. Le pareció

que pequeños destellos de rayos se movían alrededor de sus cabellos, como una corona, cuando hablaba.

—Ahora que ha concluido ese absurdo duelo entre Paris y Menelao, es obvio que Menelao ha quedado vencedor. Os sugiero que **concluyamos** esta guerra estúpida para ocuparnos de nuestras propias cosas.

—¿Cómo puedes decir que Menelao ha vencido cuando no mató a Paris? —inquirió Hera.

Era una mujer alta e impresionante, quizá demasiado corpulenta, cuyos cabellos estaban peinados en forma de corona en torno a su cabeza.

—Insisto en que hay que destruir Troya: su soberano y sus gentes no me sirven como es debido. Además, soy la diosa del matrimonio, y Paris me insultó personalmente y huyó a Troya donde Helena fue recibida como su esposa sin ritos ni sacrificios alguno para mí.

—No importa, me rinden homenaje a mí y yo he bendecido su amor —dijo otra diosa de resplandecientes vestiduras.

Su cabellera estaba cubierta de rosas. Por su parecido con Helena, Casandra supo que era la dorada Afrodita.

—Tus ritos no son los del legítimo matrimonio —objeto Hera, un poco enfadada.

—No, me siento **orgulloso** de que así sea —dijo Afrodita—, porque los tuyos son sólo los aprisionantes lazos de la Ley y del Deber. Paris y Helena hacen honor al amor verdadero y estoy a su lado.

—No podía ser de otra forma —dijo Hera—. Sin embargo, yo soy la reina de los inmortales y, en uso de mi privilegio, exijo la destrucción de Troya.

Ante el tono de su voz, Zeus pareció inquieto, tan apurado como Casandra había visto a Príamo cuando discutían sus mujeres:

—Mi querida Hera, nadie pone en duda tu derecho a exigirlo —dijo—. Pero debe hacerse adecuadamente. No podemos destruir de repente la ciudad. Si los troyanos son capaces de defenderla, los aqueos no conseguirán arrebatársela. Atenea...

Casandra vio a la Doncella batalladora con el casco puesto, con su resplandeciente lanza como la de una amazona, cuando Zeus le hizo señas para que se acercase. Pero fue la regia Hera quien le habló:

— Ve, hija mía, y aconseja a los aqueos; están desmoralizados y a punto de zarpar. Anímalos a que reanuden la lucha y diles que yo, Hera, no permitiré su derrota.

—Eso parece una injusticia —dijo gentilmente la alta y solemne Atenea—, porque nada malo han hecho los troyanos. Y los aqueos son orgullosos. Si les entregas la ciudad de Troya, te prevengo de que cometerán en su jactancia v en su maldad actos tan perversos que ofenderán a todo dios conocido por la humanidad. Pero no tengo camino sino obedecer tu voz, Regia Señora.

Se inclinó ante Hera y voló. Casandra, mientras contemplaba la brillante estela de su casco, semejante a la cola de un cometa, se encontró de pie en la llanura que se extendía ante la ciudad de Troya, en donde Atenea se posó. Un gran garañón blanco cerraba el paso de la diosa al campamento aqueo.

—Poseidón, El que Hace Temblar la Tierra. ¿Por qué estás aquí? —preguntó Atenea.

Y la silueta del caballo ondeó como una imagen submarina y se convirtió primero en un centauro, mitad hombre y mitad caballo, y luego en un hombre fuerte y alto, con algas marinas en lugar de pelo.

Poseidón, el hermano de Zeus, pareció hablar con la voz tañante de su divino hermano.

—Has sido enviada a traicionar a mi ciudad. No te dejaré que entres en ella.

Y, al hablar, golpeó el suelo con el pie y se ovó un largo trueno y tembló la tierra...

Casandra despertó en el patio de las serpientes. Los dos niños aún dormían a su lado. Pero el suelo se ondulaba como si fuese líquido y pudo oír el sonido del trueno, ¿o era el golpear del pie de Poseidón? Gritó con fuerza, y Miel se despertó y comenzó a gemir. Casandra protegió a la niña con sus brazos y, a la luz grisácea del amanecer, vio cómo se inclinaba hacia uno y otro lado el gran arco de la entrada hasta que se desplomó.

Había una lámpara encendida en un ángulo del patio, que osciló y voló, y una lengua de fuego lamió el paño sobre el que estaba puesto. Casandra se levantó de un salto y apagó el fuego. De todo el templo surgían gritos de terror. El suelo se elevaba y se combaba. En la tierra se abrió una gran grieta que se extendió a través del patio y volvió a cerrarse. Casandra observó en silencio, sintiendo cómo se disolvía el gran peso de su mente. Había llegado; ya estaba libre de la opresión.

¿Habrían detenido su mano si hubiesen hecho sacrificios a Poseidón? No lo sabía ni podía saberlo. Dejó en el suelo el cántaro de agua con el que había apagado el fuego y corrió por los patios. Se habían desplomado varios edificios, incluyendo el dormitorio de las sacerdotisas. También habían caído la viga que soportaba una de las puertas de bronce de la Casa del Señor del Sol, que ahora colgaba de sus goznes, retorcida. El templo se hallaba en ruinas. Contempló la ciudad desde las puertas rotas. Las casas se habían convertido en escombros donde ardían fuegos por todas partes.

¿Debería bajar al palacio? No, había dado allí su aviso, y Príamo prohibió que la escuchasen. Probablemente, ni él ni Paris se sentirían complacidos si llegara diciendo: Os lo advertí. Pero lo había anunciado. ¿Porqué las gentes se negaban a oír la verdad?

Se volvió lentamente hacia el templo de Apolo. Al menos los suyos la habían escuchado; al parecer, todos habían sobrevivido y los pocos incendios que se produjeron fueron rápidamente sofocados. Nada podía hacer en el palacio de Príamo. Fue a buscar a los niños. Estarían asustados por el terremoto y la necesitarían.

La reconstrucción del templo del Señor del Sol comenzó casi de inmediato. Eran tantos los edificios destruidos, y algunos en tal magnitud, que Casandra pensó que sería necesaria la fabulosa fuerza atribuida a los titanes para alzar de nuevo los muros. Resultaba imposible recolocar algunas de las grandes piedras con la actual escasez de obreros, la mayor parte de los hombres de la ciudad se hallaban ahora luchando a las órdenes de Héctor contra los aqueos.

Gracias a la oportuna advertencia de Casandra no se perdieron vidas en el templo de Apolo. Varios sacerdotes sufrieron heridas. Había piernas rotas, clavículas astilladas y algún tobillo quebrado por las piedras y cascotes que cayeron, y se produjeron muchas quemaduras entre quienes se encargaron de extinguir los incendios. En la confusión, una o dos serpientes habían escapado, o refugiado bajo piedras amontonadas, y aún no habían sido halladas. Una de las sacerdotisas más ancianas enloqueció de espanto y no volvió a pronunciar ni una sola palabra cuerda; las demás la trataron con una pócima de hierbas y tocaron para ella músicas sedantes, pero los curanderos más experimentados consideraron improbable que llegara a recobrar por completo el juicio.

En términos relativos, el templo de Apolo había salido bien librado. Decían que varias sacerdotisas habían muerto en el templo de la Doncella cuando se hundió el techo de su dormitorio. Nadie sabía cuántas y Casandra pensó con preocupación en su hermana Polixena, pero no tuvo tiempo para ir a informarse sobre ella. Procuró creer que si Polixena hubiese muerto le habrían transmitido la noticia.

Como siempre, los más afectados fueron los barrios más pobres de la ciudad, con sus precarias casas de madera y sus hogares inadecuadamente protegidos. De haberse producido

el seísmo unas horas antes, la catástrofe habría sido aún mayor puesto que, debido a lo tardío de la hora, casi todos los fuegos encendidos para preparar la cena se habían apagado.

Aun así, en las calles yacían muertos incontables excepto donde, al arder, las casas les habían proporcionado su propia pira fúnebre. Algunos cadáveres todavía se hallaban bajo los edificios desplomados cuyos escombros habría que retirar para recuperarlos, ya que con harta frecuencia los espíritus de los muertos insepultos desencadenaban la peste como venganza. Los sacerdotes de Apolo trabajaron noche y día, pero no fue suficiente y todo el mundo temía la represalia de tantos cadáveres sin enterrar.

El palacio de Príamo tampoco quedó sin daño. Los edificios eran de piedras titánicas que habían resistido la fuerza de la furia de Poseidón pero se desplomó una estancia, aquella donde dormían los tres hijos de Paris y Helena. La mayoría de los familiares de Príamo, incluyendo estos últimos resultaron ilesos.

Nikos, el hijo de Helena y de Menelao, había evadido en compañía de Astiánax la vigilancia de sus niñeras. Ambos durmieron al aire libre en uno de los patios contra las órdenes recibidas, y ambos escaparon sin daño y sin castigo. Mas el palacio se hallaba sumido en duelo por la muerte de los hijos de Paris. La tregua se prolongó hasta después de los ritos fúnebres y el sepelio de los niños.

Casandra bajó al palacio para unirse al duelo de las mujeres; puesto que, dada la circunstancia de que ninguno de los niños, había cumplido los siete años, los guerreros no podían hacerse eco oficialmente de la muerte de quienes se hallaban todavía confiados a los cuidados femeninos. Allí

estaba Paris, tratando de consolar a Helena. Ésta parecía pálida y cansada; y también se hallaba Nikos, como para recordar a su madre que aún tenía un hijo.

Helena se levantó, para recibir a Casandra y la abrazó.

—Trataste de advertirme, hermana, y te lo agradezco.

—Lo siento —le contestó—. Sólo quiero...

—Lo sé —dijo Helena—. Esta pena no es nueva para mí. Mi segunda hija no vivió; tendría un año menos que Hermione y dos años más que Nikos. Nunca llegó a respirar. Cuando nació Nikos fuerte y sano, y conté una reina para Esparta y un hijo para que Menelao le educara como guerrero, hice el propósito de no tener más hijos. Pero nada fue como yo había decidido.

—Rara vez sucede en este mundo de mortales —afirmó Casandra.

Paris se aproximó a tiempo de escuchar estas últimas palabras y se dirigió a Casandra en tono irritado.

—Así que has venido a resaltar tu triunfo.

—No —contestó abrumada—. Sólo para deciros cuánto lo lamento.

—¡No necesitamos tu compasión, pájaro de mal agüero! —tronó Paris, furioso—. ¡Tu propia presencia nos trae mala suerte!

—¡Calla, Paris! ¡Qué vergüenza! —intervino Helena—. ¿Has olvidado ya que vino a tratar de prevenirnos de la ira de Poseidón? ¿O la acogida que tuvo su intento?

Paris se limitó a mirarla con desdén, pero Casandra se dio cuenta de que parecía un poco abochornado. Bien, ella no necesitaba de su consideración para seguir viviendo; prefería contar con la de Helena.

Los niños fueron incinerados, según la costumbre y enterradas sus cenizas. La tregua duró dos días más y luego fue rota por un capitán troyano (quien, como el aqueo que violó la tregua anterior, afirmó que le había impulsado uno de los dioses aunque se negó a decir cuál). Lanzó una flecha e infligió a Menelao una herida dolorosa pero (por desgracia, dijo Príamo) no fatal.

De haber muerto Menelao, afirmó el rey, los aqueos habrían tenido una buena excusa para acabar la guerra y regresar a su país. Casandra no estaba segura de eso; quizá los dioses se hallaban realmente ansiosos de destruir la ciudad, como ella había visto en su... ¿O sólo fue un sueño?

Únicamente las mujeres se mostraron preocupadas por el final de la tregua. A Héctor, pensó Casandra, le complacía volver a la lucha. Partió en su carro al día siguiente para ponerse al frente de los ejércitos troyanos, yendo y viniendo ante la larga formación de infantes, aregándolos mientras los aqueos se disponían al combate. Como de costumbre, las mujeres observaban desde la muralla.

—Héctor es ciertamente el mejor auriga —comentó Andrómaca.

Creusa se echó a reír.

—Querrás decir que tiene el mejor auriga —declaró—, y me parece que Eneas al menos le iguala. ¿Quién es el auriga de Héctor? Conduce como el viento... o como un demonio.

—Troilo, el hijo menor de Príamo —dijo Andrómaca—. Quería participar en el combate, pero Héctor deseaba no perderle de vista. Le preocupa porque no tiene más de doce años y es bisoño en la lid.

—¿Cree de veras Héctor que Troilo estará más seguro en su carro? Me parece que es allí donde la lucha será más dura y que, en consecuencia, Héctor no tendrá tiempo para protegerle —dijo Casandra.

Andrómaca se encogió de hombros.

—No me preguntes lo que Héctor piensa.

Casandra se dio cuenta de que para Andrómaca, Troilo no significaba nada, sólo era el hermano menor de su marido. Lloraría su muerte, pero del mismo modo que había llorado la de los hijos de Helena, como un deber familiar.

Helena, con los ojos enrojecidos, aún parecía ajada y desfallecida por el dolor. Apenas se había molestado en apartar de la cara sus cabellos, que parecían deslustrados, y menos aún en peinárselos y ungirlos con aceites aromáticos. Vestía una vieja túnica manchada, y era casi imposible encontrar en ella rastros de la belleza fulgurante que tuvo cuando la poseíala diosa del amor. Pero Casandra le recordó con la ternura que siempre sentía por su cuñada. ¿Era éste un signo de indiferencia hacia Paris? ¿O un reproche para la escasa atención que él había dedicado a sus hijos? Imaginaba que Helena se sentiría confortada por no haber perdido en el terremoto a su varón primogénito, pero percibía que los hijos de Paris habían sido más queridos por Helena que el que concibió de Menelao.

Volvió los ojos hacia el campo de batalla donde Eneas recorría la vanguardia en su espléndido carro, voceando lo que imaginó que era un desafío. Había visto que las hostilidades adoptaban con frecuencia los requisitos de los duelos entre campeones. Era algo muy distinto de las batallas campales que libró cuando vivía con las amazonas, combates desordenados en los que cada uno mataba a tantos como pudiese y de la forma que pudiera.

—Allí ha encontrado a alguien que acepta su reto. ¿Quién es? —preguntó Creusa.

—Diómedes —contestó Helena.

—El que cambió de armadura.

—El mismo, sí —dijo Andrómaca—. Pero creo que Eneas es un luchador más duro, con ese carro y tales caballos.

—Su madre fue sacerdotisa de Afrodita o, según algunos, la propia Afrodita —explicó Creusa—. Y ella le regaló esos caballos cuando vino a Troya... Mirad, ¿qué sucede?

Bajo ellas, Diómedes acometía como un loco a Eneas y con su lanza logró volcar el carro, arrojándolo al suelo. Creusa, gritó, pero su marido se puso en pie de un salto, evidentemente

ileso, con la espada desenvainada y dispuesta. Pero Diómedes había cortado los arneses de los caballos y se apoderó de sus riendas; de sus gestos podía deducirse que reclamaba como suyos a los caballos y al carro. Eneas gritó, protestando con rabia, en voz tan alta que pudieron oírla las mujeres aunque no entendieran las palabras que pronunciaba. Se volvió hacia Diómedes y, mientras le observaban, pareció aumentar de estatura ante sus ojos y un aura resplandeciente rodeaba su cabeza. En la mente de Casandra relampagueó un pensamiento: ¿Cómo? ¡No sabía que sus cabellos fueran del mismo color que los de Helena! Entonces comprendió que veía ante sí a la propia diosa de la belleza, lanzándose contra Diómedes con la furia de un inmortal. Diómedes se alteró visiblemente, puesto que no estaba preparado para aquello. Pero su valor no se debilitó; se lanzó contra la imponente silueta de Afrodita y la acometió con su espada, hiriéndola en una mano.

De repente, fue otra vez Eneas quien estaba en el campo, gritando como una mujer y temblándole la mano que manaba la sangre. Diómedes no perdió la ventaja ganada pero, con el escudo y la espada, se dispuso a la defensiva. Eneas contraatacó con vigor y, al cabo de un instante, Diómedes se hallaba tendido en el suelo cuan largo era. Unos segundos después, Agamenón y cuatro de sus hombres fueron en socorro de Diómedes, rechazando a Eneas con un torbellino de golpes. Surgió el carro de Héctor y éste saltó al suelo, intercambió salvajes estocadas con Agamenón, y subió a Eneas a su carro. Se retiraron rápidamente hacia las puertas de Troya, mientras un puñado de soldados de Héctor rechazaba a Agamenón y a los suyos y recuperaban el carro y los caballos de Eneas.

—Está herido —grito Creusa mientras corría ya escalera abajo.

Las demás mujeres la siguieron de inmediato, justo en el momento en que llegaba el carro de Héctor. Éste saltó a tierra e hizo un gesto imperioso para que se apartaran.

—Atrás —les dijo—. Dejad que cerremos las puertas si no queréis que entren Agamenón y la mitad del ejército aqueo.

Las mujeres retrocedieron y los hombres empujaron las puertas hasta cerrarlas, atrapando entre sus hojas a un infortunado soldado aqueo.

—Lanzadlo por la muralla a sus amigos —ordenó Héctor—. Ellos lo quieren y nosotros no.

Creusa sostenía a Éneas mientras llamaba a los curanderos para que acudiesen a vendar su mano. Parecía aturdido pero cuando acudió Casandra y se encargó de vendarlo, le sonrió.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Si tú no lo sabes —terció Héctor—, ¿cómo vamos a decírtelo? Estabas luchando con Diómedes y de repente te detuviste...

—No fuiste tú, sino Afrodita —declaró Helena—. Luchó ella a través de ti.

Eneas se echó a reír.

—La verdad es que no recuerdo nada más que mi rabia cuando Diómedes trató de apoderarse de mi carro y de mis caballos; lo que después supe fue que mi mano sangraba y que oía gritar a alguien...

—Fuiste tú quien gritó —dijo Héctor—, o la diosa.

Eneas rió de nuevo.

—La Bella —declaró—, gritando todo el camino de aquí hasta el Olimpo, supongo, para sentarse en el regazo de Zeus Tonante y hablarle de los horribles hombres que pelean. Confío en que el Tonante le ordene de un modo perentorio que a partir de ahora permanezca apartada del campo de batalla. Éste no es sitio para las mujeres... ni siquiera para las diosas.

Casandra prosiguió vendando su mano.

Eneas la miró a los ojos y le sonrió. Ella lo seguía viendo con el atractivo que le había conferido la diosa y su corazón latió con más fuerza. Se dio cuenta de que no sería capaz de resistirse si la buscaba de nuevo. ¿Es ésta la venganza de Afrodita por no haberla servido? ¿Me ha conquistado Afrodita cuando Apolo no lo consiguió?, se preguntó.

Terminó de vendarlo, y soltó su mano lentamente. Estaban cerca de un pequeño puesto donde a mediodía los soldados compraban pan y vino. Héctor se dirigió hasta allí y volvió con dos copas. Tendió una a Eneas, pero éste la rechazó.

—Bébelo; has perdido sangre —le aconsejó Creusa.

Pero él negó con la cabeza.

—Me he hecho cortes peores y he perdido más sangre afeitándome —dijo, pero, a pesar de eso, se bebió el vino—. Me pregunto si dirán de esto locuras semejantes a las que contaron cuando apareció la diosa en el combate entre Paris y Menelao.

—Sin duda —aseguró Casandra—. A los aqueos parece gustarles esa clase de historias.

Eneas no apartaba sus ojos de ella.

—Los dioses harán como les plazca, y no lo que nosotros les pidamos —dijo—. Sin embargo, y lo juro por mi divina antepasada, desearía que se fuesen y nos dejaran luchar solos en esta guerra. No es asunto suyo sino nuestro.

—Pues yo creo que quizá sea más suyo que nuestro, y que poco podemos objetar al respecto —intervino Helena.

—¿Por qué? ¿Qué les importa a los dioses quién gane una guerra entre mortales? —preguntó Andrómaca.

—¿Por qué no? —preguntó a su vez Héctor, encogiéndose de hombros.

Y ni Casandra se aventuró a responder a aquello.

—Hubo un tiempo —añadió Héctor—, en que creí que todos estábamos a merced de las fuerzas aqueas. Pero ahora que Aquiles las ha abandonado...

—Por poco tiempo —aseguró Helena—. No puedo imaginarme que el gran Aquiles permanezca metido en su tienda y enfurruñado como un chiquillo...

—Pero precisamente eso es Aquiles —dijo Eneas—. Un chiquillo cruel y arrogante. Puede que exista algo de grande y de heroico en la derrota ante un loco, pero un chiquillo chiflado es otra cosa.

Héctor afirmó sin cambiar de expresión:

—No debemos poner en cuestión las decisiones de los dioses.

—Si los dioses toman decisiones semejantes a las que tomaría un hombre loco, tal vez no deban ser obedecidas ciegamente —objetó Eneas y, bajando la voz mientras miraba temeroso a su alrededor, añadió—: Quizás están probándonos para comprobar si tenemos la inteligencia suficiente para oponernos a ellos.

—Tal vez sean tan tercos como Aquiles; y si no pueden dirigir el juego, rompan todos los juguetes —dijo Helena.

—Creo que es algo así —intervino Héctor—, y que nosotros somos los juguetes.

Durante los días que siguieron, Casandra tuvo noticias de la guerra por la anciana vendedora de tortas. Al parecer, Aquiles continuaba en su tienda, sin asomarse ni siquiera para animar a sus compañeros. La guerra continuaba sin grandes cambios. Héctor había luchado con Ayax, en un duelo que se prolongó hasta que la noche les impidió proseguir sin que ninguno de los dos alcanzara ventaja alguna sobre su adversario. Agamenón intentó presionar con una baladronada amenazando con retirarse de la guerra si Aquiles no luchaba. Pero los aqueos acogieron la amenaza con tanto entusiasmo, corriendo hacia sus naves y

apresurándose a recoger sus pertenencias, que hubo de dedicar buena parte del día siguiente a convencer a sus hombres de que volviesen, ofreciéndoles regalos y sobornos para que continuaran la contienda.

Casandra pasó la noche sumida en sueños confusos sobre el Olimpo. Hera, alta y orgullosa, exigía ayuda para la destrucción de Troya.

—Zeus nos ha vedado intervenir —declaró la majestuosa Atenea, sombría y entristecida—, aunque me ha permitido aconsejar a los tróvanos, si es que atienden a mi sabiduría. ¿Porqué les odias tan fanáticamente, Hera? ¿Aún te sientes celosa de que Paris no te otorgase la corona de la belleza? ¿Qué esperabas? Al fin y al cabo, Afrodita es la diosa de la belleza. Aprendí hace largo tiempo a no competir con ella. ¿ Y por qué ha de importarte lo que un mortal piense?

—¡Poseidón! —La orgullosa diosa se volvió hacia el dios marino, corpulento, barbudo y musculoso como un nadador—. Ayúdame a destruir las murallas de Troya. Zeus lo ha ordenado, no se enojará.

—No lo haré —dijo Poseidón—. No, hasta que llegue el momento decretado. Sé que no debo conspirar con una mujer contra la voluntad de su esposo.

Destelló un relámpago, dio un golpe con el pie y gritó: —¡Te arrepentirás!

Pero Poseidón había adoptado la apariencia de un gran garañón blanco y galopaba ya a lo largo de la costa; el ruido de sus cascos era como la acometida de las olas contra el malecón que habían erigido los aqueos.

Casandra se despertó aterrada, oyendo el sonido de la cólera de Poseidón y preguntándose si presagiaba otro terremoto. Pero todo era silencio en el templo y volvió a dormirse. Por la mañana descubrió que de mesas y baldas habían caído algunos vasos y platos, y que una lámpara volcada se había quemado sobre las losas sin propagar su fuego. Si se había producido un terremoto, había sido pequeño, apenas poco más que un simple encogimiento de los hombros del dios. Las querellas de los inmortales parecían tan carentes de solución como los interminables duelos entre los soldados. Bueno, pero los soldados no eran más que hombres y no podía culpárseles en exceso por conducirse de modo tan estúpido, mas Casandra consideró que los dioses debían comportarse de mejor manera.

Decidió que aquel día no acudiría a las murallas. Ya estaba cansada de tantos desafíos y suponía que, con Aquiles todavía encerrado en su tienda, nada más sucedería. Era sorprendente la cantidad de tiempo que había perdido en los últimos días, chismorreando con las demás mujeres mientras observaban desde las murallas.

A Miel empezaban a quedársele pequeños sus vestidos. Casandra decidió dedicar toda la mañana a examinar sus ropas y consultar con las sacerdotisas. Tal vez pudiera hallar entre las ofrendas algo que le conviniera a su hija. Le dieron un paño teñido de un tono azafranado que iría bien con el pelo negro y rizado de la niña y con sus ojos oscuros y vivaces, del que se podría hacer un vestido y un pañuelo. La niña también necesitaba sandalias; ahora corría por todas partes y a consecuencia del gran terremoto, los patios estaban llenos de cascotes que podían lastimar sus pies. Casandra pensó en llamar a una sirviente con objeto de que fuese al mercado en busca de cuero para unas sandalias pero luego decidió ir ella con la niña.

Miel ya estaba lo bastante crecida para caminar a su lado y comprender que iba a tener sandalias como una niña mayor. Disfrutó al sentir la manita gordezuela en su mano. Examinó con detenimiento las sandalias que estaban en venta, comprobando que sus precios no eran desmesurados. Probó a la niña un par de apariencia consistente y, tras haberse asegurado de que eran de su medida, dejó a la pequeña Miel que escogiera el modelo que más le gustase.

—¿No deseas otras para ti, señora? —le preguntó el vendedor.

Por hábito, Casandra iba a decir que no. Luego siguió la mirada del hombre hasta sus pies. Sus sandalias estaban muy desgastadas, la suela era ya muy fina y una de las correas había sido remendada varias veces. Al fin y al cabo, las usaba ya cuando fue a Colquis y con las mismas sandalias volvió.

—Estas sandalias han dado media vuelta al mundo. Supongo que merecen un honroso retiro como una vieja yegua —dijo.

Permitió que el vendedor le mostrase varios pares, que le quedaban demasiado grandes. Al final él midió su pie y

declaró:

—Señora, tienes un pie tan pequeño que tendré que hacértelas a medida.

—Yo no di forma a mis pies —respondió Casandra—, pero hazme un par como ése. Le señaló las que más le gustaban de entre las que le había mostrado. Mientras tanto, supongo que puedes volver a remendarme estas correas.

—No creo que aguanten, han sido ya recosidas muchas veces —objetó—. Si accedes, señora, a esperar en mi humilde tienda, en tan sólo media hora tendré dispuestas las nuevas. ¿Puedo ofrecerte un vaso de vino? ¿Una raja de melón? ¿Otro refrigerio? ¿No? ¿Algo para la niña? —No, gracias —dijo Casandra.

Miel debía aprender a aguardar pacientemente cuando fuese necesario. Se quedó allí, observando cómo el artesano recortaba las suelas de las sandalias que le estaban grandes, cambiando de lugar las correas y cosiéndolas con una gruesa lesna. Era de hierro, sin duda, por eso trabajaba con rapidez. Las leznas de bronce no penetraban con tanta facilidad en el cuero. Se preguntó si habría burlado el bloqueo o si la habría conseguido de los aqueos, y decidió que era mejor no saberlo. Ese comercio estaba prohibido pero, si los celadores de Príamo fuesen a encarcelar a todo el que traficase ilegalmente, acabarían por desaparecer los intercambios y se paralizaría la ciudad.

Tras el largo asedio, era difícil ya conseguir muchos víveres; lo que había salvado a la ciudad era la profusión de huertos existentes dentro del recinto amurallado. De sus vides y olivos obtenían el vino y el aceite y allí cultivaban también las hortalizas. En muchas casas tenían antes jaulas de palomas o de conejos dispuestos para el sacrificio. Ahora se los comían, librándose así de pasar hambre. El pan escaseaba excepto para los soldados y el palacio, aunque durante la tregua y evitando las naves argivas, habían entrado cantidades apreciables de grano.

¿Se endurecería el asedio ahora que la tregua había concluido de manera oficial? ¿O se cansarían los aqueos de pelear sin Aquiles y se marcharían de nuevo? Tal vez esto último fuera lo mejor que podría ocurrir.

Pero si consideraban a los dioses de su parte... Los pensamientos de Casandra se arremolinaron en la antigua confusión. ¿Por qué tenían que mezclarse los dioses en las querellas de los hombres? Ante esta pregunta, Héctor se había limitado a decir: ¿Por qué no? De cualquier modo, estaba planteándose esa cuestión desde que empezó la guerra y sólo en sueños había obtenido respuesta. ¡Sueños!¿De qué servían?

Sin embargo, sus sueños le habían dado aviso del gran terremoto y debía prestarles crédito. No le quedaba elección. Los sueños estaban allí. Si los ignoraba, el riesgo sería para ella, y también para Troya y su mundo.

Estaba sumida en sus meditaciones cuando oyó una gran conmoción en las calles; el carro de Héctor cruzó por la ciudad hacia las puertas de abajo. A Casandra, que observaba sentada en un banco del taller del zapatero, le pareció que la mitad de los pobladores de Troya había salido para verlo. Después del tiempo transcurrido en la contienda, podría esperarse que la gente, ya cansada, se dedicara a sus propios asuntos. Pero Héctor despertaba el mismo

entusiasmo del primer día, cuando desfiló al frente de sus tropas. Era una suerte para él, pensó, no del todo sin sarcasmo. En aquel momento, se aproximó a ella el zapatero con las sandalias nuevas, y se quedó embobado ante el carro de Héctor en vez de ayudarle a calzárselas.

—Conduce su carro como el mismo dios de las batallas. ¿Es hermano tuyo, princesa?

—Sí, hijo de mi madre y de mi padre —contestó.

—Dime. ¿Cómo es? ¿Es verdaderamente tan heroico como parece?

—Es ciertamente un esforzado y valeroso guerrero —dijo.

¿Pero se trataba de valor, o sólo era falta de imaginación? Paris podía simular el valor, pero porque temía que le llamaran cobarde más que a nada en el mundo.

—Pero es algo más —añadió—. Aparte de un excelente soldado, Héctor es un hombre bueno. Posee otras virtudes además de la valentía.

El zapatero la miró un poco sorprendido, como si no pudiera imaginar otras prendas.

—Quiero decir que sería digno de admiración aunque no hubiese guerra —le aclaró.

Y pensó que aquello difícilmente podría decirse de ninguno de sus otros hermanos. Éstos parecían poco más que armas animadas, incapaces de pensar en lo que hacían ni en por qué. Paris poseía algunas buenas cualidades... aunque pocas veces las revelase ante su hermana. Era cariñoso con Helena, se mostraba amable y respetuoso con sus padres y quiso a sus hijos mientras vivieron. Era incluso cordial con el hijo que Helena tuvo de Menelao. Eneas también poseía tales virtudes. ¿O se las adjudico porque le quiero'?, se preguntó. El zapatero aún seguía cantando las alabanzas de Héctor.

—A Héctor le agradaría saber que es tan considerado en la ciudad —le dijo Casandra. Y ciertamente dijo la verdad.

Pagó lo que debía y salió a la calle. De inmediato hubo de tirar de Miel para que no fuese arrollada por el gentío que, tras haber ocupado la calzada, se retiraba ahora precipitadamente para dejar paso a cuatro carros que conducían Eneas, Paris, Deifobo y Glauco, el capitán tracio, en pos de Héctor hacia la puerta principal.

¿Había decidido Príamo enviar a sus mejores campeones contra los aqueos, sin importarle que Aquiles no estuviera con ellos... o esperaba atraer al propio Aquiles? El pensamiento avivó su curiosidad. Miel trataba de seguir a la multitud, así que ambas se dirigieron a las murallas y, una vez allí, subieron la escalera hasta el punto de observación que frecuentaban las mujeres.

Tal como esperaba, encontró a Helena, Andrómaca y Creusa, con Hécuba. Todas la saludaron con cariño. Le pareció que Helena se había recobrado un poco y pronto le confió que creía estar de nuevo embarazada.

—No comprendo cómo puede una mujer traer un niño a un mundo donde se libra una guerra semejante —comentó Andrómaca—. Y así se lo he dicho a Héctor, pero me contestó que es precisamente ahora cuando más se necesitan.

—Y los niños también mueren cuando no hay guerra —añadió Helena—. Yo perdí a mi segunda hija por desidia de la comadrona y tres de mis hijos perecieron en un terremoto. Del mismo modo podrían haber muerto al resbalar de las peñas al buscar nidos de pájaros o arrollados por un toro desmandado de los Juegos. Los niños no están seguros en parte alguna de este mundo mortal. ¿Mas qué sería del mundo si por tal razón todas decidiésemos no tener hijos? —Tienes más valor que yo —declaró Andrómaca—. De lo misma forma que Paris es más osado con su carro que Héctor. ¡Mira con que rapidez ha atravesado las puertas!

Resultaba difícil decidir cuál de aquellos hombres conducía más temerariamente. Los cinco carros surgieron de la muralla casi al mismo tiempo, seguidos por los infantes de

Héctor. Los aqueos aún no habían formado en línea de batalla. Casandra advirtió el desorden y el caos del campamento argivo, donde los soldados salían de sus tiendas, gritando mientras buscaban sus armas. Los cinco carros avanzaron a la vez por la explanada. Entonces, Casandra reparó en que cada carro llevaba un brasero encendido y algo más. ¿Alquitrán? ¿Pez? Y que un arquero hundía con celeridad sus flechas en aquella ardiente masa y las lanzaba contra la línea de naves ancladas ante la costa, más allá del campamento. Durante unos minutos, mientras trataban de enfrentarse con los carros, los aqueos no advirtieron el objetivo del ataque. Luego estalló un clamor de cólera, mas para entonces los carros ya estaban en la playa y varias de las naves envueltas en llamas.

Los infantes de Héctor se mostraron bien organizados y atacaron a las aún sorprendidas huestes de Agamenón.

Ardían las naves, una tras otra, cuando una flecha incendiaria se prendió en los pliegues de sus velas arriadas. Los marineros, incapaces de luchar contra el fuego, saltaban por la borda, aumentando la confusión. Después, los hombres de Héctor, apartándose de las naves, centraron su atención a las tiendas del ejército. Todo el campamento se agitaba entre alaridos y confusión mientras los argivos intentaban organizar sus huestes, luchar contra el fuego y atender a los heridos. Una de las naves que, según se supo, estaba cargada de aceite, se hundió después de que las llamas alcanzasen su línea de flotación. Los hombres de Héctor prorrumpieron en vítores entusiastas.

Los carros troyanos se hallaban ahora rodeados por infantes aqueos que pugnaban por derribar a los aurigas. Pero los arqueros siguieron lanzando flechas incendiarias contra las tiendas, hasta que la humareda producida impidió a las mujeres de la muralla la vista del campamento aqueo. El mar apagó las llamas en otra nave que se hundió lentamente.

Las mujeres aplaudieron. Luego se produjo una gran agitación entre los centinelas de la muralla, y junto a ellas corrieron algunos soldados troyanos hacia un baluarte en donde se encontraban varios arqueros. Oyeron un fuerte griterío, mezcla de vítores y de burlas, y un gran estrépito. Cuando regresó el capitán de los arqueros, Andrómaca le preguntó qué había sucedido.

—Al principio pensamos que se trataba del propio Aquiles que había decidido emprender una maniobra de diversión —dijo, tras saludarla ceremoniosamente—. Pero no era él sino su amigo, ¿cómo se llama?, ah, sí. Patroclo. Escaló la muralla occidental, allí por donde hay piedras sueltas desde el último terremoto.

—¿Lo apresasteis? —preguntó Andrómaca. —No tuvimos suerte, señora. Sin embargo le disparamos varias flechas que zumbaron cerca de su cabeza. Perdió el equilibrio y cayó. Entonces, sus arqueros comenzaron a responder para cubrirlo mientras él corría hacia su campamento. Fue una lástima que no lo alcanzáramos, si le hubiésemos atravesado el cuello con una flecha, tal vez Aquiles, desanimado, hubiera regresado a su tierra.

—No importa —dijo Andrómaca—. Hicisteis lo que estuvo en vuestra mano. Y, al menos, no entró en la ciudad. —Perdóname, señora, pero lo que estuvo en nuestra mano no será bastante para el príncipe Héctor —dijo el soldado, con pesimismo—. Mas creo que tienes razón; nada se puede hacer ahora, ni de nada sirve preocuparse por lo que no tiene remedio. Tal vez vuelva a darnos oportunidad y le capturemos.

—Que el dios de la guerra te lo otorgue —le deseó Andrómaca.

Las mujeres volvieron a observar de nuevo desde la muralla. Para entonces, los carros se habían retirado ya del campamento y corrían de vuelta a Troya. Casandra no podía distinguir a tan larga distancia un carro de otro, los contó y comprobó que estaban todos. El ataque a las naves había sido un éxito total.

Bajo ellas, el centinela gritó:

—¡Preparaos para abrir las puertas!

Oyeron el crujido de las sogas que abrían el portón. Helena y Andrómaca bajaron la escalera para recibir a sus maridos; las otras mujeres se quedaron detrás.

Hécuba se acercó a Casandra y ésta le preguntó:

—¿No estaba el rey en los carros?

—Oh, no, hija —contestó su madre—. Sus manos ya no sirven para dirigirlos. Los sacerdotes curanderos le han tratado con sus pócimas y sus sortilegios, pero empeora cada día. Apenas puede atarse los cordones de sus sandalias.

—Me apena oírlo —dijo Casandra—. Mas para la vejez no hay sortilegios curativos, madre; ni aún tratándose de un rey.

—Supongo que tampoco los hay para una reina —comentó Hécuba.

Al observarla con atención, Casandra advirtió cuan avejentada estaba su madre, con la espalda encorvada y delgada hasta el punto de que los huesos se destacaban bajo su piel. Su piel, que había sido siempre fresca y lozana, ahora se veía grisácea y apergaminada, y sus cabellos habían adquirido un feo tono blanco amarillento. Hasta el brillo de sus ojos había desaparecido.

—Tú no estás bien, madre.

—No me encuentro mal. Pero me preocupa tu padre —dijo Hécuba—. Y Creusa. Está otra vez embarazada y en el invierno escasearán los víveres. Las cosechas no han sido buenas y los aqueos quemaron parte de la que maduraba.

—Hay víveres suficientes en el templo del Señor del Sol —manifestó Casandra—. Miel y yo recibimos más de lo que necesitamos. Cuidaré de que nada le falte a Creusa.

—Eres buena —dijo Hécuba cariñosamente, tendiendo la mano para acariciar sus cabellos.

Desde que dejó de ser pequeña, Hécuba la había acariciado pocas veces, y Casandra se sintió conmovida.

—No sólo tenemos víveres, sino también abundancia de hierbas medicinales. Llámame si alguien del palacio se pone enfermo o las necesita —añadió—. Se da por supuesto que podemos compartir con nuestras familias todo lo que tenemos. Enviaré algunas hierbas para mi padre y deberás cocerlas, empapad después un paño en la cocción y envuelve sus manos con él. Puede que no le cure, pero al menos aliviará sus dolores.

Hécuba alzó los ojos para mirar a Miel, que estaba sentada en el suelo, jugando con guijarros. Casandra recordó un juego similar de cuando era muy pequeña; ella y sus hermanas, las otras niñas de la casa real, cogían piedras redondeadas y las colocaban en los huecos de la muralla como si fuesen bollos u hogazas, examinándolas cada pocos minutos para ver si estaban bastante cocidas. Sonrió.

Los carros habían cruzado la muralla y las puertas ya estaban cerradas.

—¿Cenarás en palacio? —le preguntó Hécuba—. Aunque seguramente comerás mejor en el templo...

—Creo que esta noche no iré —contestó Casandra—, pero te lo agradezco. Te enviaré las hierbas con un mensajero. Espero que le hagan bien a mi padre. No podemos permitirnos que se debilite en estos días. Ni siquiera Héctor se halla preparado para gobernar Troya, aunque sobreviviese a su padre.

Se detuvo, pero Hécuba la había oído y la miraba asombrada.

No habló. Mas Casandra supo lo que estaba pensando.

Cree que Héctor puede morir antes que su padre, por viejo y enfermo que esté Príamo. ¿Qué más habrá visto?

Los aurigas abandonaron sus carros. Héctor y Paris, acompañados de sus esposas, subieron por la escalera y Eneas se reunió con Creusa. Casandra recogió a Miel. Como no pensaba ir a palacio aquella noche, ya era tiempo de despedirse.

Creusa acudió a ella y le dijo:

—Hermana, te acompañaré hasta el templo del Apolo.

—Me alegra tu compañía pero aún el sol está alto en el cielo. No necesito escolta —protestó Casandra—. No deberías fatigarte con tan dura caminata.

—Iré —insistió Creusa—. Quiero hablar contigo.

—Muy bien, entonces, como ya te dije, me alegra tu compañía.

Creusa entregó su hija a una sirviente, encargándole que le diera la cena si ella no había regresado. Luego se reunió con Casandra que estaba poniéndole a Miel un sombrero de alas anchas para protegerla del sol.

—Está muy crecida para su edad —dijo—. ¿Cuánto tiempo tiene? ¿Cuándo nació?

—Estoy segura de que mi madre te ha dicho que no puedo precisarlo —contestó Casandra—. Pero, cuando la encontré, debía de tener pocos días. Y salí de Colquis hacia la mitad del invierno pasado.

—Casi un año entonces; poco más o menos como mi hija —dijo Creusa—. Y sin embargo es más alta y más fuerte. Andando a tu lado, parece ya una niña mayor. La pequeña Casandra aún anda a gatas como un cachorro.

—Quienes saben de niños dicen que cada uno empieza a andar y a hablar cuando llega el momento oportuno, unos pronto y otros más tarde —contestó Casandra—. Mi madre cuenta que yo empecé pronto a andar y a hablar, y recuerdo cosas que tuvieron que haber sucedido no más tarde de mi segundo verano.

—Es cierto —afirmó Creusa—. Astiánax no anduvo ni habló hasta bien cumplidos los dos años. Sé que Andrómaca empezaba a preguntarse si era del todo normal.

—Eso debió de ser terrible para ella —admitió Casandra.

Se sentía confusa. No creía que Creusa hubiera emprendido la larga subida sólo para hablarle del crecimiento de los pequeños cuando en el palacio contaba con varias niñeras a quienes consultar.

Fuera lo que fuese, a Creusa le resultaba difícil plantearlo. Pero cuando empezaba a preguntarse si de algún modo habría averiguado el contenido de sus conversaciones con Eneas y sentirse vagamente culpable, Creusa dijo:

—Eres sacerdotisa, y dicen que sibila. Fuiste tú quien advirtió de la inminencia del terremoto. ¿No sucedió así?

—Creí que estabas presente cuando di el aviso —contestó Casandra.

—No, fue Eneas quien me dijo que no durmiera aquella noche bajo techado y que me llevase a las niñas. ¿Qué más has visto?

Creusa sabe tan bien como yo que he visto la muerte y la destrucción de Troya, pensó. Pero estaba segura de que su hermana tenía alguna razón más allá de eso para preguntárselo.

—¿Estás segura de que quieres saberlo? —le preguntó, dudosa—. Príamo ha prohibido que se escuchen mis profecías. Quizá sea mejor no irritarlo.

—Déjame entonces que te diga por qué te lo pregunto. Eneas me contó que profetizaste que él sobreviviría a la caída de Troya.

—Sí —contestó Casandra, un poco turbada—. Parece que los dioses le reservan una misión en otro lugar, porque lo he visto partir ileso ante un fondo de Troya en llamas.

Creusa se llevó las manos al pecho en un gesto extraño.

—¿Es eso cierto?

—¿Crees que te mentiría en algo así?

—No, no, claro que no. Pero, ¿por qué es él elegido para sobrevivir cuando tantos morirán?

—Lo ignoro. ¿Por qué tú y tus hijas os salvasteis mientras que Helena perdió a tres hijos en el gran terremoto?

—Porque Eneas atendió a tu presagio y Paris no lo hizo.

—No es eso lo que quiero decir —dijo Casandra—. Nadie puede explicar por qué los dioses escogen a uno para que muera y a otro para que viva; y quizá quienes vivan no sean los más afortunados.

Desearía estar segura de que sólo me aguardaba la muerte, pensó, sin decírselo a Creusa.

—Éneas ha decidido que abandone la ciudad lo antes que pueda, llevándome a mis hijas —le informó Creusa—. Tendré que ir a Creta, o a Cnosos, o incluso más lejos. Pensé en negarme, en decirle que mi sitio estaba a su lado, tanto en la guerra como en la muerte; pero si es cierto que él sobrevivirá, puedo entender por qué desea que me vaya. Para que podamos reunimos en un país más tranquilo cuando haya concluido la contienda.

—Estoy cierta de que piensa sólo en tu seguridad.

—Se ha mostrado extraño últimamente. Me pregunté si habría otra mujer y deseaba apartarme de su camino.

Casandra sintió que su boca se secaba.

—Aunque así fuese, ¿qué podría importar? Como casi todos los habitantes de la ciudad habrán de morir cuando caiga...

—No, supongo que no. Si alguien que ha de morir puede hacerlo feliz durante una temporada... ¿Por qué debería importarme? ¿Crees que debo partir?

—Yo no puedo decirte eso; sólo puedo afirmar que serán pocos los que sobrevivan a la caída de esta ciudad —declaró Casandra.

—¿Pero es seguro viajar con una niña tan pequeña?

—Miel sólo tenía unos días cuando la encontré y sobrevivió. Los niños son más fuertes de lo que creemos.

—Pensaba que quizá sólo deseaba deshacerse de mí —insistió Creusa—. Pero tú me has hecho comprender la razón de que me vaya. Gracias, hermana.

Inesperadamente, la abrazó con fuerza, diciéndole:

—También tú deberías abandonar la ciudad antes de que sea demasiado tarde. Tú eres ajena a esta guerra con los malditos aqueos y no hay razón para que perezcas aquí. Le pediré a Eneas que haga los arreglos necesarios para que te ausentes.

—No —dijo Casandra—. Parece que éste es mi destino, y debo acatarlo.

—Eneas habla bien de ti, Casandra —afirmó Creusa—. Una vez me dijo que eras más inteligente que todos los oficiales de Príamo juntos, y que si tú ostentases el mando podríamos incluso ganar esta guerra.

Casandra rió forzadamente.

—Entonces me juzga demasiado bien —dijo—. Pero debes irte, Creusa, reúne tus cosas y mantente dispuesta a partir en cuanto él pueda hallar una nave o los medios que fueren para poneros a salvo a ti y a las niñas.

Creusa la abrazó de nuevo.

—Si he de partir pronto, quizá no volvamos a vernos. Pero te deseo felicidad, hermana, cualquiera que sea tu destino. Y si verdaderamente Troya cae, pido a los dioses que te preserven.

—Y a ti —dijo Casandra, besándola en la mejilla,

Casandra se quedó mirando a su hermana, hasta que se perdió de vista, sabiendo en su corazón que jamás volvería a verla.

Desde el día en que ardieron hasta la línea de flotación cinco de las naves aqueas y otras resultaron con daños considerables, los argivos habían estrechado de tal modo el asedio que, como decía Héctor, ni un cangrejo podría entrar en la ciudad. Por esta razón, Eneas no trató de hacer salir a Creusa por mar. Se marchó en un carro por el lado de tierra y seguiría la costa durante bastante tiempo después de pasar el bloqueo hasta el lugar donde estaría la nave que la llevaría primero a Egipto y después a Creta. Casandra observó su partida y pensó que si a Príamo le quedaba algo de juicio debería enviar fuera de la ciudad a todas las mujeres y a todos los niños. Pero nada dijo, puesto que ya había hecho todo lo posible para prevenirlo.

Incluso el lado de tierra ya no era completamente seguro. Un carro cargado con armas de hierro de Colquis fue interceptado y llevado con gran alborozo al campamento argivo. Poco después, un pequeño ejército de tracios, que llegaron por tierra para unirse a las fuerzas de Príamo, sufrió una emboscada preparada por capitanes aqueos. Según los rumores fueron Agamenón y Odiseo quienes prepararon la celada. Se apoderaron de todos los caballos y asesinaron a los soldados tracios.

—Esto no es una guerra —dijo Héctor—, sino una atrocidad. Los tracios no formaban aún parte de los ejércitos de Troya y Agamenón no tenía pendencia con ellos.

—Ni ahora la tendrá —añadió Paris cínicamente.

Este incidente precedió a otro ataque de los aqueos, mandados por Patroclo, quien escaló de nuevo las murallas a la cabeza de sus propios hombres. Los troyanos lograron rechazarlos y se dijo que Patroclo había sido herido, aunque no gravemente.

Ante las apremiantes instancias de Casandra, los moradores del templo del Señor del Sol construyeron un altar y sacrificaron a Poseidón dos de los mejores caballos de Príamo. Otro terremoto semejante al anterior podría derribar todas las puertas y murallas de Troya y dejar a la ciudad a merced de las fuerzas de los aqueos. Este era ahora el único temor de Casandra. Sabía lo que tenía que ocurrir, pero si los troyanos concentraban todos sus esfuerzos para aplacar a Poseidón, quizá lograran detener su mano.

Las huestes aqueas combatían sin el más grande de sus guerreros, Aquiles aún permanecía en su tienda. De vez en cuando salía, sin la indumentaria bélica, y paseaba taciturno por el campamento, sólo en compañía de Patroclo. Pero nadie podía decir de qué hablaban. Los rumores recogidos por los espías afirmaban que Agamenón había acudido a Aquiles y le había ofrecido la preferencia de elección sobre el botín de la ciudad, para él y sus hombres. Pero Aquiles sólo respondió que ya no confiaba en ningún ofrecimiento procedente de Agamenón.

—No puedo censurarlo —dijo Héctor—. Yo no confiaría lo más mínimo en Agamenón. Sin embargo, esas disidencias en el bando enemigo son muy convenientes para nosotras. Mientras riñen entre ellos, nos darán tiempo para reparar nuestras murallas y reorganizar nuestras defensas. Pero si las superan y deciden actuar unidos, que el dios se apiade de Troya.

—¿Qué dios? —preguntó Príamo.

—Cualquiera al que ellos no hayan ya sobornado para tenerlo de su parte —contestó Héctor—. Imaginad que Eneas y yo nos peleásemos y nos negáramos a actuar juntos.

—Confío en que nunca suceda eso —dijo Eneas—. Sospecho que ese día nos destruiríamos a nosotros mismos sin necesidad de que lo hicieran los dioses.

Príamo apartó su plato, en donde sólo había legumbres y un poco de pan, con gesto de cansancio.

—Tal vez podríamos organizar una cacería por el lado de tierra —dijo—. Me agradaría comer venado o, al menos, conejo.

—Nunca creí que te oiría decir eso, padre. Comimos carne en exceso durante mucho tiempo cuando tuvimos que matar las cabras por falta de piensos, y ahora sólo quedan unas cuantas para proporcionar leche a los niños más pequeños —dijo Héctor—. Los cerdos pueden comer las sobras de nuestras mesas y aún quedan bellotas en el monte bajo, aunque comienzan a escasear. Tal vez podamos cazar...

—Creo que habría que matar también a los cerdos —opinó Deifobo—. Este invierno necesitaremos las bellotas para hacer pan; deberíamos dedicar a su recogida a todos los muchachos que aún no tienen edad para combatir. De todas formas, el próximo será un invierno de hambre.

—¿Cómo van las cosas en el templo del Señor del Sol? —preguntó Eneas—. Ahí estás sentada, callada y prudente, Casandra. ¿Qué dice la sabiduría de Apolo?

—Poco importa lo que hagáis —declaró Casandra sin pensarlo—. Cuando el invierno llegue, Troya ya no necesitará víveres.

Paris dio una gran zancada hacia ella.

—¡Te previne, hermana, de lo que haría si volvías de nuevo aquí para darnos tus malignas noticias! —rugió.

Eneas detuvo su brazo en el aire.

—¡Pega a alguien de tu talla, o pégame a mí puesto que yo formulé la pregunta cuya respuesta no deseabas oír! —le gritó.

—¿Tan malo será, Casandra? —preguntó luego, dirigiéndose a ella con amabilidad.

—Lo ignoro —dijo ella, mirando hacia ellos con expresión desesperanzada—. Incluso es posible que los aqueos se hayan marchado y no sea preciso almacenar víveres...

—Pero tú no lo crees así...

Movió la cabeza. En aquel momento, todos estaban pendientes de ella.

—Las cosas no continuarán como hasta ahora durante mucho tiempo, eso es lo que sé. Pronto se producirá un cambio.

Se hacía tarde. Eneas se puso en pie.

—Voy a dormir en el campamento con mis soldados, puesto que mi mujer y mis hijas no están aquí.

—Supongo que yo también debería enviar lejos a Andrómaca y al niño, si existe aquí tanto riesgo —dijo Héctor.

—Ahora comprenderás por qué considero que Casandra debe ser silenciada a toda costa —afirmó Paris—. Está difundiendo tal desánimo por Troya que antes de que nos demos cuenta se habrán marchado todas las mujeres. ¿Por quién tendremos de luchar entonces?

—Yo no me iré —dijo Helena—. Vine a Troya para lo bueno y para lo malo y ya no existe para mí otro refugio. Permaneceré al lado de Paris mientras los dos estemos con vida.

—Y yo —afirmó Andrómaca—. Si Héctor tiene valor para quedarse, permaneceré junto a él. Y en donde yo esté, también estará mi hijo.

Casandra, recordó que Andrómaca había sido criada como guerrera, pensó que, después de todo, Imandra podría sentirse orgullosa de su hija. Me gustaría tener su valor. Entonces se dio cuenta de que Andrómaca no sabía lo que les aguardaba. Tal vez fuese más fácil tener valor cuando se cree que no ha de suceder lo que se teme. En sus oídos resonaban los truenos de Poseidón y apenas podía ver el lado opuesto de la sala porque las llamas parecían interponerse.

Sin embargo la sala se hallaba fresca y tranquila, y los rostros que la rodeaban mostraban expresiones serenas. ¿Cuánto tiempo los tendría aún cerca de ella? Ya había perdido a Creusa, ¿quién la seguiría?

Sabía que su obligación era permanecer en el templo del Señor del Sol, pero no podía mantenerse apartada del palacio, y todos los días se reunía con las demás mujeres para observar desde la muralla. Por esto fue una de las primeras en ver a las gentes salir tan precipitadamente de sus casas, que se preguntó por un momento si se habría producido otro terremoto. Entonces le llegaron los gritos.

—¡Aquiles! ¡Es el carro de Aquiles!

Héctor soltó un juramento y corrió escalera arriba hacia el puesto del centinela de la muralla.

—¿Aquiles ha vuelto? Es la peor noticia que podíamos recibir. Ó tal vez la mejor— dijo con voz ronca, apresurándose hacia donde las mujeres observaban—. Sí, es cierto, ése es su carro.

Hizo pantalla con una mano. Luego se volvió desdeñoso.

—¡Por el dios de las batallas! ¡Ése no es Aquiles sino alguien que viste su armadura! ¡Los hombros de Aquiles son el doble de anchos! Tal vez se trate de su amiguito. Ni siquiera le sienta bien la armadura. En nombre de Ares, ¿a qué está jugando? ¿Piensa en realidad que puede engañar a alguien que haya visto pelear a Aquiles?

—Supongo que se trata de un ardid para animar a los hombres —aventuró su auriga, el joven Troilo.

—Sea como fuere, pronto terminaremos con él —dijo .Héctor—. Puede que no me sintiera seguro al enfrentarme con Aquiles, incluso en un día propicio; pero aún no ha amanecido el día en que tema enfrentarme con Patroclo. Tal vez, jovencito, debería ponerte mi armadura, montarte en mi carro y enviarte para que lo trajeras.

—Lo haré de buena gana si me lo permites —se ofreció el muchacho, Héctor rió y le palmeó el hombro.

—Estoy seguro de que lo harías, pero no subestimes a Patroclo, hasta ese extremo. No es un mal luchador, aunque no alcanza mi categoría ni la de Aquiles. Tú aún no estás preparado para pelear con él; no este año, ni probablemente tampoco el que viene.

Llamó a su armero que acudió con su mejor armadura y le ayudó a ponérsela. Luego se oyó crujir el portalón al darle paso.

—Eso me aterra —dijo Andrómaca, apresurándose a colocarse en el mejor punto de observación—. Gran Madre, ¡cómo conduce el carro ese condenado muchacho! ¿Es que Héctor no le ha enseñado prudencia ni sentido común? ¡Volcarán en un instante!

Los dos carros se precipitaron el uno contra el otro como se arremeten los ciervos en celo. Troilo se ocupaba de los mirmidones que acosaban su carro. Rechazó a uno tras otro mientras Héctor aguardaba al campeón. Entonces saltó del carro, dejándole a Troilo la defensa de éste, y se enfrentó con el hombre que lucía la dorada y brillante armadura de Aquiles.

Héctor alzó su espada ante el aqueo, que se lanzó hacia él de un salto. Dio un rápido paso y Patroclo cayó. Mas cuando Héctor se precipitó para rematarlo, el joven se levantó y retrocedió con agilidad como si la pesada armadura no fuese más que un manto de plumas. Los contendientes intercambiaron ráfagas de golpes tan veloces que Casandra no pudo determinar cuál de los dos llevaba ventaja, por pequeña que fuese. Un leve grito de Andrómaca le dijo que su marido había recibido una herida; pero cuando miró, vio que Héctor se había recobrado al instante y acometía con tanta violencia que Patroclo se retiraba hacia su carro. La espada de Héctor penetró por donde el peto se une al guardabrazo y, al retirarla, brotó un chorro de sangre. Patroclo retrocedió, tambaleándose; uno de los mirmidones le cogió por la cintura y le alzó hasta el carro. Aún seguía en pie, pero cavilaba, y su rostro estaba blanco. Su auriga, ¿o era el de Aquiles?, azotó a los caballos que partieron hacia la playa y las tiendas de los aqueos con Héctor detrás.

Troilo lanzó una flecha que alcanzó a Patroclo en una pierna. Perdió el equilibrio y, sólo porque el auriga le sujetó a tiempo, no se cayó del carro. Héctor hizo una seña a Troilo para que abandonase la persecución. Patroclo estaba muerto, o herido de tanta gravedad que su muerte sería sólo cuestión de tiempo. El carro de Héctor dio la vuelta hacia Troya. Andrómaca se precipitó hacia la escalera al oír los crujidos de las cuerdas que abrían la gran puerta, pero Casandra la retuvo y ambas aguardaron a que Héctor subiera. Acudió su escudero y comenzó a despojarlo de las piezas de su armadura, mas Andrómaca ocupó su puesto.

—¡Estás herido!

—Nada serio, te lo aseguro, querida —afirmó Héctor—. He recibido heridas peores adiestrándome en el campo.

Tenía en el antebrazo una larga cuchillada que no había alcanzado el tendón. Bastaría lavarla con vino y aceite y cubrirla después con un vendaje apretado. Andrómaca no quiso aguardar al curandero y se ocupó ella misma.

—¿Lo mataste? —le preguntó.

—No estoy seguro de que haya muerto, pero sí de que nadie se recupera de una estocada como ésa en los pulmones.

Antes de que acabara de hablar, oyeron un gran grito de cólera y de dolor, que se alzó del campamento aqueo.

—Está muerto —dijo Héctor—. Buen golpe, al menos para Aquiles.

—Mira —señaló Troilo—. Allí está.

Sin duda, era Aquiles, que vestía tan sólo su pampanilla. Salió de la tienda, y se dirigió a grandes zancadas hacia las murallas de Troya. Sus largos y rubios cabellos flotaban en el aire. Cuando llegó casi al alcance de un tiro de flecha, se detuvo y alzó un puño, que agitó ante las murallas. Gritó algo que la distancia impidió que oyeran.

—Me pregunto qué estará diciendo —comentó Héctor.

Paris, que estaba desarmándose cerca de él, contestó:

—Supongo que algo como ¡Héctor, hijo de Príamo, baja aquí, que voy a matarte diez veces!, con algunos comentarios intercalados sobre tus antepasados y progenitores.

—O, más probablemente, diez mil veces —agregó Héctor—. No soy capaz de entender las palabras pero el tono es bastante sugerente.

—Y ahora ¿qué? —preguntó Paris—. ¿Lo celebramos?

—No —contestó Héctor serenamente—. Yo no me alegro; era un hombre valiente y honorable, según creo. Puede que fuese el único que frenaba la locura de Aquiles. Estoy seguro de que la guerra empeora por su desaparición.

—No puedo entenderte —dijo Paris—. Nos hemos desembarazado de un gran guerrero y no te muestras contento. De haberle matado, yo estaría dispuesto a celebrar una fiesta y un banquete.

—Si todo lo que deseas es un banquete, seguro estoy de que podremos disponerlo de un modo o de otro —dijo Héctor—. Tengo la certeza de que muchos se alegrarán; pero si matamos a los enemigos decentes y honorables entre los aqueos, nos quedaremos con los locos y con los rufianes. No temo a ningún hombre cuerdo, pero Aquiles... ésa es otra cuestión. Posiblemente lamento la pérdida de Patroclo tanto como cualquier hombre a excepción del propio Aquiles.

Eneas se asomó a la muralla.

—¿En dónde está Aquiles? Ha desaparecido.

—Es probable que haya regresado a su tienda y esté tratando de conseguir de Agamenón la suspensión de la lucha durante unos días de duelo.

—Ésa podría ser la ocasión de golpearles con fuerza, antes de que Aquiles se recobre y mientras se hallen desorganizados —dijo Paris.

Héctor negó con la cabeza.

—Si solicitan una tregua, estamos obligados por nuestro honor a otorgársela —afirmó—. Ellos nos la concedieron para llorar a tus hijos, Paris.

—Yo no la pedí —bramó Paris—. ¡Esto no es una guerra, sino un minucioso intercambio de cumplidos, como una especie de danza!

—La guerra es un juego con reglas como cualquier otro —dijo Príamo—. ¿No fuiste tú, Paris, quien se quejó de que Agamenón y Odiseo habían vulnerado las normas cuando se apoderaron de los caballos tracios?

—Si tenemos que luchar, hemos de intentar vencer —contestó Paris—. No veo la razón de intercambiar cortesías con un hombre a quien trato de matar y está haciendo cuanto puede por devolverme el favor.

Héctor y Paris empezaron a hablar al mismo tiempo.

—Primero uno y después otro —exigió Príamo.

Héctor se impuso con su fuerte voz.

—Esas «cortesías», como las llamas, son lo que hace de la guerra una empresa honrosa para hombres civilizados; si dejáramos de otorgar tales cortesías a nuestros enemigos, la guerra no sería más que una faena sucia, desempeñada por carniceros y por la hez de la canalla.

—Y si no vamos a luchar, ¿por qué no zanjamos nuestras diferencias tirando al blanco con el arco, o en una prueba de lucha sin armas? —preguntó Paris—. Me parece que en este caso sería más lógica la competición que la guerra; estamos compitiendo por un premio.

—¿Es Helena el premio? ¿Crees que ella estaría dispuesta a ser el premio en una prueba de tiro? —preguntó Deifobo.

—Probablemente, no —contestó Paris—. Pero es normal otorgar a las mujeres como premio para alguien.

A primeras horas del día siguiente, Agamenón, vistiendo la blanca túnica de un heraldo, acudió bajo la bandera de paz al palacio de Príamo y, como oferta de paz, entregó a las dos domésticas de Hécuba, Kara y Adrea. Luego solicitó de Príamo, en honor del muerto, una tregua de siete días, porque Aquiles deseaba celebrar unos Juegos fúnebres para honrar a su amigo.

—Se otorgarán trofeos —dijo—. Los hombres de Troya están invitados a competir y, a la hora de conferir los premios, se les considerará en términos de igualdad con nuestra propia gente.

Al cabo de un momento añadió que Príamo sería bien acogido como juez de aquellas pruebas en las cuales fuese experto, quizás en carreras de carros o en tiro con arco. Príamo le dio las gracias con solemnidad y ofreció un toro como sacrificio a Zeus Tonante y un caldero de metal de premio para la competición de lucha.

Después de que Agamenón hubo aceptado los regalos y se marchara entre corteses expresiones de estimación, Paris inquirió con enojo:

—Supongo que competirás en esta farsa, ¿verdad, Héctor?

—¿Por qué no? El espíritu de Patroclo no me negará un caldero o una copa, ni un buen banquete de funerales. Ya no existe pendencia entre él y yo. Y si he de morir en el asalto final a Troya, en caso de que se produzca, tendremos algo de qué hablar en el Más Allá.

Un silencio mortal gravitó sobre Troya y sobre el campamento aqueo durante todo el día siguiente. A media tarde, Casandra bajó hasta las murallas de la ciudad. Desde lo alto del muro del templo del Señor del Sol su visión abarcaba el campamento y la playa llena de naves, pero no oía nada ni era capaz de deducir lo que estaba sucediendo.

Andrómaca se hallaba en la muralla con Héctor y otros miembros de la casa de Príamo. Dieron la bienvenida a Casandra y le hicieron sitio donde pudiera ver lo que estaba sucediendo.

—Éste sería el mejor momento para atacarles y quemar el resto de sus naves —sugirió Andrómaca.

Pero una mirada furiosa de Héctor la obligó a rectificar.

—Bromeaba, amor mío. Sé que no eres capaz de romper una tregua.

—Ellos lo son —le recordó Paris—. Si yo hubiera muerto y vosotros solicitado una tregua para enterrarme, ¿crees de veras que no os asaltarían en mitad de las fiestas? Es probable que Odiseo y Agamenón estén apremiándoles precisamente ahora para que nos ataquen cuando menos lo esperemos.

—El campamento parece casi desierto —dijo Casandra—. ¿Qué estarán haciendo?

—¡Quién sabe! —dijo Paris—. ¿A quién le importa?

—Yo lo sé —respondió Héctor—. Los sacerdotes preparan el cadáver de Patroclo para la cremación o el sepelio. Aquiles gime y llora. Agamenón y Menelao tratan de hallar algún medio de romper la tregua. Odiseo intenta que no griten para que no podamos oírles. Los mirmidones se disponen para los Juegos de mañana y el resto del ejército se emborracha.

—¿Cómo lo sabes, padre? —preguntó Astiánax.

—Porque es lo que haríamos nosotros de estar en su situación —contestó Héctor, riendo.

En aquel momento surgió del interior de la muralla un joven mensajero que vestía la túnica de los novicios de Apolo.

—Perdonadme, nobles; traigo un mensaje para la princesa Casandra.

Casandra frunció el entrecejo. ¿Habría mordido a alguien una de las serpientes o estaría enfermo alguno de los niños? No podía imaginar otra razón para que fueran a buscarla. Había cumplido con sus deberes cotidianos en el templo, nunca demasiado acuciantes, y recibido permiso para ausentarse.

—Aquí estoy. ¿Qué quieres?

—Señora, han llegado huéspedes al templo del Señor del Sol. Vinieron por las montañas para sustraerse al bloqueo aqueo y te buscan. Dicen que se trata de una cuestión muy urgente que no admite demora.

Extrañada, Casandra se inclinó ante su padre y partió. Mientras subía hacia el templo se preguntaba quiénes podrían ser y por qué reclamaban su presencia. Penetró en la sala en donde se recibía a los visitantes; en la oscuridad de la estancia, tras el resol de afuera, los desconocidos eran sólo media docena de siluetas contusas.

Una figura se destacó de entre quienes esperaban, fue hacia ella y abrió sus brazos.

—Mi corazón se alegra al verte, hija —declaró.

Y Casandra, adaptando sus ojos a la penumbra, pudo ver el rostro de la amazona Pentesilea, y la abrazó con entusiasmo.

—¡Oh, cuánto me alegra verte! ¡En mi regreso de Colquis no encontré rastro de vosotras y creí que habíais muerto! —gritó.

—Sí, he oído que nos buscabas pero habíamos ido a las islas en demanda de ayuda y quizá de un nuevo lugar para vivir —le explicó Pentesilea—. Nada de eso logramos. Por tanto, tuvimos que regresar y no encontré medio de enviarte un mensaje.

—¿Pero qué estáis haciendo aquí? ¿Cuántas sois?

Traje conmigo a todas las que quedaban y no optaron por vivir en las ciudades bajo el dominio de los hombres. Hemos venido a defender Troya de sus enemigos. Príamo me dijo una vez, hace muchos años, que mal tenía que estar Troya para que recurriese a las mujeres en defensa de su ciudad. Quizás ahora conozca yo mejor que él la terrible situación en que Troya se encuentra.

—Ignoro si mi padre aceptará eso —dijo Casandra—. El ejército tiene alta la moral porque Héctor acaba de matar al segundo entre los más peligrosos guerreros de las huestes aqueas.

—Sí, me lo han dicho en el templo —contestó Pentesilea—. Pero no creo que Troya esté ahora* más segura por la muerte de Patroclo.

—Tía —dijo Casandra, en tono grave—. Troya caerá, mas no por la intervención de hombre alguno. ¿Crees que podemos detener la mano de un dios?

Pentesilea mostró su antigua sonrisa.

—No es la destrucción de las murallas lo que debemos temer sino la destrucción de nuestras propias defensas. Troya podría ser derrotada y saqueada y si es voluntad de los poderes superiores que eso suceda... —Su voz se quebró y extendió los brazos hacia Casandra que se refugió en

ellos como la niña que antes había sido—. Mi pobre hija, ¿cuánto tiempo has soportado sola todo esto? ¿Es que no hay nadie en Troya, soldado, rey o sacerdote, que confíe en tu misión? —preguntó mientras la apretaba contra su enjuto pecho—. ¿Ni entre tus parientes y hermanos? ¿Ni siquiera tu padre?

—Ellos menos que cualquiera —murmuró Casandra—. Les irrita que hable de la destrucción de Troya. No quieren escuchar. Y tal vez tengan razón, puesto que no puedo brindarles un modo de sustraerse a ese destino sino decir tan sólo que ha de sobrevenir.

—Pero hacerte sufrir todo esto aislada... —empezó a decir Pentesilea, luego calló y suspiró—. Mas ahora tengo que presentarme con mis guerreras ante Príamo y saludar a tu madre y hermana mía.

—Te acompañaré al palacio para que te reciba —decidió Casandra.

La vieja amazona rió.

—No le entusiasmará mi llegada, hija mía, y cuanto más desesperadamente precise de las destrezas bélicas de mis mujeres, menos bienvenida seré. Lo mejor que puedo esperar es que no nos rechace. Tal vez he aguardado lo bastante para que comprenda la situación en que está y que necesita incluso a un pequeño grupo de buenas guerreras. Las mías suman treinta y cuatro.

—Sabes tan bien como yo que Troya no puede permitirse rechazar ninguna ayuda, venga de donde viniere, aunque hubieses traído contigo un ejército de centauros. Pentesilea suspiró y movió la cabeza. —Jamás volverá a haber un ejército semejante —dijo entristecida—. Los últimos guerreros han desaparecido. Después de que murieron sus caballos acogimos a media docena de sus niños más pequeños. Ahora los aldeanos rascan el suelo para obtener una cosecha de cebada y unos nabos para sus cabras y cerdos en donde antaño galopaban los caballos de los centauros. Nuestras yeguas también han perecido, salvo unas cuantas que se hallan en un estado lamentable. Son pocos ahora los caballos en las planicies próximas a Troya. Las últimas manadas salvajes fueron capturadas por los aqueos o por los propios tróvanos.

—La manada sagrada de Apolo aún pasta en libertad por las laderas del monte Ida; nadie se ha aventurado a tocarla —le recordó Casandra—. Ni siquiera las sacerdotisas del Padre Escamandro han osado pasar una brida por sus cabezas.

Pero eso le hizo pensar en Enone y se preguntó cómo viviría. Habían pasado años desde la última vez que vio a la muchacha. Ahora las mujeres del monte Ida jamás bajaban a la ciudad, ni siquiera en las fiestas. Paris nunca la mencionaba y, por lo que Casandra podía deducir, nunca pensaba en ella, a pesar de que ahora, muertos los hijos de Helena, el de Enone era el único que tenía.

—Tú y tus mujeres debéis estar cansadas del viaje —dijo—. Os ofrezco la hospitalidad del templo del Señor del Sol. Dejadme que llame a las sirvientas para que os conduzcan al baño y, si queréis, os proporcionarán túnicas limpias...

—No, querida niña —contestó Pentesilea—. Un baño nos vendría bien pero mis mujeres y yo nos presentaremos con nuestras armaduras y nuestros calzones de cuero. Somos lo que somos y no pretendemos otra cosa.

Casandra fue a organizar la nueva situación y decidió cenar en el palacio. Enviaría un mensaje anunciando que se presentaba con invitados, pero sólo revelaría su identidad a la reina Hécuba. Sabía que, en razón del parentesco, les brindaría una buena acogida; pero también sabía que a Príamo no le gustaban las amazonas. Incluso así, las leyes de la hospitalidad eran sagradas y estaba segura de que el rey jamás las transgrediría.

Como desafío, pensó en ponerse sus antiguos calzones de cuero y portar sus armas. Príamo se enfurecería, pero ella mostraría que se identificaba con las amazonas. Mas cuando sacó del cofre las antiguas prendas, recordó que no había tenido en cuenta la suave túnica interior. Fue confeccionada para la niña que era cuando cabalgaba con las amazonas. El cuero de los calzones estaba viejo y agrietado y también le estaban pequeños. ¿Por qué había guardado aquello durante tantos años? La muchacha que ella había sido ya no existía.

En el fondo del cofre descansaba su arco de madera y cuerno. Supuso que aún podría tensarlo. Y conservaba sin herrumbre y relucientes su espada y su daga. Aún podría cabalgar y tengo la seguridad de que sería capaz de luchar si preciso fuese, pensó, aunque no posea indumentaria propia

de una amazona; quizás antes de que la ciudad caiga, pueda empuñar las armas en su defensa. No es el vestido sino las armas y la destreza, las que hacen a una amazona. Se vio y se sintió, colocando una flecha en el gran arco y tirando de la cuerda hacia atrás hasta hacer

volar la saeta, aunque no había movido ni un solo músculo, Mas, ¿contra quién? No veía el blanco al que se dirigía la flecha...

Sin embargo, la confortó pensar que no se hallaría inerme en la defensa final de Troya. Guardó sus armas en el cofre; el calzón de cuero lo tiraría o, mejor aun, lo guardaría para entregárselo a Miel algún día. Vistió una fina túnica de lino de Colquis y se puso sus mejores pendientes; tenían la forma de cabezas de sierpes. Añadió a su atuendo un brazalete de oro y el collar de cuentas azules de Egipto y bajó a reunirse con sus huéspedes.

Éstas se hallaban con un hombre alto y armado. Con sorpresa, advirtió que se trataba de Eneas.

—He venido a escoltarte, Casandra, y mientras te esperaba he estado hablando con tus invitadas —dijo—. Agradeceremos contar con las amazonas arqueras para defender la torre principal; las situaremos en las murallas...

—Estoy a tu disposición —declaró Pentesilea—. Y tengo una vieja rencilla con el padre de Aquiles; al menos, lucharé contra su hijo.

Casandra sintió de nuevo que el agarro de la oscuridad oprimía su garganta, impidiéndole hablar o gritar.

—¡No! —murmuró.

Pero supo que ninguno de los presentes podía oírla.

Eneas volvió a hablar.

—Bien, Héctor es quien nos manda; a él corresponde decidir dónde habrás de pelear. Arreglaremos eso en uno o dos días. ¿Nos vamos?

Ofreció cortésmente su brazo a la reina de las amazonas y abandonaron la sala, poniéndose en camino hacia el palacio. Aún no había anochecido por completo y Pentesilea contempló con disgusto los cascotes que todavía bloqueaban las calles. De forma perentoria, se habían construido algunas chozas de madera, pero la ciudad parecía aún la caja de juguetes de un niño gigantesco destruida por él mismo en un exceso de rabia.

—Mi padre me relató muchas historias de las guerras entre los centauros y las amazonas —dijo Eneas—. En nuestra corte había un poeta que solía cantar una balada... —Tarareó unos compases—. ¿La conoces?

—Desde luego, y si tus vates la ignoran, yo la cantaré por ti —afirmó Pentesilea—, aunque mi voz ya no sea la que tenía de muchacha.

Mientras cruzaban los patios, Casandra miró con detenimiento al pequeño grupo de amazonas. Pentesilea había envejecido más de un año o dos desde la última vez que la vio en su viaje a Colquis. Siempre había sido alta y delgada; ahora estaba flaca, sus brazos y sus piernas rígidas y fibrosas, sin nada que suavizara sus tendones. Todavía conservaba los dientes, tuertes y blancos. Nadie podría describirla como una anciana.

Ninguna de las otras la igualaba en edad. La más joven, advirtió Casandra, era aún adolescente; una muchacha tan tuerte y peligrosa como su propio arco.

Esto es lo que yo podría haber sido, lo que debería haber sido. Casandra observó a la joven guerrera con mal disimulada envidia. Al menos ella no tiene que permanecer ociosa mientras se desploman los baluartes de su ciudad.

—Pero tú nunca has estado ociosa —le dijo Eneas en un susurro.

Y se preguntó, aunque nunca lo sabría con certeza, si había leído sus pensamientos o si ella los había manifestado en voz alta.

—Eres una sacerdotisa —continuó él—. No son sólo los soldados quienes sirven a una ciudad en guerra.

Pasó un brazo en torno de su cintura y caminaron entrelazados lo que restaba de camino. Cuando entraron en la gran sala de Príamo, el heraldo gritó sus nombres:

—La princesa Casandra, hija de Príamo; Eneas, hijo de Anquises; Pentesilea, reina de las tribus guerreras de las amazonas y dos docenas de sus señoras... ejem... —el heraldo tosió para ocultar su confusión— de sus guerreras... ¿Cómo diré...?

—Tranquilízate, asno —le dijo Pentesilea—. Ninguno de nosotros tenemos más inteligencia de la que los dioses nos dieron. Tu rey y tu reina saben quién soy.

Pero sonrió divertida mientras el heraldo trataba de secarse en la túnica las manos sudorosas Hécuba abandonó su trono y fue hacia su hermana con los brazos abiertos.

—Mi querida hermana —dijo.

Pentesilea devolvió el abrazo.

También se levantó Príamo que, bajando de su trono, abrazó a Pentesilea del mismo modo que su esposa.

—Bienvenida seas, cuñada. Toda mano que pueda empuñar un arma es bien acogida por nosotros en este día. Tendrás tu parte en el botín del campamento aqueo con los demás guerreros, te lo prometo. Y cualquiera que lo contradiga, no será considerado amigo mío —declaró, mirando aguda y significativamente a Héctor.

—¿Hemos de llegar a esto, padre?

—Acogería incluso a los centauros para luchar contra el ejército de Aquiles —contestó Príamo—. Dime, hermana, ¿qué armas has traído?

—Conmigo vienen dos docenas de guerreras, todas dotadas con espadas de hierro de Colquis —repuso Pentesilea—. Cada una de nosotras es diestra también con el arco. Ninguna fallaría en alcanzar a cien pasos el ojo de un garañón a la carrera.

—¿Participará alguna de vosotras en la prueba de arco que se celebrará en los Juegos fúnebres de mañana? —preguntó Paris—. Aquiles ha ofrecido los mejores carros capturados y, para el primero de los tiradores, el gran arco de Patroclo.

—No se lo otorgará a una mujer —afirmó Héctor—. Aunque aventajase al mismo Patroclo.

—Pues ha jurado conceder los premios al vencedor.

—Nada es sagrado para Aquiles —aseguró Pentesilea—. Me gustaría competir aunque sólo fuera para que lo viesen todos sus hombres; pero podría sorprenderme. Mas ni deseo ni necesito un carro, y me basta mi propio arco. —Se echó a reír—. No vengo a esta guerra en busca de oro o de botín, ¿qué haría yo con una cautiva?

—Si ganas botín suficiente en esta guerra, podrás reestablecer tus ciudades —dijo Andrómaca—. O fundar una urbe en alguna otra parte, como hizo mi madre en Colquis.

—Hay ideas peores —admitió Pentesilea—. Creo que lo pensaré. Y si gano ese carro, Príamo, ¿rne lo cambiarás por oro?

—Si él no lo hace —intervino Hécuba—, lo haré yo. Serás bien pagada. Tú y tus guerreras.

Pasaron de nuevo las copas de vino. Todos los hombres reían y bromeaban, diciendo en qué pruebas competirían y lo que harían con el premio en caso de ganarlo.

—Tú deberías conseguir a alguna mujer, Eneas —dijo Deifobo—. Alguien que mantenga caliente tu lecho mientras Creusa está en Creta.

—No —dijo Eneas, alzando su copa—. Si consigo una cautiva, la enviaré a Creta como doncella de Creusa y niñera de mis hijas. Y le pagaré un salario justo con el que algún día pueda comprar su libertad. No me gusta eso de que se considere a las mujeres como trofeos.

No me agrada que una mujer venga a mí si no es por su libre voluntad. Como veis, en algunas cosas coincido con Pentesilea.

Por encima del borde de su copa dorada sus ojos se cruzaron con los de Casandra. Ella supo lo que le pedía y cuál sería la respuesta.

Casandra y Eneas, subieron lentamente por la colina, camino del templo del Señor del Sol; no había luna y en las calles no se veía más luz que la que salía de una de las casas. Casandra tropezó en una piedra suelta y Eneas pasó un brazo en torno de su talle para protegerla... o quizá simplemente para estrecharla. Tampoco ella estaba segura de no haberle proporcionado la excusa voluntariamente. Aunque la noche era tibia, la cubrió con su manto y Casandra sintió que el calor de Eneas se iba transmitiendo a su propio cuerpo.

En realidad no estaba asustada, pero estaba nerviosa y un poco preocupada. Durante muchos años, su vida había sido la de una sacerdotisa y su virginidad había ocupado el centro de esa vida. De repente recordó todos los argumentos que acumuló contra Crises y se preguntó si no estaba comportándose como una hipócrita. Ahora que había decidido rendirse, lo hacía ante el marido de su hermana. Pero la misma Creusa le había dicho que no le importaba. No tenía por qué sentir escrúpulos a ese respecto.

¿Y por el dios? Hacía ya mucho tiempo que había dejado de creer que Apolo se preocupaba de lo que ella hiciera. Hacía ya mucho tiempo que él la había abandonado; pero, a pesar de todo, supo que no lo desafiaría en el supuesto de que él prohibiera dar ese paso. Dentro de ella había un ardiente y pequeño centro de colérica desolación: A él no le importaba; ni siquiera le preocupaba que algunos de sus escogidos rompieran su compromiso con él.

Pero tal pensamiento se hallaba muy soterrado en su mente; en la superficie sólo quedaba espacio para Eneas.

Se aproximaban a las grandes puertas. Un sacerdote se hallaba allí, vigilando las entradas y las salidas. Casandra se volvió para que no la reconociera.

—No podemos pasar por ahí —dijo—. Si entras conmigo y no sales de inmediato...

Él comprendió al instante.

-Tienes razón —reconoció—. Has de cuidar de tu fama; yo no la pondré en peligro, Casandra. Tal vez deberíamos habernos quedado esta noche en palacio...

—No —lo cortó—. No hubiera accedido a eso. No me siento avergonzada... no es que...

—Pero no debes provocar un escándalo —dijo él.

Eneas se dirigió al muro desde donde se veían las calles en descenso. Casandra se sintió torpe. No había pensado en aquello hasta ese momento. Pentesilea y sus mujeres habían abandonado antes el palacio, y no las habían visto en las calles. Ella había logrado que Aquiles y Odiseo, cubiertos con mantos de los novicios, salieran del templo sin ser reconocidos, pero no podía hacer lo mismo con Eneas aunque dispusiera de un manto de aquellos. Frunció el entrecejo, mientras trataba de hallar un modo de introducirlo. Su partida en la mañana no constituía un problema serio.

—Hay un lugar donde el muro se desplomó con el gran terremoto; incluso los niños pequeños pueden trepar por allí —le dijo con voz casi inaudible—. No ha sido reconstruido porque todos los obreros se destinaron a la reparación de las puertas de la ciudad. Ven por aquí.

Lo condujo a lo largo del muro exterior. En ningún punto era muy alto, y antaño hubo una puerta en aquel lado. La cerraron hacía una o dos generaciones y, cuando el viejo arco se derrumbó, dejó un montón de cascotes por donde era fácil subir. Incluso con su larga túnica, Casandra no tuvo muchas dificultades para trepar, aunque las piedras rodaban bajo sus pies.

Pensó que probablemente no era la primera mujer del templo que llevaba por allí a un amante; al menos, podía esperarse de Criseida. No sintió placer en compararse con aquella gata callejera, pero tenía que aceptar que no era mejor. Tendió una mano a Eneas para proporcionarle un punto de apoyo en la bajada y sintió su aliento muy próximo. Entonces recordó sus frecuentes reproches a Criseida por esa clase de cosas.

Si a Creusa no le importa y Apolo no habla para impedirlo, no hay nadie, hombre, mujer o dios, que pueda sentirse ofendido, se dijo, para darse confianza. Lo guió bajo la oscura sombra que proyectaba el muro y, en vez de ir hacia la puerta del dormitorio de las sacerdotisas y por el pasillo hasta su habitación, lo encaminó a la ventana y por allí pasaron.

En el interior, todo era penumbra y silencio. Ardía tan sólo una lamparilla que daba luz suficiente para distinguir la cama y el jergón donde dormía Miel. Cuando se acercó al lecho, Casandra vio la morena cabeza de la niña sobre la almohada y, al inclinarse para trasladarla, una silueta alargada se desenroscó e irguió, con los ojos relucientes como cristal de roca. Advirtió que Eneas retrocedía y le dijo en voz baja:

—No te hará daño, no es venenosa.

—Lo sé —contestó Eneas—. Mi madre era sacerdotisa de Afrodita y compartía su lecho con seres más extraños que las serpientes. No me preocupa tu culebra.

—Puedo trasladarla a la cama de la niña, si lo prefieres —dijo Casandra al tiempo que alzaba a Miel y la tendía en el jergón.

La niña gimió y Casandra se sentó a su lado, arrullándola hasta que consiguió que volviera a dormirse.

—No es que me importe —declaró Eneas—, pero para ella yo soy un extraño. Pasará una noche más tranquila en la camita de la niña.

Cansandra sintió que le ardían las mejillas cuando se levantó y cogió a la serpiente, tendiéndola cerca de Miel. Ésta se deslizó, envolviendo con sus anillos la cintura de la niña. Miel se quedó tranquila por aquel contacto familiar. Cansandra se volvió, tomó el manto de Eneas y lo dejó a un lado.

—Ignoraba que tu madre fuera sacerdotisa de Afrodita —comentó.

—Cuando era niño, me decían que era hijo de Afrodita. Más tarde supe quién era en realidad mi madre y llegué a conocerla bien. No me sorprende que a mi padre le pareciese la diosa. Era muy bella. Creo que las sacerdotisas de Afrodita son elegidas por su belleza.

—Y si la sirven adecuadamente, ella podría prestarles la suya propia —añadió Casandra.

—No puede ser sólo eso —declaró Eneas—; pues en tal caso, hace tiempo que habrías sido elegida para su servicio.

La observación hizo que se estremeciera. ¿Estaba siendo introducida deliberadamente a servir a la diosa que infundía el desordenado culto al amor carnal en las vidas de los hombres y las mujeres? ¿Era esa despreciada diosa la que trataba ahora de poner su mano sobre ella y apartarla del compromiso que había contraído con Apolo?

Ya había visto cómo Afrodita trastornaba a quienes la adoraban. Eneas era hijo suyo, ¿la adoraba también?

No podía preguntarle aquellas cosas. Él se sentó en el borde de la cama para descalzarse. Ella se acercó y Eneas la tomó en sus brazos, retirando el pasador de sus cabellos que cayeron sueltos hasta ocultar su cara y todas sus preguntas. Ya no importaba. Todas las diosas, cualesquiera que fuesen, eran sólo una y ella debía servirla como cualquier otra mujer.

Oyó deslizarse a la serpiente mientras desplazaba sus anillos. Eneas extendió una mano hacia el ofidio, manteniendo su otro brazo alrededor de su cintura.

—No es extraño que hayas permanecido virgen tanto tiempo con semejante guardián de tu castidad —murmuró, con una sonrisa—. ¿Tienen todas las doncellas de Apolo vigilantes como ésta?

—Oh, no —dijo ella mientras se retrepaba en sus brazos. Luego se levantó para apagar la lamparilla. La oscuridad llenó la estancia y se oyó a sí misma reír de nuevo, quedamente. Más allá de su risa percibió, muy lejano, el resonar del trueno y después el repentino repiqueteo de la lluvia.

—Resplandeciente Afrodita, si he de servirte como casi todas las mujeres, después de haberme negado a tu servicio durante tantos años, derrama sobre mí algunos de tus dones —murmuró.

Percibió una vibración luminosa rodeándola. ¿O fue sólo el ocasional destello de un relámpago cuando la acarició Eneas en la oscuridad?

Al llegar el alba, Casandra se deslizó silenciosamente de la cama para sentarse ante la ventana, recordando y saboreando cada detalle de la noche. Pronto los aires de la cima despejarían de la perlada niebla que envolvía la ciudad.

En el lugar más elevado del templo de Apolo los vientos ya rugían en torno de los muros. Eneas estaba en pie, aún no armado.

—No hay razón para que me arme si he de competir en lucha sin armas —dijo—. Aceptaré a cualquier adversario que no sea Aquiles. Anoche soñé...

—¿Te envió el dios un sueño dichoso? —le preguntó Casandra.

—Dichoso o infausto, no lo sé —contestó—. Me parece que ya he conseguido mi buena fortuna.

Se inclinó y la besó.

—¡Prométeme que no lo lamentarás, querida mía!

—En absoluto —le dijo.

Ya no le importaba. Había aguardado tantos años, rechazando incluso, según creía, al propio Señor del Sol... y ahora, en plena guerra, entre las sombras de la muerte, había hallado el amor sabiendo que no podía durar. Cuando en el lado opuesto de la estancia Miel se agitó, presa de alguna pesadilla, corrió a tranquilizarla. La acunó y arrulló con cariño, y vio que los ojos de Miel se volvían hacia aquella figura que no le resultaba familiar en el dormitorio. De repente, se sintió vagamente satisfecha de que la niña fuese demasiado pequeña para expresar su sorpresa o su curiosidad.

Luego, cuando volvió a estar junto a él, pensó en todas las mujeres de Troya que durante todos aquellos años habían ceñido las piezas de las armaduras de sus hombres, que les habían enviado a luchar o a morir; y en que por una vez compartía sus preocupaciones y temores.

Le ayudó a atarse la última correa del peto. El resto de su armadura se lo pondría en el campo. Aún no había sonado la trompeta que llamaba a los hombres al campo. Y no era seguro que se oyese aquella mañana. Sólo quienes fueran a competir en los Juegos fúnebres de Patroclo necesitarían levantarse y salir, aunque se montaría una atenta guardia por si los aqueos trataban de romper la tregua.

—Ven, bésame, amor mío. He de irme —dijo él abrazándola con fuerza por última vez.

—Aún no, ¿Quieres que te traiga un poco de pan y de vino? —le preguntó.

—No te preocupes, cariño, he de desayunar con los soldados de mi unidad —titubeó y apretó su rostro contra la mejilla de ella—. ¿Puedo volver esta noche?

Casandra no supo qué decir y él confundió la causa de su silencio.

—Ah, no debería... tus hermanos son amigos míos, tu padre es mi anfitrión...

—Por lo que respecta a mi padre o a mis hermanos, no hay hombre en toda Troya ante el que deba responder de mis actos —declaró Casandra secamente—. Y tu esposa, mi hermana, me dijo cuando nos despedimos que no abominaría de nada que te hiciese feliz.

—¿Dijo eso Creusa? Me pregunto... bien, se lo agradezco entonces. Yo podría habértelo dicho, pero ha sido mejor que lo supieras de ella.

Impulsivamente la atrajo hacia sí de nuevo.

—Permíteme que vuelva —suplicó—. Puede que no tengamos mucho tiempo... ¿Y quién sabe lo que puede ser de nosotros? Pero estos días de tregua...

Por toda Troya, pensó ella, mujeres que acababan de abandonar los lechos de sus hombres, ajustaban sus armaduras, aprovechando esos últimos y breves momentos de demora y de besos, tratando de no pensar en la vulnerabilidad de la carne que acariciaban.

Eneas pasó una mano por sus cabellos.

—Ni siquiera con Afrodita tengo ahora pendencia... porque fue ella quien te trajo hasta mí. Le sacrificaré una paloma tan pronto como pueda.

Había palomas suficientes en el templo de Apolo, pero Casandra le repugnó sugerirle que comprase una. En cierto sentido, Eneas había robado algo que pertenecía a Apolo, aunque ella no sabía ahora ni había sabido nunca por qué tenía que pertenecer a alguien que no fuese ella misma. Entonces se recriminó su estupidez; no era la primera de las doncellas del Señor del Sol que llevaba un hombre a su lecho y difícilmente sería la última. Se alzó de puntillas para besarlo.

—Hasta la noche entonces, amor mío —dijo.

Acudió al parapeto para verle bajar por la ciudad. Aún no había amanecido del todo. Las nubes cruzaban por la llanura ante Troya y sólo se veían algunas siluetas en las calles; soldados que iban en busca de su comida matinal.

Se sentía cansada y hubiera debido volver a la cama. Pero se preguntó cuántas de las mujeres de la ciudad que acababan de enviar a sus amantes o a sus maridos al combate, o al combate simulado de los Juegos que iban a celebrarse, podrían volver a dormir. Regresó a su habitación y halló todavía a Miel bajo las mantas. Se vistió con rapidez. No deseaba andar por los patios; por alguna razón, estaba segura de que se encontraría con Crises y de que éste intuiría al instante lo ocurrido, sin que ella pudiera soportar su mirada. En los últimos tiempos le había ido dejando a Filida el cuidado de las serpientes así que no tenía razón alguna para ir al patio de los ofidios.

Advirtió con sorpresa que le pesaba la soledad. Siempre había vivido sola y se había acostumbrado a no necesitar compañía. Entonces recordó que no había nadie en el templo del Señor del Sol con quien poder hablar de lo que pasaba en su corazón.

Varias de las mujeres de Pentesilea ocupaban una estancia no muy alejada de la de Casandra; las más se hallaban en un patio cercano en donde dormían sobre mantas enrolladas. Una o dos estaban despiertas y desayunaban pan y el áspero vino nuevo que se elaboraba en el templo. A Pentesilea, por su rango, se le había asignado una pequeña habitación situada al final de la gran sala. Casandra atravesó el antiguo mosaico de conchas marinas y espirales, de puntillas para no despertar a las que dormían. Llamó con suavidad a la puerta. La vieja amazona la abrió y le pidió que pasara.

—¡Buenos días, mi querida niña! ¡Qué cansada y soñolienta pareces!

Abrió los brazos y Casandra se refugió en ellos, llorando sin saber por qué.

—No tienes que llorar —dijo Pentesilea—. Pero si lloras, yo diría que hay motivo bastante. Sé que anoche saliste del banquete con Eneas, ¿te ha seducido ese rufián?

—No, no es nada de eso —contestó Casandra, con acritud.

Y se preguntó por qué sonreía Pentesilea.

—Bien, y si se trata de que estás enamorada, ¿por qué lloras?

—No... no lo sé. Supongo que porque soy tan estúpida como siempre supe que lo eran las mujeres que participan en tales juegos con los hombres y hablan de amor y lloran...

Y ahora, pensó, no soy mejor que ninguna de ellas.

—El amor puede trocar en estúpida a cualquiera —afirmó Pentesilea—. Tú has conocido el amor más tarde que la mayoría, eso es todo. El tiempo para llorar por amor es el de los trece años, no el de los veintitrés. Y, como cuando tenías trece no lloraste ni gemiste por ningún guapo muchacho, llegué a creer que quizá serías de las que buscan amantes entre las mujeres...

—No, nunca pensé en eso —afirmó Casandra—. He conocido lo que es desear mujeres —añadió, pensativa—. Pero lo atribuí a que quizá las veía a través de la mente y de los ojos de Paris.

Recordó a Helena y a Enone y cuan intensamente había sido consciente de su presencia; una parte de ella siempre sentiría un gran afecto por Helena. Pero lo de ahora era algo distinto y del todo inesperado. La enfurecía sentirse tan estúpida por un hombre con quien ni siquiera podía esperar compartir la vida.

Lloró de nuevo; esta vez con rabia. Trató de expresarla con palabras, pero Pentesilea dijo:

—Es mejor la ira que la pena, Casandra. Tiempo habrá de penar si la guerra prosigue. Vamos, ayúdame, Ojos Brillantes.

El viejo apelativo cariñoso hizo que sonriera a través de las lágrimas.

Casandra recogió la armadura, confeccionada con piezas superpuestas de cuero cocido y endurecido, y reforzadas con placas de bronce. Estaba adornada con espirales y rosetas de oro. La pasó sobre la cabeza de la amazona, haciendo que se volviera para ajustar las correas.

—Si algún daño me sobreviniese en esta guerra —dijo Pentesilea—, prométeme que mis mujeres no serán esclavizadas ni se verán obligadas a casarse; eso destrozaría sus corazones. Haz que, si la ciudad sobrevive, queden en libertad de marcharse sanas y salvas.

—Te lo prometo —murmuró Casandra.

—Y si yo muriese, quiero que este arco sea tuyo; mira, tengo incluso aquí, en el fondo de mi aljaba, algunas flechas de los centauros. La mayoría de mis mujeres emplean

ahora saetas de punta metálica porque pueden perforar armaduras como la mía; pero las flechas de los centauros... ¿Conoces el secreto de su magia?

—Si, sé que emplean veneno...

—Exacto, venenos poco conocidos, extraídos de la piel de los sapos —afirmó Pentesilea—. Y son capaces de matar aunque la herida que inflijan sea leve. Pocos de tus enemigos, ni siquiera entre los aqueos, irán protegidos de los pies a la cabeza. Estas flechas son, por así decirlo, un modo de compensar la desventaja que las mujeres tenemos en talla y fuerza.

—Lo recordaré —dijo Casandra—. Mas pido a los dioses que no reciba en herencia a tus mujeres ni a tu arco y que portes tus armas hasta que se depositen en tu tumba.

—Pero este arco en mi tumba de nada serviría —objetó Pentesilea—. Cuando haya muerto, tómalo, Casandra, o deposítalo en el altar de la Doncella Cazadora. Prométemelo.

Los aqueos no intentaron romper la tregua durante los sietes días que duraron los Juegos fúnebres en honor de Patroclo ni durante los tres siguientes, que fueron dedicados a una fiesta en la que se distribuyeron los premios. Casandra no asistió a los Juegos ni a la fiesta pero supo de ambos a través de Eneas, que venció en el lanzamiento de la jabalina y ganó una copa de

oro. Héctor se mostró contrariado porque participó en lucha y fue vencido por el capitán aqueo llamado Ayax el Mayor; mas le consoló un poco que su hijo Astiánax ganase la carrera pedestre para muchachos, aunque era el más pequeño de los contendientes.

—¿Qué recibió? —le preguntó Casandra.

—Una túnica de seda de Egipto, teñida con púrpura. Resulta demasiado grande para él y demasiado bonita para que la destroce un niño pero podrá vestirla cuando crezca —dijo Eneas—. Y a final del banquete, nos dieron las gracias por nuestra presencia en los Juegos y afirmaron que por la mañana nos encontraríamos en el campo de batalla. Así que vamos a dormir, amor mío, porque harán sonar el cuerno para despertarnos una hora antes del amanecer.

Se tendió y la atrajo hacia sí. Ella le abrazó con júbilo. Pero al cabo de un momento, preguntó:

—¿Estuvo Aquiles?

—Sí, la muerte de Patroclo lo ha enfurecido más que cualquier insulto de Agamenón. Deberías haber visto cómo miraba a Héctor; parecía Gorgona dispuesta a convertir a tu hermano en piedra. Sabes muy bien que nadie me considera cobarde, pero me alegra que mi destino no sea luchar contra Aquiles.

—Es un loco —dijo Casandra, con un escalofrío.

Y cortó la charla, poniendo la cabeza de Eneas bajo la suya para besarlo. Se durmieron abrazados; pero pasado cierto tiempo, Casandra tuvo la impresión de que se despertaba y se levantaba... No, porque, volviendo la vista atrás, pudo verse todavía en la cama, yaciendo entre los brazos de Eneas.

Ligera como un espíritu, se deslizó a través del templo, flotando donde las amazonas aún permanecían despiertas, afilando sus armas. Pasó sobre el palacio hasta llegar a las habitaciones que ocupaban Paris y Helena. Paris dormía profundamente; y Helena vagaba, con las mejillas mojadas por las lágrimas, arriba y abajo de la habitación donde habían muerto sus hijos. Aún tiene a Paris, ¿pero es suficiente? ¿Qué será de ella si somos derrotados?¿La arrastrará Menelao hasta Esparta sólo para matarla? Durante un momento, a Casandra le pareció ver a los capitanes aqueos echando a suertes a las mujeres conquistadas y llevándoselas a las negras naves que llenaban el puerto, rebosantes de suciedad y de horror...

No, aquello no era más que un sueño. Existía la posibilidad que nunca llegara a realizarse. La muerte de Patroclo y el retorno de Aquiles a la contienda habían cambiado el sentido de las corrientes del futuro, lo sabía. Incluso los dioses estarían haciendo nuevos planes. La noche parecía centellear con reflejos de luz de luna y, mientras se deslizaba como un fantasma hacia el campamento aqueo, enormes siluetas atravesaron la oscuridad. Ningún ser mortal, lo sabía, podía verla en su estado presente, mas para los dioses era fácil sorprenderla mientras espiaba en este mundo de espíritus...

Ignoraba hacia dónde se dirigía; pero por alguna razón desconocida, un firme sentido de determinación la impulsaba. Se detuvo un instante en la tienda donde dormía Agamenón. No le pareció realmente más alto de lo normal sino un hombre de aspecto corriente con un gesto de inquietud en el rostro. Este hombre estaba casado con la hermana de Helena y había sacrificado a su propia hija para obtener un viento propicio. ¿Exigían en verdad los dioses de los aqueos actos tan odiosos, o es que tenían sacerdotes que así lo proclamaban en servicio de sus afanes corrompidos? Supuso que un hombre malvado era malvado en todas partes, y que entre los aqueos se desenvolvería con más facilidad. Mientras deambulaba por allí, el durmiente se volvió boca arriba y abrió los ojos. Casandra tuvo la impresión de que podía verla, y quizás era cierto si él estaba soñando.

—¿Has sido enviado para tentarme, doncella? —murmuró, aunque ella no creyó que en realidad hablara.

—Sólo sueñas que estoy aquí —le dijo—. Soy el espíritu de la hija que enviaste a la muerte, y pido a los dioses que te envíen sueños malignos.

Salió a través de la pared de la tienda, pero oyó el alarido que emitió al despertar aterrado. No hubiera deseado ser él esa noche.

Siguió avanzando hasta encontrarse en la tienda de Aquiles. El príncipe aqueo se hallaba despierto, tendido boca arriba y con los ojos muy abiertos. Al otro lado de la tienda, sobre una camilla, estaba el cuerpo de Patroclo. Casandra no comprendió aquello, el cadáver debería haber sido ya incinerado o enterrado, o incluso expuesto para que lo devoraran las grandes aves carroñeras, como era costumbre entre algunas de las tribus de las grandes estepas. Sin embargo, el cuerpo había sido embalsamado y Aquiles continuaba velándolo. Sus extraños y pálidos ojos aparecían hinchados como si llevara llorando largo tiempo, y hasta ella llegó el sonido de sus sollozos.

—¡Oh, madre! —exclamó entre suspiros.

Casandra no supo si invocaba a su madre terrenal o si llamaba a una diosa.

—¡Oh, Madre, me dijiste que Zeus Tonante prometió para mi honor y gloria y mira cuál es mi estado: vilipendiado por Agamenón y ahora privado de mi único amigo!

Pensó: Deberías haber pertenecido a la clase de persona que pueden tener más de un amigo en la vida. Percibió de

nuevo sus gemidos sin palabras y después sus gritos, dirigidos a Patroclo:

—¿Cómo es posible que me hayas abandonado? ¿Y qué diré a tu padre? ¡Te advirtió que te quedases en tu tierra y que te ocuparas de los asuntos de tu propio reino; Pero yo le juré que no sufrirías ningún daño y que te devolvería a tu casa cubierto de honor y de gloria! Sí, te llevaré a tu casa... pero ahora no hay para ti honor ni gloria.

Sus sollozos aumentaron en intensidad.

Por un momento Casandra casi llegó a sentir piedad del dolor del príncipe aqueo. Pero había oído demasiado de su loca afición por la guerra. Mataba sin compasión, infligiendo todos los sufrimientos de que era capaz. Mas cuando le llegaba el turno de sufrir, mostraba escasa fortaleza. Jamás habría sucedido aquello si hubiera salido él a luchar. Patroclo había muerto por hallarse en donde debía haber estado Aquiles. De repente, supo lo que había ido a hacer allí.

—Aquiles —le dijo suavemente, imitando el acento que había oído en el campamento aqueo.

Aquiles se incorporó hasta quedar sentado, y miró a su alrededor con los ojos desorbitados por el miedo.

—¿Quién me llama?

—Los espíritus carecen de nombres —dijo ella, haciendo más grave su voz—. Yo tengo un número entre los muertos.

—¿Eres tú, Patroclo? ¿Por qué has venido a acosarme, amigo mío? ¿Por qué permaneces aquí en vez de reposar?

—No podré descansar mientras esté insepulto. Mi espíritu seguirá acosando a los que intervinieron en mi muerte.

—Ve entonces y acosa al troyano Héctor —gritó Aquiles, dominado por el pavor, con los ojos desorbitados— ¡Fue su espada la que te arrebató la vida, no la mía!

—Ay —gimió Casandra—. Permanezco aquí porque me llegó la muerte cuando vestía tu armadura y en el lugar que tú deberías haber ocupado en el combate... —Luego con súbita inspiración, añadió—: ¿Has dejado de amarme porque he franqueado las puertas de la muerte?

—Los muertos no tienen lugar entre los vivos; no me lo reproches o moriré de pena —dijo Aquiles, entre sollozos.

—No te lo reprocho —se quejó Casandra, con voz sepulcral—. Lo dejo a tu propia conciencia; sabes que sufrí la muerte que hubiera debido ser la tuya.

—¡No! —aulló Aquiles—. ¡No! ¡No escucharé eso! ¡Socorro! ¡Guardias!

¡Pobre diablo!, pensó. ¿Cree verdaderamente que sus guardias pueden arrojar de aquí a un espíritu? Cuatro hombres armados se precipitaron en la tienda.

—¿Nos has llamado, príncipe? —preguntó el primero de ellos, evitando mirar el cadáver de Patroclo, tendido en las parihuelas.

—Registrad el campamento —les ordenó—. Algún intruso ha penetrado sin ser visto y me ha dicho cosas terribles con la voz de Patroclo. ¡Encentradle y traédmelo y ensartaré sus ojos en un espetan! ¡Le arrancaré las entrañas y las freiré ante sus ojos! ¡Y... pero traédmelo primero!

Agitó el puño y los hombres se precipitaron al exterior.

Concluida su misión, Casandra se deslizó tras ellos y oyó decir a uno de los cuatro:

—Lo sabía. Estaba loco cuando se encerró en su tienda pero eso le ha enloquecido aún más.

—¿Crees que hay un espía?

—No pienso molestarme en buscarlo dentro de su pobre mente enferma, muchacho —declaró cínicamente el primero que había hablado—.Es el único sitio en que podríamos hallar al intruso.

Casandra habría reído si hubiera sido capaz de hacerlo. Como un espectro de niebla ascendió por la larga ladera hacia las cimas de Troya barridas por el viento. Luego, silenciosamente, descendió hasta fundirse con su cuerpo todavía rodeado por los brazos de Eneas.

Durmió sin soñar.

Ahora que tenía un hombre entre los guerreros, Casandra experimentaba con más fuerza que antes el impulso que enviaba hasta las murallas a las mujeres para contemplar el combate. Delegó por completo en Filida la tarea de cuidar de las serpientes y a las otras sacerdotisas la de curar a los heridos. Aquella mañana los carros en línea parecían pintados en colores más brillantes; las armas relucían más amenazadoras que nunca. Héctor estaba al frente de ellos, flanqueado por Eneas y Paris, armados y formidables como si fuesen los dioses de la guerra en persona. Tras la línea de carros iban largas filas de infantes con sus deslumbrantes armaduras de cuero, sus jabalinas y sus lanzas. Pensó que, de hallarse entre los aqueos, ella hubiera escapado a la carrera.

Las tropas argivas, formadas a lo largo del terraplén que habían construido entre la llanura y la plaza donde estaban ancladas sus naves, no se inmutaron cuando Héctor dio la orden de carga. Resonó el grito de guerra de los troyanos. Los carros se lanzaron estruendosos contra la inconmovible línea aquea. Los argivos enviaron una nube de flechas y, en un movimiento concertado, se alzaron los escudos troyanos. La mayor parte de las saetas cayeron sobre el techo formado por los escudos de los troyanos, sin producir daño. A la primera siguió rápidamente una segunda nube de flechas; se desplomaron uno o dos soldados, o abandonaron tambaleándose la formación para volver a las murallas. Pero los carros no se detuvieron.

Un gran grito se elevó de ambas formaciones. En lo alto del terraplén asomó un enorme carro de bronce, adornado con alas doradas y un sol que irradiaba sus rayos. Sobre el carro se erguía una figura resplandeciente: Aquiles se había unido a la batalla, dominando las líneas de aqueos como un gallo domina un gallinero. En contraste, todos los demás parecían pequeños e insignificantes.

Entre alaridos, alzó su gran escudo y guió su carro terraplén abajo como una Furia lanzada contra Héctor. Saltó entonces a tierra y proclamó su desafío. Héctor estaba obligado a responderle. Lo acometió con su venablo, pero éste rebotó sobre el escudo de Aquiles; luego, con la espada en una mano y el escudo en la otra, volvió a atacarlo. Incluso desde donde se hallaba, Casandra pudo sentir el impacto de aquel primer golpe que arrojó hacia atrás, vacilantes, a los dos hombres.

Andrómaca estaba junto a ella, aferrada a su brazo con tal fuerza que sus uñas se clavaron en su piel. Aquel combate había sido inevitable desde el momento en que Patroclo fue muerto.

Casandra gritó de excitación. Tras los infantes que avanzaban para atacar a los soldados aqueos entre los carros, estaban las amazonas. Sus flechas y sus espadas acabaron con muchos guerreros argivos. Héctor, frente a Aquiles, parecía ahora más alto e impresionante. Casandra sintió que ya no era su hermano sino el propio y resplandeciente dios de la guerra. Hirió a Aquiles y el aqueo cayó. El grito de entusiasmo de las filas troyanas pareció reanimarle y, de nuevo en pie, obligó a Héctor a retroceder hacia su carro. El príncipe troyano subió al estribo e hizo girar el vehículo, arremetiendo contra Aquiles. Éste cayó y a punto estuvo de ser arrollado, pero se recobró una vez más y le lanzó su venablo. Rebotó en la armadura de Héctor, mas a tal golpe siguió una fuerte estocada que alcanzó al troyano en el cuello.

Héctor se desplomó en su carro. Troilo empuñó las riendas y, derribando de nuevo a Aquiles, emprendió una carrera hacia las murallas. Entonces las amazonas acometieron al aqueo con sus lanzas, pero éste fue protegido de inmediato por casi dos docenas de sus mirmidones que formaron una sólida barrera ante él. Las amazonas se vieron obligadas a retirarse porque, aunque habían abatido a diez o doce hombres de Aquiles, de continuo acudían más.

Los mirmidones alcanzaron el carro de Héctor cuando ya estaba junto a las murallas de Troya. Tras ellos irrumpió Aquiles sobre su propio carro, tirado por un solo caballo; había cortado las riendas del otro. Deliberadamente arremetió con su vehículo contra el de Héctor. El joven Troilo saltó despedido. Cayó de pie y fue acosado por un enjambre de mirmidones. Andrómaca gritaba. Casandra se volvió para calmarla y, cuando tornó a mirar, Aquiles empuñaba las riendas del carro troyano y corría hacia las líneas aqueas con Héctor... o con su cadáver.

Troilo luchaba rodeado de enemigos. Una de las amazonas se lanzó hacia él, mató a tres hombres de Aquiles y lo izó a su montura. Paris y Eneas perseguían a Aquiles, pero los hombres del terraplén enviaron contra ellos un tropel de jabalinas que empalaron a sus caballos. Cargaron las amazonas y rescataron a Paris y a Eneas, aunque sus carros volcados quedaron en poder de los aqueos. Aquiles, con Héctor y su carro, había desaparecido.

Aún cubiertos por los arqueros que lanzaban flechas desde las murallas, los troyanos necesitaron una hora de encarnizada lucha para retroceder hasta las puertas. Allí los esperaba Andrómaca.

—¿No pudisteis siquiera recobrar su cadáver? —chilló—. ¿Le dejasteis en sus manos?

—Hicimos todo lo que pudimos, pero Aquiles...

Fue Paris quien habló. Había perdido la mayor parte de las piezas de su armadura y, apoyado en su auriga, sangraba de un enorme tajo en el muslo.

—¡Aquiles! ¡Maldito sea para siempre! ¡Que sus huesos se pudran insepultos en las orillas de la laguna Estigia! —prorrumpió Andrómaca, gritando salvajemente su pena—. ¡Héctor ha muerto! ¡Perezca Troya!

Hécuba se sumó al plañido.

—¡Está muerto! ¡Está muerto el más grande de nuestros héroes! Muerto o en manos aqueas...

—Está muerto —dijo Eneas, con tristeza.

—Me avergüenza admitirlo, pero sin la carga de las amazonas todos estaríamos muertos —afirmó Deifobo, que había bajado a Troilo de la silla de la amazona y examinaba sus heridas.

Hécuba corrió hacia él y le tomó en sus brazos mientras reclamaba la presencia de un sacerdote curandero.

—¡Ah, hijos míos! ¡Héctor! ¡Mi primer hijo y mi último hijo en tan sólo una hora! ¡Ah, la más fatídica de todas las batallas! —gimió antes de desplomarse inconsciente.

Casandra se arrodilló presurosa junto a ella, temiendo aterrada que aquel golpe la hubiese matado también.

—No, Troilo vive —dijo Eneas, alzando con cuidado a la anciana—. Has de ser fuerte, madre; necesitará de todos tus cuidados si no quieres perderlo también.

Puso a Troilo al cuidado de un sacerdote curandero, que le devolvió la conciencia con un poco de vino y luego reconoció sus heridas. Las mujeres distribuían vino a su alrededor. Eneas tomó una copa, y la vació de un trago.

—Creo que mañana le apuntaré cuidadosamente a Aquiles desde las murallas y trataré de matarlo antes de que nos aventuremos a salir.

—No puede morir de ese modo —afirmó Deifobo—. Su armadura ha sido forjada por un dios. ¡Las saetas rebotan como si fuesen ramitas!

—No forjada por un dios —dijo Pentesilea—, sino en sólido hierro. ¿Imaginas lo que debe pesar? Ni siquiera pueden atravesarla las saetas escitas de punta metálica que lanzan mis mujeres.

—Se afirma que Aquiles se halla protegido por encantamientos, de forma que ninguna herida infligida por mortal podrá abatirlo —comentó Paris, preocupado.

—Dejadme que le clave un arma y os garantizo que morirá —dijo Eneas—. Pero hemos de subir a comunicar a Príamo las noticias; las peores de todo el año.

—Esto debería haberse previsto —masculló Casandra—. Héctor mató a Patroclo. Aquiles actuó para tal fin en cuanto puso un pie fuera de la muralla. No ha sido una acción de guerra sino un asesinato.

Pero, en su interior, se preguntó si existía mucha diferencia.

—Tenemos que ir ante Aquiles de inmediato —dijo Eneas—; quizás antes de decírselo a nuestro padre, y solicitar una tregua para enterrar y llorar a nuestro hermano.

—¿Crees de veras que accederán? —preguntó Paris, en torno sarcástico—. Tienes una opinión demasiado buena de ellos.

—Deben concederla —afirmó Eneas—. Nosotros les dimos una tregua para los Juegos fúnebres de Patroclo.

—Si es necesario, yo misma iré y me arrodillaré ante Aquiles y le suplicaré que me devuelva el cuerpo de mi marido —dijo Andrómaca.

—Lo devolverán —aseguró Eneas—. Aquiles siempre está hablando de honor.

—Sólo del suyo, según mis noticias —puntualizó Casandra.

—Bien, pues entonces su propio honor le obligará a hacer lo que es honroso —contestó Eneas—. Ellos me conocen; dejadme ir al frente de una delegación de la guardia de Héctor para traer su cadáver.

—Hemos de comunicárselo primero a nuestro padre —intervino Troilo quien, muy pálido y con la cabeza vendada, abandonaba ya los cuidados del curandero—. Si queréis, yo lo haré. Soy el culpable. Yo lo dejé caer en manos de Aquiles.

Hécuba lo abrazó con fuerza.

—Nadie te culpa, hijo mío. Me alegro de que no le siguieras en la muerte —y añadió—. Pero sí, ve a Príamo; nada podrá consolarle de la pérdida de nuestro primogénito salvo saberla por un hijo con que aún somos bendecidos...

—Yo iré y se lo diré —aseguró Paris—. Pero primero hemos de reunimos los hermanos. Todos los que aún vivimos compareceremos ante él, dispuestos a consolarlo.

—Y yo iré al templo de la Doncella para enterar a Polixena —dijo Casandra—. Héctor y ella eran muy próximos en edad y se querían mucho.

Se disponían ya a desempeñar sus diversos cometidos, cuando Andrómaca se dirigió a la muralla y lanzó un agudísimo lamento.

—¡Ah, el demonio, el monstruo! ¿Qué hace ahora?

—¿Quién? —preguntó Casandra.

Pero ya lo sabía; sólo una persona podía ser demonio y monstruo. Se precipitó al parapeto.

El sol estaba alto pero aún no era mediodía aunque les pareciera que habían estado contemplando la batalla durante toda una mitad de la jornada. En la llanura ante Troya se alzaba una gran nube de polvo; al despejarse un poco, pudo ver el carro de Aquiles. El caudillo aqueo conducía a sus dos caballos, de nuevo emparejados. Entre la polvareda que dejaba el carro, vio también otra figura cuya armadura revelaba claramente su identidad.

—¡Héctor! ¿Pero qué está haciendo? —inquirió.

Era harto evidente lo que hacía. Arrastraba por el polvo tras su carro el cadáver de Héctor. Los tróyanos observaron horrorizados cómo describía círculos en la planicie.

—Pero está loco —dijo Casandra—. Yo pensaba...

Había pensado que le llamaban loco en forma retórica; pero el hombre que maltrataba el cadáver de un enemigo caído, aunque fuese el adversario que había matado a su más querido amigo, tenía que estarlo en realidad.

Ese hombre debería ser controlado, pensó estremeciéndose.

—Esto va más allá de la venganza; ese hombre es inhumano —dijo Eneas.

—Quizás ha enloquecido por la pena —opinó Casandra—. Amaba a Patroclo más allá de toda razón y, cuando éste murió, perdió el último de sus lazos con la cordura.

—Aun así, es preciso acabar con esto —dijo Eneas—. Hemos de acudir a los aqueos. Odiseo al menos es un hombre razonable, y conseguir el cadáver de Héctor antes de que llegue esto a oídos de su padre.

—Pero yo he de permanecer aquí —clamó Andrómaca, apretando los puños—, y ver esto sin enloquecer de dolor, pero Príamo, hombre y rey, tiene que ser protegido de las palabras, no sólo de la escena... —Echó hacia atrás la cabeza y gritó—: ¡Yo misma bajaré, si es preciso, y persuadiré a ese hombre con un látigo de que no puede hacer eso ante toda la familia de Héctor!

—No —dijo Paris, abrazándola cariñosamente—. No, Andrómaca, no te escuchará. Te lo aseguro, está loco.

—¿Loco? ¿O finge locura para que paguemos un fuerte rescate por el cuerpo de Héctor? —preguntó Andrómaca.

Casandra no había pensado en aquella eventualidad.

Al fin Troilo, llevando consigo a dos de los otros hijos de Príamo, subió a comunicar al rey la muerte de Héctor. Mientras tanto, Paris y Eneas se armaron y partieron en un carro con el heraldo favorito de Príamo. Trataron en vano de que Aquiles los escuchara; él se limitó a azotar frenéticamente a sus caballos, negándose a escuchar una sola de las palabras que pronunció el heraldo.

Pasado cierto tiempo dejaron de intentarlo, deliberaron y se dirigieron al campamento principal de los aqueos para hablar con Agamenón y los otros caudillos. Poco después regresaron a Troya, con el desánimo pintado en sus semblantes.

Andrómaca se precipitó hacia ellos

—¿Qué dijeron? —preguntó, aunque era obvio que no habían tenido éxito.

Allá abajo, en la llanura, el carro de Aquiles seguía arrastrando en círculos el cadáver. Parecía dispuesto a continuar así al menos hasta el ocaso.

—No intervendrán para detener a Aquiles —informó Eneas—. Dicen que es su jefe. Y que debe hacer lo que le plazca con sus cautivos y prisioneros. Mató a Héctor y el cadáver es suyo, para obtener un rescate o para lo que quiera.

—Pero es monstruoso —afirmó Andrómaca—. ¡Vosotros no dudasteis en otorgarles una tregua para que llorasen a Patroclo! ¿Cómo pueden hacer esto?

—No querían hacerlo —explicó Paris—. Agamenón no osaba mirarme a la cara. Saben que están violando todas las reglas de la guerra, reglas que ellos mismos dictaron v que nosotros accedimos a cumplir. Pero también saben que no tienen posibilidad de triunfo sin Aquiles. Le encolerizaron una vez, y no quieren correr el riesgo de volver a enfurecerlo.

El sol había descendido mucho y sobre parte de la llanura de Troya se extendían ahora las largas sombras de las murallas.

—Sólo nos queda salir y luchar por su cadáver —dijo Paris.

Llamó a su escudero y empezó a ponerse la armadura —Llamad a las amazonas; con una carga y sus flechas podrán cubrirnos. Son fieras combatientes, más fieras que cualquier hombre —declaró Eneas—. Sacrificaré al dios de la guerra mi mejor caballo si conseguimos el cadáver de Héctor.

—Yo sacrificaré más que eso si me concede a Aquiles —afirmó Paris—. Héctor y yo no estuvimos muy unidos, pero era mi hermano mayor y le quería. Y aunque así no fuese, las obligaciones del parentesco me prohíben permanecer ocioso mientras su cuerpo es mancillado. Ni siquiera Aquiles puede tener pendencias con los muertos.

—Recuerdo que Héctor dijo que Patroclo y él tendrían mucho de que hablar en el Más Allá —manifestó Casandra. —Sí —repuso Eneas con tristeza—. Si Aquiles se detuviera en reflexionar, sabría que Héctor y su amigo serían buenos compañeros en las estancias de la Otra Vida.

—Confío en que sea voluntad de los dioses que no me halle cerca de Aquiles en el otro lado de la muerte —dijo Paris sombríamente—. O juro que, a menos de que aprenda allí algo que no me ha sido dado conocer en esta vida, quebrantaré la paz de ese mismo mundo cuando me encuentre allí con Aquiles.

—Oh, callaos —pidió Eneas—. Ninguno de nosotros sabe lo que pensaremos o haremos una vez franqueada esa puerta; pero en este mundo se nos ha enseñado que la enemistad concluye con la muerte y que lo que Aquiles está haciendo ahora es un ultraje y una atrocidad... así como también un insulto a las buenas maneras. Debería mostrar respeto por un

enemigo caído; tú lo sabes, yo lo sé, los demás aqueos lo saben. Y te doy mi palabra de que, si Aquiles lo ignora, me sentiré feliz dándole una lección, aquí y ahora. ¿Están los soldados armados y dispuestos? —Sí —contestó Paris—. Abrid las puertas. Príamo pasó lentamente entre las filas y se dirigió a la parte de la muralla donde estaban las mujeres. Estaba tan pálido como la muerte, y Casandra observó que había llorado.

__Si rescatas el cadáver de mi hijo para que podamos enterrarlo honrosamente, podrás pedir como premio lo que te plazca —dijo a Eneas, cuando éste descendía camino de la puerta.

Eneas volvió, se arrodilló un momento ante él, y le besó la mano.

—Padre, Héctor era mi cuñado y mi compañero de armas. No necesito premio alguno por hacer lo que bien sé que él hubiera hecho por mí.

—Entonces que la bendición de todo dios que yo conozca descienda sobre ti —declaró Príamo.

Cuando Eneas se levantó, le dio un rápido abrazo y besó su mejilla. Luego le dejó ir y los hombres bajaron a la puerta.

Troilo pretendió unirse a ellos pero Hécuba gritó:

—¡No! ¡Tú, no!

Y lo sujetó por la túnica. Pero Troilo se desembarazó de ella y Príamo hizo señal a la reina de que lo dejase ir.

Hécuba se echó a llorar.

—¡Viejo cruel! ¡Padre desnaturalizado! Hoy hemos perdido un hijo. ¿Quieres que perdamos otro? —gritó.

—No es un niño —dijo Príamo—. Desea ir y no se lo prohibiré. Tampoco me opondría si buscara una excusa para quedarse, pero debo sentirme orgulloso de él.

—¡Orgulloso! —exclamó con rabia mientras observaba la carrera que emprendían los carros en cuanto franquearon la entrada— ¡Hay más de un loco aquí!

Casandra había visto luchar a las amazonas muchas veces y deseó haber podido cabalgar con ellas. Sin embargo, aunque el combate de la mañana le había parecido muy violento, fue suave comparado con la ferocidad de la batalla por el cadáver de Héctor.

Una y otra vez los soldados troyanos se lanzaron a ataques suicidas contra el carro de Aquiles, tratando de volcarlo, arrollarlo y apoderarse del cadáver. Pero las fuerzas conjuntas de Héctor y las amazonas no pudieron lograrlo Parecía como si el propio dios de la guerra acompañase a Aquiles. Más de una docena de soldados y siete amazonas cayeron en estas acometidas ante los aurigas de Agamenón mandados por Diómedes, y los más fuertes arqueros espartanos.

Cuando empezó a escasear la luz, se inició la retirada de los troyanos; y al desplomarse Troilo, atravesado por una saeta disparada por el propio Aquiles, Eneas dio por terminada la batalla y llevó el cuerpo de Troilo al interior del recinto amurallado.

—No quería vivir —dijo Hécuba, sollozando sobre el cadáver—. Se culpaba... le oí... de la muerte de su hermano...

En el rojizo crepúsculo, la nube de polvo que seguía al carro de Aquiles no mermaba.

—Parece que pretende proseguir durante toda la noche —comentó Paris—. No hay nada que podamos hacer.

—Es probable que yo sea capaz de ver en la oscuridad mejor que sus caballos —dijo Eneas—. Podríamos probar de nuevo a la luz de la luna...

—No hay razón para eso —intervino Pentesilea—. Ahora tienes un hermano al que enterrar y llorar; mañana habrá tiempo de volver a pensar en Héctor.

Hécuba, arrodillada ante el cuerpo de Troilo, alzó su cara sofocada por los sollozos, que parecía haber envejecido veinte años.

—Si es preciso, iré a Aquiles y le suplicaré por el amor de su propia madre que me deje enterrar a mi hijo —afirmó—. Seguramente tiene una madre y la honra.

—¿Crees de verdad que un ser humano ha podido parir a ese monstruo? —preguntó Andrómaca, llorando—. ¡Seguramente procede del huevo incubado de una serpiente!

—Como cuidadora de serpientes, me ofende lo que has dicho de ellas —dijo Casandra—. No existe serpiente tan cruel; matan para comer o defender a sus crías pero ninguna hace por placer la guerra a otra, sea quien fuere el dios al que sirva.

—Dejémoslo por esta noche —dijo Andrómaca—. Quizás el nuevo día le devuelva la razón.

Se apartó de la muralla, rehuyendo deliberadamente la visión del carro de Aquiles y de la nube de polvo que ocultaba el cadáver de Héctor. Levantó con suavidad a Hécuba cogiéndola de un brazo, y sostuvo con fuerza el peso de la anciana. Juntas subieron hacia el palacio.

Casandra se inclinó sobre el cuerpo sin vida de Troilo. Recordó la carita enrojecida y redonda con que había nacido, sus lloros y el modo en que alzaba sus puñitos. ¡Cómo había rezado su madre por tener otro hijo y cuan feliz se sintió cuando llegó! Pero a ella le alegraba siempre el nacimiento de un niño en el palacio, incluso de los que parían las concubinas; la reina era siempre la primera en tener al recién nacido en sus brazos, por humilde que fuese la madre.

Bueno, había prometido decírselo a Polixena. Subió lentamente por las calles hacía el templo de la Doncella. A la altura del patio exterior, en donde se levantaba la imagen de la diosa, el viento tiró hacia atrás su manto y sus cabellos.

Habían sido tantos los años vividos como sacerdotisa que casi había dejado de preocuparse acerca de la naturaleza de los dioses y diosas, de si verdaderamente procedían de algún lugar fuera de lo humano o si debían su existencia al afán del hombre por adorar las más grandes virtudes y su esencia divina. Sin embargo ahora, al contemplar el rostro sereno de la Doncella, se preguntó de nuevo: ¿Podía alguien humano o divino nacer sin una madre? ¿No era ese mismo concepto una blasfemia contra todo lo divino? Casandra no había parido ningún hijo pero su insatisfecha pasión de la maternidad había llevado a Miel hasta sus brazos y sabía que la protegería con su propia vida, como cualquier otra madre.

Con su misma madre compartía ahora un terrible dolor. Se sentía culpable de haber subestimado a Aquiles. Debería haber sabido que su locura le hacía aún más peligroso.

Mas, de haberlo advertido, no habría sido escuchada.

Una de las sirvientes del templo la reconoció y se acercó a preguntarle con deferencia cómo podía atender a la hija de Príamo.

—Deseo hablar con mi hermana Polixena —dijo.

La sirvienta fue a llamarla.

Al poco tiempo oyó pasos, y Polixena apareció en la estancia.

—¡Traes malas noticias, hermana! ¿Acaso nuestra madre o nuestro padre...? —gritó, al ver el semblante de Casandra.

—No, aún viven —le contestó—. Aunque ignoro las consecuencias que en definitiva tendrán para ellos las noticias que vengo a traerte.

Polixena, ya próxima a los treinta años, conservaba en su rostro la frescura de la piel de un niño. Se acercó y abrazó a Casandra, llorando.

—¿Qué has venido a anunciarme? Dímelo.

—Héctor... —empezó a decir, pero se detuvo al sentirse a punto de echarse a llorar.

—Lo peor —dijo después—, es que no sólo se trata de Héctor sino también de Troilo. —Se agarrotó su garganta, pero se forzó a continuar—. Ambos muertos en el espacio de unas horas, a manos de Aquiles; ese demente arrastra el cadáver de Héctor tras su carro y no quiere entregar su cuerpo para que sea enterrado...

Polixena estalló en sollozos y las hermanas se abrazaron, unidas como no lo habían estado desde que eran muy pequeñas.

—Iré de inmediato —declaró Polixena—. Nuestra madre me necesita. Voy a buscar mi manto.

Salió a toda prisa y Casandra pensó entristecida que aquello era cierto; ella no podía consolar a su madre. Incluso Andrómaca se hallaba más cerca de Hécuba que ella misma. Así había sido toda su vida. De sus hijos, Héctor era el más próximo al corazón de sus padres y Casandra la menos querida. ¿Sucedió así sólo porque ella era diferente de los demás?

Le destrozaba el corazón saber que ni siquiera en aquel terrible momento podía acercarse a su madre. Porque ella siempre conservaba el control de sí misma al no mostrar sus sentimientos, nadie creía que también necesitaba consuelo. Su tristeza, profunda y solapada, la hacía parecer ante su madre fría e inhumana, totalmente distinta de lo que debiera ser una mujer.

Polixena regresó cubierta con el pálido manto de las sacerdotisas. De su cintura colgaba algo envuelto en un paño. Sus ojos estaban enrojecidos, pero había dejado de llorar. Sin embargo, Casandra sabía que volvería a hacerlo al ver las lágrimas de su madre.

Me gustaría poder llorar. Héctor merece todas las lágrimas

que derramemos por él Y se preguntó desesperada: ¿Qué es lo que me sucede que no puedo llorar por mis hermanos más queridos?

Mas, dentro de su corazón, una vocecilla juiciosa dijo: Héctor fue un estúpido; sabia que Aquiles era un loco que no se atenía a ninguna norma de guerra civilizada y, sin embargo, en nombre de algo que llamaba honor, se precipitó a la muerte. Ese honor le importaba más que su propia vida, o que Andrómaca o su hijo o el pensamiento del dolor que infringiría a sus padres. Y pese al horror que implicaba lo que Aquiles estaba haciendo con su cadáver, eso no incrementaba su tristeza por la muerte. Héctor estaba muerto y harto terrible era ya tal desgracia. ¿Qué podía empeorar el hecho?

De cualquier modo, todos moriremos; y pocos de nosotros tan rápida o benignamente. ¿Por qué no alegrarnos de que se le hayan ahorrado más sufrimientos?

Polixena entregó a Casandra el envoltorio, y ella sintió que había algo duro en su interior.

—Son mis joyas —dijo—. Nuestro padre puede necesitarlas para pagar el rescate del cuerpo de Héctor. Aquiles codicia tanto el oro como lo que él llama gloria; tal vez esto servirá de algo.

—Si es así, también ofreceré las mías —afirmó Casandra—. Aunque tengo pocas; sólo los anillos y las perlas de Colquis.

Juntas descendieron por la colina hacia el palacio. Ya era tarde. El sol se había ocultado tras un denso banco de nubes y el viento llevaba olor a tierra húmeda. En la llanura no se veía rastro del carro de Aquiles; había renunciado a su vergonzosa venganza, al menos por la noche.

—Tal vez emprendan una incursión nocturna para rescatarla —aventuró Polixena— o, si llueve, quizás Aquiles acepte el pago de un rescate; no querrá conducir su carro bajo una tormenta.

—No creo que eso suponga ninguna diferencia para él —afirmó Casandra—. Me parece que lo prudente sería aceptar la situación y hacer lo que él no espera. Dejar que se quede con el cadáver de Héctor y reunir mañana todas nuestras fuerzas para lanzarlas en un intento desesperado de dar muerte a Aquiles, a Agamenón y quizá también a Menelao.

Polixena la miró con auténtico espanto. Las primeras gotas de lluvia empezaron a confundirse en sus mejillas con las lágrimas.

—Te suplico, hermana, que nada digas de esto a nuestra madre o a nuestro padre. No creo que ni siquiera tú puedas ser tan desalmada como para dejar a Héctor insepulto bajo la lluvia.

—No es Héctor quien yace insepulto —dijo Casandra con firmeza—, sino un cuerpo muerto como cualquier otro.

—Ignoro si eres muy estúpida o simplemente mala —dijo Polixena—, pero hablas como un bárbaro y no como una mujer civilizada, que además es princesa y sacerdotisa de Troya.

Apartó los ojos, y Casandra supo que no había hecho más que empeorar las cosas. Se alejó unos pasos de Polixena para que no viera las lágrimas que salían de sus ojos, aunque sabía que Polixena la tendría en mejor concepto por ellas. No volvieron a hablarse,

Cuando llegaron al palacio, una doméstica tomó sus mantos empapados, secó sus cabellos y sus pies con toallas y las condujo al gran comedor. Casandra advirtió que los ojos de la anciana se hallaban tan hinchados y enrojecidos como los de su madre; hasta los últimos marmitones de las cocinas adoraban a Héctor y todas las mujeres del palacio recordaban a Troilo cuando era un niño pequeño y mimado.

La estancia estaba casi igual que siempre, iluminada por un crepitante fuego y las antorchas de madera que producían una brillantez en la cual las pinturas murales parecían ondear, adquiriendo el aspecto de paisajes submarinos. Estaba vacío el banco tallado que habitualmente ocupaba Héctor, y Andrómaca se sentaba entre Príamo y Hécuba, como una niña entre sus padres.

Paris y Helena se hallaban próximos, con las manos entrelazadas. Se levantaron para recibir a Polixena, que primero fue a besar a sus padres. Casandra ocupó su lugar acostumbrado, junto a Helena. Pero cuando las domésticas le sirvieron no pudo tragar bocado y tan sólo fue capaz de mordisquear unas verduras cocidas y de beber un poco de vino aguado. Paris parecía entristecido pero Casandra supo que tenía muy presente su recién adquirida posición de hijo mayor de Príamo y de la reina, y la de jefe de sus ejércitos. Si queda alguna esperanza para Troya, alguien debe

disuadirlo de esa idea, pensó. Él no es Héctor. Luego se sorprendió de sí misma. Conocía hacía tiempo que no existía esperanza para Troya. ¿Por qué continuaban alzándose una y otra vez indomables pensamientos de esperanza?

¿Significaba eso que sus visiones de destrucción sólo eran alucinaciones o desvaríos de la mente, como todo el mundo decía? ¿O sería que, tras la desaparición de Héctor, había surgido de algún modo una nueva esperanza para Troya? No, eso era ciertamente locura. Él era el mejor de todos nosotros, pensó; y supo que alguien ¿Paris? ¿Príamo? acababa de decirlo en voz alta.

—Él era el mejor de todos nosotros —afirmó Paris—, pero ha desaparecido; y sin él hemos de librar el resto de esta guerra. Aunque no sé cómo lo haremos.

—En realidad es tu guerra —afirmó Andrómaca—. Dije a Héctor que debería habértela dejado a ti solo.

Se oyó un sollozo; procedía de Helena. Andrómaca se volvió hacia ella, súbitamente enfurecida.

—¿Cómo te atreves? ¡De no ser por ti, él estaría con vida y su hijo no sería un huérfano!

—Oh, vamos, querida —terció Príamo en tono conciliador—, realmente no debes hablar así a tu hermana... bastante dolor hay esta noche en esta casa.

—¿Hermana? ¡Jamás! Esta mujer procede de nuestros enemigos, de donde vienen todos nuestros males... mírala ahí sentada, complacida de que su amante vaya a mandar todos los ejércitos de Príamo...

—Los dioses saben que no me complazco —contestó Helena, ahogando sus lágrimas—. Lloro por los hijos caídos de esta casa, que se ha convertido en la mía, y por el dolor de quienes son ahora mi padre y mi madre.

—¿Cómo te atreves...? —empezó a decir de nuevo Andrómaca, pero Príamo la tomó por una mano, que retuvo entre las suyas, y le habló al oído.

—¿Cómo tendría que manifestar mi dolor? —preguntó Helena, levantándose y acercándose al alto trono de Príamo. Sus largos cabellos rubios, sueltos, caían sobre sus hombros; sus ojos azules, hundidos en su cara y ensombrecidos por el llanto, destellaban a la luz de las antorchas.

—Padre —dijo a Príamo—, si es tu voluntad, bajaré al campamento; yo misma me ofreceré a los aqueos a cambio del cadáver de Héctor.

—Sí, hazlo —dijo Hécuba rápidamente, casi antes de que Helena hubiese terminado de hablar y de que Príamo iniciara su respuesta—. No te harán ningún daño. Andrómaca se mostró de acuerdo. —Puede que fuese el único acto bueno de toda una vida y la expiación por todo lo que has traído a esta casa —dijo. Casandra se sentía clavada a su asiento, aunque su primer impulso había sido levantarse y gritar: ¡No, no! Recordó sin embargo lo que profetizó la primera vez que Paris apareció ante las puertas de Troya; que era una antorcha que prendería un fuego en el que ardería toda la ciudad, una profecía repetida cuando trajo a Helena. Eso sucedió hacía mucho tiempo; ya no censuraba a Helena por el hecho de que hubiese acudido a la ciudad; ése era el destino ordenado por los dioses. Y entonces no la escucharon ni su padre ni sus hermanos, ni siquiera Héctor. Ciertamente harían lo contrario de lo que dijera. Mejor era callar. Príamo contestó cariñosamente.

—Oferta generosa la tuya, Helena, pero no podemos permitir que lo hagas. No eres la única causa de esta guerra. Rescataremos el cadáver de Héctor con todo el oro de Troya, si es preciso. Aquiles no es el único capitán de los aqueos. Es seguro que habrá allí algunos que atenderán a razones. -¡No!

Andrómaca se puso en pie y dirigió a Helena una mirada fija y sombría. Casandra comprendió por qué algunos la consideraban más hermosa que Helena, aunque su belleza fuese de un estilo diferente, morena mientras que Helena era rubia, delgada mientras que Helena era opulenta. —No, padre. Déjala ir, te lo suplico. Me debes algo más; yo parí al hijo de Héctor. Te lo ruego, déjala partir; y si no se marcha, échala a latigazos. Esta mujer ha sido siempre una maldición para Troya. Paris se puso en pie.

—Si expulsas a Helena, yo iré con ella —afirmó. —Ve, entonces —aulló Andrómaca—. ¡También eso sería una bendición para nuestra ciudad! Bien hizo tu padre cuanto te envió lejos de aquí.

—Está delirando —dijo Deifobo con rudeza—. Helena no se irá mientras yo viva; la diosa nos la envió y ningún otro techo la cobijará mientras vivamos mis hermanos y yo.

La mirada de Príamo descendió sobre la sala.

—¿Qué debo hacer? —se preguntó casi en voz alta—. Mi reina y la esposa de mi Héctor nos han dicho...

—Tiene que marcharse —gritó Andrómaca—. Si se queda aquí, yo saldré esta noche de Troya. Y convocaré a todas las mujeres de la casa de Príamo para que vengan conmigo. ¿Hemos de quedarnos bajo el mismo techo que la que ha arrastrado a nuestra ciudad por el polvo?

—Mas las murallas de Troya se mantienen firmes —dijo Paris—. No todo se ha perdido.

Se puso en pie y se acercó a ella. Después tomó suavemente su mano y se la llevó a los labios.

—No te guardo rencor, pobre muchacha —declaró—. Te hallas cegada por tu dolor y no es extraño que así sea. Puedo asegurarte que Helena no guarda rencor contra ti.

Andrómaca se apartó de un salto.

—Mujeres de Troya, os convoco, salid del techo maldito que acoge a esta falsa diosa, empeñada en conseguir la ruina y la esclavitud de todos nosotros... —Su voz se alzó, aguda e histérica; recogió una antorcha y gritó—. Seguidme, mujeres de Troya...

Príamo se levantó sin apartarse de su sitio, y rugió:

—¡Ya es bastante! ¡Hartos dolores hemos sufrido sin tener que recurrir a esto! Hija mía, comprendo tu desesperación; pero te ruego que te sientes y escuches. Nada se resolvería expulsando a Helena. Muchos soldados cayeron en guerras tiempo antes de que naciera Héctor... o yo.

Tendió los brazos para estrechar a Andrómaca y, al cabo de un instante, ella se desplomó contra su pecho, sollozando. Hécuba acudió a sostenerla.

—Paz —clamó con tono sombrío—. Hemos de llorar y enterrar a Troilo antes de que salga el sol; y vosotras, mujeres, recoged vuestras joyas para ofrecerlas como rescate de Héctor.

Casandra se unió a las que iban a velar el cuerpo de Troilo y se preguntó si Andrómaca había obrado justamente. La viuda de Héctor fue la única que no siguió a Hécuba; se quedó a los pies de Príamo, llorando con desconsuelo.

—Yo no tengo un cuerpo sobre el que lamentarme —dijo; luego alzó la voz—. ¡Madre, que no toque Helena el cuerpo de Troilo! ¿No conoces el dicho ancestral que asegura que un cadáver sangrará si lo toca su asesino?... ¡Y poca es la sangre que puede quedarle al pobre muchacho!

Durante toda la noche, Casandra oyó a la lluvia y el viento azotar y acosar el palacio de Príamo mientras las mujeres de la casa real lloraban a Troilo. Lavaron y amortajaron el cuerpo con especias preciosas y quemaron incienso para cubrir el maligno olor de la muerte. A la luz grisácea que reina entre la oscuridad y el alba, interrumpieron los lamentos que se habían sucedido durante toda la noche para beber vino y escuchar la canción que interpretó uno de los vates. Era una elegía a la belleza y el valor del joven muerto, en la que se proclamaba que había caído porque su belleza fue tal que el dios de la guerra lo deseó y tomó la forma de Aquiles para poseerlo.

Cuando concluyó la canción, Hécuba llamó al músico y le entregó un anillo como recuerdo de su noble canto. Una de las mujeres logró persuadirla para que se sentase, descansara y bebiese una copa de vino caliente con especias. Helena, que también había aceptado una copa, acudió a sentarse junto a Casandra

—Iré a cualquier otra parte —dijo—, si no deseas que te vean hablando conmigo; porque parece que ahora no soy bien acogida por las mujeres.

Su cara se había afilado, se veía incluso macilenta y pálida. Había enflaquecido desde la muerte de sus hijos y Casandra advirtió tonos apagados en el oro de sus cabellos.

—No, quédate aquí —le pidió—. Debes saber que siempre seré amiga tuya.

—Ya nada tiene importancia —contestó Helena—. Mi oferta era sincera. Volveré con Menelao. Probablemente me matará, pero quizá tenga la oportunidad de ver antes de morir a la única hija que me queda. Paris cree que tendremos otros hijos, y también yo lo había esperado... pero ya es demasiado tarde para eso. Creo que deseaba que nuestro hijo le sucediera en el gobierno de Troya.

Miró interrogativamente a Casandra y ésta asintió, con la asombrosa impresión de que al aceptar lo que Helena había dicho, también aceptaba que se consumase la destrucción.

En los últimos años se había acostumbrado a esa sensación y sabía que era una necedad; la culpa, si culpa existía, era sólo de los dioses o de aquellas fuerzas que impulsaban a los dioses a actuar de tal modo. Alzó su copa hacia Helena y bebió, percibiendo que el efecto del vino era fuerte tomado a hora tan insólita. Y además apenas había comido el día anterior. Helena pareció haber captado su pensamiento, puesto que dijo:

—Me pregunto si la reina obra cuerdamente sirviendo un vino tan fuerte y puro cuando todas estamos abrumadas por la pena o el hambre; dentro de media hora, estas mujeres estarán delirando a causa de la embriaguez.

—No es una cuestión de cordura sino de hábito —explicó Casandra—. Si no sirviese el mejor vino, ellas pondrían en tela de juicio su cariño y su respeto por el muchacho muerto.

—Es curiosa la manera en que la gente piensa, o se niega a pensar, en la muerte —dijo Helena—, Paris, por ejemplo, parece creer que la muerte de nuestras hijas preservará nuestras vidas.

—No creo que ningún dios le quite la vida a un inocente para preservar lo de un culpable, y sin embargo existen gentes que sí lo creen —afirmó Casandra. Y añadió casi en un murmullo—. Tal vez sea una idea que los dioses, o los demonios, ponen en las mentes de los hombres para confundirlas. ¿No sacrificó Agamenón a su propia hija en el altar de la Doncella para obtener un viento propicio que condujera a su flota hasta Troya?

—Así fue —dijo quedamente Helena—. Aunque Agamenón asegura ahora que fue su esposa, mi hermana, quien la sacrificó a su diosa. Los aqueos temen a las antiguas diosas y afirman que están emponzoñadas. Los hombres más valientes huyen aterrorizados de los Misterios de las mujeres. Casandra paseó su mirada por la lúgubre habitación donde las mujeres bebían y hablaban en pequeños grupos. —Desearía que pudiésemos infundirles ese terror ahora —dijo, recordando su visita a la tienda de Aquiles. ¿O fue sólo un sueño?

Por su pensamiento deambuló la idea de que quizá pudiera tener todavía acceso a la mente del héroe aqueo; lo intentaría en la primera oportunidad que se le presentara. Alzó su copa en silencio y bebió. Helena la imitó, cruzando su mirada con la de ella por encima del borde de la copa.

De repente se produjo una fuerte corriente en la estancia. Se había abierto una puerta y Andrómaca estaba ante ella, sosteniendo una antorcha cuyas llamas agitaba el aire del corredor. Sus largos cabellos goteaban agua de lluvia y su vestido y su manto se hallaban empapados. Cruzó la estancia como un fantasma, entonando quedamente un himno fúnebre. Se inclinó sobre el cuerpo amortajado de Troilo y besó su pálida mejilla.

—Adiós, querido hermano —dijo con voz clara—. Vas delante del más grande de los héroes para hablar a los dioses de su eterna vergüenza.

Casandra acudió rápidamente a su lado y le dijo suave pero audiblemente:

—La vergüenza inferida al valiente es sólo vergüenza para quien comete el crimen, no para quien es sujeto de él.

Pero Héctor había combatido con Aquiles por su propia voluntad, había participado en el juego de un golpe por otro golpe. Sólo hizo lo que toda su vida le habían enseñado a hacer.

Escanció vino con especias en una copa; era más pesado ahora, más denso que cuando estaba colmado el jarro. Tal vez fuese mejor así. Andrómaca se dormiría y hallaría algún alivio a su horror, aunque no a su pena. Puso la copa en manos de su cuñada, percibiendo en su aliento el olor a vino. Viniera de donde viniese, allí había bebido.

—Tómalo, hermana.

—Ah, sí —dijo Andrómaca, con el rostro cubierto de lágrimas—. Contigo llegué a Troya cuando éramos muchachas, y tú me informaste de lo valiente y apuesto que era. Mi hijo nació en tus manos. Eres la amiga más querida que he tenido.

Abrazó a Casandra y se aferró a ella, tambaleándose. Casandra comprendió que ya estaba embriagada. Ella misma advertía los efectos del vino que había tomado. Percibió la inquietud y el ansia de la viuda de Héctor.

Andrómaca se inclinó de nuevo para besar el rostro muerto de Troilo.

—Eres afortunada, madre mía, por haber podido amortajar y llorar su cadáver —le dijo a Hécuba—, Héctor yace pudriéndose bajo la lluvia sin que nadie lo acompañe, ni nadie lo sepulte.

—No es cierto —dijo Casandra cariñosamente—. Todos nosotros estamos con él. Su espíritu oirá tus sollozos y tus lamentos, tanto si su cuerpo descansa aquí como si es arrastrado por los caballos de Aquiles.

Su voz se quebró. Recordó el día, poco después de la llegada de Andrómaca a Troya, en que Héctor le prohibió portar armas-y la amenazó con castigarla si no lo obedecía. Había hablado en un intento de consolar a Andrómaca, pero de repente se preguntó si no había empeorado las cosas. Los ojos de Andrómaca estaban fríos y secos. Casandra la condujo hasta un asiento; pero cuando vio allí a Helena, se echó hacia atrás; sus labios se abrieron para mostrar los dientes y su rostro adquirió una horrible expresión que casi transformó su rostro en calavera.

—¿Estás aquí fingiendo llorar?

—Los dioses saben que no finjo nada —dijo Helena, manteniendo la serenidad—. Pero si lo prefieres, me iré. Tu derecho a estar aquí es superior al mío.

—Oh, Andrómaca no te comportes así —dijo Casandra—. Las dos llegasteis a esta ciudad como extranjeras y encontrasteis un hogar. A mano de los dioses, tú has perdido a tu marido y Helena a sus hijos. Deberíais compartir la pena, no enfrentaros y heriros. Las dos sois hermanas mías y os quiero.

Con una mano atrajo a Helena, pasó el otro brazo en torno a Andrómaca.

—Tienes razón —dijo Andrómaca—. Todas nos hallamos indefensas en sus manos.

Se aclaró la garganta y bebió el resto del vino. Con voz turbia añadió, arrastrando las palabras:

—Hermana, las dos somos víctimas de esta guerra; la diosa prohíbe que esta locura de los hombres tenga que se-par... separarnos.

Se le trabó la lengua y ambas lloraban cuando se abrazaron. Hécuba acudió para fundirse en un abrazo con las tres. También ella lloraba.

—¡Tantos desaparecidos! ¡Tantos desaparecidos! ¡Tus preciosos hijos, Helena! ¡Mis hijos! ¿En dónde está el hijo de Héctor, mi último nieto?

—No es el último, madre. ¿Lo has olvidado? Creusa y sus hijas fueron enviadas a lugar seguro; no corren ningún riesgo —le recordó Casandra—. Ahora están fuera del alcance de la locura de Aquiles o de los ejércitos aqueos.

—Astiánax está demasiado crecido para hallarse en el recinto de las mujeres —afirmó Andrómaca—. Ni siquiera puedo consolarle, ni hallar consuelo, viendo a su padre en su rostro. —Su voz era más triste que sus lágrimas.

—Cuando perdí a los pequeños —dijo Helena, temblorosa—, llevaron ante mi a Nikos para que me consolara. Iré y traeré a tu hijo, Andrómaca.

—Que los dioses te bendigan —repuso Andrómaca.

Casandra intervino:

—Déjame que te lleve a tu habitación. No debes recibirle aquí, entre tantas mujeres embriagadas.

—Sí, lo acompañaré allí —dijo Helena—. Aún tienes un hijo y ése es el más grande de todos los dones.

Una por una, o en grupos de dos o tres, las mujeres, exhaustas por la pena y los efectos de un vino tan fuerte, se alejaban hacia sus lechos. Sólo Hécuba y Polixena, revestida con sus prendas de sacerdotisa, permanecerían a la cabecera y a los pies de Troilo hasta que llegasen los que entregarían su cuerpo a la tierra. Casandra se preguntó si también ella debería quedarse; pero no se lo pidieron, ni siquiera para que prestase los servicios propios de una sacerdotisa, purificando la cámara mortuoria. Andrómaca, e incluso Helena, la necesitaban más. Sabía que era una extraña entre las mujeres troyanas como lo había sido entre las de Colquis e incluso entre las amazonas.

Permaneció con ellas hasta que Helena se dirigió a las habitaciones de Paris para encontrarse con Nikos y Astiánax. Los dos habían llorado. La cara de Astiánax estaba sucia y mostraba los rastros de las lágrimas. Evidentemente alguien le había hablado de la muerte de su padre y tratado después de consolarlo. Helena llevó a los dos hasta el pozo del patio y les lavó la cara con la punta de su velo.

Astiánax se sintió confortado por la presencia de su madre.

—No llores, madre —le pidió, tratando de mostrarse fuerte—. Me dijeron que yo no debía llorar, porque mi padre es un héroe, ¿por qué lloras tú?

Helena le explicó cariñosamente:

—Astiánax, has de ayudar a secar las lágrimas de tu madre; ahora serás tú quien cuide de ella, puesto que tu padre ya no está.

Al contacto del niño, Andrómaca, embriagada, rompió de nuevo en sollozos. Helena y Casandra la condujeron a su habitación y la acostaron, con el niño a su lado.

—Nikos se quedará conmigo —dijo Helena—. ¿Por qué nos los quitan a tan temprana edad?

Pero cuando tomó en sus brazos a Nikos, él se apartó indignado.

—¡No soy un bebé, madre! Tengo que volver con los hombres.

—Como quieras, hijo, pero abrázame primero —le concedió Helena, ahogando su pena.

Nikos accedió de mala gana y escapó a toda prisa. Su madre, mientras las lágrimas se deslizaban por sus mejillas, le vio marcharse sin protestar.

—Paris no ha sido para él mejor que Menelao —comentó—. No me gusta lo que los hombres hacen de los muchachos, tratando de convertirlos en imágenes suyas. Gracias a los dioses, Astiánax aún no se avergüenza de estar con su madre.

Fuera, la lluvia caía con fuerza.

—¡Casandra! —exclamó de repente. Su voz estaba tan cargada de horror y se aferró a ella con tanta fuerza, que Casandra a punto estuvo de soltar la antorcha—. ¿Qué será de mi hijo si caemos en manos de los aqueos? ¡Tal vez los troyanos no se detengan ante nada para asegurarse de que Menelao no pueda recuperarlo!

—¿Estás diciendo que mi padre o mis hermanos matarían al muchacho para impedir que lo llevasen de nuevo a Esparta? —Casandra apenas podía dar crédito a sus oídos.

—Oh, no puedo creerlo verdaderamente, pero...

—Si lo crees, quizá debieras reunirte con Menelao y llevarlo a lugar seguro —dijo Casandra—. Con seguridad te acogería bien si te presentases con su hijo...

—Y yo que pensaba que Nikos estaría mejor en Troya, que Paris sería para él mejor padre que Menelao —declaró tristemente Helena—. Lo era, Casandra, lo era; mas ahora... parece odiarlo porque se halla con vida y sus propios hijos están muertos.

—¿Irás entonces...?

_No puedo —contestó aturdida—. No puedo dejar a Paris. Me digo a mí misma que es voluntad de los dioses que permanezca a su lado hasta que haya concluido todo entre nosotros... Ya no me ama, pero prefiero Troya a Esparta.

Al cabo de unos momentos añadió:

—Casandra, estás fatigada. No debo mantenerte más tiempo lejos de tu lecho. ¿O piensas volver a velar a Troilo?

—No, no creo que me deseen allí —dijo Casandra—. Regresaré al templo del Señor del Sol.

—¿Con esta lluvia? Escucha la tormenta. Duerme aquí si quieres. Puedes dormir en mi cama... no es probable que Paris venga ahora. Habrán bebido tanto en honor del espíritu de Héctor que se habrán perdido por las escaleras. O, si prefieres, diré a la doncella que te prepare un lecho en la otra habitación.

—Eres muy amable, hermana, pero a estas horas las domésticas duermen. Deja que descansen. La lluvia despejará mi cabeza.

Se puso el manto con la capucha echada; luego abrazó y besó a Helena.

—Andrómaca no sentía lo que te dijo —afirmó.

—Oh, lo sé; en su lugar a mí me hubiera sucedido lo mismo —admitió Helena—. Teme por su futuro ahora, y por el de Astiánax. Paris ya ha decidido que sucederá a Príamo, sin admitir los derechos sucesorios del hijo de Héctor. Y si Paris consiguiera de algún modo concluir bien esta guerra...

—No existe probabilidad alguna —afirmó Casandra—. Sin embargo, no debes temer. Menelao no ha luchado todos estos años empujado por la venganza.

—Lo sé; he hablado con él —reveló Helena, sorprendiéndola—. Ignoro sus motivos, pero parece que desea que vuelva.

—¿Qué has hablado con él? ¿Cuándo? —empezó a preguntar.

Pero entonces recordó que, como esposa de Paris, Helena podía ir a donde se le antojara e incluso bajar al campamento aqueo. ¿Mas por qué había de hablar con los capitanes de los enemigos?, se preguntó, con suspicacia. Luego, mentalmente, absolvió a su amiga de la acusación de traición. Era perfectamente razonable que Helena quisiese negociar, pensando en su propio destino y en el de su hijo.

—Si hablas con él de nuevo, pregúntale si existe algo que pueda influir sobre Aquiles y permitir que llegue a nosotros el cadáver de Héctor.

—Créeme, ya lo he intentado y lo intentaré de nuevo —respondió Helena—. Escucha, la lluvia ha disminuido un poco. Si partes ahora, quizá llegues al templo antes de que se recrudezca el temporal.

La besó de nuevo y bajó con ella hasta la pesada puerta del palacio. Casandra salió a la gélida lluvia. Antes de que hubiera subido medio tramo de las largas escaleras, la lluvia redobló su fuerza y el viento tiró de su manto como si una bestia salvaje lo hubiera apresado en sus garras.

Pensó por un momento, que debía haber aceptado el ofrecimiento de Helena. Eneas estaría en el festín, bebiendo con los hombres, y sería improbable que se reuniese con ella aquella noche. Pero era inútil pensar ahora en volver. Siguió subiendo bajo la tormenta. Cuando entró en la calle del templo, oyó tras ella unos pasos ligeros. Después de tantos años de guerra, se sentía nerviosa ante la presencia de desconocidos. Se volvió a mirar y la luz de las antorchas de la entrada le descubrió el rostro y la silueta de Criseida, que llevaba su manto. Incluso así pudo advertir que el vestido de la muchacha aparecía en desorden y manchado de vino, y que se había corrido la pintura de su cara. Suspiró, preguntándose en qué cama extraña habría dormido buena parte de la noche y por qué se había molestado en dejarla con semejante tormenta. Parece como una gata después de una noche de vagabundeo... Pero una gata se habría lavado la cara.

El guardián de las puertas del templo del Señor del Sol las saludó con sorpresa (Venís tarde, señoras, con este tiempo tan inclemente), pero no solía mostrar curiosidad por las idas y venidas de Casandra. Pensó que podría haber tenido tantos amantes como Criseida sin que nadie lo hubiese sabido o le importara. Cuando subieron las escaleras camino de sus estancias, situadas en la parte alta del recinto, Casandra redujo el paso para acomodarse al de la muchacha.

—Es tan tarde que ya casi es temprano —dijo—. ¿Quieres venir a mi habitación y lavarte antes de que te vean así?

—No —contestó Criseida—, ¿por qué? No me avergüenzo de lo que hago.

—Yo le ahorraría a tu padre la visión del aspecto que ofreces —afirmó Casandra—. Destrozarás su corazón.

La risa de Criseida fue como el ruido de un cristal al quebrarse.

—¡Oh, vamos, no creo que todavía se haga ilusiones de que salí virgen del lecho de Agamenón!

—Tal vez no —dijo Casandra—. No puede culparte de los avatares de la guerra, pero le horrorizaría verte en ese estado.

—¿Crees que me importa? Yo estaba muy bien allí, y hubiera preferido que se ocupase de sus propios asuntos y me dejara en paz.

—Criseida —dijo Casandra, en tono amable—, ¿tienes idea de cuánto sufrió por ti? No pensaba en otra cosa.

—Su estupidez no tiene límite.

—Criseida... —Casandra miró a la muchacha, preguntándose qué había en su corazón, si es que lo tenía. Al fin inquirió con curiosidad—. ¿No te avergüenzas ante todos los hombres de Troya, conociendo que todos saben que fuiste concubina de Agamenón?

—No —contestó Criseida, en tono desafiante—. No más de lo que podría avergonzarse Andrómaca de que todos los hombres supieran que pertenecía a Héctor, ni Helena por el hecho de que todos la conozcan como esposa de Paris.

Existía una diferencia, Casandra lo sabía, pero no consiguió concentrar sus pensamientos para explicar a la muchacha en qué consistía.

—Si la ciudad cae —dijo Criseida—, todas nosotras caeremos en manos de un hombre o de otro. Así que yo me entrego ahora mientras soy capaz de elegir. Casandra, ¿guardarás tu virginidad para que te la arrebate por la fuerza cualquier vencedor?

En modo alguno puedo censurárselo. Casandra no fue capaz de añadir una palabra más. Se limitó a volverse e ir hacia su propia habitación.

Dentro, alguna sirvienta negligente había dejado abiertas las ventanas. La lluvia y el viento batían los postigos. Incluso el jergón de Miel estaba mojado y la niña había rodado fuera de él y sobre el suelo de piedra hasta colocarse contra el muro para evadirse de la lluvia. Aun así se hallaba empapada.

Casandra cerró los postigos y llevó a la niña a su propia cama. Miel estaba tan fría como una rana y gimió cuando la levantó, pero continuó durmiendo. La envolvió en mantas y la acunó, apretándola contra su pecho hasta que sintió cómo empezaban a entibiarse los piececitos y las manitas helados. Al final Miel se sumió en el sueño profundo de cualquier niño sano.

Después la tendió y se echó a su lado, envueltas ambas en su cálido manto. Tras los postigos cerrados llegaba suavizado el estruendo de la tormenta pero aún golpeaba con fuerza en las tablas. Cerró los ojos, tratando de alejar su espíritu de aquel lugar.

Para sorpresa suya, cuando su espíritu se liberó de su cuerpo, desplazando su conciencia de la cama y a través de la ventana, no sintió la borrasca sino sólo un hondo silencio. En el nivel en que se desplazaba ahora su espíritu no existía el tiempo meteorológico. Tan rápidamente como lo pensó, se deslizó cuesta abajo a la luz de la luna, volando sobre la llanura entre las puertas de Troya y el terraplén que defendía el campamento aqueo.

Bajo aquel increíble resplandor lunar, las sombras se extendían precisas y negras sobre la planicie silenciosa y sin otra presencia que la de un único y adormilado centinela. Eneas tenía razón, pensó; deberían haber lanzado de noche todas sus fuerzas contra el campamento. Recordó entonces que en el mundo físico el terraplén aqueo estaba mejor defendido por la lluvia que caía a cántaros que por todos los centinelas del mundo. Pudo ver un bastimento sombrío en el que reconoció el carro de Aquiles y una forma confusa atada a éste que tenía que ser el cuerpo de Héctor. Su primer pensamiento fue de gratitud. En lo que parecía el mundo del Más Allá (¿y cómo era posible que ella deambulara con tanta facilidad por ese mundo de los muertos cuando aún se contaba entre los vivos?), el cuerpo de Héctor no sufría el acoso de la lluvia ni del fuerte viento. Y mientras lo evocaba, apareció ante ella, de pie y sonriente.

—Hermana —dijo—, estás aquí. Podía haber imaginado que vendrías.

—Héctor... ¿Cómo te sientes?

—Pues... —Se detuvo y pareció reflexionar—. Mejor de lo que esperaba. El dolor ha desaparecido. De lo que deduzco que estoy muerto. Sólo recuerdo haber sido herido y el pensamiento de que aquello era el final. Después desperté y Patroclo acudió a levantarme. Estuvo conmigo un rato, después dijo que tenía que ver a Aquiles y partió. A primeras horas de esta noche fui al palacio, pero Andrómaca no pudo verme. Traté de hablar con ella y luego con nuestra madre, de decirles que me hallaba bien; mas ninguna de las dos dio muestra de haberme oído.

—¿Oías tú las voces de los muertos cuando estabas con vida?

—No, cierto que no. Jamás pude oírlas.

—Pues por eso tampoco ellas pueden. ¿Necesitas algo, hermano? ¿Deseas sacrificios o...?

—No sé qué bien me reportarían. Pero di a Andrómaca que no llore; me parece muy extraño no ser capaz de consolarla. Dile que no se lamente y, si te es posible, que acudiré pronto para recoger a Astiánax. Me gustaría dejarlo a su cuidado pero me han dicho...

—¿Quién?

—Lo ignoro —repuso Héctor—. No consigo recordarlo, quizá fuese Patroclo. Mas sé muy bien que pronto estarán conmigo mi hijo, nuestro padre y Paris. Pero no Andrómaca; ella permanecerá allá largo tiempo.

Se acercó y Casandra sintió el tenue tacto de sus labios contra su frente.

—He de despedirme de ti, hermana. Pero no temas. Serán muy grandes los sufrimientos mas, yo te lo aseguro, tú te salvarás.

-¿Y Troya?

—Ah, no. Ya ha caído. ¿Ves?

Con un gesto cariñoso de sus manos fantasmales le hizo volverse y vio en el lugar que ocupaba Troya un gran montón de ruinas del que se alzaban llamas. ¿Cómo era posible que no hubiera percibido el ruido de tal destrucción?

—Aquí no existe el tiempo. Lo que es y lo que ha de ser son todo uno. No acabo de comprenderlo —declaró, con cierta incomodidad—, porque esta noche recorrí las salas del palacio de mi padre mientras cenaban y ahora, mira, la ciudad aparece derruida desde hace largo tiempo. Tal vez debiera haberme informado por aquellos que saben estas cosas cuando aún me hallaba en la tierra, pero nunca encontré el momento oportuno. Ahora veo a Apolo y a Poseidón... mira. Luchan entre sí por la ciudad.

Y señaló a un lugar donde, sobre las desplomadas murallas, parecía que forcejeaban dos figuras monstruosas, cuyas cabezas llegaban a las nubes. Sus cuerpos destellaban como los relámpagos.

Casandra se estremeció ante la visión del rostro amado del Señor del Sol, coronado por brillantes y dorados rizos. ¿Se volvería y la vería en aquellos reinos vedados? Resueltamente giró hacia la forma de Héctor.

—¿Qué ha sido de Troilo? ¿Se halla bien?

—Estuvo conmigo un momento: llegó hasta aquí corriendo, al poco de arribar yo —declaró Héctor—. Pero ha vuelto al palacio con nuestra madre. Intentó decirle que no se acongojara. No comprendió que no conseguiría que le oyese. Tal vez ella te escuche si le hablas. Sabe que eres sacerdotisa y versada en tales materias.

—Ah, querido hermano, no sé si me creerá. Tiene sus propias opiniones y en su mente no queda espacio para las mías. Vine aquí por nuestros padres y la paz de sus espíritus... —Se detuvo para reflexionar—... Tratando de asustar a Aquiles para que entregue tu cadáver a cambio de un rescate; tal vez tú lo conseguirías con más facilidad que yo.

—¿Piensas que teme a los fantasmas? Ha matado a tantos que debe vivir rodeado de espíritus en todo momento. Pero iré y veré lo que puedo hacer. Regresa, hermana, vuelve a tu propio lado de este muro que ahora se alza entre nosotros, y di a nuestra madre y a nuestro padre que no pierdan su tiempo llorando. Pronto estarán conmigo. Y asegúrate de decir a Andrómaca que no se acongoje. Aguardaré aquí a nuestro hijo; dile que no tema. Estaré dispuesto para acogerle. Andrómaca no debe desear que su hijo viva los días que se acercan.

Héctor se apartó de ella y se deslizó hacia la tienda de Aquiles. Al cabo de un momento volvió; y entonces, pensó ella, parecía lejano y extraño, un hombre al que no conocía.

—No, no me sigas, hermana, nuestros caminos se separan aquí. Tal vez volvamos a encontrarnos y nos comprendamos mejor.

—¿No me reuniré contigo y con Troilo, con nuestra madre y nuestro padre?

—Lo ignoro. Sirves a otros dioses. Creo que, cuando franquees la muerte, quizá vayas a otro lugar. Pero me ha sido dado saber que nuestros caminos se separan aquí por largo tiempo, si no para siempre. Que todo te sea propicio, Casandra.

La estrechó y ella se sorprendió al sentir el vigor de sus brazos. No era un fantasma sino alguien tan real como ella misma. Luego desapareció e incluso su sombra se desvaneció en la planicie.

Hacia la mañana cesó la lluvia, reemplazada por fuertes vientos. Casandra durmió a intervalos, soñando que trataba de seguir al espíritu de Héctor hasta la tienda de Aquiles, donde el aqueo se incorporaba para gritar aterrado ante la visión que entraba y salía una y otra vez a través de su tienda, riéndose de él. ¿O se veía en la tienda de Agamenón? El rey la contempló con mirada salvaje e intentó apoderarse de ella pero se escapó de sus brazos como si estuviese hecha de niebla; y él gritó rabioso y corrió en pos, aullando de frustración.

Cuando por fin despertó, la tenue luz del sol se filtraba por los postigos y Miel la observaba sorprendida. Se preguntó si habría hablado o gritado mientras soñaba. En pocas ocasiones dormía hasta tan tarde, pero había que tener en cuenta que no se acostó hasta casi el alba. Mientras se vestía con rapidez, trató de grabar en su memoria los mensajes que Héctor le había pedido que transmitiese. Sabía con qué celeridad se esfumaban tales experiencias, como sueños apenas recordados. Acababa de ceñirse el vestido cuando Filida llegó corriendo.

—Casandra, ven sin demora. Las serpientes...

—No puedo. He de transmitir un mensaje —dijo Casandra—. Confío en que sepas hacer todo lo preciso.

—Pero...

—Bien, dilo pronto... ¿Se han escapado o se han deslizado todas bajo tierra? —preguntó, súbitamente temerosa de que ésta fuese la advertencia de un terrible seísmo. ¡Estaba segura de que llegaría pronto... mas, oh dioses, hoy no, hoy no!

—No, pero...

—Entonces no me preocupa. Tengo asuntos graves en que pensar y no puedo quedarme a charlar contigo. Llévate a Miel, vístela y dale algo para que desayune... Volveré y me ocuparé de ella cuando me sea posible —dijo al tiempo que salía corriendo de la habitación y después del templo.

Mientras descendía, se detuvo un instante para observar por encima de la muralla. El carro de Aquiles describía nuevos círculos sobre la planicie. Azotados, los caballos corrían al límite de sus fuerzas. Detrás se arrastraba el bulto inerte del cuerpo de Héctor. Sin embargo, su visión era ahora tan clara entre los dos mundos que pudo distinguirle como una silueta brillante, de pie al borde de la planicie, riéndose de las necedades que cometía el capitán aqueo. Sabía que aquello le parecía divertido. Y cuando llegó al lugar de la muralla, situado sobre las puertas, donde como de costumbre se hallaban sus padres, lanzó una sonora carcajada.

Los ojos de Hécuba, casi cerrados por la hinchazón producida por el llanto, se volvieron furiosos hacia ella.

—¿Cómo puedes reírte?

—¿Pero es posible que no veas, querida madre, cuan estúpido es todo eso? Fíjate allí, en aquella figura junto al terraplén. Héctor se ríe de la estupidez de Aquiles... mira cómo se refleja el sol en su pelo.

Hécuba lanzó a Casandra una mirada que revelaba su pensamiento: Pues claro, está loca y no cabía esperar que se comportase como una persona normal. Pero Casandra la cogió por los brazos.

—Madre, cuanto te digo es cierto. Anoche hablé con Héctor en el mundo del Más Allá y te aseguro que se halla bien.

—Lo soñaste, querida —repuso Hécuba, comprensivamente.

—No, madre, le vi como te veo y lo toqué.

—Desearía creerte...

Las lágrimas se agolparon lentamente y brotaron de los ojos de la anciana.

—¡Madre, es verdad; Tienes que creerme! Y me pidió que te dijera que no debes llorar...

—Anoche casi lo hubiera creído... En una ocasión incluso me pareció oír la voz de Troilo...

—¡La oíste, madre, te aseguro que la oíste! —Casandra gritó, excitada, consciente de su mensaje—. No vi ni hablé a Troilo porque Héctor me dijo que había regresado junto a ti, tratando de consolarte, intentando que lo oyeras.

—Cuando Polixena y yo dejamos de velarle, ya había salido el sol; salí al jardín un momento y tuve la sensación de que Troilo tocaba mis cabellos como hacía cuando creció tanto que me besaba en lo alto de la cabeza. Fue un niño tan cariñoso, el mejor de mis niños...

Sus ojos se llenaron de nuevo de lágrimas que corrieron por su cara. Casandra la abrazó con fuerza.

—Estaba junto a ti. Te lo juro.

—Y Héctor, dices que se halla en paz. ¿Pero cómo puede sentirse libre cuando su cuerpo no ha recibido aún el debido sepelio ni se ha rendido honor a su espíritu? —preguntó Hécuba—. Y si es así, ¿por qué los dioses ordenaron los ritos fúnebres?

—Sólo sé, madre, lo que vi.

—Es inútil —prosiguió Hécuba, desesperada, después de reflexionar—. No puedo concebir que su espíritu esté libre mientras veo su pobre cuerpo... ¡Mira cómo alza el polvo, incluso tras una noche de intensa lluvia!

Se echó a llorar otra vez.

Casandra trató de enjugar con su velo las lágrimas de su madre, reprendiéndola:

—A Héctor se le romperá el corazón, viéndote llorar así. Aquiles no puede dañarle ahora, haga lo que haga. Aunque despedazara el cadáver de Héctor y lo arrojara a sus perros, no lesionaría en manera alguna a la parte de Héctor que conocemos.

Hécuba se contrajo, dando la impresión de que se sentía enferma.

—¿Cómo puedes decir tales cosas, Casandra?

—Juré ante Apolo declarar la verdad. A quienes no quieran oírla sólo puedo decirles que eso no me exime de manifestarla —contestó, preguntándose por qué su madre sólo conseguía irritarla aunque, o precisamente porque, tratara de no decirle nada que pudiese herirla.

—Pero has afirmado que podríamos arrojar a nuestro Héctor a los perros...

—¡No dije tal cosa, madre! —Casandra estaba ahora furiosa pero se esforzó para que su voz fuese firme y serena—. ¡No me oíste bien! Sólo dije que si Aquiles, en su locura, hiciera semejante cosa, no produciría daño a Héctor, sino a nosotros.

—Pero dijiste... te oí, que no necesitábamos rendirle exequias fúnebres —aseguró Hécuba.

Casandra suspiró como si arrastrase una pesada carga cuesta arriba.

—Madre, no creo que los ritos fúnebres tengan importancia para Héctor ni para los dioses, sino sólo para nosotros —repitió como si estuviese tratando de explicar a Miel por qué no podía comerse una docena de dulces.

Hécuba alzó el mentón.

—Y yo declaro que ésta es una de tus enloquecidas ideas.

—Sí, es muy probable, madre —contestó Casandra, reprimiendo su cólera. Es vieja. No debo esperar que entienda algo que resulta nuevo para ella.

---Te ruego, pues, que no digas nada de eso a Andrómaca; ya tiene bastante sufrimiento para soportar más.

—¿Qué? —inquirió Andrómaca, que llegó a la muralla a tiempo de oír las últimas palabras.

—Estaba diciéndole... —empezó Casandra.

Hécuba le dirigió una mirada dura, que significaba: No te atrevas..., y Casandra se dio cuenta de que la discusión con su madre le había hecho olvidar las palabras precisas que pretendía transmitir.

—Estaba diciéndole —empezó otra vez—, que anoche, en una visión, hablé con Héctor y me rogó que te comunicara que se halla contento y en paz, con independencia de lo que están haciendo con su cuerpo.

Había algo más que Héctor le había pedido que dijese a Andrómaca... ¿Qué? Que pronto iría a buscar a su hijo... Pero no puedo decirle que su hijo morirá cuando acaba de perder a Héctor... Ella... ¿qué fue?... Ella no debería desear que su hijo viviese en los días que se avecinan...

Andrómaca la observaba con un escepticismo que se revelaba en sus cejas arqueadas.

—Me pidió que te dijera que... que él velaría por su hijo —añadió Casandra.

—De mucho puede servirnos eso —declaró Andrómaca, con los ojos muy abiertos para contener las lágrimas—, cuando él nos ha abandonado.

—Pero no quiere que llores y te apenes —aseguró Casandra—. De nada puede valerle ahora.

—Cada vidente y cada profeta dice cosas semejantes —contestó Andrómaca, en tono amargo—. Esperaba algo mejor de ti, si es que eres capaz de ver más allá de la muerte.

—Hablo como los dioses me dicen que hable, con palabras que las gentes se muestren dispuestas a oír —afirmó Casandra, apartándose.

Afuera, en el campo, Aquiles seguía flagelando a sus caballos con furia aún más maníaca.

Así continuó durante todo el día desde que el sol se alzó hasta que declinó sobre Troya. En dos ocasiones, Paris, al frente de un grupo, trató de capturar el carro de Aquiles y las dos veces fue rechazado por las tropas de Agamenón. Murieron tres de los hijos que Príamo había tenido con mujeres del palacio, y al final comprendieron que no podrían nada contra Aquiles simplemente porque se hallaba muy bien protegido.

—¡Basta! —ordenó Príamo tras el tercer ataque—. Ya está poniéndose el sol. Cuando se haga de noche, yo mismo iré ante Aquiles y trataré de negociar el rescate del cuerpo de mi hijo. ¡Qué necedad tan inútil, pensó Casandra. Héctor no es ese montón de carne putrefacta atado tras Aquiles a su maldito carro! ¿Por qué ella lo creía mientras sus padres se mostraban incapaces de entenderlo? ¿Estarían ellos en lo cierto? Le espantó la posibilidad de que así fuese.

Se sintió desfallecida. Había permanecido todo el día junto a su madre, sin compartir siquiera el pan duro y el aceite distribuidos a los soldados al mediodía. Fue a comer un pedazo de pan, que tragó con un poco de vino aguado. Luego se reunió con Hécuba que ayudaba a los fámulos de Príamo a vestirle con sus más ricas galas.

—Si acudo a Aquiles sin engalanarme —dijo—, podría creer que no le considero merecedor de tal honor. Así es, desde luego; pero no quiero que lo piense.

—No estoy seguro, padre —dijo Paris mientras recortaba meticulosamente su barba con las, tijeras que Helena empleaba en sus labores de tapicería—. Tal vez la vanidad de ese demente se sintiera más halagada si te presentases a él vestido de duelo, como un suplicante.

—Y mostrarle el oro de Troya puede suscitar en él la codicia si no podemos apelar a su honor —añadió Andrómaca.

—Difícilmente podríamos apelar a su honor —afirmó Paris—. Es obvio que no lo tiene. La cuestión es averiguar cómo podríamos conseguir persuadirle de que nos entregue a Héctor para que le enterremos.

—Me presentaré ante él como suplicante —dijo Príamo, empezando a quitarse las lujosas prendas—. Traedme mi atuendo más sencillo y, además, iré solo.

—¡No! —gritó Hécuba, cayendo de rodillas con el apremio de su desesperación—. ¡Ya hemos visto que no siente respeto por el cumplimiento de las costumbres, o Héctor estaría en su tumba! Si te pones a su alcance, te matará o te maltratará, y quizá dé a tu cuerpo el mismo trato vejatorio que ha dispensado al de Héctor. No puedes ir sin escolta.

—Acudiré primero a nuestro viejo Odiseo, quien me llevará protegido hasta Aquiles —dijo Príamo—. Sabemos que le interesa que Odiseo tenga buena opinión de él; no me agraviará en su presencia.

—Eso no es suficiente —protestó Hécuba, aferrándose con fuerza a sus rodillas—. Si decides cometer esa locura, no darás un solo paso porque no te dejaré ir.

Príamo trató de desembarazarse de ella, pero Hécuba resistió. La miró con tristeza.

—Vamos —dijo al fin—. ¿Qué quieres que haga? Si acudo a Aquiles con hombres armados, pensará que trato de desafiarle en combate singular. ¿Es eso lo que deseas?

—¡No! —gritó Hécuba, pero no lo soltó.

—Bien, ¿qué es pues lo que pretendes que haga? ¿Por qué una mujer no puede ser nunca razonable?

—¡No lo sé, señor y amor mío, mas no irás solo en busca de ese loco!

—Dejadme ir —dijo Andrómaca, con serena dignidad—. Dejadme que lo obligue a explicar a la viuda y al hijo de Héctor por qué no aceptará el pago de un rescate.

—Oh, querida mía... —empezó a decir Príamo, pero Hécuba le interrumpió indignada.

—Si crees que permitiré que lleves a mi nieto cerca de ese demonio... —dijo, dirigiéndose a Andrómaca.

—Se me ocurre una idea mejor —intervino Helena—. Llévate a un sacerdote... aunque sólo sea como testigo ante los dioses. Aquiles teme a los dioses...

—Mejor aún —contestó Príamo—. Llevaré dos sacerdotisas, Casandra y Polixena. Una sirve a Apolo y otra a la Doncella; así que, sea cual fuere la inmortal que tema Aquiles, tendrá un testigo de su impiedad. —Se volvió hacia Casandra—. ¿Tienes miedo de ir con tu anciano padre a presencia de Aquiles?

—No, padre —replicó—, e iré armada o desarmada, según sea tu voluntad. ¿Has olvidado que fui adiestrada como guerrera?

—No —declaró Polixena, con su vocecilla infantil—. Nada de armas, hermana. Iremos descalzas y con los cabellos sueltos, suplicando merced. Halagará su vanidad que nos arrodillemos a sus pies. Ve y viste una simple túnica blanca sin bordados ni cintas, y deshaz tu peinado... o córtate el pelo en señal de duelo.

Se apoderó de las tijeras que aún tenía Paris.

Cortó sin dudar sus largos y rojizos cabellos, prescindiendo de los gritos de protesta de su madre. Luego prosiguió con los de Casandra y, cuando ésta miró espantada cómo caían al suelo las trenzas que hasta entonces le habían llegado a la cintura, clamó:

—¿No es una ofensa a tu orgullo, Héctor?

No lo diría si creyese que a Héctor le importa, pensó Casandra, pero tuvo la cordura suficiente para no expresar en alta voz su pensamiento. Dejó que Polixena la despojara de sus anillos y del collar de perlas que lucía, y que después se quitara sus propias joyas. Príamo sólo conservó en un dedo un anillo con una enorme y bella esmeralda, un regalo para Aquiles, según dijo, y hasta se despojó de las sandalias. Casandra tomó una antorcha en la mano y Polixena otra y descendieron del palacio con su padre. Ante las puertas de Troya, Príamo rogó a sus servidores que se fueran.

—Sé que no deseáis abandonarme —dijo—, pero si no logramos hacer esto solos, es probable que no se logre. Si Aquiles no escucha a un padre y a unas hermanas angustiadas, no escuchará a toda la fuerza armada de Troya. Volved.

Muchos de ellos lloraban de dolor y de miedo por él. Pero al fin, uno a uno, volvieron la espalda y los tres suplicantes franquearon la puerta ya abierta e iniciaron su camino por la llanura a la luz de sus dos antorchas.

Bajo sus pies, el suelo estaba aún húmedo por de la lluvia de la noche anterior. Reinaba una gran oscuridad porque

el cielo se hallaba cubierto de densas nubes que a veces se abrían para mostrar una luna deslustrada. Casandra se estremeció bajo su liviana túnica. De sus pies embarrados ascendía la sensación de trío y se preguntó si se abrirían los cielos a un nuevo aguacero. Era aquélla una misión inútil. Pero, ¿cómo negarse, si le proporcionaba paz a la mente de su padre?

Advirtió, con dolor de su corazón, que Príamo caminaba lentamente, como si apenas pudiera contar con sus piernas y fuese arrastrado tan sólo por la fuerza de su voluntad. ¿Será esto su muerte? ¡Oh, maldito Héctor por haber tenido la mala fortuna y el mal juicio de acudir a hacerse matar! pensó, andando torpemente tras Polixena con los ojos tan cargados de lágrimas que apenas podía ver adonde se dirigía.

¿Seguía Héctor allí en la llanura, ligado de algún modo a ese montón de carne putrefacta que arrastraba el carro de Aquiles? ¿Por qué no se mostraba y hablaba con ellos para impedir que su padre se humillase ante Aquiles? No, Héctor le había dicho adiós y le anunció que no volverían a encontrarse. ¿La habrían creído su padre y su madre si hubiese dicho que había contemplado las ruinas de Troya? ¿O habría aumentado su ansiedad de arreglar todas las cosas mientras aún había tiempo?

Un centinela solitario les dio el alto:

—¿Quién va?

La voz de Príamo sonó débil y temblorosa. Casandra jamás había advertido cuan anciano y caduco parecía.

—Príamo, hijo de Laomedonte, rey de Troya; busco parlamento con Aquiles.

Se oyó un murmullo de voces y, al cabo de un rato, una antorcha destelló ante ellos.

—Señor de Troya, bienvenido; pero si traes guardia armada, debes dejarla aquí.

—No llevo guardia ni armada ni desarmada —respondió Príamo—. Vengo sólo como suplicante a Aquiles; mi única compañía son mis dos jóvenes hijas.

Parecía, pensó Casandra, como si fuesen niñas pequeñas y no mujeres adultas que rebasaban de los veinte años. Como si lo hubiera expresado con palabras, Príamo añadió:

—Ambas son sacerdotisas consagradas, una a Apolo y otra a la Doncella; ninguna es esposa de guerrero.

—¿Por qué están aquí entonces?

—Sólo para sostener a su padre si tropieza en el camino —dijo Polixena cuando la luz tocó su rostro.

—Soy conocida de los capitanes aqueos. Estuve presente en las negociaciones para el retorno de Criseida, hija de un sacerdote de Apolo. —Casandra agregó.

Después se preguntó si debería haber mencionado aquello. Aquiles no había salido de aquel encuentro tan bien parado como para desear recordarlo.

Pero evidentemente el centinela no lo sabía o no le importaba.

—Pasad entonces —dijo, y tras bajar la luz, agregó—: Seguidme.

Les condujo por un terreno marcado por las ruedas de los carros hacia la luz que se filtraba en la tienda de Aquiles. En el interior, la temperatura era tibia e incluso existía un cierto grado de comodidad: sillas cubiertas de pieles, tapices y una mesa con frutas y vino. Aquiles estaba sentado en el centro de la tienda como si se hubiera instalado para recibir en audiencia. En el extremo más alejado, en las sombras que quedaban entre la luz que producían media docena de lámparas, yacía la figura vendada y momificada de Patroclo, justo como Casandra le había contemplado en su visión. Más próximos a la puerta se hallaba Agamenón, y Odiseo junto a él con una copa de vino en la mano; todos con el aspecto de estar posando para un pintor. Aquiles parecía recién salido de un baño. Se veía muy limpio; su piel tan sonrosada como la de un niño; su pelo, que había sido cortado y despedía reflejos plateados a la luz, estaba siendo peinado por una esclava en quien Casandra reconoció a Briseida. Cuando fijó su mirada en Príamo, alzó una mano para que detuviera su tarea y la mujer retrocedió.

—Bien, Señor de Troya —dijo, y sus delgados labios se entreabrieron en lo que a juicio de Casandra fue una mueca de desdén—. ¿Qué te ha hecho salir en una noche como ésta?

¡Como si no lo supiera perfectamente! Pero resultaba obvio que Aquiles se hallaba dispuesto a disfrutar de la ocasión. Príamo se adelantó hasta la zona iluminada. Casandra y Polixena se acercaron una a otra, observándole. El rey de Troya se arrodilló con dificultad y extendió las manos en un gesto de súplica hacia aquel hombre joven.

—Oh, Aquiles, seguro estoy de que no necesito decirte a qué he venido. Te ruego que cumplas con lo que es acostumbrado y justo, y me entregues el cuerpo de Héctor, mi hijo, para que reciba adecuada sepultura.

Los músculos faciales de Aquiles se contrajeron levemente en una casi imperceptible sonrisa. Príamo prosiguió:

—Tú eres valiente, señor, y has luchado mucho; pero durante el tiempo en que nos has combatido, te devolvimos a tus muertos para que sus cuerpos fuesen entregados al fuego y sus espíritus enviados al Más Allá.

—Héctor me enfureció —dijo Aquiles—. No debiera haberse permitido la arrogancia de alzarse contra mí, a quien los dioses han jurado proteger.

Príamo se detuvo y tragó saliva; no sabía que responder a aquello. Casandra apretó los puños bajo sus amplias mangas.

¡Y se atreve a hablar de arrogancia!

Príamo volvió a hablar:

—Aquiles, un guerrero reta al mejor de sus adversarios. Y él ha caído, ¿no puedes mostrarte compasivo con la esposa y el hijo de Héctor, tú que tan poderoso eres?

—No, no puedo —dijo Aquiles.

Y Casandra pudo advertir que todos estaban atentos en espera de que continuara. Pero su silencio fue tan largo que pensó que no diría nada más. Pero entonces afirmó:

—He jurado tomar la venganza que me ha sido brindada.

Príamo se inclinó hacia adelante y puso sus manos en las rodillas de Aquiles. Sus palabras brotaron en torrente.

—Príncipe Aquiles, debes de haber tenido padre. ¿No puedes ser clemente en nombre de tu propio progenitor? Héctor era el mayor de mis hijos. Me sentía orgulloso de él como tu padre hubo de sentirse de ti. Y cuando el valiente Patroclo cayó en el combate, Héctor no intentó retener su cuerpo. ¡Honró a un bravo adversario caído! Acudió a los Juegos fúnebres en honor de Patroclo porque, afirmó, Patroclo no le regatearía una buena fiesta. Y declaró que confiaba en tener mucho de que hablar con Patroclo en el Más Allá. Ambos eran guerreros y esperaba que, cuando hubiesen concluido las luchas de este mundo, serían amigos como compañeros de profesión. Deja que sepultemos a Héctor para que descanse como tú harás con Patroclo.

Aquiles miró hacia el rincón en penumbra de su tienda, y Casandra advirtió que sus ojos se llenaron de lágrimas Podía advertir cómo se perseguían sobre sus rasgos las emociones: el odio, el desdén, la piedad, la pena; pero la pena predominaba. Evidentemente, su padre había hallado lo único que podía abrirse paso a través de la arrogancia y el desdén. Aquiles habló lentamente:

—Tienes razón, Señor de Troya; Patroclo cuenta, pues, con un amigo en el Más Allá. ¡Guardias! —bramó—. ¡Id y traednos el cuerpo del regio Héctor!

Los soldados se inclinaron y partieron.

Aquiles preguntó:

—Has hablado de un rescate. ¿Qué rescate me ofreces?

—A ti, noble Aquiles, te corresponde fijarlo —contestó Príamo.

Extrajo de su dedo la sortija y la pasó por un dedo de Aquiles.

—En primer lugar, te ofrezco esto con mi agradecimiento.

Aquiles la miró atentamente, calculando su valor.

—Supongo que Héctor es más importante para ti que unos cuantos carros capturados.

Este loco disfruta de la situación. Era obvio para Casandra que meditaba algo vergonzoso.

—He jurado que pagaré sin discutir todo lo que me pidas, príncipe Aquiles —dijo Príamo.

Aquiles se acarició el mentón, intentando obtener de aquella escena el máximo dramatismo.

—Agamenón ¿qué debo pedir como rescate?

—Algo bueno —dijo Agamenón, con ligereza—. El rey de Troya puede permitirse cualquier cosa que le pidas; su ciudad guarda tras sus murallas la mitad de las riquezas del mundo.

Odiseo le interrumpió.

—Tu nobleza será medida por tu generosidad, Aquiles —dijo—. ¿Dejarás que un troyano te exceda en generosidad?

Mantenía los ojos apartados de Príamo y de ellas. A Casandra le pareció que estaba avergonzado, y deseó que sólo hubieran tenido que tratar con él.

—Es fácil ver que siempre has sido amigo de los troyanos, Odiseo —dijo Agamenón—. No he olvidado cuánto me costó convencerte para que luchases a nuestro lado.

—La mitad de las riquezas del mundo —murmuró Aquiles observando con avaricia la sortija—. Pero aun así, no Quiero mostrarme demasiado codicioso. ¿Qué haría yo con a mitad de las riquezas del mundo? Sólo pediré el peso en $_{01}$-o del cuerpo de Héctor.

—Lo tendrás —afirmó Príamo, sin alterarse—. Lo he jurado.

Pero esto es intolerable, pensó Casandra; jamás se pidió ni se pagó semejante rescate en toda la historia de las guerras. Sólo Aquiles podía proponer una cosa así. Odiseo hizo un movimiento brusco, como si estuviese a punto de protestar, pero no habló. Casandra supo por qué: una palabra inoportuna podría desencadenar la locura de Aquiles e impedir cualquier acuerdo.

—Al amanecer será pesado ante tus ojos junto a las murallas de Troya —dijo Príamo—. Recibirás, Príncipe Aquiles, hasta la última onza.

Se inclinó para que Aquiles no pudiese ver en su cara el profundo desprecio que sentía.

Aquiles sonrió. Había conseguido lo que deseaba, y lo había obtenido en presencia de sus aliados.

—¿Beberás conmigo para celebrar el trato, Señor de Troya?

—Gracias —respondió Príamo.

Era obvio que hubiera preferido escupir el vino al rostro de Aquiles, pero alzó la copa que el príncipe puso en su mano y bebió. Después la pasó a Polixena y luego a Casandra, quien se llevó la copa a los labios sin probar el líquido.

—¿Puedo pues llevarme el cuerpo de Héctor para que su madre y sus hermanas lo preparen para el sepelio?

—Te será devuelto lavado y decentemente amortajado, ungido con aceite y especias, al amanecer, ante las murallas, cuando sea pagado el rescate —dijo Aquiles.

—¡En nombre de Zeus Tenante, Aquiles! —estalló Agamenón—. ¡El rey de Troya sólo tiene una palabra! ¡Entrégale lo que vino a buscar!

—No creo que un padre desee ver el cuerpo de su hijo en el estado en que se encuentra ahora —dijo Aquiles deliberadamente, observando el rostro de Príamo mientras hablaba, como un niño cruel que arranca las alitas de los polluelos—. Prefiero que tenga una apariencia que pueda contemplar su madre.

Tan pronto llegaron a Troya, Príamo impuso a todos los de su casa una frenética actividad para despojar al palacio de los ornamentos de oro, exigiendo de las mujeres collares, pendientes y anillos de oro y recogiendo de la mesa copas del mismo metal, incluso antes de abrir la cámara del tesoro. Hizo después que trasladasen todo aquello a las murallas.

Envió a buscar a un sacerdote del templo del Señor del Sol para que equilibrase la balanza. Llegó Crises, y por una vez estuvo de veras demasiado ocupado para prestar la menor atención a Casandra mientras montaba poleas y pesos. Ella observó su trabajo, comprendiendo los principios en que se basaban, pero consciente de que ella carecía de la destreza y el conocimiento imprescindibles para hacerlo. Cuando quedó montada aquella balanza de extraña apariencia, le pidió que se colocase en una de las plataformas para probarla.

—Mantente como si fueses un peso muerto —le dijo.

—Lo intentaré.

Ocupó su puesto y vio cómo las gentes del palacio apilaban el oro en la otra plataforma. Se sorprendió de la insignificancia del montón que equilibró su peso, alzándola lentamente en el aire. Él captó su asombro y dijo:

—El oro es más pesado de lo que cree la gente.

Estaba segura de que Aquiles sabía de antemano y con precisión cuánto oro conseguiría. Después retiraron el oro y lo apilaron.

—Tu peso en oro, Casandra —señaló Crises—. Si fuese mío, lo ofrecería todo por ti.

—No empecemos de nuevo, hermano.

—¿Debo entonces renunciar a toda esperanza de felicidad en este mundo?

—Si lo que deseas es una esposa —le contestó, en tono colérico—, hay mujeres de sobra en Troya.

—Sabes que para mí no existe ninguna más que tú.

—Entonces temo que vivirás y morirás célibe —afirmó Casandra—. Aunque todo ese oro fuese tuyo y pudieras comprarme con él.

Bajó de la plataforma, observando el montón de oro que igualaba su peso. Jamás se había sentido muy interesada por las joyas, y sólo podía maravillarse de que aquel bulto inerte provocase tanta codicia en la gente. De algún modo, aun conociendo a Aquiles como le conocía, no creía que hubiera podido convencérsele sólo con el oro; pensaba que tramaría alguna otra humillación para la casa real de Troya.

Sobre ellos, el sol comenzaba a elevarse, iluminando las piedras más altas. Casandra subió a la muralla y extendió en silencio sus brazos en mudo saludo al dios.

—Canta el himno matinal, Casandra —le pidió Crises—. Tu voz es dulce, pero pocas veces nos es dado escucharla, ni siquiera en honor de Apolo.

Negó rotundamente con la cabeza. Si cantaba, volvería a acusarla de que se proponía hechizarlo.

—Prefiero cantar sólo en presencia del dios —murmuró.

Llegó Príamo con sus sirvientes y otro cesto de oro. Aunque la preciada mercancía apenas cubría el fondo del cesto, era tan pesada que hubo de ser llevado entre dos hombres.

—¿Está preparada la balanza, sacerdote?

—A tu disposición, mi señor, para lo que te plazca.

—¿Que me plazca? ¿Crees, estúpido, que me place todo esto? —le preguntó Príamo, con enojo.

Aún vestía la blanca túnica de suplicante, manchada con el barro del terraplén. Y de barro estaban también cubiertos sus pies descalzos.

Polixena le cuchicheó unas palabras, pero él las contestó en voz alta.

—¿Piensas que por ese maldito Aquiles debo bañarme, peinar mis cabellos y vestir bellas prendas como si fuese una boda y no a un funeral? !Y tampoco me importa si éste es el primero entre los sacerdotes del Señor del Sol; no deja por eso de ser un estúpido!

Tiró de la manga de su padre. Príamo estaba llorando con la cabeza inclinada. Lo sostuvieron entre Polixena y Casandra, y salieron de la tienda rápidamente, para que Príamo no oyese la risotada de Aquiles a sus espaldas.

Casandra se tapó la boca con la mano; parecería inoportuno sonreír en aquel momento. Había poco de que sonreír, exceptuando la expresión que mostraba el rostro de Crises, que parecía decirle que su padre había hablado con el tono avinagrado de la senilidad.

Príamo ordenó a sus criados que colocaran el cesto junto al oro apilado.

—Ahora esperemos a Aquiles —dijo—. No sería muy extraño en él forzarnos a un acuerdo tan degradante como éste y luego hacernos esperar todo el día... o no aparecer. —Accedió ante testigos —le recordó Polixena—. Ellos le harán venir. Están ansiosos de proseguir la guerra ahora que no tienen que enfrentarse a Héctor.

Se produjo un silencio mientras las gentes de la casa de Príamo se congregaban lentamente en la muralla. Hécuba y Andrómaca flanqueaban al rey.

Casandra no estaba segura de qué esperaba: tal vez el carro de Aquiles, corriendo frenéticamente como de costumbre hacia las murallas. Mantuvo puestos los ojos en el sol naciente hasta que le dolieron.

Crises estaba a su lado y aprovechó la ocasión para cogerla del brazo como si le prestase apoyo. Ella se sintió exasperada pero no quiso llamar la atención apartándose. El sacerdote anunció:

—Se advierte movimiento en el campamento argivo. ¿A qué aguardan?

—Quizás a humillar aún más a mi padre, viéndolo desmayarse, exhausto por el calor —murmuró—. Comparado con Aquiles, Agamenón es un hombre noble y amable.

—Poco conozco de él —repuso Crises—, mas sí lo suficiente para no desear ver el destino de Troya en sus manos; y la salud y la fuerza de Príamo son ahora la única esperanza que nos queda.

Poca esperanza es ésa, pensó ella, pero calló. No deseaba hablar con nadie de los temores que le inspiraba su padre, y desde luego no con un hombre del que desconfiaba.

—Mirad —dijo Polixena y señaló, alzando apenas su brazo.

Allá lejos, en la llanura, se movían unas figuras que parecían acercarse. Casandra distinguió a Aquiles, cuyos pálidos cabellos brillaban bajo la cegadora luz del sol. Iba a la cabeza de un pequeño grupo. Tras él, ocho soldados portaban un cuerpo en una camilla, que sólo podía ser el de Héctor, y después una media docena de caudillos aqueos, todos revestidos de sus armaduras pero sin armas.

Al menos por una vez. Aquiles ha cumplido su palabra. Respiró hondo, comprendiendo entonces que, hasta distinguir el cadáver de Héctor, no había creído ni por un momento que llegara a verlo.

Ya estaba muy cerca, y pudo distinguir cada uno de los rostros e incluso el dibujo de los bordados del paño mortuorio que cubría el cuerpo de Héctor. Al llegar, Aquiles se inclinó ante Príamo.

—Como prometí, Señor de Troya, te entrego el cuerpo de tu hijo.

—El rescate te aguarda, príncipe Aquiles —contestó Príamo, dirigiéndose hacia la camilla, echando hacia atrás el pesado paño mortuorio para descubrir el rostro—. Mas permíteme primero que me asegure de que es en verdad el cadáver de mi hijo...

Hécuba se acercó a él mientras tiraba del paño. Pentesilea estaba junto a ella por si necesitaba apoyo. Casandra se afirmó, dispuesta a oír a su madre estallar en gemidos o gritos pero simplemente asintió y se inclinó para besar la fría y blanca frente.

—La balanza ha sido montada por un sacerdote de Apolo que es diestro en tal arte. Si quieres comprobar los pesos... —dijo entonces Príamo.

—No, no —respondió Aquiles con una sorprendente afabilidad—. Sé muy poco de tales cosas. Crises condujo a Aquiles hasta la balanza. —Actuaste en contra de tu propio interés, príncipe Aquiles, cuando dejaste que se destrozase de tal modo el cadáver de Héctor. En perfectas condiciones, te habría proporcionado más oro.

La observación parecía burda e inoportuna. Al advertir el temblor de las manos de Crises y el inusitado brillo de sus pupilas, Casandra se preguntó si a hora tan temprana habría estado bebiendo vino puro o sazonado con semillas de adormidera hasta el punto de olvidar en presencia de quien se hallaba.

—Vayamos al caso. —Dijo Príamo secamente. Hizo un gesto, y alzaron el cuerpo de Héctor para depositarlo en la plataforma. Los servidores de Príamo empezaron a colocar oro en la otra, unas cuantas piezas de cada vez. Aquiles observaba, sonriendo levemente, cuando

la plataforma que sostenía el cuerpo tembló y comenzó a alzarse del suelo. Casandra se preguntó si a los demás les parecía la escena tan grotesca como a ella.

La balanza osciló y vibró hasta el punto de que el cadáver se deslizó hacia un lado, pero no cayó. El viento se alzaba en las alturas de Troya pero, allí abajo, en las murallas, la atmósfera mantenía una quietud opresiva, casi asfixiante. Casandra advirtió que de ninguna parte de la ciudad llegaba el sonido del canto de un solo pájaro. ¿Era esto también parte del presagio que había recibido? ¿Estaban a punto de ser ultimados por Poseidón? Que ataque ahora y acabe con esta obscenidad, con esta parodia de la decencia y del honor. Fijó los ojos en una de las cuerdas de las poleas y allí mantuvo su mirada. La cuerda tembló y cayeron varios ornamentos de oro. Vamos, Poseidón, ¿es esto lo mejor que puedes hacer por Héctor?

Uno de los esclavos de Príamo recogió los ornamentos y volvió a colocarlos en el lugar de donde habían caído. Añadió un pesado peto de oro y la plataforma bajó de golpe. Evidentemente soportaba más peso que la del cadáver. —Es demasiado —dijo Príamo.

Y la retiró, reemplazándola por un collar de oro de varias vueltas.

—Ahora falta un poco —afirmó Aquiles, cuyos ojos observaban codiciosos el peto.

Polixena se adelantó, se quitó sus-largos pendientes y los lanzó a la plataforma. La balanza osciló y luego se detuvo, equilibrada.

—Ya está —dijo—. Es suficiente. Toma tu oro y márchate. La mirada de Aquiles se trasladó del oro a Polixena. Sus ojos brillaban.

—Respecto al oro, una muchacha dorada como ésta podría sustituirlo —dijo—. Rey Príamo, te perdono la mitad del rescate por esta mujer, incluso si es una de tus esclavas o concubinas.

—Soy hija de Príamo —contestó Polixena— y sirvo a la Doncella, que no es amiga de la lascivia ni siquiera en un rey

o en el hijo de un rey. Conténtate con el oro y tu palabra empeñada, Príncipe Aquiles, y déjanos con nuestro cadáver.

Aquiles apretó los labios con fuerza y Casandra vio como se destacaba una vena en su frente.

—¿Sí? ¿Me la entregas entonces con honor, en legítimo matrimonio, a cambio de una tregua de tres días para enterrar a tu hijo? —propuso—. De otra forma, la guerra se reanudará al mediodía.

—¡No! —tronó la voz de Odiseo entre las silenciosas filas de los caudillos aqueos—. Esto es demasiado, Aquiles, honra tu palabra, como juraste, o te verás al mediodía luchando contra mí. Prometimos a Príamo una tregua de tres días para los funerales de Héctor y así será.

Aquiles se vio obligado a aceptarlo, contra su voluntad.

Alzó una mano hacia sus hombres. Éstos metieron el oro en cestos, con los cuales cargaron, y se alejaron por la llanura del mismo modo en que habían venido.

Casandra no se quedó a presenciar cómo organizaban los Juegos fúnebres, aduciendo sus obligaciones en el templo. Debía ir sin demora para ver lo que presagiaban las serpientes. Al parecer, nadie había advertido el peso de la mano, o de la punta de un dedo, de Poseidón. Emprendió con celeridad la larga subida hasta el templo del Señor del Sol. Al cabo de un momento, advirtió que Crises la seguía. Bien, aunque así fuera, tenía tanto derecho como ella a entrar en el templo. Pero no se acercó ni le habló hasta que franquearon la entrada.

—Sé lo que ocurre en tu mente, princesa —dijo—. También yo lo sentí. El dios se halla irritado con Troya.

Parecía pálido y ojeroso, ¿qué había estado bebiendo tan de mañana? ¿Algo quizá para aguzar sus visiones, o su entendimiento?

—No estoy segura de haberlo sentido —empezó a decir ella—. No sé si lo soñé o imaginé.

—Si lo soñaste, también lo soñé yo —dijo él—. Ahora sólo es cuestión de tiempo. ¿Por cuánto tiempo puede retrasar Apolo toda la furia del golpe de Poseidón? También yo los he visto luchando por Troya...

Recordando su propia visión, ella contestó: —Es verdad. Ningún mortal puede quebrar las murallas de Troya. Pero sí un dios.

—Hay fuera un ejército más poderoso que todas las fuerzas de Troya —afirmó Crises—. Y nuestro más grande campeón aguarda sus funerales mientras ellos tienen tres guerreros que superan a los mejores nuestros. —¿Tres? Reconozco que Aquiles...

—Agamenón, que podría aventajar a Paris y a Deifobo juntos si fuera preciso, y Odiseo y Ayax que igualaban a Héctor, aunque ninguno le superó.

—Bien —dijo Casandra, preguntándose a dónde iría a parar—. Mientras nuestras murallas resistan, eso no importa; y si está predestinada su caída..., entonces conoceremos lo que nos está reservado.

—No deseo quedarme a presenciar la caída de la ciudad. Si fuese un guerrero, permanecería y lucharía. Pero no fui adiestrado en el manejo de armas y no estoy capacitado ni para defenderme a mí mismo. ¿Vendrás conmigo, Casandra? No deseo que mueras cuando la ciudad caiga.

—Me gustaría que el único peligro que me acechara fuese la muerte.

—Pretendo ir a Creta en la primera nave que pueda hallar y he oído que hay un navío fenicio en alta mar, fuera de la ensenada. Ven conmigo y nada tendrás que temer.

—Salvo a ti.

—¿No puedes perdonarme un instante de locura? —preguntó Crises—, en tono suplicante. Respetaré tu honor, Casandra. Me casaré contigo si quieres o, si estás resuelta a no casarte, juraré que viajaremos como hermana y hermano, que no pondré ni siquiera un dedo sobre ti.

Pero yo no confiaría en tus palabras, aunque jurases por la virtud de tu propia madre, pensó y negó con la cabeza sin ira. —No, Crises, créeme, te agradezco la proposición. Pero los dioses han decretado que desempeñe un papel en Troya. No sé aún lo que me han destinado, pero sin duda me lo dirán cuando lo crean necesario.

—Ciertamente de nada servirás como una lanza cuando la ciudad caiga —afirmó Crises—. ¿Te quedarás para consolar a tu madre y a tu hermana cuando se las lleven cautivas los capitanes argivos? ¿De qué les servirá?

Casandra le lanzó una mirada aguda. Daba la impresión de no haber comido durante mucho tiempo, pero su aspecto no sólo revelaba inanición. Su corazón se condolió por él; no lo amaba como él hubiera deseado, pero lo conocía desde años atrás y no le deseaba mal alguno.

En la sala de las serpientes halló a las sacerdotisas, corriendo de un lado para otro, a medio vestir, tratando de recuperarlas. Aquella mañana muchas habían abandonado los lugares en que tenían que hallarse y se habían refugiado en el jardín. Una o dos de las más dóciles, al ser atrapadas y devueltas a sus sitios, habían mordido a quienes

Bastaría con que el dios le tocase un solo momento para que muriese, pensó, entristecida.

_Si ésa es la única tarea que los dioses me reservan —dijo con firmeza—, la llevaré a cabo.

_No merece la pena que me vaya solo a Creta o a Thera —opinó Crises—. Podrías ir conmigo como fuiste a Colquis para estudiar las artes de las serpientes; o a Egipto, donde siempre son bien acogidas las sacerdotisas. En Egipto, y en especial en Cnosos, construyen de continuo y hay trabajo para un hombre entendido en pesos y medidas. He oído que van a

reconstruir el palacio que se derrumbó con el último toque de Poseidón, El que hace temblar la Tierra.

—Pues no vayas solo —repuso Casandra—. Llévate a Criseida. Jamás fue feliz aquí. No querrás que cuando la cautiven vuelva al lecho de Agamenón, ¿verdad?

—No es a Criseida a quien Agamenón desea —afirmó Crises—. Y tú lo sabes tan bien como yo.

Casandra se estremeció, percibiendo la vibración de la verdad en la voz del sacerdote. Pero contestó:

—Me atengo a mi destino como tú, hermano, te atienes al tuyo; vete pues a Cnosos o a Egipto o al lugar al que te conduzca tu destino, y que todos los dioses te mantengan allí con salud. —Movió la mano, en gesto de bendición—. Sólo te deseo bien, pero separémonos aquí, para siempre.

—Bésame, aunque sólo sea una vez —suplicó él, cayendo de rodillas.

Se inclinó y apoyó levemente los labios contra la arrugada frente, como una madre que besara a su hijo.

—Que lleves la bendición del Señor del Sol allí a donde vayas y me recuerdes con cariño —dijo Casandra.

Prosiguió su camino, dejándole aún arrodillado y confuso. Su mente ya no es la que era, pensó, y quizá sea mejor así. Sufrirá menos cuando lo golpee el destino; no puede tardar para él. Ni para ninguno de nosotros.

Casandra se sintió aterrada. Filida había tratado de decírselo, pero ella no la escuchó. El augurio había sido malo, pero el tiempo del temor ya había pasado

—El Señor del Sol no envió a los suyos una falsa advertencia —afirmó—. En realidad cayó sobre nosotros la mano de Poseidón pero su golpe fue ligero. Oíd, las aves canta de nuevo; el peligro ha pasado, al menos por hoy. Sin embargo, algunas aún parecían inquietas. —La gran sierpe, la Madre de las Serpientes, no ha salido en tres días a buscar su comida — manifestó Filida La hemos tentado con ratones y conejos recién nacidos y luego con un pichón e incluso con un cuenco de leche fresca de cabra. (Este último era ya un raro manjar en Troya, donde habían tenido que sacrificar muchas cabras por falta de pienso; la leche que restaba se reservaba para niños pequeños o para mujeres que, al comienzo de su embarazo, no podían tolerar otro alimento.) ¿Qué significa este augurio, Casandra? ¿Está la Madre irritada con nosotras? ¿Y qué podemos hacer para apagar su ira?

—Lo ignoro —contestó—. No he recibido de la diosa mensaje alguno que indique irritación con nosotras. Creo que quizá debiéramos vestirnos con nuestras prendas de fiesta y cantar en su honor. (Al menos aquello no podría acarrear ningún daño.) Y luego bajaremos e interpretaremos una danza de devoción en los funerales de Héctor.

La idea provocó exclamaciones de alegría entre las mujeres. Como había supuesto, ahuyentó al momento sus temores sobre los presagios. Pero Filida, que había aprendido de Casandra buena parte del arte de las serpientes de Colquis, aguardó un instante mientras las otras iban a cambiarse de ropas.

—Todo eso está muy bien, querida mía, ¿pero y si la gran serpiente sigue negándose a comer?

—Supongo que deberemos aceptarlo como el peor de los augurios —contestó Casandra—. Después de todo, hasta la propia Madre de las Serpientes es sólo una bestia; y ningún animal deja de comer sin razón. Yo he alimentado a la fuerza a serpientes más pequeñas, pero no me siento capaz de hacerlo con ésa. ¿Lo harías tú?

Filida negó con la cabeza, y Casandra prosiguió: —Así que lo mejor que podemos hacer es llevarle la comida que más le gusta y rezar para que se la coma.

—En suma, exactamente lo que haríamos con uno de los Inmortales —dijo Filida con una cínica sonrisa—. Cada vez me pregunto más para que sirven los dioses.

—Tampoco yo lo sé, Filida, pero te ruego que no hables de eso con las demás muchachas —respondió Casandra—, y supongo que mejor será que vayamos también nosotras a vestir nuestras ropas de fiesta.

Filida le palmeó la mejilla, y dijo:

—Pobre Casandra, no sentirás muchos deseos de bailar y de festejar cuando Héctor yace muerto.

—Héctor se halla mejor que la mayoría de quienes aún vivimos en esta ciudad —afirmó Casandra—. Créeme, querida, me alegro por él.

—Ninguno de los míos está combatiendo —dijo Filida—. Y hace tanto tiempo que no voy a una fiesta de funerales que me alegraría aunque fuese en honor de mi propio padre. Danzaremos por la Madre Serpiente y en memoria de Héctor, y espero que les beneficie a ambos.

Se marchó y Casandra se inclinó ante la gran ruta artificial que había sido excavada en el muro.

Dudó hasta asegurarse de que Apolo no hablaría para prohibirle la entrada y luego penetró con una antorcha encendida para investigar lo que sucedía. La vieja serpiente conocía su olor y no la atacaría, pero tampoco se acercaría a la antorcha. En la semioscuridad del interior de la cueva, Casandra percibió el antiguo hedor que llevaba el miedo hasta la misma médula de los huesos de los humanos, pero ella había sido adiestrada para ignorarlo.

Se arrastró, evitando una mancha de inmundicias en la cueva. En condiciones normales, las serpientes eran más limpias que los propios gatos; ésta no hubiera ensuciado su cueva si todo fuera bien. Empezó a tantear, buscando el gran bulto de anillos escamados. Prosiguió arrastrándose mientras murmuraba para tranquilizarla. Tendió una mano insegura y frotó con suavidad. Pero en vez de las cálidas escamas que esperaba hallar, tocó lo que le pareció fría cerámica. Presionó con más fuerza. Inerte bajo su mano, la gran serpiente yacía muerta.

Así que ése era el motivo de que no saliera a comer. El presagio era peor de lo que suponían las muchachas, pensó Casandra, suspirando, tendida por un instante al lado del animal muerto. Se preguntó si sería posible volver a la planicie gris de la muerte donde se hallaba Héctor aguardando a su hijo, si encontraría allí a la Madre de las Serpientes y si lograría que le hablase, siendo su sacerdotisa, con voz humana.

Bien, eso no supondría una gran ventaja. Si tenía ocasión de cruzar de nuevo la llanura, tal vez la encontrara; eran tantas las preguntas sin respuesta acerca de la muerte que nunca podía entender que alguien la temiese o se enfrentara a ella sin una ansiosa curiosidad.

Retrocedió arrastrándose hasta salir de la cueva y colocó ante la entrada la antorcha, en señal de que no debía molestarse a su ocupante. Filida regresó y le preguntó: —¿Entraste en la gruta? ¿Está bien? —Muy bien —contestó Casandra con voz firme—. Ha cambiado la piel y no debe inquietársela. Filida se sintió aliviada.

—Oh, pero aún no te has arreglado... ni te has puesto tus sandalias de danza.

—Héctor no se preocupará de lo que vista —le contestó—. Y puedo bailar tanto descalza como con sandalias. Cuando las muchachas se reunieron de nuevo en el santuario, ella marcó los pasos de la danza, que era más antigua que la propia Troya. Al concluir, lanzó el lamento postrero, murmurando para sí una oración por la vieja serpiente. Luego se preguntó si sería

adecuado rezar por el alma de una bestia que probablemente no existía. Bien, si poseía alma, bienvenida sería la oración; y si no la tenía, no le causaría daño.

—Y ahora a la fiesta —dijo y las hizo salir hacia el palacio. Príamo no las esperaba; pero, a pesar de eso, fueron bien recibidas, y a Hécuba le complació que hubiesen acudido a rendir tributo a Héctor. Casandra permaneció en el centro de las danzarinas, observando cómo se enroscaba en torno de ella la larga espiral de mujeres, entre el revoloteo de sus blancas vestiduras, y luego marcó el despliegue de los anillos de la antigua danza del laberinto. Cuando terminaron la danza y la canción, Casandra indicó a las sacerdotisas que antes de sentarse ayudasen a llenar las copas de los invitados. Ella misma escanció una copa y la llevó a Pentesilea. Fatigada y desalentada, sintió que no había nadie más en la sala con quien pudiera hablar. Ni incluso con Eneas, aunque éste le sonrió y le hizo señas.

Pentesilea no la importunó con preguntas; simplemente hizo que se sentara junto a ella y compartiera su copa de vino. Y sólo después inquirió:

—¿Qué te sucede, pequeña? Pareces indispuesta. ¿Es sólo por la muerte de Héctor?

Casandra advirtió que las lágrimas inundaban sus ojos. Para todos los demás en Troya era la sacerdotisa, la portadora de cargas, la que respondía a todas las preguntas que era preciso hacer. Nunca se le ocurrió a nadie que también ella podía tener temores o preguntas propias.

—Hay veces en que desearía haber optado por ser una guerrera —confesó—. No consigo ver en qué se beneficia nadie porque yo sea sacerdotisa.

—Con frecuencia, Casandra, nos son marcados los caminos de la vida. —Al decir esto, la voz de Pentesilea adquirió un tono acerado.

—Entonces, ¿por qué a algunas les es factible elegir?

—Creo que, a veces, nuestra posibilidad de elegir se halla limitada por decisiones que antes tomamos... si no en esta vida quizás en otra —dijo Pentesilea.

—¿Crees realmente eso? —preguntó Casandra.

—Oh, querida, no sé qué creer. Sólo que, como los demás, hago lo que puedo con las opciones que se me brindan en cada momento. Y así haces tú. Pero no debes quedarte aquí sentada, discutiendo con una vieja acerca de los recovecos de las cosas extrañas de la vida. Mira, Eneas ha intentado una y otra vez llamar tu atención. Unos pocos minutos con tu amante te alegrarán más que todas mis filosofías.

Casandra pensó que era posible que tuviera razón, pero no se sentía con ánimos. A pesar de eso, alzó la vista hacia Eneas y le devolvió la sonrisa. El se levantó para acercarse donde ella estaba, y Casandra aceptó una segunda copa de vino aunque advirtió que estaba tan diluido que casi todo era agua.

—Esa danza es encantadora. Jamás había visto nada igual. ¿Es una de las antiguas danzas de Troya?

—Sí, es muy antigua —le dijo—. Pero creo que procede de Creta. Se trata de la danza del laberinto, la espiral de los anillos de la Serpiente Tierra. Dicen que ya se bailaba en el templo de Apolo antes de que éste matase a la Gran Serpiente.

Y una vez más la Gran Serpiente yace muerta y Apolo no

nos transmitió advertencia o presagio, pensó abrumada por su temor... ¿Qué podía significar todo eso? Con seguridad la muerte de Héctor era sólo el comienzo de un desfile de desgracias...

Eneas se inclinaba hacia ella con ansiedad, preocupado por su angustia. No quiso asustarle; con él podía hallar incluso un cierto alivio en su inmensa desesperación.

—Déjame que te traiga algo —le rogó—. Apenas has probado nada en el festín. Y hay cabritos y corderos asados; Príamo ha sido generoso. Héctor no querría que te sintieras

angustiada. Sea cual fuere el sitio en que esté, podemos tener la seguridad de que se halla bien y de que no mejorará con nuestros lamentos.

Aquello sonaba tan próximo a lo que ella había estado tratando de decir que se sintió poseída de júbilo. Al menos Eneas me entiende cuando hablo ¡No necesito abrirme camino a través de una montaña de miedo y de supersticiones en torno de la muerte! Su rostro parecía resplandecer a la luz de las antorchas. Recordó que le había visto salir ileso de las ruinas de Troya; viviría y el resplandor de su rostro era simplemente la luz de la vida, mientras que por los demás se extendía la palidez de la muerte.

—No quiero comer nada —dijo, aunque un poco antes se había sentido hambrienta.

—Abandonemos entonces esta sala de lamentaciones. Todos los dioses pueden atestiguar que yo quería a Héctor, pero no veo cómo puede mejorar su destino o nuestro entendimiento de éste porque unas personas se sienten en corro y coman hasta casi no poder moverse y beban hasta embriagarse.

Pasó un brazo en torno de ella. Enlazados, salieron a la terraza y contemplaron abajo la oscura superficie del campamento argivo. Había unas cuantas luces dispersas, pero en el resto reinaban las tinieblas.

—¿Qué estarán haciendo ahí abajo? —preguntó Eneas.

—Lo ignoro. Puedo ser una profetisa pero no alcanzo a ver tan lejos. Tal vez alcen un altar a Poseidón. Pero es demasiado tarde para eso y deberían saberlo.

—Quizás sus adivinos no son tan buenos como tú —bromeó, ciñéndola con fuerza—. Casandra, déjame ir a tu habitación...

Ella titubeó un momento, al final aceptó.

—Ven, si lo deseas —dijo.

Mañana habría tiempo suficiente para ocuparse de las serpientes muertas y de las ciudades moribundas.

Yendo por la empinada calle vieron caer una estrella fugaz cuya luz barrió todo el cielo de tal modo que, por un instante, pareció como si la tierra se hubiese inclinado. Se aferró al brazo de Eneas, recordando la noche en que Andrómaca y ella contemplaron las estrellas fugaces en Colquis, cuando aún era muy joven. Desde entonces no había visto una sola estrella fugaz, aunque había observado los cielos con atención. ¿Se trataba de alguna clase de presagio? ¿O no significaba absolutamente nada?

—¿Qué te ocurre? —preguntó Eneas, estrechándola contra sí y hablándole con gran ternura.

—Sólo que he visto la estrella.

—¿Estrella? ¿A qué estrella te refieres, amor mío?

Ahora imagino cosas. Ya está bien, pues, por esta noche, se dijo a sí misma con firmeza. Condujo a Eneas a su habitación, sabiendo con una súbita punzada de dolor que sería la última vez.

La tregua, con sorpresa de Casandra, no fue quebrantada por los aqueos. Ninguno de ellos compitió en los Juegos fúnebres de Héctor a excepción de un mirmidón anónimo que participó en lucha, venció sucesivamente a cuatro adversarios, incluido Deifobo, recogió la copa de oro ofrecida como trofeo y desapareció sin revelar su nombre. Las murmuraciones de la ciudad aseguraron que era un Inmortal disfrazado pero no fue así. Paris le había visto en las filas argivas y se trataba de un simple soldado. Tanto troyanos como aqueos siguieron los diversos acontecimientos y aplaudieron deportivamente a los ganadores.

Pentesilea insistió en competir con el arco. Su participación fue causa de algunos problemas porque ganó con facilidad a todos los contendientes, incluyendo al propio Paris que obviamente esperaba conseguir aquel premio.

Protestó pero nadie le respaldó. Como a Paris se le había oído decir con frecuencia que ningún hombre vivo podría vencerle con el arco, varios de los hijos menores de Príamo, que no lamentaban el hecho de que por una vez su hermano resultase derrotado, insistieron en que no tenía derecho a quejarse puesto que había sido vencido por una mujer.

A la tercera mañana, Casandra se despertó temprano, oyendo con alivio los cantos de infinidad de pájaros que resonaban en los jardines del templo de Apolo. Al menos ese día no iba a producirse un terremoto importante.

Acudió pronto al palacio, donde ahora moraban Pentesilea y sus mujeres, y ayudó a revestir a la amazona con su armadura de cuero endurecido y placas de metal.

—Hoy lucharemos todas. Las amazonas lanzaremos nuestras fuerzas contra Aquiles —afirmó—. Hemos combatido durante muchos años. Y un guerrero, por fiero que sea, no podrá abatirnos a todas.

—Desearía que os dispusierais a atacar a alguien menos peligroso —dijo Casandra, inquieta—. Sobran enemigos; es preciso matar también a hombres como Menelao e Idomeneo. ¿Por qué no os lanzáis contra Agamenón? ¿Por qué has de desafiar al orgullo de los aqueos?

—Porque si el que muere es Agamenón o Menelao, Aquiles seguirá allí para aliento de sus tropas; pero si el muerto es Aquiles, serán como un enjambre de abejas cuando desaparece la reina. Los mirmidones, al menos, quedarían completamente desmoralizados; recuerda que, cuando Aquiles se hallaba enojado, apenas luchaban y, sin duda alguna no peleaban como el ejército disciplinado que ahora forman.

—Puedo entender tus razones —dijo Casandra—, pero ésta no es ni siquiera tu guerra. Desearía que todas partierais antes de que empezara hoy el combate.

Pentesilea la miró fijamente:

—¿Has recibido un presagio, Ojos Brillantes?

—En realidad, no —declaró Casandra.

Luego comprendió que su respuesta hubiera debido ser afirmativa. Tal vez la amazona le hubiera creído. Echó los brazos a su cuello y comenzó a llorar.

—Querría que no lo hicieras —fue todo lo que pudo decir, aferrándose a Pentesilea.

—Vamos, vamos, ¿dónde está la guerrera que yo misma adiestré? —le preguntó ésta—. ¡Estás comportándote como una mujer débil que ha pasado su vida entre cuatro paredes! Sécate esos ojos brillantes y déjame partir.

Casandra la soltó de mala gana, tratando a la vez de ahogar sus sollozos.

—Pero Aquiles es invulnerable. Dicen que un dios le protege y que ningún hombre puede matarlo.

—Paris se jactaba de que ningún hombre podía vencerle con el arco —contestó Pentesilea, con una sonrisa burlona—. Tal vez signifique tan sólo que está destinado a morir a manos de una mujer. Y si no soy yo, quizás otra de mis mujeres pueda hacerlo para vengarme. Querida, ningún mortal es invulnerable; y si cualquiera de los dioses protege a semejante monstruo, tal dios debería sentirse avergonzado. Hemos atribuido demasiados poderes a Aquiles, pero es un hombre como cualquier otro.

Sin embargo mató a Héctor, pensó Casandra. Pero no había más que añadir porque Pentesilea tenía razón. Caminaron juntas, rodeadas por las demás amazonas, hasta donde se preparaban para el ataque los caballos y los carros. Pentesilea pasó un brazo por la cintura de

Casandra. —¡Pero si estás temblando, muchacha! —No puedo evitar sentir miedo por ti —respondió ella, con voz ahogada.

El rostro de Pentesilea expresó preocupación. Luego su voz se hizo más tierna.

—Esto no se corresponde con la vida de una guerrera, Ojos Brillantes. No quiero que nadie te vea llorar así. Vamos, hija, déjame partir.

¡No puedo soportar verla marchar! Jamás regresará... Pero contra su voluntad se soltó de su tía. Pentesilea la besó y

dijo:

—Suceda lo que suceda, has de saber que para mí has sido más que una hija y más querida que cualquiera de mis amantes. Fuiste mi amiga.

Casandra se apartó y vio entre lágrimas cómo la amazona se izaba en la silla. Sus mujeres cerraron filas en torno a ella, hablando en voz baja de estrategias bélicas. Luego se abrió la puerta y salieron.

Sabía que debería ir a ver a su madre en el palacio, o dirigirse al templo para ocuparse de las serpientes. Allí reinaba una gran confusión desde que se conocía la muerte de la Gran Serpiente. Pero en vez de hacer una cosa u otra, subió a la muralla para contemplar cómo se lanzaban contra los aqueos Pentesilea y sus guerreras. Delante avanzaban media docena de carros tróvanos para acometer de frente a las fuerzas armadas con lanzas y espadas. Luego, como un torbellino se precipitó sobre Aquiles y sus hombres la carga de las amazonas.

Chocaron entre un estruendo de lanzas, claramente percibido por las mujeres de la muralla. Cuando el polvo se despejó, dos de las amazonas yacían en el suelo tras haber sido derribados sus caballos. Una consiguió ponerse en pie y abatir con su lanza a un adversario; la otra quedó inmóvil mientras su caballo se revolcaba, pugnando por alzarse. Un soldado aqueo advirtió sus esfuerzos y le cortó el cuello rápidamente. Después se arrodilló junto a la mujer caída para despojarla de su espléndida armadura. Casandra vio que Pentesilea había sobrevivido a la primera carga. Su caballo estaba herido, pero aun se mantenía en pie.

La reina de las amazonas hizo girar a su montura y cargó contra un grupo de soldados de Aquiles, lo dividió y mató a más de uno con su lanza. Casandra advirtió el instante en que Aquiles fue consciente de su presencia: cuando ella derribó a un hombre que debía formar parte de su guardia personal. Vio su reacción y que se acercaba a la amazona, como si la invitase a desmontar y luchar cara a cara.

Pentesilea echó pie a tierra para enfrentarse con él, espada en mano. Era más alta que Aquiles y su alcance con su espada era mayor. Se acometieron con una serie de golpes, demasiado rápidos para poder seguirlos. Aquiles retrocedió y, por un instante, cayó de rodillas. Hizo alguna señal, de modo que sus hombres se precipitaron contra las otras guerreras. Entonces, rápido como una serpiente que ataca, se puso en pie y su espada se movió demasiado velozmente para ser captada con la vista. Pentesilea retrocedió unos pasos hasta tropezar con el flanco de su caballo. Luego, la implacable espada de Aquiles siguió acosándola hasta abatirla. Casandra oyó su último estertor cuando Aquiles cayó junto a la amazona. ¿Qué estaba haciendo aquel loco? Arrancó frenéticamente sus ropas, se echó sobre ella y, mientras le contemplaban horrorizadas, violó el cadáver.

¡Monstruoso, pensó, si al menos hubiese tenido mi arco! Aquiles había concluido y ahora combatía contra cuatro amazonas que acudieron a atacarlo. Abatió a dos al instante. Luego acometió a otra con una lanza hiriéndola de tal modo que, al retroceder, fue rematada por uno de los soldados. La mujer que restaba intentó a la desesperada recobrar el cuerpo de Pentesilea, pero se vio rodeada por gran número de enemigos y, al cabo de unos pocos minutos, no quedaba con vida una sola amazona. Los soldados recogieron y se llevaron los caballos que habían sobrevivido. Una sola hora de combate había acabado con las últimas de

la tribu, con toda su cultura y sus recuerdos. Y aquel diabólico Aquiles había infligido el insulto último a una guerrera que se atrevió a desafiarle. Casandra no creyó ni por un instante que hubiese obrado a impulsos de la lascivia; había sido un ultraje perpetrado a sangre fría.

Pensó que hubiera sido oportuno que Apolo hubiera lanzado su flecha para alcanzarle en el mismo momento en que estaba poseído por la indescriptible soberbia. El dios que odiaba los excesos en la venganza o en la guerra habría sido el perfecto vengador. Aquiles, comprendió Casandra, no podía ser ya considerado un adversario honorable en el combate; era como un perro rabioso.

Pero los dioses lo contemplaron y nada hicieron. Si Aquiles fuese un perro rabioso, alguno habría acudido y le habría matado, no para vengar a los muertos sino para proteger a los vivosy acabar con la calamidad de esa pobre bestia enloquecida.

Y si Apolo no interviene, a mí que juré servirle corresponde hacer lo que el más inocente de sus sacerdotes esperaría del dios. Por vez primera desde que muy joven se arrodilló ante el Señor del Sol para aceptarlo, supo con claridad por qué había acudido al templo de Apolo. Miró por última vez el cuerpo de Pentesilea, vergonzosamente desnudo en el campo, y luego se volvió. Había llorado cuanto le fue posible aquella mañana, cuando suplicó a Pentesilea que no saliese. Ya no le quedaban lágrimas.

Se dirigió al templo y a sus habitaciones. Del cofre que allí tenía sacó el arco que le regaló Pentesilea, ornado de complejos dibujos dorados e incrustaciones de marfil como el del mismo Apolo. Tomó una saeta sencilla, la necesitaría para determinar su alcance, y en su aljaba puso además la última de las flechas envenenadas que había hecho el viejo centauro Quirón.

Advirtió que temblaba de pies a cabeza. Bajó a las cocinas, halló un poco de pan duro y miel y se obligó a corner Las mujeres cocían pan para la fiesta de funerales de la Gran Serpiente y rogaron a Casandra que aguardase a que sacaran pan tierno, pero rechazó cuanto le ofrecían excepto una taza de vino aguado. Todas se quedaron sorprendidas al ver a su sacerdotisa armada, más se abstuvieron de hacer preguntas; debido a su rango, suponían que cuanto hiciese tendría un buen propósito por misterioso u oscuro que pareciera y no debían formular reparos.

Luego, deliberadamente, descendió a la cámara más secreta del templo y de un cofre del que sólo tenían llaves algunos de los sacerdotes y sacerdotisas importantes, sacó cierta túnica ornamentada con adornos dorados y la máscara de oro del Señor del Sol. Con manos diestras se la puso y ató sus cintas.

No estaba del todo segura de no hallarse cometiendo el peor de los sacrilegios. Pensó en Crises, revistiendo tales ropajes en su intento de seducir a una muchacha inexperta en aras de una lascivia que no podía satisfacer de otro modo; y se preguntó si, por el contrario, ella estaba sirviendo al honor de Apolo, ejecutando lo que era preciso y el dios no hacía.

Las sandalias formaban parte de la indumentaria; sandalias doradas con pequeñas alitas de oro sujetas a los talones. Se las ató, deseando que tuviesen auténticas alas para poder volar sobre el campamento aqueo. En silencio subió a la terraza desde la que se dominaba el campo de batalla y recordó cómo se había alzado allí Crises bajo la apariencia de Apolo para lanzar las flechas de la peste contra los argivos, y también que había gritado con la voz de Apolo.

Los cadáveres de las amazonas yacían envueltos en nubes de moscas. Los caballos habían desaparecido; los aurigas e infantes troyanos que salieron por la mañana se habían retirado tras las murallas de' la ciudad. Aquiles se pavoneaba entre sus propios guerreros, aguardando aparentemente a que alguien acudiera a desafiarlo. ¿No podían advertir sus propios hombres que su jefe había traspasado todos los límites de la cordura y de la decencia? ¡Y sin embargo aún le respetaban y admiraban!

No gritó como Crises; Apolo no le había indicado nada que decir, aunque fuese el dios de la canción. Tal vez alguien compusiera un canto acerca de aquello, pero no sería con sus palabras. Tensó el arco, apuntó con cuidado a Aquiles y soltó la flecha. Cayó un poco corta, pero ahora conocía su alcance. El héroe aqueo no había visto la saeta y continuó su deambular entre los carros. ¿Adónde podía apuntar cuando la armadura de hierro cubría tan completamente su cuerpo? Le observó de la cabeza a los pies hasta ver que, si bien el casco cubría su cara y su pelo, sus pies estaban calzados con unas sandalias que no eran más que un par de finas tiras de cuero. Allí sería entonces. Lanzó la flecha hacia sus pies.

Le alcanzó en un talón desnudo. Evidentemente, no creyó que se tratase de algo más que de la picadura de un insecto, porque le vio inclinarse para apartarlo de un palmetazo; entonces extrajo la saeta y miró a su alrededor para ver de dónde procedía. Uno tras otro, los soldados troyanos alzaron los ojos hacia el templo para ver qué miraban y señalaban los mirmidones de Aquiles. Casandra permaneció inmóvil; probablemente se hallaba fuera del alcance de un arco corriente que, además hubiera tenido que lanzar sus flechas hacia arriba, incluso si alguien hubiese tenido el valor de disparar contra quien podría haber sido el dios. Se sintió invulnerable; pero hubiera hecho lo que decidió, aunque hubiese sabido que sería asaetada bajo el sol cegador del mediodía.

Aquiles aún seguía en pie, mirando hacia el lugar de donde había partido la flecha, aún sin conocer la naturaleza de su herida. Pero al cabo de un tiempo, le vio echarse mano y señalar a su pie para indicar a uno de sus hombres que se lo vendara. Bien, pueden intentarlo, pero sabía que, aunque en aquel instante cortasen su pie, el veneno había penetrado ya en su sangre y Aquiles podía considerarse hombre muerto.

Aún paseó arrogante por el campo durante unos minutos más. Después se tambaleó y cayó. Ahora se hallaba en el suelo entre convulsiones. Estalló la confusión en el campamento aqueo y se alzó un gran grito de rabia y desesperación, no diferente del que se oyó tras la muerte de Patroclo. Abajo, en las murallas de la ciudad desde donde observaban las otras mujeres se alzaron gritos de júbilo y plegarias de agradecimiento a Apolo. Mas Casandra ya había bajad del parapeto y se hallaba en la cámara secreta, devolviendo la máscara y la túnica al cofre que cerró con su llav$_e$" Cuando salió, el pueblo de Troya se agolpaba contra la muralla pugnando por saber lo sucedido.

—Uno de los caudillos aqueos ha muerto —le dijo alguien—. Puede incluso que sea Aquiles. Dicen que el propio Apolo apareció en lo alto de Troya y le alcanzó con sus flechas de fuego.

—¿De verás? —preguntó, con tono escéptico.

Y cuando le repitieron la historia, se limitó a comentar

—Ya era hora.

Desaparecido Aquiles, se extendió por Troya un sentimiento de confianza; todos aguardaban un rápido final de la guerra. No hubo período formal de duelo, ni Juegos fúnebres. Casandra sospechó que entre los aqueos eran pocos los que lamentaban sinceramente la muerte de Aquiles, aunque en torno de la pira fúnebre se alzaron algunos gemidos rituales. Casandra recordó a Briseida, que acudió a Aquiles por su libre voluntad, y se preguntó si la muchacha lloraría al amante que había idealizado. Casi deseaba qué así fuese. Incluso tratándose de Aquiles, no era justo que nadie que le llorase.

Mas Agamenón, que había asumido el mando de todas las tropas aqueas y hasta el de los mirmidones en el combate, parecía no tener duda alguna del resultado último de la contienda. Los aqueos comenzaron a alzar por el Sur un enorme terraplén desde donde poder asaltar la muralla en la parte en que fue afectado por el último terremoto. Pasaron varias horas antes de que los troyanos advirtiesen lo que estaban haciendo. Cuando lo hicieron, Paris envió a todos

lo arqueros de que podía disponer a la parte más alta de la muralla para asaetear desde allí a los soldados. Durante un tiempo considerable los aqueos trabajaron protegiéndose bajo escudos desmesuradamente grandes. Pero corno uno tras otro caían a ritmo más rápido que el de su reemplazo, los jefes argivos renunciaron por fin a su tentativa y retiraron a los trabajadores.

Casandra no había contemplado la pira fúnebre de Aquiles ni la batalla de los arqueros, aunque las mujeres del Señor del Sol la informaron día tras día de su desarrollo. El templo estaba de duelo por la Gran Serpiente y ese período de luto sería muy prolongado. No se hallaban serpientes como aquélla en las llanuras de Troya y habrían de solicitar una del continente, de Colquis o incluso de Creta. Casandra creía, pero a nadie lo comunicó, que la muerte de la Gran Serpiente había sido augurio no sólo de la muerte de Aquiles, que había precedido tan inmediatamente, sino de la caída de Troya que estaba por llegar.

Habló al respecto una noche en el palacio, donde había bajado para ver a su madre.

Hécuba no se había recobrado por completo de la muerte de Héctor. Su apariencia era ahora frágil y desmedrada, sus manos como manojos de sarmientos. No comía y decía siempre: Reservad mi parte para los niños pequeños, los viejos no necesitamos tanto como ellos. Palabras en efecto cuerdas, pero había ocasiones en que Casandra pensaba que la mente de su madre flaqueaba. Hablaba con frecuencia de Héctor pero, al parecer, sin comprender que había muerto; se refería a él como si se hallara en algún lugar sobre la ciudad desde donde observase a los ejércitos.

—¿Qué hacen ahora los aqueos? —preguntó Casandra a Polixena.

—Han cortado muchos árboles a lo largo de la costa y los convierten en tablas. Hablé con la mujer que vende tortas de miel a los soldados aqueos y dijo que tienen el proyecto de construir un gran altar a Poseidón y sacrificarle muchos caballos.

Poseidón favorecería desde luego a esos aqueos si pudieran persuadirlo de que derribase nuestras murallas; y sus adivinos lo saben cuando han convencido a los atacantes para que invoquen a Aquel que Hace Temblar la Tierra.

Se apartó de su hermana y fue a hablar con Helena. Sabía desde hacía tiempo que Paris no la escucharía pero que, a veces, cabía la posibilidad de llegar hasta él a través de su esposa. Helena la acogió tan afectuosamente como de costumbre.

—Regocíjate conmigo, hermana; la diosa se ha apiadado de mi pena y nos enviará otro hijo por los que perdí a consecuencia de los golpes de Poseidón. —Y como Casandra no mostró contento, le rogó—. ¡Oh, alégrate por mí!

—No es que no me alegre por ti —le contestó, con voz pausada—. Mas, ¿resulta cuerdo precisamente ahora? La bella sonrisa de Helena se acentuó. —La diosa nos envía hijos, no cuando queremos sino cuando quiere —dijo—. Pero tú no eres madre y puede que no lo entiendas.

—Sea madre o no, creo que escogería un momento más propicio que el final de un asedio —respondió Casandra—. Aunque eso significase enviar a mi marido a dormir con los soldados en luna llena o cuando el viento sopla del Sur.

—Paris necesita un hijo. No puedo pedirle que acepte a Nikos como heredero, poniendo al hijo de Menelao en el trono de Troya —objetó Helena, ruborizándose.

—No había tenido en cuenta ese problema —dijo Casandra—. Creí que reinaría el hijo de Andrómaca como sucesor de Héctor. ¿Ha decidido Paris, usurpar el trono?

—Astiánax no puede regir Troya con ochos años —dijo Helena—. Mal van las cosas en cualquier país que tenga a un niño por rey. Paris tendrá que gobernar por él durante mucho tiempo, al menos.

—Entonces quizá fuese mejor para Paris no tener un hijo y no sentir así la tentación de derrocar al heredero legítimo. —Helena pareció indignarse, así que Casandra añadió—: Paris tiene ya un hijo de Enone, la sacerdotisa del río, que vivió con él como esposa hasta que llegaste de Esparta. No es justo que se niegue a reconocer a su primogénito.

Helena frunció el entrecejo.

—Paris me ha hablado de ella. Afirma que no está seguro de ser el padre del hijo de Enone.

Casandra vio la expresión de los ojos de Helena y decidió dejar de momento aquel terreno.

—No es de esto de lo que vine a hablar. ¿Hay en el campamento aqueo más caballos de los que precisan para tirar de los carros de Agamenón y de los demás caudillos?

—Lo ignoro. Nada sé de tales cosas —declaró Helena.

Se inclinó sobre la mesa para tocar la mano de Paris y le repitió la pregunta que le había hecho Casandra. Paris la miró fijamente.

—No lo creo —dijo—. Han tratado de capturar caballos de nuestros carros, incluso al precio de abandonar objetos de oro y los propios carros.

Casandra preguntó, con nerviosismo:

—Aunque estén construyendo un altar para Poseidón, no pensarás que van a sacrificar los caballos que tiran de sus propios carros, ¿verdad? Te ruego que pongas bajo doble guardia a todos los caballos de Troya, en cualquier lugar que se hallen sus cuadras.

—Nuestros caballos están a buen recaudo tras las muralla —afirmó despreocupadamente Paris—. Y son tan inaccesibles para los aqueos como si se hallasen en las cuadras del faraón de Egipto.

—¿Estás seguro? Odiseo, por ejemplo, es diestro en maniobras. Recurriendo a algún truco, puede penetrar y robar los caballos.

Paris se limitó a reír.

—No creo que consiguiera franquear nuestras puertas aunque se hiciera pasar por el propio Zeus Tunante. Esas puertas no se abrirán a hombre ni Inmortal alguno. Incluso al rey Príamo o a mí nos sería difícil persuadir a alguien para que las abriera de noche. Y aunque logre entrar de algún modo, ¿cómo crees que podría salir? Si Agamenón quiere sacrificar caballos tendrá que recurrir a los suyos porque no conseguirá los troyanos.

A Casandra le pareció que zanjaba la cuestión con excesiva ligereza, pero no lograría nada con insistir; Paris jamás reconocería la debilidad de sus defensas, especialmente ante su hermana. Sabía que era inútil, pero también que si Paris estaba equivocado, lo pagaría toda Troya; por tanto, insistió:

—Te ruego que, al menos durante cierto tiempo, dobles la guardia de las caballerizas. —Y le repitió lo que Polixena le había contado.

—Hermana —dijo Paris, en tono casi amable—, seguramente tienes mucho trabajo femenino por hacer y no necesitas preocuparte de cómo se desarrolla esta guerra.

Casandra apretó los labios, sin la más mínima duda de que Paris no tendría en cuenta nada de lo que le dijese.

Ella no podía montar guardia junto a los caballos, pero habló con los sacerdotes del templo y éstos accedieron a vigilar las caballerizas reales.

Ya avanzada la noche, se dio la alerta en las murallas v los soldados de Paris, que acudieron prestos, capturaron a media docena de hombres, mandados por el propio Odiseo, cuando abandonaban las cuadras reales. Los guardias que no reconocieron al general argivo, afirmaron que se presentó en las caballerizas con orden sellada por el rey de llevar al palacio

media docena de caballos. Le creyeron mensajero del propio Príamo y le entregaron los caballos sin objeciones. Sólo cuando marchaban reparó uno de los sacerdotes de Apolo en las sandalias aqueas que calzaban, sospechó que se trataba de una estratagema y dio la alarma.

Paris ordenó ahorcar al guardia engañado y cuando Odiseo fue conducido ante él, le preguntó:

—¿Existe alguna razón para que no te cuelgue de la muralla más alta de Troya como el ladrón de caballos que eres?

—En mi tierra, troyano, ahorcamos a los ladrones de mujeres —contestó Odiseo—. Si no nos hubieses demostrado la velocidad a que puedes correr no quedarían de ti ahora más que unos huesos colgados de las grandes murallas de Esparta y ninguno de nosotros habría tenido que dejar su hogar y pelear aquí durante todos estos años.

Príamo, que había dejado su lecho con precipitación, miró a su viejo amigo tristemente y dijo:

—Bien, Odiseo, ya veo que sigues siendo un pirata. Pero no encuentro razón para colgarte. Siempre estamos dispuestos a aceptar un rescate por los cautivos.

—¿Qué rescate quieres? —preguntó Odiseo, dirigiéndose a Príamo e ignorando a Paris.

—Media docena de caballos —contestó Paris.

Odiseo hizo un gesto con la mano.

—Ahí los tienes —dijo.

Paris frunció el entrecejo ante su afrenta.

—Ésos son nuestros. Queremos una media docena de los tuyos.

—¿Eres un impío? —preguntó Odiseo—. Tales caballos han sido consagrados ya a Poseidón. No está en mi mano devolvértelos; pertenecen a El que Hace Temblar la Tierra.

Paris se puso en pie de un salto, dispuesto a asestarle un golpe que Odiseo esquivó con facilidad.

—Príamo, tu hijo carece de los modales de la diploma-

cia. Prefiero tratar contigo. Puedes quedarte con esos caballos si quieres correr el riesgo de irritar con tu mezquindad a Poseidón, El que Hace Temblar la Tierra, pero juré que se los sacrificaría. ¿Crees realmente que favorecerá a Troya si le privas de su sacrificio?

—Si has consagrado esas bestias a Poseidón, suyas son —respondió Príamo—. No soy menos generoso que tú con un dios. Que esos caballos sean pues para Poseidón más media docena de los de tu gente para pagar tu rescate. —Así se haga —declaró Odiseo.

Príamo llamó a su heraldo para que transmitiese un mensaje al ejército aqueo.

Casandra pensó que Agamenón no se sentiría complacido. No le deseaba daño alguno a Odiseo, pese al puesto que ocupaba en las huestes enemigas. Le era imposible dejar de considerar amigo al viejo pirata, como lo había sido durante tantos años. Aún guardaba en uno de sus cofrecillos la magnífica sarta de cuentas azules que entonces le regaló.

Cuando Odiseo partió para disponer la entrega del rescate, Paris dijo a su padre:

—¡Qué locura! ¿Vas a sacrificar realmente esos caballos? ¿Qué son para ti las promesas de Odiseo? ¿No creerás que iba a sacrificarlos?

—Aunque así fuere —manifestó Príamo—, ¿qué perdemos con eso? También nosotros necesitamos de la buena voluntad de Poseidón y conseguiremos media docena más por el rescate de Odiseo.

—No me parece que hagan al dios la mitad del bien que harían a nuestros ejércitos —objetó aún Paris.

Pero cuando Príamo decidía algo, no cabía oponerse. A la mañana siguiente, los caballos fueron sacrificados ante las murallas de Troya. Casandra contempló la matanza, preocupada. Príamo carecía de fuerza. Recordó tales sacrificios en su niñez, cuando su padre poseía vigor bastante para cortar de un solo tajo la cabeza de un toro. Ahora sus manos temblorosas apenas eran capaces de empuñar el hacha, y se limitó a bendecir el arma. Un sacerdote fuerte y joven la tomó en sus manos y completó el sacrificio, entonando invocaciones a El que Hace Temblar la Tierra.

Cuando estaba mediado el sacrificio y cayó al suelo el sexto caballo, percibió un ligero ruido como un trueno

muy lejano y vibró levemente la tierra bajo sus pies. ¿Un presagio? se preguntó. ¿O sólo era una muestra de que Poseidón aceptaba su sacrificio?

Apolo, Señor del Sol, imploró, ¿No puedes salvar, a esta ciudad que ha sido tuya durante tan largo tiempo, aunque se la quitaras a la Madre Serpiente?

El resplandor del sol hirió con fuerza sus ojos y la voz que tan bien conocía pareció resonar en sus oídos como el lejano rumor del oleaje.

Ni siquiera yo, hija, puedo oponerme a lo que el Tonante ha decretado. Sucederá lo que ha de suceder.

Prosiguió el sacrificio, pero ella no se quedó a contemplarlo. ¿De qué servía rendir homenaje a Poseidón si él se hallaba sometido al Tonante, que no es un dios mío ni dios de Troya, y obligado por éste a destruir al pueblo que se lo rendía. Apolo tendría que presenciar impotente el aniquilamiento de la ciudad, su propia ciudad, a manos de El que Hace Temblar la Tierra.

¿A qué sacrificar y suplicar a los Inmortales si todo estaba ya decidido? El reto se revolvía en su interior, jamás sofocado por completo, el viejo grito aún sin respuesta: ¿De qué sirven estos dioses?

Le pareció que, por encima de la ciudad, como anteriormente había contemplado en una visión, dos poderosas figuras, revestidas de nubes y tormentas, pie contra pie como luchadores, contendían lanzándose rayos y truenos. El estruendo pareció resonar a través de su conciencia. Se tambaleó con los ojos puestos en los dos Inmortales que combatían.

Luego se desplomó, pero perdió el sentido antes de tocar el suelo.

Cuando volvió en sí, se halló tendida con la cabeza apoyada en el regazo de su madre.

—No deberías haberte expuesto al sol del mediodía —le reprendió cariñosamente Hécuba—. No está bien perturbar los sacrificios.

—Oh, no creo que a los dioses les importe gran cosa —respondió Casandra, incorporándose, pese al agudo dolor que sentía entre los ojos—. ¿No te parece?

Pero, al notar un ligero asombro en el semblante de su madre, tuvo la impresión de que la reina no comprendía lo que le estaba diciendo, y de que ella misma tampoco estaba segura de entenderlo.

—Lo siento, no pretendía faltar al respeto a los dioses. Todos estamos aquí para honrarlos, pero, ¿crees que se sentirán obligados a devolvernos la cortesía?

Mas todo lo que vio en los ojos de Hécuba fue la antigua mirada, la mirada que decía: No te entiendo.

—En nombre de todos los dioses, ¿qué es lo que están haciendo ahí fuera? —preguntó Helena.

—Polixena oyó que estaban construyendo un altar para Poseidón —explicó Casandra.

Abajo, en el espacio abierto que había sido durante tanto tiempo campo de batalla, parecía que todos los soldados aqueos arrastraban maderos y, bajo la protección de una auténtica muralla de escudos revestidos de cuero y enlazados, martilleaban y serraban frenéticamente.

—Sus sacerdotes trazaron los planos —dijo Crises, que se había acercado a las mujeres.

También acudió Paris, quien se inclinó para besar la mano de su madre.

—No se parece a altar alguno que yo haya visto. Más bien se me antoja una especie de máquina de sitio. Mirad; si la construyen alta, podrán lanzar sus flechas contra la muralla e incluso descender sobre la ciudad como quien toma una nave al abordaje.

Hécuba mostró preocupación en el tono de su voz, al preguntar:

—¿Has hablado ya con Héctor acerca de eso?

Paris inclinó la cabeza y se apartó, pero no antes de que Casandra reparase en las lágrimas que llenaban sus ojos.

—¿Cómo soportar que hable así? —murmuró él.

—La cuestión no es cómo podemos soportarlo, sino que ella lo padezca —replicó Casandra—. Tú, al menos, puedes salir e intentar vengar los males que han infligido a nuestra madre y que están acabando con nuestro padre. Dime, ¿es posible que construyan eso hasta una altura que les permita entrar en la ciudad?

—Lo es, pero no lo lograrán mientras yo viva —contestó Paris—. Reuniré a los aurigas y arqueros que nos quedan.

Besó a Helena y descendió por la escalera. Poco después oyeron el grito de batalla, cuando Paris y los carros disponibles se lanzaron a una endiablada velocidad contra la edificación, enviando nubes de flechas que casi llegaron a oscurecer el cielo. Aquella carga salvaje derribó una esquina de la estructura, que se vino abajo con gran estruendo; seis hombres se desplomaron entre alaridos.

Los soldados aqueos emprendieron la huida, perseguidos muy de cerca por los carros troyanos. Cuando parecían resueltos a llegar hasta las naves, Paris dio el alto y regresó a la construcción que había quedado abandonada. Halló un barril de pez en el lugar y, derramándolo en torno, le prendió fuego. Mientras ardía, los troyanos oyeron los gritos de Agamenón que trataba inútilmente de reunir a sus hombres. Los soldados de Paris regresaron a la ciudad antes de que Agamenón pudiese iniciar un contraataque.

Los que habían observado lo sucedido desde las murallas profirieron voces de júbilo. Era la única batalla que habían ganado claramente desde el incendio de las naves aqueas. Paris acudió y se arrodilló ante Príamo.

—Si quieren construir un altar a Poseidón, no lo alzarán en suelo troyano.

—Bien hecho —dijo Príamo, abrazándolo con cariño.

Helena acudió a despojarlo de su armadura.

—Estás herido —declaró al ver el gesto que hacía cuando retiró uno de los cubrebrazos.

—De flecha. Pero no ha llegado al hueso.

—Casandra —le rogó Helena—. Ven a ver esto, ¿qué te parece?

Casandra se acercó y levantó la manga de Paris. Era una herida superficial, una pequeña depresión justo por encima del codo. Purpúrea e hinchada, ya se había cerrado tras dejar escapar una o dos gotas de sangre.

—No creo que sea grave —anunció—. Pero habría que lavarla con vino y curarla con agua caliente y hierbas. Cuando una perforación se cierra demasiado pronto, puede tener malas consecuencias. Es preciso mantenerla abierta y hacer que sangre bien para que se limpie.

—Tiene razón —añadió Crises, trayendo una botella de vino que empezó a verter sobre la herida.

Paris se apoderó de la botella.

—Lástima de vino —dijo, llevándosela a los labios: pero tras beber, hizo un gesto de desagrado—. ¡Uf, qué mal sabor tiene! Tal vez sirva para lavarme los pies.

Crises se encogió de hombros.

—En el templo del Señor del Sol hay mejor vino para beber, príncipe Paris. Éste es de mala cosecha y se emplea para limpiar heridas. Ven conmigo y te daré de una cosecha mejor mientras te atiendo.

—Más vale que vayas a nuestras habitaciones del palacio y allí te curaré —dijo Helena—. Ya has peleado bastante por hoy y no hay nadie a quien combatir.

—No —repuso Paris, acercándose a la muralla—.He oído a Agamenón. Ha reunido a algunos de sus arqueros para atacarnos. Hemos de bajar cuando eso ocurra. Se dice, Helena, que paso demasiado tiempo en tus habitaciones; y estoy cansado de tener fama de cobarde. Véndame el brazo con tu pañuelo y deja que me vaya.

Se puso de nuevo la armadura sobre la herida y bajó la escalera. Pronto le oyeron gritar a sus hombres.

—¿Por qué tiene que padecer un maldito ataque de heroísmo precisamente ahora? —se quejó Helena—. ¿Crees que el dios se irritará por el incendio si fuese verdaderamente un altar para Poseidón?

—No veo qué otra cosa podrían haber hecho, tanto si el dios se irrita como si se queda indiferente —dijo Casandra—. Quizá se acuerde El que Hace Temblar la Tierra de los magníficos caballos que le hemos sacrificado gracias a Odiseo.

—Confío en que esa herida no le estorbe para cabalgar ni para lanzar flechas —manifestó Helena—. Cuando vuelva, si sobrevive a esta carga, lo llevaré para que sea atendido por el mejor de los curanderos.

—Enviaré al palacio a los sacerdotes curanderos más diestros —afirmó Crises, que partió sin demora colina arriba.

Casandra observó la carga; Paris luchaba como un loco, como si el propio dios de la guerra alentase en él. Perdió la cuenta del número de soldados aqueos que abatió y dejó ensangrentados en el suelo.

—Jamás le vi pelear así antes —dijo Helena.

Reza para que no vuelvas a verle de ese modo, pensó Casandra.

—Tal vez la herida sea tan leve como afirma. No parece afectarle.

—Cabalga como el propio Héctor —declaró Príamo, contemplándole desde la muralla—. Todos hemos sido injustos con ese muchacho, juzgándole menos heroico que su hermano.

Helena cerró los ojos cuando una espada descendió sobre Paris. Paró el golpe en el preciso momento en que parecía que iba a separar la cabeza de sus hombros. Fue la última estocada. Un momento después los hombres de Agamenón se dispersaron y corrieron como si no pensaran en detenerse hasta llegar a sus naves. Paris gritó, al parecer dispuesto a perseguirles hasta el mar, pero al poco rato retiró a sus hombres.

—Si queda algún buey, que lo maten para la cena de los hombres —dijo a Hécuba cuando subió por la escalera para reunirse con las mujeres, que le aguardaban—. Jamás vi un combate semejante.

Helena se apresuró a abrazarle.

—¡Gracias sean dadas a Afrodita por haberte conservado con vida!

—Sí, continúa cuidando de nosotros. No te trajo a Troya para abandonarnos ahora.

Paris observó las cenizas de la construcción que habían tratado de levantar los aqueos.

—Si está dedicada a algún dios, pido que me perdone. Ahora, si encuentras a ese curandero, Helena, me alegrará que me preste sus buenos oficios. Me duele el brazo.

Mientras se dirigía al palacio se apoyó en ella y Casandra le miró horrorizada.

—Mejor será que vayas con él —dijo Crises, a quien Casandra había oído regresar—. Eres tan buena curandera como cualquiera del templo del Señor del Sol.

Casandra no estaba segura al respecto pero no supo cómo decirlo.

—Miraste la herida más atentamente que yo. Sabes lo mala que es. No me gusta ese tipo de heridas, aunque en apariencia carezcan de importancia.

Corrió hacia las habitaciones de Paris y Helena sólo para que se le dijera que no se necesitaban sus servicios.

La noche fue tranquila, pero por la mañana estaba levantado de nuevo el andamiaje y los aqueos martilleaban y serraban como si no hubieran sido interrumpidos.

—Volveremos a hacer lo de ayer —afirmó Deifobo que había acudido aquella mañana a visitar a Príamo—. ¿En dónde se halla hoy el regalo de Afrodita a las mujeres? ¿Todavía oculto tras las faldas de Helena?

—Calla —repuso ásperamente Príamo—. Fue herido ayer; quizás esté peor o se haya enfriado.

Llamó a uno de sus jóvenes mensajeros y le ordenó:

—Ve a buscar al príncipe Paris y pregúntale por qué no está aquí con su ejército.

—Vaya herida —dijo con desdén Deifobo—. La vi; un arañazo de gato, o más probablemente un mordisco amoroso.

El muchacho partió corriendo y regresó pálido. Se inclinó ante Príamo y declaró:

—Señor, Helena pide que acuda la sacerdotisa Casandra para ver la herida de su hermano. Dice que ella no tiene poder para curarla.

—Padre —solicitó Deifobo—. ¿Me das permiso para sacar los carros y perseguir a esas hormigas como hizo Paris ayer?

—Ve —le autorizó Príamo—. Pero cuando Paris esté curado le entregarás el mando de nuevo; nada de lo suyo te pertenece.

—Veremos —dijo Deifobo.

Y partió tras despedirse de Príamo.

Casandra bajó al palacio. Cruzó las salas que aquella mañana le parecieron húmedas, frías y silenciosas, incluso con retazos de niebla marina en el aire. En las estancias reservadas a Helena y Paris, éste, medio vestido y muy pálido, yacía sobre un jergón, murmurando. A su lado, Helena, trataba de lavar la herida con agua caliente, perfumada con hierbas. Se puso en pie de un salto y acudió a Casandra.

—Doy gracias a Afrodita por haberte traído. Tal vez te escuche porque a mí no quiere hacerme caso.

Casandra se acercó y retiró el velo con el que había sido cubierta la herida. Toda la parte superior del brazo estaba muy hinchada; la perforación seguía obstinadamente cerrada y rezumaba un líquido claro. El brazo había cobrado un tono purpúreo con trazos rojizos que se extendían hasta la muñeca.

Casandra contuvo el aliento. Jamás había visto una herida de flecha como aquella.

—¿La han examinado los sacerdotes de Apolo?

—Anoche vinieron dos veces. Me dijeron que la lavase con agua caliente y que probablemente habría que cauterizarla. Pero no he tenido valor para hacerle pasar por eso cuando no pudieron prometerme que lo curaría. En la última hora parece haber empeorado y ya no me conoce.

Hace unos pocos minutos gritaba a los criados que le trajeran su armadura y los amenazó con pegarles si no le ayudaban a levantarse y a ponérsela.

—Esto no tiene buen aspecto —dijo Casandra—. He visto curar heridas peores pero...

—¿Debo dejarlos que la quemen?

—No. De haber estado yo aquí, les habría dicho que la tratasen con vino y aceite de oliva. A veces sé que resulta eficaz un emplasto de pan mohoso y de telarañas para limpiar una herida de perforación. Los curanderos tienen harta afición a emplear sus cauterios. Anoche quizás hubieran podido abrirla para que sangrase mejor, pero nada más. Ahora es demasiado tarde. La infección se ha afirmado y vivirá o morirá. Pero no desesperes —añadió rápidamente—. Es joven y fuerte y, como te dije, he visto curar heridas peores.

—¿No se puede hacer nada? —inquirió Helena, con desesperación—. Tu magia...

—No poseo magia curativa alguna —declaró Casandra—. Pero rezaré. No puedo hacer más.

Dudó un momento y añadió:

—Enone, la sacerdotisa del río... era diestra en magia curativa.

Helena vislumbró una esperanza.

—¿No puedes llamarla? —imploró nerviosamente—. ¡Suplícale que venga y le cure! Que pida lo que quiera y será suyo, lo prometo.

Pero ya le has quitado lo único que ella deseaba, pensó Casandra.

—Le enviaré un mensajero pero no puedo asegurar que venga.

—¿Cómo podría ser tan cruel para negar su ayuda si con ella evitaría su muerte, habiéndolo querido tanto?

—No lo sé, Helena. Abandonó el palacio muy resentida con él.

—Si es preciso, yo, reina de Esparta, me arrodillaré ante ella con los cabellos cubiertos de ceniza. ¿Debo ir pues en busca de Enone?

—No, la conozco. Iré yo. Mientras tanto ora y haz sacrificios a Afrodita, que te favorece con su protección.

Helena la abrazó con fuerza.

—Casandra, ¿supongo que no me desearás ningún mal?

Son tantas las mujeres de Troya que me odian. Puedo verlo en sus ojos, advertirlo en sus voces...

La voz de Helena parecía casi la de un niño que suplicara y Casandra le acarició cariñosamente la mejilla. —Sólo te deseo bien, Helena. Lo juro. —Pero cuando llegué a Troya lanzaste una maldición contra mí...

—No —dijo—. Sólo profeticé que nos traerías desgracias. El hecho de que yo viese el daño no significaba que lo causara. Fue obra de los Inmortales y no mía más que tuya. Nadie escapa a la mano del destino. Iré ahora a las fuentes del Escamandro, hallaré a Enone y le imploraré que venga y cure a Paris.

Crises la saludó cuando abandonaba el palacio, y Casandra le miró sorprendida.

—Creí que a estas horas te hallarías en una nave rumbo a Creta o a Egipto. ¿Por qué no te has ido?

—Es posible que pueda hacer algo por la ciudad que me acogió o por Príamo que ha sido mi rey —dijo Crises—, o incluso por ti. ¿Quién sabe?

—No deberías quedarte por mí. Me alegraría que te hallases a salvo cuando ocurra lo que ha de ocurrir.

—Nada deseo —replicó con voz extrañamente serena—, excepto que sepas, antes de que llegue el final para todos nosotros, que mi amor por ti es verdadero y desinteresado, que no quiero más que tu bien. £50 es cierto, pensó Casandra.

—Te creo, amigo mío, y te ruego que te pongas a salvo tan pronto como puedas. Alguien debe recordar y contar la verdad sobre Troya a los que vengan después. Me inquieta que, a través de las leyendas, los hijos de nuestros hijos lleguen a creer que Aquiles fue un gran héroe o un hombre bueno.

—No es posible que nos dañe ni tampoco que a Aquiles le beneficie lo que digan o canten en tiempos futuros. Sin embargo, si sobrevivo, juro que diré la verdad a todo el que quiera saberla.

Casandra subió rápidamente al templo del Señor del Sol y se despojó de su traje ceremonial. Se puso una túnica oscura y usada con la que podría pasar inadvertida, calzó fuertes sandalias de cuero y recogió un pesado manto para protegerse del viento o de la lluvia. Luego salió por el portillo derruido y tomó el camino del monte Ida, a lo largo del menguado cauce del Escamandro. Lo que fue vereda se había convertido en vía frecuentada. Eran muchos los hombres y los caballos que pasaban por allí. Y las aguas que antaño corrían rápidas y limpias ahora parecían fangosas y turbias. La última vez que hizo aquel camino las aguas eran claras y en el sendero casi no se veían huellas. ¿Cuántos años hacía de eso?

Incluso ahora, de haber sido menos urgente y acuciante su propósito, habría disfrutado del viaje. El sol se había ocultado tras las nubes. Las copas de los árboles que cubrían las colinas se perdían entre la bruma, y unos vientos suaves anunciaban lluvia y probablemente tormenta. Prosiguió a buen paso pero, aunque era fuerte, la cuesta pronto se hizo tan empinada que tuvo que detenerse a descansar, puesto que le faltaba el aliento. A medida que ascendía, lo que había sido río se trocaba en arroyo de aguas cristalinas. Ningún hombre o caballo había contaminado el sendero o el agua. Se arrodilló y bebió porque, a pesar de las nubes y del viento, hacía calor.

Al fin llegó al lugar en donde manaba con fuerza el agua de la roca, protegida por una imagen tallada del Padre Escamandro. Tiró de la campana para llamar a las potámides; y cuando apareció una joven, le preguntó si podía ver a Enone.

—Creo que está aquí —le contestó—. Su hijo se halla enfermo con liebres estivales; ella no bajó con las demás a las fiestas del esquileo.

Casandra había olvidado que la época del esquileo estaba ya próxima.

La muchacha se marchó y Casandra se sentó en un banco, cerca de la fuente, y disfrutó del silencio; cuando Miel fuese mayor tal vez podría enviarla a este lugar para que sirviera entre las potámides del dios. Un sitio agradable para que allí creciese una niña... quizá no tanto como cabalgar con las amazonas, pero aquello ya no era posible. Casandra empezó a comprender que apenas había comenzado a sentir pena por la muerte de Pentesilea. Había estado tan afanada en la venganza y después con otras muertes que tuvo que apartar a un lado su pesar hasta cuando dispusiera de tranquilidad para llorarla.

Pasará mucho tiempo antes de que pueda llorar a mi hermano, pensó, y a renglón seguido se preguntó por qué se le había ocurrido aquello.

Oyó pasos tras ella y se volvió. Al principio apenas pudo reconocer a Enone. La muchacha esbelta se había trocado en una mujer alta y corpulenta, de grandes pechos y profusos rizos

que se enroscaban en torno de su cuello. Sólo los ojos en hondas órbitas eran los mismos; pero, aun así, Casandra dudó antes de pronunciar su nombre.

—¿Enone? Me ha costado trabajo reconocerte.

—Ninguna de las dos somos tan jóvenes y bonitas como fuimos antaño —dijo Enone—. Eres la princesa, sin duda... ¿Casandra?

—Sí —contestó—. Supongo que también yo he cambiado.

—Es cierto —declaró Enone—. Aunque sigues siendo bella, princesa.

Casandra esbozó una sonrisa.

—¿Cómo está el hijo de mi hermano? Me han dicho que se hallaba enfermo.

—Oh, nada serio, simplemente uno de esos pequeños trastornos que sobrevienen a los niños en verano. Se recuperará en uno o dos días. ¿Pero cómo puedo servirte?

—No he venido por mí —dijo Casandra—, sino por mi hermano Paris. Está muriéndose, de un flechazo y tú eres diestra en curar. ¿Vendrás?

Enone enarcó las cejas.

—Casandra, para mí tu hermano murió el día en que abandoné el palacio y no pronunció una sola palabra para reconocer a su hijo —afirmó—. Ha estado muerto para mí todos estos años. No siento ahora deseo de resucitarle.

Casandra supo en su corazón que debía haber esperado tal respuesta, que no tenía derecho a llegar hasta allí y solicitar nada de Enone. Inclinó su cabeza y se levantó.

—Puedo entender tu amargura —dijo—. Y sin embargo... él está muriéndose. ¿Es posible que siga siendo tan grande tu rencor para mantenerlo frente a la muerte?

—¿Muerte? ¿No crees que fue como la muerte para mí que me apartara de su vida sin una palabra, como si fuese una prostituta barata de las calles de Troya? ¿Y que no haya tenido durante todos esos años ni una palabra para su hijo? No, Casandra. ¿Me preguntas si es tan grande mi rencor? Aún no has empezado a saber nada de mi rencor y no creo que quieras saberlo. Vuelve a tu palacio y llora a tu hermano como yo le he llorado todos estos años. —Su voz se endulzó—. Mi rencor no se dirige a ti; siempre fuiste amable conmigo y así también se comportó conmigo tu madre.

—Si no vienes por Paris o por mí —suplicó Casandra—, ¿no vendrás tampoco por mi madre? Ha perdido a tantos hijos...

Su voz se quebró y se mordió los labios, no queriendo llorar en presencia de Enone.

—Si representase diferencia alguna... —empezó a decir Enone—. Pero ahora, con la ciudad en manos de un dios encolerizado... Ah, ¿te sorprende que lo sepa? También yo soy sacerdotisa. Vuelve a la ciudad y cuida de tu hija... Envíala a lugar seguro, si puedes; no hay mucho tiempo. No odio a la reina espartana pero nada me es posible hacer por Paris. Cuando me abandonó, ultrajó al Padre Escamandro, que es el propio Poseidón.

A Casandra nunca se le había ocurrido antes que el dios del río, Escamandro, fuese una advocación de Poseidón, El que Hace Temblar la Tierra. Pero Paris olvidó a la sacerdotisa del dios del río por la hija de Zeus Tonante y había osado juzgar en una controversia entre Inmortales, abandonando a los dioses de su propio país para servir a la Afrodita aquea.

—No soy culpable de su muerte —prosiguió Enone—. Su destino está en sus manos, como el tuyo y el mío está en las nuestras. Que los dioses te protejan, Casandra.

Alzó la mano en un gesto de bendición y Casandra se encontró descendiendo por la colina, mientras se sentía como una campesina expulsada de la presencia real.

Cuesta abajo, el retorno fue más breve que la ida. Cuando por fin llegó al palacio, oyó los gemidos. Paris había muerto. Pese a sus palabras de ánimo a Helena, estaba segura de que no podría sobrevivir mucho tiempo a tal herida.

Salió a la terraza para observar la planicie en donde los ejércitos aqueos se afanaban en la construcción. Entonces pudo ver la silueta imprecisa de lo que el andamiaje envolvía. Allí se alzaba enorme, tosca e inconfundible la figura de un caballo de madera.

Así que éste es su altar, pensó, la forma misma del propio

Poseidón, El que Hace Temblar la Tierra. ¿Creen que ese caballo coceará hasta derribar las murallas de Troya o que atraerá al dios para que las derribe?

Luego, sin saber por qué, fue presa de temblores violentos; de tal intensidad, que hubo de envolverse en el manto a pesar de la fuerza del sol. Se debieron al terror que le produjo, aunque desconociera la razón, aquella figura del caballo o del dios.

Incluso antes de que se celebraran las exequias de Paris, Deifobo se presentó ante Príamo y solicitó el mando de los ejércitos tróvanos. Cuando Príamo protestó, dijo:

—¿Qué otra opción tienes? ¿Hay alguien más en la ciudad salvo, quizás, Eneas? Y no pertenece a la casa real de Troya ni tampoco es troyano por su cuna.

Príamo se limitó a dirigir la vista al suelo, confuso.

—¿Te gustaría tal vez entregar los ejércitos a tu hija Casandra, que fue antaño amazona? —preguntó Deifobo, sarcástico.

Por vez primera desde la muerte de Héctor, Hécuba habló con voz clara y casi fuerte.

—Mi hija Casandra no mandaría los ejércitos de Troya peor que tú. Fuiste un niño cruel y codicioso y eres ahora un hombre arrogante y codicioso. Mi señor y rey Príamo, te ruego que busques a algún otro para que mande las fuerzas de Troya, o nos sucederá lo peor a todos nosotros.

Pero todos sabían que no había otro. Ninguno de los hijos de Príamo que quedaban con vida tenía edad o experiencia suficientes para dirigir los ejércitos. Cuando fue convocado ante las tropas y Príamo le otorgó formalmente el mando, Deifobo anunció:

—Sólo aceptaré el mando si se me otorga como esposa a Helena, la viuda de Paris.

—Estás loco. Helena es legítima reina de Esparta, no un botín que pase de un hombre a otro como una concubina.

—¿No? —preguntó Deifobo—. ¿No has tenido ya bastantes problemas de los que puede causar una mujer cuando se le deja elegir al hombre con quien compartir su lecho? Se casará conmigo y estará satisfecha de hacerlo. ¿No es cierto, Helena? ¿O preferirías volver con Menelao? Yo podría arreglar eso, si lo prefieres.

Casandra advirtió que Helena se estremecía, pero ésta se limitó a decir a Príamo en voz alta:

—Me casaré con Deifobo si así lo deseas, señor.

Príamo pareció turbado.

—Si existiera otro recurso, no te pediría eso, hija.

Helena se arrojó en los brazos del anciano.

—Basta con que sea eso lo que quieres de mí, padre.

La abrazó cariñosamente y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Te has convertido en un miembro de nuestra familia, hija. No hay más que decir.

—Pues si todo está acordado —dijo Deifobo, casi a gritos—, que dispongan el festín nupcial.

—¿Es éste tiempo para festejar, con Paris muerto y aún insepulto? —protestó Hécuba.

—Puede que después no haya lugar —insistió Deifobo—. ¿O es que voy a ser el único entre los hijos de Príamo cuya boda no se festeje y honre?

—Poco es lo que hay que honrar aquí —comentó Príamo, en voz baja.

Sólo Hécuba y algunas de las mujeres le oyeron. Sin embargo, llamó a los criados y les ordenó que abriesen las bodegas, que mataran y asaran un cabrito y preparasen otros alimentos para la comida.

Casandra fue con las mujeres de palacio, entre las que figuraba la madre de Deifobo, a recoger frutas ya maduras y colocarlas en fuentes. Coincidía con Hécuba en que no era momento para fiestas, pero si la boda tenía que celebrarse, sería mejor que pareciera un asunto de elección y no de coacción. ¿Por qué había de oponerse ella cuando Helena lo aceptaba?

Pese a todos los manjares y a los músicos apresuradamente llamados, las nupcias no fueron alegres. El conocimiento de que Paris yacía muerto arriba llenaba de tristeza todo el palacio. Mucho tiempo antes de enviar al lecho a la novia y al novio, Casandra se excusó y partió. Contemplando desde arriba las luces, pensó que quizá los humildes de Troya, que disfrutaban de los víveres y del vino enviados del palacio de Príamo, creyeran que se trataba de una auténtica fiesta. Si criticaban a Helena era sólo por la facilidad con que se acomodaba a un nuevo matrimonio cuando aún había que enterrar a su marido. Que disfruten, pensó. Tal vez no les quede mucho tiempo para hacerlo.

Las exequias de Paris se celebraron a la mañana siguiente en presencia de Helena, majestuosa y pálida, y de su hijo Nikos, de nueve años, muy serio a su lado. Había insistido en que le cortasen el pelo en señal de duelo.

—Sé que no era mi padre —dijo—, pero fue el único padre que conocí y se mostró cariñoso conmigo.

Sus esfuerzos por no llorar, destrozaron el corazón de Casandra.

Una vez terminadas las ceremonias, con un suspiro de alivio, Deifobo declaró apresuradamente:

—Ahora que hemos concluido, bajaremos y nos ocuparemos de ese caballo como lo hizo Paris. Necesitaremos un buen barril de pez hirviendo o de resina de pino y unas cuantas flechas incendiarias. Pronto acabaremos con él. ¿Qué te parece, esposa?

La voz de Helena fue apenas audible.

—Debes hacer lo que creas mejor, esposo.

Se mostraba sumisa y mansa, como cualquiera de las mujeres de los soldados troyanos, sin apenas rastro de la belleza que le otorgó la diosa y que todos creyeron eterna. Las palabras eran también respetuosas, las mismas que podía haber dicho a Paris; pero Casandra pensó que, con aquella sumisión, estaba burlándose de él. Deifobo no parecía creerlo así; la miró con satisfacción y placer. Ahora tenía lo que siempre había envidiado: la esposa de Paris y el poder de Paris. Si aquel matrimonio había proporcionado felicidad al menos a una persona, no era del todo malo.

Pero a Andrómaca no se le había exigido nada semejante. Se le otorgó el tiempo necesario para llorar a Héctor. ¿Por qué tenía que negársele a Helena el mismo privilegio?

Pero Helena había actuado para mostrar a todas las mujeres que podían hacer lo que ella había hecho, y ellas deberían mostrarse agradecidas y también admirarla.

Deifobo estaba reuniendo a sus aurigas, para examinar rápidamente con ellos la estrategia que seguirían. Casandra vio cómo Helena se despedía de él y le recomendaba que tuviese cuidado en la batalla, exactamente como había hecho con Paris.

¿Sería que Helena estaba tan acostumbrada a plegarse a la voluntad de un hombre que le era indiferente la identidad del mismo? ¿O se hallaba tan anonada por la pena que no le importaba nada más? Si yo hubiese amado a alguien como ella amó a Paris v me lo hubieran arrebatado... Quiero mucho a Eneas pero cuando se aleja de mí sigo siendo yo misma. Si él tuviera que morir en vez de dejarme para volver al lado de Creusa, lloraría su muerte, inconsolable, pero no me destrozaría como la muerte de Héctor ha destrozado a Andrómaca. ¿Lloraba Andrómaca a Héctor o sólo la pérdida del lugar que le confería ser la esposa de Héctor?

Los aurigas se lanzaron a la carrera, a través de los soldados que retiraban el andamiaje en torno del monstruoso caballo de madera; éstos se dispersaron y huyeron por todas partes mientras una docena caían bajo las ruedas de los carros. Había en el aire un extraño olor acre que Casandra no pudo identificar. Cuando los aurigas se aproximaron al Caballo lanzaron sus flechas de fuego, pero éstas no incendiaron la figura.

Los soldados de Agamenón los atacaron desde el escondite que les ofrecía el andamiaje. Los troyanos lucharon con bravura, pero se vieron obligados a retirarse en sus carros hasta las murallas. Cuando se abrieron las puertas para dejarlos pasar, se entabló un combate. Era preciso impedir que los hombres de Agamenón y una multitud de los mirmidones de Aquiles, ahora acéfalos, penetrasen en las calles de Troya. Unos pocos lograron abrirse paso pero fueron abatidos en las callejuelas y los hombres de Deifobo lograron cerrar las puertas.

—Parece que volveremos a tener un asedio —declaró Deifobo—. Hay que evitar a cualquier precio que entren en la ciudad, lo que significa que estas puertas no se deben volver a abrir. Lo malo es que esa monstruosidad de allá afuera nos priva de ver lo que pasa en su campamento y en la llanura. Ni siquiera podemos quemarla; la han impregnado con algo que la hace incombustible, quizás una mezcla de vinagre y alumbre. Puede que haya sido un error quemar antes el andamiaje; les previno de que-eso sería lo primero que trataríamos de lograr.

—¿No será un acto sacrílego si representa a nuestro dios Poseidón? —preguntó Hécuba

—Yo lo quemaría primero y después haría las paces con

El que Hace Temblar la Tierra —contestó Deifobo—. Pero

ahora no arderá.

—¿Y es completamente imposible quemarlo? —preguntó Príamo.

—Haré cuanto pueda —dijo Deifobo—. Intentaremos lanzar flechas untadas de pez y confiar en que se prendan. Sigo preguntándome si habrán puesto ahí esa cosa para darnos algo en qué pensar y no podamos advertir lo que están haciendo en otro lugar, como tratar de abrir un túnel bajo las murallas por el lado de tierra o ascender hasta el templo de la Doncella y atacarnos desde allí.

—¿Crees que lo conseguirían? —preguntó Hécuba, temerosa.

—Seguro estoy de que lo intentarán. Bien atentos hemos de estar a todos los trucos que esté tramando ese maestro de bribones, Odiseo, distrayendo nuestros ojos y nuestras mentes con esa maldita cosa de allí.

Miró con odio al Caballo y alzó el puño en su dirección. La imagen del Caballo de madera deambuló aquella noche por los sueños de Casandra. En una pesadilla cobró vida, encabritándose como un garañón y pateando el suelo. Luego coceó, y la fuerza de sus poderosos cascos derribó la puerta principal de Troya mientras del Caballo surgía un ejército que asolaba las calles. Su cabeza se alzaba negra, como la de un dragón, sobre las llamas que consumían la ciudad. Cuando se despertó, tan vivido le parecía el sueño que, sin echarse nada sobre su camisa de noche, salió a la terraza y contempló la llanura. Allí estaba como antes, sólido e inmóvil a la pálida luz de la luna, el Caballo de madera. No era ni siquiera tan grande como le había parecido en su sueño. Es tan sólo algo de madera y pez, pensó, tan inofensivo

como la imagen que se alza junto al Escamandro. Ante el Caballo ardían unas pálidas antorchas. ¿En homenaje a Poseidón? Recordó la visión en la que contempló a Apolo y a Poseidón contendiendo por la ciudad y acudió al templo para arrodillarse y rezar.

—Apolo —imploró—. ¿No puedes salvar a tu pueblo? Y si no puedes, ¿por qué te llaman dios? Y si puedes y no quieres, ¿qué clase de dios eres?

Y luego, aterrada ante su forma de orar, huyó del templo. Fue de súbito consciente de haber formulado la última pregunta que cualquiera haría a un dios y la única que jamás tendría respuesta. Por un momento temió haber blasfemado; después reflexionó: Si no es un dios o no es bueno, no existió tal blasfemia. De él se dice que ama la Verdad y, si no la ama, todo lo que me han enseñado es falso.

Pero si no es un dios, ¿qué es lo que yo vi, luchando por la ciudad? ¿Qué fue lo que se apoderó de trises o de Helena?

Si los Inmortales son peores que el peor de los hombres, mezquinos, despreciables y crueles, sean quienes fueren, no son dignos de que la humanidad los venere. Se sintió desolada; había consagrado gran parte de su vida a una intensa pasión por el Señor del Sol. No soy mejor que Helena; opté por amar a un dios que no es mejor que el peor de los hombres.

Volvió a la terraza y permaneció allí, petrificada por el horror mientras el sol se alzaba por última vez sobre la ciudad condenada.

Ante ella se extendía la llanura de Troya a las primeras luces de la mañana. Dentro de la ciudad nadie se movía; afuera, unas cuantas antorchas brillaban débilmente en el alba.

El silencio era absoluto. Incluso la lejana línea del mar, más allá del terraplén aqueo, parecía serena e inmóvil como si la misma marea hubiese dejado de acosar a la tierra. El resplandor rojizo del cielo era cual el de lejanas llamas que devorasen la luz tenue de la luna en su ocaso. Otra vez, como en sus sueños, el Caballo de madera ante las murallas pareció encabritarse y golpear con sus monstruosos cascos a la ciudad.

Gritó, oyendo su propia voz extinguirse inaudible en su garganta, y entonces gritó de nuevo contra el silencio hasta que por fin percibió su voz como si estuviesen desgarrando su garganta.

—¡Oh, guardaos! ¡El dios está furioso y atacará a nuestra ciudad!

Fue como si tras aquel silencio de muerte pudiera captar grandes ondas sonoras, cuando se quebró el equilibrio entre Apolo y Poseidón en su lucha por la ciudad, y Poseidón derribó al Señor del Sol.

Sus gritos no habían pasado inadvertidos; las mujeres salían ya a medio vestir de los edificios y de las cabañas.

—¿Qué es eso? ¿Qué sucede?

Casandra era apenas consciente de lo que decían.

Es Casandra, la hija de Príamo. No la oís: está loca.

No, escuchad lo que dice. Es sibila; ve...

—¿Qué pasa, Casandra? —preguntó Filida, hablándole pausadamente para tranquilizarla—. ¿No puedes decirnos sin gritar lo que has visto?

Aún las palabras se precipitaban estridentes de su boca. Trató de escucharse a sí misma, porque se sentía tan turbada como quienes la oían; le pareció como si su cabeza hubiese sido hendida por un hacha y pensó: Si yo lo estuviese oyendo, también creería que estoy loca. Sin embargo, a pesar de su confusión, una parte de su mente se mantenía clara con la gélida diafanidad de la desesperación, y pugnó por concentrarse en aquella parte e ignorar lo que era un caos de pánico y desesperación.

Percibió que gritaba:

—¡El dios está furioso! ¡Apolo no puede vencer a El que Hace Temblar la Tierra; las murallas de la ciudad serán derribadas! ¡Nuestro propio dios hará lo que los aqueos no consiguieron en todos estos años! ¡Estamos perdidos, seremos destruidos! ¡Escuchad y huid!

¿Mas de qué servía tal advertencia? Sabía que nadie escaparía, que sólo podía ver muerte y desastre... Se tornó consciente de que luchaba por desasirse de las manos de Filida que la sujetaban, y de que su amiga decía a otra sacerdotisa:

—Dame tu ceñidor para que la ate; no quiero que se hiera a sí misma. Mira cómo sangra su cara por los arañazos que se ha infligido.

Pasó con cuidado el ceñidor en torno de las muñecas de Casandra.

Ésta exclamó, desesperada:

—¡No debes atarme! ¡No haré daño a nadie!

—Temo que te lo hagas a ti, querida —dijo Filida—. Li-cura, ve a buscar vino mezclado con jarabe de semillas de adormidera; eso la calmará.

—No —dijo Crises, acercándose a grandes zancadas.

Apartó con rudeza a Filida y retiró el ceñidor de las manos de Casandra.

—No precisa calmantes. Ninguno la serenaría. Ha tenido una visión. ¿Qué ha sido, Casandra? —Puso sus manos en sus sienes y añadió con voz fuerte e imperiosa al tiempo que la miraba con fijeza—. Di lo que el dios te permite decir. Juro por Apolo que nadie te tocará mientras yo viva.

Pero ahora eres tan impotente como tu Señor del Sol, pensó frenética.

—Escucha entonces —dijo, tratando de silenciar los latidos de su corazón con la presión de las manos entrelazadas sobre el pecho—. El que Hace Temblar la Tierra ha derribado al Señor del Sol como derribará a nuestra ciudad. Sufriremos la cólera de El que Hace Temblar la Tierra con más fuerza de la que sentimos nunca. Ni un muro, ni una casa, ni una puerta, ni el propio palacio escaparán a su furor.

«¡Advertid al pueblo que huya, incluso a los brazos de los aqueos! Apagad los fuegos de las cocinas; aseguraos de que no quede una sola lámpara encendida de pez o de aceite. Que nadie permanezca bajo techado si no quiere que su cuerpo sea destrozado por las piedras cuando caigan. Crises dijo secamente, volviéndose hacia las mujeres: —Puede que aún tengamos un poco de tiempo. Id y soltad a las serpientes, a cualquiera que no haya escapado ya. Luego dos de vosotras acudiréis al palacio e informaréis al rey y a la reina de que tenemos malos presagios y les rogaréis que huyan a terreno despejado. Quizá no os escuchen, pero hemos de hacer cuanto esté en nuestra mano.

—De nada servirá —gritó Casandra, tratando de serenarse—. ¡Nadie puede escapar a la ira de Poseidón! Que las mujeres se refugien en el templo de la Doncella. Es posible que Ella sienta alguna piedad de nosotras.

—Si, id —las acució Crises—. Llevaos a los niños y permaneced al aire libre hasta que los temblores remitan; quizás allí podáis ocultaros de nuestros enemigos si penetran en la ciudad. Es grande el botín que pueden sacar de Troya y tal vez no se molesten en subir.

Sostuvo a Casandra mientras ésta empezaba a recobrarse. Sentía un agudo dolor de cabeza y una sensación de ahogo, como si contemplara el mundo de aguas profundas.

—Debo ir, Casandra, y hacer cuanto pueda para difundir el presagio. ¿Quieres ese calmante? ¿Te refugiarás en los patios de este templo o bajarás a la ciudad? ¿Qué puedo hacer para ayudarte?

Advirtió que la voz de Crises le llegaba como si viniese a través de las llanuras y de las legiones de los muertos pero, cuando le respondió, su propia voz fue serena:

—Gracias, hermano. Nada necesito. Ve y haz lo que debes. Yo me cercioraré de que mi hija se halle a salvo.

Crises partió y Casandra se dirigió a su habitación. Miel dormía, todavía acurrucada entre las "mantas, pero reparó en que la serpiente había desaparecido. Más cuerda que los humanos, había buscado refugio en algún lugar recóndito sólo conocido por ellas. Casandra se inclinó y despertó suavemente a la niña. Miel le echó los brazos para que la cogiese y Casandra la vistió rápidamente. Tenía que hallar algún modo de sacar a la niña de Troya antes de que los invasores atravesaran las murallas.

—Ven, preciosa —le dijo y tomó de la mano—. Tenemos que marcharnos aprisa.

Miel pareció confusa pero trotó obediente junto a ella al cruzar el recinto. En la subida hacia el templo de la Doncella, con la mano de Miel en la suya, tropezó, y unas manos fuertes la sostuvieron.

—Casandra —dijo Eneas—, ya ha llegado. ¿Era ése tu augurio?

—Pensé que habías salido de la ciudad —contestó ella, tratando de imprimir seguridad a su voz.

—No puedes quedarte aquí. Ven conmigo. Encontraré una nave que se dirija a Creta...

—No. Huye... Los dioses han abandonado a Troya.

Le condujo rápidamente hasta el santuario más recóndito del templo de la Doncella. Había allí varias sacerdotisas, y les gritó:

—Apagad al instante todas las antorchas. ¡Sí, incluso la llama sagrada! ¡Los dioses nos han abandonado!

Soltó la mano de Miel y ella misma tomó la última antorcha y extinguió el fuego que ardía ante la Doncella. Mientras las sacerdotisas corrían hacia las puertas, arrancó el velo del templo.

—Eneas, esto es lo más sagrado que hay en Troya. Tornó la antigua imagen, el Paladio, y la envolvió en el velo—. Llévatela más allá de los mares o hasta donde yayas. Alza un altar a la diosa y prende el fuego sagrado. Di la verdad sobre lo ocurrido en Troya.

Él hizo un gesto como si fuera a desenvolver del velo el objeto sagrado, pero Casandra retuvo su mano.

—No, ningún hombre debe verlo. Jura que lo llevarás hasta un nuevo templo y que allí lo confiarás a una sacerdotisa de la Madre. ¡Júralo! —repitió y Eneas la miró a los ojos.

—Lo juro. Casandra no tienes ya razón alguna para permanecer aquí. Ven conmigo... Una sacerdotisa debiera ser quien lo porte a través de los mares.

Se inclinó para abrazarla. Casandra lo besó apasionadamente y luego retrocedió.

.—No puede ser —dijo—. Mi destino está aquí. El tuyo es salir de Troya ileso, con vida. Pero vete ahora y que contigo vayan todas nuestras esperanzas y todos nuestros dioses. —No debes quedarte aquí... —empezó a decir. —Te lo prometo, abandonaré Troya antes de que vuelva a salir el sol. No es la muerte lo que me aguarda, pero no estoy en libertad de ir contigo. Los dioses han decidido otra cosa.

Eneas la besó de nuevo y tomó el envoltorio. —Juro por mi propio linaje divino que cumpliré tu voluntad... y la de la diosa.

Sus ojos se enturbiaron por las lágrimas cuando él salió con paso firme del templo.

Casandra apenas había acabado de cruzar el patio cuando dentro de su cabeza oyó un gran rugido. El suelo osciló bajo sus pies; tropezó y cayó al suelo con Miel en brazos. Permaneció

inmóvil con el cuerpo contra la tierra de repente inestable, que ondulaba y se agitaba bajo ella. Su única emoción no era el miedo sino la rabia: Madre Tierra, ¿por qué permites que tus hijos jueguen de esta manera con lo que tú has hecho?

Pareció que el movimiento iba a durar siempre. Luego remitió y ella se dio cuenta de que el sol sólo asomaba un poco por el horizonte: el terremoto no podía haber durado más de unos instantes. Los sollozos de Miel habían dado paso a un suave hipo.

Casandra miró tras de sí, y comprobó que el estruendo que había oído procedía del derrumbe de los muros del templo del Señor del Sol, que cayeron hacia dentro. Era difícil que hubiera quedado en pie un solo edificio del recinto. La construcción principal, en donde moraban, estaba reducida a un montón de escombros. Evidentemente, nada podría salvarse de allí. Oyó gritos ahogados: alguien había quedado atrapado dentro, bajo las piedras caídas. Miró impotente hacia el distante montón de piedras. Poco después cesaron los lamentos.

En algún lugar de los jardines empezó a cantar un pájaro.

¿Significaba eso que todo había concluido?

Como en respuesta, el suelo pareció estremecerse y ondear de nuevo y luego quedó inmóvil. Aturdida, Casandra se dirigió hacia una atalaya desde donde se abarcaba toda la planicie.

Se habían desplomado la gran puerta y la muralla de Troya por esa parte y entre los escombros y cascotes de la muralla y la puerta, Casandra vio, derribado, el Caballo de madera, con una de sus patas grotescamente alzada como si hubiese coceado la muralla con su enorme casco. Las antorchas habían prendido fuego al andamiaje, que ardía con violencia. Pero las llamas solo lamían al Caballo, sin afectarle.

En los barrios pobres, el incendio adquiría cada vez más fuerza, alimentado por las casas de madera. Era la visión que tuvo siendo niña, una visión en la que nadie creyó: El incendio de Troya.

A través de la brecha abierta en la muralla, los soldados aqueos irrumpían ya a oleadas, penetrando en las casas que aún no se habían derrumbado para llevarse todo cuanto podían acarrear. ¿Dónde debía ocultarse? ¿A dónde llevaría a Miel, que era más importante que ella misma? Aún se mantenía en pie un edificio del templo de Apolo: el santuario. Puede que allí hubiese víveres, restos de las ofrendas del día anterior. Con gran asombro por su parte se dio cuenta de que estaba hambrienta. Se dirigió hacia allí pero, al llegar, se detuvo, sin entrar, si se producía un nuevo temblor, el edificio podría derrumbarse. Entonces advirtió que había caído la imagen del Señor del Sol, y que bajo la estatua yacía aplastada una figura humana. Al acercarse con una inútil curiosidad, puesto que nada podía hacer, vio que era Crises.

Al fin, pensó; Ahora el dios le ha fulminado verdaderamente. Se arrodilló junto al hombre caído, cerró sus ojos que estaban muy abiertos, se levantó y prosiguió.

En la estancia que se abría tras la imagen, donde se guardaban las ofrendas, halló hogazas de pan, ya muy duro. Pero se comió una, compartiéndola con la niña, que parecía aturdida aunque no lloraba. Guardó otra entre los pliegues de su túnica, en previsión de necesidades futuras, y se detuvo a considerar la situación. Los aqueos atacaban ya la parte baja de la ciudad. ¿Habría caído el palacio? ¿Habrían muerto sus padres, Andrómaca, Helena...? ¿Quedarían algunos soldados troyanos para oponerse al saqueo? ¿O sólo habían sobrevivido la niña y ella para ser testigos de aquella devastación?

Escuchó atentamente, tratando de captar algún sonido que le indicara la existencia de algún ser con vida en el templo del Señor del Sol; pero sólo percibió silencio. Tal vez no hubiesen muerto todos en el palacio. ¿Habrían escuchado la advertencia a tiempo de refugiarse en los patios o en los jardines

Aunque el sol calentaba ya con fuerza, ella estaba temblando. Su cálido manto y el resto de sus ropas, a excepción de la camisa de noche que vestía, se hallaban sepultados bajo las ruinas del recinto de Apolo.

Debía ir al palacio. Aun sabedora de la presencia de soldados aqueos en la ciudad, se sentía desesperadamente ansiosa de saber si aún vivía su madre. Recogió a Miel y empezó a bajar por la calle escalonada.

El camino se hallaba obstruido por cascotes y escombros de las casas medio derruidas. Las gentes que halló eran sobre todo mujeres de mirada ausente, a medio vestir como ella, y la mayoría descalzas; y unos cuantos soldados armados que se habían levantado temprano para reunirse con Deifobo.

El palacio no se había desplomado. Habían caído las puertas de la fachada y algunas tallas, pero los muros aún resistían y no había rastro de fuego. Al acercarse, oyó un penetrante gemido y, reconociendo la voz de su madre, echó a correr. En las losas del patio, ahora levantadas y rotas, vio tendido a Príamo, y no pudo precisar si estaba muerto o sólo inconsciente. Hécuba se hallaba inclinada sobre él, gimiendo. Allí estaban también Helena, envuelta en un manto, junto a Nikos y Andrómaca, que aferraba a Astiánax.

Andrómaca alzó sus ojos hacia Casandra y le dijo, con firmeza:

—¿Te satisface que haya caído sobre nosotros la destrucción que profetizaste?

—¡Calla! —exclamó Helena—. No hables como una loca, Andrómaca. Casandra trató de advertirnos, eso es todo. Estoy segura de que hubiera preferido no tener que decir nada. Me alegra, hermana, ver que estás ilesa.

Abrazó a Casandra y, al cabo de un momento, Andrómaca también lo hizo.

—¿Cómo está nuestro padre? —preguntó Casandra. Se acercó a Hécuba y la alzó cariñosamente—. Vamos, madre, hemos de refugiarnos en el templo de la Doncella.

—¡No! Yo me quedaré con mi señor y rey —gritó Hécuba, trocando sus gemidos en sollozos.

Andrómaca la abrazó, y luego acudió Astiánax quien pasó sus brazos alrededor de Hécuba, diciendo:

—No llores, abuela; si le sucede algo a mi abuelo, el rey, yo cuidaré de ti.

Casandra se arrodilló junto a su padre, tomando su fría mano entre las de ella. Alzó uno de sus párpados cerrados. No había en su cuerpo el menor indicio de vida; sus ojos estaban ya velados. Sabía que debería unirse a Hécuba en el plañido ritual, pero sólo suspiró y dejó caer la mano de su padre.

—Lo siento, madre. Está muerto.

Los gritos de Hécuba comenzaron de nuevo.

—Madre, no hay tiempo para eso; los soldados aqueos se hallan en la ciudad —le dijo, con nerviosismo.

—Pero, ¿cómo es posible? —preguntó Hécuba.

—Las murallas se derrumbaron a causa del terremoto —le explicó, preguntándose desesperadamente si todos ellos habían perdido el juicio o la capacidad sensorial por el seísmo. ¿Es que no habían oído nada? Ya habían tomado las calles y no tardarían en llegar al palacio—. ¿Dónde está Deifobo?

—Creo que debe de estar muerto —dijo Helena—. Oímos a nuestra madre gritar que Príamo se había caído víctima de un ataque. Acudimos al instante y Deifobo lo trajo de su estancia hasta aquí. Luego volvió corriendo a llamar a su madre, en el momento en que se

produjo el primer temblor; se hundieron los suelos y creo que también algún techo. Yo cogí a Nikos y corrí con él.

—Así que quedamos seis con vida —concluyó Casandra—. Pero hemos de ocultarnos en alguna parte si no queremos caer en manos de los soldados. Ignoro lo que hacen los aqueos con las mujeres cautivas y no deseo saberlo.

—Oh, Helena nada tiene que temer de ellos —aseguró Andrómaca, mirando fijamente a la argiva—. Pronto estará aquí su marido para reclamarla, estoy segura, para cubrirla con todas las joyas de Troya y llevársela en triunfo hasta su tierra. Cuán afortunada fuiste con que Deifobo muriese a tiempo... aunque no creo que esto te importe. Casandra se espantó de su rencor. —No es momento de disputar, hermana; deberíamos alegrarnos de que una de nosotras no tema ser capturada. ¿Nos refugiaremos en el templo de la Doncella? Allí fue a donde enviamos a las mujeres del templo del Señor del Sol, y estoy segura de que sigue intacto. —Pasó un brazo en torno de Hécuba y añadió—: Vamos.

—No, yo me quedo con mi rey y señor —repitió con obstinación la anciana, tornando a arrodillarse junto al cadáver de Príamo.

—¿Crees verdaderamente, madre, que mi padre desearía que te quedases aquí para que te capturara algún capitán aqueo? —preguntó Casandra, exasperada.

—Fue un soldado hasta su muerte; no le abandonaré ahora que ha caído —insistió Hécuba—. Eres una mujer joven, ve y escóndete en donde no te encuentren, si existe un lugar así en Troya. Yo me quedo con mi señor. Helena permanecerá a mi lado. Ni siquiera los aqueos osarán insultar a la reina de Troya. Hemos caído ante un dios y no ante ellos.

Casandra hubiera deseado poseer un poco de aquella seguridad. Pero ya podía oír acercarse a los soldados. Tomó la mano de Miel. Astiánax se hallaba en los brazos de Andrómaca, protestando; pugnaba por bajarse pero su madre lo retuvo.

—Ocultémonos en alguna de las casuchas que hay por aquí. No se les ocurrirá mirar donde no hay nada que llevarse —sugirió Andrómaca, pero Casandra negó con la cabeza.

—Mi hija y yo nos pondremos en manos de la Doncella de Troya. Aunque nuestros dioses nos hayan abandonado, quizá las diosas nos protejan.

—Como quieras —murmuró Andrómaca—. No creo ya en ningún dios. Hasta la vista entonces, y buena suerte.

Se introdujo en la más pequeña y sucia de las casuchas y Casandra, con Miel, se dirigió a toda prisa hacia el lugar más alto de Troya, donde se alzaba intacto el templo de la Doncella. No había caído la imagen del patio. Casandra puso a Miel en el suelo y se postró a los pies de la estatua. Seguramente ningún hombre, ni siquiera un bárbaro aqueo, se atrevería a ofender a una mujer que se hubiese refugiado allí.

Oyó las voces de las demás mujeres en una de las estancias interiores. Poco después se reuniría con ellas.

—¡Ah, está aquí!

Fue un grito de triunfo en la lengua bárbara de los soldados.

Dos hombres armados irrumpieron por la puerta.

—Me preguntaba dónde se hallarían todas las mujeres.

—Ésta será para mí; es la princesa, la hija de Príamo. Es sibila y virgen de Apolo; pero si Apolo hubiese querido proteger a sus vírgenes, lo habría hecho. ¿Quieres mirar adentro en busca de más?

—No —contestó el otro—. Me llevaré a la pequeña. Cuando la gente cree que han llegado a la edad adecuada, son demasiado viejas para mí.

Casandra se volvió horrorizada, y vio a un gigantesco soldado que hacía señas a Miel.

—¡No! —gritó—. ¡Es una niña! No, no...

—Me gustan así —dijo el enorme soldado. Casandra se lanzó hacia él, usando las uñas y los dientes para apartarlo de Miel. Una salvaje patada la envió casi inconsciente hasta un rincón. Oyó chillar a Miel pero no podía moverse. Le pesaban tanto sus miembros que se sentía incapaz de mover un solo dedo. Sintió que el otro hombre se apoderaba de ella y se defendió violentamente. Un puñetazo en la cara la derribó de espaldas y toda tuerza escapó de ella como la arena de un saco desgarrado.

Continuó oyendo los gritos desvalidos de Miel hasta que, asustándola aún más, cesaron. Casandra no perdió el sentido, aunque no pudiera moverse ni hablar, cuando el hombre la empujó contra el pavimento de mármol.

¡Diosa! ¿Permitirás que esto suceda en tu propio templo, ante tus ojos? Imploró. Y entonces recordó de repente que ya no honraba a los Inmortales. ¿Por qué iba a protegerla la Doncella?

Pero Miel nada malo hizo. ¡Y es una niña pequeña! Si la Doncella ve esto y no puede impedirlo, no es una diosa. Y si puede y no...

Entonces la desgarró un terrible dolor cuando el hombre penetró violentamente en ella y sintió que la envolvía la oscuridad.

Percibió luego que se evadía de su cuerpo atormentado por el dolor, consciente de la presencia del hombre que la había violado y de la de Miel, sangrando y gimiendo sobre las piedras. Se alzó y se alejó, caminando sobre la planicie uniforme. El sol se había trocado en una luz gris que era todo lo que allí había. Avanzó por la llanura que era, y no era, la ciudad de Troya donde el Caballo de madera había coceado las murallas y que, si bien no sobre sus patas, se alzaba entero y pavoroso sobre la ciudad muerta.

Vio a otros en aquella planicie: soldados aqueos, y unos cuantos troyanos. Parecían confusos, buscando a un jefe. Luego observó a Deifobo, medio vestido, portando aún en brazos a su madre, chamuscadas por el fuego su cara y sus manos. Así que habían muerto juntos, como Helena sospechaba.

Trató de llamarla pero Casandra no deseaba hablar con él. Se volvió y se dirigió apresuradamente en sentido opuesto, preguntándose que habría sido de Andrómaca.

Allí estaba Astiánax, con la cabeza ensangrentada y las vestiduras rotas. Parecía aturdido pero, mientras le observaba, su cara se iluminó y empezó a correr por la llanura, gritando de alegría. Le vio lanzarse a los brazos de Héctor, que lo cubrió de besos. Así que Héctor había recobrado a su hijo; no le sorprendió que los soldados aqueos le hubiesen quitado la vida. Andrómaca sufriría, ignorando que se hallaba con su padre, como Héctor había prometido. Casandra confió en que el muchacho no hubiera conocido un gran terror antes de encontrar su muerte por obra de una lanza aquea. ¿O le habrían arrojado desde las murallas?

Luego vio a Príamo, alto y majestuoso como le recordaba de sus tiempos de niñez. Le sonrió y dijo:

—La ciudad ha desaparecido. ¿No es cierto? ¿Estamos todos muertos?

—Sí, eso creo —contestó Casandra.

—¿En dónde está tu madre? ¿Aún no ha llegado? Bien, la aguardaré aquí —dijo, mientras miraba a su alrededor—. ¡Oh! Ahí están Héctor y el chico...

—Sí, padre —dijo, sintiendo un nudo en la garganta; parecía tan feliz.

—Creo que iré a reunirme con ellos; si tu madre llega, díselo. ¿Lo harás?

Pero no es posible que todos estén muertos. Allí hay más...

Alzó los ojos y contempló frente a ella a Pentesilea, que le sonreía. Rodeada por una docena de las guerreras que pelearon a su lado hasta el último día, su cara resplandecía. Riendo de júbilo, Casandra corrió a los brazos de la amazona. Le sorprendió hallarlos tan sólidos, fuertes y cálidos como el día en que la abrazó cuando partió a luchar ante Troya y a morir a manos de Aquiles. Sorprendida, Casandra le habló en voz muy alta.

—Entonces supongo que también ha de estar por aquí Aquiles.

—Eso creí —respondió Pentesilea—, pero parece haber ido a su propio lugar, sea el que fuere.

Más allá de Pentesilea la planicie de los muertos se esfumaba y Casandra pudo distinguir lo que le pareció una luz cegadora, mucho más intensa que la de Apolo cuando lo contempló en su primera y subyugante visión. Y a través de la luz distinguió la silueta de un gran templo, mayor que aquél donde sirvió en Colquis e incluso más bello.

—¿Es allí adonde he de ir? —preguntó, asombrada.

Más allá de la luz comenzó a oír música; arpas y otros instrumentos llenaban el aire de armonías como una docena, no, como un centenar de voces unidas en una canción límpida, aguda y cada vez más próxima. Así era como había pensado que sería la Casa del Señor del Sol. Crises, de pie en el umbral, le hizo una seña; su rostro estaba exento de la insatisfacción y de la codicia que antes vio en él. Así que era al fin lo que siempre había querido. Le tendió los brazos y se dispuso a correr hacia él como había corrido Astiánax hacia Héctor.

Pero Pentesilea se interpuso en su camino. ¿O era l$_a$ propia Doncella Guerrera, revestida de la armadura de la amazona? Llevaba a Miel de la mano, sonriente e ilesa. Así que también ella ha muerto.

—No —dijo Pentesilea—. No, Casandra. No todavía.

Casandra luchó por articular palabras. Era el lugar que había contemplado en sus sueños, aquél al que siempre supo que pertenecía. Y no sólo Crises sino todos los que ella quiso estaban allí, aguardándola a que uniese su voz al gran coro y ocupara su lugar.

—No. —La voz de Pentesilea era pesarosa pero inflexible y sujetó a Casandra como se retiene a un niño pequeño—. Tú no puedes entrar allí; aún hay algo que debes hacer entre los vivos. No pudiste partir con Eneas; no puedes venir conmigo. Has de regresar, Casandra; aún no ha llegado tu hora.

El bello rostro, bajo el casco resplandeciente, comenzaba a disolverse entre un torbellino de brillantes motas. Casandra se esforzó por percibirla.

—Pero yo quiero ir... la luz... la música —dijo.

La luz se extinguió y volvió a rodear la oscuridad. Fue consciente de un olor espectral, como el de la muerte, como el del vómito; yacía en el sucio suelo de una especie de cabaña. Entonces es que no he muerto. Lo único que sintió fue una decepción profunda. Luchó por retener en la memoria la luz, pero ya estaba desapareciendo. Se tornó consciente del dolor de su cuerpo. Sangraba y, en parte, lo que olía era su propia sangre sobre su cara y su camisa. El hombre que la había violado yacía sobre su cuerpo. También olía su vómito y, lentamente, como si emergiera de un profundo trance, oyó una voz familiar y distinguió un rostro de nariz aguileña y negra barba, que durante años la había acosado en sus pesadillas.

—Te dije que era la que yo quería —afirmó Agamenón—. Mira, respira de nuevo. Si la hubieses matado, te habría desollado vivo. Sabías que me tocó cuando la echamos a suertes. Siempre fuiste despreciable, Ayax.

Casandra experimentó una sensación de agonía en todo su cuerpo. Una agonía mezclada con la desesperación.

Entonces no he muerto; la Doncella me salvó. ¡Para esto!

Yacía quieta, demasiado maltrecha para moverse.

—¿Miel? —preguntó dolorosamente a través de la llaga que era su garganta. Pero no hubo respuesta. Recordó haber visto su pobre cuerpecito ensangrentado, abandonado, arrojado por el hombre que lo había mancillado.

Tiene que estar muerta ya. Espero que haya muerto. Sí, está con Pentesilea.,

Estará buscándome.

No quiero vivir. Quiero volver con Pentesilea y con mi padre... y con la música...

Pero podía percibir su propia respiración, los fuertes latidos de su propio corazón. Viviría. ¿Qué fue lo que Pentesilea dijo? Aún hay algo que tienes que hacer entre los vivos... Si hubiese sido para cuidar de Miel, habría vuelto... no de buena gana pero sin quejarme. Pero la niña ya no está, no puedo ayudarla ahora. ¿Por qué me hallo aquí y por qué se han ido todos antes que yo?

Oscuramente advirtió que yacía en el suelo de un pequeño cobertizo y que a su alrededor había cajas, bultos y fardos de sedas, ricos mantos, tapices, ánforas y vasos, sacos de grano y cántaros de aceite, riquezas todas de la ciudad saqueada. Andrómaca estaba tendida a su lado, boca abajo, cubierta con una burda manta. Distinguió su cara en la penumbra. Sus ojos estaban enrojecidos e hinchados de tanto llorar. Los abrió y miró a Casandra.

—Oh —dijo—. Has vuelto en ti. Cuando te trajeron decían que estabas muerta y Agamenón no quiso admitirlo.

—Tengo la seguridad de que estaba muerta —contestó Casandra—. Quería estarlo.

—Y yo —dijo Andrómaca—. Se llevaron a Astiánax.

—Lo sé. Le vi... corriendo hacia los brazos de su padre.

Andrómaca se quedó pensativa un instante.

—Sí. Si alguien puede ver más allá de la muerte, supongo que eres tú.

—Créeme, se siente libre y feliz y se halla con su padre —repitió Casandra, y su voz despertó la conciencia de su situación—. Se hallan mejor que nosotras; desearía estar en el lugar donde ellos se encuentran.

Al cabo de un momento, añadió:

—¿Por qué nos retienen aquí? ¿Qué va a ser de nosotras? ¿Dónde estamos?

—No podría asegurarlo, pero creo que esto es una especie de almacén para la carga de las naves aqueas —contestó Andrómaca.

—Escucha —dijo Casandra en un susurro—. Alguien viene.

Podía oír los pesados pasos sobre el suelo. Pero había perdido la visión preternatural del estado de trance y se sentía embotada y enferma, encerrada en sus ordinarios sentidos de mortal. Notó un sabor desagradable en la boca.

—¿Hay agua aquí?

Andrómaca suspiró y se movió. Luego se sentó y extendió el brazo para tomar un jarro que acercó con cuidado a Casandra. Ésta bebió hasta saciar su sed. Había tenido que sentarse para beber y temió que la cabeza le estallara. Ayudó a Andrómaca a devolver la jarra a su sitio y se tendió otra vez, exhausta con tan leve esfuerzo.

Entonces dijo, en un murmullo:

—También ha muerto Miel. Me la arrebataron en el templo mismo de la Doncella y la violaron a pesar de sus pocos años.

La mano de Andrómaca se cerró sobre las suyas.

—Sé cómo debes sentirte aunque no fuera tu propia hija.

—Era tan mía como pudiera haberlo sido cualquier otra —respondió Casandra tristemente.

—Dices eso porque nunca pariste un hijo —afirmó Andrómaca, y tapó de nuevo el rostro con su manto.

—¿Te encuentras bien? ¿Te han hecho algo? —Casandra intentaba penetrar en la sorda desesperación de Andrómaca.

Andrómaca volvió su cara hacia ella:

—No, no me pusieron una mano encima. Supongo que me han capturado porque halaga a su orgullo pensar en tener como esclava a la esposa de Héctor. Por lo que se refiere a mi hijo... De haber sido su padre un hombre de menor rango, puede que le hubiesen dejado con vida... —Al cabo de un momento inquirió—: ¿Pero qué ha sido de ti? Estás herida...

Acercó la mano hasta casi tocar el corte abierto en la frente de Casandra.

—¿Te pegaron y te...?

—Sí, me violaron. Pensé... esperaba haber muerto. Pero, por una razón o por otra, me... devolvieron.

Evocó dolorosamente las palabras de Pentesilea: aún hay algo que debes hacer entre los vivos. ¿Por qué? No era posible que la hubiesen devuelto simplemente para consolar a Andrómaca y decirle que su hijo se hallaba bien con su padre. ¿Mas qué otra cosa podría hacer? ¿Vengar de algún modo la afrenta que había recibido en Agamenón? Era ridículo; todos los ejércitos de Troya no consiguieron abatirlo y ella era una mujer sola, herida y violada.

Una forma oscura obstruyó la luz que penetraba por la puerta y una voz ruda declaró:

—Bien, tú, entra ahí con las otras.

Alguien fue empujado hacia el interior, tropezó y cayó junto a Casandra; era una mujer, pequeña y débil. Gimió y alzó la cabeza, dolorosamente.

—Casandra. ¿Eres tú?

—¡Madre! —Casandra se sentó y la abrazó—. Te creí muerta...

—Y yo oí que Agamenón se había apoderado de ti...

—Me ha reclamado —respondió Casandra, tratando de hablar con firmeza—, pero aún no han cargado las naves, así que al menos disponemos de algunos instantes para despedirnos.

—Aún sigue disputando por los despojos —declaró Andrómaca con amargura, sentándose para abrazar a Hécuba—, incluyéndonos a nosotras.

—No sé dónde me llevarán —dijo Hécuba—, ni de qué les serviría como esclava, al ser ya vieja.

—Al menos, madre, tú no tienes que temer que te conviertan en concubina de alguno.

Hécuba se rió un poco, y luego contestó:

—Nunca pensé que hallaría algo que me hiciese reír de nuevo. Pero vosotras sois jóvenes; incluso como esclavas, puede que encontréis que queda algo bueno en la vida.

—Jamás —afirmó Andrómaca—. ¡Oh, no discutamos acerca de cuál de nosotras ha de sufrir más!

—Alguien viene —susurró Casandra.

Era Odiseo. Su ancho cuerpo parecía ocupar toda la entrada. El guardián de la puerta, le preguntó:

—¿Qué quieres, señor?

—Una de las mujeres de aquí me pertenece. Resulté perdedor en el sorteo, pero quizás haya sido mejor así; Penélope, mi esposa, se irritaría conmigo si llevase a casa una esclava joven y bella.

—¡Oh, qué miserable! —masculló Hécuba, apretando una mano de Casandra—. Y pensar que fue tantas veces invitado en nuestro hogar. ¡No puedo soportar esta humillación!

Odiseo penetró y se inclinó junto a las mujeres. Su voz no era hostil.

—Bien, Hécuba, parece que has de venir conmigo. No temas; no tengo pendencia contigo y mi mujer aún menos. -Tendió una mano para ayudarle a levantarse, y Hécuba se puso en pie con dificultad. Luego se inclinó sobre Casandra—. No temas por tu madre. La cuidaré bien. Siempre tendrá un hogar mientras yo viva. Hubiera querido llevarte también a ti, Casandra, pero Agamenón está decidido a que seas suya; por tanto, parece que te convertirás en concubina del rey.

—¿Quién se llevará a Andrómaca?

—Va destinada al país de Aquiles, a su padre, como parte de sus propiedades.

—Podría haber sido peor —comentó Andrómaca, con hostilidad.

—¿Y Polixena? —preguntó Hécuba.

Odiseo bajó los ojos.

—Ella será una compañera del propio Aquiles.

—¿Qué puede significar eso? —exigió Hécuba, pero Odiseo desvió la mirada para no encontrarse con la de ella.

Casandra, sin embargo, lo había visto en sus ojos.

—Muerta, sacrificada, degollada y su cuerpo arrojado a la pira de Aquiles como si fuese el de algún animal.

Odiseo dio un paso atrás.

—¿Es eso cierto? —inquirió Hécuba.

—Hubiese querido que no lo supieras. Aquiles había ofrecido casarse con ella; así que la enviaron para que se reuniera con él en el Más Allá.

Casandra trató de consolar a Hécuba, diciendo:

—No lo lamentes, madre; se encuentra mejor que la mayoría de nosotras y tú estarás pronto con ella.

Hécuba se secó las lágrimas con su vestido.

—Sí, mejor que cualquiera de nosotras —dijo—. El Más

Allá tiene que ser mejor que esto y pronto me hallaré con mi señor, rey y padre de mis hijos. Bien, vamonos, Odiseo.

Se inclinó para abrazar a Casandra.

—Adiós, hija mía. Espero que nos reunamos pronto.

—Nunca será demasiado pronto para mí —dijo Casandra cuando se iban.

Se tendió, apoyando su dolorida cabeza en un fardo de lienzos. Sabía que no volvería a ver a su madre a este lado de la muerte y que Hécuba no estaría sola allí.

La luz se desplazó con lentitud por el suelo. Debía de haber pasado ya el mediodía. ¿Fue aquella misma mañana cuando cayó la ciudad? Tenía la impresión de que habían transcurrido semanas... no, años.

La luz había perdido fuerza cuando oyó a una voz aquea decir en tono de disculpa:

—No es preciso que esperes aquí con ellas, señora.

Y luego la protesta suave y cortés en una voz familiar.

Después una figura grácil penetró, preguntando quedamente:

—¿Quién está ahí?

—¿Helena? —Casandra se incorporó—. ¿Qué haces aquí?

—Prefiero estar aquí que a bordo de la nave de Menelao para que los marineros me contemplen —dijo Helena—. Vendrá y me llevará cuando el navío esté listo para zarpar.

Casandra se tendió de nuevo. Se daba cuenta de que debería experimentar un cierto resentimiento hacia aquella mujer, pero Helena se había limitado a seguir su propio destino cómo ella había seguido el suyo. Helena reparó, espantada, en la herida de la cabeza de Casandra que aún sangraba.

—¡Oh, qué horrible!

—No me duele mucho —contestó Casandra.

—Y a ti, que merecías lo peor, ni siquiera te han tocado —comentó Andrómaca con amargura—. ¡Cielos, pero si incluso vas fastuosamente vestida!

Observó con resentimiento su nueva túnica de color rojizo, el manto con broches de oro y el cinturón del mismo metal.

Helena esbozó una sonrisa:

—Menelao insistió. Y envió a Nikos con los soldados, afirmando que yo no era digna de cuidar de él.

—Al menos tu hijo vive —dijo Andrómaca.

—Pero lo he perdido y Menelao ha jurado que si el que llevo en mi vientre llega a nacer, lo abandonará. Créeme Andrómaca, preferiría ir a parar a manos de un desconocido, incluso con un hombre que me ganara a los dados. No cabe duda de que Menelao me hará sentir su furia durante el resto de mi vida. Más querría ser enterrada aquí junto a Paris, a quien amé.

—No lo creo —afirmó Andrómaca, con aspereza—. Estoy segura de que te gustaría tener un hombre nuevo a quien cautivar con tu belleza.

Se volvió de espaldas y no volvió a hablarle.

Casandra tendió una mano a Helena, y ésta la tomó.

—¿Es que todas las mujeres de Troya me hacen responsable...?

—Yo, no.

—No, lo sé. Y hallé amigos en Troya —dijo Helena, inclinándose para besar a Casandra—. Desearía no haber venido nunca aquí para destruiros a todos...

—Fue Poseidón quien lo hizo —aseguró Casandra.

Luego callaron, con las manos cogidas como dos muchachas. Poco después se oyeron pasos en el interior, y Menelao se agachó un poco para franquear la puerta, que era muy baja.

—¿Helena?

—Aquí estoy —respondió, con voz sumisa.

Casandra alzó la vista hacia el resplandor que pareció inundar el cobertizo. Los cabellos de Helena eran de un brillante color dorado y toda ella emitía el mismo resplandor que la había inundado cuando se alzó sobre las murallas de Troya; el aura de la diosa.

Menelao parpadeó como si hubiera cegado sus ojos. Luego, contra su voluntad, se inclinó y murmuró:

—Mi reina y señora.

Como si tuviera miedo de acercarse a ella, le ofreció su brazo y Helena se aproximó lentamente a él.

Después, ambos salieron, Menelao a medio paso detrás Helena.

Empezaba a oscurecer cuando Casandra vio al fin la conocida figura de Agamenón, que asomó la cabeza.

—Hija de Príamo —dijo—, ven conmigo; la nave está ya lista para zarpar.

¿Qué he de hacer ahora? ¿Someterme?¿Luchar? Es inevitable. Es el destino.

Se levantó y él la tomó del brazo, sin rudeza pero con un cierto orgullo de propietario. Declaró, aventurando una sonrisa:

—De todo el botín de Troya, sólo a ti te reclamé. Créeme, no te trataré mal, Casandra. No es poco ser amada por un rey de Micenas.

Oh, lo creo, pensó. Se le ocurrió que, de no haber estado ya Agamenón casado con la hermana de Helena, Príamo muy bien hubiera podido entregarla en matrimonio a aquel hombre. Lo que ahora le aguardaba, a excepción de unos ritos formales y de la bendición de su familia, no sería muy diferente. Para cualquier aqueo, una esposa no era más que una esclava en Troya. Se estremeció. Él se volvió hacia ella, solícito.

—¿Tienes frío? —le preguntó.

Se inclinó y tomó un manto de un montón de prendas robadas que por allí había. Era un manto azul que nunca había visto.

—Ponte esto —le pidió, magnánimo, envolviendo sus hombros.

La guió por el abrupto terreno hasta el muelle y sostuvo su mano para que subiese a la nave. La cubierta oscilaba cuando la cruzó. Parecía más grande que vista desde las murallas de Troya. Los remeros en sus bancos la observaron con curiosidad, mientras ella se esforzaba por caminar sin pisar el manto. En la cubierta se alzaba una pequeña tienda como las usadas por los aqueos durante la guerra. Levantó el halda para que pasase Casandra. En el interior había mullidas alfombras y ardía una lámpara.

—Aquí disfrutarás de intimidad —afirmó ceremoniosamente—. Zarparemos con la marea, dos horas antes del amanecer.

Salió y Casandra se dejó caer sobre las alfombras, sintiendo el suave bamboleo de la cubierta. Se preguntó si podría deslizarse hasta el otro lado de la nave, meterse en el agua y ahogarse. Pero no, con seguridad la vigilaban y se apoderarían de ella antes de que lo consiguiera. Además se había predicho que no moriría.

Permaneció tendida, tratando de resignarse al momento en que Agamenón acudiese a ella.

No podía ser peor que Ayax. Y había sobrevivido aquello. Sobreviviría también a esto.

Al menos ya no sentía náuseas. Casandra se deslizó fuera de la tienda para sentir en cubierta el fresco aire de la tarde. Aún no podía soportar la idea de comer; experimentaba entonces un espasmo de advertencia. Pero esta vez consiguió estar erguida, aunque de rodillas. El movimiento del navío hacía inconcebible mantenerse en pie, sin exponerse a una caída poco digna. Miró con curiosidad la costa y los islotes rocosos frente a los que pasaban.

Le parecía haber vivido siempre en el mar. La noche anterior vio la luna, que iniciaba su ciclo, leve y pálida, y se alegró porque sabía que aparecía en el Sudoeste y eso le proporcionó cierta orientación ahora que era incapaz de hallar ninguna en aquel mar sin caminos ni direcciones. Pensó que su confusión aumentaba su malestar; no era más que un cuerpo enfermo y mareado en el centro de un vórtice de un enorme mar y de una oscilante cubierta. Al principio se sintió tan mal que nada le importaba, ni los olores del mar ni los ruidos de los remeros, ni el empleo que Agamenón hacía de su cuerpo indiferente, ni de la comida que tenía que rechazar. Entonces creyó que se debía a los efectos del golpe que recibió de Ayax; las

lesiones en la cabeza solían ser causa de náuseas y de confusión. Pero cuando no remitieron los síntomas en un tiempo razonable, determinó como causa el movimiento de la nave.

Ahora, contando el tiempo por la luna, empezó a preguntarse, con espanto y repulsión, si estaría encinta. La primera vez que llevó a Éneas a su lecho no pensó mucho al respecto. A las sacerdotisas se les enseñaban modos de evitar tales cosas, si lo preferían. Pero esas artes a menudo fallaban y a bordo de la nave se había sentido demasiado enferma para observarlas. Se resignaba al hecho de que, más pronto o más tarde, podía tener un hijo de Eneas. Pero la posibilidad de que éste pudiese ser hijo de Eneas resultaba muy pequeña. Desde que recibió el golpe en la cabeza le había sido difícil recordar exactamente cuándo fue la última vez que había estado con ella, o cuando tuvo la última evidencia de que no estaba encinta. Así que, probablemente, éste era hijo de Agamenón o, peor aún, de Ayax, que la tomó primero. Casandra rara vez atendía a las charlas de las muchachas, mas les había oído decir con harta frecuencia que no era muy probable quedarse embarazada la primera vez que se estaba con un hombre. Pero tenía pruebas, a pesar de lo que ellas creyeran o esperaran, de que bastaba con una vez. De haber podido escoger, sería hijo de Agamenón; lo detestaba pero no fue él quien la violó junto al cadáver de su hija. No le complacía el hecho de que se la reconociese como propiedad suya y botín de guerra. Toda mi vida he tenido miedo de él, pensó, recordando su primera visión de niña, pero al menos no se había comportado peor de lo que la costumbre autorizaba en tales casos.

Era, en verdad, una costumbre malvada, pero no la había inventado él y no sería razonable censurarlo por seguir semejante tradición. Si le hubiera sido entregada por sus padres en matrimonio, no la habría tratado peor, y probablemente tampoco mejor.

Supuso que, no más reprobable que cualquier otro aqueo. Tal como se comportaba, podría considerársele un hombre bueno. Incluso admitió que estaba preocupado por su constante malestar. Al principio trató de tranquilizarla, diciéndole que así solía ocurrir siempre al iniciar el viaje y que pronto se acostumbraría, y la animó a que tomase el aire fresco. Pero cuando su estado no cambió, la dejaba sola mucho tiempo; gesto por el cual se sentía vagamente agradecida.

Pensaba a veces que quizás estuviese tratando de mostrarse amable. Una vez que vomitó todo sobre él (sin disculparse, puesto que no había sido deseo de ella emprender el viaje) no la golpeó, como en parte había esperado, sino que pidió agua dulce para que se enjuagara la boca y la sostuvo en sus brazos, cubriéndola con un manto limpio mientras trataba de tranquilizarla para que se durmiese.

Eso sucedió al principio del viaje, cuando aún se hallaba enloquecida por la confusión y el odio. No lo miraba ni le hablaba, y él pronto renunció a entablar diálogo sobre las tierras frente a las que pasaban. Ahora deseaba haberlo estimulado a tales charlas, que podrían serle útiles si tenía que escapar. Era imposible regresar a Troya; no había sitio alguno al que volver. Pero quizá lo fuera dirigirse a Colquis, donde la acogería la reina Imandra o cualquier sacerdotisa del templo de la Madre Serpiente. O a Creta. En las islas había muchos templos en donde una sacerdotisa diestra en las artes de curar y en el cuidado de las serpientes podía hallar acomodo.

No era vigilada estrechamente, quizá porque al principio resultaba obvio que, herida en la cabeza y mareada, le sería imposible andar y menos aún intentar cualquier clase de rebelión o fuga.

Ahora, tendida en la soleada cubierta, ante la tienda que compartía con Agamenón y escuchando el lento golpeteo del tambor que marcaba el ritmo de los remeros, pensó: Es más que eso. Jamás se les ocurriría que una mujer pudiera pensar en escaparse. Una semana antes, cuando desembarcaron en una pequeña isla para proveerse de agua, la dejaron sin vigilancia. No trató de huir entonces; podía advertir que la isla resultaba demasiado pequeña para hallar

un escondrijo o un refugio. Si allí vivía alguien, pedirle amparo hubiera significado desencadenar la ira de Agamenón contra el desventurado campesino que se hubiese apiadado de ella. Sólo de haber hallado un templo de la Doncella, o del Señor del Sol, se habría atrevido a solicitar asilo sagrado.

Aún podía hacerlo, si hallaba tal templo, aunque supuso que Agamenón podría reclamarla legítimamente como justo botín de guerra. Los esclavos huidos despertaban muy escasa simpatía y ya no podía aducir su condición de princesa puesto que Troya había caído. Todo el que hablaba de ella (había escuchado a soldados y criados de Agamenón sin que reparasen en su presencia) parecía pensar que no existía razón alguna para que no se sintiese satisfecha de pasar en su compañía el resto de su vida.

Comprendió que estaba permitiendo que su mente divagara en vez de pensar seriamente en la posibilidad de estar embarazada de Agamenón. ¿Debería decírselo? No de inmediato; le complacería demasiado y podía creer que trataba de ganarse su favor o su cariño.

Agamenón se hallaba en popa, junto al hombre que sostenía el remo del gobernalle. Vestía, como todos los suyos, una simple pampanilla de lino crudo y desgastado. Pero la cadena de oro en torno de su cuello, su aire de guerrero y sus gestos imperativos, revelaban quién era el rey y quiénes sus servidores.

La vio sentada a la sombra de la vela y cruzó la cubierta para reunirse con ella.

—Bien, Casandra, me alegra verte despierta. El mar está en calma y el sol te hará bien. Cuando esta mañana fuimos a tomar provisión de agua, mis hombres recogieron algunos racimos de uvas.

Sin aguardar su respuesta gritó a las cuatro criadas que pasaban la mayor parte del tiempo acurrucadas en popa, chismorreando:

—Eh, venid... —Casandra ignoraba los nombres de las mujeres porque Agamenón sólo se dirigía a ellas, llamándolas muchacha o Tú— traednos uvas. ¿No os las habréis comido todas, bestias hambrientas?

—Oh, no, mi señor —murmuró la más alta de las cuatro mientras se ponía en pie.

De un enorme cesto tomó cuatro o cinco racimos de pequeñas uvas silvestres, los colocó en una bandeja de plata, que Casandra conocía del palacio y Hécuba dedicaba al mismo uso por las uvas grabadas en ella, y se la acercó.

La muchacha se arrodilló ante Agamenón. Con un gesto, éste le indicó que se la ofreciera primero a Casandra. Le pareció conocerla. ¿La habría visto alguna vez por las calles de Troya o en alguna otra parte?

—Princesa... —murmuró humildemente, los ojos bajos.

Casandra se preguntó entonces qué habría sido de Criseida cuando cayó la ciudad. Extendió la mano, arrancó unas cuantas uvas de un racimo y mordió una. La jugosa acidez le resultó agradable y se la tragó, con miedo, esperando que volviesen las náuseas. Agamenón había tomado un racimo y las comía con placer. Sus dientes eran grandes, blancos y fuertes, como los de un caballo, pensó Casandra con una fascinada repulsión. Hubo de volverse para evitar un espasmo convulsivo, pero consiguió tragar varias uvas y no se sintió de inmediato forzada a vomitarlas.

—Me alegra verte comer de nuevo —observó Agamenón—. El mareo no suele durar tanto tiempo, y en el momento en que recobres la salud serás tan bella como cuando te vi por vez primera y despertaste mi deseo.

Comprendió que él pensaba que aquellas palabras la complacerían; trataba de mostrarse amable. Bien, parecía que tendría que vivir atada a él al menos por ahora; de hallarse encinta, debía renunciar a toda idea de fuga hasta que naciera el niño. Y sería una necedad obligarle a

que la considerase enemiga y quizás a que la vigilase más atentamente como sin duda haría de saber sus intenciones.

¿Cree verdaderamente que lo amaré y que lo obedeceré como si fuese mi marido, cuando asesinó a mis hermanos, a mis padres y destruyó mi ciudad?

Parecía que eso era lo que él pensaba. —¿Quieres más uvas? —preguntó, escogiendo un racimo de la bandeja.

Casandra asintió y comió algunas más. Al cabo de un momento intentó a hablar, pero no había pronunciado una palabra desde que subió a bordo y advirtió que su voz se quebraba. Hubo de aclarar su garganta un par de veces antes de poder decir algo.

Agamenón pareció sorprenderse, como si se hubiera acostumbrado tanto a su mutismo que casi hubiese llegado a creer que no podía hablar. Pero contestó con bastante amabilidad:

—Comprendo que estés fatigada del viaje. Nunca es posible asegurar cuánto durará; con vientos propicios y tiempo adecuado, podríamos llegar antes de dos plenilunios. Con mal tiempo y vientos contrarios, quizá no lleguemos hasta la época más cruda del invierno.

Deseó no haberlo preguntado; la idea de continuar todavía dos meses embarcada le hizo estremecerse. ¿Y qué sería de ella cuando llegasen a Micenas?

Aquel pensamiento debió de reflejarse en su cara, porque él dijo, para tranquilizarla:

—No debes tener miedo. Clitemnestra, mi esposa, es una dama amable y no tratará mal a quien ha sido princesa de Troya. No cree que deba demostrar su realeza, tratando a los demás como a inferiores. En nuestra casa, cualquiera, aunque sea criado o esclavo, es tratado como exige la costumbre, ni mejor ni peor.

No se le había ocurrido a Casandra sentir miedo de Clitemnestra. Era la hermana gemela de Helena y Casandra había considerado a Helena como a una buena amiga. Entonces se le ocurrió que el propio Agamenón temía a su esposa, y que por eso había creído que ella se sentía asustada.

¿La temía por ser reina del país y por haber llegado a ser rey sólo como consorte? Quizás aún alentara en ella el rencor por el maligno truco que había empleado al sacrificar a su hija Ingenia al dios de los vientos; después de todo, Ingenia era la primogénita y tal vez Clitemnestra la considerase como heredera suya.

Casandra recordó las viejas y vulgares chanzas sobre campesinas de mal carácter que acogían a sus maridos infieles ó embriagados golpeándoles la cabeza con un bieldo o un rodillo de amasar. ¿Temía Agamenón semejante recibimiento?

Le miró y advirtió que el miedo era más hondo y más terrible. Por un instante, le pareció como si su rostro estuviera manchado con una sangre que ningún lavado limpiaría; se dijo que era la rojiza luz del sol en el ocaso. Y si en verdad había visto sangre, ¿qué de extraño tendría? Era un hombre sangriento, un guerrero que en su larga carrera había abatido hombres a centenares.

Dejó a un lado las uvas y cambió de postura. Retornaron las irritantes náuseas, que habían remitido un poco. Suspiró y se deslizó de vuelta a la tienda, ansiosa de un nuevo descanso. No, no era posible ocultárselo. Se hallaba encinta, de Agamenón o de otro, y más pronto o más tarde tendría que saberlo.

Aquella noche, el tiempo empeoró; sopló el viento del Norte y la nave fue tan zarandeada que, incluso después de arriar la vela, las grandes olas se abatieron sobre la tienda y Agamenón dio órdenes de que amarrasen todo. Casandra estaba tan mareada por el balanceo y la agitación de la nave que ni siquiera sintió miedo. Permaneció tendida, aferrada a una cuerda con la que la había atado Agamenón para su seguridad, vomitando de vez en cuando. Deseó

que la nave se estrellase contra las rocas o que las olas arrebataran la tienda para poder ahogarse y quedar en paz.

La tormenta se prolongó durante muchos días; e incluso cuando amainó, su único deseo era estar recostada sobre la cubierta e imaginar que estaba muerta. Su única esperanza estribaba en que la violencia que la rodeaba la hiciera abortar. Pero no ocurrió así. Su rabia alternaba con su desesperación. ¿Qué podía hacer ella, cautiva, con un hijo? ¿Criarlo como cualquiera de las esclavas de Agamenón?

Al fin llegó el día que ella sabía que tenía que llegar. Agamenón la observó y dijo: —Estás embarazada.

Asintió hoscamente, sin mirarlo, pero él sonrió y acarició sus cabellos.

—¿Has olvidado, querida, mi promesa de que no serás mi esclava sino mi legítima consorte?

Sin duda había dicho algo semejante, pero no le prestó más atención que a todo lo demás que había dicho mientras ella vomitaba a cada hora.

—No debes temer por nuestro niño. Te doy mi palabra de que no será un esclavo sino que será reconocido y tratado como hijo mío. No confío en los de Clitemnestra. Nuestro hijo será una muestra de cuánto valoro a su madre que fue princesa de Troya.

Apenas era consciente de que trataba de complacerla, de que se consideraba muy generoso e indulgente. ¿Creía en realidad que podía estarle agradecida porque la tratara como a un ser humano?

Supuso que algunas mujeres podrían haberse sentido reconocidas por no haber sido tratadas peor, dado que su poder era ilimitado. Alzó los ojos y dijo, sin sonreír:

—Eres muy amable, mi señor.

Temerosa por vez primera de lo que él pudiese hacer, había pronunciado las palabras que se prometió no pronunciar jamás.

Le complacieron, como ella sabía que tenía que ocurrir; era tan fácil embaucar y halagar a los hombres... Él sonrió y la besó. Se acercó a uno de los grandes y numerosos cofres en los que guardaba su parte en el botín de Troya, extrajo un collar de oro de cuatro vueltas, cada una constituida por numerosos y pequeños eslabones y placas grabadas. Se inclinó y se lo pasó por el cuello.

—Esto va bien con tu belleza. Y si nace un varón, tendrás otro para hacer juego.

Hubiera deseado arrojárselo a la cara. ¡Qué arrogancia, darle como regalo una pequeña parte de lo que había robado a su familia! Luego pensó: Si escapo, este collar, vendiendo los eslabones uno a uno, me llevaría hasta Colquis o

incluso a Creta. Allí está Creusa y quizás Eneas. Sólo tienen hijas y puede que acojan bien a un niño, aunque sea hijo de Agamenón.

¿Como se sentiría si en lugar del hijo que desea, tiene una hija? Eso casi me complacería, pensó, darle lo que no quiere; pero luego reflexionó: ¿Quién de este mundo preferiría una hija para que sufriese a manos de los hombres todo lo que las mujeres sufren?

Pero su corazón se ablandó ante el pensamiento de una niña pequeña como Miel, aunque su padre fuera Agamenón. Si era una niña, la llevaría a Colquis para que pudiese crecer en donde nunca seria una esclava.

Transcurrieron los días y, como había visto ella en otras mujeres que se hallaron en manos de las Fuerzas de la Vida, se tornó indolente y pesada en su andar, y poco dispuesta a levantarse. Pero Agamenón, ahora que conocía su embarazo, se mostraba más amable con ella. Cada día, cuando el tiempo era bueno, la acompañaba por cubierta, insistiendo en que

debía tomar el aire y hacer algún ejercicio. Una vez expresó la esperanza de que arribasen a Micenas antes del parto.

—Tenemos excelentes comadronas allí y estarías segura en sus manos —declaró—. Ignoro si alguna de las mujeres de la nave sabe de tales cosas.

Una de ellas había sido doméstica de su madre y la principal de las parteras del palacio; pero no se lo dijo a Agamenón. Por el contrario, se las arregló para hablar en secreto con aquella mujer y decirle lo que le había sucedido.

—Oh, princesa —dijo—, si le das un varón, te apreciará aún más; te encontrarás segura en Micenas como madre del hijo del rey.

Casandra había esperado que la mujer compartiera su sensación de ultraje, y pensado en preguntarle si podía preparar una pócima de hierbas que la hiciese abortar. Pero su reacción confirmó la creencia de que en todas partes las mujeres apoyaban a sus propios opresores.

En una ocasión en que, sentado junto a ella, Agamenón hablaba del hijo que iban a tener, le preguntó:

—¿Pero no tienes ya un hijo varón de Clitemnestra? Y, siendo el mayor, tendrá prioridad. ¿No es cierto?

—Ah, sí —repuso Agamenón con una sonrisa maligna—. Pero mi reina aprecia sólo a sus hijas; pretendió creer que una de ellas le sucedería en el trono. Incluso envió a nuestro hijo lejos del palacio, para que yo no pudiera adiestrarle en las artes del gobierno.

Casandra, pensó que aquello era lo mejor que había oído de Clitemnestra. Se preguntó cómo había sido posible, incluso por razones de carácter político, que la hermana de Helena hubiera aceptado casarse con Agamenón. Pero tal vez el pueblo no le había dado otra opción o quería un rey que se impusiera con mano férrea sobre sus contrarios.

—Nuestro hijo, Casandra, puede regir tras de mí la ciudad de Micenas. ¿No te complace? ¿Complacerme?

Pero se limitó a sonreírle; había aprendido que, cuando sonreía, él lo tomaba por aceptación y se quedaba más satisfecho que cuando hablaba.

No había en aquella época del año buen tiempo en el mar. Las lluvias y los tuertes vientos parecían no tener fin; y cada vez que avanzaban hacia donde deseaban ir, los vientos crecían y les obligaban a retroceder de manera que siempre estaban en peligro de ser empujados contra las rocas.

Con frecuencia, Agamenón tenía que dirigir el navío a mar abierto para sustraerse al peligro de que la nave se hiciera pedazos en la costa. Parecía como si llevasen meses y meses de navegación, sin hallarse más cerca del lugar al que pretendían llegar. Un día, después de que un viento terrible les mantuvo durante muchas jornadas sin ver tierra, sobrevino una calma matinal. Un marinero acudió a decir a Agamenón que habían avistado una corriente de agua verdosa que se extendía como un río a través del mar. Agamenón avanzó por cubierta, maldiciendo, y ella le oyó gritar a sus hombres. Cuando regresó, parecía furioso, con los rasgos contraídos por la cólera.

—¿Qué pasa? —le preguntó. Estaba tendida en cubierta, tratando desesperadamente de retener en su estómago el poco pan y la fruta que había desayunado.

—Hemos avistado el caudal vertido por el Nilo, el gran río del país de los faraones —le contestó—. Poseidón, que rige los mares y los terremotos, nos ha empujado lejos de nuestra tierra, hasta las costas de Egipto.

—Eso no parece una catástrofe. Decías que necesitábamos alimentos frescos y agua dulce. ¿No podemos hallarlos aquí?

—Oh, sí, pero la noticia de la caída de Troya se ha extendido ya por todo el mundo y esperarán recibir mucho oro por los víveres —murmuró—. Además, cada uno cuenta de modo diferente lo que sucedió...

—Las gentes ignoran que Troya no cayó bajo el poder de las armas y de la estrategia bélica sino a causa de un terremoto —dijo Casandra—. Mas tú podrás decirles lo que más te plazca y no tendrán la descortesía de ponerlo en duda.

La miró irritado, pero en aquel momento el vigía de proa gritó que había avistado tierra. Agamenón fue hacia allí y pronto regresó para decir que habían llegado a Egipto.

Enviaron a la costa a algunos de los hombres, que regresaron con una invitación del faraón para cenar en palacio. Casandra había esperado permanecer echada en la tienda, disfrutando del hecho de que hubiese cesado el balanceo del buque, mas no sería así. Agamenón sacó de sus cofres varios vestidos de seda.

—Ponte el que desees, querida; enviaré a alguna de las mujeres para que te vista, te peine y prenda joyas en tu pelo. Debes estar bella, sí, tan bella como la misma Helena, para honrarme ante la corte del faraón.

Por vez primera, le suplicó:

—Oh, no, te lo ruego. Me encuentro mal... no me pidas eso. Nada te he solicitado hasta ahora, pero, por el hijo que he de darte, evítame esto. Será fácil decirles que estoy enferma; no me exhibas como a una esclava ante un monarca extranjero.

—He afirmado ante ti una y otra vez que no eres una esclava sino mi consorte —le dijo más entristecido que irritado—. Clitemnestra nunca me complació; cuando me des un hijo, serás mi reina.

Lloró, desesperada; él argumentó, la halagó y, por último, salió enfurecido de la tienda.

—No discutiré más contigo, vístete sin demora y yo te enviaré una mujer —dijo, en tono imperioso.

Permaneció tendida, sollozando, y sólo se levantó cuando la mujer que había sido partera de Hécuba penetró en la tienda.

—Vamos, vamos, princesa, no debes seguir llorando de ese modo, dañarás al bebé. Te he traído esto —le tendió una copa de loza con una pócima que exhalaba una fragancia—. Bébetela, sentará tu estómago y estarás muy bella cuando cenes en palacio.

—Eres una mujer malvada. ¿Por qué ha de imponer su voluntad Agamenón? ¿Cómo has llegado a convertirte en su criada más fiel? ¿No puedes darme algo que me ponga tan enferma que incluso él comprenda que no puedo ir?

La mujer la miró, espantada.

—Oh, no sería posible hacer eso; el rey se enfurecería y es preciso que el rey no se irrite, señora.

Colérica, pero sabedora de que su situación era irremediable, Casandra permitió que la mujer la vistiera. Se negó a elegir su indumentaria y dejó que le pusiese un vestido de seda, a listas purpúreas y doradas que había visto lucir a su madre en el palacio. Bebió la pócima, que le hizo sentirse mejor. ¿Qué importaba que Agamenón exhibiera a su princesa cautiva? Si el faraón, de quien había oído que tenía más de cien esposas, sabía algo de la caída de Troya, conocería que no estaba allí por su voluntad; y si no era así, no tenía importancia.

—No es posible fiarse de los vientos en esta estación —dijo el hombre calvo que se llamaba a sí mismo faraón y a quien su corte consideraba un dios encarnado—. Nos complacería que te quedases aquí como invitado nuestro hasta que cambie la estación y puedas contar con vientos que te lleven a Micenas, o adonde quieras ir.

—El señor de los dos países es muy bondadoso —objetó Agamenón—, pero desearía volver a mi tierra sin demora.

—El faraón dio ese consejo al noble Odiseo cuando le acogimos, y Odiseo lo ignoró —manifestó uno de los cortesanos—. Ahora han llegado noticias de que su nave se hizo pedazos contra las rocas de Ea; jamás se volverá a saber de él.

Casandra se entristeció puesto que Hécuba iba en la nave.

—Bien, bien, supongo que es mejor regresar tarde a casa que llegar pronto a las orillas de ningún sitio —dijo Agamenón—. Acepto tu amable invitación para mí y para mis hombres.

Casandra sabía que estaba enojado, puesto que aquello significaba buscar en sus cofres regalos dignos del faraón. Y si permanecían demasiado tiempo, regresaría a su país sin rastro del botín. No eran los primeros en verse empujados hacia aquellas costas. Las salas del faraón mostraban ya objetos reconocibles de la ciudad, incluyendo la imagen de Apolo arrebatada a su templo.

En los días que siguieron, Casandra descubrió que varios sacerdotes y sacerdotisas del templo de Apolo se habían refugiado allí, aunque ninguno era tan amigo de ella como para pedirle apoyo. Habría estallado de júbilo de saber que Filida estaba entre ellos, o incluso Criseida.

Egipto era una tierra cálida y seca, batida por vientos acres del desierto que podían acabar con todo signo de vida si las gentes no se refugiaban al momento. Su daño se advertía incluso en el gran palacio de piedra del faraón.

Sin embargo, al menos se hallaba en tierra, y mejor que batida diariamente por el viento y el mar.

Casandra estaba complacida por aquel descanso. Los egipcios murmuraban acerca de Agamenón, y una de las domésticas le dijo en secreto que todo el mundo en Egipto sabía que, tras la muerte de Ingenia, Clitemnestra había jurado venganza y tomado un amante, un primo suyo Hámago Egisto, y que vivía con él en el palacio de Micenas. Casandra se limitó a comentar:

—¿Y por qué no iba a tener un amante? Agamenón, lejos en Troya, no le servía como marido.

Pero los egipcios también adoraban dioses masculinos y consideraban que la esposa de un hombre debía realizar cuanto él le ordenase y que lo peor que podía hacer una mujer era compartir el lecho con algún hombre que no fuese su marido. Si la esposa de un rey se comportaba de esa forma, atraería la desgracia a todo el país. Casandra sólo podía esperar que Agamenón no oyera la historia y se sintiese objeto de otro agravio. Hablaba con frecuencia de alejar a Clitemnestra y de hacer a Casandra reina legítima, y eso era lo último que ella deseaba.

Oyó incluso que Clitemnestra, sintiéndose rejuvenecida cuando llevó a Egisto a su lecho, desheredó a todos los efectos a la hija que le quedaba, Electra, casándola con un hombre de humilde cuna que había sido porquerizo del palacio o algo semejante. Quienes veneraban a las reinas estimaban por lo general que una reina, pasada ya su edad fértil, debía abdicar en favor de su hija. En consecuencia, los habitantes de Micenas opinaban que Clitemnestra tendría que haber casado a Electra con Egisto y permitido que ésta ocupara su trono. Todos estaban de acuerdo en que Electra había sido unida en matrimonio a un hombre al que posiblemente nadie aceptaría como rey.

Agamenón supo por fin la historia referente al matrimonio de Electra. Y se mostró colérico. Pero tuvieron buen cuidado de que no llegase a sus oídos nada relativo al amante de Clitemnestra.

—Clitemnestra no tiene derecho a hacer eso con nuestra hija; ha obrado como si me considerase muerto. A mí me correspondía disponer la boda de Electra, un matrimonio dinástico que me habría proporcionado aliados. Odiseo habló de casar a su hijo Telémaco; y ahora que se ha perdido la nave de su padre, éste necesitará aliados poderosos para defender Itaca de quienes ambicionan conseguirla.

»O podía haberla unido al hijo de Aquiles: nunca se casó formalmente con su prima Deidamia, pero oí que sedujo a la muchacha y que ésta tuvo un hijo. Pues bien, cuando llegue a mi país, Clitemnestra sabrá que pretendo poner orden en mi casa y que va a concluir su mando. Electra, viuda, resultará igualmente valiosa como peón nupcial; la muchacha no puede tener más de quince años. Y será tu hijo y no Orestes, el de Clitemnestra, quien se siente en el Trono del León cuando yo haya desaparecido.

Casandra se había dado cuenta de que los aqueos pensaban demasiado en las brujas que les sucederían; daba la impresión de ser su forma de aceptar la idea de la muerte, porque no parecían tener concepto de una vida ulterior. No era extraño que careciesen de un código de normas de conducta; no creían que sus dioses fueran a pedirles cuenta en la otra vida de todo lo que hicieron en ésta.

Los días en el tranquilo país egipcio se sucedían tan iguales unos a otros, que Casandra apenas era consciente del transcurso del tiempo; sólo por el crecimiento del niño en su seno se daba cuenta de que se acercaba el momento. Al fin, la estación estuvo lo bastante avanzada para que el faraón dijese que podían zarpar; pero aquella misma noche Casandra inició su parto, y al amanecer del día siguiente dio a luz a un pequeño varón.

—Mi hijo —declaró Agamenón, tomando el bebé para examinarlo cuidadosamente—. Es muy pequeño.

—Pero sano y fuerte —dijo solícita la partera—. En verdad, mi señor Agamenón, que los niños tan pequeños suelen crecer hasta ser más altos que aquellos que nacieron grandes. Y la princesa es una mujer de caderas estrechas; difícil le hubiera sido parir un hijo de talla adecuada a la tuya. Agamenón sonrió al oír esas palabras, y besó al niño. —Mi hijo —repitió a Casandra. Pero ésta apartó la mirada. —O el de Ayax —dijo.

Frunció el entrecejo disgustado de que se le recordase esa posibilidad.

—No, creo que se me parece —aseguró. Confió en que te complazca pensarlo, pensó ella, pero eso no aumentará la belleza del pobre niño.

—¿Le llamaremos Príamo como tu padre? ¿Un Príamo en el Trono del León?

—A ti corresponde decidirlo.

—Bien, lo pensaré. Eres profetisa; quizá pueda ocurrírsete un nombre cargado de buenos presagios. Se inclinó y devolvió al niño junto a su seno. Pero no hay buenos presagios para un hijo de Agamenón, pensó ella, recordando que en su país aguardaban Clitemnestra y su nuevo rey. Nunca se sentarían en el Trono de León de Micenas ni aquel niño ni Orestes, el hijo de Clitemnestra.

Sintió en su cabeza el zumbido lejano y conocido, y el sol cegó sus ojos. El niño pareció pesar menos en sus brazos. ¿O lo había soltado? Creyó que la visión la había abandonado para siempre; no consiguió salvar a su pueblo ni a los seres queridos con su don profético y se había considerado al fin libre de aquella carga.

Entonces vio la enorme hacha de doble hoja que cortaba las cabezas de los grandes toros de Creta y a Agamenón, tambaleándose, con sus ojos llenos de sangre.

Se llevó las manos a sus propios ojos para cerrarlos a la visión.

—Sangre —murmuró— como la de los toros de. Creta. Pero no de un sacrificio...

Él se inclinó para acariciar sus cabellos.

—¿Qué has dicho? ¿Un toro? Bien, por este espléndido regalo, entregaré un toro a Zeus Tonante. Pero no aquí, en Egipto; aguardaremos a llegar a mi país en donde tengo toros en abundancia y no es preciso pagar las enormes cantidades que aquí exigen los sacerdotes por el sacrificio de animales. Creo que Zeus esperará hasta entonces los homenajes adecuados; pero, cuanto te levantes, puedes sacrificar un par de pichones a su Madre Tierra en agradecimiento por este magnífico niño.

Tal vez, eso fue lo que vi, pensó, un sacrificio de algún modo fallido. Pero de repente todo su rencor se esfumó; lo había odiado y despreciado, pero ahora le veía entre los muertos y se preguntó si después de la muerte tendría que enfrentarse con todos los hombres que había matado en combate. Héctor le dijo que, cuando cruzó la puerta de la muerte, fue recibido por Patroclo. Pero sería diferente para Agamenón, como sabía que habría sido para Aquiles.

Permaneció en la cama más de lo necesario, sabiendo que en cuanto pudiera andar, Agamenón pondría rumbo hacia el puerto de Micenas. Y se había sentido tan mal durante el viaje que la había llevado allí que ahora le aterraba volver al mar.

Finalmente decidió llamar a su hijo Agatón. Antes de su nacimiento, no podía imaginar que querría a un niño así concebido, y sospechaba que gran parte del malestar que había acompañado su embarazo sólo era repulsión ante la idea de que aquel parásito de la violación hubiera anidado en su seno y continuara en él. Si hubiese resultado emponzoñado por su odio hasta el punto de nacer con dos cabezas o la cara desfigurada, lo habría considerado lógico.

Y sin embargo allí estaba junto a su pecho, tan pequeño e inocente, y nada podía ver en él que fuese como Agamenón. Era simplemente como cualquier otro recién nacido, muy pequeño desde luego, pero todo en él se hallaba perfectamente formado, hasta las uñitas de los diminutos dedos de sus manos y sus pies.

Qué extraño era pensar que aquel ser, tan diminuto y suave que hubiera podido yacer en el centro del gran escudo de su padre y dejar sitio para un perro de buen tamaño, pudiese llegar a destruir una poderosa ciudad. Pero por ahora era todo suavidad y fragancia de leche y cuando rozó su seno no pudo evitar el recuerdo de Miel, desvalida en sus brazos. ¿Por qué culpar a esta criatura perfecta de lo que su padre había hecho?

Mas sabía que, como Clitemnestra, ella procuraría enviar lejos a su hijo para que Agamenón no pudiera adiestrarlo en las artes del gobierno. No le complacía la idea de que pudiera sentarse algún día en el Trono del León. No deseaba que su hijo se educara como los hijos de los aqueos.

Supuso que Helena habría dado ya a luz al último descendiente de Paris, y se preguntó si Menelao habría cumplido su amenaza y abandonado al niño. Aquello formaba parte de la clase de cosas que podía esperarse de ellos; los aqueos parecían cuidarse tan sólo de sus propios hijos, como si un niño pudiera ser de alguien que no fuese la madre que lo dio a luz.

Agamenón ni siquiera sabía si el niño era suyo, de Ayax o..., de Eneas. Cuidaría de no volver a mencionar eso. Era hijo de ella, y no de hombre alguno. Pero guardaría silencio y dejaría que Agamenón pensara lo que quisiese, por su seguridad.

Envolvió al bebé en los pañales que le habían proporcionado en el palacio del faraón y recorrió las calles de la ciudad con una de las mujeres de la casa real que había parido el día anterior. En el templo de la diosa, una, imagen repulsiva de una mujer con grandes ubres como las de una vaca y cabeza de cocodrilo, sacrificó un par de pichones y se arrodilló, tratando de rezar.

Era una extraña en aquella tierra y una extraña para aquella diosa. Supuso que no existía tanta diferencia entre la diosa de los cocodrilos y la diosa de las serpientes, pero ninguna oración brotó de sus labios ni logró penetrar en el futuro para ver si sería propicio al niño.

Debería haber acudido a la casa del Sol; allí, en Egipto, era el más grande de los dioses y se le llamaba Ra. Pero aún desconfiaba del dios que había sido incapaz de salvar a su ciudad y no se acercaría a él.

Si no pudo salvarnos, no es un dios; si pudo y no quiso, ¿qué clase de dios es?

Al día siguiente, los bienes de Agamenón fueron preparados y cargados, entregó sus últimos regalos al faraón y partieron.

A Casandra le aterraba volver a marearse, pero esta vez experimentó tan sólo unas pequeñas náuseas la noche en que la tripulación levó el ancla, y a la mañana siguiente se sentía completamente bien. Comió frutas y el pan compacto de la nave con buen apetito y se sentó en cubierta, con el bebé en brazos. La enfermedad había sido pues efecto secundario de la herida de la cabeza, y luego del embarazo.

Nada sabía de naves ni de navegación, pero Agamenón se mostraba complacido con los fuertes vientos que día tras día les empujaban a través de las claras y azules aguas. El bebé se reveló tan buen marinero como su padre. Mamaba con fuerza y parecía aumentar de peso cada día. Sus manitas se hicieron más modeladas; su nariz y su barbilla, antes simples bultitos, cobraron precisión. Se le ocurrió que, considerando la forma de esto último, bien pudiera ser el hijo de Agamenón. A su padre le gustaba cogerlo y agitarlo para hacerle reír. Eso era lo último que hubiera esperado. Bien, Héctor e incluso Paris disfrutaban jugando con sus hijos. Por doloroso que fuera reconocerlo, los aqueos no diferían gran cosa de los demás hombres.

Una mañana, justo cuando empezaba a amanecer, salió a cubierta para lavar los pañales del niño en un cubo de agua de mar y ponerlos después a secar. La nave se hallaba en silencio. Sólo el hombre del gobernalle estaba en popa. Los vientos eran tan fuertes que no se necesitaba de los remos más que en las maniobras muy próximas a tierra.

Miró de una a otra parte del horizonte; el mar estaba en calma y, en aquel momento la nave pasaba entre dos costas. Una era una montaña que se alzaba abrupta sobre ellos, cuya sombra casi llegaba al barco. La otra era una lengua de tierra larga, y baja, desprovista de árboles. De repente, del lado de la montaña, surgió un chorro ígneo que se elevó hacia el cielo como si allí hubiera brotado una flor de fuego. El hombre del gobernalle lanzó un grito de alegría y llamó a voces a uno de sus compañeros para que fuera a ocuparse del remo.

Agamenón apareció en cubierta y gritó a la tripulación:

—¡Ahí está, mis valientes! ¡La baliza de nuestro cabo!

¡Después de todos estos años, volvemos por fin a casa! ¡Un toro para Zeus Tonante!

La luz del sol se reflejó en sus ojos, tan roja como la sangre, pensó Casandra. Sus propios ojos estaban fatigados y resecos, y de pronto sintió que él no debería alegrarse tanto por volver a casa. ¿Quién podía saber lo que encontraría allí?

Ella se dirigió hacia la barandilla con el niño en sus brazos, y se quedó junto a él. —¿Qué es eso? —preguntó.

—Cuando abandoné mi tierra ordené que se dispusiera una gran pila de leña y que allí hubiese un vigía en todo momento. Cuando zarpé, envié aviso con un mensajero para que se preparasen a avistar mi nave. Ahora nos han visto y lo comunicarán al palacio. Nos prepararán un festín.

»Será magnífico hallarse en casa de nuevo. Ansió mostrarte mi tierra y el palacio donde reinarás, Casandra. —Tomó al niño de sus brazos, inclinándose sobre su carita y añadió—: Tu país, hijo mío; el trono de tu padre. Casandra, ¿por qué estás tan silenciosa?

—Éste no es mi país —respondió—, y estoy segura de que Clitemnestra no me dispensará una jubilosa acogida, por mucho que anhele verte de nuevo. Y temo por mi hijo. Clitemnestra...

—No tienes por qué temer nada —dijo él, con arrogancia—. Entre los aqueos, las mujeres son esposas sumisas. No se atreverá a formular una sola palabra de protesta. Tuvo las manos libres mientras yo estuve ausente; pronto sabrá lo que espero de ella y hará cuanto le diga o le pesará, créeme.

—Hace frío. Iré a buscar mi manto. —A mí me parece que la temperatura es templada, pero quizá sea porque éste es el puerto de mi ciudad natal. Mira, ahora puedes ver el palacio sobre la colina y las murallas, construidas por los titanes hace siglos. A este puerto se le llama Nauplia.

Casandra fue a buscar su manto y luego permaneció junto a Agamenón en la proa, mientras la mujer que había sido partera de su madre se ocupaba del niño.

Arriaron la gran vela y los remeros ocuparon sus puestos para la maniobra de la entrada en el puerto; la nave se deslizaba suavemente por las aguas protegidas por la lengua de tierra.

Entonces vio a cierto número de personas a lo largo del malecón. Cuando la nave se acercó, un hombre lanzó un grito de júbilo y los soldados de Agamenón, agrupados en la borda de la nave, empezaron a manotear y a vocear a quienes conocían en tierra.

Pero la mayoría de los espectadores estaban en silencio cuando la nave se acercó al muelle lentamente. Aquel silencio le pareció ominoso a Casandra. Se estremeció aun envuelta en el rico y cálido manto, y tomó al bebé de los brazos de la mujer para sostenerlo contra su cuerpo.

La proa de la nave golpeó con suavidad el muelle. Agamenón fue el primero en saltar a tierra; y, una vez allí, se arrodilló en el suelo y besó solemnemente las piedras del muelle, proclamando a toda voz:

—¡Doy gracias al Tonante por haberme devuelto sano y salvo a mi tierra!

Un hombre alto y pelirrojo con un collar de oro en torno al cuello se acercó a él y dijo, tras hacer una reverencia:

—Agamenón, mi señor. Soy Egisto, pariente de tu reina; me ha enviado con estos soldados para escoltarte con gran honor hasta el palacio.

Los hombres cerraron filas en torno Agamenón. A Casandra le dio la impresión de que eran la guardia de un prisionero más que la escolta de un rey. Agamenón se mostraba molesto: ella pudo advertir que aquello le disgustaba. Sin embargo fue con ellos sin protestar.

Uno de los hombres del muelle saltó a bordo y se acercó a Casandra.

—¿Eres tú la hija del Príamo de Troya? La reina te manda llamar y te asegura que serás tratada con todo respeto. Tenemos un carro para ti, tu hijo y tu doméstica.

Le tendió su mano y le ayudó a pasar el muelle, instalándola en el carro con el bebé sobre sus rodillas y la doméstica acurrucada a sus pies.

Pese a tal acogida, y que el camino hasta el palacio era tan empinado que temió tener que subirlo a pie, Casandra se sintió inquieta. Las pétreas murallas del gran palacio, casi tan enormes como las destruidas de Troya, parecían desaprobarla, sumidas en las sombras. Pasaron bajo una

gran puerta sobre la que dos leonas, pintadas con vivos colores, montaban guardia frente a frente. Mientras el carro traqueteaba a través de la Puerta del León se preguntó si representaban a los antiguos dioses del lugar o si eran el emblema propio de Agamenón. Pero se trataba de leonas, no de leones, y, en cualquier caso, Agamenón había llegado hasta allí como consorte de la reina conforme a las antiguas costumbres ¿Símbolo entonces de Clitemnestra?

Por delante del carro iban Agamenón y su guardia de honor, con Egisto. Tras la Puerta del León se extendía una ciudad construida sobre la ladera, de la misma forma que Troya: el palacio, templos, jardines, uno sobre otro, con muros alzados en muchas terrazas y balcones.

Era una ciudad bella pero tenebrosa; sus densas sombras cayeron sobre Agamenón mientras avanzaba rodeado de soldados.

En las escalinatas del palacio apareció una mujer, alta y majestuosa. Sus rubios cabellos, de bucles recién formados con tenacillas, flameaban al sol de la mañana. Iba regiamente ataviada al estilo cretense: corpiño de encaje muy escotado y una falda de volantes, cada uno teñido de un color distinto.

Casandra apreció al momento su gran parecido con Helena. Debía de ser su hermana Clitemnestra. La reina cruzó entre la escolta y se inclinó profundamente ante Agamenón. Su voz era clara y dulce.

—Señor, con gran júbilo se te recibe desde estas costas al palacio donde antaño gobernaste a mi lado. Hemos esperado largo tiempo este día.

Le tendió las dos manos; él las tomó ceremoniosamente y las besó.

—Es una alegría volver a casa.

—Hemos dispuesto una celebración y un sacrificio adecuados para la ocasión, —dijo ella—. Apenas puedo aguardar a matarte.

No, pensó Casandra espantada. No puede ser que haya dicho eso; pero es lo que yo he oído.

Lo que en realidad dijo Clitemnestra fue:

—Apenas puedo aguardar a verte ocupar el puesto que hemos preparado para ti.

—Todo está listo para tu baño y el festín —añadió Clitemnestra—. Estamos completamente dispuestos para verte yacer muerto entre los sacrificios.

Una vez más Casandra había oído lo que Clitemnestra pensaba, no lo que en realidad habían expresado sus labios. Así que, de nuevo, sin desearlo, tuvo la visión de lo que iba a suceder.

Clitemnestra señaló a Agamenón con un gesto los peldaños del palacio.

—Todo está a punto, señor; entra y oficia el sacrificio. Él se inclinó y empezó a subir la escalinata. Clitemnestra le vio ascender con una sonrisa que hizo estremecer a Casandra ¿No podía verla él?

Pero el rey avanzó sin titubeos. En el preciso momento en que llegaba ante las grandes puertas de bronce que coronaban la escalinata, Egisto, armado con la gran hacha de los sacrificios, las abrió y le hizo entrar. Las puertas se cerraron tras él.

Clitemnestra bajó los peldaños hasta el carro. —¿Eres la princesa troyana, la hija de Príamo? Mi hermana envió a decirme que fuiste la única amiga que halló en Troya.

Casandra se inclinó; no estaba segura de que el siguiente paso de Clitemnestra no fuese atravesar su corazón con un cuchillo.

—Soy Casandra de Troya, y en Colquis fui consagrada sacerdotisa de la Madre Serpiente.

Clitemnestra observó al niño que llevaba en sus brazos. —¿Es hijo de Agamenón?

—No —repuso Casandra, ignorando de donde le llegó el valor para hablar con tal audacia—. Es mi hijo.

—Bien —afirmó Clitemnestra—, no queremos hijos del rey en esta tierra. Que viva entonces.

En aquel momento se oyó un gran grito a través de las puertas de bronce. Alguien las abrió desde dentro, y en lo alto de la escalinata, apareció Agamenón, huyendo. Tras él surgió Egisto, que empuñaba la gran hacha ceremonial de doble hoja. La volteó y la dejó caer sobre el cráneo del rey fugitivo. Agamenón se tambaleó y cayó rodando por los peldaños hasta llegar casi a los pies de Clitemnestra. Ésta proclamó:

—¡Gentes de la ciudad, sed testigos, así venga a Ingenia vuestra Señora!

Estalló un jubiloso vocerío y un grito de triunfo. Bajó Egisto con el hacha ensangrentada y se la entregó. Varios soldados de Agamenón se rebelaron contra aquello pero la guardia de Egisto les abatió rápidamente.

Clitemnestra preguntó a Casandra, con furia:

—¿Tienes algo que decir, princesa de Troya que pensabas quizá ser reina aquí?

—Sólo que hubiera deseado empuñar yo el hacha —contestó Casandra, invadida por un júbilo salvaje.

Se inclinó ante Clitemnestra y añadió:

—En nombre de la diosa, has vengado los agravios que le han sido inferidos. Cuando una mujer es agraviada, también ella lo es.

Clitemnestra le devolvió la reverencia y tomó sus manos:

—Eres sacerdotisa y sabía que lo entenderías —dijo, contemplando la carita del niño dormido—. No te guardo rencor. Haremos que retornen aquí las viejas costumbres. Helena no tiene valor para hacerlo en Esparta pero yo lo conseguiré. ¿Te quedarás aquí entonces y serás la sacerdotisa de la diosa? Puedes ingresar en su templo si lo deseas.

El corazón de Casandra aún latía con fuerza ante lo repentino de su liberación. A través de las facciones de Clitemnestra aun veía el ansia de destrucción; aquella mujer había vengado el deshonor inferido a la diosa, pero Casandra aún la temía. La diosa adoptaba muchas formas pero, en aquélla, Casandra no la amaba. Jamás se había enfrentado con una mujer tan fuerte: princesa y sacerdotisa. Por una vez había hallado una fuerza superior a la suya.

¿O sería quizás que advertía en Clitemnestra el antiguo poder de la diosa tal como había sido antes de que los dioses y los reyes invadieran aquella tierra? No podía servir a esta diosa.

—No me es posible —contestó con tanta serenidad como consiguió reunir—. Éste no es mi país, reina.

—¿Regresarás entonces al tuyo?

—No puedo volver a Troya. Si me autorizas a partir, buscaré en Colquis a las mujeres de mi familia.

—¿Un viaje como ése, con un niño de pecho? —preguntó Clitemnestra, sorprendida.

Entonces se produjo un extraño cambio en la cara de Clitemnestra. Una paz sobrenatural relajó sus duros rasgos y pareció resplandecer desde dentro. Una voz que Casandra conocía muy bien dijo:

Sí, Yo te llamo. Sal al instante de ese lugar, hija mía.

Casandra se inclinó hasta el suelo, había llegado la palabra. Aún no tenía idea de cómo viajaría o qué sería de ella, pero se hallaba de nuevo bajo la protección de la voz que la llamó por vez primera cuando era sólo un niña.

La sacerdotisa de Colquis le había dicho: Los Inmortales se comprenden unos a otros.

—Solicito permiso para partir sin demora —dijo.

—No debemos retener a quien un dios ha llamado —contestó Clitemnestra—. ¿Pero no necesitas descanso, ropa limpia y alimentos para ti y para el niño?

—Nada preciso —dijo Casandra, sabiendo que con el oro que Agamenón le había dado se hallaba bien provista.

No deseaba aceptar nada de Clitemnestra... ni de la diosa de aquel lugar.

Partió al cabo de una hora.

Con el niño colgado de su chal, se dirigió al puerto donde encontraría una nave que los llevase durante la primera etapa de este arduo viaje a través de medio mundo hasta llegar ante su pariente Imandra y las puertas de hierro de Colquis. Y sobre todo, ya no estaba ciega ni privada del don de la profecía; era ella misma otra vez y, después de todos los sufrimientos, sabía que los dioses no la habían abandonado.

En los muelles se le acercó una mujer, vestida con una raída túnica de color terroso y la cara cubierta por un andrajoso chail.

—¿Eres la princesa troyana? —inquirió—. Yo me dirijo a Colquis y he oído que vas hacia allá.

—Sí, lo soy; pero, ¿por qué...?

—También voy a Colquis —volvió a decir la mujer—. Un dios me ha dicho que me dirija allí. ¿Puedo ir contigo?

—¿Quién eres?

—Me llaman Zakintia.

Casandra la miró y nada pudo ver. Tal vez la mujer fuese hacia ella por obra del destino: en cualquier caso, ningún dios lo prohibía. E incluso Clitemnestra había dudado de su capacidad para hacer sola tan largo viaje con un niño de pecho. Con un suspiro de alivio desató el chal del que colgaba su hijo y se lo entregó.

—Toma —dijo—. Puedes llevarlo hasta que tenga que darle de mamar.

# EPÍLOGO

La mujer era mansa y obediente, sumisa incluso; cuidaba del niño acunándole y manteniéndolo tranquilo. Casandra, presa de nuevos accesos de mareo, tenía escasa oportunidad de prestar mucha atención a su hijo o a la mujer, aunque la observó durante varios días para asegurarse de que cabía confiar en que la sirviente, de quien al fin y al cabo nada sabía, no maltrataba o descuidaba al bebé cuando creía que nadie la miraba. Parecía responsable y atenta con el niño; le cantaba y jugaba con él como si realmente le gustasen los pequeños. Tras unos días, Casandra decidió que había tenido muchísima suerte al encontrar una buena criada que lo atendiese y relajó un poco la vigilancia.

Sin embargo, empezaba a sospechar que su acompañante no era lo que decía ser. Bajo sus harapientos vestidos, parecía fuerte y sana. Casandra sólo podía suponer su edad, quizás treinta años, o más. Cuando estaba a su lado se mostraba modesta en sus modales, pero su voz era áspera y ruda y su comportamiento con los marineros y tripulantes tan libre como la de las amazonas. Luego, un día sobre cubierta, Casandra advirtió que un golpe de viento ceñía el vestido de Zakintia contra su pecho y le pareció demasiado plano para ser femenino. Sus piernas, reparó también, eran velludas y musculosas y su cara tenía aspecto de no haber conocido nunca cosméticos ni aceites suavizantes. Entonces consideró la posibilidad de que Zakintia no fuese mujer sino hombre.

—¿Por qué la buscaría bajo el disfraz de una mujer? Y sin embargo, de ser un hombre, quizás trataría de sacar ventaja de ella aunque, viendo su reflejo en un cuenco de agua, no pudo imaginar que hombre alguno la deseara. Ahora estaba empalidecida por el mareo, vestida con prendas harapientas y su cuerpo aún seguía deformado tras el parto. Incluso así, decidió dormir con Agatón en sus brazos; si un bebé no disuadía a un violador, probablemente nada lo conseguiría, excepto su cuchillo.

Una noche de tormenta, cuando la nave era sacudida como si fuese un corcho por las fuertes olas, Zakintia extendió su manta junto a la de Casandra y se ofreció a llevar el bebé a su propia yacija. El oleaje hizo que sus lechos se desplazaran juntos de uno a otro lado del pequeño y repleto camarote, hasta que al fin Zakintia, cuyo talla y peso eran mayores, tomó a Casandra en sus brazos.

Ella, mareada y fatigada, sólo sintió alivio ante la protección que el cuerpo de Zakintia le brindaba contra la constante agitación.

Tras este incidente, remitió parte de su temor. Con seguridad ningún hombre corriente hubiera desperdiciado semejante oportunidad. Empezó a considerar otras posibilidades. Tal vez fuese un eunuco o un sacerdote curandero con voto de castidad. ¿Más por qué vestía entonces prendas femeninas y se hacía pasar por mujer? Al final decidió que aquello carecía de importancia; y transcurrido cierto tiempo, optó por no preocuparse de si su acompañante era mujer u hombre, puesto que él o ella le había demostrado una amistad en la que Casandra confiaba y empezaba a apreciar. El pequeño también quería a su niñera y siempre se mostraba dispuesto a dejar los brazos de su madre para que lo acunasen los de Zakintia.

Cuando la nave llegó a puerto, y desembarcaron, Casandra se dirigió al mercado en busca de caballos.

—Pero, señora, —dijo el tratante— no puedes viajar con un bebé y una sola sirvienta por el país de los centauros.

—Creo que ninguno quedó con vida —declaró Casandra—. Y de todas formas no les temo.

Esperaba encontrar en su viaje a algunos de los miembros de la raza desaparecida. Solo tuvo que entregar un eslabón de oro a cambio de los caballos y los víveres para el viaje. Adquirió también para sí un manto que podía hacer las veces de manta sobre la que dormir o de tienda.

—Tendríamos que conseguir otra túnica para ti, Zakintia —dijo, entregándole el retal de un paño con el que poder hacer un manto para el niño—. La tuya está tan destrozada que pareces una mendiga. He pensado que antes de reanudar el viaje debería cortarme el pelo y vestir ropas de hombre. El bebé pronto podrá ser destetado y con seguridad encontraremos cabras por allí. Quizá sea más seguro viajar así por un país tan despoblado como ése, ¿qué opinas? Eres más alta y fuerte que yo; quizás tendrías un aspecto más temible como hombre.

Su acompañante se quedó inmóvil pero lanzó un suspiro de consternación antes de contestarle en voz baja:

—Debes hacer, señora, lo que creas mejor; pero yo no puedo ponerme ropas de hombre ni viajar como tal.

—¿Por qué no?

Zakintia desvió su mirada.

—Es un voto. No me es posible decir más.

Casandra se encogió de hombros.

—Entonces viajaremos como mujeres.

Casandra alzó la vista hacia las puertas de Colquis y recordó la primera vez que las vio, cuando era una muchacha y formaba parte del grupo de amazonas de Pentesilea. Ella había cambiado y el mundo había cambiado pero las grandes puertas seguían siendo tal como fueron.

—Colquis —le dijo suavemente su acompañante—. Al fin los dioses nos han traído hasta aquí.

Dejó a Agatón, que empezaba a dar sus primeros pasos, en el suelo. Pensó que si el viaje no hubiese sido tan largo tal vez ya supiera andar. Pero se había visto obligada a cargar con él la mayor parte del tiempo, sin permitirle andar a gatas antes de que diera sus primeros pasos. Tenía ya casi dos años; y en su acentuado mentón, sus oscuros ojos y sus cabellos negros y rizados, se podía ver que era hijo de Agamenón.

Al menos no sería educado en la versión de la virilidad

que tenía su padre.

Fue un camino largo; pero no interminable como le había parecido. Viajaron de noche la mayor parte del tiempo, ocultándose de día en bosques y zanjas. Había gastado varios pares de sandalias y las prendas que vestía ya sólo eran harapos. Tuvo pocas oportunidades de sustituirlas.

Se encontraron con soldados, veteranos del saqueo de Troya, pero no vieron ni oyeron nada referente a los centauros; y cuando preguntó por ellos, comprobó que se les consideraba personajes legendarios y, a veces, la acusaron de difundir falsedades, o sonreían disimulada y desdeñosamente cuando ella afirmaba haberles visto en su juventud.

Se ocultaron a bandas de ladrones, sobornaron para conservar su libertad y emplearon su ingenio y, a veces sus cuchillos, para escapar de los peligros. Pasaron frío y hambre; y en ocasiones, ni siquiera a cambio de oro hallaron víveres. Se detuvieron una o dos veces durante una temporada entera para desempeñar un trabajo de hilado o cuidar de animales.

Viajaron durante algún tiempo con un hombre que exhibía serpientes danzantes. Se unieron en una o dos ocasiones a otros viajeros solitarios y se perdieron en largos trechos.

Y tras tantas aventuras, que Casandra sabía que nunca se atrevería a referir, llegaban sanos y salvos a Colquis.

Tomó al niño en brazos para cruzar las puertas. Era consciente de que tenía la apariencia de una mendiga. El manto que llevaba era el azul, ahora descolorido, con el que Agamenón la cubrió cuando subió a la nave. Vestía una deformada túnica de lana cruda y se sujetaba el pelo con una tira de cuero que antes había empleado para atarse una sandalia. Zakintia presentaba, de ser posible, peor aspecto; más parecía un rufián que una mendiga. Sus sandalias estaban destrozadas y tendría que proveerse de otro par en Colquis aunque éste no fuese el lugar de su destino.

Pero consiguieron que el niño se mantuviera abrigado y bien vestido. Su túnica, aunque ya le quedase corta, era de un buen paño de lana, que había adquirido en una ciudad del camino, sujeta con un broche de oro; y sus sandalias eran sólidas y fuertes. A veces pensaba que se parecía más a su hermano Paris que a Agamenón.

—Ya hemos llegado al final de nuestro viaje —le dijo a Zakintia.

Preguntó a una mujer con la que se cruzaron por el camino del palacio y si aun gobernaba la reina Imandra.

—Sí, aunque cada vez está más vieja —le contestó—. Han llegado del palacio rumores de que se halla mortal-mente enferma, pero yo no lo creo. —Observó el andrajoso manto de Casandra—. ¿Y qué puede desear de nuestra reina alguien como tú?

Casandra se limitó a dar las gracias a la mujer por su información, y no contestó a su pregunta. Emprendió el camino hacia el palacio y Zakintia tomó al niño.

Al subir los peldaños de la escalinata, Casandra alisó nerviosamente sus cabellos con los dedos. Tal vez hubiera debido detenerse en el mercado y proveerse de las ropas adecuadas para visitar a la reina.

Habló a quien montaba guardia, una mujer que Casandra reconoció de su anterior estancia en Colquis.

—Solicito audiencia de la reina Imandra.

—Me parece muy bien —dijo la mujer, en tono desdeñoso—. Pero ella no recibe a todos los mendigos que vienen a verla.

Casandra llamó a la mujer por su nombre.

—¿No me conoces? Tu hermana era una de mis novicias en el templo de la Madre Serpiente.

—¡Casandra, mi señora! —exclamó la mujer—. Pero si nos llegaron noticias de que habías muerto...

Casandra sonrió.

—Como ves, estoy viva. Te ruego que me conduzcas ante la reina.

—Se alegrará de saber que sobreviviste a la caída de Troya. Te lloró como si hubieras sido su propia hija.

La mujer deseaba llevarla a una de las cámaras para invitados con objeto de que se arreglasen para la audiencia, pero Casandra se negó. Pidió a Zakintia que la esperase, pero su acompañante negó con la cabeza.

—También estoy aquí por obra de la diosa —repuso—. Y sólo a Imandra le puedo revelar por qué he venido.

Ansiosa de conocer su historia, Casandra accedió. Unos instantes después se hallaba en brazos de su pariente.

—Creí que habías muerto en Troya —declaró Imandra—. Como Hécuba y los demás.

—Pero mi madre partió de Troya con Odiseo.

—No, una de sus mujeres llegó hasta aquí y afirmó que murió, con el corazón destrozado, cuando cargaban las naves. Odiseo naufragó después y nadie ha oído hablar de él desde entonces, hace cerca de tres años. Andrómaca fue entregada a uno de los reyes aqueos, no puedo recordar su bárbaro nombre, pero he sabido que vive. ¿Es éste tu hijo? —Imandra tomó al pequeño y lo besó—. Así que algún bien surgió de tantas penalidades.

—Bueno, estoy viva y he conseguido llegar hasta aquí.

Después empezaron a hablar del resto de los supervivientes. Helena y Menelao aún reinaban en Esparta, y Hermione, la hija de Helena, había sido prometida al hijo de Odiseo. Clitemnestra había muerto de parto y su hijo Orestes había matado a Egisto y recobrado el Trono del León de Agamenón.

—¿Y has sabido algo de Eneas? —preguntó Casandra, mientras evocaba con dulce melancolía las noches estrelladas del último y fatídico verano de Troya.

—Sí, se ha hablado mucho de sus aventuras. Visitó Cartago y tuvo amores con su reina. Dicen que cuando los dioses le mandaron partir, ella se suicidó, desesperada; pero no lo creo. Mas si la reina fue lo bastante estúpida para matarse por un hombre, traicionó su dignidad. No podría decirse gran cosa de una mujer así, y menos aún de una reina. Luego los dioses le ordenaron dirigirse al Norte donde, aseguran, llevó el Paladio del templo troyano de la Doncella y fundó una ciudad.

—Me alegra saber que se salvó —afirmó Casandra.

Tal vez debería haber ido con Eneas a su nuevo mundo pero ningún dios la había llamado. Eneas tenía su propio destino, que no coincidía con el de ella.

—¿Y Creusa? —preguntó después.

—De ella nada sé —repuso Imandra—. ¿Consiguió escapar de Troya?

Casandra meditó un momento. Recordaba la partida de Creusa, pero había pasado tanto tiempo y tantas cosas que, se preguntó si lo había soñado. Para ella, todos los hechos que rodeaban a la caída de la ciudad eran ahora como sueños.

—¿Recuerdas a mi hija Perla? —preguntó Imandra—. Ven aquí, niña, y saluda a tu pariente.

La niña se aproximó y saludó a Casandra con tal aplomo que ésta no la besó como hubiese hecho con cualquier otra de su edad.

—¿Cuantos años tiene? —preguntó.

—Cerca de siete —dijo Imandra—. Y me sucederá en el trono de Colquis; aquí mantenemos las viejas costumbres. Con suerte, nunca cambiarán.

—No queda ya mucha suerte en el mundo —afirmó Casandra—. Pero éste no cambiará mañana ni pasado.

—Así que todavía te hallas dotada de la visión.

—No siempre y no para muchas cosas.

—¿Qué quieres de mí, Casandra? Puedo darte oro, vestidos, albergue; eres pariente mía y te acogería en mi casa como a una hija. Eso es lo que me gustaría hacer. Sé que el templo de la Madre Serpiente te aceptaría como a la superiora de sus sacerdotisas.

Clitemnestra también le había hecho semejante oferta; pero ella sabía que era demasiado tarde para dedicar el resto de su vida a semejante tarea.

—O si deseas —añadió Imandra—, haré lo que tu padre debió hacer hace mucho tiempo y te encontraré un marido.

Casandra dijo impetuosamente:

—Sigo siendo poco inclinada a constituirme en propiedad de un hombre. Pasé menos de un año con Agamenón y ya tuve bastante.

Zakintia las interrumpió súbitamente; se adelantó y se postró ante Imandra.

—Oh, reina —dijo con su ronca voz—, la diosa me conminó a que acudiera en demanda de tu ayuda. Se me ha ordenado que funde una ciudad y no puedo hacerlo solo. Al principio creí que me enviaba aquí en busca de alguna amazona que hubiera sobrevivido porque en una visión me dijo que sólo una mujer podría ayudarme en semejante tarea.

—¿Y quién eres tú? —demandó Imandra.

—Mi nombre es Zakintos —contestó el que Casandra conocía como Zakintia—. ¿No ha quedado amazona alguna que pueda ayudarme a fundar una ciudad en donde sea servida la diosa sin dioses ni reyes? Yo no tomaría una esposa al modo de los aqueos, sino alguien que pudiese servir como sacerdotisa en esa ciudad. Pero he oído que no existen ya tales mujeres.

—No —declaró Casandra—. Ninguna amazona quedó con vida tras la batalla en que murió Pentesilea.

—No puedo admitirlo —manifestó Zakintos, echando hacia atrás el velo que había vestido como mujer—. Ahora me hallo libre de mi voto y buscaré por el mundo entero si es preciso.

—¿Cuál fue tu voto? —preguntó Imandra. —Vivir como mujer hasta que llegase a Colquis, de modo tal que conociera la vida que las mujeres han de llevar. Antes de que pasasen tres días vestido con prendas femeninas, supe por qué tienen que temer las mujeres y por eso busqué la protección de la princesa troyana. En su compañía viajé mientras descubría por qué las mujeres desean verse libres de los hombres. Ella no necesitó de la protección ni de la ayuda de un varón.

—Sin embargo —intervino Casandra con amabilidad—,

la protección que me diste, compartiendo mi viaje y mi carga...

—Pero no por ser hombre —contestó Zakintos—. Y una y otra vez juré que recorrería el mundo, si fuera preciso, hasta hallar una mujer en quien aún alentara el espíritu de las amazonas.

—¿Y la has encontrado? —preguntó Imandra.

—Sí —se volvió hacia Casandra—, y he llegado a conocerla muy bien.

Casandra se echó a reír.

—Hace ya tiempo que perdí cualquier afición a las armas, Zakintos. Sin embargo... ¿Cómo fundarás tu ciudad?

—Navegaré muy lejos hacia Poniente por el gran mar y allí hallaré un lugar en donde alzar una urbe. Apartada de esas islas malditas en donde los hombres adoran a dioses de hierro y opresión...

Oyéndole, Casandra no pudo por menos de recordar a Eneas; también había sido ése su deseo. A ella le habría gustado ayudarle a realizarlo, y Zakintos parecía impulsado por el mismo espíritu.

—Busco un mundo en donde la Madre Tierra sea adorada conforme a los antiguos usos —declaró con entusiasmo—. Fue ella quien me dio esa visión, el sueño de una ciudad en donde las mujeres no sean esclavas y en donde los hombres no hayan de consagrar sus vidas a guerras y luchas. Tiene que existir tanto para los hombres como para las mujeres un modo mejor de vivir que esa gran guerra que consumió toda mi niñez y arrebató las vidas de mi padre y de todos mis hermanos...

—Y de los míos —dijo Casandra.

—Y de los tuyos.

Zakintos se volvió y se arrodilló de nuevo ante Imandra.

—Te imploro, como pariente de esta mujer, que me des permiso para tomarla en matrimonio.

—Pero el matrimonio es algo que trajeron las nuevas costumbres. ¿Quién soy yo para entregártela como si fuese una esclava? —objetó Imandra.

Zakintos suspiró.

—Tienes razón —dijo—. Casandra y yo hemos viajado juntos durante mucho tiempo, y me conoce bien. —Y volviéndose hacia ésta preguntó—: ¿Continuarás viajando conmigo... para construir un mundo mejor que el de Troya?

—Pero, como otros hombres, tú querrás un hijo... —supuso Casandra.

—Llevé a tu hijo en mis brazos al menos durante la mitad de ese camino. Si he podido ser madre para tu hijo, ¿dudarás de que pueda ser también un padre para él? Porque creo que, en mi búsqueda de ese mundo remoto, no hallaría una mujer más adecuada para mis fines. Y quizá también para los tuyos —añadió sonriendo— ¿Deseas quedarte aquí, a hilar en la corte de Imandra?

—¿No te preocupa que me viese forzada a ser la concubina de Agamenón y que le diese un hijo? Todos los hombres lo sabrán.

Él sonrió otra vez y ella pensó de nuevo en Eneas. —Sólo tanto como te inquiete a ti. Y por lo que al niño se refiere es hijo tuyo y has visto cuánto le quiero. Quizás algún día tengamos otros para quienes yo pueda ser tanto padre como madre... —Su voz era muy tierna cuando añadió—: Me gustaría tener una hija como tú.

Había pasado gran parte de su vida creyendo que nunca podría casarse: mas la guerra se llevó a todos los de su linaje y no tenía lugar alguno que pudiera considerar propio. Y las amazonas habían desaparecido, como Troya. Su nueva ciudad podría ser un lugar donde los hombres y las mujeres no necesitasen ser enemigos, donde los dioses no fueran los enemigos implacables de la diosa...

Si Troya no pudo durar eternamente, no existía seguridad de que la nueva ciudad fuese eterna. Pero si consagraba su existencia a participar en la creación de una urbe en donde los hombres no transformasen a sus hijos en luchadores, de modo tal que no necesitasen seguir a dioses crueles en la batalla, ni a sus hijas en instrumentos de placer para otros hombres, su vida sería fructífera.

Recordó a la muchacha que fue, cuando respondía con cordura en el templo del Señor del Sol a las consultas de los fieles ¿Qué decía entonces?

Doy las respuestas que ellos podrían darse si se molestaran en emplear el ingenio que los dioses les otorgaron. Pero añadía: Antes de hablar, aguardo siempre, por si el dios me transmitiera otra respuesta.

Escuchó dentro de su corazón, mas allí sólo había silencio, y el recuerdo de la ardiente sonrisa del dios. ¿Llegaría un día en que, como cualquier esposa sumisa, viese el rostro del dios en su marido? Miró a Zakintos. No era Apolo, pero su rostro revelaba sinceridad y cariño. Difícilmente imaginaría a un dios habiéndole a través de él, pero al menos lo que decía no era cruel ni caprichoso. Agamenón no fue peor que Poseidón; Paris desencadenó el incendio de Troya, instigado por una diosa más cruel y caprichosa que cualquier hombre. En su vida, los hombres no habían sido tan malos como el mejor de los dioses. Y el daño que causaron fue por imperativo de los dioses que los poseyeron.

Escuchó pero ninguna voz de un dios habló para prohibirla. Sabía en aquel momento cuál sería su respuesta, y ya su corazón corría a través del gran mar hacia un nuevo mundo, que si

no mejor que el viejo, sería al menos tan bueno como pudiesen hacerlo los hombres y las mujeres.

—Vamos, Zakintos, en busca de nuestra ciudad. Tal vez llegue un día en que quienes vengan después de nosotros conozcan la verdad de Troya y su caída —dijo, tomando su mano en la suya.

En algún lugar, una diosa sonrió. Casandra no creyó que fuera Afrodita.

# POSTSCRIPTUM

La Ilíada no dice cuál fue el destino de Casandra de Troya. Esquilo, en su Agamenón, la presenta compartiendo su muerte a manos de Clitemnestra. Se consideraba completamente lícito introducir personajes de la Ilíada si su destino no había formado parte del poema. Eurípides muestra a Casandra como una de las cautivas troyanas; cabe destacar que es la mujer que exige venganza contra sus apresadores, pero también resulta muy claro que está loca. Y en otra aparición dramática, Casandra se pone a la cabeza de las mujeres de Troya que se suicidan heroicamente.

Pero la tablilla —803 del Museo Arqueológico de Atenas dice como sigue:

ZEUS DE DODONA, ACOGE ESTA OFRENDA
MÍA Y DE MI FAMILIA. AGATÓN. HIJO DE EJEFILOS,
LA FAMILIA ZAKINTIA,
CÓNSULES DE LOS MOLOSIANOS Y DE SUS ALIADOS,
DESCENDIENTES POR TREINTA GENERACIONES
DE CASANDRA DE TROYA.

# AGRADECIMIENTOS

Deseo manifestar en especial mi gratitud a mi marido, Walter Breen que me ayudó materialmente en las investigaciones previas a este libro y cuyo conocimiento de la Grecia clásica, tanto de su lengua como de su historia, resultó inapreciable para la creación de este relato, incluyendo la cita del Museo de Atenas con que concluye este libro y proporcionándome una base histórica para el destino, y la misma existencia histórica, de Casandra de Troya, desde cuyo punto de vista se narran los hechos.

Es posible que algunos lectores objeten: «Así no es como sucedió en la Ilíada». Pues claro que no. Si me hubiese contentado con lo que relata la Ilíada, no habría existido razón para escribir una novela. Además, la Ilíada se detiene precisamente en el punto más interesante, permitiendo que quien esto escribe conjeture acerca del desenlace de ese acopio de leyendas y tradiciones. Si los autores de las tragedias griegas se consideraron libres para imaginar, yo no necesito disculparme por haber seguido tan excelente ejemplo.

Reconozco también la deuda contraída con Elisabeth Waters que, en muchas ocasiones en que me atascaba en las dificultades del qué ha de ocurrir ahora, nunca dejó de ayudarme a encontrar la respuesta más constructiva, y con los demás miembros de mi familia que sufrieron conmigo las vicisitudes de la caída y el saqueo de Troya.

**Marión Zimmer Bradlev**